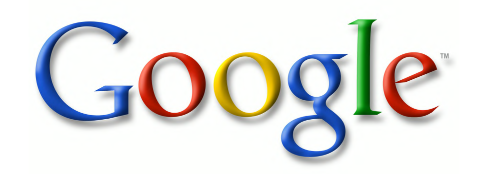
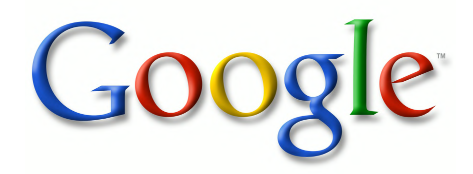





Porfirio Parra
COTILLAS





Pacotillas

PACOTILLAS

NOVELA MEXICANA

POR

PORFIRIO PARRA

C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



BARCELONA

TIPOLITOGRAFÍA DE SALVAT É HIJO

294, CALLE DE MALLORCA, 294

1900

A mi excelente amiga Julia Yrigoyen de Ylera

El Autor

AL

SR. D. ENRIQUE C. CREEL

QUERIDO AMIGO:

¿A quién mejor que á tí, mi camarada en la alegre infancia, mi amigo en la ardiente juventud y en la serena edad madura, pudiera dedicar este, mi primero y probablemente último, ensayo en un género literario tan difícil? Debes á la Naturaleza un temperamento felizmente equilibrado, en que se adunan y se compenetran las galas de la imaginación lozana, los nobles impulsos del entusiasmo y los severos dictámenes del buen juicio; me favoreces además con una estimación especial que en alto grado me satisface, todo lo cual me anima á ofrecerte este sencillo relato, en que bosquejo un carácter que no pudo adaptarse al medio social y que sucumbió á la postre en la lucha inexorable, á pesar de estar dotado de algunas estimables prendas.

Acepta este libro con la benevolencia propia de tu grande alma.

PORFIRIO PARRA.

PACOTILLAS

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

Una tarde de holganza

El primer viernes de Marzo, por la tarde, corren en la buena ciudad de México malos vientos, que, cruzando por las aulas de los colegios, dispersan y arrastran á la regocijada y juvenil muchedumbre, que debía, llenándolas, escuchar las doctas lecciones de los respectivos catedráticos. Ningunas escuelas se encuentran tan expuestas como la Preparatoria y las de Medicina y Jurisprudencia, á estos torbellinos primaverales, que, anunciando la proximidad del equinoccio, barren el polvo en las calles y la concurrencia de alumnos en las cátedras.

Varias razones hay para que en la tarde de que hablamos deserten de las aulas sus cuotidianos frecuentadores: es la primera y principal, que, por caer en ella la fiesta del Señor del Rebozo, las calles próximas á las

dichas escuelas están esa tarde henchidas de compacta y abigarrada multitud, que va y viene á la iglesia de Santa Catalina de Sena, donde se celebra la religiosa solemnidad; y los estudiantes, inquietos, fisgones y alborotadores de suyo, no desperdician la bella oportunidad que se les presenta para trocar el monótono y serio espectáculo de la cátedra por el bullicioso y alegre de las calles concurridas.

En uno de estos últimos años, no hace al caso determinar cuál, y en la tarde del viernes de que hablamos, los estudiantes de la Escuela de Medicina tuvieron á bien, siguiendo tan inveterada costumbre, escurrirse bonitamente del austero edificio, obligando á los pobres catedráticos á meditar á solas, en el recinto de la cátedra, sobre lo divagada, lo perezosa y lo mal entretenida que es la pícara juventud.

Entre los alborotadores grupos que salieron á vagar, y á aumentar con su regocijo y travesura el bullicio de la fiesta callejera, vamos á detenernos en uno, formado por cuatro guapos y alegres chicos, estudiantes de tercer año de Medicina. Cada uno con su libro debajo del brazo, con el sombrero más ó menos ladeado, y rebosando júbilo en el semblante y maliciosa vivacidad en la mirada, salieron precipitadamente de la Escuela, no sin haber hecho antes alguna diablura á la mula, y haber lanzado tres ó cuatro atronadores gritos intercalados con estridentes silbidos.

De dos en dos, y cogidos del brazo, lanzáronse, corriendo casi, por la fea, extensa y triste calle de la Perpetua, bromeando con los transeuntes, chuleando á

las criadas mozas y galanteando á las pollitas, que, con fingida gravedad y estudiada compostura, se dirigían á la Encarnación á desempeñar también, aunque de mala gana, escolares tareas. ¡Pobrecitas colegialas! ¡Cuánto les estorbaba esa vez su traje femenino, y á qué temprana edad comenzaban á sufrir la ruda tiranía bajo la cual gime subyugado el sexo tierno! Con gusto hubieran trocado las pollitas aquellas sus ricitos de la frente y sus listones de color claro, por el más feo sombrero y por la peor corbata, para poderse entregar en cuerpo y alma á la alegre gresca de esa tarde.

Mas dejando á las colegialitas ir por su camino, sigamos á nuestros cuatro alegres paseantes.

Llegado que hubieron á la esquina de Santa Catalina y la Perpetua, antojóseles hacer alto, y el de mayor estatura y mejor cara de ellos, dijo al más feo del grupo:

—Oye, Chango, pásate á la otra acera, para que esa chica que viene por la Cerbatana se espante contigo y pase por este lado.

—Te haría un flaco servicio, Pacotillas, —contestó el aludido, — te expondría á una crisis de vanagloria aguda que terminará mañana con una *desengañitis* grave. Encárgale la comisión á Patillitas, que te sigue como si fuera tu perro, y que por llegar á ser tu segundo tendría á mucha honra servirte de tercero.

—Chango de los demonios,—contestó el segundo aludido, — tan feo como tan envidioso, tan aspirante á gracioso como tan bruto, y...

—Y se te agotó el ingenio, mas supliéndole con tu

mala educación empezabas una letanía de insultos,—dijo el que sus compañeros llamaban Chango.

—¡Eh! háganse á un lado,—dijo el que no había hablado aún,—que por allí veo venir al profesor de Patología externa jalándose los bigotes. No sea que después de la gran *salada* nos coja con las manos en la masa, como dijo el otro.

—No hay que molestarse,—contestó el que llamaban Pacotillas,—vendrá absorto en sus filosofías; es hombre de tal suerte hecho que si pasa la catedral no la ve; cuando tropieza con algún guardacantón, se descubre y le dice: «Usted perdone.»

—A mí es á quien han de esconder,—dijo el que llamaban Patillitas;—por allí viene el papá de mi última *conquista*, y me ha amenazado con la gran paliza.

—No te la eches,—contestó el Chango,—sería lástima de palo. Yo, en lugar de ese señor, te dejaba enamorar á mi hija, para que la chica supiera cómo es un bobo y los conociera á leguas, así como en el modo de andar conocemos nosotros á Santa-Anna.

El que fué designado con tan extraño apodo lanzó una carcajada ruidosa, y dirigiendo á su interlocutor una mirada despreciativa, le dijo con tono vehemente:

—Mira el caso que hago de tus burlas.

Y continuaron largo rato los festivos jóvenes, gastando su buen humor en recíprocas bromas, en ridiculizar á los transeuntes, ya burlándose de sus fachas, ya fingiéndoles héroes de aventuras ridículas; en referir chascarrillos reales ó supuestos, en comentar sucesos de la vida escolar, en ensalzar á unos profesores y en

deprimir á otros, y en tantas y tantas nonadas en que suele evaporarse la necesidad de expansión que hierve en los pechos juveniles.

Interesante y pintoresco, en verdad, era el grupo formado por aquellos cuatro troneras, que tan alegremente se emancipaban de las faenas del estudio. El que en el corto diálogo anterior fué llamado Pacotillas era de alta estatura, tez morena, talle delgado y complexión seca; su apostura era arrogante, y sus movimientos, rápidos y prontos, denotaban el sello nervioso de su actividad; vestía con cierto descuido, y esta circunstancia realzaba, en vez de amenguar, la simpatía que inspiraba su persona. Contaría escasos veintitrés años; distinguíanse en su fisonomía, como rasgos salientes, ojos grandes, oscuros, de mirar vivo, cejas pobladas, afilada nariz, labios gruesos, sombreado el superior por fino bigote.

El apodo con que sus compañeros le designaban no procedía de defecto físico ó singularidad moral: provenía sencillamente de que, llamándose Francisco Téllez, sus compañeros comenzaron á decirle Paco Téllez, y más tarde les pareció más chusco hacer de los dos vocablos uno solo, y éste fué Pacotillas. El mote tuvo, como se ve, una procedencia ú origen que un pedante se apresuraría á calificar de *fonético;* por lo demás, al despreocupado joven le importaba muy poco que le llamaran de este ó del otro modo, con tal que no le confundieran con nadie.

No sucedía lo mismo con Patillitas: ni con su apodo, ni con su persona. En él, el mote sí recordaba un defecto físico, y á la par una ridícula presunción moral.

Patillitas era el tipo del lagartijo, del elegante cursi, su persona y su traje eran excesivamente relamidos y acicalados; peinaba sus cabellos con nimio esmero, se lavaba, se enjabonaba y frotaba casi hasta desollarse; su tez era de un blanco pálido, sus ojos eran claros y poco expresivos, en sus delgados labios bullía á menudo una sonrisilla que parecía preguntar: ¿No os agrado? Lo más notable de su rostro, al mismo tiempo que la más rara presunción de su vanidad, eran sus barbas. El hubiera querido engalanar su cara con un pelaje negro, magnífico, poblado y abundante; mas ¡oh desilusión! la naturaleza, que suele empeñarse en negarnos lo que anhelamos más, complacióse en colocar en las ambiciosas mejillas de este joven unas barbas ralas, escasas, de color dudoso, unas barbas verdaderamente anémicas; mas su dueño por una aberración singular las estimaba sobremanera, las acariciaba frecuentemente, ensayaba en ellas cuantos menjurjes llegaban á su noticia, y manifestaba indiscretamente la esperanza de que sus menguadas patillas llegasen á ser tan afamadas como los bigotes de Víctor Manuel.

Los estudiantes, que son pintiparados para descubrir el lado ridículo de las cosas y personas, advirtieron pronto la fibra sensible de su compañero, al cual nada incomodaba más que ver deshonrada con afrentoso diminutivo aquella prenda ornamental de su cara. ¡Si á lo menos le llamaran Patillotas! Mas no lo quiso así la malicia de sus compañeros, que le escanciaban tan seguido el amargo mote como si hubieran olvidado que aquel aspirante á barbudo se llamaba Rómulo Alvarez.

¡Feo en verdad era el pobre Chango! Su característica y acentuada fealdad valióle el apodo; ver al mozo y pensar en un mono, era una misma cosa. Los pómulos del Chango eran prominentes, salientes sus mandíbulas, grandes, oblicuos y muy blancos sus dientes, abultados, gruesos, oscuros y como vueltos al revés sus labios, chata y remangada la nariz, deprimida la frente y la tez del color de una estatua de bronce. En cambio se distinguía por su vivacidad, por su chispeante y feliz ingenio, y por sus gestos animados y expresivos, que acababan de asemejarle á un changuito de los más graciosos. Se llamaba Juan Robles.

Antonio López era el nombre verdadero del cuarto interlocutor; nombre tal evocó en la memoria de alguien el recuerdo del famoso don Antonio López de Santa-Anna. Recordar tal personaje, y aplicar su segundo apellido al joven López fué todo uno; la ocurrencia tuvo tanta más gracia cuanto que el mozo, por tener en los pies ciertas excrecencias incómodas, cojeaba un poco al andar, lo que hacía que sus compañeros le llamaran también el cojo. Sobrado de apodos resultaba, pues, el pobre: cuando no le decían secamente el cojo, apellidábanle Santa-Anna á secas, y cuando no, llamábanle el cojo Santa-Anna.

Conocidos ya en sus motes, en sus nombres propios y en sus fachas, los cuatro paseantes, á quienes, poco á poco, iremos dando á conocer en sus sentimientos, en sus ideas y en sus costumbres, digamos al lector: que siguieron todo el resto de la tarde sacando de la callejera fiesta cuanto alegre zumo pudieron, que recorrieron

incontables veces la pequeña calle de Santa Catalina; que se detuvieron en los tendidos ó *puestos* de la calle, y compraron, rieron, comieron y chacotearon; que penetraron varias veces en la iglesia á fuerza de codazos y empellones, para holgarse más, y contemplar más de cerca las caras de las devotas; que se encontraron con diversos amigos, jóvenes como ellos, y como ellos alegres y bulliciosos, y que esos encuentros aumentaron como es de suponer el tamaño del corrillo y la alegría de los que lo formaban.

Todo acaba en este mundo, y aunque la fiesta no había terminado aún, sí acabó el deseo de solazarse que nuestros jóvenes habían sentido. No bien había empezado á oscurecer cuando, con esa movilidad propia de los jóvenes y que tiene mucho de la de los niños, parecióles que la fiesta se ponía sosa y resolvieron cambiar de placer.

—Patillitas, — dijo el Chango, — tú, que eres el más guapo y el más buen mozo de todos nosotros, debes obsequiarnos, pagándonos una copita en «La Estudiantina;» quizá ese derroche aproveche á tus queridas y desdichadas barbas. No te hagas sordo. ¿Aceptas?

—No, porque tendría que excluirte, — contestó el interpelado.

—La razón, sepamos la razón, — dijo el Chango.

—Es muy sencilla,—repuso Patillitas.—Hoy pusieron en la puerta de «La Estudiantina» un letrero que dice: Se prohibe la entrada á los animales.

Una carcajada sonora de Santa-Anna y de Pacotillas acogió la salida de Patillitas.

—¡Qué gracioso! — exclamó gesticulando el Chango, — veo con gusto que, si no te crecen las barbas, pugna por crecerte el ingenio.

—Lo aplastó,—dijo Pacotillas.—Yo diré la verdadera razón por que rehusa Patillitas: no está en fondos, pues cuanto le viene á las manos lo gasta en drogas, perfumes, ungüentos, cosméticos y otras porquerías con que, á guisa de estiércol, abona el terreno estéril de sus mejillas.

—El hecho es cierto y su explicación falsa, como dice nuestro catedrático, —repuso Patillitas.

—Aclara, hombre, aclara, —dijo Santa-Anna.

—Pues el hecho es que no tengo más que un triste real, que pongo á disposición de mis amigos.

—Pues yo aumentaré con medio el fondo común, — dijo Santa-Anna.

—Y yo con medio medio,—exclamó Pacotillas,—pues no hay en mi caja más existencia en metálico.

—Ya que las partidas disminuyen en progresión, la mía será la mitad de medio medio, —dijo el Chango.

—Guárdatela,—dijo Pacotillas;—á tí te pondremos sal en la lengua, y harás visajes tan graciosos, que en cambio de ellos te servirán de balde, y todavía te saldrán debiendo.

—No nos sale la cuenta, —dijo Patillitas.—¡Ah! se me ocurre una idea.

—¡Cosa rara! —dijo el Chango; —ó no es idea, ó es mala.

—Déjalo hablar, —dijo Pacotillas, — que tierras estériles dan una que otra vez ricos frutos.

—Merecéis que me calle,—dijo Patillitas,—mas no lo haré. Vaya una pregunta. ¿Conocéis el callejón del Espíritu Santo?

—¡Qué salida!—dijo Pacotillas,—apenas lo conozco de vista. ¿Está en París?

—Esperad,—dijo el que había preguntado primero;—en la acera que ve al oriente, cerca de la esquina de San Francisco, hay una cantinita muy confortable, con un gabinetito reservado para que charlen los amigos, y lo más fino del negocio es que su dueño, un franchute muy tratable, me fía...

—¡Bravo! ¡bravísimo!—exclamó el Chango, palmoteando con frenesí,—progresas, Patillitas: tienes ingenio, tienes ideas, tienes recursos, tienes crédito, ¿por qué no tienes barbas, hombre?

—¡Dale con las barbas!—dijo enfadado Patillitas,—si estuvieras enamorado de ellas, no las sacaras tanto á bailar; si vuelves á nombrarlas no te llevo.

—Pues entonces chitón,—dijo el Chango,—y vamos andando.

Dichas estas palabras dirigiéronse los cuatro amigos al callejón indicado por Patillitas.

Oscurecía, era ese momento melancólico y solemne en que traban confusa é imponente batalla el agitado día, que parece resistirse á abandonar el terreno, y la noche, silenciosa y quieta, impaciente por apoderarse del horizonte; en esos momentos se mezclan y revuelven extrañamente las luces y las sombras, el silencio, los rumores y los ruidos, la calma y la agitación.

Hacia el poniente distinguíase, tenue y blanquecino,

el fulgor del crepúsculo; las estrellas cintilaban tímidamente, tachonando como brillantes esparcidos al acaso en el fondo azul pálido de nuestro hermoso cielo primaveral. Los sonidos más diversos poblaban el aire. Frases sueltas, palabras aisladas, confusos murmullos, la voz humana en todos sus tonos revoloteaba en torno del oído, arrullándole con el monótono zumbar de sus hirsutas alas. El rodar de los coches, el pesado correr de los wagones, el resonante trotar de caballos y mulas, y el sonido ronco y estridente de la corneta del tranvía, producían ruidos desapacibles y estruendosos, dominados periódicamente por el grave y acompasado son de la campana mayor de la Catedral, que en ese momento daba el toque de oraciones; el metálico sonido inundaba el ambiente con instantáneo diluvio de lentas y voluminosas vibraciones, encubriendo y ahogando el complexo mare magnum de tan diversos ruidos.

Si el aire estaba henchido de los más variados sones, presentábase el panorama poblado de las más diversas figuras. Gentes de variada estatura y distinto traje caminaban en direcciones varias y con caprichosa celeridad; corría el encendedor de un farol á otro, y hacía surgir en el diáfano seno de cada uno la radiante mariposa del gas, que vertía en contorno el denso haz de sus dorados hilos; los focos de la luz eléctrica, de súbito y por invisible mano encendidos, proyectaban sobre el suelo y paredes sus fantásticos y plateados rayos. Distinguíanse formas inmóviles mezcladas con formas movedizas, veíanse bultos de claros contornos revueltos con otros de indeterminados y oscuros límites;

deslumbraban la vista sitios bañados por luz vivísima, mientras que otros se vislumbraban apenas, mal iluminados por oblicuos y pálidos rayos.

Aquel espectáculo crepuscular, aquella confusa mezcla de sonidos y formas que aturdían el oído y distraían la vista, pareció influir sobre nuestros alegres colegiales, predisponiéndoles á los pensamientos graves y á las emociones melancólicas. El enervante, aunque variado espectáculo, proyectóse como mancha gris sobre el brillante fondo del regocijo de los muchachos, conspirando, para ponerlos taciturnos, con el cansancio producido por tan largo y agitado paseo. Su goce pareció suspenderse, su entusiasmo enfriarse, y disiparse su bullicioso júbilo; ya no gastaron más bromas, sino que recorrieron gravemente las calles del Reloj y del Seminario, luego el espacioso jardín del atrio, luego las concurridas calles de Plateros, y llegaron, por fin, dando cima á su tarde de holganza, al lugar á que fueron invitados por el garboso Patillitas.

CAPÍTULO II

Un rato de expansión

Una pieza bastante grande, comunicando con la calle, y otra interior, de menores dimensiones, formaban el expendio de licores, la distribución de copas y embriagueces, en donde penetraron nuestros cuatro conocidos. La casa se llamaba «La Unión de los Amigos;» una farola de vidrios apagados, suspendida sobre la puerta de

entrada, ostentaba ese título trazado con negros caracteres; un gran mostrador corría á lo largo de uno de los testeros de la primera pieza, la pared correspondiente hallábase cubierta por un vasto armario, en cuyos tableros se alineaban las insidiosas botellas, que en su seno diáfano contienen el licor de los sombríos efectos.

En el largo y estrecho espacio comprendido entre mostrador y armario agitaban su obesa personalidad los esposos Fleury, dueños de la casa, infatigables escanciadores de diversos brebajes y distribuidores de sonrisas amabilísimas; en el resto de la pieza contábanse hasta seis mesitas de madera, pintadas de blanco y veteadas imitando el mármol, y sostenidas en dos pies de hierro fijados en el pavimento; en torno de las mesitas disponíanse los parroquianos formando grupos de dos, tres ó cuatro, y conversaban con más ó menos animación, mientras apuraban á paulatinos sorbos los líquidos que habían pedido; algunos, libando diversas bebidas, jugaban al dominó, y dos extranjeros, graves, silenciosos y pensativos, sumergíanse en las hondas cavilaciones que les sugería la partida de ajedrez que traían empeñada.

La pieza de adentro, salvo el menor número de mesas, la falta de armario y mostrador, el estar las paredes tapizadas con un papel menos nuevo, y el encontrarse, por lo general, menos concurrida, era muy parecida á la primera. La noche que nuestros amigos honraron aquel lugar estaba completamente sola, lo cual les complació en extremo, pues así podrían considerarse como en su casa, y hablar con desembarazo y sin traba alguna.

Después de saludar á los amables esposos, después de

que Patillitas manifestó sus deseos de que se le sirviese al crédito, en lo cual convino de buenísimo grado el complaciente propietario, penetraron los jóvenes en el departamento interior y sentáronse en torno de una de las mesitas. Momentos después tenía cada uno frente á sí, y al alcance de su mano, una copa llena hasta los bordes de la bebida que había apetecido.

Muy diverso aspecto del anterior presentaba el juvenil grupo ahora, que se hallaba como acabamos de decir. Una mano pesada y tétrica parecía doblegar aquellas cabezas, tan erguidas antes: ¿era cansancio? ¿era fastidio? ¿era preocupación? De todo había en la repentina taciturnidad que se había apoderado de los alegres zumbones. Por fortuna, apenas apuraron los primeros sorbos de sus respectivas bebidas, el pensamiento empezó á aletear alegremente en sus cerebros, y las lenguas volvieron á desatarse, y la conversación volvió á hacer oir su grato y atronador murmullo.

—Positivamente hemos pasado una tarde bien sosa,—dijo Pacotillas,—hemos holgado de un modo estúpido, y hasta creo que hubiera sido mejor haber ido á clase.

—A buena hora lo reflexionas,—dijo el Chango,—es manía vieja en tí hacer las cosas y pensar después que hubiera valido más no haberlas hecho.

—Pues sí,—dijo Pacotillas,—es tal el fastidio que inspira cuanto nos rodea, que no sabe uno por qué decidirse: en la clase nos hubiéramos fastidiado, en la calle nos hemos fastidiado: ¿qué zahorí me dirá, si el fastidio que evitamos hubiera sido mayor que el que hemos sufrido?

—Me recuerdas,—dijo el Chango,—á un glotón, que después de haberse hartado se quejaba de no tener apetito.

Entretanto, Patillitas y Santa-Anna saboreaban lentamente sus bebidas, poco preocupados, al parecer, por lo que sus compañeros hablaban. Pacotillas, después de guardar silencio algunos momentos, dijo con cierta solemnidad, muy común en él, y que del modo más inesperado enfriaba frecuentemente su más gárrula é irreflexiva charla:

—Hablemos un rato con seriedad, amigos míos, ya que hemos perdido tontamente la tarde; recapacitemos, definamos lo que somos, lo que queremos y á qué aspiramos; no hacerlo así, se me figura un proceder necio, pues si el hombre no ha de meditar sobre su suerte alguna vez, más le valiera ponerse á andar en cuatropatas.

—¿Y á qué viene semejante salida?—dijo Patillitas,—bien sabes lo que queremos y lo que ambicionamos: recibirnos, y luego largarnos con viento fresco adonde nos espere la buena suerte y nos halague con su mejor sonrisa.

—Bien dicho, Patillitas,—exclamó Santa-Anna,—me asocio á tu dictamen y corroboro con la mía tu ilustrada opinión.

—¡Qué vulgares sois!—exclamó Pacotillas con desdén sumo,—os desprecio y al mismo tiempo os envidio: os satisfacen los espectáculos vulgares, no os harta la diaria monotonía, no os tortura como á mí la sed de lo extraordinario y de lo grande; en vuestra piel de paquidermo no hace mella el contacto de la realidad.

Y al decir estas palabras tomó, con nerviosa y febril rapidez, dos grandes tragos del líquido que delante tenía, y continuó con mayor exaltación:

—¡Qué bien representáis á la generación anémica, á la generación escuálida, á la generación sin aliento ni ideales de que formamos parte! no nos parecemos ni á la seria juventud de hace diez años, ni á la esforzada y entusiasta de hace treinta; no saldrán de entre nosotros héroes como los que produjo ésta, ni siquiera hombres de ciencia como los que dió aquélla.

—¡Que os vais por los cerros de Ubeda, finchado, enfático é inoportuno orador! — dijo con mofa el Chango.

—Todo queréis resolverlo, —dijo Pacotillas, sin hacer caso de la burlona exclamación de su compañero,— diciendo que os recibiréis, que adquiriréis clientela, que ganaréis mucho dinero, que Patillitas con su cara relamida flechará á alguna vieja rica, que el Chango con sus ridículos meneos y sus graciosos visajes curará el esplín de algún ministro, el cual agradecido le hará venir á la Cámara. Pues bien, yo os digo, con la franqueza que me conocéis: á mí me parece despreciable todo eso; yo desdeño la rica clientela que, con su tiesura y estudiada gravedad, ha de alcanzar Santa-Anna; desprecio la millonaria con que sueña Patillitas al mesarse las ídem; y la curul, que, por medio de lisonjeros chistes, llegará á ocupar el Changuito...

—Desinterés y muy grande es renunciar á lo que no se posee, ¡vaya con el Catón de tres al cuarto que se nos ha montado en la nariz! —dijo el Chango.

Como si el aludido no hubiera escuchado la voz de su

amigo, apuró de un sorbo lo que en su copa quedaba. Sentía la cabeza caldeada por extraña llama, agitábale una necesidad irresistible de movimiento y de palabras, las ideas acudían á su espíritu en desordenado tropel, y, como alrededor de un centro, se agrupaban confusamente en torno de estos temas: miserias de la realidad, formando doloroso contraste con las pompas y riquezas de la ilusión; grandeza incomparable de los deseos, burlados irrisoriamente por las mezquinas satisfacciones que les brinda la existencia.

—No hablo por hablar, —prosiguió, — bien conocéis mis ideas; estoy aburrido de los libros, no porque no sea amigo del estudio, bien sabéis que he estudiado con tesón. He amado á la ciencia con la intensidad, con la violencia, con la fiebre que pongo en todas mis inclinaciones; hoy me parece hueca, me parece vacía, hoy la encuentro incapaz de satisfacer el corazón ó la inteligencia, y por eso me fastidia.

—¡Tú sí que nos estás fastidiando! —dijo el Chango.

—Déjenle hablar, —dijo Patillitas, — y aun denle cuerda; yo tengo el mal gusto de divertirme con las paradojas de este loco, cuyas circunvoluciones cerebrales han de estar más enmarañadas que las tripas de un pollo. ¡Mozo, repítele al señor su copa!

—Tú, Chango, saca los cigarros, —dijo Santa-Anna, — así gustaremos un humo menos insustancial y más picante que los discursos de Pacotillas.

El amable Changuito sacó una cajetilla de cigarros habanos, llena como hasta la mitad, y brindó á sus compañeros, que aceptaron y encendieron su respectivo ciga-

rrillo; entretanto el mozo había llenado de nuevo la copa de Pacotillas, quien permaneció silencioso un rato, entregado, al parecer, á graves reflexiones.

—¿Y qué tal va de amores, Pacotillas?—dijo el Chango, —eso es lo que te tiene trastornado. Eres el hombre más estrafalario que he conocido; yo, en tu lugar, me creería el más feliz de los mortales. ¡Pobre Amalia! ¡Qué vida le darás con tus locuras!

Pacotillas al oir este nombre se irguió como si hubiera recibido un choque eléctrico, relampaguearon sus ojos con siniestro brillo, bebió con ansia la mitad de su nueva copa y replicó con exaltación:

—¡Amalia! Ese nombre bendito no se hizo para ser pronunciado en este sitio vil, ni para ser profanado por tus burlones labios. Cuando tengas más corazón y seas menos satírico, merecerás preguntarme por ella.

—¡Mala bebida tienes! —dijo Patillitas, —lo dicho por el Chango es muy inocente y no hay motivo para enojarse por ello.

—Si lo que dijo es inocente, —exclamó Pacotillas, — yo sostengo que es muy inoportuno, y es más inoportuna todavía la compasión de que hace alarde, y hay mucho de malicia en la envidia que dice tenerme. Soy el primero en declararme indigno del amor de esa muchacha, sencilla, buena y generosa, y si me impacienta y exaspera lo triste de mi condición y lo estrecho de mis horizontes, es precisamente por ella. Cuando un hombre contrae los vínculos que yo he contraído debe tener una posición cualquiera que ofrecer, y no ser un infeliz estudiante á quien le falta hacer la mitad de su carrera.

—Te ahogas en un vaso de agua,—dijo Santa-Anna, —no, tú no eres práctico. Cálmate, ten paciencia, que si ella te quiere con la generosidad que dices, sufrirá con resignación hasta que tu suerte mejore.

—Tú eres un hombre sin afectos, é incapaz, por lo tanto, de dar un consejo que valga la pena de oirse, y sobre todo eres muy torpe para consolar. ¿Te parece cosa de poca monta hacer infeliz al ser á quien amamos? ¿Te parece digno ofrecerle un porvenir confuso, oscuro, sombrío, y traerla á remolque, por decirlo así, á través de los escollos de una situación tan mala como la mía? No me afligiera, si fuéramos simplemente novios, si sólo nos uniera el amor tranquilo del alma, fundado en ilusiones, cifrado en ensueños, basado en esperanzas. Mas no es así; ustedes saben la serie de sucesos que nos cegaron, que nos enloquecieron, y que sin saber cómo nos arrojaron al uno en brazos del otro; el hecho es que esa tierna y desdichada criatura está hoy confiada solamente á mí, que no tiene más amparo que yo en el mundo, y que con mi insignificante sueldo de practicante tengo que atender á las necesidades de los dos. ¿Cómo he de tener calma para esperar tranquilamente el fin de mis estudios? No, la situación es urgentísima, hay que conseguir recursos en el acto ó perecer. Adiós, carrera; adiós, ensueños de prosperidad; adiós, libros; adiós, amigos; voy á apurar el resto de mi copa por que jamás os veáis en el conflicto doloroso en que yo me hallo, por que si amáis alguna vez y sois amados sepáis reprimiros, y no arrastréis al infortunio á la criatura tierna y candorosa que tenga la debilidad de seguiros.

Pacotillas apenas pudo terminar la frase: le dominaba una emoción profunda, su voz era balbuciente y dos lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Te enterneces demasiado, Paco,—dijo con cariñosa voz Patillitas;—no hay razón para desesperarse, no hay que pensar en hacer alguna locura; ve las cosas con calma, con sangre fría, todos somos amigos tuyos y tendremos á mucha honra ayudarte en tus dificultades.

—Gracias, buen amigo,—dijo Pacotillas.—Esa generosidad me complace, pero no me salva ni puedo aceptarla; sufra yo solo las consecuencias de mi proceder, salga por mí mismo de las dificultades que me rodean; hacer otra cosa no fuera ni caballeroso ni digno.

—No podemos conformarnos si no nos aseguras que obrarás con discreción, con toda calma,—dijo Santa-Anna;—que dejarás venir los acontecimientos sin violentarlos, que no darás paso alguno que comprometa tus estudios, y que, acometiendo con ánimo las dificultades de lo presente, no olvides que tus mismos compromisos te imponen la obligación de mejorar tu porvenir.

—Fácil es dar consejos, cojuelo querido,—dijo Pacotillas,—nada puedo prometer, ni aun á mí mismo, mucho menos á vuestras respetables personas. ¡Qué le vamos á hacer, amigos míos! siga cada cual su buena ó mala suerte: váyase Patillitas á hacer el oso, como lo tiene por costumbre, váyase el Chango á hacer diabluras por la calle, y el juicioso Santa-Anna confínese en su cuarto, para darle de firme á la clase de mañana; yo, que soy jefe de familia, que tengo mi hogar constituído, me

marcho á dar un vistazo á la señora; con que, abur, y gracias por todo.

Y el inquieto y nervioso joven, sin hacer caso de las instancias de sus compañeros, despidióse apresuradamente de ellos, y, saliendo á la calle, se encaminó con acelerados pasos adonde no tardaremos en encontrarle.

CAPÍTULO III

Amor y miseria

Uno de los barrios más feos, al mismo tiempo que más poblados de la capital, es el que se extiende por aquel rumbo en que se alzan las iglesias de San Lorenzo y la Concepción. Precisamente más allá de este último templo, y al poniente, se desarrollan en serie interminable calles largas, viejas, formadas por feas casas y transitadas por gentes, que, sea dicho sin ofender á nadie, son en su mayor parte de fea catadura y pobrísimo vestir. Una de las calles de que hablamos es la que, desde tiempo inmemorial, se denomina de Juan Carbonero, y, si el lector gusta, le llevaremos á una de las casas de vecindad que existen en la vieja calle.

Atravesaremos un patio muy grande, mal empedrado, en donde se abren muchas viviendas; atravesaremos después un pasadizo angosto, largo, feísimo, de paredes descascaradas que nos conduce á un segundo patio. No se desespere usted, lector, ya llegamos. ¿No quiere usted seguir más adelante? Bien, pues aquélla es la vivienda y desde aquí voy á describírsela.

Ocupa el piso bajo y sus techos no son muy altos; á la luz y al aire parece que no les gusta llegar allí, de suerte que la habitación es medianamente oscura, y menos que medianamente ventilada; en cambio, la humedad encuentra muy de su gusto aquel sitio. La vivienda compónese de dos piezas: la de entrada es de medianas dimensiones, y su piso está formado por tarimas carcomidas, las paredes están cubiertas de salitre hasta una altura como de dos metros, el techo, formado por gruesas vigas, es bastante viejo, suele crujir como si amenazase ruina, y á menudo cae de él una lluvia de fina tierra. La pieza interiór es peor aún, es muy pequeña: como contiene el brasero, sirve de cocina á la miserable habitación, mientras que la pieza de entrada sirve de comedor, y tiene además honores de alcoba y de sala de recibir.

El mobiliario de la vivienda está en perfecta consonancia con ella: redúcese á cuatro sillas de tule arrimadas á una de las paredes, á una mesa de madera blanca que se arrima á otra pared, y á un catre de fierro agazapado en un rincón. Sobre la mesa se ven algunos libros de medicina, un tintero, una carpeta y algunas plumas.

Poco antes de oscurecer, y cuando nuestros alegres conocidos, cansados ya de la fiesta callejera, se disponían á humedecer sus secas gargantas y á entonar sus fatigados nervios, terminaba una sencilla labor doméstica la interesante inquilina de la miserable habitación.

¡Qué criatura tan encantadora era! ¡El que en el seno de nauseabundo gusano descubriese un brillante esplén-

dido, el que en sucio estercolero hallase una rosa de suaves matices y de aroma exquisito, quedaría menos sorprendido que de encontrar en tan ínfimo tugurio á tan excelsa criatura! No la describiré, seres tales se han visto alguna vez, se han soñado muchas; mas no ha habido hasta hoy pincel de artista ó pluma de poeta que haya logrado fijar en el lienzo ó en el papel el raro y cabal conjunto de tantas perfecciones. Confórmese el lector con saber que era rubia, de tez blanquísima, de mejillas sonrosadas, de rojos labios, de ojos de mirar lánguido y tiernísimo, de estatura más bien alta que pequeña, de cintura delgada, de talle esbelto, y que todos sus movimientos llevaban impreso el delicado sello de la gracia.

¿Y sus defectos? ¿no los tenía acaso? murmurará algún lector descreído. Los tenía, maligno amigo, mas no se le notaban; perdíanse en el conjunto de sus gracias, como se pierden en la rica corola de la rosa reina algunos pétalos marchitos; no se advertían en aquella hermosa fisonomía, como en la feraz llanura tampoco se advierten ciertas fealdades. No será, pues, mi pluma la que indiscretamente muestre lo que la misma naturaleza no quiso que saltara á la vista, encubriéndolo artificiosamente con mucho más vistosos atractivos. ¿Qué importa, por ejemplo, que los labios de esta niña fueran un poco gruesos, que el perfil de su nariz no fuese tan correcto como lo hubiera querido algún escultor heleno, ó que el óvalo de su cara no tuviera tanta perfección que Rafael de Urbino le hubiera copiado al trazar el inmortal diseño de sus vírgenes?

Debíase á los azares de la vida que niña tan preciosa se albergara en casa tan fea. Bastaba ver á la muchacha para comprender que no estaba alojada como debiera. Toda ella era finura y distinción, toda corrección y gallardía, y más que la rica joya merece elegante estuche, ella merecía habitación suntuosa.

¡Criatura infeliz! ¡Nacida para vivir en ricos palacios, y prisionera y secuestrada en tan sórdido tugurio! ¡Cuántas veces nos ofrece la sociedad contrastes semejantes!

Mas dejando á un lado reflexiones que, por exactas que sean, huelgan siempre, digamos que la joven, después de haber cosido la mayor parte de la tarde, exhaló un profundo suspiro, sus manos dejaron la labor, se puso en pie, y murmuró:

—¡Sabe Dios hasta qué horas vendrá Pancho!

Guardó su labor en una cómoda vieja que en la pieza interior había, buscó entre los pobres trebejos contenidos en un armario un candelero de metal, reluciente á fuerza de frotarlo.

—Encendamos luz,—se dijo,—verdad es que todavía se ve; mas no quiero quedarme completamente á oscuras en esta horrible soledad. ¡Ay! ¡qué Pancho tan ingrato! ¿Dónde andará? su recuerdo es lo único que me acompaña en mi aislamiento, pero á veces me inquieta y, aunque lo quiera negar, me atormenta también.

Tales ideas cruzaban vagamente por el espíritu de la niña, mientras sus manos frotaban un cerillo y encendían el amarillento cabo de vela. Terminada la sencilla operación, dejó la luz sobre la mesa de la salita, y se

dirigió con aire incierto hacia la puerta de la vivienda, en cuyo dintel se detuvo, y, apoyándose en el marco, esparció su vista por el triste patio, y dejó vagar su ánimo por la melancólica región de los recuerdos.

Pocas veces habrá mayor analogía, entre el panorama que se desplega delante de los ojos y las ideas que nos asaltan, que la que había en ese momento entre el cuadro que la joven tenía enfrente y el fúnebre matiz de las imágenes que poblaban su espíritu.

Triste, solitario y sumergido en vaga penumbra, estaba el patio; melancólico, abatido y cruzado por sombrías ideas, el ánimo de la joven. Un suelo mal empedrado, recorrido por un caño que le cruzaba diagonalmente; paredes ennegrecidas, en las que, como enormes y oscuras fauces, se abrían tres puertas, que conducían á otras viviendas semejantes á la de la joven; en un rincón del patio alzaba un pozo el desportillado brocal, un lavadero yacía á su lado, y sobre los dos corría una reata en que colgaban para secarse algunas miserables piezas de ropa. Tal era el estrecho recinto que circunscribía las miradas de la joven; en los momentos en que ella se asomaba á su puerta no había en el patio más que una vecina pobre, que recogía silenciosamente las piezas tendidas.

Las miradas de Amalia, que éste era el nombre de la joven, vagaron perezosamente por los diversos detalles del monótono cuadro que la circundaba, claváronse un poco en la movediza figura de la vecina, luego, como si desdeñaran contemplar mezquinos objetos, se dirigieron hacia arriba, perdiéndose en el cielo azulado y limpio, en

el que comenzaban á distinguirse algunas estrellas que, como radiantes joyas, adornaban el raso azul pálido del cielo crepuscular.

Poco después la atención de Amalia, abstraída completamente de los objetos exteriores, se absorbió del todo en ella misma. Ya no vió el patio, ni se fijó en la vecina, ni siquiera contempló el cielo, sino que se clavó con tenaz insistencia en el panorama, solitario y triste, que trazaban los recuerdos en su juvenil cuanto infortunada alma. Se contempló en días mejores, niña pequeña, conducida por la fuerte mano de un padre y acariciada por la suave y tierna de una madre; luego recordó el día en que su alma dormida despertó á la más dulce de las emociones, en que, al conocer á su Pancho, sintió que algo nuevo, grande y desconocido surgía en ella; lo recordaba con tanta fidelidad, que estaba cierta de no haber olvidado el menor detalle: el día, la hora, el sitio, lo que Pancho le dijo y hasta el traje que cada uno de los dos llevaba en ese momento crítico de su existencia.

Después revisó con melancólico deleite las diversas fases de aquel amor que fué creciendo, creciendo, hasta avasallarla; primero fué grata simpatía, luego cariño profundo, luego atracción irresistible, y al fin, inflexible destino. Se complació al recordar cómo fué descubriendo que el simpático estudiante la amaba, se sonrojó un poco cuando recordó la escena en que ella le dió á entender que le correspondía, se sonrojó mucho más al recordar sus primeras condescendencias.

Después, la tirana memoria la torturó presentándole con tesón un cuadro horrible: la muerte de su buena

madre, y la soledad, el abandono, el desamparo en que la niña quedó. En medio de su duelo se erguía con rapidez la gran pasión que le inspiraba el joven; recordó luego sucesos posteriores: el amor y la generosidad de su novio, las grandes prendas de inteligencia y de corazón que iba descubriendo en aquel muchacho, con quien, según la sencilla é inocente joven, nadie podía compararse en el mundo, y otras circunstancias que, sin que ella pudiera darse cuenta, causaron lo que la sociedad llamaba su caída, y lo que Amalia, llena de generosa abnegación, consideraba simplemente como el acontecimiento que había fijado sus destinos. Ni aun por desgracia lo tenía, pues ella nunca había deseado más que amar y ser amada, ni había acariciado otro ensueño que vivir en íntima y diaria comunidad de afectos con un hombre tan superior como, en su concepto, era su amante.

Estaba triste, sí, pero satisfecha; viéndolo bien, no hubiera cambiado su existencia por la de ninguna otra: amar con toda su alma, amar con todo desinterés, asociarse á un ser digno de ella, y hacerle grata ó menos penosa la vida, tal había sido su destino y se había cumplido. ¿Qué tenía que decir? En lo pasado sólo lamentaba la muerte de sus padres; en lo porvenir sólo una desgracia temía: que Francisco dejase de amarla.

Pasaron algunos momentos, y las ideas de la joven, por un cambio bastante común en su edad, se encaminaron por rumbo menos triste, agitando con rapidez las leves alas hacia las mágicas regiones del porvenir. ¡El porvenir! ¡Qué poderoso influjo ejerce sobre las almas

jóvenes, desplegando delante de ellas su radioso cortejo de brillantes aunque inciertas imágenes!

Amalia, que apenas había cumplido diez y siete años, no podía ser insensible á tan brillante evocación: pensó en años futuros, años más risueños, más hermosos, que el presente que la abrumaba; años dorados por luz vívida, que desvaneciese los torvos fantasmas de la miseria, que la entristecían á ella, y sumergían en honda desesperación el alma ambiciosa y soñadora de su amante. La miseria no la arredraba, sentíase fuerte y capaz de luchar con ella; mas le hubiera sido grato dejarla detrás, como se dejan al despertar las siniestras visiones de una pesadilla. Tenía plena confianza en su amante, tenía más que confianza, tenía fe. Muchas veces había oído hablar de la grande inteligencia de Francisco, de sus buenos estudios, de su brillante porvenir, y ella lo creía así, y lo creía firmemente, porque se sentía incapaz de amar á un ser inferior, cuyo solo contacto hubiera producido en ella el mismo efecto que la inmunda larva en la corola púdica de la sensitiva. ¡Cuán grato le sería, por otra parte, y más por él que por ella, ver á su Francisco en buena posición, verle alentado, satisfecho, alegre, y no abatido, desilusionado y triste como le veía ahora!

—Soy una tonta,—exclamó como haciendo el resumen de sus reflexiones,—los buenos tiempos no han de tardar mucho; pero mientras tanto, ¡cómo se tarda él!...

E influída por el nuevo giro que habían tomado sus ideas, se sintió tan contenta, que tarareó una canción de amores que su amante le había dedicado; después penetró rápidamente al cuarto, despabiló la luz, que parecía tam-

bién haberse distraído, pues apenas alumbraba ya, y tomándola, fué á sacar de la cómoda en que encerraba sus prendas, un paquetito de papeles, atado cuidadosamente con un listón color de rosa; al tomarlo lo estrechó con efusión, como si oprimiera la mano de un ser querido, y, acercando á la mesa una de las sillas, deshizo el paquete, desdobló uno de los papeles que contenía, y se puso á leerlo con ensimismamiento, no sin depositar antes en él un beso apasionado.

Releía las cartas de su amante, del compañero de sus pobrezas, de sus penas y de sus alegrías; cada frase de aquellas cartas, cada palabra, cada letra, tenían el don de evocar un mundo de recuerdos, de emociones y de delicias. Al repasarlas volvía á vivir la vida buena y cariñosa de su naciente amor, olvidaba la parte dolorosa de su historia, y le parecía que, coronada de luz y sostenida por fuertes alas, volaba en un mundo luminoso y feliz formado sólo para el amor.

El ruido de unos pasos muy conocidos de ella hizo latir con fuerza su corazón y subir á sus frescas mejillas el tinte sonrosado de un rubor ligero; compuso rápidamente su querido legajo, lo ocultó presurosa, y radiante, sonriente y halagüeña salió al encuentro del que venía.

—¿Qué haces, mi querida prenda?—dijo éste, que no era sino el insigne Pacotillas, estrechando cariñosamente el talle de su amada.

—¿Qué he de hacer?—contestó Amalia en tono de reconvención cariñosa,—morirme de tristeza, de fastidio y de miedo. Pero, ¡qué raro vienes!—agregó fijando en Pacotillas una mirada escudriñadora, y luego con mani-

fiesto desagrado le dijo: —¡Tú si me has de decir qué tienes, por qué vienes así!

Razón tenía la buena Amalia para contrariarse por la rara facha con que Pacotillas se le presentaba: su tez estaba encendida, sus ojos lanzaban extraños fulgores, llevaba el sombrero más ladeado que de costumbre, y la corbata y el traje más desarreglados que lo debido á su despreocupación.

—Nada me ha pasado, ni siquiera un wagón que me hiciera tortilla; nada he hecho, ni siquiera lanzar un cartucho de dinamita para saciar la sed de destrucción que se ha apoderado de mí.

—¡Tú has tomado, Pancho! sabes que es lo único que me disgusta en tí. ¡Bonito primor el tuyo! yo muriéndome aquí de soledad, y tú pasando el tiempo con tus amigos, y haciendo lo que tanto te daña y lo que tanto me disgusta.

—No me riñas, hijita, ya está hecho; vengo á tu lado en busca de paz y no de reconvenciones. Además, yo no sé cómo sucedió: no tuve ganas de ir á clase, *salí* con Patillitas, con el Chango y con Santa-Anna; nos aburrimos de vagar tontamente y nos fuímos á tomar una copa, creo que yo tomé dos, que me hicieron el efecto de cuatro.

—Ese es el mal, ya sabes el daño que te hace; con razón no puedo ver á tus amigos, tú eres muy bueno y solo nada harías.

—Te engañas, *güerita*, bostezaría de lo lindo, como has de haber bostezado tú; mas ya estoy aquí, —agregó, pasando cariñosamente la mano por el talle de Amalia, y

llevándola á sentar en la silla que junto á la mesa había; —mas ahora reparo, picarona, en que tú has de haber estado leyendo ó escribiendo, porque no veo costura; conque, dime, ¿qué leías ó qué escribías? te advierto que no he de creer que leyeras mi *Patología interna* ó mi *Topográfica*. Vamos á ver: ¿qué se lee aquí en mi ausencia?

Al hablar así, la mano de Pacotillas vagaba juguetona por la hermosa espalda y la mórbida nuca de Amalia. La niña, sentándose en la silla que su amante le señalaba, dijo:

—¿Qué había de leer, hombre? dormitaba, dormía, disipaba como podía mi aburrimiento.

—No me engañes; voy á probarte la sagacidad de tu Pacotillas, como me dicen los zumbones de mis amigos: leías cartas amorosas y pensabas en su autor, un joven muy guapo á quien quisiste mucho, y á quien sustituiste con este paseante tronera, cuyos vicios te cargan tanto; mas déjame tomar asiento á tu lado, y ventilaremos sentados este delicado asunto.

Y haciendo como lo decía acercó una silla al lado de la de Amalia, sentóse y, cambiando de tono, dijo:

—Dejando la vida del alma por la del vil cuerpo, dime si tienes apetito y con qué satisfacerlo, que yo tengo por lo menos una de estas cosas.

—¡Ay hijo, malas nuevas! No hay que cenar, toda la tarde he estado esperando á la mujer que me hace los mandados para que, aunque me quedara sin poder salir, llevara mi único vestido adonde sabes; pero esa mujer es más paseadora que tú, pues ésta es la hora en que no

consigo verle la linda cara. Así es que no tenemos esta noche más pasto que el del alma.

—Te engañas, tienes por marido á un hombre acaudalado; en mi bolsillo destella una peseta nuevecita, é irradia en el negro seno de la faltriquera fulgores verdaderamente argentinos, y más hermosos que los que irradia Venus en el oscuro manto de la noche, como decía yo cuando era poeta cursi. Vamos á derrochar esta cuantiosa suma que me acaba de prestar un mi amigo, vamos á gastarla en cenar unos trocitos de pollo, más tiernos que el corazón de dos enamorados; pero antes me has de decir si me quieres, como cuando te escribía esas cartas melífluas cuya lectura te entretiene tanto.

—¡Qué cosas tienes! Al ver lo ocurrente que te ponen las copas, tentaciones me dan de ofrecértelas.

—Te cojo la palabra, mujer mía, si vieras que eso nos convertiría en dioses.

—¿Por qué?—preguntó Amalia con candorosa curiosidad.

—Porque tú, con tu juventud y hermosura serías una Hebe, que es, como si dijéramos, la cantinera de los dioses; y yo sería el mismísimo Jove, sin haz de rayos, mas no sin ceño. ¡Mira!—y al decir esto frunció el ceño de un modo tan exagerado que Amalia, olvidando hasta el último resto de contrariedad, se puso á reir como chiquilla que era.

—Hay una dificultad para nuestro paseo,—dijo cuando hubo acabado de reir.—Mis botinas están más alegres que yo; ¡mira cómo se ríen!

—¡Presumida! ¿Crees que te voy á llevar á la Concor-

dia? Si no vamos más que á la calle de Dolores, á una fonda en que sirven asados de pollo muy regulares, sobre todo cuando los condimenta un apetitò como el nuestro; conque en marcha, prenda, ya sabes que soy hombre de los de diciendo y haciendo.

Amalia cubrió con un mal tápalo su hermoso y agraciado cuerpo, por femenil instinto arregló los ricitos de su frente, y se vió en un espejito que por allí andaba; hecho todo lo cual tomó el brazo de Pacotillas, y, después de cerrar la puerta de su habitación, se fueron muy contentos. Razón tenían: vivían entre amor y miseria, pero las amarguras de ésta eran menores que las dulzuras de aquél.

CAPÍTULO IV

Antecedentes

Pacotillas era un buen muchacho, lo había sido siempre, ó á lo menos constantemente le habían tenido por tal. Haría como diez años que paseaba su extravagante figura por las calles y los colegios de la ciudad de México. Era nativo de León, floreciente ciudad del Estado de Guanajuato, perdió á su madre desde muy niño, y desde chico se mostró tan avispado, tan despierto, tan inteligente y de tan felices disposiciones, que su padre, honrado comerciante de aquella plaza, comenzó á acariciar la idea de hacer del niño un letrado, y, si Dios quisiere, un hombre ilustre, que diera brillo á su casa, satisfacción á sus parientes y gloria á la nación mexicana.

En la escuela, el muchacho tuvo adelantos que parecieron fenomenales; aprendió con gran prontitud, no sólo á leer y escribir, sino los rudimentos de la gramática y los de la aritmética; en su felicísima memoria cupieron con holgura el compendio de *Historia de México* por Payno, el de *Geografía* por García Cubas y las hermosas fábulas de José Rosas Moreno, el insigne y malogrado vate.

Era de ver el júbilo que henchía el corazón de su buen padre, cuando en las noches de sencilla y familiar tertulia mostraba á sus honrados amigos aquel prodigio de su casa, aquella prenda de su corazón, aquel ensueño de su amor de padre; eran de ver la gracia y el despejo con que lucía el muchacho sus muchas y raras habilidades: ¡qué cuentas sacaba, qué fábulas decía de memoria, y cuántas cosas de ingenio brotaban de aquel piquito de oro que le había dado Dios!

Lo que más placía al honrado don Francisco Téllez, era que su hijo había de llegar á hacerle comprender bien aquel endiablado sistema métrico decimal, que para él siempre había sido indescifrable y que seguía siéndolo aún, no obstante las graciosas y repetidas explicaciones del despabilado muchacho.

El buen comerciante estaba tan hecho á la vara castellana, á la yarda inglesa, á la libra, al cuartillo, á la fanega y á las demás medidas antiguas, que le parecía que el mundo daría un traspiés y sobrevendría el caos el día en que hubieran de ser sustituídas por el metro y su numerosa prole de centímetros y milímetros, por el kilogramo y su correspondiente falange de gramos y de

centígramos, por el litro con sus decílitros y centílitros, y por otras mil zarandajas que, para atolondrar al prójimo, inventan estos diablos de franceses.

Cuando el hijo de don Francisco resultó ser escolar de provecho, felicitóse por ello el bonachón del hombre, entre otras cosas porque ya tenía en casa quien le explicara tan enrevesadas novedades. Mas lo curioso del caso fué que, por más que el muchacho explicaba y volvía á explicar, el rudo padre cada vez menos entendía, y eso que era hombre de no malas entendederas, y se preciaba de liberal y amigo de reformas. El caso es que la del sistema métrico se le había atorado, por decirlo así, y por más que él pugnaba para ello, no lograba hacerla pasar de las fauces de su entendimiento, perdonándosenos tan innoble comparación.

—¡Bien, muchacho! —solía decir, después de muchas preguntas, comparaciones, ejemplos é imágenes representativas, —¡todo está muy bien! pero acábame de decir de una vez lo qué es el metro.

—Pues ya te he dicho, papá, —contestaba con aire pedantesco Paquito, —que el metro es la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre.

—¡Jesús me ampare! —exclamaba don Francisco, —si eso es lo que no puedo entender, ¿cómo puede ser eso?

—Pues así lo dice mi libro, —replicaba el muchacho, y acallaba las dudas del padre, sacando con mucha presteza de la faltriquera un compendio de la aritmética, de Contreras, y presentando la embrollada frase ante los ojos atónitos de don Francisco.

—Dices bien, hijo, así ha de ser, aunque yo no lo

entienda. ¡Qué hemos de hacer! esas cosas sólo entran cuando la mollera está blanda y no tiene uno la cabeza cargada, en primer lugar con los años, luego con el barullo de los negocios, y después con las cuentas que no nos pagan y con las que nosotros tenemos que pagar, que éstas no tienen escapatoria, porque si no... se pierde el crédito, y para un comerciante el crédito es más que un capital. ¡Vaya, vete á acostar y que Dios te haga un santo!

Un día llegaron á su colmo la satisfacción de don Francisco y la ciega fe que ya tenía en el talento fenomenal de su hijo. Celebrábase el cumpleaños del comerciante; honrados, buenos y leales amigos le acompañaban á comer; en sitios preferentes de la mesa estaban el maestro de gramática y el de aritmética del niño. Ya se habían saboreado algunas suculentas y bien condimentadas viandas, ya se habían vaciado algunas botellas de vinos generosos, y el entusiasmo agitaba con estrépito en torno de los convidados sus brillantes y movedizas alas.

Todo era júbilo, todo charla festiva, acentuada de vez en cuando por francas, cordiales y sonoras carcajadas. De súbito Paquito se puso en pie, con notable desembarazo y graciosa osadía, y asiendo un cuchillo hirió repetidas veces con el dorso de la hoja el brillante costado de un vaso próximo, produciendo instantáneo repiqueteo de cristalinos sones. Reinó profundo silencio, todas las miradas se fijaron con avidez en aquel niño audaz, que, sin turbarse por ser objeto de la atención general, empuñó un vaso de vino y dijo con sonora y limpia voz: — A mi

padre. — Y después de la conveniente pausa se puso á recitar con mucha maestría una décima, una verdadera décima, bien medida, bien rimada y bien concluída, que, brotando de los labios del muchacho, lució su gentileza, dejó pasmado al auditorio y llenó de regocijo el corazón del padre.

— ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bien! — exclamaron en coro los concurrentes, atronando el aire con ruidosas palmadas.

Dos lágrimas silenciosas rodaron por las mejillas del padre, se puso en pie, lleno de emoción, y corrió presuroso á estrechar en sus brazos á aquel hijo que tan puras emociones le causaba, y después de besar con efusión la infantil frente, le dijo con trémula voz, que los sollozos interrumpían:

—Dios te conserve, hijo mío, para regocijo de mi corazón y amparo de mi triste ancianidad.

Y así que le hubo acariciado y besuqueado bien, preguntóle con encantadora sencillez:

—Y qué, ¿sacaste de tu cabeza esos versos?

—No lo dude usted, — se apresuró á decir el profesor de gramática,—Paquito los ha compuesto; son sus hijos, como él lo es de usted.

El discreto lector comprenderá que la tan celebrada décima contaba como sus principales méritos: la edad del autor, y el estar dedicada á un hombre que, además de ser padre del poeta, sentía por los versos y por los que sabían sacarlos de su cabeza, como decía él, un respeto que rayaba en veneración. Un verso era, para el sencillo don Francisco, la más acabada muestra del humano ingenio, y en su cándida admiración ponía el comer-

ciante sobre los cuernos de la luna la que sabía forjar preciosidad tal. Ya se comprenderá por esto hasta qué exaltación llegaría en esos momentos su vanidad paternal.

—Decídase usted, don Francisco, decídase usted,— dijo el profesor de gramática, cuando se calmó un poco la algarada producida por la feliz décima;—es preciso que el niño vaya á estudiar á México, allá sí que podrá lucir sus grandes facultades,—añadió con pedantesco énfasis,—allá, en aquella atmósfera de ideas y de progreso, desplegará fácilmente Paquito las alas poderosas de su inteligencia y llegará á la altura de los Peza, de los Altamirano, de los Sierra, de los Ramírez, de los Carpio, y ¡quién sabe si llegue á medir la talla de los Byron y de los Víctor Hugo, de que tanto se pavonean y envanecen las soberbias naciones de ultramar!

—¿Por qué no, señor Zuloaga?— contestó don Francisco, reventando de paternal orgullo,—¿por qué no? de menos nos hizo Dios; ya se han visto casos de padres muy rudos que engendran hijos de un talentazo más grande que esta casa, *contimás* este muchacho que tiene á quien parecerse; no lo digo por mí, que apenas he podido aprender la doctrina cristiana, dígolo por la difunta, que me dejaba abriendo la boca con el talento que tenía. ¡Vaya, que á querer, hubiera podido hacer moneda falsa!

—Además,—prosiguió el retórico dómine,—es preciso salvar esa inteligencia juvenil de las siniestras garras del oscurantismo, hay que evitar que esta cándida paloma de blancas alas sea víctima del buitre sombrío del retroceso. Usted sabe que, para nuestra mengua, esta sociedad está dominada por el fanatismo. Acudid, pues,

á vuestro hijo, señor Téllez, salvadle de este atroz peligro y formadle para la democracia, preparadle para el progreso y educadle para la libertad.

El candoroso don Francisco no vió muy claro á través de aquellas frases pomposas; mas como oyera hablar de garras, de buitres, y otros emblemas de rapiña y destrucción, tembló instintivamente, y haciendo esfuerzos por no quedar en elocuencia muy por debajo de su petulante y finchado interlocutor, dijo con energía:

—Eso sí que no, á mi hijo no me lo desgarra nadie; yo digo luego, no es justo que mi hijo se empañe y se deslustre aquí tras de este mostrador; yo quiero que sea un hombre ilustrado, para eso ha trabajado su padre hasta ahora, y para eso seguirá trabajando mientras Dios le preste vida.

Ese día quedó fijada la suerte de Paquito. Aquella décima, aquellos aplausos, aquellos elocuentes tropos del que le enseñaba á distinguir los sustantivos de los adjetivos, fuéron el resorte, el vapor, la fuerza de proyección ó lo que se quiera, que iban á empujarle, desde su sencilla ciudad natal, hasta esta otra ciudad algo más grande y mucho menos sencilla. Desde ese momento el proyecto de mandarle á México tomó en el ánimo de don Francisco la absorbente tenacidad de las ideas fijas. Por la noche el buen señor no pudo dormir, lo que no le sucedía desde la víspera de su casamiento; pasó las horas devanando la enredada madeja de sus ideas, para poner en práctica aquel gran proyecto.

Lo cual no era muy difícil y la ocasión era que ni pintada. En México se encontraba entonces, como miembro

de la Cámara de Diputados, el licenciado Rodríguez, que patrocinaba, hacía mucho tiempo, los negocios de la casa Téllez, siendo pagado con liberalidad en todas ocasiones y recibiendo, como por añadidura, buenos regalos. Don Francisco y el licenciado eran compadres, pues siendo este último de lo más listo que haya para conservar los buenos clientes, invitó á aquél para que apadrinase á una niñita que, hacía tres años, había dado á luz la fecunda esposa del señor Licenciado, pues ésta cada año regalaba á su esposo un hijo, proporcionándole así ocasión de adquirir dos buenos compadres.

La intervención del Licenciado facilitaba mucho los proyectos de don Francisco. Mandaríase el niño á México recomendado al buen compadre, el cual con gusto se prestaría á tutorear á Panchito, á aconsejarle, á dirigirle y á representar en todo al ausente padre, menos, por supuesto, en lo de dar la plata, pues el señor Licenciado no pecaba de dadivoso; pero esto último no hacía falta, para eso estaba allí don Francisco, con el corazón lleno de buena voluntad y el arca no vacía de patacones.

¿Quién había de creer que la única dificultad, que tal pareció á don Francisco, fué redactar la carta por medio de la cual se había de remitir y recomendar la querida cuanto delicada prenda? El no era muy ducho en esto de manejar la pluma, si se hubiera tratado de la vara de medir, de las balanzas, ó de otra insignia mercantil, hubiera sido otra cosa.

Por fin, después de pensarlo mucho, resolvió el punto difícil, admirándose de haberse parado por tan poco. El señor Zuloaga se encargaría de la delicada y diplomática

misión de redactar el documento; era gramático, era retórico, era pendolista, y en tal virtud podía escribir, no digo al compadre Rodríguez, que no era más que diputado, sino á cualquier ministro, y hasta al mismísimo presidente en persona.

Paquito era á la sazón un muchacho de doce años; su complexión era débil, su tez morena tenía un tinte amarillento y enfermizo. Era larguirucho, flaco, torpe y desmañado, por lo descuidada que había sido su educación física. Fué hijo único, y su padre, que amaba con idolatría á la madre del chico, cifró en éste todo su cariño apenas murió aquélla; le cuidaba lo que no es decible, le mimaba en extremo, y jamás quiso consentir en que se entregase al menor trabajo corporal. Creía de buena fe aquel padre cariñosísimo que su hijo había sido fabricado con un barro más fino y más frágil que el que formaba el cuerpo del honrado mercader; mientras le parecía muy natural levantar él los fardos más pesados, y entregarse á las tareas más rudas, hubiera creído impropio, profanador y hasta cruel, imponer á aquel niño cualquier faena, lo que le hubiera parecido tan brutal como uncir á un carro un hermoso colibrí, ó echar una tonelada sobre los débiles lomos de un perrito de Chihuahua.

Le aterraba la idea que pudiera morir aquella criatura tierna y delicada, en quien veía reproducido el frágil organismo de la mujer que quiso tanto. Salvo el color, que había sacado del padre, el niño era la imagen viva de la madre. Fortuna fué que sucediese así, porque si moreno le quería tanto, á ser blanco el niño, el padre habría enloquecido.

Mucho tiempo hacía que, á modo de hermoso ensueño, abrigaba el señor Téllez la idea de mandar á México á su niño para que hiciera buenos estudios; pero le aterraba el pensamiento de separarse de aquella criatura, que era para él la pura fuente de todo afecto, el exclusivo manantial de mil ternuras y algo como la atmósfera de su alma.

Le aterraba más todavía pensar que su querido pimpollo expusiese su cuerpo sensible y su alma delicada á los peligros de una gran ciudad; temía que los malsanos efluvios de las calles ajasen la salud de aquel hijo amado, y que los vicios y malas costumbres marchitasen y corrompiesen aquel corazón, que él quería conservar como vaso de los más suaves perfumes. Mas el buen juicio de aquel hombre honrado le sugería á menudo otras reflexiones.

—Yo quiero mucho á Panchito, —solía decirse, —lo quiero demasiado, y tanto cariño puede perjudicarle; es bueno que el hombre aprenda á manejarse por sí mismo, á evitar los peligros y á afrontarlos cuando no se pueden evitar; al paso que voy haré de mi hijo un marica. Bien dice el dicho: «Tanto quiso el diablo á su hijo...» Es verdad que yo sufriré mucho, porque no puedo vivir sin este muchacho; mas aguantaré como hombre que soy, haré este sacrificio en bien de mi criatura, y estoy seguro que su santa madre me sonreirá desde el cielo.

Así es que los escrúpulos de don Francisco, batidos ya tiempo hacía, fueron completamente derrotados con lo sucedido en el festejo de que hemos hablado. Quedó, pues, bien resuelto en su ánimo que el niño partiera, y

á fuer de hombre activo, que una vez tomada una resolución la pone en práctica, comenzó á hacer todo lo conducente á que el niño pudiese marchar de allí á dos meses.

¿Cómo era el ser moral de Paquito, cuando se decidió lo que tanto le atañía, y tanto iba á influir en su porvenir? Era de viva sensibilidad, de imaginación ardiente; era dado á la pereza del cuerpo y á la actividad del alma, era un soñador precoz y un poeta en agraz.

A las tres de la tarde solía tenderse boca arriba en el patio de su casa, quedábase inmóvil, clavaba la vista en el cielo, como si quisiera sondear con ella el piélago azul del infinito, como si quisiera rasgar con la mirada el cerúleo velo y vislumbrar contornos luminosos de alados ángeles, de querubes sonrosados, de castas vírgenes y de santos bienaventurados.

El calor de la hora, lo quieto de la postura, la fijeza tenaz de la mirada, y acaso la prosaica influencia de la digestión, producían en su cerebro y en sus retinas un efecto que le deleitaba: veía aparecer en el cielo terso y limpio, primero de uno en uno y luego á millares, pequeños discos de contornos diáfanos, semejantes á perlas que se esparciesen en la quieta superficie de un lago de azules y apacibles aguas, ó á diminutas mariposas que revoloteasen en aéreas y encantadas praderas. Las diáfanas rueditas tomaban después un color amarillo, matizado á poco de contornos rojos, y el cielo parecíale sucesivamente un manto azul en que lloviesen granitos de oro, ó una llanura mágica en que doradas abejas

revolaban silenciosas é inofensivas; en seguida las rubicundas rueditas, tomando un colorido más subido, parecían regueros de rojas é inflamadas chispas que anunciaran la conflagración del cielo; después los rojos círculos tornábanse negros, dando al cielo el aspecto de criba colosal; al mismo tiempo un enervamiento grato deprimía las facúltades del chico, un sopor irresistible embotaba su sensibilidad, y se paraba de súbito la máquina de sus ideas. Su padre le encontraba inmóvil, con los ojos cerrados, la faz encendida, la respiración lenta y tranquila, y, tomándole cariñosamente en brazos, le llevaba á su cama. Lo que había comenzado por contemplación, continuado por ensueño y luego por éxtasis, remataba en agradable y perezosa siesta.

En las tardes en que el cielo se encapotaba, cubriéndose de apiñadas y negras nubes, que, arrebatadas por impetuoso viento, cruzaban por el aire, eludía el muchacho la cariñosa vigilancia de su padre, tendíase como lo acostumbraba, y miraba de hito en hito las nubes torvas, peregrinas y amenazantes. Veíalas discurrir como procesión de fantasmas cenicientos y negruzcos que desempeñaran misteriosas comisiones, ó como turba inquieta de aéreos seres, ó como masas confusas y revueltas de encarnizados combatientes, que sin armas visibles, mas con delirante rabia, chocaban los unos con los otros, reduciéndose á harapos, á jirones, ó á humeante polvo.

Tan prolongada contemplación producía en Paco una especie de vértigo, que le causaba la ilusión más rara. Trocaba la situación real de las cosas: le parecía que el nublado estaba inmóvil debajo de él, y que, sin alas

y arrebatado por quién sabe qué invisible y poderoso genio, volaba él por encima de aquel panorama de musas negras y vaporosas, que se desarrollaban por todos lados hasta perderse de vista; parecíale que el mundo se había convertido en caos, que el suelo había perdido su firmeza, que la luz se había sumergido en insondables profundidades, y que él, sin saber cómo, sobrevivía á la catástrofe, flotando sobre un mundo reducido á confusas masas de vapor. De repente el rojo culebreo del relámpago, seguido del estallido del trueno, ó los primeros goterones de la lluvia, le volvían brutalmente al sentimiento de la realidad, corría presuroso á guarecerse, desilusionado de su aérea excursión.

Para que aquel niño soñador diese rienda suelta al alado corcel de su fantasía, no era preciso que se tendiese á la bartola; sentado, de pie, andando, surgía en su mente la bandada de seres fantásticos en que su imaginación era tan fecunda, y esa bandada se mezclaba á las cosas reales, y hasta llegaba á dominarlas. Paquito gozaba de la vida subjetiva en toda su plenitud, y encantábale tal goce; placíale ver la realidad á través del diáfano y colorido velo de las visiones que forjaba.

Su propensión á fantasear le hacía huraño, retraído é inclinado á la soledad; evitaba el trato de los muchachos de su edad, que con sus pláticas podían distraerle de sus queridas visiones. Gustándole más que la conversación los ensueños, era taciturno, y á los sitios concurridos prefería los solitarios y silenciosos.

A su padre le encantaban estas inclinaciones, tomábalas por muestra del buen juicio y de la genuina supe-

rioridad de su hijo, que instintivamente evitaba el roce de las malas compañías. Ignoraba aquel hombre sencillo que, en lo más íntimo y recóndito del alma de Paquito, se abrigaba la pésima compañía que llamamos imaginación, y que filósofos sesudos han apellidado la loca de la casa.

La manía soñadora de aquel niño inclinábale á la lectura de novelas románticas y sentimentales, con una afición que rayaba en delirio. Dicho se está que su padre se encantaba con esto, como con todo lo que veía en su hijo, y que le compraba cuantas novelas quería leer el muchacho.

Puede suponerse el efecto que en lector tal producirían las imágenes de la novela, asociándose á las que en abundancia procreaba su rica imaginación, y el impulso que darían á su manía de fantasear. Al vagar, solo y soñador, por los sitios amenos que rodean su ciudad natal, forjaba más de una novela en que él mismo era el héroe; fingía castillos feudales, vistosos torneos, combates singulares y solemnes juicios de Dios; fingía doncellas secuestradas por barones feroces y sin entrañas, y creía aparecer él como el paladín invencible que, desenvainando el acero en pro de la inocencia, la sacase inmaculada del antro en que gimiera. En su rara manía de tomar lo soñado por lo real, sucedíale á veces convertir la choza del labrador en la prisión de alguna infeliz cautiva.

Estaba convencido de que en alguna parte del mundo habían de suceder cosas, como las que con tanto deleite leía, y ansiaba tener más años para enamorarse, para

sacar la espada en defensa de la señora de sus pensamientos, ó para robarla en tenebrosa noche y, cabalgando en negro y rápido corcel, trasladarla á venturosas regiones.

Sus ensueños se acompañaban de efusiones tiernas y adquirían tintes melancólicos; gustábale en noches de luna retirarse á sitio apartado de la casa, y entregarse, con la vista fija en el astro, á las reflexiones más inmotivadamente tristes; pensaba, por ejemplo, en huérfanos hambrientos y sin abrigo; luego se le antojaba que él era uno de esos infelices, y la ficción, imponiéndose como si fuera realidad, le causaba una pena inmensa é inundaba sus ojos de lágrimas.

¡Pobre muchacho! Con aquel exagerado sentimentalismo, con aquella manía de fantasear, con aquellas frecuentes melancolías, que parecían presentimientos de futuras desgracias, con aquel desconocimiento de la realidad, iba á partir á una gran ciudad, en la que era muy probable que se derrumbara y cayese sobre él la quimérica fábrica de fantaseos, fruto de una niñez solitaria y mimada.

CAPÍTULO V

Más antecedentes

En la época en que Paquito dejó por vez primera su ciudad natal y su hogar tranquilo para venir á México, la locomotora no cruzaba todavía las feraces llanuras del Bajío, y el más rápido medio de transporte era la pesada

é incómoda diligencia. En ella tomó asiento nuestro adolescente, confiado á la custodia de un amigo de don Pancho que venía á la capital.

Maltratado el cuerpo y llena el alma de emociones y raras inquietudes, llegó á esta capital nuestro joven amigo, y se presentó al Licenciado Rodríguez, quien aceptó gustoso el cargo de tutor del niño y dió los pasos necesarios para que ingresara en la Escuela Normal Preparatoria en calidad de interno.

Con mucho aprovechamiento hizo el muchacho sus cursos preparatorios. Año por año obtenía en sus exámenes calificaciones altas y se iba á pasar las vacaciones al lado de su padre, que gozaba lo que no es decible con los continuos adelantos de su hijo.

Llegó el día en que, habiendo concluído los preparatorios, pudo comenzar ya los cursos profesionales; y teniendo, ó creyendo tener, vocación para la medicina, se inscribió en el correspondiente plantel como alumno de primer año.

Grandes cambios se habían verificado en la persona de nuestro héroe. Al entrar á la Preparatoria era un niño de doce años y al salir era un joven de diez y siete. Había crecido mucho, apuntábale el bozo y había adquirido salud y vigor.

Más considerables eran los cambios de su ser moral. Fortalecido su espíritu con el sano pasto de las doctrinas científicas, habíase curado de la manía de fantasear; su carácter, de huraño que era, se había vuelto festivo y amable, su imaginación no le suscitaba ya importunos fantasmas ni creaciones extravagantes; no quiso dedi-

carse á la poesía, pareciéndole ejercicio frívolo, prefirió consagrar sus facultades á las grandes verdades de la ciencia.

Aquella fantasía desarreglada y loca que turbó la serenidad de sus años infantiles, habíase trocado como por encanto en severo numen. No forjaba ya situaciones novelescas, complacíase ahora en contemplar el imponente conjunto de las doctrinas científicas. Sumergíanle en profundas meditaciones la multiplicidad y variedad infinita de los fenómenos naturales, enlazados, sin embargo, por invariables leyes, y llevando siempre el sello de pasmosa unidad. Los agentes físicos que á través del espacio impulsan y conmueven las colosales masas de los astros, la afinidad química que une y desune los cuerpos, la maravillosa escala de los seres vivos, que, comenzando por el microbio, tiene al hombre por remate: he aquí los únicos asuntos que juzgaba dignos de las inteligencias serias; observar, estudiar, escudriñar constantemente esa naturaleza de que procedemos, y con la que nos ligan miríadas de invisibles hilos, le parecía el objeto más noble y levantado á que las facultades pueden consagrarse.

Su corazón dormía aún, ninguna impresión viva, ninguna emoción, pasión ninguna, habían turbado la quietud de su adolescencia; sus costumbres austeras, su vida retirada, su aplicación fenomenal, su afán de saber y de meditar en lo que ya sabía, rodeaban su ser moral de una especie de muralla que le defendía de los asaltos insidiosos de las pasiones.

Las mujeres le parecían simplemente objetos hermosos

ó vistosas figuras, que solían recrear su vista, sin conmover su corazón ni dejar huella en su memoria; su carácter grave y serio le apartaba de las conversaciones frívolas y malsanas que suelen corromper el alma de los jóvenes.

A los dos años de estar en la Preparatoria fué abolido el internado, pero esto no influyó en sus costumbres ni en su género de vida; se hospedó en la casa de su tutor, y en ella, como en el colegio, siguió engolfado en sus libros y en sus serias y hondas meditaciones.

¿Quién creyera que un edificio, al parecer tan sólido, iba á desmoronarse del modo más inesperado, que tanta dicha iba á disiparse, y á turbarse, y convertirse en cruda guerra, y en profundo duelo, tanta paz y tanta ventura?

Y así sucedió. Como á mediados del año en que seguía Paquito su curso de Anatomía, hirióle como un rayo la inesperada noticia de la muerte de su padre.

El buen don Francisco Téllez había sucumbido en pocas horas á un ataque de apoplejía. Murió sin poner en orden sus negocios, y sin enviar al joven su último adiós.

Para colmo de desgracia, los negocios del honrado comerciante estaban, ó se hizo creer que estaban bastante embrollados; el pasivo igualaba, cuando no superaba, al activo; despiadados acreedores concursaron la sucesión, y el infeliz estudiante, que poco antes se creía rico y feliz, se encontró con que nada poseía.

La situación se agravó con otro suceso, que, aunque de menos importancia, la tuvo para Pacotillas muy grande en esa vez. Su tutor, dejando de ser diputado,

iba á regresar á León, é invitó á Francisco que le siguiese; mas éste no lo consintió de ningún modo, y he aquí á nuestro héroe colocado de repente en el torbellino del mundo, sin hogar, sin afectos y sin recursos.

La amistad proveyó por lo pronto á su desamparo. En las aulas había conocido á Patillitas, se habían ligado con una de esas amistades espontáneas y cordiales que nacen entre condiscípulos, y que suelen resistir á los crueles embates de las tempestades de la vida. Patillitas era del Saltillo y disfrutaba de una beca que, al abolirse el internado, se convirtió en pensión mensual de treinta duros. Este muchacho, aunque vano y presumido, era de un corazón excelente, quería á Francisco como á un hermano, también había perdido á sus padres y no tenía pariente alguno.

Cuando Francisco se arrojó en sus brazos con el alma destrozada y la faz bañada en llanto, cuando le hubo referido sus repentinas desgracias, tanto más dolorosas cuanto menos esperadas habían sido, cuando le dijo que su horizonte se había estrechado hasta encerrarle, comprimirle y ahogarle, cuando terminó diciendo que no sabía qué hacer ni qué partido tomar, aquel su buen amigo le contestó:

—No te apures, Pancho, los dos somos huérfanos, los dos estamos desamparados; somos hermanos en la desgracia, uniéndonos tendremos fuerzas para conjurar nuestras desventuras. Vente á vivir conmigo; en mi casa, ó, mejor dicho, en mi cuarto, habrá un rincón para tí; ¡eh! no te apures, comeremos lo que podamos y pondremos buena cara á la mala suerte.

Francisco aceptó la generosa oferta de su compañero y se fué á vivir con él, á un cuarto de una viejísima casa de vecindad, ubicada en la calle de Zapateros. Pasado algún tiempo, pudo Pacotillas proporcionarse algunos recursos, dando lecciones particulares de matemáticas á varios jóvenes que querían preparar su examen, y de diversos, ramos de enseñanza primaria á señoritas que querían recibirse de profesoras.

Así quedaron conjurados la miseria y el abandono, torvas figuras del séquito de la desgracia. Mas no era posible que contratiempos tan grandes no influyesen en la regularidad con que el pobre chico se dedicaba á sus estudios; ese año no pudo presentar examen, lo cual le llenó de profundo desaliento. Por primera vez sintió que en su alma, nido antes de las frescas, las suaves, las sonrosadas ilusiones, penetraban, poco á poco, las frías, las ásperas, las cenicientas serpientes de los desengaños.

Fué preciso que sus amigos desplegasen todo empeño y ejerciesen toda su persuasión é hiciesen alarde de toda su elocuencia para decidirle á que el año siguiente renovase su inscripción. Hízolo, mas sin fe, sin ardor, sin entusiasmo; hízolo por mera condescendencia. El estudio no tenía ya encantos para él, había perdido el único afecto de su vida, el mundo parecíale desierto, vana y sin objeto la existencia; siguió de mala gana el renovado curso, llegó la época de los exámenes y tampoco se halló en estado de presentarse.

Tan repetidos fracasos hirieron profundamente la delicadeza del, hasta allí, afortunado estudiante. La muerte de su padre había atravesado su corazón con la crueldad

de la puñalada insidiosa, su repetida incapacidad para presentarse á examen ajó con brutales estrujones las delicadas flores de su vanidad.

¡Pobre muchacho! Al morir su padre sintió helársele el alma, languidecer su inteligencia, y que un desaliento enervante se apoderaba de sus potencias todas. Ya no le parecía la ciencia un orgauismo maravilloso y palpitante, animado por la verdad, vigorizado por la lucha victoriosa y hermoseado por pasmosos descubrimientos, sino un cadáver frígido é inerte, en cuya descompuesta sustancia pululaban frases áridas, conceptos ampulosos y pedantescas voces.

¡Pobre muchacho! Lo peor fué que su mente, habituada al vibrante aleteo de la idea, no se conformaba con la especie de silencio sepulcral que en ella reinaba desde que fué herido en sus grandes afectos y en sus nobles aspiraciones; y no sintiendo ya la excitación sana, la espontánea, la vigorosa, propia de las almas venturosas, recurrió á la excitación artificial, caduca, efímera y falsa, á que suelen aficionarse aquellos cuyo espíritu ha sido doblegado por el infortunio y marchitado por el dolor.

En mala hora los frescos labios de nuestro joven sintieron el acre contacto de la primera bebida alcohólica; en mala hora sintió circular su sangre, pulsar sus sienes y palpitar su corazón á influjo del terrible estimulante; en mala hora sintió su alma agitada, sacudida, fustigada, caldeada por la ola ruda y por la llama de la primera embriaguez. Gustóle aquel existir fantástico, aquel repentino despertar de adormecidas potencias, aquel hervidero confuso, aquella efervescencia ruidosa de ideas, de

aspiraciones y deseos, seguidos de raro vértigo, de embotamiento peregrino, de profundo estupor.

Se ha dicho, no sin razón, que en lo más fuerte del mal suele presentarse la crisis salvadora. Pacotillas, cuya alma descendía con rapidez, se detuvo en la vergonzosa caída por obra del primer amor. He aquí cómo sucedió: placía á la soñadora naturaleza del joven vagar, al caer la tarde, por sitios hermosos y concurridos; vagar es la palabra, pues iba siempre solo, sin fijarse en las gentes, aunque le distraían el cruzar de los bultos y el rumor de las conversaciones. Una de tantas tardes discurría por los jardines del Zócalo, cuando de repente su distraída mirada se fijó en un grupo que le pareció sobrehumano, celestial, divino.

Sentadas en una de las banquillas que circundan los jardines, de espaldas al gran cuadro exterior, vió dos damas y una niña, que le parecieron formar el cuadro más hermoso que hubiera visto como hombre ó soñado como poeta. Una señora, como de cuarenta años, una señorita de apenas quince y una niñita de tres á cuatro, componían el poético grupo. La señora, aunque pálida y mostrando en su rostro la huella de un dolor profundo, era muy bella, de ojos hermosísimos y graves, de tez blanca, de alta estatura, de actitud noble y distinguida; vestía de luto, y su traje, aunque sencillo, era de tan buen gusto y tan bien llevado, que hacía resaltar la majestad del torso y la blancura de la tez. Causóle á Pacotillas notable impresión, y antojósele nada menos que tenía delante la imagen de la noche, ó el emblema del dolor grave y resignado.

La señora ocupaba el extremo del asiento, su codo izquierdo se apoyaba con languidez y descuido en el brazo de la banca, y con la mano correspondiente asía la diminuta de la chiquitina, juguetona y radiante, que Pacotillas comparaba á la pintada mariposa que aletea entre los negros adornos de un sepulcro. A la derecha de la señora estaba sentada la hermosa niña de los quince años.

Si al ver á la señora y á la niña se sintió conmovido el estudiante, extasióse al ver á la joven, y, siguiendo el hilo de sus símiles poéticos, la tomó por emblema de la esperanza, que nos promete consuelo después de los dolores. La señora fijaba la vista en la tierra, como si á través del suelo, quisiera vislumbrar la forma de un ser querido y ya sepultado; la joven veía al cielo, como si en las altas copas de los eucaliptus, ó en las nubes flotantes, ó en el espacio azul, persiguiese etéreos seres; la niña veía á todas partes, pues no buscaba más que impresiones para su vista, y su alma no conocía aún ni la caricia de las ilusiones ni el choque de los dolores.

Pacotillas, saliendo bruscamente de su distracción, estuvo á punto de cometer una impertinencia: sintió ímpetus de arrojarse á los pies de la señora y besar la falda de su vestido, de coger á la niña entre sus brazos y comérsela á caricias, de arrodillarse ante la señorita y fijar en su faz angelical las miradas estáticas, permaneciendo horas enteras en contemplación muda. Mas el sentimiento de la realidad contuvo tan lírico arranque; detúvose un segundo, pareció indeciso, y luego siguió

dando su vuelta sin volver siquiera la cabeza; al pasar otra vez por el sitio en que estaban, contempló desde lejos, y por entre las ramas, el hermoso grupo; al cruzar por delante de ellas les dirigió de soslayo una mirada de artista; al volver por tercera vez, ¡oh desencanto! ¡oh vacío! ¡oh vanidad de las cosas humanas! el hermoso grupo se había desvanecido.

Francisco sintió un verdadero dolor, se quedó lelo y embobado como quien ve visiones, volvió la vista á todos lados, y por ninguno descubrió más que personas vulgares, toscas, feas, pero ni la sombra siquiera de las poéticas y hermosas criaturas; en su aturdimiento llegó hasta levantar la vista, imaginándose que aquellos seres alados hubiesen alzado el vuelo; nada, el espacio vacío, en el cual ni un mal pájaro volaba en aquel momento.

Sólo quedaba allí el asiento frío, rígido, desocupado, que parecía burlarse del anhelo de aquel joven corazón. Pacotillas no tuvo más consuelo que el muy estéril de sentarse en aquel mismo asiento; allí permaneció más de dos horas entregado á poéticas cavilaciones, procurando reproducir con la imaginación los más leves detalles del cuadro que tanto le encantó. Se puso el sol, oscureció, el alumbrado público fué encendido, y Paco clavado en aquel asiento; no podía dejarle, le parecía que iba á ser profanado por algún transeunte un sitio que, en su locura, tenía por más augusto que el solio de los Césares.

Por la noche, el insomnio de Pacotillas no estuvo poblado por imágenes grises y opacas, sino por halagüeñas y radiantes visiones. La respetable dama, la

encantadora señorita y la monísima niña revolaban en su imaginación, sugiriéndole muchísimas conjeturas. ¿Quiénes eran? ¿Cómo se llamarían? Púsose entonces á acomodar diversos nombres á aquellas desconocidas y ya, para él, queridas personas. ¿Cómo se llamaría ella? ella era la señorita. ¿Estrella? nombre bonito, pero vacío y poco significativo para tan hermosa criatura; ¿acaso Rosa? ¡Hermosísimo nombre, pero muy profanado por desgracia! hasta las cocineras suelen llamarse así, y al pensar esto, recordaba con mucha claridad la grotesca figura de una maritornes que habían tenido él y Patillitas: era vieja, gordiflona, cacariza, impregnada de feos olores, y tenía el descaro de llamarse Rosa. No, no puede ser Rosa. ¿Se llamará Luz? Así la llamaría él, pero también es un nombre que se ha generalizado mucho. No, nada de nombres conocidos; esa niña se ha de llamar como alguna de las grandes heroínas del sentimiento, del amor, de la poesía. Tal vez se llame Haydee, como la hermosa virgen griega creada por la ardiente imaginación de Byron. Pero no, ¡qué disparate! la belleza de Haydee era deslumbradora y plástica, y la de mi hermosa desconocida es apacible y celeste. Haydee era tentadora como el deseo, y mi niña es casta como el ensueño; Haydee embriagaba los sentidos, como la rosa de Jericó, y mi niña es impalpable y delicada como el perfume de la violeta. Ya caigo en ello, debe llamarse Ofelia, porque es sensible, vaporosa, ideal, pura, como esa delicada creación del inmortal Shakespeare...

Largo fuera transcribir las muchas cavilaciones á que se entregó el desvelado joven con motivo de aquellas

desconocidas. Es digno de notarse que por la tarde la señora le pareció la figura principal del cuadro, mientras que por la noche la imagen de la señorita se destacaba más en sus recuerdos, y la dama y la niña no servían más que para realzarla. No le parecía difícil definir las relaciones de parentesco que las unían: la señora era sin duda la madre de la joven y la niña.

Al día siguiente se levantó muy tarde, y lleno de contrariedad y despecho. ¿Cómo encontrarlas? ¿Cómo dar con su perdida huella? ¿Cómo averiguar su paradero en una ciudad tan populosa? Esperaba con ansia que dieran las cinco de la tarde para dirigirse al Zócalo, á ver si acaso las volvía á encontrar; mas aun esta esperanza le salió fallida, pues por más que buscó por todos los sitios de la gran plaza, no pudo dar con las incógnitas.

Pasaron varios días de la mayor incertidumbre. Pacotillas iba al Zócalo, pero en vano. Por fin á los ocho días, cuando ya desesperaba de volver á encontrarlas, llegando hasta á dudar de sí mismo y á creer que las personas que con tanto ahinco buscaba, no habían sido más que visiones de su fantasía, tuvo la inesperada satisfacción de volver á hallarlas. Como la primera vez vestían de negro, pero en ésta paseaban, y la pequeñita jugueteaba y corría, apartándose bastante á veces de su hermana y mamá. En uno de los encuentros sucedió que, habiéndose quedado la chiquilla muy atrás, Pacotillas no pudo contenerse, y cogiéndola en brazos y haciéndole mil caricias, le dijo:

—Dime, *chulita*, ¿cómo se llama tu hermanita?

—*Amala,* — contestó la niña con su encantadora media lengua, y escapándose de Paco, echó á correr.

Aquellas tres sílabas encantaron al joven; le pareció que la niña, con su vocecita de ángel, le había dicho ámala, mandándole así amar á aquella Amalia bella, orden que él por su parte cumpliría con gusto. Nuestro héroe, tan desgraciado como la vez primera, volvió á perderlas de vista; pero le quedaba un consuelo: ya sabía el nombre de la joven, ya no era una desconocida.

Su ansiedad duró esta ocasión cerca de un mes, que á él le pareció un siglo; por todas partes las buscaba, sin encontrarlas en ninguna. Maldecía su torpeza y cortedad de genio, que no le permitieron seguirlas la última vez que las vió; aquel muchacho no era fuerte, ni mucho menos, en esto de hacer el oso; nunca había tenido novia, nunca se le había ocurrido seguir á una mujer.

Por último, la casualidad hizo por él lo que jamás hubiera hecho él mismo. Pacotillas seguía viviendo con Patillitas, y habiéndoles disgustado el cuarto que ocupaban, hallaron uno que les convino en la calle de Celaya. ¡Oh destino feliz! justamente en la misma casa ocupaba una vivienda la familia que hacía ya tiempo era el tema de los devaneos del joven.

CAPÍTULO VI

Todavía más antecedentes

La familia Gómez estaba dotada de las más raras virtudes, y era merecedora del más acendrado afecto.

Cuando nuestros lectores la encuentran instalada en la calle de Celaya, había comenzado una era de desventuras para la familia. Hacía tres meses había fallecido su jefe, el señor coronel Gómez, militar pundonoroso, que vivía con desahogo, proporcionando á los suyos mucha comodidad. Murió de pulmonía, y está por demás decir que la viuda y las huérfanas quedaron sumergidas, no sólo en el dolor, sino en la miseria. Doña Isabel, que éste era el nombre de la viuda, afrontó con el mayor heroísmo la situación estrecha que se le presentaba, vendió sus alhajas, su mobiliario, sus vestidos de lujo y los de su hija, y las dos se resignaron á vivir de su trabajo y con la mayor economía.

Comenzaron por dejar la amplia y cómoda casa que ocupaban en vida del coronel, y se redujeron á una vivienda estrecha. Con lo que reunieron de la venta de sus prendas compraron dos máquinas de coser, un ajuar modestísimo, compuesto de lo más indispensable, y que se pudo encontrar más barato. Las buenas relaciones de la señora le proporcionaron costuras, y así tuvo, por lo pronto, aquella familia virtuosa, un modo digno de alcanzar su corto sustento; pero eso sí, á costa de un trabajo de negros, pues todo el día y parte de la noche estaban la madre y la hija clavadas en sus respectivas máquinas, menos el tiempo que destinaban á las tareas domésticas, pues no tenían criada.

Fué preciso que transcurrieran tres días para que Pacotillas, que, sin imaginárselo siquiera, era ya vecino de las desconocidas, se enterara de su buena suerte. El joven era poco curioso, y las vecinas muy recogidas

y metidas en casa; además, como aquél no creía tenerlas tan cerca, se pasaba la mayor parte del tiempo vagando por distintos rumbos, siempre con la esperanza de llegar á encontrarlas.

Y no fué él, sino Patillitas, quien descubrió el tesoro escondido. Un día que, muy acicalado, cepillado y compuesto, bajaba la escalera con aire de conquistador, se encontró de manos á boca con las vecinas, que subían. Patillitas al ver á la hermosa Amalia quedó deslumbrado, adornó su boca vulgar con la sonrisa más seductora que tuvo, dió á su mirada sin expresión el mayor fuego posible, y como la escalera era estrecha, cedió el paso, haciendo con dificultad una cortesía exageradísima; las vecinas apenas se fijaron en él, saludándole ligeramente al pasar.

Al mediodía se encontró con Pacotillas en la fonda en que ambos comían, y exclamó al verle:

—¡Ah! bobalicón, papamoscas, soñador, sonámbulo, tienes ojos y no ves.

—¿Por qué, hombre?—contestó Pacotillas con tono displicente.

—Porque tenemos una vecina lindísima, y tú ni te lo imaginas; esta mañana al salir la encontré en la escalera. Figúrate ¡qué mortificación! como yo no estaba preparado para tal encuentro, no me había puesto la levita nueva, aquella que llevé al día de campo á *Santanita;* sino que fuí á salir con este *faquet,* que me hace tan mal cuerpo. ¡Oh! pero qué vecina tan *chula,* si vieras, es preciosa de veras. Iba con una señora que ha de ser su mamá, y también muy bella, ¡vaya! aunque

con un género de belleza austero y majestuoso, como dirías tú; y si vieras: me parece que la vecinita se fijó en mí y me dirigió una mirada muy significativa. Yo la emprendo, ya verás, ya verás cómo me corresponde.

—¿Y á mí qué me importa eso, hombre?—contestó Pacotillas con mayor displicencia.

—¡Jesús! Cada día se te pone peor el genio. Siempre has sido intratable, pero nunca como de un mes á esta parte; á tí te pasa algo, á ver, ¿qué es?

—Nada, rarezas mías.

Pacotillas, reservado y discreto hasta lo sumo, nunca había hablado á su amigo de su encuentro con las desconocidas. Aunque le quería como á un hermano, desconfiaba del carácter ligero de Patillitas, y temía que con bromas de mal gusto y dichos chavacanos profanase éste lo que para el corazón de Paco era un verdadero culto. Patillitas, por su parte, se figuraba todo, menos que su amigo hubiera sido impresionado por alguna mujer; le había visto siempre tan serio y tan indiferente con el bello sexo que le había declarado incapaz de enamorarse.

Aquella tarde se obstinó Patillitas en que su amigo se quedara con él en el cuarto en acecho de la hermosa vecina, para que viera, decía, qué buen buzo era. No, si lo que es para encontrar muchachas bonitas, no había suerte como la suya. Aunque de mala gana, Pacotillas convino en ello, tanto por complacer á su amigo, de quien le habían apartado sus correrías, como por fastidio y deseo de descanso.

—Al cabo,—se dijo,—por más que ande no he de dar

con ella,—y, tomando el brazo de su amigo, se encaminaron al domicilio común. El cuarto de los estudiantes estaba al terminar la escalera, y quedaba enfrente de la vivienda de las Gómez. La casa era chica, fuera de la mencionada no había más que la vivienda principal con balcones á la calle; en esta habitación vivían un sacerdote y su ama de gobierno, la habitación de la familia Gómez y el cuarto de los estudiantes eran interiores.

Nuestros amigos se instalaron, resuelto Patillitas á no dejar el puesto hasta ver á la hermosa vecina y mostrársela á Pacotillas; éste, completamente indiferente al acecho de su amigo, se tendió perezosamente en la cama, en tanto que Patillitas entornó la puerta del cuarto de modo que pudiera ver la vivienda de enfrente, puso una silla en lugar conveniente, y, sentándose en ella después de coger un libro, fingió que estudiaba.

Pasaron más de dos horas, la vivienda de la familia Gómez seguía obstinadamente cerrada, parecía que nadie vivía allí. Es de advertir que Patillitas no se puso á espiar sin componerse las barbas y el cabello, sin arreglarse esmeradamente la corbata, y sin ensayar delante del espejo posturas interesantes y miradas tiernas.

—¡Demonio!—exclamó, después de dos horas de inútil atisbar,—¡qué encerradas son! ¿Qué diablos harán tan metidas? ¡Cómo no se ahogan! Ni siquiera entreabren la puerta, ni que tuvieran dentro una galería de pinturas, un cosmorama ó cualquiera otra cosa que las divirtiera mucho. Y tú, echado ahí, ¡qué hombre tan perezoso! Ven á atisbar un rato, á ver si tienes más suerte que yo.

—No,—dijo Pacotillas con profundo fastidio,—bastante hago con estar acompañándote.

Más de media hora después, cuando ya empezaba á oscurecer, se abrió por fin la puerta que tan obstinadamente cerrada había estado, y la madre y la hija salieron al corredor, y se apoyaron en la barandilla la una al lado de la otra.

—Ven á verla,—exclamó Patillitas con aire de triunfo, —mira qué bonita es, mírala, ya está allí.

Fué tan entusiasta la exclamación de Patillitas que picó la curiosidad de su compañero, el cual, venciendo su indolencia, se acercó lentamente á la entornada puerta. ¿Cuál no sería su sorpresa al ver tan inesperada, tan repentinamente y tan cerca de él, á la que había buscado inútilmente tanto tiempo? Toda su indiferencia se disipó, como por encanto, y exclamó sin poder contenerse:

—¡Pues si es ella!...

—¡Cómo! —dijo Patillitas sorprendido, —¿quién es ella?

—¡Amalia!—contestó Paco.

—¡Ah bribón! ¿Conque la conocías y te lo tenías tan callado? Fíese usted de los señores graves, taciturnos y misántropos; con razón dicen: «Del agua mansa nos libre Dios...»

Instado por su amigo se vió Pacotillas precisado á comunicarle. ¿Qué? Una simpleza, un devaneo, un delirio, nada, en fin, que la había visto en el zócalo dos veces, que le había parecido muy linda, que sabía su nombre por su hermanita, y que sentía una necesidad imperiosa de verla á todas horas, de verla siempre.

Patillitas juzgó de muy mal agüero estos síntomas, indicio cierto de que su amigo estaba enamorado; á él nunca le había pasado semejante cosa: le gustaban todas las muchachas, particularmente las bonitas, le lisonjeaba que le correspondiesen, pero nunca empeñaba su corazón; del amor le gustaba la charla, la broma, la boruca, por decirlo así; mas el sentimiento no lo conocía, y lo abominaba sin conocerlo; eso de tener inquietudes, recelos, zozobras, contrariedades, era la manera más cierta de hacerse la vida pesada. El era muy práctico: le gustaba tener novia, para tener en los bailes compañera abonada, para tener derecho á sonrisas halagüeñas, apretones de manos y otras condescendencias sabrosas.

Pacotillas contestó que todo eso le parecía á él una fruslería insignificante y sosa, que él había soñado toda la vida con el amor verdadero y grande, pareciéndole que por muchas desventuras que produjera, mayores dichas proporcionaba; que no podía asegurar si estaba enamorado de su vecina, aunque sí le admiraba el afán que tenía por verla y el placer que sentía al mirarla, emociones que jamás había experimentado por ninguna otra.

Patillitas le replicó que verdaderamente le tenía compasión, pues no siendo práctico, como el que hablaba, en asuntos amorosos, vistiendo con tanto descuido, y siendo tan raro de genio, la muchacha nunca le haría caso; que otra cosa sería si Patillitas acometiera la empresa, y si no, que le dejara hacer la prueba, para que viera prácticamente cómo se enamora á una muchacha.

Díjole Pacotillas que hiciera lo que quisiese, que él por su parte no trataba de hacerla su novia, ni de conquis-

tarla; que le bastaba con adorarla en lo íntimo de su alma, y que con verla siquiera un segundo todos los días tendría bastante dicha.

—¡Romántico ridículo! — exclamó Patillitas. — Voy á hacer uso de la licencia que me das, y si en ocho días no logro que me corresponda esa chica, me cortas la cabeza.

—Mejor te cortaré las barbas,—dijo Pacotillas,—eso será menos sangriento y te dolerá más.

Mientras los dos amigos sostenían esta conversación acabó de oscurecer, y la madre y la hija, que habían conversado cariñosamente en el estrecho corredor, acompañadas de la chiquilla que salió á jugar un rato, volvieron á encerrarse en su habitación.

Desde el día siguiente, Patillitas se esmeró en hacerse agradable á Amalia y á su mamá; apenas salían, entraban ó siquiera se asomaban al corredor, el intrépido joven se esforzaba en llamarles la atención; las saludaba con grande y afectada cortesía, dirigía á la joven miradas, que él tenía por incendiarias, le sonreía, recitaba versos ó cantaba menos que medianamente. Pacotillas, por el contrario, siempre estaba circunspecto, siempre melancólico, siempre procuraba eclipsarse, y apenas se atrevía á dirigir á la joven una que otra mirada tímida.

¿Se había fijado Amalia en sus vecinos? Imposible que no hubiese advertido las notables demostraciones de Patillitas, pero, por más que se empeñó el presuntuoso muchacho, no logró despertar en ella el menor interés. La joven le tuvo desde luego por un mozo casquivano, á quien era preciso mantener á respetuosa distancia; Paco-

tillas le pareció más simpático, por su conducta reservada y por la tristeza que advertía en él.

Pasaron los ocho días sin que Patillitas hubiera logrado, no digo conquistar á la vecina, ni siquiera que ésta le hiciese el menor caso; lo cual puso á Pacotillas del mejor humor, haciendo crecer hasta lo sumo la admiración que sentía por aquella niña.

—No es coqueta,—se dijo,—no es vulgar, con razón la adoro.

Bromeó á Patillitas con cierta crueldad, amenazándole con despojarle de aquella prenda del rostro que en tanta estima tenía éste, y el desdeñado pretendiente tomó el partido de todos los presuntuosos que están en ese caso.

—No vale la pena tu deidad,—decía,—es una melindrosa, mosquita muerta, uñas escondidas; te la cedo, no me gusta ese género; además, examinándola bien, no es tan bonita: fíjate, verás qué fea boca tiene, qué cara tan larga; y es tan fría, tan sin gracia, sin simpatía. No, no me conviene, á mí me gustan las mujeres saladas, garbosas, de *chic*.

Desde aquel día, renunciando Patillitas á su malograda conquista, volvió á su vieja vida de calaverón. Pacotillas se quedaba solo en el cuarto la mayor parte del día; sentíase muy feliz estando tan cerca de su Amalia, respirando el mismo aire que ella, y viviendo, por decirlo así, bajo el mismo techo. Creía haber llegado á la cúspide de la ventura cuando la veía siquiera un momento, aunque ella ni le viese.

Para dar pábulo á su activa imaginación, ya que se había condenado á encierro tan voluntario como grato

para él, comenzó á dedicarse con ahinco al estudio de la Anatomía; por primera vez, desde la muerte de su padre y su aislamiento en el mundo, sentía henchido el corazón de un sentimiento grande y noble; iba con puntualidad á clase, y cuando á los tres meses de aquella vida llegaron los exámenes, no sólo pudo presentarse sino que mereció una calificación honrosa. Entonces se creyó muy feliz, le pareció que era digno de Amalia, é hizo el firme propósito de estudiar con tesón, acabar su carrera, y pedir la mano de aquella muchacha, que le parecía cada día más bella, más interesante y más buena.

En tan largo tiempo no se había atrevido á hacer á la joven la más ligera demostración de cariño. Doña Isabel estaba encantada con aquel vecino tan juicioso; una de las perspectivas que más la horrorizaban, en su posición de viuda aislada y pobre, era llevar á su hija, tan inocente y tan pura, á vivir en casa de vecindad, en que mozalvetes presuntuosos y necios la molestasen con importunos galanteos.

Al principio la incomodaron algo las demostraciones de Patillitas; mas como éste cejó pronto, tranquilizóse la dama, y no hubiera cambiado por ninguna otra su reducida é incómoda vivienda.

Los compañeros y amigos de Pacotillas no volvían de su asombro al ver renacer en él su antigua aplicación; el más sorprendido era Patillitas, que solía decirle:

—Eres el más raro de los hombres, el amor que pierde á los demás te salva á tí.

—El amor puro siempre salva, y es el que yo siento.

—Dí el amor bobo, pues ni siquiera te has declarado.

—Me he declarado á mí mismo que la amo, y eso basta.

—No te entiendo, debes idolatrarla mucho cuando así le consagras todo tu cariño, sin esperanza ninguna y sin ninguna garantía; conque si la criada te sale respondona, quiere decir, si Amalia no es digna del amor que le tienes, resultará que habrás sido juguete de una ilusión.

—¿Y qué?—contestaba Pacotillas,—á esa ilusión debo cuatro meses de vida casi feliz, á esa ilusión debo haber cambiado de costumbres y haber vuelto al buen camino; dame una realidad que pueda producir más ventajas.

—No te entiendo, no te entiendo, cuando la naturaleza te formó rompió el molde, si es que te formó con molde; tú vives de aire, de humo, de vaciedades; vamos á ver, señor soñador, ¿qué hace usted el día que un pretendiente menos platónico consiga el cariño de la muchacha, y por angas ó por mangas se alce con el santo y la limosna, sin decirle á usted: Con permiso?

—En tal caso bendeciré el recuerdo de Amalia, la amaré en silencio como ahora, y me parecerá tan digna, cuando viva al lado de un esposo que la merezca, como hoy que vive virtuosa y pura al lado de una madre que la idolatra.

—Y si en lugar de ser un esposo el que cargara con ella, un amante afortunado venciese sus escrúpulos, y acabaras por ver á tu monjita corriendo la tuna por la calle de en medio, ¿qué harías?

—Te prohibo que hagas suposiciones tan gratuitas como ofensivas á la mujer que adoro.

Tal era el grado de exaltación romántica y de quintesencia ideal á que había llegado el amor del estudiante,

nutrido en la soledad con la savia de una imaginación ardiente. En la época que alcanza nuestro relato, Pacotillas sabía, acerca de sus vecinas, todo lo que hemos referido. No cabe decir cuánto aumentó su cariño con los informes.

—Amalia, pensaba, es huérfana como yo lo soy, perdió á un padre cariñoso y bueno, como yo perdí al mío. Nació, como yo, entre halagos y comodidades, y en medio de la abundancia, y en hora aciaga se encontró en la miseria. Amalia pasó una niñez venturosa como la mía, y entra á la juventud como entré yo, con el corazón herido por un dardo cruento, y con el horizonte poblado de visiones tenebrosas. ¡Cuán semejantes son nuestros destinos!

Las vecinas también habían adquirido informes: sabían los nombres de los jóvenes, sabían que eran estudiantes de medicina, sabían que el barboncito, aunque ligero, presumido y divagado, era en el fondo excelente muchacho, lleno de generosidad y buenos sentimientos; sabían que el otro era de una inteligencia no común, muy estudioso, muy aprovechado y veían que era de costumbres arregladas, que no salía á la calle como no fuera para asistir al hospital, á sus cátedras, ó á la fonda á tomar sus alimentos; cuando estaba en casa le veían siempre estudiando, con un tesón sólo comparable al de ellas en la costura.

Amalia, sin saber cómo ni por qué, se interesaba mucho por su vecino, estaba muy al tanto de la distribución de su tiempo; por las mañanas, cuando le oía bajar la escalera, se decía: Ya se va al hospital, dicen

que á San Pablo; ¡pobre! qué cansado llegará; ahora no vuelve hasta las once. Dicho y hecho, á las once volvía; Amalia le veía pasar algunas veces, otras oía sus pasos que ya conocía muy bien. A la una de la tarde le veía, ó le sentía salir. Ya se va á comer, pensaba, ahora no vuelve hasta las ocho, porque de comer se va á clase y después á cenar.

A veces conversaban la madre y la hija acerca de sus vecinos, y la señora celebraba la seriedad y las buenas costumbres de Francisco, lamentando que no fueran como él todos los jóvenes de hoy en día.

—¡Ay mamá! —decía Amalia,—pero si es tan serio, y anda siempre tan distraído, y hace tan poco caso de su persona; á mí, francamente, me da lástima. Dicen que tiene mucho talento, y como estudia tanto, quién sabe si se vuelva loco.

—No lo creas, hija, puntualmente así son en su juventud los que más tarde llegan á ser notables en su carrera, ya ves al señor Lucio. Además, este joven ha sufrido grandes desgracias, perdió á su padre, quedó solo y en la miseria y ha tenido juicio para manejarse bien.

—Pues con razón está tan triste, mamasita; cuando yo me acuerdo de papá, siento tal dolor que no quisiera ni que me diera la luz, y aunque mis vestidos son muy sencillos, se me figuran de lujo para lo abatido de mi ánimo.

—¡Pobrecita, Dios te ha de hacer feliz!

—Mientras te tenga á tí sí lo seré, ¡ay! y nuestro pobre vecino no tiene siquiera el consuelo que yo, pues

se quedó sin madre desde chiquito; ¡cuánto ha de haber sufrido!

Amalia y Francisco se comprendían sin haberse explicado, pues apenas se saludaban cuando llegaban á encontrarse, y se amaban sin habérselo comunicado. La sensible niña, en su vida de soledad, de pesar, de aislamiento, de privaciones y de trabajos, fraternizaba con aquel joven que era tan desgraciado como ella, ó más quizá, y que vivía más aislado y más solo que ella.

Hacía ya cerca de un año que eran vecinos. Francisco seguía con aprovechamiento sus cursos, dedicándose sobre todo al de Patología interna, y entre las muchas enfermedades que, con todos sus horrores, describe ese catálogo de dolencias humanas, las de la laringe y particularmente el *croup,* eran para él objeto de un estudio especial.

Así es que, aunque médico intonso y doctor en ciernes, era muy capaz, viendo á un niño que respiraba con dificultad, de decir si tenía ó no la terrible enfermedad holandesa, y de prestarle con pericia los primeros auxilios.

Una noche, á eso de las once, cuando solo en su cuarto dormía tranquilamente, pues Patillitas aun no se recogía, fué despertado por repetidos golpes dados á la puerta, y por una voz llena de angustia que le decía:

—¡Vecino, vecino! ¡socórrame usted, por Dios, que mi hija se muere!

Aturdido Pacotillas con aquella urgente demanda de socorro, contestó: —Voy luego, señora. —Encendió luz con rapidez y empezó á vestirse con agitación febril.

Sentía una inquietud mortal, creía que la enferma era Amalia, y ¿qué iba á hacer él, estudiante de segundo año de medicina, si el caso era grave, y cómo tendría valor para ver sufrir á aquel ser tan querido? Sin embargo, era urgente acudir; él vería, y si no se encontraba capaz correría en busca de uno de sus catedráticos, que viniese á atender á tan preciosa niña.

En menos de tres minutos estuvo vestido, y dominando su agitación, abrió la puerta y dijo á la señora:

—Mándeme usted, estoy á sus órdenes.

La señora echó á andar con precipitación hacia su vivienda, diciendo á Francisco, que la seguía:

—Perdóneme usted, señor, pero mi Angelita tiene el *croup* y se ahoga.

—Vamos á verla,—contestó Pacotillas, á quien aquellas palabras quitaron de encima un peso enorme.

Llegaron, y el joven contempló un cuadro que le pareció un rinconcito del cielo. Una salita esmeradamente limpia y modestamente amueblada, después una recamarita, con dos camas en los respectivos rincones, dos máquinas de coser entre las camas, y en un testero un ropero y un tocadorcito. Todo denotaba allí aseo y buen orden: una de las camas estaba intacta, y en la otra, ligeramente deshecha, estaba sentada Amalia, vestida con una bata blanquísima, tenía en su regazo á Angelita, la juguetona niña del Zócalo, á quien debió Francisco saber el nombre de su amada.

La infeliz niña tenía echados los brazos alrededor del cuello de su hermana, la carita amoratada, los ojos hinchados, llorosos y muy inyectados, las ventanas de la

nariz muy abiertas y la cabeza echada hacia atrás; gritaba la pobrecita con voz ronca y llena de angustia, *me hogo, me hogo;* Amalia, con la consternación pintada en el hermoso semblante, procuraba calmar á su desgraciada hermanita; vertía cristalinas lágrimas, que caían sobre la amoratada faz de la criatura.

—Se muere, señor, sálvela usted,—exclamó Amalia al ver entrar á Pacotillas.

Este, dominando sus emociones, se acercó á la enfermita, la examinó con bastante pericia, tomando los informes que eran del caso. La niña estaba acatarrada desde hacía cinco días, hacía dos empezó á toser y se puso ronca; pero no estaba postrada ni triste, pues jugaba como de costumbre y comía regular; esa noche se había acostado á las ocho y se había quedado dormida hasta haría como un cuarto de hora, en que despertó, lanzando gemidos desgarradores, se sentó bruscamente en la cama, se asió de la cabecera con sus manecitas y se puso en el estado en que la veía Pacotillas.

Con tales datos, y con el correcto examen que de la niña hizo el futuro doctor, no le fué difícil formarse juicio de la enfermedad y aconsejar lo que convenía. No se trataba del *croup*, el verdugo de los niños, el espanto de las madres y la consternación de las casas; tratábase simplemente de lo que los libros llaman *falso croup* ó *laringitis estridulosa*.

—No se aflija usted, señora,—dijo, dirigiéndose á la atribulada madre;—se nos salvará, pero proporcióneme usted agua bien caliente, una esponja grande y recado de escribir.

La señora se apresuró á satisfacer aquellos pedidos. Paco recetó una poción sudorífica y antiespasmódica, y, cuando le hubieron traído el agua y la esponja, sumergió ésta en aquélla, esprimióla luego, y la aplicó al cuello de la enfermita; entretanto la señora bajó al cuarto de la casera á buscar quien le comprara la receta del que, en aquel momento, era para ella la imagen viva de la Providencia.

La niña sudó muchísimo, los accesos de sofocación fueron calmándose poco á poco; á la media hora dormía profundamente, y la calma sucedía en los corazones de Amalia y su mamá á la angustiosa tempestad que los había agitado. Paco explicó lo que habían de hacer con la niña al siguiente día y se despidió, encargando que le avisaran á la hora que fuera, si la niña volvía á ponerse mala.

—Tome usted, señor,—dijo doña Isabel ofreciendo á Paco dos duros, que representaban para ella el trabajo de una semana..

—Señora,—dijo éste,—no siendo médico, no tengo derecho á cobrar honorarios; y aun cuando lo fuera, no los cobraría en esta vez, pues lo que he hecho es de obligación entre buenos vecinos.

—En tal caso, señor, reciba usted los sinceros agradecimientos de una madre á quien ha salvado de la mayor tribulación, y cuente con nuestra inútil amistad.

Paco, entre turbado y alegre, estrechó cordialmente la mano de doña Isabel, con faz casi ruborosa, y con mirada á la vez admiradora y tímida, se inclinó ante Amalia y volvió á su cuarto. El calaverón de Patillitas no se recogía aún.

Desde aquella noche memorable, Pacotillas fué considerado por sus vecinas, no sólo como un amigo íntimo, sino como un miembro de la familia; las visitaba á menudo, tratándolas con encantadora familiaridad, que llegó hasta el grado de que Amalia y él se hablaran de tú. La señora le quería mucho. Amalia, sin darse cuenta de ello, le amaba; en cuanto á él, su amor por la joven rayaba ya en idolatría; mas no se crea que se hubiese declarado, ni lo pensaba; su manejo con las vecinas limitábase en todo al de un amigo íntimo, cariñoso y solícito.

Pasaron algunos meses y la desventura volvió á pesar sobre aquella casa infeliz y á enlutar aquellos corazones tiernos. La interesante Angelita se enfermó otra vez, y entonces sí de verdadero *croup*. Inútil fué cuanta eficacia desplegó Francisco, inútil que se asociasen á él dos médicos distinguidos, nada se consiguió y sucumbió la inocente víctima.

Tan funesto acontecimiento estrechó más aún los vínculos que unían al joven con aquella familia, sobre la cual no tardó mucho el destino en descargar el último y más terrible golpe. Doña Isabel sucumbió á una grave y violenta enfermedad, contra la cual se estrellaron el pobre saber de Pacotillas y la muy rica ciencia de los distinguidos médicos que le ayudaron.

La infeliz Amalia quedó sola en el mundo. ¿Sola? No, su corazón le decía que quedaba bajo el amparo de aquel noble joven, que había sido el generoso bienhechor de la familia en los trances más angustiosos; el que la había ayudado á velar á su madre moribunda; el que, mez-

clando sus lágrimas á las suyas, había llorado sobre la faz de su madre muerta. Aunque aquel joven no estaba ligado con ella por ninguno de los vínculos que tienen en la sociedad nombre definido, pues ni aun su novio era, Amalia comprendió que era su único apoyo, y que había de sostenerse en él, como en el fuerte muro la débil hiedra.

Paco se manejó con ella con la mayor delicadeza: esforzaba su ingenio para que no advirtiera Amalia que él atendía á sus necesidades. Pasado el tiempo que él juzgó oportuno, se creyó en el caso de definir aquella situación anómala, y un día dijo á Amalia con entonación solemne:

—El infortunio te ha unido á mí. Desde que te ví me inspiraste un afecto que no he sentido por nadie, y que no sé cómo llamar. Cuando te conocí era yo un huérfano desdichadísimo, mi corazón rebosaba dolor y mi alma estaba cubierta de luto. ¡Perdóneme la santa memoria de mi padre! Bastó verte para que mi duelo cesara; desde que frecuenté tu casa, y desde que la que ya no existe y tú me trataron como de la familia, me he considerado muy feliz; hoy, no sólo eres tú para mí lo que más quiero, sino lo único que de veras quiero; tú llenas mi vida, tú pueblas mi soledad; no sé qué nombre dar al afecto que me inspiras. Si el amor, de que se habla tanto, es así, yo lo siento y lo pongo á tus pies: ¿aceptas?

La infeliz niña no supo qué contestar, llena de turbación balbuceó palabras que el joven no pudo entender, cubrió con ambas manos el hermoso rostro y se puso á llorar amargamente.

—No llores,—le dijo Francisco sumamente conmovi-

do, y próximo á llorar él también,—es verdad que has sido muy infortunada; pero aquí estoy yo para enjugar tus lágrimas y para consolarte, y si me quieres, tal vez tendré la ventura de hacerte feliz.

Amalia nada contestó, dejó por un momento de llorar, enjugó sus ojos, dirigió á Francisco una mirada dulce, y por más que se esforzó en contenerlas, volvieron sus lágrimas á derramarse.

—Consuélate, Amalia querida. Se me figura, y no lo tomes á jactancia, que si no me quieres tanto como yo á tí, me quieres algo; y que así como tú eres para mí todo, yo soy alguna cosa para tí: ¿me engaño?

—No,—contestó Amalia con voz apenas perceptible, llena de rubor y ocultando el rostro entre sus manos.

—¿Quieres casarte conmigo?—dijo el estudiante con voz temblorosa y asombrado de su audacia.

Nada contestó la niña á tan franca é inesperada pregunta, ni siquiera se atrevió á descubrir el rostro. Pacotillas pudo notar que el rubor tiñó de viva grana las mejillas de la joven.

—No te mortifique lo que te digo, yo no tengo más que á tí en el mundo, y seré muy feliz uniéndome contigo para siempre; tú por desgracia estás tan sola como yo. ¡Ah! Somos demasiado libres, somos más dueños de nosotros de lo que quisiéramos, y tal vez más de lo que nos convendría. Conque ya ves, tienes que resolver por tí misma, ¡pobrecita! no tienes quien te consuele, ni quien te aconseje.

Vivos sollozos de Amalia contestaron á la inoportuna reflexión de su enamorado.

—¡Qué necio soy!—dijo éste,—te aflijo cuando quiero consolarte, y te hiero más al tratar de curar tus heridas. Olvida un momento tus dolores, acalla tu pena, y decide tu suerte y la mía. ¿Nos casamos inmediatamente, ó esperamos á que yo concluya mi carrera? ¿Qué hacemos? ¡Por piedad, dímelo!

—Lo que quieras,—contestó Amalia con voz apenas perceptible.

—Entonces, ¿me amas?—dijo Paco lleno de ansiedad.

—Sí,—dijo la niña, descubriendo el rostro, y dirigiendo al joven una mirada llena de ternura.

—¿Y qué tanto?

—Cuanto quería á mi madre.

Desde ese día el estudiante se creyó dichosísimo, y se puso á reflexionar en la conducta que debería seguir. Lo que primero resolvió fué casarse inmediatamente con Amalia, pero otras consideraciones le hicieron aplazar tan lisonjero propósito. Eran muy mezquinos sus recursos: hacía dos meses había ganado por oposición una plaza de practicante, retribuída con doce pesos mensuales; en un colegio particular desempeñaba una cátedra por ocho pesos cada mes, total veinte pesos; con tan exigua renta le parecía humillante y ridículo aceptar la responsabilidad de esposo y padre de familia.

Le aterraban las burlas que estaba cierto le harían sus compañeros. «¡Cómo, iban á decir, Pacotillas, el aburrido, el retraído, el serio, el escrupuloso, el misógino, casado ya con una joven lindísima, sin tener con qué mantenerla, y faltándole para recibirse tres años interminables!» ¡Cuánto no le ridiculizarían, qué *chuela* le

verían! Y cómo soportaría él tales burletas, cuando le darían ímpetus de hacer pedazos al que tomara á su Amalia por tema de la más inofensiva broma.

Tanto pesaron en su ánimo estas razones que juzgó desatino casarse por entonces, y resolvió aplazar, para cuando acabase su carrera, acto de tal transcendencia. Creyó el incauto y sencillo joven que al grande amor de los dos bastaría con miradas tiernas, con fugaces conversaciones, con mudas entrevistas. Desconocía el gran peligro de la ocasión siempre propicia, de la tentación siempre presente, del amor siempre vigilante y siempre sediento de posesión, siempre ansioso de traspasar los límites, y enardecido, antes que enfrenado, por las cortapisas.

Parecióle al inexperto enamorado que la insaciable bestia de la pasión iba á quedar satisfecha con alimento imaginario, parecióle que iba á conformarse con expresar por escrito á la mujer soñada, á la mujer deseada, á la mujer espiritualmente poseída, el devorante afán. Fué en esa época cuando ocupaba sus noches en escribir á su Amalia lo que no osaba decirle, á su Amalia que estaba allí, á dos pasos de él, pensando en él, abrasada por el mismo fuego, y separada sólo por voluntarias é ilusorias barreras. Entonces fué cuando le escribió aquellos billetes, con que hemos visto á la niña entretener sus horas de espera y soledad.

No duraron mucho tiempo así. Sometidos al influjo avasallador de una pasión inmensa, fortalecida por el infortunio y por la soledad; expuestos hora por hora á las ocasiones irresistiblemente tentadoras de su aislamiento y de su vida casi común, sin nadie que los cui-

dara, sin ningún respeto humano que refrenase sus apasionados transportes, sin ningún testigo incómodo que los contuviera, cedieron al ciego y fatal impulso de su amor, confundieron sus destinos, enlazaron sus brazos y sellaron su unión, el día que menos pensaban, y á la hora en que menos se lo hubieran figurado.

La amarga realidad, la brutal lógica de los sucesos, no tardó en hacerles palpar los acerbos resultados de su arrebato irreflexivo. Comenzó por mortificarles el recuerdo de tan imprevista como no deseada falta; habían dado forma real á lo que, por mucho tiempo, debió ser ilusión halagüeña y grata esperanza. La joven se sintió avergonzada y el estudiante contrariado; de todos modos había venido á ser jefe de familia, pues su recta conciencia le hacía considerar á Amalia como verdadera esposa, importando poco á su carácter despreocupado que faltara tal ó cual ceremonia, que, por solemne que hubiera sido, no habría aumentado ni la grandeza del afecto ni la indisolubilidad del vínculo.

¡Cuánto desesperaba á Pacotillas pensar, que por tortuosa vía se había creado una situación tan difícil como si se hubiera casado con Amalia, y mucho peor, pues había mancillado la pureza de aquella niña, puesta bajo la salvaguardia del honor del joven por el infortunio y por la muerte; había violado el sagrado depósito, había dado motivo para que se avergonzara y pasara por impura aquella niña sencilla é inocente!

Por eso se sentía lleno de impaciencia, por eso le desesperaba la lentitud con que adelantaba en su carrera, y sentía vivos deseos de abandonarla y buscar una ocupa-

ción lucrativa que le proporcionase recursos, apartando así de ella todo motivo de vergüenza y de él todo indicio de deslealtad.

Para distraerse y acallar tan penosas reflexiones holgó con sus amigos como lo hemos visto, se expresó de la extraña manera que lo hemos oído, y fué después á buscar la paz y el halago junto á la hermosa compañera, que era, al mismo tiempo, el manantial de sus venturas y la causa inocente de sus preocupaciones é inquietudes.

CAPÍTULO VII

Dolce far niente

Pacotillas no estaba ese día de humor de levantarse. Su temperamento nervioso, su afición al café fuerte, su propensión á trabajar de noche, producíanle frecuentes insomnios; era rarísimo que lograse cobrar el sueño antes de media noche, y no muy raro que le amaneciera sin haber pegado los ojos. En tales ocasiones desquitábase, pasándose gran parte de la mañana, ya durmiendo, ya dormitando, ya simplemente yaciendo entre las sábanas en perezosa actitud.

Esa mañana fué una de tantas en que el insomne estudiante no quiso dejar las ociosas plumas. Habían dado ya las nueve, la pieza estaba inundada de luz, y Pacotillas, después de bostezar, abriendo enormemente las mandíbulas; después de desperezarse, tendiendo desmesuradamente los brazos, apoyó una de las almohadas en

la cabecera del catre, se reclinó en ella, cogió un cigarro de los que al alcance de su mano tenía, sobre el buró, y, encendiéndolo, comenzó á fumarlo; en seguida tomó un libro que sobre el mismo buró había, leyó largo rato, y después, sin quitar la vista de las páginas, gritó:

—¡Amalia!

—¡Flojo! ¡hasta que despertaste!—dijo, entrando precipitadamente, con tono lleno de jovialidad, la hermosa muchacha.

—Si ya hace más de media hora que desperté; he repasado toda la lección de esta tarde.

—¿Ya quiere su desayuno mi perezoso?—dijo Amalia, con mimosa entonación, acercándose al lecho, y arreglando con una de sus blanquísimas manos la alborotada cabellera de su compañero.

—Cuando guste, mi reina,—exclamó el flojo aquel, dejándose acariciar y acabando la frase con un bostezo.

Amalia salió apresuradamente, y mientras volvía, el joven encendió otro cigarro y reanudó su lectura.

La recámara en que el estudiante se desperezaba tan á su gusto, ofrecía un aspecto muy distinto del tugurio miserable en que conocimos á la hermosa pareja. No diremos que fuera una alcoba suntuosa, pero á lo menos era una pieza limpia, risueña, llena de luz, provista de los indispensables muebles y bastante cómoda, sobre todo para los que acababan de dejar la sórdida vivienda de la calle de Juan Carbonero.

La suerte había tenido para Pacotillas una sonrisa fugaz, y tanto más placentera para él, cuanto que le había perseguido mucho tiempo con su adusto ceño.

Haría como dos meses que tuvo la buena suerte de sacarse la lotería. Por desgracia, no fué un capital el que alcanzó, pues como el pobre no podía permitirse el lujo de derrochar algunos duros comprando un billete de los que prometen veinte ó cincuenta mil pesos, hasta en el momento de mayor generosidad fué la suerte avara con él, y premió tan sólo con trescientos pesos el gasto de un real, que, en aras de la ciega divinidad, había sacrificado el pobrísimo estudiante.

Sin embargo, tal suma fué para Pacotillas una opulencia, una bendición; nunca había sido tan rico, nunca había sido dueño de tanto dinero. Poco faltó para que él y Amalia se volviesen locos de júbilo; inmediatamente determinaron buscar una casita agradable, adquirir los muebles más necesarios y surtirse de prendas de vestir.

Suele suceder que á un suceso bueno siguen otros, y así le pasó á Paco. Un editor de periódico se prendó de los talentos del joven, de su frase enérgica, de su nervioso estilo y lo hizo redactor de planta, retribuyéndole con cuatro pesos semanarios, lo cual fué para el joven un oportuno incremento de sus escasos recursos.

Doce pesos que ganaba en el hospital, diez y seis en el periódico, otros doce que adquiría, ya dando lecciones particulares, ya sustituyendo en las guardias á sus compañeros de hospital, hacían la suma de cuarenta pesos mensuales, que á este joven, acostumbrado á penurias y escaseces, le parecía pingüe.

Pudo, pues, proporcionar á su Amalia algunas comodidades, entre otras, la indispensable de ponerle una criada.

Saboreaba Paco el humo del cigarro entregado á gratas cavilaciones, cuando entró Amalia llevando en las manos una charola que contenía: una jarrita, que lanzaba visible columna de vapor, dos vasos con sus respectivos platos, cucharas, cuatro blandos y apetitosos bizcochos, y varios terrones de azúcar.

Llegado que hubo Amalia á la orilla de la cama, enderezóse Paco, tomó la charola de manos de aquella bellísima sirviente, mientras que ella acercó una mesita, y, sentándose sobre el mismo lecho, extendió sobre la pequeña mesa una servilleta muy limpia; puso sobre la servilleta uno de los platos con su correspondiente vaso, y, después de servir á Pacotillas del café con leche, que henchía el blanco vientre de la jarra, se sirvió ella misma, y empezó á desayunarse con buen apetito y mejor humor.

—¡Pobrecita *güera!* empeñada en no desayunarse hasta que yo lo haga; la verdad, yo no sería tan patriota.

—Porque usted es un egoistón, incapaz de molestarse por nadie; á mí no me sabe comer sola.

Con visible apetito, apuraban su desayuno aquellos jóvenes. El se sentía muy feliz: amado, acariciado, complacido, servido por una muchacha tan linda, y sin nada que le inquietase, no se hubiera cambiado en aquel momento ni por el presidente de la república.

—¿A que no sabes, *güerita*, en qué estoy pensando?

—Como no sea en que *salaste* al hospital, no se me ocurre qué pueda ser.

—Pues ni me acuerdo de eso; ahora que estamos en la opulencia, pensaba en nuestros días de penuria; en

aquellas mañanas en que tenía que levantarme, contra toda mi voluntad, sin llevar antes á la boca un mal mendrugo; entonces sí tenías que desayunarte sola muchas veces, y eso cuando había qué, lo que no era la regla.

—No te acuerdes de eso, me vas á poner triste. ¡Ah! Antes que se me olvide: te trajeron pruebas, las quieren luego, pues dicen que á las doce empiezan á tirar.

—Pues mientras ellos tiran, yo me estiro.

—¡Jesús, qué perezoso eres! ¡Dios te haga millonario para que flojees á tu gusto!

—¡Qué quieres que haga! Pasé muy mala noche, llevo más de quince días de madrugar, y hoy se me ha antojado pasar una mañana de rico. Hasta las once no tengo nada que hacer, son las diez y cuarto,—dijo, sacándolo de debajo de la almohada, y viéndolo, un relojito de plata,—conque tenemos tres cuartos de hora de tertulia.

Habiendo terminado el frugal desayuno, Amalia, con la prontitud de movimientos que le era habitual, se disponía á llevarse la charola y demás trastos; cuando Paco, adivinando su intención, la tomó por un brazo y le dijo:

—¡Quietecita! ya que hemos llenado el cuerpo, vamos á vaciar el alma; charlemos, platícame, cuéntame aunque sea un cuento, dime lo que te pasa, lo que sientes, lo que temes.

—¡Qué he de temer! que te vayas á enfermar, que el mucho café que tomas te vaya á hacer daño,—y tirando suavemente, como para desprenderse de su amante que la retenía, agregó:

—Déjame llevar eso.

—Déjalo allí, ya sabes que soy amigo del desorden; después de haberme saciado, me gusta contemplar los despojos del festín.

—Pues si á esto le llamas festín, eres capaz de llamarle elefante á una mosca; tú vives de soñar.

—Pues es la única manera de vivir: ¿no sabes que en esta vida todo es sueño? A propósito, ya sé con qué nos vamos á entretener, busca el Teatro Español Escogido, y vamos á leer «La Vida es Sueño.»

—¡Buenas horas de leer! —dijo Amalia, —lo que has de hacer es levantarte, ó á lo menos estudiar algo de provecho.

—¡Ay hija! por más que hago para ilustrarte, no sales de tu paso, —dijo el estudiante en tono de cariñoso reproche, y, acariciándola suavemente, agregó: —No seas tontita, no todo ha de ser Patologías, que ya me tienen harto con descripciones de miserias y con interminables listas de dolores. Además, todo es estudiar, y pocos estudios son de más utilidad que los que escudriñan las obras maestras de la literatura; ellas engrandecen el alma y nos hacen vivir en luminosas esferas, alejándonos de esta realidad vulgar, que si no nos hiere nos ofende, y cuando no nos ofende nos molesta, ó al menos nos incomoda.

Fuérame dado reproducir el hermoso é interesante cuadro que en ese momento formaban aquellos jóvenes. Pacotillas, tan enemigo de la realidad, no tenía razón entonces para quejarse de ella. El estudiante estaba recostado sobre el lado izquierdo, apoyaba el codo del mismo lado sobre las almohadas, mientras que su brazo

derecho ceñía cariñosamente el talle de la joven, que estaba sentada en el borde de la cama. ¡Qué hermoso contraste formaban la tez morena del estudiante y la blanquísima de Amalia, la oscura y desarreglada cabellera del uno con el cabello rubio y sencillamente peinado de la otra; el desorden y descuido de Paco con el pulcro atavío del traje y persona de Amalia! Ella le oía con profundo interés y casi absorta; no porque no le entendiese, que muy bien le entendía, ni porque fuese ignorante, que no lo era, sino porque la palabra de su amante ejercía sobre ella un encanto singular.

—Es estudio de los más provechosos,—siguió diciendo el joven,—admirar las creaciones bellas, ya sean obra de la naturaleza, ya del arte. Yo estudio cuando leo una poesía hermosa, cuando contemplo una estrella ó una flor, ó sencillamente cuando te veo y encuentro en tí fragancias de flor, fulgor de estrella, líneas de estatua y esencia de poesía.

—¡Burlón!—exclamó Amalia, riéndose entre mortificada y satisfecha,—¡vaya una salida! andar por las estrellas, por las flores, para venir á rematar en mí; ¡ya no me admira que conviertas en elefante á una mosca, cuando me conviertes á mí en un astro!... ¡ah! ¡qué hombre!—agregó, terminando su exclamación con una carcajada fresca, sonora, vibrante, que llenó de argentinas notas el ámbito reducido de aquella alcoba, que era en aquel momento el más poético y tibio de los nidos.

—Al grano, mi incrédula,—dijo Paco,—que por una costumbre ó muletilla de enamorado, llamase como quiera

que fuese á Amalia, le aplicaba el posesivo de la primera persona del singular.—Venga ese Teatro Escogido, vamos á celebrar una velada literaria, que tendrá de notable verificarse por la mañana, sin velas ni desveladas.

Amalia se dirigió á la pieza contigua, volviendo á poco con un librote, que, al salir de la librería, debió ser muy elegante; pero el tiempo inclemente le había despojado del dorado de los cantos, y la polilla bibliófila había abierto en él no pocos túneles y galerías, que le atravesaban de parte á parte, haciendo casi ilegibles muchas páginas.

—Toma tu *in folio,*—dijo Amalia entregándoselo,—¡cuánto pesa! con un poco más, tu Teatro Escogido sería tan grande como el teatro nacional.

—¡Si no lo quiero, ignoras lo mejor de mi programa! tú eres la que me vas á leer, yo me arrellanaré cómodamente, haciendo de auditorio; con que anda, mi chiquilla, á ver cómo acomodas el librote en tus manecitas.

—¡Dios me libre!—dijo Amalia, haciendo un mohín encantador.—Si yo no sé leer, cómo te burlarías de mí.

—¡No te hagas! lees muy bien, tienes una vocecita muy dulce, que duplica el encanto de la lectura, para el que oye, por supuesto.

—¡Burlón! Ahora menos te leo.

—Anda, lee, no seas mala; si te empeñas en que lees mal, créelo así, pero no me prives del gusto de oirte.

—Te leeré, pero con una condición, que me has de corregir, y además...

—¡Alto! Ya esa es otra condición.

—Pues que sean dos, la segunda es que no me veas.

—Si difícil es cumplir la primera, imposible me parece la segunda.

—Pues entonces no habrá lectura,—dijo Amalia, dejando resueltamente el libro sobre la cama.

—¡Que la haya, que la haya! Y para que quedes satisfecha, préstame un pañuelo.

—Toma,—contestó Amalia sorprendida, presentándole uno.

—Pues, ahora, véndame los ojos.

—¡Qué malo eres! ¡Y yo que de tan buena fe te daba el pañuelo!

—Anda, siéntate y lee.

Amalia desocupó la mesita, acercó á ella una silla, sentóse, tomó el gran volumen, y, apoyándolo en la mesa, abrió sus páginas, buscó la que contiene *La Vida es Sueño,* y al querer leer la primera escena, dice: —Hipo, Hipogri...;—se llena de rubor, hace graciosísimas contorsiones, tose, ve para un lado y para otro, y, al fin, exclama: —¡Ya ves, si no puedo! esa palabra es muy enrevesada. «Hipógrifo violento.»

—«Que corriste parejas con el viento...» —dijo Paco, declamando ridículamente,— ¡adelante, que ya no habrá tropiezo!

Venciendo su mortificación, comenzó Amalia á recitar los primeros pareados de la imprecación extraña y de mal gusto que Rosaura dirige á su desbocado bruto; á poco andar, la lengua de Amalia, no acostumbrada á caminar por aquellos peñascos, vuelve á tropezar, y dice:

—«Donde tengan los brutos su Fae...» ¡Oh, no entiendo!

—Mi niña no se atonte:

«Donde tengan los brutos su Faetonte.»

—¿Y qué es eso de Faetonte, hombre?

—Es el auriga, *güera*,
Que al áureo sol conduce por la esfera.

Cuando Paco pronunció estos versos chavacanos, queriendo imitar, en la medida y combinación de rimas, la escena que leían, vióle Amalia con atónitos ojos, como sí pidiera explicaciones.

—Bien se conoce, en tu tipo y aspecto románticos, que no eres ducha en alusiones clásicas, —dijo Paco, remedando el tono grave de un dómine pedante, y agregó: —Faetonte, era en la mitología griega, nada menos que el hijo del sol, y habiéndole un día permitido su padre guiar el dorado carro, no pudo regir la fogosidad de los caballos, fué derribado, y originó una catástrofe que estuvo á punto de quemar todo el cielo.

—¡Ah, vaya! —dijo la lectora muy satisfecha con la explicación, y siguió leyendo.

No hubo ya tropiezo ni dificultades, los fluidísimos versos del gran poeta se deslizaban, como por natural y propio conducto, á través de los labios de la muchacha; la cual llegó al fin al punto en que, cambiando el poeta de medida, pone en boca de Segismundo aquellas magníficas y cinceladas décimas, en que el secuestrado príncipe lamenta su condición mísera, y demanda á los cielos su perdida libertad. Las sonoras estrofas, vaso de oro de grandes y hermosos pensamientos, se apoderaron poco á poco del ánimo de la joven, que olvidando completa-

mente su mortificación, las leyó con tal maestría, que, al llegar á la que acaba diciendo:

«Que Dios le ha dado á un cristal,
A un pez, á un bruto y á un ave,»

Paco la interrumpió con aplausos entusiastas y le dió un abrazo apretado.

—Tú te burlas despiadadamente de mí,—exclamó Amalia, muy mortificada,—ahora sí ya no te leo más.

—¡Palabra de honor que no me burlo!—le dijo Pacotillas con la mirada radiante de entusiasmo.—Te digo con verdad, que nunca he saboreado como ahora la dulzura de esos versos mágicos; es la primera vez que oigo, entre vibrantes y argentinas notas, esos magníficos acentos de la desventura humana. Francamente, Amalia, esos pasajes deben ser leídos por una mujer; pero no por una mujer cualquiera, sino por la que tenga como tú el corazón sensible, el alma soñadora y una voz melodiosa, de timbre angelical y dulcísimo.

—Chist,—dijo Amalia poniendo su mano en la boca de su amante, como si quisiera oponer un dique al desbordado torrente de la frase encomiástica y lisongera de éste.—Tú necesitas una mordaza, de que te da por halagar, por enaltecer, por glorificar, es cosa de taparse los oídos, ó de taparte la boca; y es que este niño,—agregó mesándole suavemente los cabellos,—tiene la mala costumbre de verlo todo á través de su exaltada fantasía.

Firmóse el armisticio. Convínose en que Paco sería mudo como una piedra, reprimiendo sin piedad cualquier inoportuno arranque de entusiasmo. Amalia se reservó el

derecho de interrumpir, siempre que su vivaracha é infantil imaginación le sugiriese alguna duda, alguna reflexión pertinente, ó tal ó cual comentario.

Paco estaba absorto: á veces oía con atención suma, otras veces se dejaba simplemente arrullar por el apacible rumor de aquella voz querida, y no pocas se fijaban sus miradas con avidez en la persona de su amada.

Complacíase entonces en contemplar el acompasado movimiento del seno, la imperceptible dilatación de las ventanas de la nariz de Amalia, y los encantadores movimientos de sus labios; otras veces, para oirla mejor cerraba los ojos, y entonces la niña decía con enfado:

—¿Ves? ya te estás durmiendo. Para eso quieres que te lea, lirón, marmota...

—Si no me duermo, sino que así te oigo mejor.

—Pues abre los ojos, —y entonces Paco los abría desmesuradamente, clavándolos en ella.

—Pero no me veas.

—Pues entonces qué hago con mis pobres ojos, si los cierro malo, si los abro idem. ¡Vaya! ya encontré el término medio, abro uno y cierro otro.

Y diciendo y haciendo, cerró uno de los ojos, haciendo tal visaje, que la lectora se puso á reir con el mejor humor del mundo.

—Este señor no tiene remedio, es mejor no hacerle caso.

Y dichas estas palabras prosiguió Amalia su lectura, que ya de veras le interesaba. Solía intercalar, de cuando en cuando, como si las dijera al paño, ciertas exclamaciones, que expresaban la impresión que en aquellos

momentos la dominaba, tales como: ¡ay pobre! ¡qué malos! ¡ay Dios! y otras análogas.

Su oyente estaba encantado, le deleitaba contemplar á su hermosa lectora, causándole gran satisfacción la viva sensibilidad y la clara inteligencia de Amalia, que entendía las alusiones á veces oscuras del texto; la ingenuidad y el candor de las exclamaciones de la joven divertían á Pacotillas lo que no es decible.

—Pobre niña, —pensaba, —cuán superior es á tanta muchacha vacía de su edad. Yo jamás debería quejarme de mi suerte, pues, poseyendo el tierno corazón de este ángel, el mismo mal se trueca en bien, y la amargura en deleite.

Por muy grande que fuera la voluntad de Amalia, y el interés que en ella había despertado la lectura, su organización delicada protestaba contra aquel largo ejercicio de la voz. Al llegar al final del primer acto ya no podía más, su voz comenzaba á perder el timbre argentino y á enronquecerse. Sin embargo, concluído aquel acto, quiso *incontinenti* pasar al segundo. Pacotillas se vió obligado á interrumpirla.

—Descansa un poco, ahora toca echar el telón, estamos en en el entreacto, déjame fumar un cigarro.

Como lo dijo, Paco encendió un cigarro, y recostóse en la almohada. Amalia acercó más la silla en que estaba sentada, hasta ponerla en contacto con la cabecera del lecho, pasó el brazo derecho detrás de la nuca del estudiante, y con la mano correspondiente le acariciaba la cabellera.

Los dos callaban, y sus almas, sostenidas por las alas

de la contemplación, vagaban por ideales mundos. La recámara, en que tan plácidamente divagaban, pertenecía á una de las muchas viviendas de una gran casa de vecindad, daba á la calle, y desde el lugar en que los amantes estaban se veía la acera de enfrente, ocupando como la mitad del claro de la ventana; por encima de la pared desarrollábase el cielo purísimo y bañado en luz en esos momentos. Mágico efecto óptico producía la pared cenicienta, acariciada oblicuamente por los rayos del sol que se acercaba al meridiano, destacándose sobre el fondo azul y deslumbrador del cielo de medio día.

Llegaba hasta la pieza el confuso y heterogéneo ruido de la calle, que, con su monótono rumor, arrullaba el oído y predisponía el ánimo al éxtasis. Sonidos estridentes y vivos rompían de súbito el rumor habitual, destacándose sobre él como sobre un fondo gris los colores chillones: eran las penetrantes é inarmónicas voces de los vendedores de cabezas, ó de las indias herbolarias, ó el ruido estrepitoso y desigual de los coches, ó el grave, pesado y uniforme de los tranvías, combinado con el metálico retintín de los cascabeles, y entrecortado á veces por el repentino repicar de la campanilla, seguido del confuso estruendo que produce el tren al pararse.

Los jóvenes callaban adormecidos por el rumor que oían, acariciados por la meridiana luz que los bañaba, absortos en la emoción que sentían, y entretenido el ánimo en unir, con el hilo de oro de la reflexión, las brillantes ideas que lucían en los sonrosados horizontes de su mente. Pacotillas pensaba en Amalia, su buena y cariñosa compañera, serena en los días tristes, risueña

en los plácidos, siempre bella á sus ojos y grata á su corazón. Le admiraba sentirse tan satisfecho: las dudas sombrías, las inquietudes penosas, los torvos ímpetus de la desesperación se habían disipado por completo, y la ventura irradiaba en su alma, como la luz en el cielo espléndido que desplegaba encima de la ventana su regio manto azul.

Amalia pensaba en Paco, sentíase como él llena de ventura, henchida de felicidad; también su alma estaba en aquel momento iluminada y tibia como aquella mañana del mes de Mayo, que hacía desfilar ante los amantes el cortejo triunfal de aquellos momentos de amor tranquilo y satisfecho, de tierna intimidad, de dulce y entretenida plática.

Como nube de verano, que entolda súbitamente el cielo, cruzó por la mente de la joven una idea aterradora. Al contemplar la palidez de su amante, que, para soñar mejor, había cerrado los ojos, se le figuró que el joven estaba muerto, y no pudo contener un grito de espanto.

—¿Qué tienes?—dijo el joven, incorporándose bruscamente.

—Una visión, te pusiste muy feo, se me figuró que te habías muerto.

—¡Qué disparate! Nunca me he sentido con más vida; tranquilízate,—añadió en tono de zumba,—cuando me muera te lo aviso.

—¡Oh, no te burles!

En aquel momento la campana mayor de la Catedral, que daba las doce, llenó los aires con su grandioso son; oyóse luego animado y gentil repiqueteo, como si una

parvada de alegres y canoras aves hubiese tendido de repente el vuelo.

—¡Jesús, las doce!—exclamó Paco tratando de levantarse,—basta de *dolce far niente.*

CAPÍTULO VIII

«La Bandera del Progreso»

Nos sirve de título, el mismo que el señor General don Juan López aderezó en las profundidades de su magín, para nombre de un periódico que quería fundar. Así como al bautizar á un chico, ya que es fuerza ponerle un nombre, se le escoge alguno sonoro, retumbante ó poético; cuando se funda un periódico conviene ponerle un título llamativo y altisonante. No caviló más Don Quijote, cuando, al adoptar la escabrosa profesión de la andante caballería, esforzó el meollo para acomodar sendos nombres á él y á su asendereada cabalgadura, que lo que caviló el buen General para encontrar un título á su gusto para la publicación periódica que proyectaba.

Pensó en unos y los desechó, pensó en otros y los desechó igualmente. *La Luz, El Faro, El Sol,* pareciéronle, aunque nombres de cosas radiantes y grandiosas, vagos, muy llevados y traídos, y poco adecuados á su propósito. *El Porvenir, La Libertad, El Ideal,* y otras palabras abstractas desfilaron por su cacumen sin merecer los honores de la elección. Por último, desilusionado de los nombres simples, creyó obrar con mejor acuerdo forjan-

do compuestos vocablos, y esto fué darse á componer y á recomponer voces, con el mismo afán con que un ajedrecista hace y deshace jugadas.

El preocupado y caviloso espíritu de este fundador de periódico forjaba títulos así: *La Antorcha de la Civilización*, *El Brillo de la Idea*, *La Esperanza de la Humanidad*, y, no agradándole ninguno porque abarcaban demasiado, buscaba otros más circunscritos, por decirlo así, como por ejemplo: *El Bien de la Patria*, *La Prosperidad Nacional*, *La Dicha de la República*, *La Grandeza de México*, y otros por el estilo. Aburrido de tanto cavilar escogió, sin que podamos asegurar por qué, el que hemos apuntado; tal vez porque lo de *Bandera* aludía á su profesión militar, y lo de *Progreso* significaba que el señor General era, ó se tenía por muy liberal y progresista.

Era un tipo muy curioso este D. Juan López; frisaba en los cincuenta y ocho años, pero estaba tan bien conservado que apenas representaba cuarenta y cinco.

Era de mediana estatura, de complexión recia, fornida y robusta, de color muy moreno, y de una cara tan fea que cualquier valiente temblaría al encontrarse con él en lugares solitarios y en horas nocturnas. Figúrense ustedes unos ojos bizcos, unas cejas pobladas, muy negras, ásperas y que parecían formar una sola, pues se acercaban hasta tocarse; una nariz chata, remangada, con unas ventanas que parecían las aberturas de la madriguera de un animal; unos labios muy gruesos, muy amoratados, que dejaban entrever unos dientes enormes; una barba muy poblada, corta y muy áspera, y para coronar tan feo conjunto, un chirlo enorme que le cruzaba la mejilla

izquierda, comenzando en el pabellón de la oreja y acabando en el ángulo de la boca. De ésta salía cuando el General hablaba una voz ronca y estentórea, y cuando se callaba entraba en ella la cola de un gran puro.

No era menos contrahecho en su parte moral. Era amigo de las copas, no enemigo de las faldas, y estaba siempre sediento de ganancia y lucro. Era valiente como un león, astuto como una zorra, leal como un perro y marrullero como un gato; aunque su inteligencia no era grande tenía fama de caviloso y listo, y su instrucción era inmensa; pero no de la que se adquiere en los libros, sino de la que se pega en el comercio del mundo y en el roce de la gente.

No hay que asustarse; no vayan ustedes á creer, por lo dicho, que voy á presentarles un ogro come niños, un monstruo sediento de sangre ó un criminal harto de homicidios. Nada de eso, mi General era muy agradable en su trato, era una fiera doméstícada, y, aunque algo pesado en sus chanzas y rudo en sus modales, no dejaba de ser simpático por lo campechano de su trato, y el aire inofensivo y bonachón que, cuando le tenía cuenta, sabía tomar.

Tenía muy buena posición, y gozaba de alguna influencia, no por sus méritos, sino por el recelo que inspiraba su carácter astuto y su ánimo resuelto. Había prestado buenos servicios en las últimas revoluciones, por todo lo cual se había encumbrado hasta llegar á ser casi una eminencia política.

Llevaba quince años de posarse en una cómoda curul de la Cámara de Diputados, representando unas veces á

un distrito y otras á otro. Su programa político y su conducta como diputado eran muy sencillos: estar siempre con la mayoría, votar á todo trance con el gobierno, y ser partido con los amigos, quiere decir, ayudarlos en sus negocios conforme á aquello de «hoy por tí y mañana por mí.»

Después de saborear una comida opípara, regada con buen Burdeos y Sauterne exquisito, sellada con sorbos de café aromático y sendas copitas de cognac de cinco ceros, y cuya sobremesa se prolongaba hasta las cuatro de la tarde, nuestro General se dirigía lentamente, con aire beatífico, y dando chupadas formidables á un puro habano, hacia el antiguo teatro de Iturbide, convertido desde hace mucho en Cámara de Diputados. Tenía razón mi General para no apresurarse, pues á esa hora apenas comenzaban á llegar los eximios padres de la patria, todos tan graves, todos tan dichosos, todos tan hartos, aunque no todos de tan buena digestión como mi simpático General.

Al cruzar el vestíbulo, de lo que algunos pedantes suelen llamar el templo de las leyes, dirigía un leve saludo al viejecito León, que, como mono enjaulado, escondía tras una mesita cubierta de verde tapete la menguada estatura y mostraba la ridícula cara, tomando nota de los señores diputados que iban entrando. En seguida al acercarse nuestro General al estrecho pasillo que conduce al salón, recibía con aire majestuoso, como el de un rey que acepta un homenaje, el número del *Diario Oficial* que le presentaba el mozo de oficios.

Por lo común al entrar al salón el ciudadano López, el

local contenía la mitad apenas, ó menos, de los que debiera, y se oía la chillona voz de un secretario que pasaba lista. Los diputados presentes, en su mayor parte con el sombrero puesto, forman en esos momentos diversos grupos en distintos sitios del local; óyese el vago rumor de voces que charlan alegremente, destacándose de vez en cuando alguna exclamación estrepitosa ó alguna carcajada sonora. Una luz pálida, indecisa y como crepuscular, imprime cierto sello fantástico al recinto, cuya tibia atmósfera se halla bastante cargada del humo de puros y cigarros con que los señores representantes del pueblo entretienen su ociosidad.

Cada recién llegado saluda afectuosamente á sus colegas, dándoles el título sacramental de compañeros, estrecha las manos de los que encuentra al paso, acariciándoles las espaldas, ó recibiendo la misma caricia si son de confianza, hace un signo cortés á los compañeros que se encuentran retirados y se dirige luego á su corrillo.

Una de tantas tardes, el señor General López llegó, como solía, al templo augusto de las leyes, y, como solía también, saludó levemente á León, recibió el Diario, estrechó muchas manos, palmeó y fué palmeado, repartió algunos puros, y se encaminó á su sitio habitual, en busca de sus convecinos de Cámara.

Esa tarde, como casi todas aquellas en que se dignan concurrir los señores diputados á desempeñar sus arduas tareas, no había empezado la sesión, á pesar de ser ya mucho más de las cuatro; había muchos representantes, ciertamente habría *quorum*, lo cual trataba de comprobar el secretario pasando lista.

El salón, en toda su área tapizado, ofrecía el aspecto de un casino animadísimo; por todas partes se distinguían corrillos de cuatro, de cinco ó de seis diputados, que, sentados unos, de pie otros, y apoyados en las balaustradas algunos, se entregaban al incomparable deleite de la charla. En el fondo del salón, en lo que fué escenario del teatro y es la parte más oscura del recinto, se destaca, bajo rojo dosel, el sillón y la mesa de la presidencia, y delante de ésta, y á un lado y á otro, las dos tribunas de los secretarios; toda esta parte está separada del resto por un grande arco, en cuya clave se ve en tosco relieve de yeso, la figura del pobre Iturbide, que fué coronado de burlas en México y fusilado de veras en Padilla.

Representa el salón un gran segmento de círculo limitado por doble serie de galerías paralelas, á las que se sube por escalinatas laterales. En esas galerías hay cómodos sillones de bejuco en que descansa la respetable personalidad de los señores diputados. En el recinto inferior, y descansando en el muro de la más baja de las galerías, se ve otra hilera de sillones, que también son sillas curules; hacia el centro hay dos mesas, cercadas por simples sillas, son los asientos de los taquígrafos; los cuales taquígrafos, en estos tiempos tranquilos, tienen aún menos quehacer que los diputados, muchos de los cuales se entregan, á no dudarlo, á las penosas labores de una digestión difícil.

Sobre el tapiz rojo oscuro del recinto central y de las galerías resaltan las bruñidas escupideras de latón, que, al pie de cada curul, esperan las colas de puro, las viejas de cigarro y otras cosas menos pulcras que los señores

diputados, por vía de desahogo pectoral, tengan á bien depositar en ellas. Sobre las balaustradas corre una especie de angosta plataforma de color negro, en la cual colocan los diputados, ya sus chisteras, ya rollos de papeles, ya el desdeñado periódico, ó apoyan en ella los codos en los momentos de ocioso cavilar ó de meditación honda, ó la región sacra del cuerpo cuando quieren conversar con los que están muellemente arrellanados en los cómodos sillones.

Sobre el recinto destinado á los miembros de la Cámara popular están los locales, que en el lenguaje parlamentario se llaman galerías de la Cámara, y que no son más que los palcos del ex-teatro. El techo del local tiene la forma de un trozo de cono, de cuya base superior, cerrada por vidrios apagados, cuelga, por fuerte cadena metálica suspendido, un magnífico candil de cristal de innumerables luces, que, como pirámide de afiligranado hielo, suspende su mole poderosa sobre las graves cabezas de los representantes del pueblo.

Entrado que hubo al salón, subió el General López la escalinata de la derecha, y buscó en la primera galería su habitual sitio y sus cuotidianos compañeros de parlamentaria charla. Estos eran dos generales como el mismo López, un antiguo periodista, y un más antiguo político, de esos que en todas las administraciones, y bajo todos los gobiernos, logran ser diputados por lo menos. Valdés, que así se llamaba este tipo, había sido continuamente diputado en tiempo de Juárez, en tiempo de Lerdo, en tiempo del General Díaz, y lo era ahora en tiempo del General González.

—Buenas tardes, queridos compañeros,—dijo el General López, tendiendo la mano á sus amigos.

Con excepción de Valdés, limitáronse los saludados á devolver el saludo, mas aquél se puso en pie presurosamente y, abriendo los brazos, exclamó:

—¡Mis plácemes, querido General! Ya sabemos que arregló usted el pingüe negocio de los terrenos. ¡Ah, qué mi general tan listo! Donde otros se pierden, usted se halla. ¡Oh! Tiene usted un pico que puede beber agua en el lago de Chapala.

—No es cosa, señor compañero; ese negocio tiene más enfados que ganancias, muy pocas ventajas podré sacar. Usted sí que merece felicitaciones,—añadió guiñando el ojo,—por aquello de los alcances; ese sí es negocio seguro, fácil, que no causa molestias y puede dejar muchísimo.

Los generales Ramírez y Peña, que nada habían dicho hasta entonces, lanzaron, el primero, un «¡Vaya!» y el segundo la siguiente frase:

—¡Qué felices son ustedes! ¡Como que están en el candelero! Sólo yo nada puedo conseguir. ¡Ya se ve, al Gobierno le parece mucho con tenerme aquí de flojo, y abonarme tres mil pesos anuales porque venga á charlar aquí con ustedes!

—Donde lloran está el muerto, —dijo el periodista.— Es verdad que el señor Peña no saca las tajadas de la Tesorería General; pero en su Estado, ¿qué tal? Todo se sabe, todo se sabe, ya estamos al tanto del valioso corretaje que le dieron cuando arregló lo del ferrocarril.

—Agua de cerrajas se volvió el tal corretaje,—contestó desdeñosamente Peña.

—No tanto,—dijo Ramírez,—y si no ¿con qué está haciendo el compañero la casita de las Colonias? ¿con qué sostiene la familia que tiene á la vista, y las tres ó cuatro que tiene entre bastidores? no le hemos de creer que sea con el sueldo, ya está grande Pedro para pastor.

Una carcajada general acogió las palabras del que hablaba.

—¡Maliciosos!—contestó Peña,—todo lo han de envenenar. ¡Ah, compañero López! ¿qué tal va de conquistas? ya nos contaron que había regalado un aderezo de brillantes á la beneficiada del *Nacional*. ¡Ah, calaverón! y la suerte que tiene; quien le vea esa cara de espanta niños, no ha de creer las peras que se come y lo tiernitas que las coge.

El sonoro retintín de una campanilla, seguido de las palabras: «Se abre la sesión,» suspendió la animada charla de los corrillos. Los señores diputados se quitaron el sombrero, se acomodaron en los sillones; mas no por eso dejaron de platicar, importándoles un comino los asuntos que esa tarde iban á someterse á su alta consideración.

Uno de los secretarios ocupó la tribuna de la derecha, y con monótona entonación, y voz desapacible y confusa, se puso á leer, del peor modo que supo, el acta de la sesión anterior, de cuya lectura maldito el caso que los platicadores diputados hacían. Al acabar de leer, exclamó, alzando más la voz:

—¡Está á discusión el acta!

Y, apoyando los codos en la barandilla de la tribuna, calló y esperó unos momentos; mas, viendo que el dis-

traído auditorio hacía tanto caso de la exclamación como de la lectura, dijo como automáticamente:

—No hay quien pida la palabra. ¿Se aprueba?

Y como ninguno le hiciera el menor caso, exclamó: ¡Aprobada!

Bajó de la tribuna y volvió á poco con varios papeles, que eran otras tantas comunicaciones dirigidas á la Cámara, y de las cuales iba á dar cuenta á sus señorías.

Maldito el caso que hacían las tales señorías de los documentos que estaban leyéndose, y que en verdad eran muy poco amenos, pues se trataba de que la legislatura de Jalisco comunicaba haber abierto el segundo período de sus sesiones ordinarias, ó de que la de Tabasco había clausurado el primer período de las mismas, ó de que el gobernador de Durango había prestado la protesta de ley, ó de que la señora H., viuda del general R., solicitaba de la longanimidad de la Cámara una pensión, en razón del desamparo en que gemía la pobre viuda y de los buenos servicios del difunto.

Acabada la lectura de cada documento el secretario pronunciaba mecánicamente, por decirlo así, las palabras sacramentales del trámite; así es que, según los casos, oíasele decir:

—Enterado. Pase á la comisión de peticiones. Al archivo. A sus antecedentes, y otras tales.

Entretanto los señores representantes seguían charla que charla y fuma que fuma. De cuando en cuando se oía el vibrante son de un timbre metálico, cruzaba el salón un mozo de oficio, y á poco volvía con un vaso de

agua, destinada á refrescar las sedientas fauces de alguna de las señorías.

—Dicen que en los últimos días del mes tendremos sesiones ruidosas, —dijo el señor General Peña á sus vecinos, mientras el secretario leía aquellos documentos en que nadie se fijaba.

—En efecto,—contestó el periodista,—se asegura que se presentará una iniciativa, proponiendo el divorcio.

—Lo celebro, —exclamó Ramírez, — se lucirán los picos de oro de la Cámara; tal vez *debute* nuestro compañero López.

—Nones,—contestó el aludido,—yo soy hombre práctico, no entiendo de retóricas y tiquis miquis. Voy á mi negocio sin chistar.

En ese momento penetró en el salón un personaje, que produjo entre los diputados un efecto mágico, todos se conmovieron, todos se apresuraron á saludarle; muchos salieron á su encuentro, tendiéndole la mano, considerándose muy dichosos los que alcanzaron una sonrisa ú otro signo de benevolencia, del recién llegado.

No había en éste nada que llamara la atención, era un hombrecillo rechoncho, aviejado, desaseado en el traje, perezoso en los movimientos, sin distinción en los modales, sin nada en fin que explicara el grande efecto que produjo su presencia en la augusta asamblea.

Era el ministro; discutíase á la sazón el presupuesto, y aquella tarde se iba á votar el ramo correspondiente á la Secretaría encomendada al personaje que acababa de llegar. Atravesó éste lentamente el salón, y llegó al departamento de la presidencia, en donde se acercaron á

conferenciar con él los miembros de la comisión de presupuestos.

El señor ministro les dió las últimas instrucciones, reformó algunas partidas, introdujo otras, y, cuando ya estuvo listo y en sazón aquella especie de pastel parlamentario, comenzó el secretario á dar lectura al ramo que esa tarde debía votarse. Leyó con extraordinaria rapidez y con increíble oscuridad; apenas se oían las palabras: «tres mil pesos,» «dos mil pesos,» «seiscientos pesos;» aquello parecía un sorteo de lotería, un remate, ó la insulsa charla de un loro que no supiera decir más que «pesos.»

Sin duda por eso no se preocupaban los diputados por lo que leyéndose estaba. Cuando concluyó la lectura pronunció el secretario la frase de cajón:

—Está á discusión el ramo. Y como nadie tuvo humor de decir oste ni moste, agregó el secretario:

—No hay quien pida la palabra, se procede á recoger la votación.

Y comenzó á pronunciar, con la entonación más fuerte que su registro vocal tenía, el nombre de cada uno de los diputados presentes, dirigiendo el rostro al nombrado. Estos no dieron muestras de hacerse cargo de que se les pedía su voto, siguieron sin interrumpirlas sus anteriores conversaciones, los más atentos se contentaron con hacer una leve inclinación de cabeza. Cuando el secretario acabó de nombrar á todos los presentes, pronunció estas palabras también de estampilla:

— Aprobado por unanimidad de ciento treinta y siete votos.

Después de lo cual sonó la campanilla, oyéndose entre sus repiqués la voz del presidente que decía: —«Se levanta la sesión.»—Eran las cuatro y cuarenta minutos de la tarde, aquella sesión laboriosísima había durado veinte minutos; los padres de la patria, alegres y con la satisfacción de los que acaban de desempeñar altísima labor, tomaron sombreros y bastones, y formando animados corrillos, salieron á divagar el ánimo abrumado con las cuestiones del Estado, contemplando los vistosos escaparates, las ricas joyas y las guapas chicas, que á esa hora se ven en las calles de Plateros y San Francisco.

Mientras el secretario leía aquella larga lista de empleos y sueldos, el General López dejó su sillón, fué á saludar al señor Ministro, se sentó á su lado, le ofreció un puro, se puso á charlar con él; y de aquella charla resultó, que *La Bandera del Progreso,* contando con una subvencioncilla regular, se publicaría muy pronto, y aumentaría con uno más el número de los periódicos ministeriales.

CAPÍTULO IX

Redacción y redactores

No era de pigmeo el paso que, en la florida senda de la prosperidad, daba el General López al fundar *La Bandera del Progreso.* Engrandecía el círculo de su acción, aumentaba su importancia, multiplicaba sus relaciones y

redondeaba sus negocios; y aun considerado como simple negocio no era el nuevo periódico de los más magros, pues, además de la subvención ministerial con que ya contaba, tenía la de varios Estados y una lista crecida de suscriptores, reclutados entre los amigos y conocidos del influyente general.

Como éste sabía hacer las cosas, después de conseguir que su nuevo periódico prometiera mucho, quiso que le costara poco, y lo consiguió también. Lo más barato fué el cuerpo de redacción, pues, dicho se está, que el señor General, aunque se daba el pomposo nombre de director del periódico, no había de meterse á redactarle; para eso hay tantos muchachos de talento, sin recursos y ansiosos de darse á conocer, á los que con una gratificación cualquiera, se les haría llenar, no sólo un periódico, sino cuatro á ser preciso.

Encontróse el General con tres de estos muchachos que le vinieron como de molde, y formaron el cuerpo de redacción. Fué uno de ellos nuestro conocido el Chango, á quien se le encargó la parte política; el otro fué Pacotillas, que también nos es muy conocido, y que tomó á su cargo la parte literaria; y el tercero un estudiante destripado, llamado Pedro Torres, al cual se encomendó la gacetilla, el reportazgo y el chisme. Los huecos que pudiera haber en la redacción se llenarían de sobra con los colaboradores gratuítos, tales como los muchos poetas inéditos, que son capaces de pagar porque les publiquen los suspiros rimados que dirigen á sus novias.

El señor General López lució una vez más sus dotes prácticas, reclutando y acomodando tan bien á su gente.

Nuestro amigo el Chango tenía para la política grandes aptitudes ingénitas, escribir en estilo periodístico le era tan natural como charlar en un corrillo de amigos. El Chango era capaz de escribir un editorial sobre el vuelo de una mosca, y tenía una provisión inagotable de frases bombásticas y giros editorialescos que lucirían como perlas en cualquier boletín. Como el pobre muchacho, á fuer de estudiante *pur sang,* estaba muy escaso de fondos, vió el cielo abierto en la propuesta del General, que le ofreció ocho pesos semanarios en cambio de un artículo diario de dos columnas, poco más ó menos.

Conocemos mucho á Pacotillas para saber que no era propio para el periodismo militante; su naturaleza contemplativa, perezosa é indolente, su carácter franco y apasionado, que hubiesen hecho de él un mal boletinista de periódico ministerial, le venían muy bien para la misión puramente literaria que se le encomendaba.

Pedro Torres era un muchacho como de veinticuatro años, trigueño, vivaracho, dicharachero, platicador y andariego como pocos; siempre andaba á caza de noticias, seguía sin extraviarse la huella de los sucesos, cuando no los había los inventaba, y tenía una gracia especialísima para referir, en pocas líneas y de un modo llamativo, algún acontecimiento notable. Era del Estado de Guerrero, sus padres le mandaron á México á hacer carrera, pero los estudios serios no cuajaron en su mollera, y aburrido de que cada año lo reprobaran en los exámenes, se divorció definitivamente de los libros y adoptó la profesión de reporter y gacetillero; también para él

fué lotería que el General le ofreciese tres duros semanarios por chismorrear en la gacetilla del futuro periódico.

Como se ve, no era el sueldo de los redactores lo que haría fracasar la empresa, tanto más, cuanto que, el General, poco amigo de aventurar fondos, se daría maña para contentar á los muchachos cuando la caja estuviera exhausta. Una promesa lisonjera, una palmada cariñosa, una protesta de amistad, y en caso extremo una copa liberalmente ofrecida, ó un puro, bastarían para que aquellos muchachos esperasen sus semanarios hasta las calendas griegas.

La adquisición de imprenta y demás útiles necesarios para instalar la publicación, hizo honor también á la habilidad del General. Un amigo suyo, propietario de un periódico con la respectiva imprenta, había muerto hacía dos meses, dejando muy comprometido el negocio del periódico; pues se debían varias mensualidades de renta, y no poco por papel y sueldo de impresores.

A la viuda le pareció que se hundía el mundo, cuando los acreedores á una empezaron á cobrarle, y á amenazarla con dar otros pasos. El General, que tomó cuidadosamente el pulso á aquella situación, comprendió que allí había modo de aparecer como salvador de la viuda, y de quedarse á poca costa con aquella imprenta, que varias veces había codiciado.

Convenció sin dificultad á la inocente señora que la imprenta valía muy poco, que el propietario del local embargaría la dicha imprenta, sin que su precio alcanzase, ni aun para pagar las rentas vencidas; que él, es

decir, el General, por prestar un servicio á la viuda de su amigo, se haría cargo del pasivo de la negociación, que daría además á la viuda cincuenta pesos dentro de un plazo de dos meses, y cargaría con el engorro de la imprenta, que Dios sabe en cuantos cuidados le metería.

Así fué cómo pintó el asunto á la viuda, la cual aceptó con entusiasmo, quedándole sinceramente agradecida; mas él echaba sus cuentas de otro modo, que era el verdadero. Aquella imprenta tirada á la calle, valía como quiera mil quinientos pesos; los créditos del difunto apenas llegaban á cuatrocientos cincuenta, que, con los cincuenta que él daba generosamente á la señora, sumaban sólo quinientos; le quedaban, pues, mil de ganancia líquida, y todavía contaba con el recurso de entrar en arreglos con los acreedores, para desembolsar menos aun.

Como cuarto amueblado que cambia simplemente de inquilino, la imprenta del difunto y la redacción de su periódico pasaron á ser propiedad del General López y redacción de su flamante *Bandera*. Todo lo encontró hecho el nuevo propietario; allí había todos los enseres y cada cosa estaba en su sitio, de suerte que el General no tuvo que llevar ni siquiera un banquillo.

En la calle de las Escalerillas, propicia á empresas de este género, quedó instalada la nueva redacción. El local se componía de una pequeña pieza con dos entradas, una á la calle y otra á un zaguán; después de esta pieza, destinada á la administración del periódico, venía una gran bodega ó sala muy larga, dividida en dos partes

desiguales por un enrejado de madera; la parte más amplia contenía la imprenta y la restante se destinó á sala de la redacción.

En el departamento de la imprenta veíanse, á lo largo de las paredes y corriendo por enmedio, angostas mesas que se erguían hasta la altura de los brazos de un hombre y contenían las cajas de las letras; en el fondo estaban lás prensas.

En el recinto de los redactores había en el centro una gran mesa cubierta de verde carpeta, sobre la cual se veían, en grato desorden esparcidos, tinteros, periódicos, recortes, blanquísimas cuartillas de papel, cajas de multicoloras obleas y un frasco de goma; en las paredes, colgados de ganchos metálicos, veíanse los periódicos de la capital y muchos de los Estados. También andaba por ahí un manoseado diccionario de la lengua y otro de contemporáneos.

El General vivía á lo solterón, en una habitación del hotel Humboldt. Cuando hubo arreglado todo lo relativo á su nueva empresa, citó á su habitación á sus compañeros de tareas, para conferenciar por última vez sobre la índole del periódico y el espíritu que había de animarle, así como para acordar el modo de celebrar dignamente el fausto acontecimiento de la aparición del nuevo diario.

Daban las seis de la tarde, hora de la cita, y ya se agitaban impacientes en el corredor del primer piso del hotel Humboldt, los tres dignos redactores en espera de su *leader*.

Este cruzó minutos después las puertas del hotel,

holló con graves y majestuosas pisadas el marmóreo pavimento y la lujosa escalera, llegó hasta sus jóvenes amigos, y, tendiéndoles afectuosamente la mano, les dijo:

—Buenas tardes, muchachos, dispénsenme si he tardado; tuvimos sesión secreta, y al salir se empeñaron unos amigos en que les acompañara á tomar una cerveza en casa de Möesser; como hace tanto calor.

—No hay cuidado, señor, —contestó el Chango, deshaciéndose en cortesías.

Entretanto, el General había abierto la puerta de su cuarto y ofrecía galantemente el paso. Penetraron á una salita tapizada con una alfombra oscura. En el centro de la pieza había una mesa tortuga con placa de mármol y una lámpara de bronce en medio; en la pared situada á la derecha de la entrada estaba el estrado, en el cual un sofá y dos sillones extendían su cómodo asiento el primero y sus abiertos brazos los últimos.

No consintió la urbanidad al General sentarse en el sofá, por más que sus amigos, entre corteses y turbados, le instaban á ello; antes les cedió ese cómodo y preferente sitio, y él, después de instalarse en uno de los sillones, cruzó una pierna sobre la otra, sacó una petaca henchida de exquisitos puros, y después de ofrecer á los jóvenes, que rehusaron, encendió uno.

Curioso era el contraste que, con los muebles nuevos de la pieza y con el esmerado traje del General, hacían las mal vestidas y peor calzadas personas de los redactores. Era de ver la graciosa figura de Pacotillas, con los pantalones roídos por abajo, los botines cubiertos de

polvo, la corbata mal puesta y el chaleco no bien abrochado; era de ver también el empeño del Chango en disimular las malandanzas de su traje, pues no era tan despreocupado como su compañero.

Pacotillas, con aire distraído y con la mirada vaga, se había sentado en el centro del sofá; el Chango, como el más importante de los tres, se codeaba con el director, pues ocupaba el extremo contiguo al sillón de éste; el gacetillero, como el último de la comparsa, hallábase relegado al otro extremo.

Cuando el General encendió el puro, sacó el Chango una cajetilla de cigarros, ofreció á sus amigos, éstos aceptaron, y el General les presentó galantemente la llama del cerillo; mas el Chango no consintió en manera alguna que aquel eximio personaje se tomase tan grande molestia, y se apresuró á coger el cerillo y á presentarlo á sus compañeros.

La amarillenta llama se engrandeció, como las almas estimuladas por sucesos felices, al contacto de los cigarros de los jóvenes; pero un soplo del Chango contuvo aquellos alardes de grandeza, extinguiéndola, como lo hace con nuestras ilusiones la despiadada realidad. Momentos después, brillaba roja chispa junto á los labios de cada uno, y aquellas bocas exhalaban columnas de humo; densas y azuladas eran las que despedían los labios del General, vagas y como desvanecidas las que salían de los labios de los jóvenes.

Estos estaban satisfechos; hacíales bien la atmósfera de comodidad que los envolvía, infundíales confianza el acomodado personaje de posición sólida que los convidaba á

su cuarto, tratándolos de igual á igual. Aquellos *bohemios* se encontraban á gusto lejos de sus pobres chiribitiles, y se prendaban más de lo justo del aire dulzarrón de su editor, que, ante el alma confiada de los jóvenes, aparecía como un robusto Mecenas. El cuarto, á pesar del sello alquilón, y del mal gusto de sus muebles, antojábaseles mansión lujosa, en que de buena gana vivieran á permitirlo su estrecha suerte.

Una vez instalados, y con el respectivo puro ó cigarro encendidos, el General rompió el silencio, diciendo con su vigoroso acento, y manifestando el mayor regocijo:

—¡Vamos muy bien, amigos míos! Ya está todo arreglado, ya tengo el gusto de participarles que nuestro periódico es un hecho, y que al fin me ha cabido la satisfacción de ofrecer á los talentos de ustedes un medio de darse á conocer, para que algún día la patria les recompense, y los ponga en el lugar que merecen.

—¡Muchas gracias, señor!—contestó el Chango, sonriendo con graciosísima mueca, y, mostrando, al separar los gruesos labios, una dentadura envidiable.

Pacotillas y el gacetillero sólo contestaron con una ligera inclinación de cabeza. El General, satisfecho de su exordio, pues se proponía embaucar á aquellos muchachos incautos lisonjeándolos, prosiguió, después de hacer una pausa, durante la cual le dió al puro cuatro enormes chupadas:

—He resuelto que la misma semana que entra nos *pongamos* á trabajar, y quiero que el domingo que viene salga el número prospecto. He citado á ustedes para que nos *conciértemos,* para que, como dicen ustedes los hom-

bres de letras, *celébremos* nuestra comunión de ideas á fin de que el periódico camine bien. Yo soy así, como que he sido militar toda mi vida, antes que nada la disciplina y el buen orden; antes de batir al enemigo formar el plan de batalla, hacer un recuento de las provisiones de guerra y de boca, echar un vistazo á los bagajes y asegurar la retirada.

Al llegar aquí se rió como si hubiera dicho un chiste, sus oyentes hicieron un signo de asentimiento y se rieron también, aunque sin saber á punto fijo por qué; tal vez por deferencia al eminente personaje, tal vez porque la risa es el más contagioso de los gestos de la mímica humana.

—Fiel á mi bandera,—agregó el General tan prendado de su símil que quiso desenvolverlo más,—vamos á contar nuestras provisiones; comuníqueme el señor Robles, cómo piensa desempeñar la comisión que en mi periódico le he dado. Lo hará muy bien, pues es de mucho talento.

—No hay tal, señor,—dijo el Changuito, disimulando mal su vanidad satisfecha,—haré lo que pueda; y, contestando á la pregunta que tiene usted á bien hacerme, le diré que me he de esmerar en que el periódico corresponda á su título. No ha de suceder con las publicaciones como con las personas, el nombre es un compromiso para un periódico, es su lema ó el resumen de sus ideas.

—¡Bien dicho!—interrumpió el General.

—¡Ya lo creo!—se permitió agregar el gacetillero,—nada tiene de particular que una gente se llame como no debe; yo he conocido un señor muy honrado de apellido

Ladrón, y una muchacha muy ligera de cascos que se llamaba Prudencia.

—Cierto, cierto,—dijo el General;—figúrense ustedes lo que me sentaría á mí apellidarme Bello,—y terminó con una carcajada tan festiva, que sus oyentes le imitaron de bonísima gana.

—¡Qué General tan ocurrente!—dijo el Changuito;—sin embargo, señor, ese apellido no cuadraría tan mal á usted, pues todos lo encontrarían adecuado á su bello carácter.

—Gracias, mi amigo, pero no me convenzo, pues como la cara es la que se ve, todo el mundo notaría el despropósito. Mas esto no hace al caso, y siga el señor Robles desarrollando su plan de operaciones, como decimos los del machete. La verdad, Roblitos,—añadió palmeándole,—me encanta usted cada vez más, voy á tener un boletinista que ya lo quisiera García Torres, ¡vaya, vale usted más que tres Juvenales!

Cuando Pacotillas, que nada había dicho, advirtió el tiroteo de galanterías que se lanzaban su amigo y el General, murmuró al oído de Torres.

—¡Cómo se quieren esos feos y cómo se parecen!

—Como decía yo,—añadió el inteligente Robles,—se necesita que nuestro periódico sea de veras, y no solamente de nombre una bandera del progreso; creo que debe contribuir á la ilustración de las masas, á fin de que el pueblo, conociendo sus derechos, sepa defenderlos y oponer un dique á los avances de la tiranía. Creo además que nuestro periódico, perteneciendo al partido liberal, debe contribuir al incremento de las libertades públicas

entendidas en su más lata acepción, y propagadas hasta los más remotos confines á que pueda alcanzar la palabra escrita, inferior siempre, y siempre supeditada á la grandeza, á la magnitud, á la altura de las ideas culminantes...

Aquí el orador fingió que le acometía un acceso de tos; la verdad era que, impulsado por su manía de frasear, había llegado á un punto en que ya no sabía dónde estaba, ni adónde iba; y temiendo naufragar en el océano de su hueca palabrería, quiso tomar aliento para orientarse, y atar sus sueltos y dispersos cabos.

El General le oía, al parecer, con extremada complacencia, y la verdad era que no le disgustaba la facilidad con que el Chango zurcía frases, hilvanaba períodos, amalgamaba conceptos, esmaltándolo todo con tal ó cual palabreja sonora, que soltaba de vez en cuando. Aunque poco ó nada instruído, era el General muy listo, y comprendía al punto, si en lo que oía había ó no sustancia; y cabalmente por no haberla en la fraseología del Chango, le juzgaba á propósito para el cargo de boletinísta; pues mientras más vaga y nebulosa fuera la idea, y más sonora y abundante la frase, colegía el General que los editoriales habían de gustar más. El público tiene mucho de niño, le gustan los colores chillones, los sonidos estrepitosos y las frases que suenan bien.

El Chango, con la presunción propia de los mozos que son ó se creen de talento, apenas se preocupaba por el voto del General, á quien tenía por tonto de capirote, por ignorante supino y más craso que un cerdo. En cambio, temía mucho la sólida inteligencia y la aguda sátira de

Pacotillas, que, sin duda, iba á comérselo á pullas al salir de allí. No se engañaba, pues, Paco, enemigo acérrimo de las palabras retumbantes, que no desempeñan más papel que el meramente decorativo, estaba que no cabía en sí de impaciencia por el gárrulo charlar de su amigo. Por fin, no pudo contenerse, y mientras Robles tosía, murmuró al oído de Torres aquel conocidísimo verso satírico:

—«¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?...»

Torres sonrió, el Chango acabó de toser, el General, demostrando mucho más entusiasmo del que sentía, dijo:

—Muy bien, señor Robles, no se fatigue usted más; basta con lo dicho, quedo altamente satisfecho de usted; no cabe duda, tiene usted muchísimo talento; ¡oh! usted hará carrera. Por fortuna va por muy buen camino. No es por alabarme ni por darme importancia, pero le aseguro que no le ha de pesar haberse encontrado conmigo. ¡Ah, sí! con dos años de campaña periodística irá usted lejos; sí, amiguito, no he de tardar en verlo en la Cámara de Diputados, tratándolo de señor compañero. ¡Qué gusto me ha de dar, acordarme que fuí su padrino y le di ocasión para que se luciera. Convénzase, amiguito, no hay hombre sin hombre, todos necesitamos un brazo fuerte. Los primeros pasos son muy difíciles; pero se anda más de medio camino cuando uno encuentra quien lo ayude. Van ustedes á ver: el principio de mi carrera fué muy dificultoso. Yo me metí á la bola el año de 1854 para derrocar la tiranía de Santa-Anna, y, aunque me *foguié* varias veces, no hubiera pasado de subteniente, si una vez no se le antoja á mi jefe hacer mención de mí. Cuando triunfó

el plan de Ayutla, apenas era yo teniente, y no pueden figurarse lo que le agradezco á Comonfort que en la acción de Ocotlán me encargara una misión de mucho riesgo; expuse el pellejo ¡vaya! como que era aquel un fuego de todos los diablos; pero gané mi grado de comandante, y desde entonces todo fué subir. Se lo cuento, no por *echármela*, sino por animarlos. Volviendo á nuestro asunto, me dará mucho gusto el señor Téllez, si, imitando á su compañero, me comunica su plan de ataque en la batalla que vamos á dar.

—Mayor gusto me dará el General,—contestó secamente Pacotillas,—si antes me permite hacer una observación.

—Haga usted las que guste.

—No sé por qué se me figura que nuestro director trata de someternos á una especie de censura previa. Si así es, me tomo la libertad de decirle que no paso por ello. Soy tan enemigo de la opresión, que por eso calzo tan feo; hasta los botines me gustan holgados.

—No tiene usted nada que temer,—dijo el General,—yo no quiero oprimir á nadie, ni censurar las ideas de ninguno; quiero nada más que nos *pongamos* de acuerdo. Vamos á acometer una empresa delicada, y para que salga bien me parece bueno que todos estiren parejo, y no que cada cual jale por su lado, porque entonces todo se lo lleva el diablo; y para que vean que no soy ventajoso, yo mismo les comunicaré mis ideas cuando ustedes hayan hablado. No se alarme pues el amigo Téllez, y conteste á mi pregunta si me hace favor.

No poco desagradó al General aquel áspero é inopor-

tuno rasgo de Pacotillas, á fuer de buen militar, había aprendido á mandar obedeciendo, y consideraba á aquellos muchachos como subordinados suyos; pero el instinto de los negocios, nunca acallado en él, le persuadió á disimular su disgusto. Paco era muy inteligente, escribía muy bien y le iba á costar muy poco; no siendo fácil sustituirle, mejor era aguantarle; al fin y al cabo, aquellos agrios arranques nada tenían que ver con la sección del periódico á Pacotillas confiada.

—Mucho agradezco, —contestó éste, —la explicación que el señor General nos hace, y voy á contestar brevemente á su pregunta. Para desempeñar una comisión literaria no hay más que dos modos de escribir: el bueno y el malo; aunque no soy capaz de ello, me esforzaré en hacerlo de la primera manera.

—No se puede hablar más con menos palabras, —dijo el General, —celebro el laconismo.

Y levantándose oprimió el blanco botón de un timbre eléctrico; momentos después se presentó un criado, á quien mandó el General encender la lámpara y subir una botella de champaña Roederes y cuatro copas champañeras. El mozo cumplió la primera parte del mandato y salió para poner en ejecución la segunda.

—Nos falta el amigo Torres, —dijo el General, volviendo á su asiento; —aunque él esté encargado de la guerrilla, también tiene su importancia ese medio de hostilizar. Con que, dispensándome ustedes mi lenguaje de soldado, pues cada uno habla según su oficio, vamos á oir al señor Torres.

El dicho señor Torres estaba de excelente humor, le

encantaban los modales francos del General, su trato insinuante y agradable, el tino con que ponía las cosas en su punto, las atenciones con que les colmaba y le seducía, hasta embriagarle, la perspectiva del champaña que iba á saborear, pues muy pocas veces el pobre colegial destripado tenía ocasión de gustar de aquel rubio é inquieto líquido.

—Pues yo, señor General,—dijo soltando la sin hueso,—no seguiré á mi colega Robles en sus magníficas y progresistas lucubraciones, ni imitaré tampoco el sentencioso laconismo de Téllez, digno en verdad de un espartano; no poseo esa cualidad y la admiro sin envidiarla. Cada loco con su tema, señor, piense Robles en la política trascendente y yo pensaré en la menuda, que no otra cosa viene á ser la gacetilla. Piense Téllez en la bella literatura, y con ella conmueva, seduzca y arrebate á las almas sensibles; yo me ocuparé en forjar el suelto diminuto, y con él divertiré á los curiosos y procuraré pasto á la gente hambrienta de noticias. Cada uno tiene su manera de escribir, así como tiene cada cual su manera de matar pulgas, perdonándoseme lo grosero de la comparación. Nada más justo: sean para Robles las complicadas investigaciones políticas en sus relaciones con el progreso de las sociedades, quédese para Téllez el estudio de los ideales estéticos; discierna él con su clara inteligencia y conocimiento del asunto, si hemos de seguir el sendero realista, si hemos de volver á usar la melena de los románticos, el relamido atavío de los clásicos ó algún indumento nuevo; mas á mí déjenme el alboroto, el chisme, el revoloteo. Sean ellos la llama

espléndida, la hoguera ardiente; yo me conformaré con ser la chispa inquieta, la chispa efímera, que se extingue segundos después de haber empezado á brillar, mas no sin trazar en el espacio caprichosa y lumínea trayectoria. En resumen, señor, comprendo mi misión; tengo vocación y, permitidme que yo lo diga, aptitudes para desempeñarla y sabré cumplirla. Haré cuanto pueda para que la gacetilla sea animada, juguetona, variada; para que cada suelto tenga, por decirlo así, su palpitación propia: que uno haga reir, que el otro conmueva, que el de más acá pique la curiosidad, que el de más allá suspenda el ánimo. Correré por todas partes en busca de noticias, y cuando no las encuentre las forjaré de mi propio cacumen.

—¡Bravo! ¡bravísimo! ¡soberbio!—exclamó el General, intercalando entre exclamación y exclamación carcajadas homéricas y tan voluminosas que, para lanzarlas con comodidad, tenía que echar la cabeza atrás y apoyar la derecha mano sobre el puño de oro del bastón. Torres no cabía en sí de satisfacción al ver el ruidoso júbilo con que fué acogido su humorístico discurso.

En esto entró el mozo, dejó sobre la mesa una charola de plaqué, en cuyo centro mostraba la poco esbelta figura, obesa botella de lacrado cuello, que aprisionaba en su redonda concavidad el efervescente líquido pedido. En torno de la botella, parecidas á cristalinas corolas en delicados pedúnculos sustentadas, abrían sus anchas bocas las cuatro copas, en que iba á chisporrotear la espumosa bebida. El mozo quedó esperando órdenes; el obsequioso General, con amable entonación, exclamó, dirigiéndose á los muchachos:

—Como hemos charlado tanto, es conveniente mojar el pico; vamos á tomar un traguito de champaña; sirve, —añadió dirigiéndose al mozo.

Tomó éste la botella, cortó los alambres que detenían el tapón, oyóse un ruido seco, una especie de detonación sorda; el tapón lanzado como un proyectil fué á chocar ruidosamente con el techo; de la boca de la botella salió un vapor apenas perceptible, y el contenido de ella pasó, poco á poco, á las copas, cuya cavidad quedó casi llena de un líquido opalino, mientras la blanca y ligera espuma rebosaba en los bordes.

Tomó el mozo la charola, la presentó al General, éste le indicó que sirviera primero á los jóvenes, hízolo así el fámulo y retiróse. El General y sus jóvenes amigos apuraron el líquido á pequeños sorbos, previo el choque sacramental, que produjo cristalino y vibrante retintín.

—Ahora me toca deciros mis ideas; no lo haré con la elegancia de ustedes, porque soy hombre rudo, de pocas letras, aunque de mucha letra menuda. No sirvo más que para dar machetazos y también para recibirlos, como lo afirma este costurón que cose una de mis orejas con mi boca. Mi programa es muy sencillo: soy amigo del Gobierno, y deseo que mi periódico no sea un obstáculo al desarrollo de la política actual, sino que en cuanto sea posible lo favorezca; esto no quiere decir que *váyamos* á elogiar ciegamente cuanto haga el Gobierno; no, ¡qué demonio! yo también me la echo de independiente, reconozco un jefe, un superior, porque sólo Dios no lo tiene; pero no admito amos, eso sí que no. Sabremos, pues, censurar, pero será con palabras decen-

tes, como de amigo que da un consejo, no de enemigo que vitupera é injuria, ó de verdulera que echa sapos y culebras por la boca. Yo solo ni por pienso me hubiera metido en esto, soy ignorante y necesito de los que saben; soy más tonto que esa mesa y me valgo de los inteligentes; por eso he recurrido á ustedes, que son buenos muchachos y de mucho porvenir. Ustedes tienen lo que me falta á mí: entendimiento y saber; yo, lo que les falta á ustedes: cuatro tlacos, mundo, relaciones y una posicioncilla; unámonos y nos completaremos. Tal es mi programa; ahora díganme con franqueza si se quieren unir á mí; si gustan, bien, no les ha de pesar; si no, ¡qué le vamos á hacer! no me he de enojar por eso; seguiremos siendo siempre amigos, y ustedes contarán, de todos modos, con uno, tan feo como tan franco, y tan franco como tan partido.

Dió á estas palabras el General tal acento de sinceridad, de buena fe, de honradez, de sencillez ruda y casi campesina, que, persuadidos sus oyentes, sellaron su compromiso.

El General les anunció que para celebrar la fundación del periódico, había dispuesto en el Tívoli una comida para el domingo inmediato; que á esa comida asistirían el ministro y otras personas de mucha influencia, les suplicó que por ningún motivo dejaran de ir ellos; luego les dijo que era indispensable que ese día se repartiera el número prospecto, que había de contener el programa del periódico, el retrato y la biografía del señor ministro y una gacetilla amena y chispeante, que sería el *debut* del espiritual Torres.

En seguida charló con ellos alegremente de distintos asuntos, bromeó hasta con Pacotillas y luego los despidió colmándoles de atenciones, dándoles palmaditas y buenos consejos, llevando su cortesía á tal grado, que no quiso separarse de ellos hasta dejarlos al pie de la escalera.

CAPÍTULO X

En el Tívoli

El General se propuso ser espléndido, aprovechar la ocasión de hacer varios gastos en uno, sembrar algo para recoger mucho. Se propuso engolosinar á sus muchachos para que trabajaran recio, seguido y de buena voluntad; esto era lo de menos. Se propuso también obsequiar cumplidamente al ministro y á otros personajes muy encumbrados; y esto sí era muy importante.

Nada más justo, en concepto del General, que obsequiar al ministro: debía hacerlo por deber y por cálculo. Mediante la benevolencia del alto personaje había arreglado el General negocios de cuantía, que le habían producido ya una fortuna; y como aun le quedaban otros en cartera, era conveniente seguir contando con el beneplácito del prócer; y ¿qué mejor manera de conseguirlo que llenarle el estómago de suculentas viandas, la cabeza de vapores alcohólicos y el oído de lisonjeras y festivas frases?

Había que escoger bien la ocasión. Los obsequios, más

que buenos, han de ser oportunos, y el mejor de ellos empalaga ó disgusta si se le brinda fuera de sazón. Pero nada podría ser más oportuno que la comida proyectada: el ministro había subvencionado magnánimamente el nuevo periódico, era su patrono; venía, pues, muy al pelo presentar el chiquitín á quien tan generosamente lo apadrinaba.

Otra ventaja quiso López sacar del banquete, pues era muy amigo de matar dos pájaros de una pedrada, como suele decirse. El General H., que gobernaba el Estado de cuya diputación formaba parte López, estaba en esos días en México. El motivo aparente de su venida era restablecer su salud y descansar un poco de las gubernativas labores; mas en sentir de los maliciosos no había tales carneros, sino que en realidad había venido á concertar con el gobierno general las candidaturas para el nuevo congreso, que había de instalarse en Septiembre de aquel año.

Aunque el General López estaba seguro de su reelección, conveníale no comprometerla en nada, y la comprometiera quizá, si no cumplimentara como debiera, al alto personaje que tanto tenía que influir en la designación de los afortunados mortales que representaran en la Cámara popular la entidad federativa gobernada por él.

Había otro personaje á quien era muy del caso convidar, el señor Guerrero, hombre acaudalado y socio capitalista en la empresa de acopiar concesiones lucrativas, en que López era socio industrial.

Frotábase éste las manos con regocijo, pensando en las muchas ventajas que el banquete iba á producirle: des-

lumbraba á sus muchachos y agradaba á sus hombres; en las horas de solàz y esparcimiento, que esas reuniones procuran, tendría muchas oportunidades para remachar el clavo de su ya cierta candidatura, para sembrar en la mente de Su Excelencia, el señor Ministro, el germen de nuevos negocios, que, mañana ó pasado, se convertirían para López en árbol de frutos de oro.

Arregló, pues, en el Tívoli un banquete de diez cubiertos, desplegando la mayor prodigalidad; el sábado por la noche, víspera del gran día, citó á sus redactores para ver qué tal había salido el número prospecto, pues presentar este número á los ojos de su principal favorecedor, era el pretexto de la proyectada festividad.

No cupo en sí de gozo al ver en sus manos, recién salido de la imprenta y húmedo todavía, aquel número famoso, que al fin quedó á su gusto; en la primera plana una litografía, bastante mediana, representaba el busto del ministro; allí estaba, en efigie, el influyente personaje, mostrando sus vulgares facciones, con un parecido bastante aceptable.

En la misma primera plana se leía un editorial titulado nuestro programa, y suscrito «La Redacción.» Fué obra maestra del Changuito, que empleó tres noches cabales en forjar, acicalar y pulir aquel primer parto de su ingenio periodístico. Comenzaba así: «Con modesta actitud y firme ánimo asentamos hoy el pie en el estadio de la prensa, fija la razón en luminosos ideales, y llena el alma con el grandioso sentimiento de la patria...»

En pos de esta frase de relumbrón venían otras tan almibaradas como ella, en que los nuevos redactores, con

mucho de «nuestras escasas luces,» «puras intenciones» y «patrióticos fines,» daban á conocer sus propósitos, que no eran otros que contribuir á la felicidad de la nación, ilustrando á los gobernados y advirtiendo á los gobernantes.

Como la sombra al cuerpo, seguía al editorial la biografía del señor ministro. Fué también obra de la lisonjera pluma del Changuito, y tanto le exaltó y engrandeció, que hasta el mismo *biografiado* corría peligro de desconocerse y creerse hombre insigne. Como el señor ministro no pasaba, cuando mucho, de ser persona estimable, y no había hecho en su vida cosa que valiera la pena de ser contada, el biógrafo, á falta de obras, habló de la precocidad de aquel personaje eminente, de sus notabilísimos estudios, de sus nobles propósitos, de su grande inteligencia, de su vasto saber y de otras excelsas prendas, que tan escondidas las tenía Su Excelencia, que ninguno las hubiera sospechado, á no revelarlas el autor del finchado panegírico.

Venía luego un artículo de bella literatura, obra de Pacotillas, quien tuvo el capricho de firmar con el pseudónimo Ariel; en seguida una gacetilla flamante, llena de estupendas noticias, supuestas más de la mitad, y cuyo primer suelto anunciaba en términos pomposos que el señor Gobernador H. estaba en la capital.

No pocas contrariedades y desabrimientos causó al General el tal número. Fué una de ellas la tenacidad con que Pacotillas se negó á escribir la biografía; á él le encargó el director la tarea, mas el muchacho se opuso, alegando que no pertenecía á su sección; y que aunque

perteneciera, él tenía el propósito irrevocable de no hacer biografías más que de muertos.

El litógrafo también ocasionó algunos disgustos al director, pues el malhadado retrato no quería salir bien. La primera vez el ministro salió demasiado viejo, la segunda demasiado feo, la tercera muy borrado; hasta la cuarta no quedó regular.

Pero en fin, ya tenía en las manos el periódico, leyó con deleite el editorial, le gustó mucho la biografía, leyó de mala gana el artículo de Pacotillas, y volvió á deleitarse al leer la gacetilla. Despidió á sus compañeros, citándolos en el Tívoli para las doce del día siguiente y recomendándoles la mayor puntualidad.

Estos convinieron en reunirse á las once y media en el Portal de Mercaderes, pero el flogísimo de Pacotillas se hizo esperar hasta minutos antes de las doce. Riñéronle por su morosidad, y á toda prisa tomaron el wagón de la Tlaxpana de las doce y siete.

—Vamos á llegar después de la media,—dijo el Chango,—¡qué mortificación! hacer esperar tanto tiempo á esos señores, y todo por este perezosísimo.

—Llegaremos demasiado temprano,—dijo desdeñosamente el aludido,—¡ya se ve!—agregó en tono de burla,—aquí va el presidente de la República disfrazado de mono; y el ministro, el gobernador y el general han de estar en ansias porque llegue, esperándole con los brazos abiertos.

El Chango no contestó la broma de su compañero. Estaba impacientísimo. El wagón rodaba pesadamente, produciendo un rumor sordo y grave, acompañado del agudo y acompasado sonar de los cascabeles; de vez en

cuando oíase el traqueteo estrepitoso, producido por la acción del garrote y la brusca detención del pesado vehículo; entraba algún pasajero, sonaba la campanilla y el voluminoso coche seguía rodando.

Como lo presumía Pacotillas, al llegar al Tívoli el local estaba desierto. Nuestros amigos, cogidos del brazo y fingiendo gravedad, se adelantaron por la calzada de entrada. El amabilísimo encargado del establecimiento les salió al encuentro, diciéndoles en un chapurrado de castellano y francés:

—Perdón, *siñogues:* ¿son *por azar* de los que *espega* el General?

—*Oui monsieur,* —contestó Pacotillas.

—*Entonce,* pasa *sil vous plait,* al salón de bolos.

—Preferimos pasear por aquí, hasta que nos reunamos todos los invitados, —dijo el Chango con énfasis.

Y tomando por una calzadita de la derecha, dieron vueltas y más vueltas por entre kioscos y cenadores; dió la una y los encopetados personajes no parecían, hasta que, cerca de la una y media, oyóse el rodar de un coche que entró triunfalmente al Tívoli, deteniéndose al lado de un gran cenador pintado de rojo.

Era el coche del señor Ministro; dentro, en el testero veíase á éste y al señor Guerrero, en el asiento delantero sentábanse López y el señor Gobernador; de junto al cochero saltó con agilidad un lacayo y abrió la portezuela sombrero en mano; salió con rapidez el General López, y con amable sonrisa presentó al Ministro la mano derecha para ayudarle á bajar. Descendió el grave personaje, haciéndolo después los otros dos señorones.

Los jóvenes permanecían de pie á alguna distancia, mostrábanse indecisos, sin saber si debían salir al encuentro de los personajes, ó si sería mejor esperarlos; antes de salir de la duda vieron que venían hacia ellos: el General López, dando el brazo al Ministro, y detrás los otros dos personajes, también cogidos del brazo. El General hizo las presentaciones respectivas y todos se saludaron recíprocamente. El Chango y Torres manifestaban mucha amabilidad, en la actitud y maneras de Pacotillas se echaba de ver el fastidio que le consumía.

—¡Mucho os hice esperar, jóvenes amigos! tuve que ir por el señor Ministro, que estaba ocupadísimo.

—Tenía mucha gente en la antesala, y si no ha sido porque el General me saca de las garras de tanto importuno, no sé hasta qué horas me libro de ellos.

—Es cosa divertida,—dijo el Gobernador.—Yo no soy tan patriota como el señor Ministro; ya mi portero sabe que en casa no despacho, y no recibo más que á mis amigos, y eso cuando no llevan negocios.

—¿Ya estamos cabales?—preguntó Guerrero, el cual era un viejecito de ronca voz, aire displicente, tez amarillenta, cuerpo regordete y un tanto encorvado.

—Ya sólo falta el señor Presidente de la Cámara, pues dos compañeros á quienes invité se han excusado. Mas ¡qué veo!—añadió, dirigiendo la vista á la entrada, allí viene nuestro insigne presidente.

Acercóse entonces al grupo un hombre como de cuarenta años, de fresca tez, bigotes esmeradamente retorcidos y traje acicaladísimo, y saludó deshaciéndose en cortesías y en excusas.

—Si el señor Ministro y demás personas que me honran, se dignan pasar un momento al boliche, jugaremos un rato, y tomaremos algo que nos abra el apetito.

Se contestó que allí el General mandaba en jefe, se cambiaron palmaditas, apretones de manos, amables sonrisas y agudas bromas. Sacó el General henchida petaca, ofreció puros, que fueron aceptados por el Presidente de la Cámara y por el Gobernador; después de todo lo cual, exclamó López como si mandara la tropa:

—¡A la izquierda! ¡marchen! ¡los niños por delante!

Los jóvenes, un si es no es, cortados por codearse con tan eminentes personajes, tomaron la delantera, cambiándose apenas frases tímidas; mientras que, como si estuvieran en su casa, chacoteaban alegremente los próceres que los seguían.

Los comensales penetraron al boliche, tras ellos llegó un criado con una gran charola, conteniendo como una docena de copas pequeñas y media de grandes; á este criado seguía otro, que llevaba una botella de coñac, otra de vermouth, otra de Jerez y dos sifones de agua gaseosa; acomodaron su carga sobre la mesa, destaparon las botellas y se fueron. En tanto, el criado del boliche, colocado en el otro extremo del largo salón, colocaba poco á poco los palos.

—¡Uf! ¡qué calor!—dijo el General, descubriéndose y enjugándose la frente con un pañuelo blanquísimo.—Remojemos un poco las fauces: ¿qué le sirvo al señor Ministro?

—Un poquito de Jerez.

—Servido, —dijo el General escanciándole.—¿Y al señor Gobernador?

—A mí de lo que raspa, écheme coñac.

Sirvióle el General López, y preguntando á Guerrero lo que apetecía, contestó éste que su dispepsia le vedaba tomar licores, cualesquiera que fuesen ellos, que tomaría tan sólo agua gaseosa. Fuéle servida por el galante anfitrión, quien, inmediatamente después, preguntó al Presidente de la Cámara lo que gustaba.

—¡Pst! —contestó éste, jugando con el elegante bastón,—yo de lo más suave que haya, por ejemplo, coñac.

—¡Gracioso! —contestó el General, sirviéndole,— ¡vaya con las suavidades!

Los personajes obsequiados estaban en pie alrededor de la mesa, cada uno con su copa en la mano derecha; los tres jóvenes se habían quedado cerca de la puerta con visible cortedad.

—Acercaos, mis jóvenes amigos, —dijo López, —id declarando vuestros gustos: ¿qué prefiere el señor Robles?

Este se adelantó, sonriendo con amabilidad suma, y deshaciéndose en cortesías, dijo:

—Tomaré con gusto lo que el señor General se digne ofrecerme.

—De ningún modo, —contestó López, —aquí hay libertad de pareceres, ¡paso á la opinión libre! ¡á la palabra libre y hasta al voto libre! —añadió riendo.— No estamos en el Congreso, —añadió, guiñando el ojo al Presidente de la Cámara.

—Lengua viperina,—dijo éste,—aquí habla por lo que allí calla, allá me ha de hacer los guiños.

—Bien me guardaré de ello.

Entretanto el Changuito se había quedado riendo, temeroso de que por bromearse, se olvidaran de él aquellos señorones. Mas López, que era muy atento, se dirigió á él, pasado aquel incidente, y le dijo:

—Ya ve usted, mi amigo, hay libertad de gargantas; conque á escoger.

Vacilaba todavía Robles. Algo hubiera dado por adivinar lo que el General tomaría; mas, no pudiendo acertarlo, creyó que lo mejor sería seguir el ejemplo del personaje más encopetado, y pidió Jerez.

—Ahora el señor Téllez, ¿qué le sirvo?

—Coñac,—contestó éste secamente.

—¿Y el señor Torres?—preguntó López, dirigiéndose al nombrado.

—Cualquier cosa, señor; como yo soy el gacetillero, escribiré en mi estómago un suelto con coñac.

Los personajes graves celebraron aquel chiste; su autor había cavilado más de cinco minutos, previendo aquel caso para salir de él con lucimiento; quedó, pues, muy regocijado por la buena acogida que su dicho tuvo.

El General, así que hubo servido á todos, tomó para sí una de las copas grandes, la llenó como hasta la tercera parte de coñac, acabando de llenarla con agua gaseosa.

—¡Ea! Ya estamos todos con las armas en la mano; ahora apuntemos,—agregó tendiendo el brazo para acercar su copa á las de los demás.—A la salud de ustedes,

—siguió diciendo,—porque el señor Guerrero entre en el pleno goce de su estómago, y porque los demás no salgan de él.

—¿Del estómago del señor Guerrero?—preguntó riendo el Presidente de la Cámara;—primero fuera entrar, y por mi parte nones.

La salida del Presidente fué festejada con carcajadas; el general López contestó sin turbarse:

—¡Hombre, no sea usted malo! Bien sabe lo que quise decir: que mi fino amigo Guerrero recobre la salud del estómago, y que nosotros no *piérdamos* la salud de nuestros respectivos y correspondientes estómagos. ¿Se entendió ahora?

—Más claro no canta un gallo,—dijo sentenciosamente el Ministro.

Siguióse luego acompasada y uniforme inclinación de cabezas, oyóse el retintín de las copas que chocaban, vióse el movimiento de los brazos que acercaban cada copa á cada boca, notóse un gesto más ó menos marcado en todas las fisonomías, y después el movimiento de cada uno para limpiarse los humedecidos labios.

El Presidente chasqueó varias veces la lengua, diciendo que no estaba malejo el coñacuelo; agregó el Gobernador, que no sólo no estaba malejo, sino que á él le parecía más que medianamente regularón, y que, con permiso del amable y maduro Ganimedes, él pedía repetición.

—¿Qué está diciendo, Gobernador?—dijo el Presidente. —¿Ganimedes con esa facha? Llámele usted Vulcano, y no andará lejos.

—Lo digo por las funciones que desempeña,—contestó el aludido.

—Ya sabemos que el único buen mozo que hay aquí es usted, exceptuando al señor Robles,—dijo López, dirigiéndose al Presidente de la Cámara, mientras volvía á llenar la copa del Gobernador.

—¡Caramba! Esto regenera,— exclamó éste después de vaciar la nueva copa.—¡Qué diablo! Como siento que no esté aquí mi secretario, que tiene un surtido de dichos *chulísimos,* para que me diera uno para celebrar las excelencias de este bebistrajo.

—No es absolutamente necesario para eso la presencia del apreciable secretario de usted, cuya ausencia también lamento yo,—dijo López,—porque aquí están las nueve musas.

El Gobernador no pudo reprimir un gesto de asombro, pues no comprendía dónde podían estar aquellas honorables damas; pero López, que era cortesano finísimo, no quiso darle tiempo á que hiciese alguna pregunta indiscreta, y se apresuró á agregar:

—Si no en carne y hueso, las tenemos á lo menos dignamente representadas por estos tres inteligentes jóvenes, cada uno de los cuales vale por tres musas.

—¡Mil gracias!—dijo Robles, y se encorvó tanto que por poco besa la mesa.

—¡No tanto!—dijo Torres inclinándose un poco menos.

Pacotillas nada dijo.

—Celebro saberlo,—dijo el Presidente de la Cámara, y viendo á los jóvenes con aire burlón, añadió:—¿Y cuál de ellos representa á Terpsícore?

—Yo pudiera representarla,—respondió Pacotillas con exaltación,—si desempeñando ciertos puestos públicos, hubiera aprendido á bailar en la cuerda floja.

—Lo aplastó,—murmuró el Ministro al oído de López.

El Presidente se sintió herido por la pulla, y más que nada por la poca representación del que la lanzaba, pero como hombre de mundo, le pareció mejor tomarla á broma, y celebrar la ocurrencia.

—Bien dicho, joven, es preciso ser muy saltimbanqui para desempeñar ciertos puestos; se necesita no perder los pies, ni la cabeza, ni la amabilidad: ¿verdad, mi General López?

—Corroboro,—contestó éste haciendo un gesto amable.

—Ya están los palos,—agregó,—vamos á probar la mesa; —y, dirigiéndose al cajón de las bolas, cogió una de mediano tamaño, y tomándola con ambas manos, la presentó al Ministro, encorvándose graciosamente, como si éste fuera una dama y el General le ofreciera una flor.

—Rompa usted los fuegos, señor.

El Ministro tomó la bola y se dispuso á tirarla, echó el pie derecho hacia adelante, balanceó el cuerpo, miró los palos de hito en hito, y lanzó la bola.

Esta rodó con gran rapidez sin desviarse en nada de la línea media, y al llegar á los palos, oyóse un golpe seco; los seis de enmedio habían sido derribados, quedando en pie dos á la derecha y dos á la izquierda.

—¡Callejón!—dijo el Ministro desdeñosamente,—¡mala bola!

—¡Que callejón!—dijo López,—calle ancha, gran vía, admirable, por poco hace chuza; á ver qué guapo echa

abajo los dos palos de la derecha. Vamos, señor Gobernador.

—Yo no veo bien,—dijo éste,—necesito alumbrarme, —y se sirvió una nueva copa de coñac; entonces con aire resuelto y fanfarrón tomó la bola más grande, la sopesó varias veces, y, sosteniéndola en la palma de la mano derecha, recorrió con la de la izquierda la lisa superficie.

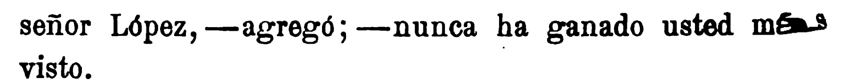
—¡Van á ver qué tiro!—exclamó,—conque los de la derecha ¿eh? pues á ellos, y apuesto;—y, sosteniendo en la mano izquierda la enorme bola, introdujo el índice y el pulgar de la mano derecha en el bolsillo del chaleco, y sacó una onza de oro que arrojó al suelo, donde rodó vibrante y deslumbradora.—¿Quién casa?—preguntó con aire de desafío.

—Sería robar,—murmuraron el Presidente y el Ministro,—yo no.

—Nadie lo obliga,—dijo López,—y el que por su gusto pierde... De modo que yo sí,—y, sacando del bolsillo otra onza, tan sonora y reluciente como la primera, la arrojó cerca de ella y exclamó:—¡Casado!

El Gobernador lanzó la bola con tan mala fortuna, que á la mitad de su carrera se salió de la mesa, y con tanta fuerza que llegó saltando hasta el sitio en que estaba el pobre criado, al que por poco perniquiebra; mas el infeliz, brincando con presteza, evitó la acometida de la furiosa esfera.

—¡Bravo, Gobernador!—exclamaron el Presidente y el Ministro, riendo á carcajadas.—De seguro no se alumbró usted bastante,—dijo el Ministro;—mis plácemes,



señor López,—agregó;—nunca ha ganado usted más visto.

—Doy desquite,—contesto éste;—ahora yo me encargo de echar al suelo los dos palitroques de la derecha, y van las dos onzas: ¿quién acepta?

—Yo desde luego,—dijo el Gobernador, y sacó otras dos relucientes monedas.

—Y yo,—dijo el Ministro, deseoso de ganarle al ganancioso; y sacó otros dos áureos discos, que lucieron cerca de los otros.

—Y yo, y yo,—dijeron Guerrero y el Presidente de la Cámara, arrojando al suelo sus respectivas apuestas.

López esperaba con aire tranquilo que se realizasen las posturas. Los diez círculos, brillantes é iguales, formaban en el suelo áurea y radiante constelación, que hubiera deslumbrado los ojos de un avaro. Los jóvenes miraban con avidez, sorprendidos de tanta magnificencia.

—Ahora sí que puedo decir, que tengo una bola de oro en las manos,—dijo López, disponiéndose á tirar.

—¡Alto!—dijo el Gobernador;—diga lo que quiera, pero case.

—¡Voy á hacerlo, mi querido compañero!—Y sosteniendo la bola en la mano siniestra, registró con la derecha el bolsillo de su chaleco, sacó tres onzas, las arrojó al suelo, y dijo contrariado:—¡Diablo! Van á hacer saltar la banca; no tengo más oro.

—¡Pues aunque sea plata!—dijo el Gobernador.

—¡Paciencia, compañero!—dijo el General un poco picado,—jamás defraudo. No será plata, será papel, que es menos voluminoso.

Y dejando en el suelo la oscura bola, introdujo la mano derecha en el bolsillo interior de su *jaquet*, sacó una magnífica cartera de piel de Rusia, y extrajo de ella tres sobados y sucios billetes de á veinte pesos, que arrojó al suelo al lado de las onzas.

—¿Conformes?—preguntó.

—De ningún modo,—dijo el Presidente de la Cámara, —falta el cuarenta por ciento del cambio.

—¡Qué cuarenta!—exclamó López, picado,—abonaré el veinticinco. ¿Conformes ahora?

—Ni tanto ni tan poco,—dijo el Ministro;—¡vaya, eche otro mugriento de á veinte, y queda partida la diferencia!

Hízolo así López, y sin decir palabra volvió á tomar la bola. Aquella jugada, por su singularidad y por el monto de las apuestas, llamaba la atención de todos. El General iba á perder de seguro; eso creían y eso deseaban unánimemente los concurrentes, pues, conociendo lo codicioso de su anfitrión, encontraban gracioso hacerle perder en un segundo la suma apostada. Hasta los estudiantes, á quienes nada les iba en el gallo, se habían interesado en el juego.

Los presentes formaron un vasto semicírculo en torno del jugador; el primero de la derecha era el Ministro; con las piernas un poco separadas y con aire indolente, dirigía la vista, ya al jugador, ya á la mesa, ya á los palos, frunciendo ligeramente el entrecejo, como si se entregara á silenciosos cálculos.

A su izquierda se destacaba, arrogante y casi provocativa, la persona del señor Gobernador; se erguía como un huso, tenía metidos en los bolsillos del pantalón los cuatro

últimos dedos de las manos, dejando fuera los pulgares, que sacudían el paño con movimientos nerviosos; tenía el puro en la boca, y por sus labios vagaba una sonrisa casi despreciativa, como si tuviese por imposible que López derribara aquellos palos, de los que tan lejos anduvo la bola tirada por él.

A la izquierda del Gobernador estaba el Presidente de la Cámara, luciendo su relamida figura de *dandy* trasnochado; estaba en la postura que llaman los bailarines, primera de boleras, apoyaba en la cintura la palma de la mano izquierda, y jugaba negligentemente con el bastón, que sostenía entre los dedos índice y medio de la mano derecha.

A su izquierda veíase la menguada figura del señor Guerrero, tenía las manos en la cintura, movía ligeramente la cabeza á un lado y á otro, y la atención con que miraba la mesa hacía resaltar más lo encorvado de su espina dorsal.

A la izquierda de Guerrero, y separados por cierto intervalo, estaban los estudiantes; sus trajes averiados y maltratados botines, contrastaban con el lujo un tanto ostentoso del apuesto Presidente, y con lo bien vestido del amable anfitrión.

No asesta el anteojo con tan nimio esmero el astrónomo que sondea las celestes anchuras, ni el buen artillero determina su punto de vista con tanto cuidado, como tan esmerada y cuidadosamente fijaba su puntería el audaz López, centro en aquel momento de todas las miradas, y objeto de los pensamientos todos.

Sereno, astuto, sagaz, movíase con cautela, clavando

la vista en los erguidos palos, como si de magnetizarlos tratara. El cuerpo, inclinado hacia adelante, descansaba sobre la pierna derecha, algo doblada; echaba hacia atrás la pierna izquierda, y el brazo derecho, en cuya mano sostenía la bola, se balanceaba con la regularidad de un péndulo.

Después de un minuto de inmensa ansiedad fué arrojada al fin la oscura bola. Rodó perezosamente y como de mala gana, produciendo un rumor sordo; parecía mal dirigida, no fué soltada en la línea media de la mesa, sino á la derecha, casi en el borde; al principio de su carrera la pesada mole se inclinó notoriamente á la izquierda; con algunas pulgadas más que hubiera seguido en aquella dirección se habría caído y el tiro se perdía.

Mas la bola, como si tuviera voluntad propia, al llegar al borde del abismo, cambió de rumbo y se inclinó á la derecha. Nueva ansiedad, no parecía posible que llegara á los palos, se inclinaba poco hacia la derecha; ya sólo faltaban algunas varas y la bola aun no pasaba la línea media de la mesa. Pero como si aquella masa inerte hubiera estado dotada de percepción, muy cerca ya del fin de su carrera, torció más á la derecha, apresuró el perezoso curso, oyóse un chasquido seco. Los dos palos habían caído.

—¡Hurra! ¡Bravísimo! ¡Soberbio!—exclamaron todos.

Oyéronse palmadas ruidosas, rompióse el semicírculo; el General, radiante, volvióse á los espectadores y exclamó:

—¡He ganado!

—Y bien ganado, ¡carambola!—dijo el Gobernador,—

por el gusto de ver una bola así, doy por bien empleadas mis tres onzas. Esto merece una copa.

—¡A tomarla y luego á comer!—dijo López, mientras recogía los sucios billetes y las limpias onzas, al mismo tiempo que decía para sus adentros: «Ya reembolsé los gastos del banquete.»

CAPÍTULO XI

Seguimos en el Tívoli

Si la mesa no estaba deslumbradora, se presentaba agradable. Cubríala un mantel muy blanco, había cuatro platos en cada costado y uno en cada cabecera; había en cada plato una copa grande de figura cónica, cubierta por planchada y encarrujada servilleta, artificiosamente dispuesta en forma de alcatraz; delgada cinta tricolor se ataba en la parte media de la servilleta, y en el ápice del cono, que esta última figuraba, estaba implantado un ramilletito de malvaviscos, geráneos y heliotropos.

En medio de la mesa se erguía una fuente de dulce, sustentada por graciosos arbotantes de caramelo; á los lados de la fuente había búcaros con artísticos ramilletes, que fingían montañas de hermosas flores, dispuestas en elegantes y vistosos círculos; allí lucían los pensamientos sus pétalos aterciopelados y de color vario, distintas variedades de rosas hacían ostentación de sus ricas corolas, derramando tenue fragancia; por aquí y por allí las gentiles flores del «no me olvides» salpicaban, como turquesas esparcidas, la superficie del multicoloro ramillete; y

os heliotropos, semejantes á aterciopeladas larvas, enrollaban su corva *inflorescencia*. Un capullo de rosa blanca, ue coronaba los *bouquets*, fingía la nívea cima de aquellas montañas de flores.

En torno de cada plato brillaban, como cristalina corte, inco copas diversas en tamaño y figura. Abrían las chamañeras la ancha abertura, mostrando el poco profundo ondo; las de Sauterne proyectaban sobre el mantel manhas purpúreas; las grandes copas de agua atraían la miada hacia su abultado y brillante vientre.

Delante de cada convidado, y apoyada en la copa grane, que, cubierta por la encarrujada servilleta, estaba en l centro de cada plato, había una gran tarjeta doblada n dos. Era el *menú*, como se dice en la ridícula jerga de os banquetes. En medio del frente de la tarjeta, con aracteres azules, leíase: «Banquete, ofrecido al señor Ministro de..., y al señor Gobernador H., por el General uan López;» en la cara interior, y también con caracteres azules, estaba la lista de los manjares, bautizados con aprichosos nombres franceses.

En las paredes del *kiosco*, en que se había dispuesto la omilitona, había chillonas pinturas, que pretendían representar las cuatro estaciones del año; largas ventanas on rústicas vidrieras ofrecían franco paso á la vívida luz lel sol de Mayo, que, dorando con sus fulgores los brillantes objetos de aquel recinto, producía vivos reflejos y ncendidos matices.

De pie el General López, en la puerta del kiosco, ofreía galantemente el paso á sus invitados. Condujo al señor Ministro hasta el lugar de honor, que estaba en el

extremo de la mesa opuesto á la entrada; sentó después al señor Gobernador á la derecha del Ministro, reservándose él el asiento de la izquierda; el Presidente de la Cámara fué colocado á la derecha del Gobernador, el señor Guerrero sentóse á la izquierda del anfitrión, el Changuito á la izquierda del señor Guerrero, Torres á la derecha del Presidente de la Cámara, y el misántropo Pacotillas, que se sentó á la izquierda del Chango, vino á ser el último de la fila; no le tocó compañero enfrente, y á su mano izquierda venía á quedar el asiento vacío del otro extremo de la mesa.

—Te tocó ser cola de león,—murmuró el Chango al oído de Pacotillas.

—Y á tí te tocó ser lo que está antes de la cola,—le contestó éste de mal humor.

—¡Gracias á Dios que está puesta la mesa!—dijo el anfitrión sonriendo con sus convidados.

—¿Se acuerda, General,—añadió dirigiéndose al Gobernador,—de nuestra última campaña, cuando *expedicionábamos* por Oaxaca? ¡Qué hambres pasábamos, carambola! ¿Y el totopo aquel? Ya nos fastidiaba el maldito: totopo en la mañana, totopo en la tarde, totopo en la noche; ó si no, nada.

—¡Cómo no me he de acordar! Algo hubiéramos dado por una mesa así.

—Algo hubieran ustedes querido dar, pero dudo que hubieran tenido qué,—dijo el Ministro.

—¡Ya lo creo!—dijo el Presidente de la Cámara.—Malos eran los tiempos: bolsillos secos, caminos anegados, vientos arrasantes.

—Con todo, — dijo Guerrero, — si no se engañan los que aseguran que la mejor salsa es el hambre, lo que ustedes comían ha de haber estado muy bien condimentado. Yo suspiro por los tiempos en que era pobre, porque entonces tenía muy buen apetito y muy buena digestión. ¡Pero así es la vida!—agregó suspirando.—Cuando tenemos estómago no hay qué echarle, y cuando la suerte nos llena la bodega ya no tenemos estómago, ni dientes, ni nada.

—No se ponga tétrico, hombre, — dijo el Gobernador.

—¿Se acuerda usted, compañero, del tequila de Oaxaca?

—Cómo no me he de acordar, hombre; muchas veces me batí con él, y algunas veces me derribó el maldito; y eso que tengo la cabeza fuerte, los pies firmes, y no me ahogo en un vaso de agua.

—Ni de coñac, ¿verdad?—dijo el Ministro.

—A propósito, compañero,—dijo el anfitrión al Gobernador; — me han regalado dos barricas de ese valiente tequila, le voy á mandar una.

—Se lo he de agradecer, hombre, ¡qué demonio de tequila ese! ¡qué zorras produce! ¡quién lo creyera al verlo tan limpiecito!

—Se pudiera decir, señor, — dijo Torres, que estaba impaciente por hablar, — que es tan límpido y puro en su apariencia, como negro y terrible en sus resultados; ó como diría un poeta: cristal de roca en el transparente vaso, y tempestuosa nube en la cabeza del mortal.

—¡Bien dicho!—dijo el Gobernador,—¡no hay como

saber hablar bien! ¡qué talento tiene este chico! así es mi secretario, y lo qué charla el maldito, y lo qué me sirve á mí su charla, porque yo ¡qué diablo! ya ustedes me conocen, concibo, pero no paro.

—Pues yo ni concibo,—dijo el señor Guerrero.

—Pero sí engendra, ¡ah calaverón!—dijo el Presidente de la Cámara.

—Lo intenta al menos,—dijo sentenciosamente el Ministro.

Entretanto dos criados habían servido con diligencia el primer platillo; era una sopa aguada, que según el *menú* se denominaba *potage bisque,* al mismo tiempo que vertían en las copas el áureo Jerez y el opalino Madera.

El incitante olor de la suculenta sopa, que había sido colocada bajo las narices de los convidados, había obrado como enérgico despertador de su buen apetito, exceptuando el del pobre señor Guerrero, cuyo estómago embrutecido por la dispepsia, ni por esas se despabiló.

Suspendióse la animada charla, dióse tregua al tiroteo de bromas, y por un rato no se oyó más que el chasquido de las cucharas en los platos y el sordo rumor que el semi-líquido potage producía al ser gustado.

Los señorones comían con desembarazo, el Gobernador casi con avidez, Guerrero con manifiesto desgano y los jóvenes con manifiesto encogimiento. Pacotillas era el más tranquilo, importándole muy poco lo que aquellos personajes se les antojara pensar de él; no así Torres y el Chango, que se esmeraban en aparecer finos, instruídos, de mucho talento, y espiaban con ansia la ocasión de lucir tan raras cuanto preciosas dotes.

Apurado que fué el primer manjar, hiciéronse al Jerez los honores debidos; se oyó el retintín producido por el chocar de las copas y el paladeo de satisfacción con que algunos se regodeaban, después de apurar el agradable líquido. Hubo nuevas bromas, celebradas con carcajadas estrepitosas; el Chango tuvo la felicidad de poder acomodar una frase político-filosófica, que estuvo acicalando y puliendo mientras devoraba el *potage bisque*.

Luego fueron servidos los *Mignons en surprise* que los comensales atacaron valientemente, haciéndolos desaparecer como por arte de magia; después siguió el apurar del sabroso Madera, previos los signos de afectuosos brindis, que unos á otros se hicieron, y el sacramental choque de copas; faltó poco para que el Chango rompiera la suya, al chocarla con tanta efusión con la del General López.

Vino en seguida el pescado, llamado en la lista *poisson au vin blanc;* en esta vez los mozos sirvieron en las copas respectivas el traslúcido Sauterne.

Aquellos señores, menos Guerrero, engullían con brioso apetito, el Gobernador con voracidad, el General López con estudiada pulcritud, el Ministro con compostura y el Presidente con festivo desembarazo; Pacotillas comía como se le daba la gana, mientras que sus compañeros dirigían miradas de soslayo á los señores graves, procurando tomarlos por modelo.

—¿Y qué tal de tareas parlamentarias? — dijo el Gobernador, entre bocado y bocado, dirigiéndose al Presidente de la Cámara.

Este, que en aquellos momentos masticaba un gran

bocado del *poisson au vin blanc,* fué cogido en in fragant[illegible] delito de glotonería por aquella intempestiva pregunta [illegible] hizo esfuerzos inauditos por tragar de un golpe, y [illegible] no pudiendo conseguirlo, quiso ayudarse con un sorb[illegible] de Sauterne; mas con tan nefasta suerte que el vin[illegible] le cayó en el galillo, como vulgarmente se dice; y aqu[illegible] tenéis al señor Presidente víctima de un acceso de tos[illegible] con las mejillas encendidas, los ojos llorosos y tapándos[illegible] la boca á toda prisa con el pañuelo.

—¡Cuidado, señor Presidente! —dijo el Ministro; — no olvide usted el refrán: para mentir y comer pescado...

—Ya pasó, — contestó el Presidente, reponiéndose y recobrando su habitual jovialidad; — fué una espina, pero yo tengo buenas tragaderas.

—Sí, de tiburón, — contestó el Gobernador; — nosotros también las tenemos grandes; pero no nos pasa la bola que usted nos quiso hacer tragar, fingiendo que se ahogaba para no contestar la pregunta que le hice.

—No, señor Gobernador, protesto á usted...

—Nada de protestas, — dijo interrumpiéndole el Gobernador, — no creo en las que hacen los funcionarios públicos; ¡tantas cosas he protestado yo!

—Bien está, señor, — repuso el Presidente; — pero advierta usted que yo protestaba ahora fuera de mis funciones.

—En ese caso lo creo, vamos á ver, ¿qué protestaba usted?

—Que me iba á ahogar de veras cuando me disponía á contestar á usted, que las tareas parlamentarias tocan

á su fin, pues la semana que entra clausuraremos el segundo período del segundo año; y *pax Christi*, nos retiramos á nuestra casa, envolviéndonos en el oscuro manto de la vida privada.

—Lo creo como si lo viera,—dijo el Gobernador,—se irá usted á su casa á esperar la reelección que ya le viene, lo mismo que mi compañero de armas, fino amigo y obsequioso proveedor de tequila, el simpático Juanito López. ¿Verdad, señor Ministro?

Dióles un vuelco el corazón, así al ciudadano Presidente de la Cámara como al ciudadano diputado López; en un brete estaban porque rodara la conversación sobre sus respectivas candidaturas; escucharon, pues, con toda su alma la respuesta que iba á dar el Ministro.

—Así lo creo,—contestó el grave personaje,—aunque no lo puedo asegurar; pero entiendo que el señor Presidente de la República ha aprobado ya la candidatura de los señores, tanto por los méritos y buenos servicios de ellos, como porque no entra en el ánimo del primer Magistrado hacer muchas variaciones en el *personal* para el Congreso venidero.

—Mucho me satisface ese honor,—dijo el General López;—nada protestaré, pues á mi compañero el señor Gobernador no le gustan las protestas; citaré mi pasado en abono de mi conducta futura, haré mío el lema de los antiguos cigarros de «La Honradez:» «Los hechos me justificarán.»

—Ratifico, afirmo y corroboro las acertadas y discretas palabras del compañero,—dijo el Presidente con fingida solemnidad.

Entre bocado y bocado fueron vertidos los conceptos anteriores. No se crea que López hubiera perdido el tiempo; cuchicheaba en ratos con el Ministro, el cual sonreía unas veces y otras movía la cabeza en señal de aprobación.

El Chango estaba desesperado porque no podía lucirse. Su compañero de la derecha, el señor Guerrero, era poco menos taciturno que una estatua; en vano el vivaracho joven procuraba darle conversación, cuando el acaudalado personaje se dignaba contestarle, hacíalo por monosílabos, y con tal sequedad, que no daban ganas de repetir la acometida.

No estaba menos en ascuas Torres, su *adlátere* el Presidente no era callado, al contrario, charlaba hasta por los codos. Pero, por desgracia del joven, también el Presidente quería hacer alarde de ingenio y buen humor, y hacía de Torres el mismo caso que de los mozos que servían la mesa. Todo su afán era hacerse oir del Ministro, ó al menos del Gobernador, ó siquiera del General López, ó en último caso del señor Guerrero.

Pacotillas sí que estaba verdaderamente fastidiado: aquellos hombres le parecían vulgares y su compañía insoportable por tosca; juzgaba burda y grotesca la charla del Gobernador, amanerados los cumplimientos de López, afectados los modales del Presidente y servil la actitud de sus compañeros; Guerrero le parecía sencillamente una nulidad.

Al fastidio del joven se unía una tristeza profunda, le afligía la nostalgia del hogar, extrañaba su humilde vivienda, sus sencillas y cuotidianas viandas, y, más

que nada, la compañía de su Amalia; cuánto mejor estaría con ella, que oyendo aquellas conversaciones insulsas, aquellas chuscas ocurrencias, aquellas bromas groseras, aquellos dichos de mal gusto, y comiendo aquellos manjares desabridos y bautizados con estrambóticos nombres.

Cabalmente en ese momento saborearía él, en su delicioso retiro, el exquisito café que su *güera* tenía el cuidado de prepararle, y la delicada atención de servirle con sus propias manos, cuya blancura se complacía él en admirar, mientras la hermosa vertía en la taza el negro líquido. Servido el café, Amalia se habría sentado junto á él; después de cambiarse algunas caricias, hubiera el estudiante tomado el libro y la niña su labor.

—Pobrecita, — pensaba Pacotillas, — qué aburrida estará; habrá comido de mala gana, se habrá acostado y procurará dormir para sentir menos estas largas horas. ¡Y ella que estaría creyéndole muy divertido! si supiera que estaba fastidiadísimo; más que ella sin duda, pues á lo menos Amalia estaba sola, mientras que él estaba condenado á soportar la insufrible compañía de aquella gentuza.

Sentía instantáneos ímpetus de cólera: ¿para qué consintió en ir á aquella fastidiosa comilitona? él nada tenía que ver con aquellas gentes, ni participaba de la mezquina ambición de sus compañeros; anhelaba la gloria, no una posición, que, por dorada que fuera, no valdría las molestias y disgustos que costara adquirirla.

Entretanto seguía el banquete su regocijado curso, y mientras más se ennegrecía el humor de Pacotillas,

tomaba matices más sonrosados el ruidoso júbilo de los demás. Ya se había servido el blando y jugoso filete, ya los *vol-au vents* habían lucido en los blancos platos el dorado y henchido vientre, ya el Burdeos había sido vertido en las grandes copas.

—Vamos á beber ahora chato amargoso, — dijo el Gobernador, formando aquel equívoco de mal gusto con la marca Chateau-Margaux, que se leía en las botellas. —A vuestra salud, señor Ministro,—añadió, empuñando la copa; — á la vuestra, querido compañero López; á la vuestra, señores Guerrero y Presidente; á la de ustedes, amables jóvenes, y también por mis ausentes gobernados y *gobernadas*, que tanto me han de estar extrañando.

Todos levantaron la copa, sonrieron, hicieron con la cabeza una cortés inclinación, luego dijeron: «A la de usted,» y bebieron; el Gobernador después de beber su gran copa, chasqueó repetidas veces la lengua, y dijo con entonación y gestos de payaso:

— ¡Diantre! ¡pues no está amargoso el chatito!

Todos celebraron el chiste. El Ministro conservaba su compostura habitual, Guerrero su taciturnidad y su mala cara, López sus afectados cumplimientos, el Presidente su inagotable amabilidad, Torres y Robles su impaciencia, pues aun no llegaba el, para ellos, feliz y crítico momento de los brindis.

Iban colocando los mozos delante de cada convidado hemisféricas copitas, que contenían el ponche á la romana, el cual les refrescó oportunamente las sedientas fauces. Serían las tres y media de la tarde, el deslumbrante sol de un día de Mayo penetraba por la ventana

occidental del cenador y caldeaba aquel ambiente, en que flotaban alcohólicos vapores y fragantes emanaciones.

El cerebro de los comensales se excitaba cada vez más: la cálida atmósfera, la luz deslumbradora, los manjares suculentos, las bebidas incitantes, eran otros tantos estímulos del regocijado entusiasmo, que se manifestaba con gestos expresivos, con carcajadas sonoras y con ruidosas frases.

El mismo señor Guerrero dejó arrebatar su alma pedestre por la bulliciosa corriente que lo circundaba, y como nos sucede á todos, su imaginación, al desplegar las alas, se cernió en las regiones en que más frecuentemente pensaba su dueño. Hombre de negocios al fin, placíase en fantasear concesiones muy lucrativas; líneas de ferrocarriles por aquí, líneas telegráficas por allá, zonas mineras por otra parte, pintábase en su mercenario espíritu, prometiéndole montañas de pesos fuertes, pirámides de onzas de oro y abultados rollos de billetes de banco.

El vibrante retintín de las copas, el metálico son de los cubiertos, parecíanle al rico y codicioso personaje el ruido que producen áureas monedas, chocando unas con otras, al ser guardadas en férreas cajas de ingeniosas y fuertes cerraduras.

De cuando en cuando el General López le hablaba al oído para comunicarle alguna idea brillante; el silencioso personaje movía pausadamente la cabeza en señal de aprobación, ó bien decía á López, en voz baja, algunas palabras que definían mejor el negocio. No tardaba el

hábil General en secretearse con el Ministro para sondear su ánimo, y, codeándose después con Guerrero, ó diciéndole quedo «vamos bien,» le daba á entender que la base de su fortuna se les ensanchaba y el dorado horizonte de sus negocios se les engrandecía.

Fué al fin engullida la blanca, fibrosa y blanda carne del pavo; fuélo también la gruesa y suculenta del *roast-beef;* circuló una salsa de caviar cuyas propiedades afrodisíacas inspiraron algunas bromas de mal género; los mozos comenzaron á servir la trémula y translúcida jaletina, que aprisionaba en su blanda masa, tiernas y sonrosadas fresas; oyéronse como detonaciones sofocadas: era que los mozos destapaban las botellas del Champaña.

Cuando el espumoso líquido fué servido, púsose el General en pie, empuñando la copa respectiva; los demás quisieron hacer lo mismo, mas un gesto suplicante del General López y un signo expresivo de su mano izquierda les indicó que permaneciesen sentados; en cuanto á él, tosió para limpiar el pecho, irguió su cuerpo fornido, y con acompasado y robusto acento y sonora voz, dijo:

—Los *muy honorabilísimos* personajes que me han honrado, aceptando mi humilde invitación, saben ya el motivo de esta reunión. Se trata de *solenizar* la fundación del periódico que, con el nombre de *La Bandera del Progreso,* he establecido, y que espero contribuya á desarrollar las rectas ideas administrativas del Gobierno, que acertadamente nos rige, y á difundir las luces en el *páis.* Tengo, pues, señores (y aquí tosió de nuevo), el honor de ponerlo á vuestros pies, y brindo porque sea de vuestro agrado.

Todos apuraron el efervescente champaña, el General echó mano á la faltriquera y sacó cuatro ejemplares del periódico, los cuales distribuyó entre los personajes invitados. Estos examinaron con curiosidad la nueva publicación, el Ministro, al verse retratado, se ruborizó y dió al General las gracias por la galantería; pasadas las fórmulas de cumplimiento, que en tales casos se estilan, dijo López que los jóvenes que estaban presentes, y cuyo talento encomió, eran los redactores; los aludidos hicieron una cortesía y parecieron ruborizarse.

López siguió hablando; dijo que le había parecido oportuno acompañar el retrato de Su Excelencia, el señor Ministro, con la biografía del mismo alto personaje; pues era justo que el *páis* fuera conociendo á sus grandes hombres; que si los oyentes lo permitían, y el señor Ministro no se mortificaba, suplicaría al muy inteligente joven Robles, autor de la biografía, diese lectura á tan verídica y selecta pieza literaria.

Los oyentes dijeron que con muchísimo gusto, el señor Ministro se ruborizó, dijo que él nada valía, ni merecía, que no había hecho más que cumplir con su deber, y otras cosas por el estilo; pero fué tanto lo que se empeñaron los demás, que fué vencida la modestia de Su Excelencia.

El Changuito reventaba de satisfacción; por fin iba á lucirse. Se puso en pie, desdobló el periódico, y, con tono enfático y declamatorio, leyó aquella biografía, verdadero diluvio de frases lisonjeras y conceptos aduladores.

Mientras duró la lectura mostraron todos la mayor

atención, de vez en cuando aprobaban con la cabeza y hacían señales de querer aplaudir. El Ministro, como si se sintiera abrumado por tanta bondad, había apoyado los codos en la mesa y ocultaba en las manos el mortificado rostro.

Una furiosa tempestad de frenéticos aplausos estalló al terminar la lectura, todos convinieron en que no se había dicho más que la verdad, en que la biografía aun era parca en elogios, pues merecía *muchísimos más* el ameritadísimo personaje, que, en aquellos momentos, les hacía la alta honra de presidirlos.

El Ministro, lleno de mortificación, se obstinaba en decir que él no era nada, que él no valía nada, que él no había hecho más que cumplir con su deber, que lo que se había leído no probaba más que la bondad de sus buenos amigos, que estaba muy agradecido por la distinción que el General López le hacía, que también agradecía mucho al joven inteligente que se había ocupado en escribir su modesta vida.

El joven inteligente no quiso desperdiciar la bella ocasión que se le brindaba de dirigir más piropos al Ministro, conviniéndole también mucho lucir sus dotes oratorias y hacer alarde de instrucción.

Dijo, pues, entre sonoros ditirambos, rimbombantes frases y engalanadísimos períodos, que él hubiera querido ser un Plutarco ó un Nepote, para escribir dignamente la vida del señor Ministro, digna de figurar entre las vidas paralelas del historiador primero citado; para biografiar convenientemente á un personaje á quien Cornelio Nepote, en detrimento de los Milcíades, Temís-

tocles y Epaminondas, hubiera dedicado muchas páginas de su obra: *De viris illustribus;* que el señor Ministro tenía, como podían atestiguarlo todos los presentes (los presentes dijeron «sí» con la cabeza), cualidades comparables á las de los Richelieu y Colbert de Francia, á las de los Ensenada y Aranda de España; á las de los Pombal del lusitano reino, á las de los Pitt de Inglaterra, y á las de los Metternich, con que tanto se infatuó el Austria á principios de la presente centuria.

Indescriptible fué el efecto producido por la pedantesca y aduladora alocución del Changuito; los oyentes batían las palmas con furor, golpeaban la mesa con los mangos de los cuchillos, ó herían las cristalinas copas con las aceradas láminas, ó pateaban con verdadero frenesí; el Ministro daba las gracias lleno de rubor, y más turbado que una señorita, que se ve cortejada por apretado corrillo de galanteadores.

Aquel incidente había distraído á los comensales, impidiéndoles hacer honor al *Rocher de glace* y á los *Gateaux et fruits assortis,* que los mozos habían ido colocando delante de cada uno.

Pusiéronse pronto al corriente, mas sin dar treguas por ello á su ruidoso entusiasmo; hablaban todos á la vez, el Gobernador soltaba á cada momento alguna de sus ásperas bromas, que no perdonaban ni al Ministro. Sólo Pacotillas no había tomado parte ni en el coro adulador, ni en la vocinglería ruidosa.

De repente, el vibrante repiqueteo, producido por el golpe rápido y repetido de un cuchillo sobre una copa, acalló la algazara de los convidados. Era Torres, que

quiso aprovechar aquellos momentos de general entusiasmo para decir algo también.

Pidió permiso al señor Ministro, al señor Gobernador, al señor General López, y, en fin, á todos los personajes, para dirigir él también el sencillo tributo de su admiración á los próceres allí reunidos. Fuéle dada la solicitada venia, y el gacetillero espetó, con tribunicio acento, gestos descomunales y ademanes de energúmeno, un discurso pomposísimo, en que puso por las nubes al Ministro, al Gobernador y al General López, acabando por decir que aquellos tres personajes, por cuya felicidad brindaba, constituían la augusta trinidad del porvenir y de la patria.

El bullicio, suspendido un momento por el hinchado brindis del gacetillero, hizo de nuevo explosión; oyéronse risotadas y exclamaciones, que se mezclaron con el chocar de los platos y el retintín de las copas. El Ministro manifestó deseo de hablar, cesaron en el acto todos los rumores y reinó sepulcral silencio donde antes imperaba estrepitosa batahola; hasta los mozos suspendieron sus tareas, deteniéndose á escuchar con recogimiento.

Todos se pusieron en pie, cada cual tenía en la mano derecha la ancha copa champañera, llena hasta los bordes. El prócer, de pie y provisto de copa como los demás, apoyaba en la mesa los nudillos de la mano izquierda.

Cerca de dos minutos permaneció sin decir palabra, como si meditase profundamente lo que iba á decir; después habló con pausadísimo acento, pronunciando las palabras muy lentamente, casi en secreto, é interrum-

piendo el discurso con intervalos de silencio, en los cuales contraía las facciones y parecía escuchar alguna voz interior.

Dijo que se congratulaba de haber asistido á aquella reunión, en la que había experimentado impresiones tan satisfactorias como placenteras; que aunque no merecía los conceptos en su honor vertidos, agradecíalos mucho; que él era entusiasta partidario de la prensa y su admirador ferviente; que la reputaba cuarto poder del Estado, que de joven fué periodista, y que en el más humilde gacetillero veía un Ministro posible, como Napoleón el Grande creía ver el bastón de Mariscal en la mochila de cada uno de sus soldados; que la prensa, cuando no cede á intereses mezquinos, ni es el órgano de pasiones desbordadas, debe ser para los gobernantes una especie de ninfa Egeria; y después de decir otras cosas por el estilo, concluyó, brindando por los presentes, agregando que tenía á mucha honra ser amigo de todos ellos.

Calló el oráculo político, después de haber hablado con desapacible y fastidioso tono un cuarto de hora largo. Apenas terminó, volvió á desbordarse el contenido torrente de ensordecedores aplausos, de ruidosas palmadas, de repiques de copas, de hurras y de bravos. Todas las manifestaciones estrepitosas de la aprobación hinchieron por más de tres minutos el reducido kiosco; vinieron después los plácemes en lo particular: el General López estrechó entre sus brazos al Ministro, diciéndole «muy bien,» cuatro veces, acentuando más la frase en cada vez; el Gobernador, hombre fornido y amigo de lucir sus fuerzas, le levantó en peso como si fuera un muñeco;

hasta el Chango y Torres le abrazaron, y Pacotillas, por no hacer un desaire manifiesto, se vió obligado á estrecharle la mano.

—Si ustedes lo tienen á bien, señores, —dijo el anfitrión, —tomaremos el café en el boliche.

—Usted manda aquí, —dijo el Ministro.

—Aquí y en todas partes obedezco á usted.

—Gracias.

Dirigiéronse al boliche; López y el Ministro pasaron los primeros cogidos del brazo, siguieron los demás.

El alto personaje dijo á su acompañante que le habían parecido muy simpáticos los jóvenes Robles y Torres, que los creía de porvenir y que le parecía bueno ayudarles; en cuanto al otro, aunque le creía de más talento que sus compañeros, le disgustaba por insociable y mal criado, ese no serviría de nada, y extrañaba que formara parte de la redacción.

El General convino en todo, agregando que en la primera ocasión se desharía de aquel muchacho soberbio é intratable.

Lo que quedaba de la tarde duró el juego de bolos, el General López ganó bastante; aunque se dejó ganar por el Ministro, para que éste no conservara mala impresión del banquete, se embolsó una ganancia líquida de seiscientos pesos.

A Guerrero, al Presidente y al Gobernador los desplumó sin compasión. Nada perdía en hacerlo con el Gobernador, que era garboso y fanfarrón, que jugaba para tirar el dinero y á quien daba lo mismo perder que ganar.

El General aprovechó muy bien el tiempo, obtuvo del

Ministro cuanto quiso, y dejó preparado el ánimo del potentado á nuevas concesiones; el feo semblante de López resplandecía de júbilo. Cuando á las seis de la tarde brillaba el Tívoli, dorado por los amarillos fulgores del sol que iba á ponerse, comparaba el General aquel jardín con un Pactolo desbordado, en que él nadaba como agilísimo pez. Frotóse las manos con satisfacción, recordó las concesiones alcanzadas, palpó la cartera henchida de billetes de banco, y murmuró:

—¡Gran día! Todos han comido y yo lo he aprovechado.

CAPÍTULO XII

Una noche agitada

Sobre el buró brillaba, esparciendo amarillenta luz, una vela próxima á acabarse; en torno de la vívida llama revoloteaba con tenacidad un alado insectillo, de esos que el lenguaje usual llama tan poéticamente palomitas de la vela. Reinaba en la alcoba un silencio completo, sólo interrumpido por la tranquila, suave y apacible respiración de una persona que dormía.

De pronto rasgó los aires el metálico son de cuatro campanadas, seguidas, tras breve silencio, de otras dos más graves. Era el reloj de Catedral que daba las dos de la mañana; la misma hora fué sonada, momentos después, por el reloj de Palacio; oyóse luego el vibrante y prolongado silbido del pito de los gendarmes.

La luz de la vela daba de lleno en el lecho de Pacotillas, en la orilla del cual estaba recostado el estudiante leyendo en un libro; á su lado, con la cara vuelta hacia la pared, y descansando sobre el lado derecho, dormia profundamente su linda compañera. La hermosa cabellera de la joven lucía sobre la blancura de las almohadas, como luciría en un campo nevado un haz densísimo de doradas mieses.

El rincón opuesto de la pieza, iluminado apenas por la vela, hallábase sumergido en una especie de crepúsculo, que impedía distinguir el contorno de los objetos situados en aquel sitio. En la pared á que se arrimaba la cama proyectábase, como caricatura grotesca, la negra sombra del estudiante.

Pacotillas, después de permanecer tranquilo un rato, cerró bruscamente el libro, saltó de la cama, calzóse, se fué á la pieza contigua, que se hallaba á oscuras, y se puso á pasear con celeridad, como si quisiese cansarse. Después de un rato volvió otra vez al lecho, tomó con aire aburrido un cigarro de los que tenía esparcidos sobre el *buró,* y lo encendió en la agonizante llama de la vela.

Esta agonizaba en efecto, el moribundo pábilo flotaba en el combustible derretido que llenaba el recipiente del candelero; la flama, como pecho agitado por estertor penoso, se dilataba repentinamente con ruidoso chisporroteo é inundaba la pieza con intensa iluminación, achicábase á poco, y los rincones se sumergían en medrosas oscuridades.

Pacotillas dió á su cigarro la primera fumada, su mirada indecisa clavóse de pronto en la hermosa cabeza de

Amalia, cuya cabellera fué como sobredorada un instante por uno de los fugaces crecimientos de la llama, tomando el rubio cabello tintes más vivos. El estudiante sintió un arranque repentino de ternura, besó suavemente aquellos finos cabellos, y murmuró:

—¡Pobrecita! ¿Por qué no me comunicas tu calma, así como me haces partícipe de tu dulce amor?

La llama, después de nuevos é instantáneos crecimientos, interrumpidos por desconsoladores menguantes, lanzó por un instante fulmíneo fulgor y apagóse, como agotada por aquel supremo esfuerzo.

La tétrica sombra llenó repentinamente el recinto de aquella pieza, en cuyos negros ámbitos brillaba como ígneo carbunclo el cigarro de Pacotillas.

—¡Qué fastidio! —pensó el estudiante,—ni siquiera me queda el recurso de leer, ó de engañarme creyendo que leo. Como no tomé cloral. Nada, no hay remedio; entreguémonos á merced del insomnio y luchemos cuerpo á cuerpo con sus rudas imágenes, como Jacob luchaba con el ángel.

Y se recostó en la cama, permaneciendo en la mayor quietud; sólo su brazo izquierdo movíase periódicamente, con movimientos de máquina, para llevar el cigarro á la boca; al aspirarlo, la lumbre pasaba del rojo oscuro al vivo, esparciendo tenue fulgor, que iluminaba suavemente el lecho y dejaba distinguir por un momento el quieto busto de la dormida Amalia.

El cigarro acabóse también, el estudiante lanzóle lejos de sí con un movimiento nervioso del brazo; la arrojada colilla trazó en el aire una parábola de luz, cayó en el

suelo produciendo un ruido seco, y la incandescente lumbre se diseminó en luminoso reguero de rojas chispas.

Una campanada del reloj de Catedral señaló las dos y cuarto, á poco el de Palacio dió la misma hora con monótona y pausada repetición, en seguida vibró melancólicamente el silbato de los gendarmes, todo quedó sumergido en el más profundo silencio. Pacotillas siguió en la postura que tenía al fumar, levantó hasta el cuello las ropas de la cama, cruzó los brazos, cerró los ojos, como si así le pareciese menos negra la oscuridad, y no opuso ya resistencia alguna á la desarreglada máquina de su cerebro, que fabricaba, á porfía, singulares imágenes y pensamientos descosidos.

No queda tan tenazmente grabada en el mármol la huella del cincel, como habían quedado impresas en su memoria las muchas y variadas sensaciones que experimentó en el banquete de ese día. Así como la cuerda sonora, después de producir el instantáneo sonido que le es propio, queda vibrando con rumor confuso; la vista y el oído de Pacotillas, después de haber experimentado las sensaciones del Tívoli, seguían reproduciendo confusamente aquellas impresiones y prolongándolas con un eco ó dejo duradero.

Parecíale oir todavía las carcajadas estrepitosas, las atronadoras exclamaciones, el cristalino retintín de las copas, el metálico son de platos y cuchillos, el golpear de la mesa, el palmotear de las manos y el patalear de los pies; y estos ruidos imaginados mezclábanse con desconcierto atroz, y resonaban en el insomne espíritu del joven

como resonaría un coro de discordantes voces en las bóvedas solitarias de un templo en ruinas.

Con la misma claridad que si en ese momento lo tuviera delante, volvía á ver cuanto vieron sus ojos ese día; pero lo veía revuelto, exagerado y estrambótico. Los ojos bizcos del General López se clavaban en él y se hundían hasta las más hondas profundidades de su alma; el rostro grave del Ministro, del cual recordaba sobre todo la cerrada barba, parecía perseguirle con ceño adusto; las expresivas gesticulaciones del Changuito y sus sonrisas empalagosas le obcecaban con tenacidad.

A veces aquellas imágenes de su fantasía exaltada se revolvían unas con otras, produciendo el más extraño efecto; aquellas reminiscencias de su vista se separaban de su sitio, y ocupaban el ajeno: las barbas del Ministro cubrían el lampiño rostro del Chango, ó el chirlo del General formaba grotesco relieve en las mejillas demacradas y pálidas del señor Guerrero.

Nunca había estado tan aburrido y tan contrariado como ese día, nunca tan exaltado, y á la par tan lánguido y desfallecido como esa noche. Sentía cansancio en el cuerpo, tedio en el alma, tenebroso vacío en la cabeza y opresión extraña en el corazón; á veces sentíase como fustigado por violentos arrebatos de vergüenza: se acusaba de haber pasado el día entre gente soez y depravada, temía haberse mancillado con su contacto, y sentía el rubor de la mujer honesta que, sin saber cómo, hubiera tomado parte en la cínica alegría de un corro de nauseabundas meretrices.

La suave respiración de su compañera daba pábulo á

sus escrúpulos; creíase manchado, juzgábase indigno de estar al lado de aquella niña de alma tan inmaculada, tan inocente, tan ignorante de las miserias del mundo; de aquella niña, que en la tranquilidad del hogar, era tan indiferente á las agitaciones y á las miserias de la vida como la perla encerrada en la concha lo es á las tormentas del salobre mar. ¿Por qué no la imitaba él? pensaba, ¿qué necesidad tenía de abandonar aquella compañía dulce y sana, para ir á rozarse con gentes desagradables, ásperas y corruptoras? ¡Ah! La vida es corta, están contadas nuestras horas, ¿por qué las derrochamos neciamente, cuando tan bien las emplearíamos al lado del ser amado, de quien mañana puede separarnos la muerte ó la desgracia?

Y así iban y venían por su fatigado espíritu las reflexiones acerbas mezcladas á los recuerdos punzantes, las emociones inquietas y las reminiscencias de su exagerada sensibilidad.

A ratos parecía suspenderse, y como paralizarse, la fecunda fantasmagoría de su mente, y la peregrina caterva de imágenes, suscitadas por el insomnio, quedaba en extraño reposo, que infundía al estudiante tanto enervamiento y languidez, cuanta excitación le había producido el atropellado movimiento de sus visiones. Entonces experimentaba una de las sensaciones más extrañas: creía que su cuerpo, sustraído á las leyes naturales, carecía de peso, y estaba suspendido sin apoyo alguno en medio de un ámbito sin fin, sin luz, en que se habían acallado todos los ruidos y acabado todas las existencias.

De súbito su dormida compañera respiró acelerada-

mente, rebullóse, cambió de postura, y exhaló un ¡ay! sofocado. Pacotillas, presa de grande agitación nerviosa, sintió vibrar en su alma aquel lamento; antojósele que Amalia sufría, que una fuerza incontrastable se la arrebataba, y que la niña lanzaba ayes desesperados al ser arrastrada lejos de él. Quiso el estudiante encender luz, estrechar á su compañera con todas sus fuerzas, y detenerla, desafiando al destino; mas se contuvo, y se conformó con palpar suavemente la sedosa cabellera de la joven.

Todo volvió á quedar en silencio, la respiración de Amalia recobró su tranquilo ritmo y acompasado murmullo; acariciando los oídos del joven, calmó sus nervios, y tranquilizó su exaltado espíritu.

Mas á poco la turba de imágenes, enfrenada un momento, volvió á emprender en la mente del joven, y con más furia que antes, el pesado y estrambótico desfile; los sucesos del día se le presentaron de nuevo exagerados, desfigurados y mostrando ciertos contornos con fatigosa persistencia.

Volvió á oir varias veces la campana del reloj, que cada vez le parecía más amenazadora, más siniestra, como si abriera tajos tenebrosos en la árida llanura de su existir. Ya habían dado las tres de la mañana, y el sueño no venía; corrían por el cuerpo del joven instantáneos bochornos, como si le bañase la bocanada de aire caliente que sale de un horno inflamado; dolores agudos y fugaces punzaban sus sienes, en ratos oía un zumbido continuo y lejano, sentía en el pecho el violento golpear de su corazón, que, como zapador oculto, parecía minar con fuertes barretazos el frágil organismo del joven.

El temperamento nervioso de Pacotillas, excitado hasta el extremo por los muchos incidentes que le contrariaron, por los manjares que había comido, que eran tan distintos de sus frugales y sencillos alimentos diarios, y exaltado por las muchas tazas de café que tomó en la tarde, le causaron aquellas horas de tenaz y abrumador insomnio.

De pronto su móvil fantasía llevóle á la contemplación de sí mismo, le inspiró melancólicos recuerdos y suscitó en él amargas zozobras para el porvenir. Recordó con amargura los años tranquilos de su niñez, cuando el mundo le parecía tan hermoso, la tierra tan fértil, tan luminoso el cielo, la vida tan bella, las gentes tan buenas; esos tristes recuerdos produjeron en su ánimo una explosión de sentimientos tiernos.

La respiración de Amalia volvió á agitarse, le sobrevino un acceso de tos, cuyas sacudidas sonaron vibrantes, conmoviendo aquel silencioso recinto, en que yacían, uno al lado de otro, el sueño y el insomnio.

Los relojes públicos dieron las cuatro de la mañana, el prolongado y estridente silbido de una máquina de vapor resonó en los aires; á veces se oía el estruendoso ruido, producido por el paso de grandes carros, que hacían cimbrar las casas con su pesado rodar.

El alma del estudiante, doblegada por la rígida mano del insomnio, seguía abierta de par en par al tropel de extrañas imágenes y de confusas y revueltas visiones; pero ya no reproducían las escenas del día, sino que representaban episodios de sus estudios médicos. La tétrica sala de un hospital desarrollaba, ante la mente de

Paco, el desolado panorama de sus paredes cenicientas, de su techo pesado de grandes y negras vigas, de su recinto mal iluminado por dos lámparas de petróleo, que colgaban del techo, y esparcían amarillentos y melancólicos fulgores, semejantes al reflejo de teces enfermizas.

En la imaginación de Pacotillas se dibujaban con precisión extraña las camas de hierro de los enfermos arrimadas á las paredes; levantando el miserable cobertor, distinguía los bultos de los doloridos cuerpos, que le parecían los relieves de tierra cenicienta que indican los sepulcros. El aire de la triste sala estaba impregnado de distintos malos olores: el punzante del yodo, el acre de la mostaza, el soso y nauseabundo de los aceites medicinales. Sones medrosos poblaban el recinto nefasto; ayes sofocados, gemidos penetrantes, agudos quejidos y estertores ruidosos, ofendían el oído y afligían el alma, formando la desapacible sinfonía del dolor físico.

Aquel cuadro horrible fascinaba la mente del joven. A través de las toscas sábanas y de los burdos cobertores veía los cuerpos demacrados y huesudos de unos enfermos, y los hidrópicos é hinchados miembros de los otros.

De repente figurósele que el triste salón cambiaba de forma, vió con claridad que tomaba una apariencia circular, en cuyo centro estaba colocado él; vió que las camas de hierro se convertían en sillones, de piedra gris los unos, de veteado mármol los otros, de amarillentas y musgosas rocas los demás; vió que las ropas de la cama de cada miserable se convertían en ligaduras de diversa sustancia, de distinto grueso y de variada configuración.

Unas habíanse trocado en ásperas cuerdas, otras en férreas cadenas, y todas retenían á las víctimas en sus duros y fríos asientos.

Allí estaban los enfermos, mostrando íntegro el repugnante y dolorido cuadro de sus miserias y desnudeces; sus pieles ictéricas ó veteadas por ramificaciones de gruesas venas, ó carcomidas por cárdenas y profundas úlceras, ó levantadas aquí y allá por feos tumores, ó sembradas por millares de asquerosas pústulas.

Atónito el estudiante, y sintiendo repugnancia y asco, volvió la cara al lado opuesto, y vió con terror que, sobre el círculo de abajo, había aparecido otro círculo de sillones de piedra, en que se hallaban encadenadas otras víctimas, más miserables, si cabe, que las primeras. Estas tenían los miembros torcidos y desfigurados, encorvados los troncos, y deformadas las espaldas con horribles jorobas.

El estudiante transido de pavor giró sobre sus talones, para volver la cara al lado opuesto, en donde vió con horror que había tres círculos sobrepuestos y paralelos de infelices víctimas; en el más alto se hallaban desdichados en cuyo cuerpo se veían multitud de hondas y amoratadas heridas, que vertían hilos de babosa y negruzca sangre.

Sintióse el estudiante presa del vértigo, y comenzó á dar vueltas sobre sí mismo, para evitar aquel horrendo espectáculo; mas á cada vuelta que daba el horrible circo se enriquecía con una hilera más, poblada por seres más miserables aún. Diversas mutilaciones, espantosas monstruosidades, cuerpos de cabeza doble ó triple, desplegaban

en los horribles círculos su extraña y anómala configuración.

Mas no se distinguían los rostros de aquellos infelices. De súbito, con pasmo del estudiante, aquellos enfermos y miserables seres, como iluminados por una luz interior, mostraron sus fisonomías, y vió Pacotillas con mayor pasmo, que aquellas fisonomías revelaban júbilo, que aquellas bocas sonreían, que aquellos ojos irradiaban. Formando hórrido contraste con las carnes enflaquecidas, con las llagadas pieles, con los miembros hinchados, veíanse sonrosadas teces, dentaduras blanquísimas y facciones juveniles.

El aire estaba henchido de frescas voces, de carcajadas alegres, de ruidosas demostraciones de júbilo. Oíase el grato susurro de conversaciones festivas, el agradable rumor de animada charla, el suave cuchicheo de voces que comunican placenteros sucesos; las ásperas ligaduras se han convertido en floridos lazos; pero los cuerpos enflaquecidos se demacran más, los huesos amenazan rasgar la tendida piel y salir al aire, los cuerpos hinchados se hinchan más, y más se desfiguran los cuerpos deformes, y las llagas son cada vez más hondas y asquerosas, y las pústulas más grandes y apretadas.

El vértigo del joven cesa, aquel espectáculo absurdo acaba por picar su curiosidad; cree hallarse en un recinto más vasto, más concurrido y más alto que el Coliseo de Roma; las graderías suben, una sobre otra, hasta perderse de vista, hasta llegar al cielo; cielo de color plomizo, que parece una manta mojada. Y en esas graderías se apiñan seres de cuerpo enfermo y rostro sano, de cuerpo

dolorido y alma alegre; y mientras que los asquerosos cuerpos manifiestan todas las miserias, se esplayan en los festivos rostros todas las alegrías.

Un detalle singular llama la atención del joven: de cada boca ve exhalarse un vapor tenue y sonrosado, que asciende en hermosas espirales, que después se condensa, formando anillos rojos, que acaban por trocarse en hermosas esferas, semejantes á los globos de goma con que juegan los niños. El estudiante sigue con la vista aquella ascendente procesión de esferas rojas, que, al chocar unas con otras, estallan, produciendo luminosas cascadas, radiantes regueros, lluvias de brillantes chispas, llamas azules y verdes, como si el cielo estuviese cubierto por la simultánea explosión de innumerables fuegos artificiales.

Admírase el estudiante de encontrarse solo en la arena de aquel inmenso, poblado y estrambótico circo, y corre en diversas direcciones, pero siempre permanece en el centro. De repente, siente con toda claridad que el suelo se levanta, que se va convirtiendo en una especie de cono, más elevado cada vez, cuyo ápice ocupa el joven. El levantamiento sigue y sigue, y el absurdo circo, sin derrumbarse, sin caer, sin trastornarse en lo más mínimo, sin que los seres que lo llenan interrumpan sus conversaciones ni noten el cambio, se ha ido volteando al revés, por decirlo así, de modo que las graderías se han trocado en faldas de la cónica eminencia, estando en éstas arriba los círculos que en aquéllas estaban abajo, y viceversa.

Se había efectuado otra metamorfosis extraña: aquellas gentes no estaban ya sentadas en duros asientos de piedra, sino en cómodas y elegantes sillas; y delante de cada

persona había una mesita cubierta de apetitosas viandas y de brillantes copas, rebosando efervescentes licores. Los comensales reían alegremente, y comían con indecible voracidad, produciendo sus mandíbulas un ruido insoportable y uniforme, semejante al de tupida granizada cayendo en una techumbre de zinc.

Y el estudiante seguía de pie en la cima de aquella montaña, y en medio de aquel estrepitoso festín; oía el rumor de las voces sin poder distinguir las palabras; y veía claramente las facciones, pero no se hacía cargo de los rostros. Estaba en la cumbre de la montaña, como antes en el centro del anfiteatro, y por más que quisiera bajar la pendiente, por más que anduviera, por más que corriera, la cima estaba siempre debajo de sus pies, como si toda la montaña anduviera ó corriera con él.

De pronto comienza á verificarse un nuevo cambio: ensánchase visiblemente la base de la montaña, disminuye la pendiente de sus redondas faldas, deprímese poco á poco la alta cumbre, hasta que la eminencia acaba por transformarse en una vasta planicie circular, en que las hileras de aquellos raros comensales formaban circunferencias concéntricas, como las que forma el agua de un estanque en derredor de la piedra que cae en él. Y los concurrentes á aquel festín fantástico seguían comiendo alegremente, y seguía oyéndose el confuso rumor de sus charlas y el estrepitoso masticar de sus mandíbulas.

El movedizo suelo no se detuvo, sino que el centro de aquellos círculos del cual el joven no podía apartarse, comenzó á deprimirse poco á poco; el terreno circundante, participando del hundimiento, aunque en menor es-

cala, comenzó á formar pendientes suaves hacia el lugar ocupado por Pacotillas. Acentuándose cada vez más tan singular fenómeno, llegó á hallarse el joven en el fondo de un embudo, ó cono invertido, cuya altura crecía á cada momento, á medida que se estrechaba su base, y que su área lateral se enderezaba más y más. La alegre muchedumbre, que poblaba aquella especie de vorágine, seguía comiendo llena de regocijo y ansiedad, y permanecía indiferente á los cambios radicales del lugar en que estaba.

Siguió el extraño hundimiento, hasta que el cono se volvió altísimo cilindro, hondísimo pozo, en cuyo fondo quedó sumergido el estudiante, envuelto en las más densas tinieblas; en torno suyo se levantaban hasta una inmensa altura las verticales paredes de aquel cañón horrible. Allá arriba, á grande altura, se distinguía, como un disco pálido, el corto pedazo de cielo que podía verse por la lejana boca del oscuro y profundo pozo.

No se veían ya los convidados, pero se oía, y más estrepitoso que antes, el discordante ruido del festín. Paco empezó á sentir una congoja extraña. El ruido de las copas, el chasquido de los platos, el choque de los cubiertos, las ruidosas risotadas se multiplicaban y engrandecían al repercutir en los cóncavos senos de la tenebrosa profundidad. Paco sintió que un hálito frío bañaba su cuerpo, que su piel se horripilaba y se erizaban sus cabellos.

De súbito la hórrida cavidad del pozo se iluminó con pálida claridad. Paco vió, con espanto, que las siniestras paredes del pozo estaban cubiertas por grandes piedras

oscuras y salientes, de las cuales escurría negruzco y pegajoso líquido.

En las salientes de las innumerables piedras, sentábanse los convidados de antes, convertidos en blancos esqueletos, que levantaban en alto el brazo izquierdo, de cuya extremidad brotaban rojizas llamas. El festín seguía, pero ahora la calavera de cada convidado roía el esqueleto de la mano derecha, produciendo un crujido estridente y espantable de huesos quebrantados, que aterró al estudiante, bañándole en sudor frío y helándole la sangre.

Horrorizado por tal espectáculo quiso lanzar gritos de desesperación, pero la voz se ahogaba en su garganta como si una mano de hierro se la comprimiera; sentía en el pecho una presión enorme, como si se hubiese enroscado en él una serpiente colosal.

Las calaveras, como si notaran las angustias del joven, clavaron en él las negras órbitas, sorprendidas al parecer, y en seguida volvieron á roer tranquilamente la mano descarnada.

El joven sentía ahogarse, le oprimía horrible angustia, aquellos esqueletos parecían congelar su sangre. De repente oyó que una voz del cielo le llamaba por su nombre, sintió que unos brazos cariñosos le sacaban de aquel antro de horror, pudo al fin respirar. El pálido fulgor del alba acariciaba su retina, y bañado de sudor frío y con el cabello erizado aún, despertó en brazos de su hermosa y querida Amalia.

CAPÍTULO XIII

Mercedes la tapatía

Era una mujer robusta, fresca, garbosa, arrogante, llena de gracia y simpatía; tenía veintiocho años, estaba en esa edad en que la mujer llega al apogeo del desarrollo corporal y adquiere cabal redondez de formas y completa soltura de movimientos. Mercedes parecía el deseo hecho carne; no era muy bonita, pero sí muy bella; su belleza era del género plástico y sensual é irradiaba en su tez fresca y en sus tibias y palpitantes carnes. Su piel era de un color moreno, limpio y uniforme, de suaves tonos y aterciopelados matices; sus ojos eran grandes, negros y llenos de dulzura, atenuando así el aire de dureza que las negras y pobladas cejas tendían á dar á su fisonomía; largas pestañas orlaban sus párpados, dando languidez á su mirada; los labios de Mercedes eran gruesos, carnosos, y se movían con gracia indescriptible cuando los animaba la conversación ó los contraía la risa.

La risa era lo que más la favorecía: entonces su cara parecía irradiar, y lucía en todo su esplendor su dentadura blanquísima, formada de diminutos dientes. Su estatura era alta, y la robustez de sus hombros y el desarrollo de su busto imprimían á su cuerpo la majestad de una Juno.

En su mejilla derecha había un lunar negro que le agraciaba mucho, que era el deleite de sus apasionados,

que había inspirado coplas á más de un poeta, y había sido el depósito de los besos ardientes de más de un amante.

Como lo advertía su apodo, era nativa de Guadalajara. Había nacido y crecido en aquella ciudad hermosa, y había en su trato la jovialidad, la graciosa desenvoltura y la viva simpatía que es propia de las hijas de aquella tierra.

El alma de Mercedes había apurado la hez de varios desengaños, y su tierno corazón había sufrido crueles heridas. La situación en que estaba no era ciertamente la honesta, en que ella soñó á los quince años, mas pasóle lo que á otras: fué más desgraciada que culpable, y la víctima de desgracias propias y faltas ajenas.

Sus padres eran gente de trueno, y de lo que menos se curaron fué de la educación de aquella pobre muchacha, que, para su mayor desgracia, nació inclinada al bien, dotada de alma noble y generosa y de índole sencilla y apasionada.

Allá por el año de 1872 los padres de Mercedes tenían una cantina en uno de los barrios más populosos y alegres de la metrópoli jalisciense. Aquella cantina atraía un número crecido de parroquianos de buen humor, zumbones y despreocupados, que iban allí en busca de solaz y esparcimiento, seducidos por las excelencias del tequila y deslumbrados por el fulgor tropical de los lindos ojos de *Merchi*, como llamaban cariñosamente á la linda Mercedes, que en la primavera de los diez y seis años, lucía entonces, en su persona, todo un florido vergel de

Los padres de la muchacha, á fuer de mercachifles, no pensaban más que en el auge de la casa, cimentado en el regocijo de los consumidores. Era necesario contentar á los marchantes, tener grata á la parroquia, y como la tal parroquia gustaba mucho de la bella *Merchi*, la pobre chica, mal de su grado muchas veces, tenía que dar tertulia á los bebedores de aguardiente, escanciándoles el brebaje y soportándoles á menudo sus patochadas y dicharachos.

La cantina solía cerrarse á las once de la noche, mas era común que un grupo de parroquianos íntimos siguiera bebiendo á puerta cerrada y festejando las gracias de la muchacha. Entre otras habilidades, la chica punteaba la guitarra con maestría y cantaba con voz dulce y melodiosa.

Sucedía no pocas veces que la tertulia de media noche se convertía en concierto vocal é instrumental, en que Mercedes hacía el principal gasto, entonando con su dulce voz cantatas de la tierra, melancólicas y sentimentales unas veces, y otras chispeantes y alborotadoras.

Entre los tertulianos había algunos estudiantes, y la niña tuvo la desgracia de enamorarse perdidamente de uno de Medicina, mocetón de veinticuatro años, que estaba á punto de concluir su carrera, y la desdicha, aun mayor, de haber escogido muy mal el objeto de su amor, pues su novio no buscaba en los amores de Mercedes más que diversión y pasatiempo, tomándolos á la ligera, y deleite exquisito y barato tomándolos en serio.

Por desgracia, siguieron este último curso. El afortu-

nado galán fraguaba para el porvenir planes muy distintos de los que podían convenir á la inocente Mercedes. Era de una familia rica de Ciudad-Guzmán, y esperaba recibirse, para ir á casarse á su tierra con una muchacha más rica que él.

Como lo pensaba lo hizo; apenas se recibió, fuése por la posta, y ojos que te vieron ir... La chica sufrió lo que no es decible por tan cruento desengaño, perdió su buen humor, su encantadora alegría y hasta su buena salud; su voz, apacible y fresca, cantaba pocas veces, como no fuera para entonar canciones desgarradoras como la negra pena que devoraba su alma.

Pasaron dos años y el tiempo ejerció en Mercedes su saludable influjo. No había olvidado, pero se resignaba; accesos de ruidosa alegría solían interrumpir su melancolía habitual, y la excelencia de su temperamento acabó al fin por sobreponerse al dolor. Se repuso, sus formas recobraron la antigua redondez, sus mejillas volvieron á lucir la frescura de otros días, y el velo de tristeza que amortiguaba su mirada fué poco á poco rasgado por placenteros fulgores.

Entonces le tocó á ella inspirar, sin pretenderlo, una pasión de buena índole; se prendó de Mercedes un capitán de caballería, que poco á poco fué conquistando la voluntad, ya que no el amor, de la muchacha. Esta, que llevaba en su corazón la honda huella de su pasión funesta, desoyó por mucho tiempo las tiernas insinuaciones del Capitán, el cual se condujo con tal tino y con delicadeza tal, que Mercedes acabó por darle oídos, no obstante el propósito que había hecho de no hacer caso

de ningún hombre, pues en todos veía poco menos que monstruos falaces y traidores.

A medida que el Capitán se enardecía, la moza se domesticaba; y como la solicitaba por la buena, acabó ella por decirle que jamás le daría el tan requerido «sí» por haber para ello un obstáculo insuperable. Como era consiguiente, se obstinó el Capitán en que le dijera qué obstáculo era aquel, y ella entonces, entre reticencias, pucheros y lágrimas, le reveló el amor pasado, lo del susodicho estudiante, y la mancha que el tal amor dejara como indeleble estigma en la persona y honra de Mercedes.

Por lo pronto hizo mal efecto al pretendiente aquella revelación, mas pensándolo mejor y espoleado por la pasión, le encantó la lealtad de Mercedes y le conmovió su desgracia. Renovó, pues, sus pretensiones con tal porfía, que vencidos por fin los últimos escrúpulos de Mercedes, llegó á ser á los dos meses la esposa legítima del bravo Capitán.

La joven fué inagotable manantial de ventura para su marido, á cuyo hogar llevó la lozana alegría de su festivo carácter. Sentía por aquel hombre una estimación profunda, cimentada en la gratitud y fortalecida por las excelentes dotes, que, á influjo del cuotidiano trato, en su marido descubría. Agradecíale mucho que, sabedor de su falta, la hubiese tratado con el decoro y honestidad que si hubiera sido inmaculada; agradecíale mucho que hubiese abierto ante ella las puertas de un hogar honrado, escudándola, con el antemural de un afecto legítimo, de las asechanzas á que su juventud, gracia y belleza tan frecuentemente la exponían.

Propúsose consagrarse del todo á hacer la felicidad de su marido. El había logrado conmoverla, refiriéndole su historia, no escasa en desventuras, dándole á conocer un pasado lleno de soledades sombrías. Hablóla de la horfandad y desamparo de sus primeros años, de los trabajos que pasó en su adolescencia, de las dificultades con que conseguía un triste mendrugo de pan. Muy bien conocía él la miseria y las humillaciones á que expone. A los diez y seis años ya había sido criado en varias casas, mozo en algunas tiendas y aprendiz de no pocos oficios.

Mas en nada había podido fijarse: á los veinticuatro años era cajista en una imprenta; entonces le sedujo la carrera de las armas, tomó parte en la campaña contra franceses é imperialistas, militando en el ejército de Occidente. Con el grado de teniente concurrió al memorable sitio de Querétaro, y al triunfar los republicanos ascendió á capitán.

Divertía á Mercedes contándole episodios de sus campañas: había caminado por varios Estados de la República, conocía el de Jalisco como si fuera su propia casa, había estado de guarnición en muchas poblaciones de importancia y en la misma capital de la República.

Mercedes se extasiaba cuando su marido le hablaba del mar y de México. «Figúrate, le decía, una infinidad de agua que se extiende por todos lados hasta perderse de vista, allá lejos, muy lejos, donde se junta con el cielo, que, poco á poco, ha ido bajando hasta confundirse con ella. Esa inmensidad de agua está constantemente alborotada por olas, que se agitan sobre ella, sin que se sepa de dónde vienen ni adónde van; aquello es como un her-

videro, como una continua aparición y desaparición de montoncitos de cristal. Mas cuando el mar se embravece los montoncitos de cristal se vuelven montañas, masas espumosas y amenazantes, que chocan unas con otras con un fragor que aturde, como el estruendo de cien cañones disparados á un mismo tiempo.»

Hablando de México, le decía: «Es una ciudad más grande y más bonita que Guadalajara. ¡Si vieras el lujo de la calle de Plateros, los muchos coches del paseo de Bucarelli, y el orden con que desfilan; si vieras la mucha gente que se junta en el mercado del Volador, que está á un ladito de la plaza, y los paseos de Santanita, adonde van, bogando por el canal, muchas grandes canoas llenas de inditas é inditos, que á los sones del arpa y coronados de flores bailan el jarabe!»

Otras veces le contaba sus grandes desengaños: al terminar el sitio de México tenía él veintiséis años, entonces se enamoró por vez primera de una muchacha que le pagó del modo más cochino. Ya había dado todos los pasos para casarse con ella, cuando su novia se volvió ojo de hormiga; se había dejado seducir por un rico, prefiriendo la dorada infamia á la dicha honrada y modesta que él la ofrecía.

Mercedes pasó al lado de su esposo dos años, que, según ella recordaba después, fueron los más tranquilos y apacibles de su vida. La muerte le arrebató á su compañero, dejándola viuda y madre de una niña de seis meses. Aquí empezó para esta pobre mujer un período infelicísimo, en que no la seguiremos; baste decir que la suerte inexorable quebrantaba sus mejores propósitos, que ya no le fué

dado consagrarse á un solo hombre, sino que entregada de lleno á una vida azarosa, sufrió en su dignidad heridas tan crueles como las que antes recibiera en su corazón.

En este triste período, su modo de vivir estaba sujeto á frecuentes alternativas. Cuando daba con un amante liberal vivía con cierto desahogo, mas terminaban las pasajeras relaciones, unas veces por cansancio de él, otras por disgusto de ella; y entonces luchaba cuerpo á cuerpo con la miseria, hasta que vencida y agobiada tomaba un amante nuevo, por más que cada vez que quebrantaba sus relaciones, formara el firme propósito de morir de hambre antes que contraer otras.

En esos luctuosos días se rompieron para ella todos los lazos de afecto. Murieron sus padres, murió la chiquita que le había quedado como recuerdo de los serenos días de su felicidad, y sin ser alguno que la amara ni á quien amar, quedó su alma destrozada y sin esperanza de días felices.

Recordaba con amargura los sucesos que poco á poco fueron haciendo miserable su vida, y estrechando sus horizontes. Cuando cayó la primera vez fué á impulso de la impetuosa pasión que sentía. No se arrepintió de esta falta, ni aun la tuvo por tal, lamentando sólo la ingratitud del que la indujo á ella. Su segundo amor la rehabilitó, fué la página blanca de su historia.

La tercera vez... ¡Ah! fué su primera vergüenza, entonces cayó en el lodo, y quedó en su alma una mancha tan indeleble, como la ensangrentada que mancilló las manos de Lady Macbeth; en esa vez cayó por olvido, por

ofuscación, por hastío, ¿quién sabe? tal vez por impulso sensual é irreflexivo de su naturaleza ardiente.

Después... ni recordarlo quería; le tocó recorrer la vía dolorosa de la degradación y del envilecimiento, y la había recorrido cayendo y levantando, y cada caída, aunque era más afrentosa, le dolía menos, pues su sensibilidad iba poco á poco embotándose.

Primero había pertenecido á hombres amados ó amantes; ahora pertenecía simplemente á hombres que la tomaban en alquiler. Uno de tantos la trajo á México, al principio la gran ciudad proporcionó impresiones nuevas á su alma encallecida, despertando también en ella el amargo recuerdo de su honesta vida conyugal.

En una de las temporadas en que la pobre mujer estaba desalquilada, y sufriendo los horrores de la miseria, se encontró con el General López; vióla éste en la calle, y quedó prendado de su garbo, y de la arrogancia y soltura de sus movimientos.

El General, tan entendido en negocios como en mujeres, comprendió que Mercedes era presa á su alcance y bocado de exquisito sabor. La siguió un rato, deleitándose con los movimientos de Mercedes, como hubiera podido deleitarse con el gallardo trote de un caballo hermoso.

Después, sin perderla de vista, llamó á un cargador que le pareció inteligente, y capaz de acometer una empresa delicada; y, dándole una moneda de á cuatro reales, le dijo:

—Vas á seguir á aquella mujer, no la pierdas de vista; ¿me entiendes? cuando conozcas que ha entrado á

su casa te fijas en las señas, y con la portera ó con quien puedas te informas de las condiciones y de cómo vive esa señora; ¿me entiendes? y cuando lo hayas averiguado vas al oscurecer al Hotel Humboldt, preguntas por el General López, que soy yo, me das las noticias, y según sean te daré una gratificación lo menos de dos pesos.

—Está bien, patrón, — contestó el cargador.

Y como hábil sabueso echó á andar en seguimiento del hermoso animal, en cuya pista se le había puesto. Mercedes, que sólo había salido á dar una vuelta, regresó pronto á su casa, que era una gran vecindad de la calle Ancha, en la cual ocupaba una vivienda baja y miserable.

No tuvo dificultad el cargador para desempeñar su encargo: entró al cuarto de los porteros, pretextó estar fatigado, y pidió licencia para descansar un rato; fuéle dada y se acurrucó en un rincón. Era cerca del mediodía, no tardó en llegar el marido de la casera que era aguador, el cual puso en el suelo el pesado chochocol y el cántaro, y se tiró en un petate, quejándose de calor, cansancio y sed.

—Si el *vale* quiere, —dijo el cargador, — iremos á la esquina á echar una chica.

—¿Por qué no, manis?—contestó el aguador, que con tal oferta olvidó el cansancio, poniéndose presurosamente en pie.

—Pues vamos andando, —dijo el que había invitado, —ahí le dejo mi mula, —agregó, saliendo por delante, dirigiéndose á la casera.

El aguador se encasquetó su cachucha, el cargador se

puso el ancho sombrero de petate, que había tenido cogido con las dos manos. Se dirigieron á una pulquería llamada «Las gracias de las preciosas,» que ostentaba en sus paredes pinturas chillonas, representando bailarinas, que hacían piruetas y cabriolas.

—Eche dos chicas de pulque, vale, —dijo el cargador al entrar.

El encargado del expendio puso en el mostrador dos grandes vasos llenos del blanco líquido. El aguador bebió con ansia un poco más de la mitad.

—*Merezcasté* más, —dijo el cargador que había apurado todo su vaso.

El aguador no se hizo de rogar, apuró lo que quedaba y dijo:

—*Munchas* gracias, vale, ahora *tomarasté* conmigo y con mi *siñora* el chile y los frijolitos.

La invitación fué aceptada, y un cuarto de hora después el aguador, su mujer y el convidado saboreaban las tortillas, el picante y los frijoles; mientras que un jarro de abultado vientre, lleno de pulque, pasaba de mano en mano, dejando parte de su contenido en las fauces de cada uno.

Un perro corriente, legañoso y de oscuro pelaje, estaba cerca de ellos, y seguía con ojos ávidos los movimientos de las manos. A poco todos eran de confianza, el cargador comenzó con aire indiferente á hacer preguntas sobre los vecinos en general, y luego sobre la persona de quien quería tomar informes.

Adquirió cuantos deseaba; la portera, entre bocado y bocado, le fué diciendo: que aquella señora era muy

buena persona, que era de Guadalajara, que se llamaba Mercedes, que vivía allí hacía cuatro meses, que la había llevado un señor decente que le daba todo lo necesario, y que la puso en una de las viviendas de arriba; que la niña Mercedes era muy buena, que ella (la portera) le hacía los mandados cuando no tenía criada, que algunas veces la encontró llorando, y que ella (la portera) le preguntaba con maña, no por meterse en vidas ajenas, sino por consolarla; pero que la niña era muy callada y nunca le pudo sacar palabra; y en fin, para no hacer el cuento largo, que el señor y la niña Mercedes se enojaban muy seguido, hasta que uno de tantos días, en que se disgustaron *muy fuerte*, el señor no volvió.

Que la pobre niña empezó á pasar trabajos, que se pasó á una vivienda de abajo que era de las más *fieras*, que fué vendiendo poco á poco todos sus trebejos, que un día vino un gachupín, dueño de un bazar y empeño de la calle de San Juan, y que por una miseria que le dió se llevó hasta el catre; que ella (la portera) le empeñaba casi todos los días algún trapito; pero que se le *afiguraba* que ya no le quedaba más que lo encapillado; que á ella (á la portera) le daba mucha lástima, y que algunas veces ni le quería recibir el *claco* del mandado.

Y que la niña era muy buena, muy hacendosita, muy metida en su casa, que no tenía entrantes ni salientes, que no se metía con alma nacida y pasaba sus trabajos calladita la boca.

Y así, charla que charla y bebe que bebe, pasaron aquellas buenas gentes casi toda la tarde. El cargador, queriendo corresponder á la amable hospitalidad que se

le brindó, fué varias veces á la pulquería á llenar el jarro; á las cinco se despidió, muy satisfecho de su diplomacia, y se fué á esperar al patrón para darle cuenta de su encargo. El General López llegó á eso de las seis, el cargador se le acercó quitándose el sombrero, y, cogiéndolo con las dos manos como si fuera una bandeja, le dijo:

—Aquí estoy, mi jefe.

El General lo llevó á su cuarto, y escuchó con grande interés los informes que esperaba; los cuales le dejaron muy satisfecho, pues puso cuatro duros en manos del cargador.

—Gracias, patrón,—contestó éste;—cuando algo se le ofrezca, me manda buscar á la esquina de la Merced, no más que pregunten por el viejo Antonio.

El General estaba radiante, su buen ojo no había fallado; sospechó que aquella guapa hembra era de historia y los hechos comprobarou su .conjetura. Con su peculiar actividad lanzóse á la conquista de aquella hermosa, que á los quince días era propiedad del General López, quien la tomó á su cargo, por su cuenta y riesgo, y durante un tiempo indefinido.

CAPÍTULO XIV

Buena fortuna de Patillitas

Esta era una casita entresolada y mona, con sus dos ventanas enverjadas, con alegre fachada vuelta al Oriente, sus macetas en el patio, su cadena, picaporte y cam-

panilla en la puerta del zaguán, y situada en la calle del Carmen. En la cual casita pasaba las monótonas horas de su vida, desde que era prenda del General López, nuestra conocida Mercedes. Si creyéramos á pie puntillas en cierto refrán, el hombre á cuyo tierno yugo estaba sometida la tapatía debía ser excelentísimo, pues poseía las tres efes, siendo como era feo, fuerte y formal.

La pobre mujer contrajo aquellas relaciones, por los mismos motivos que la habían inducido á admitir otras. El General, después de haber tenido con ella varias entrevistas en que desplegó su acostumbrada diplomacia, propuso las bases del convenio, que no podían ser más sencillas.

El atendería á las necesidades de Mercedes, y ella había de serle complaciente y fiel.

—Señora, —le dijo, cuando hubo llegado el momento de hablar en plata, —ridícula fuera mi pretensión, si yo aspirara al amor de usted; peino los sesenta, y usted de fijo no llega á los treinta; soy tan feo como usted hermosa, mas no por eso dejo de ser sensible á sus encantos, y en cambio de los pequeños servicios que le ofrezco, no le pido más que su condescendencia, rogándole encarecidamente, que lo que tenga á bien concederme, lo haga mostrando buena voluntad, que yo procuraré ser lo menos molesto que se pueda.

Mercedes, después de los escrúpulos y resistencias de cajón, después de mostrarse indignada por aquellas insolentes proposiciones, acabó por aceptarlas, y por admitir aquel amante, que, casi casi, le parecía tan feo como el hambre y la necesidad.

Aprobado el proyecto en lo general, como se diría en lenguaje parlamentario, tratóse de fijar lo concreto y detallado de la nueva vida, pues placía mucho al General dejar todo como un pelo, para que nadie se llamase á engaño.

Dijo que era muy natural que le exigiera fidelidad, pero que, como trataba con una mujer leal, no le imponía trabas de ninguna especie, y la dejaría ir y venir, entrar y salir siempre que ella quisiera. Que él era hombre muy ocupado, que tenía repartido todo su tiempo, y que, tanto por eso, como por molestarla lo menos posible, se imponía el sacrificio de no gozar de su compañía más que un rato por la noche, y eso no todos los días; y para que ella no le esperase inútilmente, tuviera entendido, que si al dar las ocho no llegaba, ese día ya no había de ir.

Salvo lo repugnante de aquellas relaciones, consideradas en sí mismas, el arreglo no le pareció á Mercedes tan mal; á lo menos no estaba obligada á soportar largos ratos la compañía de aquel tipo.

Instalóse, pues, en la casa que hemos indicado, compró los muebles más indispensables y comenzó la nueva vida. Entretenía, como le era posible, las largas horas de sus días solitarios: unos ratos salía á vagar, otros á las iglesias, y otros se quedaba en casa, entretenida con alguna labor, ó leyendo una novela, ú oyendo la cándida conversación de una muchacha que tomó á su servicio; también cantaba de vez en cuando, acompañándose con la guitarra.

Por las tardes se divertía un poco más, ó, por mejor

decir, se fastidiaba menos. Solía pasarse las horas muertas asomada á la ventana, á ello la invitaba la favorable orientación de la casa, en cuya fachada no daba el sol de tarde. Distraíala el ir y venir de los transeuntes; gustábale fijar la vista en la acera de enfrente, vivamente iluminada por los rayos del sol; placíale oir las voces y ver las fachas de los mercaderes ambulantes; á veces daba pasto al ocioso vagar de su espíritu, forjando distracciones pueriles, tales como contar las gentes que entraban á la tienda de la esquina, las que pasaban fumando, ó los jinetes que, en una dirección ó en la opuesta, por la concurrida calle discurrían.

Menos llevaderas le parecían las horas cuando, como le sucedía á menudo, la asaltaban en confuso tropel recuerdos tristes, y se desataba en su alma la diabólica máquina de melancólicos y enmarañados pensamientos; cuando se acordaba de su alegre y juguetona infancia, de su sonrosada y soñadora adolescencia, interrumpida tan brutalmente, y seguida por azarosa y desordenada juventud.

Estas reflexiones tan naturales en su situación triste é incierta, pues se veía condenada irremisiblemente á pasar de unos brazos á otros, producían en ella extraños é iracundos arrebatos. En tales momentos no era raro que sintiese aversión hacia la memoria de sus padres, seres sin principios ni educación, que, cegados por su codicia de mercaderes, la expusieron á tantos peligros.

Más amargas eran aun sus reflexiones, cuando se comparaba con otras conocidas suyas y compañeras de sus días puros y felices. La mejor valdría, cuando mucho,

tanto como ella; y ¡qué distinta suèrte les cupo! una de ellas, Anita, muchacha de su misma edad, se había casado con un hombre de muy buena posición, que le daba una vida excelente, y la había rodeado de consideraciones y comodidades. Otra, Pancha, bastante fea por cierto, cacariza y llorona de un ojo, se había casado también; es verdad que su marido era viejo, pero, en fin, Pancha no tenía otra salida, y ya casada, nunca pasó hambres ni desnudeces, y, sobre todo, Pancha no habría sufrido el envilecimiento de ser prenda alquilada de hombres que le fueran indiferentes, cuando no antipáticos y repugnantes.

El mal humor de Mercedes aumentaba á medida que la tarde iba cayendo, que el sol se ponía, que el breve crepúsculo tocaba á su término; porque se acercaba la hora, que más desagradable le parecía, entre las pesadas y lentas de sus monótonos y fastidiosos días. La hora en que vendría el señor á reclamar de su sierva el asqueroso vasallaje.

Es verdad que no tenía motivo de queja por lo tocante al trato del General, que siempre se presentaba correcto, que era muy amable con ella, y procuraba de mil modos divertirla y halagarla; pero ninguna de estas buenas apariencias suprimían la realidad, ni podían llenar el vacío del corazón de Mercedes.

Si aquel hombre la amara, su situación, ya que no agradable, no le parecería humillante. El amor sentido ó inspirado atenúa los sufrimientos todos de la mujer; pero aquel hombre, frío, egoísta, calculador y sensual, no podía amarla; no la consideraba sino como un objeto her-

moso, que hoy se toma y mañana se deja, sustituyéndole con otro más bello.

Mucho la humillaban las nimias, y, á veces, ridículas precauciones, que tomaba el General para que no se advirtiera que tenía relaciones con ella. Muchas veces veía Mercedes, desde la ventana, cuánto se recataba López para entrar, cómo se cercioraba antes de que nadie le seguía, de que no andaba por allí ningún conocido suyo. Exigía que la puerta de la calle estuviera entornada para no detenerse á llamar, que la criada se retirara para que no le viese; en una palabra, pensaba Mercedes, se comprende que el tal hombre se avergüenza de este enredo; y si López, que era corrido y despreocupado como pocos, se mortificaba por aquellos vínculos, ¡cuánto más no se avergonzaría Mercedes, que, á pesar de sus faltas y desgracias, sentía esa necesidad de estimación cuyos vestigios conservan hasta las mujeres más desvergonzadas!

En lo tocante al resultado pecuniario, tampoco podía quejarse Mercedes; el General le daba bastante, y como gozaba de prosperidad, hacía negocios de cuantía y realizaba utilidades pingües, la obsequiaba frecuentemente con donativos extraordinarios.

Hacía tres meses que llevaba Mercedes la vida que hemos dicho, y una de tantas tardes, estaba asomada á la ventana, inquieta y desazonada como pocas veces; ese día revoloteaba en su cabeza el ave negra de los pensamientos tristes. Pensaba en el horrible vacío de su vida, en la muerte de sus esperanzas, en lo seco y frío de su corazón; á nadie amaba, no era amada de nadie. Su vida era insoportable: en lo pasado recuerdos, ya dolorosos, ya

afrentosos; en lo porvenir, y, poniéndose en el mejor caso, una sucesión interminable de días monótonos iguales, sin encanto alguno, y reducidos á la satisfacción maquinal de las necesidades físicas.

Recapacitando en sus desgracias pensó en las causas de ellas. Dos hombres hubo que pudieron hacerla dichosa: el uno porque ella le amaba mucho, el otro porque la amaba mucho á ella. ¡Mas ay! había perdido á los dos: el primero fué un infame, que le pagó con la mayor deslealtad; el segundo lo perdió porque se lo quitó su mala suerte, el destino, la Providencia, qué sé yo.

Trataba de combatir tan importunas ideas fijándose en los más leves incidentes que acaecían en la calle, ó en las personas y cosas que en ella había: en los indios que pasaban cargados de diversas mercancías; en los grandes y toscos carros, que rodaban pesada y desigualmente, conmoviendo suelo y paredes; en los enharinados panaderos de una panadería próxima, que entraban ó salían; en la faz venerable de un anciano de barbas blancas, que despachaba en un tendajón que había enfrente; en los vendedores de billetes de lotería, que cojos unos, ciegos ó mancos otros, estimulaban de mil maneras á los compradores, voceando el último huerfanito de los diez mil pesos.

De repente vió una cosa que le pareció un sueño: sintió que le zumbaban los oídos, que la sangre se le helaba, que las piernas se le dormían, que corrían hormiguitas por su cuerpo, y que su corazón latía con violencia. Había pasado por delante de la ventana, clavando en Mercedes una mirada tenaz, un joven con un libro debajo del brazo y que en el cuerpo, en el modo de andar, en la cara, y

casi hasta en el traje, se parecía de un modo extraordinario á Luis, el objeto del primero y desgraciado amor de la pobre mujer.

Repuesta de su momentáneo estupor, clavó la vista en el joven, cuando éste, habiendo pasado más allá de la ventana, volvía la espalda. La ilusión se había desvanecido, por detrás el transeunte no se parecía á Luis; éste era más alto, más gallardo, más garboso; tenía en sus movimientos una donosura llena de naturalidad, mientras que en el desconocido se notaba á leguas el estudio, la afectación y el amaneramiento; además de esto, el desconocido era más atildado que Luis en su modo de vestir.

Distrajo los pensamientos de Mercedes asordador estrépito de alteradas y descompuestas voces, que oyó en dirección de su mano izquierda: volvió con rapidez la cabeza, y vió que de una pulquería inmediata habían salido dos mujeres de mal ceñidas sayas, mugrientos rebozos, desgreñadas cabelleras, que hechas unos energúmenos por la embriaguez y la cólera adunadas, lanzaban por las inmundas bocas sapos y culebras.

Formóse pronto en la calle apretado corro de hombres, mujeres y muchachos, que, con burlonas carcajadas, agudos silbidos y picantes motes, se burlaban de aquellas fieras ó las incitaban á la pelea. Una de ellas levantó la mano derecha, armada de un grueso canto, que tiró con fiera rabia sobre su enemiga; ésta agachó la cabeza, saltó como una tigre sobre su agresora y le dió en el seno una mordida feroz, que hizo lanzar á la víctima aullidos, imprecaciones y palabras horriblemente soeces.

En este punto llegaron corriendo dos gendarmes, que,

garrote en mano, dispersaron el corrillo y trataron de separar á aquellas infernales furias. No fué cosa fácil, mas al fin se logró; cada gendarme se apoderó de una de las asquerosas amazonas, que no por eso dejaban de vociferar y de lanzarse atroces injurias.

Unas veces empujándolas, tirándolas de la mano otras, no pocas arrastrándolas por el suelo, y descargándoles, de vez en cuando, en la espalda el fiero garrote, iban los gendarmes con ellas camino de la Comisaría, seguidos de una larga turba de curiosos y de no pocos chicos, que correteaban dando saltos y desgarraban los tímpanos con insoportables chiflidos.

Apenas se había disipado aquel tumulto, cuando, volviendo Mercedes la cabeza hacia el lado derecho, vió, con no poca sorpresa, que regresaba el joven de antes, con el libro debajo del brazo y queriendo comérsela con las codiciosas miradas.

Mercedes sintió como un choque eléctrico, que trató de disimular, volviendo la cara al lado opuesto; la semejanza entre el desconocido y Luis había renacido, y ahora sí acertaba Mercedes á definirla, consistía en la mirada; también se parecían en la barba, aunque no mucho, porque la de Luis era más negra, más poblada, más hermosa en fin.

Esta vez el mozo no siguió su camino hasta perderse de vista, sino que se plantó á cierta distancia de la ventana, dirigiendo á ella continuas y escudriñadoras miradas.

Mercedes, un tanto molesta, aparentaba no verle y hasta volvía la cara en opuesta dirección; pero observaba con

mucho disimulo las señas de aquel muchacho, tomando nota exacta de sus actitudes, movimientos y ademanes.

Cosa de ocho minutos pasaron así. De pronto el joven echó á andar, para volver á pasar por delante de la ventana, caminando con lentitud y clavando en Mercedes miradas tenaces. Pasó y volvió á detenerse como unos diez pasos más allá, y volvió á retroceder para pasar de nuevo; en esta vez se leía de tal modo en su cara la intención de acometer y hablar á Mercedes, que ésta juzgó prudente entrarse y cerrar los vidrios, dejando al paseante con un palmo de narices.

Recostóse perezosamente en el sofá, y los pensamientos se alzaron en su alma en tupido enjambre. ¡Qué rara semejanza! Aquel joven se le inclinaba, no cabía duda; pero con qué tenacidad, con qué impertinencia. ¡Lucida había quedado, iba á tener que estarse encerrada, y privada hasta de ver pasar la gente, todo por la necedad de aquel importuno! Cuando hubo transcurrido un cuarto de hora se acercó á la ventana, alzó con precaución los visos de las vidrieras, y lo primero que vió fué al desconocido, que se había plantado en la orilla de la banqueta y que acechaba tenazmente la ventana de Mercedes.

«No hay duda, estoy sitiada,» pensó ésta, retirándose de la ventana y recostándose de nuevo en el sofá. Aquella situación le parecía muy rara, ciertamente la contrariaba, pero tenía para ella gran novedad, y sin querer, trasladaba su pensamiento á los días, ya lejanos, en que su primer amante comenzó á cortejarla.

Lo recordaba muy bien, parecía que en ese momento

le estaba sucediendo. ¡Coincidencia más singular! También fué una tarde cuando conoció á Luis, y casi del mismo modo, pues estaba asomada á la ventanita de su recámara, cuando pasó el estudiante, comiéndosela con los ojos, y volvió á pasar una y otra vez, hasta que ella mortificada tuvo que meterse. ¡Qué semejanza tan grande de situaciones, y, sin embargo, qué enorme diferencia! En aquella época se había quitado de la ventana por rubores y remilgos de doncella recatada, y ahora por los compromisos contraídos en su poco digna condición.

Después de cavilar un rato sobre este tema, discurrió por lo festivo, y tomándolo todo á broma, formuló mentalmente esta frase: «¿Conque tengo un oso? Es suerte, ¡después de tantos años, tantos contratiempos y tantos amantes!»

Y, echándolo á risa, se fué resueltamente á la ventana diciendo para sí: «¡No diga ese títere que le tengo miedo y piense que me ha flechado!»

Y allí estaba el títere tieso que tieso, mesándose las barbas y decidido á no aflojar el cerco; al asomarse Mercedes la recibió con una mirada asesina y una sonrisa seductora.

La cual sonrisa se quedó en el aire, porque Mercedes, fingiendo la más completa indiferencia, se puso á ver con mucha atención el tenducho de enfrente, como si le divirtiera en extremo ver al venerable viejo despachar á una *marchanta* dos medidas de leche, sacando el líquido de un bote que en la puerta del tendajón había.

Y el joven volvió á comenzar sus idas y venidas, oscilando como un péndulo por delante de la guapa mujer;

mas ésta fingía total indiferencia, y ni percatarse parecía de los paseos.

Más de una vez quiso el galán afrontar la situación y hablar á Mercedes, pero ésta supo contenerle con su aire de glacial indiferencia y tranquila naturalidad.

Y, para no hacer el cuento largo, como diría la portera de la calle Ancha, pasaron la tarde, como dicho queda, aquellos singulares contendientes. El inquieto, audaz, agresivo, con ansia de acometer; ella serena, imperturbable, impertérrita, como si nada le importaran el cerco ni el sitiador.

Al oscurecer, Mercedes cerró definitivamente la ventana, diciéndose:—Ahora falta que el otro se lo encuentre, no le arriendo las ganancias á mi oso de alfeñique, si tropieza con él mi dueño, el oso salvaje; de un zarpazo lo deshace.

Aquella noche Mercedes durmió mal, la imagen del joven se presentaba sin cesar en su imaginación, asediándola, como la persona del galancete la había asediado toda la tarde. Unas veces se reía de aquel rezagado y tardío enamorado, otras se reía de ella misma, otras se ponía seria y hasta de mal humor, acordándose del General, que, por cierto, esa noche había estado cariñoso, ardiente y apasionado como un amante joven; por fin se durmió sin dejar de ser perseguida por tales ideas, pues soñó que Luis y el desconocido la cortejaban, á la par que reñían por ella, y que, de repente, saltaba el General sobre los débiles rivales, los acogotaba de un manazo, y luego se la quería comer á ella, pero lamiéndola primero de un modo asqueroso.

El joven, que tan porfiadamente había ido y venido por la acera de Mercedes, era Patillitas. Se había mudado en esos días á la calle de los Aztecas, pasó frente á la casa de Mercedes, con la sana intención de ir á clase; pero al ver á aquella mujer tan guapa, se disiparon sus estudiosos propósitos, y prefirió pasar la tarde acechándola y cortejándola por lo que pudiera suceder; puede que haya modo... — se decía, — entretanto, nada se pierde...

Gustóle mucho el desarrollo físico, y la riqueza de carnes de la entretenida, notó en ella algo que le indicó que era liebre corrida, lo cual acabó de entusiasmarle; estaba cansado de tratar con pollitas desabridas, pálidas, anémicas y remilgosas; estaba harto de galanteos insulsos, reducidos á cambiar palabras sosas ó cartas idiotas; quería saborear amores más picantes y sustanciosos.

Al día siguiente lo primero que hizo Mercedes, apenas se hubo vestido, fué asomarse á la ventana y ver por todos lados como si buscara algo. No buscaba á nadie, mucho menos al joven de la víspera, pero sentía cierto desasosiego y curiosidad; el caso es que se sintió más corrida al no verle, que molesta se hubiera sentido viéndole.

Hizo su tocado con más esmero, se asomó repetidas veces á la ventana, no para ver si el estudiante andaba por allí, pues Mercedes hubiera podido jurar que nada le importaban ni el estudiante aquel, ni la estudiantina entera.

Pasó toda la mañana sin que se dejara ver el galanteador de la víspera. Por la tarde, Mercedes apenas hubo

comido y descabezado un sueñecito, abrió las vidrieras, se asomó á la ventana, y se puso á ver la calle con la mayor tranquilidad.

Transcurrió una hora, y nada de Patillitas; ya se felicitaba Mercedes de que no hubiera vuelto á parecer cortejo tan importuno y terco; cuando á lo mejor ¡hételo allí! que viene, más cepillado, pulcro y seductor que la pasada tarde, lanzando miradas, esparciendo sonrisas y mesándose las ralas patillas. No llevaba libro, tenía un poco ladeado el sombrero de copa, para parecer calaverón, y llevaba una hermosa camelia en la mano derecha.

Cuadróse, como un subalterno, al acercarse á Mercedes, asestóle una de aquellas miradas de que tenía tan provisto arsenal, y le dirigió una sonrisa llena de seducciones y ternezas. Por desgracia, ni la mirada dió en el blanco, ni la sonrisa llegó á su destino, pues la prudente Mercedes esquivó diestramente el bulto, volviendo la cara á otro lado, y permaneciendo tan tranquila, como si aun no hubiese nacido aquel su atrevido galanteador.

Patillitas, sin desconcertarse por eso, se plantó cerca de la ventana, y aquello fué una de sonreir, dirigir miradas y hacer señas con la florecita: ya se la ponía en el corazón, ya depositaba en ella apasionados ósculos, presentándola en seguida á Mercedes; la cual no se daba por entendida de ninguno de aquellos cariñosos telégrafos.

Cansóse el estudiante de estar plantado allí como un poste, y empezó á ir y venir por delante de la ventana, luego se detuvo en la orilla de la banqueta, á poco fijó su campo de operaciones en la acera de enfrente; mas

á despecho de tantas evoluciones los hados no le fueron más propicios, pues la impávida castellana seguía en su olímpica indiferencia.

Ya cerca de oscurecer, el intrépido galán quiso poner fin, con un rasgo de osadía, á aquella situación, que se iba volviendo sosa, y por añadidura ridícula. Se acercó resueltamente á la ventana, y, haciendo á Mercedes una profunda cortesía, le dijo:

—Perdone usted, si me atrevo...

—No tengo el honor de conocer á usted, —dijo Mercedes, interrumpiéndole con sequedad, quitándose de la ventana y cerrando bruscamente las vidrieras.

Quedóse el mancebo con un palmo de narices, echó de ver que se ponía en ridículo, y se retiró murmurando despechado:

—¡Diablo! es toreada..., mas, paciencia, ya caerá.

Llegó la noche, el General le hizo la visita de costumbre, quedó Mercedes sola, y con la misma tenacidad que la víspera la persiguió el recuerdo del galanteador.

Estaba convencida de que todo podría ser, menos el amor, lo que traía con tanta frecuencia á su pensamiento la imagen del relamido mozo. Toda la tarde le tuvo delante de los ojos, era natural que le viniera á la memoria; así pasa, aun con las personas más indiferentes, cuando nos han hostigado con su presencia. Mercedes reconocía que había algo de curiosidad en aquel su empeño de pensar en el joven: ¿Quién sería el tal? ¿con qué intención la galanteaba? ¿sabría su historia y la juzgaría conquista fácil?

Era inútil cavilar, fuera lo que fuere, nada podría haber entre ella y aquel muchacho, Mercedes había sido siempre fiel á sus amantes. Fuera de Luis, á quien amó, y de su marido, á quien estimó, los demás hombres le habían sido completamente indiferentes; y siempre le había parecido muy feo conceder el menor favor á alguno, estando comprometida con otro.

Por lo que pudiera suceder, le pareció conveniente no seguir aquel juego peligroso, y no dejarse ver, para que el mozalbete acabara por aburrirse.

Al día siguiente, y para cumplir mejor su propósito, pensó Mercedes que se iba á fastidiar mucho, si se pasaba todo el día encerrada en la casa, sin tener siquiera la distracción de asomarse; por tanto resolvió irse á comer con una su amiga, estaría de vuelta al oscurecer ó poco antes, y así el holgazán aquel sufriría el gran chasco.

Y lo sufrió en efecto. Patillitas, picado en su amor propio, é interesado ya en el juego, había resuelto oponer á la indiferencia de la dama mayor porfía, y rendir aquella plaza fuerte estrechando más el sitio.

Desde las once de la mañana, hora en que pudo volver del hospital, se puso de plantón en los alrededores de la casa, que permanecía inmóvil, silenciosa y obstinadamente cerrada, pues la dueña se había llevado á la criada.

Patillitas pasó, volvió á pasar, se arrimó á la ventana, á la puerta, atisbó por el ojo de la cerradura, y hasta se atrevió á llamar. Todo fué completamente inútil, ni un bulto se veía, ningún movimiento se notaba, no se oía ningún ruido.

No se desanimó Patillitas por aquel fracaso, sino que se propuso no ser el menos porfiado, y al dar las cuatro de la tarde ya estaba en campaña. Ella volverá, se decía, y aquí en la calle la acometo; ni modo que me dé con las vidrieras en los hocicos, sino que me oye ó vé para qué nació.

Si á Mercedes le salió bien su escapatoria en lo de chasquear á su enamorado, le salió pésima en lo de no pensar en él. Parecía hecho adrede, nunca le tuvo más presente que ese día, hasta su amiga notó la preocupación de Mercedes y le dirigió algunas bromas. En la tarde la imagen del barboncito parecía clavado en su pensamiento. Ya ha de andar por allí, se decía, y creía verlo, de pie delante de la ventana, acariciándose las menguadas barbas y haciéndole señales con la flor.

Sentía una ansiedad muy rara y una viva curiosidad; algo hubiera dado por ver la facha que el muchacho estaría haciendo, pero sin que él pudiese verla.

¡Qué tonta soy! pensaba otras veces, tal vez ni ha ido, es lo más probable; y sin que supiese por qué la contrariaba esta idea, y se felicitaba de no haberse quedado en casa, pues en tal supuesto, la de la facha hubiera sido ella.

Faltaba mucho para que oscureciera y ya no podía contenerse, sentía deseos irresistibles de irse, todo lo cual se lo explicaba ella del modo más legítimo del mundo.

No era por él, qué había de ser por él; si él ni había ido, ó si acaso fué ya se habría aburrido; era porque ella debía llegar temprano, no fuera que el diablo tirase de la

manta, y llegara el viejo antes que ella; ó que las gentes, que se mueren por quitar el crédito, le levantasen un falso por la salida, y fuesen con el chisme al viejo. Nada, lo mejor era volver á su casita.

Despidióse de su amiga, todavía había mucha luz cuando llegó á la calle del Carmen; firme en ella estaba Patillitas, y al ver á Mercedes le salió resueltamente al encuentro, y le dijo:

—Dispénseme usted la grosería, pero no puedo resistir más, y le ruego encarecidamente que me escuche, ó se digne recibir una carta mía.

—Ni lo uno ni lo otro,—contestó Mercedes apresurando el paso.

—Pero si usted me ha inspirado una pasión irr...

—Me compromete usted, señor, soy casada, no puedo escucharle, hágame usted favor de retirarse.

Y llegando á la puerta de su casa, abrióla y entró de rondón por ella.

Patillitas no tomó por lo serio aquella determinación, siguió en sus trece, poniendo en práctica cuantos medios son del caso; la fámula le puso al tanto de la situación de Mercedes, y con otros informes que con habilidad supo él adquirir, logró, atando cabos y zurciendo retazos, rehacer con bastante aproximación la historia de aquella pobre mujer.

En Patillitas se cumplió aquel refrán, que promete el venado al que le caza con porfía; primero consiguió hacerse oir, y después de vencer escrúpulos y resistencias, logró hacerse querer.

Por final de cuentas: á las pocas semanas Mercedes

cometía, por primera vez, el delito de infidelidad, y al amante titular que la necesidad le imponía, asociaba el que había escogido ella para apacentar su fantasía ociosa y dar calor ficticio á su corazón yerto. Esto sucedió poco después de aquel banquete del Tívoli, en que ganó tanto el General López, viéndose así cumplido también el otro refrán, que anuncia desgracias en amores á los afortunados en el juego.

CAPÍTULO XV

Las heces del licor

Patillitas estaba muy contento de su conquista. ¡Qué suerte había tenido! Su buena estrella en materia de mujeres crecía en vez de menguar, lanzando cada vez fulgores más vívidos. ¡Qué mujer tan guapa, tan amable, tan cariñosa, tan tierna, tan dulce, tan ardiente... y tan barata! ¡Vaya que era una bendición de Dios!

Aquella situación le encantaba. Patillitas había soñado siempre en unas relaciones como aquellas, y jamás se había realizado su sueño. Ahora había un editor responsable, un *pagano,* que cargaba con los gastos, mientras que sólo las dulzuras eran para él. «¡Qué pillo soy!» decía, frotándose las manos.

Mercedes también estaba contenta con su hallazgo. Tenía un amante de su gusto, que le hacía recordar las épocas dichosas de su vida. Es verdad que la atormentaban ciertos escrúpulos, algunos recelos y no pocas inquietudes; mas tales inquietudes, recelos y escrúpulos, en

vez de amargar, servían de picante condimento al manjar de que, tan á su gusto, se hartaba.

A menos que escrúpulos reducía aquella mujer las reflexiones que pudieron condenar su infidelidad. Para este viejo, solía decir, no soy más que una mercancía, no hace más que pagar á vil precio mis condescendencias y favores, y fuera locura exigir que un hombre de tal facha y de tal fecha llenara de tal modo mi vida, que nada más cupiera en ella.

En cuanto al temor de ser sorprendida por el General, ó á lo menos de que éste se impusiera de sus relaciones y de su infidelidad, teníalo por remotísima cosa. De lo que menos cuidaba el hombre era de ella, vivía absorto en sus especulaciones financieras, en sus negocios lucrativos, y no pensaba más que en medrar.

«¿Quién le mandaba ser tan confiado?» pensaba Mercedes. No sabía el viejote que la ocasión hace al ladrón. Además, examinando todo bien, aquella confianza, lejos de lisonjearla la ofendía, pues era señal de la indiferencia y del desdén con que el General la veía. Ciertamente la hubiese molestado verse celada, pero también la hubiera complacido, pues así hubiera mostrado el viejo que la veía como prenda suya, cuya posesión exclusiva estimaba, y no como el instrumento de un deleite que iba á gustar á hora fija.

Los dos amantes estaban, pues, muy tranquilos. Para llamar menos la atención acordaron verse en la misma casa; no había vecinos, ni siquiera portero; la criada era el único testigo, pero era fácil alejarla y quedar dueños del campo.

De más es advertir que ya Patillitas sabía la situación de Mercedes por boca de ella misma. Sabía que metía su hoz en la miés del General López, personaje á quien no conocía más que de nombre, y en sus cálculos de muchacho precavido, creía muy del caso echarle á aquel ogro la vista encima. Conociéndole estaría más á cubierto de una sorpresa y era menos fácil caer inocentemente en alguna ratonera.

Cavilando sobre el modo de conocer al General, se acordó que Pacotillas escribía en un periódico de que era director aquél. Ya tenía el hilo, pero ¿cómo dar con Pacotillas? Desde que éste se metió á periodista iba poco á cátedra, Patillitas iba menos aún; buscar á su amigo en la casa en que vivía no le parecía conveniente, porque Amalia veía con malos ojos á los camaradas de su amante, creyendo, la muy inocente, que lo llevaban á malos pasos y se lo echaban á perder.

En tales incertidumbres creyó el feliz galán que lo mejor sería ir á la redacción; por Mercedes sabía las señas y que por las mañanas el General estaba siempre allí.

Una de tantas mañanas fué, pues, allá, preguntó por el señor Téllez, le introdujeron al departamento de los redactores, y en él encontró reunido al cónclave periodístico. El General con su robusto cuerpo y su gran fealdad llenaba el sitio, estaba sentado con los codos apoyados en la mesa y las sienes en las manos, leyendo con mucha atención un folleto de forro colorado.

Patillitas, al verlo, tembló de miedo. Se fijó en las gruesas manos, en los robustos brazos, en los hombros anchurosos, y en la cerviz de toro del General; y, por

un cálculo rápido, comprendió cuán mal parado quedaría si se viera en las garras de aquella fiera.

Mas la fiera, al ver entrar al estudiante, le sonrió con amabilidad, se puso en pie y le dijo con gran cortesía:

—¿En qué podemos servir á usted, caballero?

—Buscaba al señor Téllez,—contestó Patillitas algo turbado.

El señor Téllez estaba corrigiendo unas pruebas, el Changuito escribía con mano febril en unas cuartillas.

Pacotillas al ver á su compañero se puso en pie, y le tendió cariñosamente la mano, diciéndole:

—¿Cómo te va, Rómulo? Te presento al señor General López, nuestro director.

El Chango apenas levantó la cabeza, saludó á su amigo con un gesto casi protector, como dando á entender la contrariedad que le causaba aquel visitante, distrayéndole de sus hondas meditaciones periodísticas.

Patillitas estaba muy turbado. En la pieza anterior había leído un cartel que decía con grandes letras: «No se admiten visitas ni platicadores.» Se esforzaba por hallar pronto un pretexto que justificara su presencia, y se daba á todos los diablos por haber cedido á la tentación de ir á aquel sitio.

Hizo una gran reverencia al General López, masculando las frases dijo su nombre, las señas de su casa, y agregó que necesitaba á Pacotillas para un asunto particular muy urgente; que si el señor Téllez no estaba muy ocupado, y el señor Director lo permitía, quedaría él muy agradecido si el señor Téllez le acompañaba una media hora.

—El señor Téllez está á las órdenes de usted,—dijo el General con bondadosa cortesía.

Los amigos se despidieron; el Chango tendió de mala gana la mano izquierda para estrechar la de Patillitas, el cual se inclinó ante el General, y al darle la mano, sintió horribles temores de que no se la soltara y se la quebrantara con aquel puñote, cuya hercúlea fuerza calculaba.

Cuando estuvieron en la calle, Patillitas se frotó las manos repetidas veces, casi saltó de regocijo, é hizo todas las demostraciones del que se ve libre de un gran peligro; y dijo á Pacotillas, hablándole con suma volubilidad:

—¡Qué placer tengo de verte, hombre, tenía unas ganotas de charlar contigo: tengo tantas cosas que contarte, y como te vendes ahora tan caro! Pero, en fin, ya estamos en la calle, ¡qué dicha! ¡Haber salido de aquella madriguera! ¡Si vieras qué miedo tenía!

—La casa es fea, el Chango más, y el dueño de la casa y amo del Chango, es mucho más feo aún,—dijo Pacotillas,—y sin embargo no encuentro motivo para que te asustes.

—No sabes lo mejor. ¿Qué sentirías al verte delante de un hortelano cuya fruta te hurtaras, ó al alcance de un bulldog á quien le cercenaras la carne?

—Temería los palos del uno, ó las mordidas del otro; pero no es ese el caso.

—Sí que lo es. Figúrate que ese Generalote tiene un huerto con exquisita fruta, y yo se la hurto; y que ese perro bulldog gusta una carne suculenta y sabrosa, en la cual hinco yo los dientes.

—Explícate más, porque no te entiendo.

Aquí el feliz amante contó á su amigo punto por punto la sabrosa aventura, salpicando la relación con los comentarios más incitantes, y con las más picantes agudezas. Aquello fué una exhibición completa de lo físico y moral de Mercedes, no hubo gracia en su cuerpo, por recóndita que fuera, ni don de su alma por reservado que lo tuviese, que el presumido amante no pusiera de manifiesto á su confidente y amigo.

Los ojos de Patillitas brillaban de regocijo al contar su buena fortuna, haciásele agua la boca, y chasqueaba la lengua al detallar ciertos pormenores de la apetitosa golosina; parecía que en referirlo encontraba aún más deleite que en saborearlo. Si la pobre mujer hubiera oído el más inocente de aquellos comentarios, se habría mortificado por muy desvergonzada que fuera.

Pacotillas celebró mucho la buena suerte de su amigo. Como aborrecía cordialmente al General, le daba gusto todo lo que pudiera contrariar á éste; le parecía equitativo que la fortuna, que tanto favorecía al dicho personaje, le brindara también uno que otro desabrimiento.

—Y ahora, dime, pedazo de estúpido: ¿qué idea tan infeliz tuviste de irte á poner delante de ese hombre?

—Quería conocerle. ¿No ves que hubiera sido muy chusco, que sin saber siquiera de qué color tiene el pellejo, que tostado viera yo, fuera á meterme en su casa en sus propias barbas?

—¿Pero no comprendes, hombre cien veces bárbaro, que en cambio de la pequeña ventaja de conocerle, tienes ahora la gran desventaja de que él te conozca? ¡Oh! ¡y el ojo que tiene el condenado! puedes jurar que de

aquí en adelante te reconoce aunque te vea en picadillo. ¡Pobre de tí si te coge con las manos en la masa! Muy amargo te saldrá el bocado.

—Ciertamente fué estupidez muy grande haber venido, pero como no se te puede ver en ninguna parte, no hubo otro remedio. No creía encontrarme con él de sopetón, mi plan era que salieras, y me lo enseñaras sin que él me viera. En fin, ya está hecho: ahora, fuera de bromas, dime si crees que corra yo algún peligro.

—Ya quisieras tener las barbas tan grandes como el peligro en que estás.

—Tú te burlas de mí, quieres asustarme, supongo que no será cosa de que ese mal ladrón me mate.

—No te matará, pero puedes tener por seguro que te hace algo que no olvides en toda tu vida; á ese hombre el que se la debe, se la paga. Ya te digo, cúidate mucho, que si sabrosa ha sido la aventura, desabrido y amargo puede ser el fruto.

—No hay cuidado, vive muy confiado, jamás cela á su querida.

—El confiado eres tú. Ya ves sus ojos vizcos, parece que nada ven, ¿no es verdad? pues se entera hasta del vuelo de una mosca; si vuelve la vista á la derecha, puedes jurar que está mirando á la izquierda; mira que yo le conozco mucho, como que llevo tiempo de lidiar con él; ya me tiene hasta el copete, y si no fuera por esta maldita necesidad, ya le hubiera tirado á la cara su indecente periódico. Yo no sé cómo el sinvergüenza del Chango no se muere de puro asco, pero al contrario, se le quisiera meter por los ojos.

—Estás preocupado, yo tomo mis precauciones, Mercedes también, pues no deja de tenerle miedo, y no hemos podido observar que recele ó desconfíe.

—No se fíen, ese hombre disimula admirablemente; pone en planta sus proyectos con una paciencia inaudita, y tiende sus redes con tal finura, que ni la araña las urde más sutiles. Óyeme, porque te importa, yo podría apostar que ya los tiene en sal; quizá no le faltaba más que conocerte, y tú mismo has hecho la inocentada de ir á mostrarle tu facha de sietemesino y tu cuerpo endeble; en fin, has ido á abrirle el apetito.

Los dos amigos se despidieron, Patillitas se fué muy asustado, por más que creyera que su amigo había exagerado mucho. El corazón humano es tan mezquino, que halla gusto en amargar, con ideas de peligros imaginarios, las dulzuras de los demás.

Por desgracia Pacotillas no había sido inspirado por la ruin envidia; no era envidioso, y aun siéndolo, no habría encontrado qué envidiar en la cacareada aventura de su amigo. El gozaba, sin zozobras ni inquietudes, del amor de una joven linda y buena que le llenaba el alma; al hablar á Patillitas, no hizo sino expresar sincera y bien madura creencia.

Y no se había equivocado. El General tenía ya tendidas sus redes, y estaba á punto de coger á los desapercibidos amantes. Bonito era él para hacer papeles ridículos, y para consentir que otro gustara de lo que pagaba él. Era hombre de muchos recursos, y donde menos se pensaba, tenía un agente eficaz, dispuesto á servirle.

El gendarme de la calle en que vivía Mercedes había

sido su asistente, entró á la gendarmería por recomendación del General, que le había hecho otros favores, por todo lo cual el tal gendarme estaba dispuesto á servirle.

Cuando López comenzó á visitar á Mercedes, y al segundo ó tercer día de tenerla por suya, se encontró con su antiguo asistente, el cual le cedió la acera, se cuadró militarmente, y exclamó:

—A la orden de usted, mi General.

—¿Cómo te va, Pablo?

—Bien, mi jefe.

—¿A dónde vas?

—A la casa de usted, mi jefe; me acaban de relevar; mi puesto es la calle del Carmen, y cuido hasta la plazuela.

Aquellas palabras inspiraron al General un plan de vigilancia, celebró la coincidencia que le permitía expiar á su dama sin aparentarlo, y sin que ella ni remotamente lo sospechara, dijo, pues, al polizonte:

—Mira, me vas á hacer un servicio.

—La vida puede pedirme, mi jefe.

—En la calle del Carmen vive una persona, cuya conducta me importa saber; me vas á seguir con disimulo, para que veas á qué casa entro; allí vive la señora que te digo, después sin que ella note nada estarás pendiente de su modo de vivir, de si entra, si sale; en fin, quiero saber si se porta bien: ¿me entiendes? pero lo has de hacer con mucho disimulo, sin que ella se entere; yo voy á verla casi todas las noches, tú me esperarás en San Pedro y San Pablo y me dirás lo que haya.

—Descuide, mi jefe, ya sabe que soy bueno, no es la primera vez que le sirvo.

—Guarda este duro y vámonos.

López echó á andar, á distancia de algunos pasos le seguía Pablo, el cual vió en qué casa entró aquél y se marchó.

En los primeros tiempos nada sospechoso advirtió. Cuando pasaba el General, se cuadraba á lo militar, y le decía:

—No hay novedad, mi jefe.

El General le alargaba un duro, una que otra noche, y seguía su camino.

Tres meses transcurrieron así, ya López comenzaba á creer que había dado con una mujer honrada, lo que le sorprendía no poco, cuando una noche al encontrar á Pablo, éste, cuadrándose, le dijo:

—Enemigo al frente, mi jefe.

Aquella voz de alarma llamó la atención del General. Su espía le contó que un joven, de cuyos pelos y señales le informó minuciosamente, había estado la tarde entera en acecho de la ventana, pero que la niña se había portado con mucha honradez y no había hecho caso.

Encantado el General con la vigilancia de su Argos, y satisfecho de las noticias, le alargó dos duros. A la siguiente noche el Argos, cuadrándose como siempre, dijo:

—Enemigo al frente, mi General, pero sin novedad, porque la plaza se defiende muy bien.

Y le contó que el joven aquel, había estado la tarde entera haciéndole señas y visajes á la niña, pero que ésta

se manejó muy bien; que el *roto* se atrevió á arrimarse á la ventana para hablarle, pero ella le dió con las vidrieras en las narices.

Al día siguiente nuevos informes y muy satisfactorios: que la niña había salido, pero que él la hizo seguir, y supo dónde había ido, lo cual comunicó á su jefe; que el *dichoso* pretendiente estuvo rondando la casa desde por la mañana, que husmeó, atisbó y acechó, hasta que se convenció que había volado el pájaro; que en la tarde volvió á sus porfías, y se estuvo firme hasta que regresó la niña, que entonces se atrevió á hablarle, pero que ella le puso muy fea cara, se metió á la casa, y lo dejó *echando agua.*

El General quedó muy complacido con aquellas noticias. Mercedes era honrada y él debía premiarla, era mucha gracia que se manejara con tanto recato, y rechazara con tanta firmeza los galanteos del estúpido aquél; hizo á Mercedes un buen regalo, sintiéndose de veras interesado en la suerte de aquella mujer.

Pensaba establecerla y ponerla á cubierto de la mala fortuna. Le compraría una casita, le daría dinero para que lo girara, y aconsejándola y dirigiéndola él, aquel dinero le produciría; él no tenía familia, ganaba de sobra, estaba hastiado de batallar con mujeres malas, y ya que la suerte le deparaba una que sabía manejarse, era debido y conveniente socorrerla y hacerla feliz.

Desgraciadamente para Mercedes, desde el día siguiente los informes fueron cada vez menos favorables, y poco á poco se fué desmoronando el grandioso edificio que, para bien de ella, planeaba el General.

El verídico y vigilante Argos fué contando á su jefe de qué modo ganaba terreno el enemigo, cómo iba abriendo brecha en los torreados muros, cómo los iba asaltando, cómo iba penetrando, poco á poco, á la plaza, que cada vez menos se defendía, y cómo al fin enarbolaba en ella su enseña victoriosa.

El espía llevó su celo hasta adquirir cuantas noticias pudo, y no fueron pocas, sobre las condiciones y circunstancias del porfiado vencedor; averiguó cómo se llamaba, qué era, dónde vivía, y estaba tan al tanto como los mismos amantes de la cariñosa urdimbre que ellos tan á su gusto tejían.

Para lograr tantos y tan minuciosos informes el hombre aquel se multiplicaba, cuando no estaba de servicio encargaba la comisión al que lo estaba, procediendo en todo con tanta discreción como diligencia.

El General no daba á entender á Mercedes que estuviese al tanto de aquel desliz, y fraguaba en silencio el castigo, como antes proyectara el premio. Ya sabía que Mercedes era culpable, y sólo esperaba una ocasión propicia para confundirla y avergonzarla, cogiendo en el garlito á aquellos mal aconsejados amantes.

Pacotillas había dicho bien: al General sólo le faltaba ver á Patillitas, pues ya sabía al dedillo sus antecedentes, fechorías y fazañas. La mañana en que le fué presentado el audaz conquistador, dijo el General para su coleto: —He aquí á mi hombre, él mismo se me viene á poner delante. —Mas dominó con gran perfección sus impresiones; si Patillitas tembló fué porque le acusaba su conciencia, no porque el ofendido hubiera expresado en

sus miradas, tono ó ademanes, cosa que pareciera enojo ó amenaza.

Pero el pastel, aunque confeccionado y puesto á cocer, no estaba de punto. El General, que se pintaba solo para hacer las cosas en sazón, quería echar una vista de ojos en el teatro de las hazañas de Patillitas y sorprenderlo *in fraganti*. Convino con su Argos, que el día siguiente de la inoportuna visita del joven á la redacción le fueran á avisar luego que saliera la criada de Mercedes, que era la señal de que Patillitas iba á entrar, para que el General se dirigiera á la casa y les cayera.

La extemporánea presentación de Patillitas delante del General tuvo para Pacotillas una consecuencia lamentable. El General, que nunca le había querido, le juzgó cómplice de su amigo, creyendo que éste había ido á la redacción á burlarse de él en compañía de Pacotillas.

—Ya me la pagarán, —se dijo, —por lo pronto mañana me almuerzo al tenorio cursi, y no tardaré en fastidiar al petulantón de su amigo.

El Chango sí que se manejó con discreción. López notó el desvío con que trató á Patillitas, y le concedió un grado más de aprecio.

Al día siguiente, desde las nueve de la mañana, el vigilante Argos estaba en su puesto acompañado de un amigo fiel. No estaba de servicio, pero encargó al compañero que lo estaba que no hiciera caso de lo que iba á suceder en la casa, que se trataba de un personaje *de polendas*, muy relacionado con los de arriba, cuyos planes no convenía estorbar; que ese señor no se daría por bien ser-

rido y sabría recompensar la complacencia; que todo pasaría á puerta cerrada, reduciéndose á una verdadera broma; que se trataba de un asunto de la vida íntima, en que nada tenía que ver la policía; que la mujer que vivía en aquella casa le pagaba mal al que la mantenía, y que se pretendía tan sólo asustarla y ponerla en vergüenza.

El gendarme del punto se dejó convencer por las diplomáticas argucias de Pablo; exigió, sí, que se le garantiase que no sucedería nada grave, que no habría riña, heridas, balazos ú otro escándalo.

—No, compañero,—le contestó Pablo,—si sólo se trata de darle una manta á un roto sinvergüenza, que acostumbra gozar de las mujeres que otros sostienen. Ponte en lugar del engañado: ¿qué harías tú, ó cualquier hombre decente, en ese caso? Lo que él va á hacer. Yo no te había de comprometer, ¿no ves que también soy de la policía? Además, hay quien saque la cara, el señor á quien ayudamos es muy del gobierno, y no se dará por bien servido.

Completamente convencido el otro gendarme, convino en que, cuando Pablo se lo dijera, se iría él, pasito á paso, hasta la plazuela del Carmen á ver lo que pasaba por allá.

El astuto Pablo había citado para la pulquería de la esquina á dos mocetones robustos y de malas trazas, que llegaron al lugar de la cita á eso de las nueve y media, llevando, á guisa de bastones, sendos garrotes.

Poco antes de las diez salió la criada de Mercedes;

Pablo, que ya era muy su amigo, se le arrimó y le dijo:

—¿Adónde va tan *recio,* mi alma?

—Voy *lejísimos*, tengo que llevar una razón hasta los arcos de Belem, y de allí á la calle del Sapo, á la *socursal.*

—¿No quiere la chula echarse una decimal?

La chula quiso, entró á la pulquería, bebió, recibió varios pellizcos y se fué. Inmediatamente dijo Pablo á su amigo:

—Vete corriendo á llamar á mi General.—Y él se plantó enfrente de la casa, sin perderla de vista.

Poco después la pobre Mercedes, sin maliciar nada de lo que, para su desgracia, se estaba tramando, abrió las vidrieras de su ventana y se asomó. Era la señal convenida entre ella y Patillitas, significaba que no había moros en la costa, y que el feliz amante podía entrar.

El cual no tardó en aparecer, pavoneándose muy orondo, como saboreando de antemano el fácil deleite que iba á gustar. Vió á su amada, que era tanto como ver abiertas de par en par las puertas del paraíso, la saludó con mucha sandunga, y se coló por la entornada puerta del zaguán.

—Cayó el pez en la remanga, ¡qué ganga! ¡qué ganga!—murmuró el malvado Pablo, tarareando en voz queda la correspondiente sonata.

Un cuarto de hora habría pasado, cuando por la calle de San Pedro y San Pablo se vió venir al General, tan grave, tan correcto y tan arrogante como de costumbre,

fumando el perenne puro, sin acelerar el paso ni mostrar la más leve emoción.

Apenas le atisbó Pablo, habló con el gendarme de servicio, el cual se encaminó pasito á paso á la plazuela, como lo había prometido. En seguida, Pablo sacó á sus compinches de la pulquería, y juntos los tres con el que fué á llamar al General, que ya se les había incorporado, se detuvieron todos delante de la casa de Mercedes, en la acera opuesta.

El General, sin acelerar el paso, sin ver á aquellos hombres, ni hacerles seña ninguna, había llegado ya á la fachada de la casa de Mercedes. Cuando le faltaba poco para llegar al zaguán, los cuatro hombres atravesaron la calle, y cuando entró á la casa, ellos se colaron en su seguimiento.

López, con mesurados pasos y dando taconazos sonoros, atravesó el zaguán seguido de sus hombres; torció á mano izquierda y llamó á la puerta de la salita, que estaba cerrada. Nadie respondió; mas oyéronse dentro ruidos de alarma, estrépito de persona que corre y tropieza con algún mueble, algún ¡ay! sofocado, y rumor de acongojadas voces.

El General llamó por segunda y tercera vez, con cortos intervalos y con mayor fuerza. Nadie respondió y ya nada se escuchaba. El General llamó por cuarta vez, y dijo con su voz estentórea, pero sin manifestar cólera ni emoción:

—Abra usted, Mercedes, que soy yo.

—Ya voy,— contestó con retintín agudo una voz de mujer,—me estoy vistiendo, estaba mala y no me había levantado.

El General aguardó con la mayor calma. No había escapatoria posible: por la salita se entraba á la recámara, teatro del amoroso crimen, ésta recibía luz por una ventanita enrejada que daba al patio de la casa vecina. El General, que conocía todos los escondrijos y muebles de la recámara, se deleitaba, imaginando la situación poco airosa del estudiante, que ya se habría escondido temblando debajo de la cama.

Como á los diez minutos de espera, Mercedes con visible palidez, con *chiqueadores* en las sienes, atada la cabeza con un pañuelo, y cubierta con una bata que no había acabado de abrochar, abrió al fin la puerta, sonrió al General, y, procurando dominar su manifiesta turbación, dijo:

—¡Ay, señor! ¡Qué milagro!

—Buenos días, señora,—dijo el General, metiéndose de rondón á la sala, y luego á la recámara, seguido siempre de sus hombres, y sin hacer caso de Mercedes, que, siguiendo á todos, exclamaba más afligida cada vez:

—¿Qué quiere usted, señor? ¿Qué busca usted? ¿A qué vienen estos hombres?

Una vez en la recámara, el General se detuvo á un lado de la puerta, y, como lo esperaba, vió debajo de la cama el acurrucado bulto del estudiante, que de buena gana hubiera dado las patillas por estar en otra parte..

—Saquen de ahí á ese sinvergüenza,— dijo el General á sus hombres,—y cánsenmelo á palos.

—¡Señor, por Dios!—gritó Mercedes.

Los cuatro hombres cumplieron la orden. El infeliz colegial no trató ni aun de escaparse; uno le cogió por

los pies y lo sacó arrastrando hasta en medio de la pieza; los demás empezaron á descargar sobre él un fuego graneado de garrotazos, distribuyéndolos equitativamente por las espaldas, piernas y posaderas de aquel infeliz, que se retorcía en el suelo como un epiléptico, revolcándose, aullando y gritando con entrecortadas voces:

—¡Ay, ay! ¡Me matan! ¡Ay, ay! ¡Socorro! ¡Ay, ay! ¡Infames! ¡Asesinos!...

Entretanto el General presenciaba tranquilamente y sin decir palabra aquella atrocidad; cuando le pareció suficiente la zurra, exclamó: «¡Alto!» y luego dirigiéndose al apaleado agregó:

—Así escarmentará usted y no se andará metiendo con mujeres ajenas.

El maltrecho Patillitas se puso en pie lleno de rabia, le dijo al General una insolencia y se le fué encima esgrimiendo los airados puños; los verdugos quisieron detenerle, mas el General gritó: «¡Déjenmelo!» Y con la mayor calma le dejó descargar el inofensivo golpe, luego le cogió una muñeca y se la torció con fuerza tal, que el pobre muchacho sufrió más que con la paliza, y por más que quiso evitarlo, cayó de rodillas ante su vencedor lanzando desgarradores aullidos.

—Óigame usted bien, mequetrefe,—le dijo el General sin soltarlo,—se va usted á largar de aquí con viento fresco, y si profiere la menor queja ó hace el menor escándalo, lo meto á la cárcel, y después lo consigno al servicio de las armas por vagabundo y mal entretenido.

Soltó á su presa, que se puso en pie exhalando gemidos sofocados y murmurando mal articuladas picardías.

Cojeando y con el traje hecho una lástima, echó á andar; cogió su sombrero, que, á una seña del General, le dió uno de los verdugos. Pablo le siguió, y al llegar á la puerta de la sala, le dió un puntapié en la rabadilla, diciéndole entre risotadas:

—¡Toma tú, pilón!

—Ahora, —dijo el General, dirigiéndose á Mercedes, que arrebujada en el sofá, con el tápalo echado en la cabeza y tapándose la cara sollozaba estrepitosamente,—designe usted lo que se quiera llevar y lárguese á la calle.

—Quédese con todo, viejo horrible, monstruo sin corazón y sin entrañas,—dijo la desgraciada mujer, enjugándose los ojos; y, arreglando lo mejor que pudo el desordenado vestido y envolviéndose la cabeza, salió.

Cuando hubo desaparecido, el General, tan satisfecho como si hubiese consumado un gran acto de justicia, despidió á los verdugos, pagándoles antes; luego salió á la calle con majestuoso andar, y, fumando el sempiterno puro, cerró la puerta del zaguán, se guardó la llave en la faltriquera y se fué.

CAPÍTULO XVI

Consecuencias

Golpeado el cuerpo y dolorida el alma, torpes los miembros y maltrecho el traje, inyectados los ojos y las fauces secas; sintiendo crueles punzadas y furiosos ímpetus, en-

reverados con el penoso sentimiento de la humillación y de la vergüenza; empolvado, cojeando, la corbata mal puesta, el sombrero ladeado, salió el estudiante de aquella casa funesta, y más por instinto que por lúcida determinación, tomó, casi á ciegas, el rumbo de su casa.

Quantum mutatus ab illo, hubiera exclamado un latinista pedante, que, habiendo visto venir al estudiante tan guapo, tan pulcro, tan acicalado, tan relamido, tan seductor y tan irresistible, le viera volver ahora tan revolcado, tan estropeado, tan desarreglado y tan hecho una lástima.

Sin fijarse en los transeuntes, ni hacer caso de nada, recorrió poco á poco y lanzando ahogados gemidos el puente del Carmen. De vez en cuando se detenía, apoyándose en la pared para tomar aliento; parecía un soldado, que, derrotado, prófugo y herido, regresa del temeroso campo de batalla.

Cerca de la esquina de la plazuela se encontró con el gendarme del punto que volvía, el polizonte le echó una mirada burlona, y, conteniendo con gran trabajo la risa, pensó:—Buena revolcada le dieron al *roto.*

Al penetrar en la plazuela experimentó una sensación de desconsuelo y de vacío, y le acometió una especie de vértigo. Al faltarle el apoyo de las paredes, le pareció que iba á caerse y á hundirse, y aunque no era muy hábil en el arte de hacer comparaciones, ni dado á ello, se comparó con la piragua mísera, que, sostenida por la mansa corriente de un río, se viese lanzada de improviso al anchuroso mar.

La plazuela extendía delante de él el suelo desigual,

árido y triste, que bañaba en esos momentos la luz del sol; la iglesia del Carmen alzaba enfrente de él la sólida cúpula y el ruin campanario; á un lado del templo se abría, como ancha brecha, la calle de los Aztecas, en cuya primera casa vivía el estudiante. Aquella calle, por lo polvorosa y sucia, le parecía en aquel momento la imagen de su persona.

Volvió la vista á la izquierda, y sus miradas resbalaron por las tristes fachadas de las casas que cierran al norte la calle del Apartado; el vetusto caserón de rojo ladrillo que forma la esquina de Celaya, le deslumbró, haciéndole el efecto de un manchón de sangre. Mucho más lejos, en la misma dirección, y dominando las casas que la rodean, se alzaba una pared amarillenta con pequeñas y altas ventanas semejantes á negras bocas; en la tétrica imaginación de Patillitas, hizo aquella pared el efecto de una piel pálida con heridas cárdenas.

Siguió andando con mil trabajos por en medio de aquella plazuela, le dolía mucho el cuadril derecho, le ardía la rodilla izquierda, como si la tuviera desollada; en las espaldas sentía una sensación molestísima, y por diversas partes de su cuerpo corrían ardores insufribles. La muñeca que le torció aquel bruto, la sentía resquebrajada y dormida.

Iba acercándose poco á poco á la fuente del centro de la plaza; le agobiaba la sed, le parecía que mordía polvo, sentía la lengua hinchada, dormida, y en ratos le sabía la boca á sangre. Clavó los ojos angustiados en la fuente y en el busto de piedra del cura Hidalgo, que, sustentado en tosca columna, se alza en medio.

El busto, con su bondadosa fisonomía de anciano ›ueno, parecía invitarle á descansar, el limpio aspecto lel agua le convidaba á beber. Un aguador, decorado on armadura de cuero que chorreaba agua y cubierta la abeza con un sombrero de cuero también y en forma de asco, llenaba lentamente el *chochocol.*

—¿Está malo, niño? — le preguntó el aguador.

— Me dí un golpe, tengo mucha sed, y quisiera sen-arme á descansar, — dijo Patillitas con quejumbrosa y ›albuciente voz.

Trató de sentarse, y, notando el aguador la torpe-a con que el joven se movía, se prestó á ayudarle. Pati-litas con este auxilio, y después de muchos ayes y difi-ultades, se vió al fin sentado en el borde de la fuente. El aguador le presentó entonces el húmedo cántaro, hen-hido de agua; y sosteniéndolo con ambas manos lo acer-ó á los secos labios del colegial, que, perdonándonos él a comparación, bebió con la avidez de un perro aso-eado.

Él agua y el descanso le produjeron gran bienestar, intió latir en sus sienes las desfallecidas pulsaciones, y l tranquilo espectáculo de la plazuela le procuró grato eposo. Por aquí y por allí veía pasar hombres y mujeres obres, llevando, quienes un canasto con carbón ó con ecaudo, quienes un jarro con pulque, quienes instru-nentos de trabajo y quienes pesados fardos que los doble-gaban. Acariciando sus oídos, llegaba hasta él el confuso ruido de los pasos, el rumor de las conversaciones, en el que se destacaba una que otra palabra suelta; como notas liscordantes vibraban en su oído, de vez en cuando, el

agudo ladrido de los perros, ó la chillona voz de las indias que voceaban su mercancía.

Canes vagabundos, de carnes flacas, costillares salientes, puntiagudo hocico, y áspero y sucio pelaje pasaban por la plazuela hurgando el suelo. Dos de ellos, macho y hembra, pusiéronse á retozar alegremente á pocos pasos del estudiante; el perrito era festivo, nervioso, saltarín, de ojos vivos y rabo muy hablador; la perra era una hembra rozagante, que, aunque gruñía á veces y lanzaba airados mordiscos, que hacían saltar al perrito, recibía con bastante complacencia las cariñosas demostraciones de éste. A lo mejor se precipita con furia de león sobre la juguetona pareja un perrazo enorme, de gruesas patas, cuello robusto, fieras y amenazantes fauces, que, lanzando roncos y espantosos ladridos, revuelca al perrito, magullándolo horriblemente, mordiéndole con furia, ya el delgado hocico, ya las erguidas orejas, ya el pelo erizado de horror. El perrito lanzaba penetrantes y desgarradores aullidos, la perra aterrada huyó como una flecha, sin que se viera dónde fué á parar.

Tan vulgar y callejero espectáculo, que en menos dolorosa ocasión no hubiera merecido ni la más leve mirada de Patillitas, le afectó hondamente, pareciéndole fiel retrato del ridículo desenlace de su aventura. Hizo de aquel canino drama una aplicación tan obvia y personal, con una distribución de papeles tan manifiesta, que saltaba á la vista á quién representaba el perrazo, á quién la perra y á quién el maltrecho y aporreado *itzcuintli*.

Sea que no quisiera exponerse á una segunda y grotesca copia de su ridícula desventura, ó que ya hubiese

lescansado y anhelara estar en su habitación, se puso en ›ie como pudo y tambaleándose como un ebrio se dirigió su casa.

Nunca le había parecido más grande aquella plazuela ıorrible. Antes la atravesaba en un periquete, y ahora ra un páramo interminable; por fin llegó á la puerta de u casa, vió el angosto y largo patio, á cuyos lados se brían, simétricamente colocadas y con su número de rden encima, las puertas de las viviendas; por enmedio el empedrado suelo del patio corría de largo á largo un año descubierto, toscos palos hincados aquí y allá soste-.ían en su remate tendidos cordeles, en que las vecinas endían la ropa á secar.

Al entrar el estudiante, tres mujeres pobres, que con-'ersaban en la puerta de una vivienda, se pusieron á 'erle con terca curiosidad, y una de ellas dijo quedo . las otras:

—Miren cómo viene el *roto,* parece que le han pegado.

Y se pusieron á comentar el lance, á ver al estudiante ·on burla, y á reirse con malicia. Esas burlas, esas mi-adas y esas risas, fueron una segunda paliza que el porreado tenorio recibía en su vanidad.

La habitación de éste se reducía á un cuarto con ›uerta al zaguán que daba enfrente del de la casera, y ecibía luz por una ventana que se abría á la plazuela. El ajuar era muy sencillo: un catrecito de fierro con olchón y demás arreos de dormir; una mesa de madera ›lanca, un aguamanil y un tocador, que, ostentando en l cuartucho el reflejo de la bruñida y tersa luna, brillaba omo sol pálido en cielo brumoso.

Patillitas abrió la puerta con mucha dificultad, pues tuvo que hacerlo con la mano izquierda, y entró á su cuarto, diciéndose: — Hagamos el inventario de mis miserias. — Acercóse al espejo, y sufrió inmensa angustia al ver tan maltratada la pulcra, limpia y atildada faz; un raspón negruzco le afeaba el carrillo izquierdo, la sien, mejilla y barba de ese lado estaban tan cubiertas de tierra, como el trapo con que se sacuden muebles empolvados.

Se remangó el puño derecho de la camisa, y contempló con dolor en su delicada muñeca cuatro cintas amoratadas, que, como huella de los brutales dedos del General, habían quedado en ella. Sentóse en la orilla de la cama y se palpó con la mano izquierda el cuadril y el hombro derechos, sintiendo, al tocarlos, vivos dolores que expresaba con dolientes ayes.

Al palparse el costado sintió un dolor agudo, y advirtió con espanto que al respirar le dolía aquel sitio, como si en él le hincaran una estaca.

—¡Diablo!—pensó,—me han de haber roto una costilla;—y resolvió llamar á Pacotillas, tanto para desahogarse con él contándole sus cuitas, como para que valorase la calidad y peligro de las lesiones que hubiesen resultado.

Abrió con mucho trabajo el cajón de la mesa, buscó el necesario recado de escribir, y trazó algunas líneas con mano trémula y haciendo pausas, pues le dolían mucho la mano y el hombro. Llamó á la portera para que llevara el papel, dándole minuciosamente las señas de la redacción; cuando la enviada se marchó, se dejó caer en la cama y rompió el dique á sus tristes pensamientos.

Le ahogaba la rabia, le abrumaba una humillación profunda; forjaba atroces proyectos de venganza, seguidos á poco del penoso convencimiento de su impotencia. ¡Qué hombre tan feroz! pensaba, ¡qué malo y qué villano! No contento con sus puños de cargador, había ido con cuatro ganapanes, para ensañarse con un hombre desarmado, y aturdido por la confusión propia del que es sorprendido como lo fué él.

—¿Y Mercedes? (hasta este momento se acordaba de ella). ¡Eh! ¿Qué le importaba la tal Mercedes? No sabía cómo demonios había ido á meterse con mujer tan peligrosa.. A ella nada le habría pasado de seguro, sólo á él le tocó pagar los vidrios rotos, y á qué precio: con tiras de su muy amado pellejo. Aquella mujer se estaría riendo á esas horas, habría representado, con la habilidad propia de las mujeres de su clase, alguna escena de lágrimas y alcanzado el perdón, y afianzado las platas del cafre aquel.

—¡Vaya una mujer estúpida!—seguía pensando Patillitas.—Bien se conoce que ella nada arriesgaba, y que yo había de ser la única víctima. ¿A quién se le ocurre dejarse sorprender así? ¡Qué falta de precaución la suya! ¿Por qué no cerró con llave la puerta de la calle? ¿Para qué abrió la puerta de la sala? O á lo menos antes de abrir: ¿por qué no dió voces por la ventana para que acudiera gente y no se consumara la atrocidad? Y mientras más adelantaba, siguiendo el hilo de estas reflexiones, más se iba inclinando á creer que Mercedes había obrado con malicia. Pues no dicen,—seguía discurriendo,—que las mujeres son tan astutas, y ¿no había de serlo

ésta, que es liebre muy corrida? Y entonces se ponía á analizar Patillitas los detalles de la sorpresa. A Mercedes le extrañó mucho oir llamar, pero le aseguró que no podía ser el General, porque nunca iba á esas horas; cuando oyó la voz de éste, todavía le siguió asegurando que no había peligro, que el General no pasaría de la sala, y que le parecia sobrada precaución que Patillitas se escondiera debajo del catre; que si el General quería entrar á la recámara, ella se opondría con diversos pretextos; que si el General se obstinaba, le estorbaría el paso; protestaría, lloraría y amenazaría con dar un escándalo, lo cual bastaba para desarmar completamente al viejo, que era muy mirado y precavido, y hasta para entrar de noche se recataba.

El se dejó vencer por aquellas razones, y fué en mala hora, porque tenía un plan, que si no era seguro, sí presentaba algunas probabilidades de buen éxito; había pensado esconderse detrás de la puerta de la sala y salir á escape luego que entrase el que llamaba; en caso de no poder huir tendería de un silletazo al que venía; siempre es ventajoso dar el primero.

Estas reflexiones hacían creer á Patillitas que aquella mujer había obrado en connivencia con el viejo; la prueba es, siguió pensando, que ella no puso resistencia ninguna al paso de la fiera, y si dió algunas voces, bien se echaba de ver que eran fingidas y sólo por cubrir las apariencias. Y si no, ¿cómo el General no le dijo ni una palabra, ni arremetió contra ella, como lo hacen todos los que sorprenden á sus hembras en malas aventuras? ¿No era Mercedes tan culpable como él? Viéndolo bien, más culpable

ı ella; él no había hecho más que aprovechar la oportu-
lad y dejarse querer.

Así pues, Mercedes, que con tanto riesgo cedió á las
ıtancias de Patillitas, era el blanco de las sospechas más
ustas y la víctima del refinado egoísmo de éste.

El cual llevaría como una hora de devanarse los sesos,
ındo interrumpió bruscamente sus cavilaciones la re-
ıtina entrada de Pacotillas.

—¿Qué te pasa, hermano,—dijo el recién llegado,
'riendo hacia Patillitas, y alarmado al observar la pali-
z y malas trazas de su amigo, agregó:—¿Te han heri-
acaso?

—En la dignidad me han herido de muerte, me han
lpeado á todo su sabor, me han apaleado como á un
'ro miserable.

—Ya me figuro quién y por qué,—le dijo Pacotillas.

—¡Cómo te agradezco que hayas venido tan pronto á
llamado!

—Si no me has llamado,—contestó Pacotillas,—vengo
motu propio, comprendiendo poco más ó menos lo que
ıó. Figúrate que, á eso de las nueve y media, un hom-
ı de malas trazas llegó á la redacción, sofocado y
.eante, y dijo al oso, disfrazado de hombre, que res-
ıde al título de General Juan López: «Que se vaya
ıgo, patroncito, que *orita* es hora.» Al punto com-
ındí que había gato encerrado y que el mísero ani-
.lito eras tú; quise seguir al oso, por si impedía una
ástrofe, pero como no tenía seguridad y como el tal
se deja seguir la pista, tuve que resignarme á esperar
poco; como una hora después regresó la fiera domesti-

cada, yo le dirigí la vista á hurtadillas, y fuí tan candoroso que hasta le examiné las manos por si descubría en ellas manchas de sangre ó pedazos tuyos. ¿Qué había de descubrir? El mismo hombre de siempre, tan sereno, tranquilo y satisfecho como si acabara de almorzar, ó como el gato que se ha engullido un ratoncito descuidado. Dijo algunas palabras al regente, hizo al Chango algunas preguntas sobre no sé qué estúpido editorial y luego, sentándose majestuosamente, se encaró conmigo y me dijo:

—Señor Téllez, como no estoy satisfecho de los trabajos de usted, le exonero del cargo; puede usted pasar á la caja, cobrar lo que alcance y retirarse.

—Esto me hizo el efecto de una bofetada, púseme en pie, temblando de ira, y le dije: Es usted un malcriado, no soy limpiabotas para que me despida tan sin miramientos.

—Está usted á mi servicio, y tengo el derecho de privarme cuando quiera de la colaboración de usted.

—Pero tiene usted el deber de ser cortés con los empleados del periódico, que no son criados de usted.

—Mando y no discuto,—me contestó aquel hombre con arrogantísimo tono. Me sentía ciego de ira y con ímpetus de estrellarle una silla en la monstruosa cara; te juro, hermano, que si no me acuerdo tan á tiempo de mi pobre Amalia, hago una atrocidad, aunque me hubiesen llevado á la cárcel. Haciendo, pues, un esfuerzo supremo, el mayor que he hecho en mi vida, logré dominarme, y le dije con serenidad: Creo merecer, por lo menos, que más en concreto se me digan las causas de semejante despedida.

—Dije ya,—me contestó,—que no me gustan los servicios de usted; esto basta, y por si no bastare, le diré ue tiene usted muy malas amistades; y á propósito: ¿no spera usted hoy la visita de su amigo de ayer? Creo es le cortesía, y quizá de necesidad que se la pague usted oy mismo.

—Dijo esto con tan marcada intención, que todo lo omprendí, y le repliqué: Si lo de malas amistades lo dice sted por Alvarez, tenga entendido que vale más que sted; si desagradó á usted la visita de ayer, es señal de ue más le han de haber disgustado otras que solía hacer ni pobre amigo; seguramente ya se vengó usted de él on creces y sin exponerse. Pues bien, lamentando la uerte de mi amigo, diré á usted que le envidio, porque udo causar á usted un disgusto que le llegue al alma, sto en el supuesto de que usted la tenga.

—Cobre usted y cállese, que sus palabras le pueden ostar muy caro.

—Las repito, y agrego que se guarde usted lo que me debe para galardón de algún esbirro, y salí, mientras aquella fiera lanzaba algunos gruñidos que no pude entender; y aquí me tienes.

Patillitas, después de haber escuchado aquella relación, refirió su humillante y doloroso percance, interrumpiéndose de vez en cuando para exhalar tristes gemidos. Pacotillas le oía con atención, crispaba en ocasiones los puños, y sus miradas lanzaban rayos que expresaban la indignación que le causaba el proceder del General.

—¡Es un villano!—decía,—comprendo muy bien que n un momento de cólera un hombre golpee, hiera ó mate

á los que le burlan; pero no tiene excusa la sangre fría la espantosa con que ese monstruo ha consumado su venganza.

Patillitas le contó en seguida lo que de Mercedes pensaba, su amigo no le dejó concluir, diciéndole:

—¡Hombre! Te voy á tener por muy merecedor de la paliza que has recibido, si prosigues alimentando tales ideas; no seas inocente, ¿cómo crees que la desdichada la hubiese estado de acuerdo con ese hombre? ¿Qué conseguía con eso? Dices que nada le pasó á ella, ¿cómo lo sabes? Yo te puedo asegurar que ha de haber salido peor que tú. El viejo sabe herir en lo vivo, y si no la golpeó, sería por torturarla de otro modo, por avergonzarla, por zaherirla, por vilipendiarla.

—¡Qué barbaridad!—exclamó Patillitas después de un rato de silencio,—por contarte lo principal, olvidé lo accesorio, ¿dices que no recibiste mi papel? ¡Qué disparate he hecho! Figúrate que te escribí en la inteligencia de que el recado llegaría á tus manos; te voy á exponer á las iras de ese inicuo, pues te decía que vinieras á ver en qué estado me había puesto el monstruo abominable, y á aconsejarme el modo de tomar desquite, y castigar su infamia.

—No tengas cuidado por mí; ese papel no me hará á los ojos de ese villano más odioso de lo que ya soy, lo que sí me alarma es que va á creer que tratamos de jugarle alguna mala partida y es capaz de anticipársenos, haciéndonos algo que nos imposibilite para dañarle; en fin, lo que fuere sonará.

Al rato volvió la portera, contando que había entregado

papel á un señor viejo, gordo y muy feo; el cual, desués de leerlo se lo devolvió, diciéndole que no estaba lí la persona á quien iba dirigido.

Después reconoció Pacotillas el lacerado cuerpo de su nigo, encontrándole varias contusiones, sobre todo en lado derecho. Tenía un gran raspón en la rodilla izuierda y dos chipotes muy regulares en la cabeza. Paotillas frunció el entrecejo al reconocerle las costillas, ues le pareció fracturada la séptima del lado izquierdo.

Recomendóle el reposo, le prescribió una friega y foentos vulnerarios; improvisó y le acomodó un vendaje e cuerpo, después de todo lo cual se despidió ofreciénole volver.

El maltrecho joven se vió obligado á mandar por una omida á la fonda, comió con pocas ganas y muchos traajos, se acostó y durmió profundamente hasta las cuatro n que la portera le despertó, dándole una carta.

Era de Mercedes y decía así:

«Mi amado Rómulo: Una horrible é imprevista desracia interrumpió esta mañana nuestra dulce entrevista. e me partía el alma al presenciar la crueldad con que maltrataban aquellos sayones, nunca he deseado tanto er hombre como en esos momentos, para acudir á tu efensa; pero no tuve más remedio que llorar tu desentura y la mía.

»Yo no salí mejor librada que tú, es cierto que ese andido no tocó mi cuerpo. Hubiera valido más, pues ltrajó mi dignidad echándome á la calle como si fuera n perro sarnoso.

»Salí llena de dolor y muerta de vergüenza; salí en bata, con la cabeza arropada, oía detrás de mí los pasos de los verdugos, y creía escuchar sus groseras burlas. Eché á andar á la buena de Dios, sin saber por dónde, ni qué rumbo tomar; me parecía que se abría la tierra, que todos se reían de mí y me escupían, ¡qué sé yo cuántas cosas horribles pensé en esos momentos!

»Por fin, después de andar á la ventura por muchas calles, me hallé sin saber cómo en el Zócalo, me senté en la primera banca que alcancé á ver y me puse á llorar á mares. No me importaban las gentes que me veían como animal raro, ni los importunos que me dirigían necias preguntas.

»Desahogado un poco mi corazón con aquellas lágrimas, reparé en mi situación, conocí el papel ridículo que estaba haciendo, y levantándome tomé un coche de sitio para que me llevara á casa de mi comadre, á la calle Ancha, ya sabes, adonde fuí á comer aquel día, cuando esta desventurada mujer empezó á gustarte. Con mi comadre desahogué un poco más mi corazón oprimido, llorando á mares en sus cariñosos brazos.

»No tengo más amparo que tú. Ha llegado el momento en que me pruebes el cariño que me has encarecido tanto. No espero más que una palabra tuya para volar á tu lado y consagrarte, mientras viva, todo el amor de esta desgraciada.»

Tal fué la carta que, plagada de faltas de ortografía, recibió Patillitas, y que le contrarió no poco. ¡Malditas las ganas que tenía de seguir aquellas relaciones! Las

·cunstancias habían variado; él no podía echarse á estas á aquella mujer, sobrado caro había pagado los stos que se dió con ella. Además, la cabra siempre tira monte, y esas mujeres hallan siempre muy gracioso rlar á sus amantes titulares; y aunque que quisiera no dría hacerlo; ¿con qué la sostenía? No, que cargue otro a la Merceditas, no había de ser él el que anduviera, ıñana ó pasado, lleno de recelos é inquietudes, y viénse en el caso de apalear á otro. Hay tanto cercado ajeno tantos y tan sabrosos frutos en ellos, que fuera tontería ıer cercado propio.

Tales reflexiones inspiraba á Patillitas su frío egoís›, al mismo tiempo le parecía muy cruel contestarle á uella mujer con una negativa redonda. ¿Qué hacer? Lo nsaría.

En efecto, lo pensó, y la resolución que halló más gerosa fué escribirle una carta lo más tierna que pudo; ro diciéndole muy clarito: que todo había concluído tre ellos, que no contara con él para nada, y en resuidas cuentas, que buscara otra madre que la envolviera otro hombre que cargara con tan peligrosa belleza.

CAPÍTULO XVII

Unos suben y otros bajan

El tentador mostró al Hijo del hombre los reinos de la ›rra, ofreciéndoselos si se doblegaba ante él; oferta que Hijo del hombre rechazó, prefiriendo las amarguras del

Calvario antes que desmerecer la mirada cariñosa del Padre que está en los cielos.

Muy lejos estaba el Changuito de comprender esta alta doctrina del desinterés, y estaba mucho más lejos aún de practicarla. Su naturaleza tosca y henchida de carnales apetitos y de insaciables concupiscencias, inclinaba constantemente su fantasía á sensuales visiones. Por más que tan mal cuadrara á su juvenil edad, los ensueños de este joven, cuando los tenía y sus aspiraciones más altas, teñíanse con recargados tintes de epicureísmo.

Hartura para su cuerpo, halago para sus sentidos, tal era su constante ideal. Placíale imaginarse sentado delante de suntuosa mesa constelada por los destellos de rica vajilla, en que el límpido reflejo del cristal de Bohemia se mezclase con el radiante de la argentería y el mate de las sajonas porcelanas; ver cubierta la soñada mesa de humeantes y apetitosos manjares que lisongeasen el paladar con las más exquisitas sensaciones; vestir su cuerpo con ricos paños, esmaltarlo con joyas espléndidas, hollar orientales tapices, vivir bajo dorados artesones, ver en la puerta de la regia morada lujoso coche, que abriese, inclinándose ante el opulento dueño, apuesto lacayo, de alta chistera y larguísimo levitón verde.

Para realizar tan magnífico ensueño, encontraba todo aceptable aquel desventurado muchacho. Nada sería agacharse, nada arrastrarse, así fuese por el fango de pestíferos caños, con tal de resultar envuelto en los lujosos trajes y hospedado en la suntuosa morada.

El General López había sido el tentador del Chango, él había dado margen al desborde de materiales inclina-

ciones á que tanto propendía la grosera naturaleza del muchacho. El General, feo como el diablo, y casi tan insinuante y malo, había ido poco á poco mostrando á su víctima el seductor panorama.

Consagrósele en cuerpo y alma el codicioso joven, creyendo firmemente que su Mecenas le llevaría á las doradas regiones en que soñaba. El Chango adivinaba los pensamientos de López, se anticipaba á sus deseos y le hartaba de lisonjas y de serviles demostraciones.

Y no le iba mal en verdad: diz que para fomento de sus estudios le había conseguido el poderoso General treinta pesos mensuales, y otros sesenta que le abonaba el Municipio por que revisara y corrigiera los letreros de la ciudad.

Se hallaba pues el bienaventurado joven en muy bonancible situación. Dió de baja á sus pobres vestidos de colegial, y procuró frecuentar lo que, entre nosotros, se llama la buena sociedad.

En esta vida nada puede conquistarse sin perder alguna otra cosa. Tal le pasó á este ambicioso: perdió la estimación de sus compañeros y las ganas de estudiar.

Aunque la juventud de de nuestros días no peca de soñadora, los compañeros del Chango censuraron enérgicamente el crudo naturalismo, y la conducta poco delicada de este muchacho. Cuando iba á clase, que era muy rara vez, sus condiscípulos le lanzaban motes á porrillo, ó le hacían víctima de chascarrillos pesados.

Apenas entraba á la Escuela de Medicina, oía el Chango, que le dirigían groseros silbidos, ó que, con fingida voz de falsete, le decían: «Sácate adulador, sácate barbe-

ro, sácate Micolo,» y como ya se tenía por gran señor, aquellas malcriadeces acabaron por hacerle las aulas insoportables, y tuvo por más provechoso pasar el rato en la útil compañía del General, estudiándole el modo y bebiéndole los alientos.

—¿Para qué estudiar?—discurría el Chango,—cuando con buena suerte, mejores amigos y óptimas recomendaciones se puede escalar de un salto el templo de la fortuna. ¿Allí no estaba fulano, que era diputado influyente, que había hecho magníficos negocios y ya podía contarse entre los ricos? El haría otro tanto, el General le había dicho que el Ministro estaba muy bien dispuesto á proteger al Changuito, el cual, en las elecciones que se celebrarían dentro de dos años sería electo diputado.

Cuando se cumpliese promesa tan lisonjera afirmaría su buena posición, casándose con alguna muchacha rica é hija de padre influyente, y entonces ¿quién le tosería ya?

Para poner en vía de ejecución sus propósitos, para ir conociendo el mundo y saber los buenos partidos que hubiese, el Changuito se hizo presentar en varias casas de personas de suposición é influjo, y fué muy bien acogido. Como era listo, servicial y no carecía de gracia, supo inspirar simpatía á las señoritas, y hacerse agradable á las mamás.

En varias de aquellas casas sus servicios fueron tan estimados que llegó á hacerse el indispensable. Si llegaba la temporada de ópera, el Changuito corría á buscar una buena localidad para que se abonara la familia, si los cajones de moda exhibían novedades, el Changuito se apre-

suraba á participarlo, y hasta llevaba muestras de las telas ó figurines de las nuevas modas; si en la ciudad sucedía algo de sensación, acudía á contarlo á sus ilustres amigas, sazonando el relato con entretenidos y picantes comentarios.

Si sus ilustres amigas daban algún baile, el Changuito redactaba una crónica de la fiesta, en que calificaba á la señora de la casa de reina de la elegancia y del buen tono; y las señoritas, por feas que fuesen, eran llamadas en la crónica: estrellas de nuestro cielo espléndido, perfumadas flores de nuestros vergeles tropicales ó de cualquier otro modo altisonante y lisonjero.

Había llegado á ser, para sus ilustres amigas, una especie de consejero áulico en las altas cuestiones de trapos, que tanto preocupan á las mujeres. Siempre que se preparaba un baile de etiqueta llovían sobre él consultas por este estilo: ¿Qué dice usted, Robles, casará bien esta faya con este encaje? ¿me convendrá este color? ¿me sentará este adorno? ¿me hará buen cuerpo este figurín?

Y el Changuito estaba en sus glorias contestando magistralmente á las preguntas, emitiendo teorías de estética indumentaria, y el figurín por acá, y el encaje de Bruselas por allá, y el raso y las sedas por acullá, y luego las exclamaciones ponderativas. ¡Admirable, Julia! ese rosa pálido cuadra maravillosamente con el color alabastrino de su cuello, y con el hermoso rubio de sus cabellos. ¡Muy bien, Pachita! pero para mi gusto el lazo habría quedado mejor un poco más arriba; de ese modo la falda parecería tener más vuelo, y ondularía más airosamente, al compás de los graciosos movimientos de usted.

Y era muy fino y muy obsequioso, ya regalaba una camelia hermosísima, ya un ramillete artístico, ya una primorosa chuchería. Cuando alguno se enfermaba, esto era correr por el médico, ir á la botica, aconsejar diversas medicinas y hasta propinarlas él mismo.

Sus lisonjas habían llegado á adquirir celebridad, una vez dijo á la esposa de un Ministro:

—Señora, cuando usted iba entrando al salón me pareció una diosa, pero ahora que la veo de cerca cambio de opinión.

—¿Por qué? — preguntó la dama algo contrariada.

—Porque ahora veo en usted una Venus por la belleza, una Juno por la majestad y una Minerva por la inteligencia.

—¡Adulador! —contestó la señora fingiendo mortificarse.

Ya se calculará si con tantas, tan variadas y tan útiles dotes el Changüito iría lejos, y si no estaría llamado á ocupar puestos públicos de primer orden.

Muy distintos vientos soplaban á la sazón sobre la frágil nave de Pacotillas: á la pérdida de su plaza de redactor siguió pronto la de su empleo de practicante del hospital. Tuvo el infeliz la mala suerte de que cambiaran al médico de la sala. El nuevo Galeno era uno de esos seres madrugadores, nimios y escrupulosos, que arman un belén por quítame allá esas pajas. Que la ordenata no estaba buena, que el recetario estaba malo, que el número diez no fué curado con el escrúpulo que era de rigor, que el vendaje del número veinte tenía una vuelta más ó dos vueltas menos, y otras pequeñeces tan ridículas

que cargaban lo que no es imaginable el puntilloso humor de Pacotillas.

A todo se hubiera sometido éste de mala ó peor gana, pero lo que no estuvo en su mano fué acomodarse á la hora de la visita. El médico la pasaba á las seis y media de la mañana, y por más que Pacotillas, muy poco madrugador como sabemos, hacía esfuerzos sobrehumanos por llegar á tiempo, no siempre pudo conseguirlo.

Sucedióle pues tres veces en la misma semana no estar presente á la hora, y el médico, que estaba tan fastidiado del practicante, como éste de aquél, exigió imperiosamente, que, en nombre del buen servicio del establecimiento, fuese destituído aquel estudiante perezoso é inhábil.

Volvió pues la miseria á mostrar la fea catadura en el hogar de Pacotillas, volvieron los días tristes, las viejas ansiedades, las antiguas y terribles privaciones.

Con dificultad conseguía el mísero joven diez y seis duros al mes, ni para la renta de la casa alcanzaba. Hubo pues que reducirse, digo mal, pues bastante reducida estaba ya la pareja, hubo que sacrificarse, privándose casi de todo y ni así salía la cuenta; por lo pronto hubo que despedirse de la aseada viviendita que tenían, y volver á rodar por los cuartos interiores, feos, húmedos y malsanos.

Amalia y Pacotillas trasladaron sus penates hasta la apartada calle de Verdeja. El sencillo mobiliario había desaparecido ya, sólo cargaron con lo que nadie quiso por miserable. El catre de fierro fué reemplazado por una cama improvisada con bancos de madera y tablas atrave-

sadas; á esto, á dos sillas desvencijadas, á una mesa de madera blanca y á una maltratadísima cómoda, quedó reducido el miserable ajuar del no menos miserable cuarto.

Qué dolor causaba á Pacotillas su mísera situación, le llenaba de amargura la inagotable bondad de la angelical Amalia, tan conforme, tan resignada, tan cariñosa y tan dulce. En aquellos ratos, en que la más negra desesperación se apoderaba del estudiante, ella tenía siempre alguna palabra para alejar las torvas ideas del joven, alguna sonrisa para aliviarle la pena, ó alguna caricia para hacerle olvidar el dolor.

—No seas tontito,—le decía,—no te desesperes, no todos los tiempos son unos; ten confianza en Dios, lo que es por mí no te apures, ya estoy hecha á sufrir.

Otras veces la pobre niña trataba de echar á la broma aquellas escaceses y privaciones, y procuraba disipar el mal humor de su amante, hablándole de una posible situación mejor, ó de un inesperado cambio de fortuna.

—Ya verás,—le decía,—el día menos pensado cambia la suerte, acuérdate de cuando vivíamos en Juan Carbonero, ya viste cómo de repente cambiaron tus negocios.

Tantas bondades de la noble compañera de Pacotillas, si le calmaban por un momento, no conjuraban los horrores de la situación, que, reproduciendo con tenacidad sus tenebrosos y horrendos cuadros, agobiaban la mente del joven. A veces se echaba la culpa de todo, y los remordimientos le acosaban.

—Sí, yo tengo la culpa,—decía,—¿por qué no soy

listo, flexible y escurridizo como el Chango? ¿por qué soy tan retraído y misántropo? ¿á qué viene mi horror supersticioso á todo lo que puede tomarse por adulación ó por bajeza, y el raro empeño de no pedirle favor á nadie? ¿Será dignidad, como me parece, ó no vendrá á ser en suma más que desmedido y necio orgullo?

Tales reflexiones le abrumaban, pues le hacían responsable de la terrible situación que atormentaba á los dos. Y había, en verdad, motivo para que así discurriese: las gentes le apreciaban, honraban sus talentos, y le tenían por joven de provecho; pero ¿cómo habían de adivinar sus necesidades? ¿cómo habían de buscarle, si él las frecuentaba tan poco? si cuando se encontraba por casualidad con alguien se ponía serio, ceñudo, malhumorado, contestaba con frases concisas á las preguntas que se le hacían, y mostraba por el trato humano un desdén, que hacía encogerse de hombros á los que con él trataban.

Siempre que pensaba en esto maldecía su extraño carácter, que le apartaba de las gentes y creaba el vacío en torno suyo. ¡Si á lo menos sufriera él solo las consecuencias de sus excentricidades! pero lo pésimo del caso era que venían á pesar sobre aquella inocente víctima, á quien en mala hora hizo partícipe de su funesta suerte.

Y para todo habrá remedio, seguía pensando, menos para cambiar radicalmente de carácter, para trocar en amable y festivo, el áspero y huraño suyo. Cuando adquiría tan triste convicción procuraba explicarse cómo pudo caberle en suerte un genio semejante: lo atribuía á

su solitaria, vagabunda y soñadora niñez, á su estudiosa y retirada adolescencia, á la horrible desgracia que le privó de su padre, dejándole en la orfandad y el desamparo, justamente en los años en que el corazón es más sensible, y en que el alma tiene más necesidad de emociones tiernas.

¿Cómo en aquella gran desventura le hubiera sido grato el comercio con las gentes, frívolo por lo común, indiferente á las grandes desgracias y en demasía vulgar? También creía Pacotillas que, por haber sido tan buenas las personas á quienes había amado, se inclinaba á ver con desdén á los demás.

Su padre, el mejor de los hombres; Amalia, la más generosa y mejor de las mujeres, le habían sugerido un ideal muy alto de los seres que merecen amor; y como los demás perdían mucho en el cotejo, el joven no podía remediar sentir por ellas un despego, en que había mucho de despreciativo.

No se crea que él no se hubiera esforzado mucho en corregir aquellos defectos, cuya trascendencia no se escondía á su entendimiento perspicaz. No pocas veces se había propuesto ir á diversiones, frecuentar distintos círculos sociales, y en fin, rozarse con las gentes, para ver si se embotaba y encallecía su quisquillosa y exagerada sensibilidad; mas los ensayos saliéronle siempre contraproducentes, pues en vez de hacerle más sociable, le aficionaban más al aislamiento.

Cabalmente uno de estos ensayos fué acceder á la invitación que le hizo el Chango, para que tratara al General López y escribiera en el periódico. Hizo el pro-

pósito firme de dominarse, de disimular sus repugnancias, de ser amable, tolerante y complaciente; y ya se ha visto que sus genialidades pudieron más que su resolución.

El mismo mal resultado tuvieron siempre sus proyectos de sociabilidad, había consentido varias veces en ir á baile; y, por más que se hubiera propuesto hacer lo que todos, brincar, conversar, cortejar á las muchachas, divertirse, nunca lo había conseguido; sino que salía de la fiesta más aburrido que entraba, y jurando no concurrir á otra.

Le faltaba mucho para ser buen bailador, pero la idea que tenía formada de su torpeza, era mayor que su torpeza misma; y el temor de ponerse en ridículo, ó de aburrir ó molestar á su compañera le retraían de bailar, y cuando por casualidad se resolvía á hacerlo le agobiaba otra dificultad mayor que la de hacer piruetas: platicar con su compañera.

Es más difícil de lo que parece, entretener con discreta conversación á una jovencita, á quien no conocemos, que va al baile en pos de solaz y esparcimiento, y tiene derecho á esperar que su compañero la distraiga, halague ó divierta. No todos los hombres conocen el arte de hablar sin decir nada en sustancia, á que se reducen estas conversaciones.

¿Qué decirle, pues, y cómo decírselo? ¿Cómo conjeturar lo que la agrade? ¿Cómo saber lo que puede distraerla? ¿Cómo dar, en fin, con el secreto de satisfacer agradablemente la vivacidad de aquella criaturita, que, con sus inquietas miradas y graciosos mohínes, parece pedir á

nuestra conversación algo colorido, brillante y hermoso, propio de su casi infantil espíritu?

No son, por cierto, los hombres de mucho saber, ni de inteligencia sólida, los más á propósito para salir airosos de la delicada comisión de saciar con temas festivos, ligeros, galanos y chispeantes, la ávida curiosidad de una compañera de baile.

En tales casos Pacotillas resumía así los inconvenientes de la situación, mas sin atinar con el modo de superarlos: callar es desairado, hablar por hablar es necio, galantear puede ser impertinente. El no era de mala figura, y por lo general caía en gracia á las muchachas; mas creía lo contrario, y el temor de parecer desmañado y torpe le turbaba, haciéndole cometer verdaderas torpezas.

Temía no saber pedir la pieza con suficiente despejo, ni poder cumplir las prolijas y nimias obligaciones del que baila, tales como cuidar el vestido de la compañera, y estar pronto á remediar el desperfecto que ocurriere en el tocado y adornos. ¡Cómo envidiaba en tales casos el desembarazo de sus compañeros, y lo bien que entendían en aquellas pequeñeces!

Estas ideas le asaltaban en tropel las pocas veces que iba á baile, incomodándole y turbándole mucho; creía que todos se burlaban de él, le parecía ridículo y vano cuanto le rodeaba, sentíase fuera de su centro y acababa por malhumorarse y salirse fastidiado, renegando de la gente y de sus vulgares pasatiempos.

Desde que hacía vida común con Amalia se había retraído mucho más, y era natural: al lado de ella encontraba satisfacciones que en vano había buscado en

otra parte, y como la índole de sus amores le impedía presentarse en público con ella, se veía obligado á aislarse más de la sociedad; y si, en efecto, vivía en una intimidad grata á su corazón, se perjudicaba mucho en sus intereses y se hacía más desdeñoso y huraño con los demás.

Por otra parte, todos sus conocidos sabían sus vínculos amorosos, y, como sucede en tales casos, fuera de los amigos íntimos, enterados de la verdad, el público se formaba de aquellas relaciones los conceptos más erróneos, y, en su mayor parte, desfavorables al joven. Cual le calificaba de divagado y mal entretenido, quien aseguraba que la muchacha había sido seducida y arrancada á su familia por Pacotillas, y no faltaba quien, so capa de favorecerle, sostuviera que Amalia era una aventurera que había sorbido el seso al estudiante. En resolución, todos le tenían por hombre al agua, y al declararlo perdido, jamás dejaban de agregar el estribillo de costumbre: ¡qué lástima!

Transcurrían los primeros días de Octubre, el nuevo Congreso se habia instalado, el General López ocupaba su curul perpetua, los ambiciosos planes del Changuito adelantaban día á día, ya se codeaba con los próceres y se había hecho indispensable en varias casas ricas.

En esos días, el cielo de México tuvo la humorada de estar, no despejado y luminoso como los horizontes y las esperanzas del Chango, sino encapotado, opaco, melancólico y triste como el alma desilusionada de Pacotillas.

Sufríamos uno de esos temporales que los vecinos de

esta buena ciudad llaman el cordonazo de San Francisco. Con leves interrupciones había caído, durante tres días de un nublado sin interrupción, una lluvia pesada, monótona y fastidiosa; el suelo estaba negro, el cielo blanco y un vientecillo norte arrasaba la ciudad con su frío hálito. Las calles estaban intransitables, un lodo pegajoso y batido por los transeuntes, cubría el piso; aquí y allá se formaban charcos de agua turbia, que, removidos por las cabalgaduras, por las ruedas de los coches ó de los grandes y pesados carros, salpicaban la ropa de los transeuntes desapercibidos.

En esos días melancólicos el frío de la miseria había arreciado terriblemente en el hogar de Pacotillas. No tenía el pobre más recurso que coger una prenda de ropa, liarla de modo que abultara lo menos posible y tomar el camino del empeño con el cieno en los pies, la humillación en el alma, el rubor en la cara y, no pocas veces, el llanto en los ojos. Entraba al primer empeño: los estantes estaban repletos de apiñadas y multicoloras prendas, y el local henchido de gente tan necesitada como él, pero vestida al menos de un modo más en armonía con su pobreza. Entraba furtivamente, como si fuera á acometer un hurto; le flaqueaban las piernas, le ardía la cara, le zumbaban los oídos, le parecía que los miserables que estaban en aquel sitio se codeaban y cuchicheaban, burlándosé de la pobreza vergonzante de él, más ridícula y puesta más en relieve por la raída levita negra y el maltratado sombrero alto.

Tendía humildemente el brazo sobre el mostrador; se precipitaba á coger el lío un gachupín mocetón, de cha-

queta de dril, corbata colorada, cara rubicunda, orejas grandes y cabello cortado al rape, el cual desliaba rápidamente el bulto, levantaba en alto la prenda, suspendiéndola con ambas manos, la mirada á lo largo, á lo ancho, al través, y luego decía con recia voz y agachupinado acento: ¡Una peseta!

Otras veces la prenda no gustaba, el mocetón la enrollaba con gran presteza y la devolvía desdeñosamente; el avergonzado Paco salía entonces corrido y cabizbajo en busca de empeñeros menos exigentes, y así solía llegar hasta la calle del León.

Regresaba con presurosos pasos, enlodándose hasta el tobillo y sintiendo en los pies la frialdad del agua que le entraba por los agujereados botines. Llegaba á la pobre casa, se dirigía á su miserable cuarto; de pie en la puerta le esperaba Amalia, le dirigía una mirada llena de ternura y piedad, y con tono cariñoso le decía: ¡Pobrecito!

Si la peseta rendía, y había quien quisiera traerlos, llegaban los efectos necesarios para la frugal comida, que la propia Amalia preparaba, ayudada por el joven, quien le soplaba la lumbre, le alargaba agua ó desempeñaba menesteres parecidos; decíanse sendos ¡pobrecito! ¡pobrecita! y cuando estaban de buen humor se chanceaban.

La más triste eventualidad era, que no hubiera en la gran vecindad ningún muchacho que quisiera hacer el mandado, y eso pasó en los despiadados días del cordonazo. ¿Qué hacer entonces? Duro era el caso, pero inevitable: el joven, lleno de resignación, se resolvía á ir por

el mandado, Amalia intervenía: No vayas tú, mi vida, ¿cómo vas? ¿cómo has de ir? Yendo, le contestaba el otro, y procurando bromear, decía, fingiendo buen humor, que era un emigrado del 93, un príncipe disfrazado, un gran personaje perseguido, y que así guardaba mejor el incógnito; y, casi luchando con Amalia, se iba y quedaba consumado el sacrificio.

Quiso Dios que levantara el tiempo, que el cielo se limpiara, que luciera el sol, pareciendo tanto más hermoso cuanto más tiempo había estado escondido. ¡Ojalá que así hubiera cambiado de aspecto la suerte de aquellos pobres amantes! pero nada, la pobreza seguía angustiándoles, lo mismo que en los días lluviosos.

Puntualmente el segundo día de buen tiempo, cerca de las doce, recorría Paco su doloroso vía crucis, de estación en estación, ó sea de empeño en empeño. Ese día había sido desgraciado como nunca, ni en Verdeja, ni en la Lagunilla, ni en la Estampa de la Misericordia, le habían querido prestar, y tuvo que alargar sus pasos hasta la calle del León.

Las calles estaban ya secas, aunque todavía quedaban algunos charcos de lodo espeso y negro. El prestamista del León se dignó, al fin, proporcionar la peseta; ya salía Paco, doblando el boleto, cuando vió venir al Chango, lujosamente vestido; llevaba un traje negro, nuevecito, de fino paño é irreprochable corte, calzaba elegantes botines de charol, rematados por aguda y encorvada punta; el chaleco, muy abierto, dejaba ver la blanquísima pechera, y lucía una gruesa cadena de oro. El Chango iba de prisa, empuñando una caña de Indias, y dándose mucha

importancia, pues iba á comer con un prócer que vivía en la calle del Factor.

Pacotillas hubiera dado la negra peseta, que, con tanta pena, había conseguido, por no tropezar con aquel fatuo; pero no había remedio, tenían que encontrarse, y que cruzar por la misma banqueta. Pacotillas juró no ceder la acera á aquel sinvergüenza. Encontráronse, pues, el Chango dirigió á su pobre camarada una mirada llena de protector desdén, y le dijo con el tono de un gran señor que saluda á un lacayo:

—¡Adiós, Pacotillas!

Este, con mayor desdén aún, y haciendo un gesto, como si dijera un insulto ó escupiera, contestó:

—¡Adiós, Chango!

Y se cruzaron. Al Chango le ardió el mote, y todavía le zumbaba en los oídos, cuando oyó un ruido estrepitoso, y sintió en la cara una rociada de gotas frescas, pegajosas y de mal olor.

Había pasado un carro pesadísimo, y la enorme rueda, cayendo de súbito en un gran bache, que junto á la banqueta había, salpicó de inmundo lodo al malaventurado Chango, á quien cayeron los asquerosos pringues en el traje, echándole á perder la camisa, y dejándole incapaz é impresentable.

—¡Bruto!—dijo el Chango al carretero, queriendo comérselo con los ojos, y amenazándolo con la frágil caña.

—*Adió del roto*, pues límpiese con la lengua,—contestó éste, azotando á sus mulas y riéndose á carcajadas.

El Chango contempló con angustiados ojos los estragos

de su flamante traje, acabadito de estrenar, y olvidando que estaba en la calle exclamó en voz alta:

— ¡Qué diablura! ya no puedo ir á la comida; me ha *hecho ojo* ese maldito Pacotillas; — y luego pensó: — Es un *jetattore*, tiene la desgracia, y la comunica á los que encuentra al paso.

CAPÍTULO XVIII

La novia del Chango

Impulsada por mansos vientos, bogaba en azulados y quietos mares la afortunada nave del Changuito. A principios de Noviembre era ya nada menos que secretario particular del Ministro, puesto que le daba mucha importancia, le proporcionaba grandes ganancias, y le permitía meter las narices, y hasta las manos, en los muchos y cuantiosos negocios que despachaba la correspondiente Secretaría de Estado.

Habíale caído muy en gracia á su Excelencia desde aquel banquete, que tan tremenda indigestión de ideas causó á Pacotillas; el Ministro quedó encantado de la soltura del Chango, de su despejo, vivacidad y gracia, de lo bien que manejaba la pluma, y daba forma á la más informe idea. Dicho se está que el joven se esmeró en cultivar tan benévolas disposiciones, y no se daba punto de reposo para robustecer aquella simpatía que tan ricos frutos había de producirle.

El prócer comenzó por agregarle á la secretaría, y

como estaba cada vez más descontento del secretario, y más satisfecho del adjunto, no tardó mucho el día en que confió al Changuito el importante y confidencial cargo.

Hubo, por supuesto, que contar con el beneplácito del General López, padrino político, y, hasta allí, patrono principal del joven. El General accedió de buen grado, pues colocar una hechura suya en puesto semejante, era para él tanto como poner una pica en Flandes.

Hubo, pues, entre el General y su protegido, tiernas escenas de despedida y ardientes protestas de amistad; hubo, por parte del General, acaloradas felicitaciones para su protegido, con mucho de: «¡Ya lo ve usted! ¿no se lo dije á usted? siempre me pareció usted un joven de muchísimo provecho.»

Hubo, por parte del Changuito, mucho de decir á López, que á él se lo debía todo, que en cualquiera parte estaría á las respetables órdenes del señor General, y que se dignara el señor General seguir viéndole como un partidario adicto y celoso, y como un servidor que, aunque inútil y humilde, había de ser infatigable.

Ascendido á superior dignidad dejó vacantes el puesto de redactor y el empleo de inspector de letreros, que heredó su amigo Torres, el cual seguía con entusiasmo las huellas del feliz Changuito. También renunció éste la pensión que como estudiante percibía, pues ya no quería seguir la larga y difícil carrera de los estudios, prefiriendo la florida, la fácil, la agradable que con tan feliz éxito recorría ya.

Instalóse en su nuevo cargo y comenzó á desempeñar

sus altas funciones, que, en la parte visible, eran recibir la abultada correspondencia del ministro, imponerse y dar á su excelencia cuenta de ella, y redactar las contestaciones.

No tenía el cargo sueldo fijo, sino voluntaria gratificación, y además pingües gajes; pues como todos los negocios pasaban por manos del secretario, tocaba á la habilidad de éste hacerlos florecer ó marchitarlos, informando favorablemente al Ministro ó dándoles carpetazo ó informando mal.

Nada más fácil que lo dicho. La tramitación oficial es de mera fórmula, lo importante es manejar con habilidad el hilo escondido y el resorte íntimo de los negocios. Si el secretario quería favorecer el despacho de algún asunto, escogía el momento más oportuno para comunicarle á su excelencia, encomiaba las ventajas de ese asunto y tendía discretamente un velo sobre lo inconveniente; el negocio patrocinado así caminaba bien. El Chango hacía lo contrario cuando el asunto no merecía su preferencia, preparaba desfavorablemente el ánimo del prócer y el negocio fracasaba. El joven, como persona que se estima, no cedía gratuitamente su patrocinio, no daba de limosna su preciosa influencia.

Todo esto lo sabían de memoria cuantos tenían negocios en el ministerio, y lo primero que hacían era captarse la benevolencia del joven con preciosos regalos, con importantes donativos ó con interesarle en el negocio, haciéndole partícipe en las utilidades. No es aventurado afirmar que los gajes y buscas de tan buen oficio pasaban de quinientos duros mensuales.

Con admirable prontitud conoció el nuevo secretario el carácter de su jefe, y con flexibilidad, no menos admirable, amoldó al de su superior el suyo propio. El señor Ministro era de pocas palabras, amigo de que le entendiesen pronto, de que le adivinasen el pensamiento, y le sirvieran con la prontitud del relámpago; aunque de exterior apacible y desmañado, estaba sujeto á coléricos arrebatos, en que ponía á sus dependientes cual no digan dueñas; mas el Chango se acomodaba á todo, y con salados chistes, vivas gesticulaciones ó con sumisión y mansedumbre, según conviniera, conjuraba aquellos enojos, haciéndolos redundar casi siempre en provecho propio.

Entre otros encargos tenía el Changuito el de leer la prensa y hacer un extracto de lo más importante que contuvieran los periódicos, para que lo supiera su señor. Cada día gustaba éste más del avispado carácter de aquel chico, que, con la mayor habilidad, iba penetrando poco á poco los interiores, y conociendo las flaquezas de su excelencia, que no eran pocas en verdad; las mujeres le sacaban frecuentemente de quicio, y en esos casos le eran muy útiles la discreción y travesura del joven secretario.

En esos días, una de las personas que más ricos negocios agitaba en el ministerio era el señor don Librado Flores y Flores, pez de enormes tragaderas, que en el revuelto mar de los negocios públicos engullía los más grandes y sabrosos bocados. Había sido muchos años corredor de Palacio y contratista del vestuario, y ahora, como siempre, andaba á caza de varias contratas produc-

tivas. Era riquísimo, su fortuna mal contada pasaba de dos millones y llevaba trazas de duplicarla antes de mucho.

El finísimo olfato de don Librado percibió luego lo útil que podía serle un joven tan despabilado como el secretario, y procuró captarse su voluntad; lo obsequió de mil modos, lo llevó á su casa, en la que el listo muchacho encontró lo que tan firmemente se había propuesto buscar.

Encontró nada menos que la soñada novia en la hija única del millonario. Rosa, que así se llamaba la heredera, era una muchacha apenas de quince abriles, de constitución endeble, pálida tez y facciones marchitas. En su cara sobresalían, esparciendo encanto singular sobre la desmedrada fisonomía, unos ojos grandes y negros, de profundo, tierno, lánguido y melancólico mirar. Aumentaban la belleza de aquellos ojos expresivos, los flecos de largas y rizadas pestañas y el ojeroso tinte de los párpados; la tez morena de la muchacha era limpia, y su dentadura blanquísima. Por desgracia, no pasaban de aquí las perfecciones físicas de Rosita; en cuanto á defectos, nada más fácil que advertirlos: capitaneando á todos, se presentaba una nariz larga, que atraía con su indiscreto desarrollo las miradas de los burlones, formando todavía mayor bulto porque la frente era chica y deprimida, y la boca muy pequeña; los labios delgados y pálidos, estaban frecuentemente plegados por una especie de mohín desdeñoso.

Lo largo y enjuto de su rostro, y lo afilado de todas sus facciones la afeaban también bastante; de perfil pare-

cía una figura de cartón recortada, de frente parecía una sombra. Sin embargo, si estaba contenta, si se animaba con la conversación y un soplo de vida agitaba sus mortecinas facciones, no se veía tan mal; pero si estaba seria se echaba todo á perder, y parecía una fea figura funeraria labrada con el peor gusto.

En su cuerpo la favorecía bastante el delgadísimo talle, que le daba aspecto de sílfide ó willis alemana; pero el busto era pobrísimo, con los hombros angulosos y huesudos; por lo demás, era alta, bien proporcionada, de pequeño pie y movimientos graciosos y desembarazados.

Sobre su persona moral habría mucho que decir, era de corazón sensible, de alma tierna, de buenas inclinaciones; pero su trato era desapacible y desabrido, y por leves motivos surgían en ella accesos de ira; sus demás defectos reducíanse unos á deficiencias naturales: su inteligencia era menos que mediana, y la frialdad de su carácter le vedaba todo arranque de entusiasmo y le inspiraba desdén por cuanto le rodeaba. Otros defectos de Rosita podían calificarse de adquiridos, y eran la consecuencia de la riqueza de su padre; el principal de ellos era una vanidad enorme, y el gusto á todo género de ostentación.

Su instrucción dejaba mucho que desear, casi no había aprendido más que lo que se puede lucir en un salón, cantar y tocar el piano; lo demás se reducía á un poco de francés, á leer sin entonación, y á escribir sin ortografía. Por fortuna, nuestra sociedad, que aun la instrucción de los hombres tiene en poco, no pone reparo al-

guno á la femenina ignorancia, sobre todo, si en cambio del saber que falta, hay dinero de sobra.

La muy señora mía, doña Guadalupe Peña de Flores y Flores, era la madre feliz de aquel pimpollo desmedrado, y la esposa no menos feliz del ricachón.

Pocas veces salen los hijos tan parecidos á sus padres como Rosita salió á su mamá. Parecían vaciadas en el mismo molde, y cortadas por el mismo patrón; Rosita era la imagen viva de la difunta juventud de su mamá, y doña Guadalupe el anticipado retrato de la vejez de Rosita.

Las dos eran muy altas, muy delgadas, muy flacas, muy morenas, muy narigonas; las dos lucían, como rico adorno del paupérrimo rostro, un par de ojos negros, melancólicos, inspiradores de languideces é imán de apasionados suspiros. Tan finos y de tan superior calidad eran los susodichos ojos, que todavía lanzaban vivos destellos á través de los cincuenta y cuatro años que, sin doblegarlo, pesaban sobre el magro cuerpo de doña Guadalupe.

Mas el parecido, limitándose á lo físico, no sólo no traspasaba los morales confines, sino que se trocaba en ellos en diferencia, en contraste, casi en oposición. La madre era viva, inquieta, locuaz, alborotadora, sujeta á raptos de alegría frenética; mientras que la hija era apática, fría, tranquila, serena, enemiga de todo arranque y parca en palabras.

A su padre era á quien Rosita se parecía en lo moral; como él era sesuda, calculadora, más amiga de ventajas y comodidades que de vanas demostraciones. No podía dudarse que era hija de los dos, y que, en el misterio de

su concepción, se fundieron en un solo ser el carácter del papá, y el enjuto y macilento cuerpo de la mamá.

Doña Guadalupe tenía de sí misma el más elevado concepto; se creía un ser tierno, delicado y finísimo, superior á todos los de su casa, y mejor que cuantos haya en el mundo entero; no cifraba su vanidad en las riquezas de su marido, que antes afectaba despreciar, sino en la delicadeza ingénita, y en la innata superioridad de su naturaleza grácil.

El desmedido concepto que de sí misma tenía, databa de muy lejos, de la época ya lejana de sus quince primaveras, en que se hartó de novelas sentimentales, muy en boga entonces, y que le hicieron creer, que el desmedro de su cuerpo era señal de la delicadeza y superioridad de su espíritu.

De todos los seres, nacidos y por nacer, á ninguno tenía por más grosero, prosaico y desabrido que á su propio esposo, el excelente don Librado; unas veces en broma, y otras por lo serio, lo aturdía, llamándole hombre vulgar y metalizado, insensible á todo afecto é incapaz de todo generoso arranque.

Por fortuna tales arrebatos se estrellaban, como la frágil onda en la firme roca, en el bien probado estoicismo del marido. Don Librado, cachazudo y bonachón como pocos, no se dignaba molestarse por aquellas salidas de su cara mitad; cuidaba demasiado su digestión y la tranquilidad de su espíritu, para no ver venir el nublado con toda calma, sin exponerse á un derrame de bilis, á un ataque apoplético, ó á comprometer sus complicados negocios, turbando la lucidez de su espíritu, por mezqui-

nos disgustos caseros, ó por despreciables bachillerías de mujer nerviosa.

De no haber sido así, aquel matrimonio no se hubiera sostenido un solo año. Si don Librado hubiera tenido el carácter vivaz, alborotador y explosivo de su tierna cónyugue, hubieran vivido en completa riña; mas la cachaza de don Librado, el cariño que tenía á su esposa, la estimación que le profesaba, y quizá, su misma naturaleza pesada, que apetecía vivas excitaciones, no sólo le hacían tolerar á su agria compañera, sino que no la hubiera cambiado por otra de condición más dulce.

Y ciertamente no carecía de prendas estimables aquella mujer regañona, aquel haz de nervios; era nimia y escrupulosamente hacendosa, y tan limpia que el armiño hubiera parecido á su lado un animal inmundo. Pobres de los criados el día que la señora se levantaba con humor de poner la casa en orden, y de expulsar del santuario doméstico hasta el último átomo de polvo; todos eran unos puercos, perezosos, que sólo limpian lo que ve la suegra, y defraudan desvergonzadamente el sueldo. En días tales la señora, no contenta con reñirlos, les enseñaba prácticamente el modo de hacer las cosas, y era de maravillar que aquella dama melindrosa y regalada ejecutase todas las faenas domésticas, desde las rudas de la recámara ó la cocina hasta las delicadas de las más difíciles labores manuales.

La madre y la hija no simpatizaban ni estaban de acuerdo sobre punto alguno; la madre reñía diariamente á la muchacha por su vulgaridad, desmañamiento é indiferencia; y diariamente también la muchacha se quejaba



de las exigencias, de la arbitrariedad, de la tiranía y del carácter desapacible y fiero de su señora mamá.

Mas si Rosita hacía con doña Guadalupe malas migas, con su papá las hacía bonísimas; más que padre, don Librado era su amigo complaciente, y tan placentera hallaba el negociante la compañía de su hija como gustoso encontraba Rosita el trato de su padre. Don Librado mandaba, sin ordenarlo, en el alma de su heredera; mientras doña Guadalupe, que se pasaba el día dando órdenes, sólo era obedecida aparentemente por la indócil muchacha, y eso con protestas y refunfuños.

Don Librado era uuo de esos tipos muy comunes entre nosotros, que, con la avidez y codicia más insaciables en los negocios, adunan la mayor sencillez en el trato íntimo, y las virtudes más patriarcales en el seno del hogar. En el público se decía de él que era un ladrón judío, que medraba á costa del Erario, que sus rapiñas podían contarse por las fincas rústicas y urbanas que poseía.

La verdad era que este negociante feliz no tenía escrúpulo en envolver á los que con él trataban, y le parecía muy gracioso enredar á los incautos en la fina urdimbre de un contrato astuto; mas cuando se trataba con él de amigo á amigo era incapaz de sacar un real de ventaja. En resumen, don Librado era en su casa un niño candoroso, en la amistad un hombre leal y honrado, y un pirata temible en los negocios.

Tal fué la familia, en cuyo confortable y lujoso hogar halló el Changuito el colmo de sus doradas ilusiones; la compañera á cuya delicada mano había de asirse para llegar al pináculo de la riqueza y consideración. Tuvo

este diablo de muchacho el tino de caer muy bien en aquella familia, y, cual piloto expertísimo, supo evitar los escollos que podían ofrecerle los raros y distintos caracteres que la componían.

A poco de visitar la casa sabía perfectamente el lado flaco de cada una de las personas de ella, y había tomado las medidas más propias para caer bien á todas. Lisonjeaba la vanidad de la señora, empezando por llevarle la contra para dejarse convencer después; y acertaba en ello, pues nada placía más al carácter bullanguero y batallador de doña Guadalupe, que el ardor de la lucha, seguido del placer del vencimiento. Si menos hábil, el Chango hubiese contestado amén á cuanto la dama decía, ésta le hubiera tenido por un estúpido ó por un hipócrita, despreciándole en el primer supuesto y aborreciéndole en el segundo; mas como el Changuito al contradecirla lo hacía con agudas razones, y se dejaba convencer con una habilidad tal, que parecía quedar de veras derrotado, la señora le tuvo por muy inteligente, y además por muy razonable.

Amplia brecha abrió el joven en la muralla de la buena voluntad de doña Guadalupe, aprovechando las aficiones de ésta al orden, al buen gusto y á la elegancia; la dama quedó muy complacida por lo que, en tan graves materias sabía el muchacho, y aun le aceptó por consejero. Con la joven usó otra táctica: fingía docilidad, calma imperturbable y perspicacia suma. De sobra conquistado estaba el padre con las facilidades que el joven podía proporcionarle para el arreglo de sus muchos negocios.

Poco á poco fué dando á conocer el Changuito su afición á la niña, pero sin declararse abiertamente; y, aunque por distintas razones todos lo aprobaron: á la muchacha le parecía simpático, don Librado le encontraba muchas prendas de buen yerno, y le creía destinado á enriquecerse mucho, y á figurar en grande escala.

Se acordaba el buen viejo de los pasados tiempos, y conocía en aquel joven las cualidades de un negociante ás hábil que el mismo don Librado, y que prosperaría ucho más. El señor Flores, todavía mocetón, supo gaarse la voluntad de dos personajes que ejercieron un flujo decisivo sobre el General Santa-Anna: el General ornel y don Lúcas Alamán.

El primero fué el favorito del dictador, y el segundo ié la persona cuyos dictámenes estimaba más Santanna. Embarcar á Tornel no era muy difícil, era hombre anidoso, era figura de pompa y relumbrón, con adularlo n poco sobraba; pero conquistar á Alamán sí era emresa de romanos; era severo, frío, imperturbable, dueño e sí mismo, sagaz y calculador: á una inteligencia ólida unía una voluntad firme, y mucha habilidad para onocer á los hombres.

Todavía se acordaba Flores de la impresión profunda ue le causó don Lucas en las primeras entrevistas, y lon Librado, no obstante su poca edad, supo conquistarse l beneplácito de aquel personaje de mirada inquisidora fría, de cortesía helada y de frases concisas.

Flores y Flores fué muy pobre en sus mocedades, mas uanto le valieron los diversos patronos que supo granearse, allí estaban para decirlo los millones que poseía.

Ahora bien, ¿cuánto no podría ganar, andando el tiempo, su joven amigo el secretario? tenía más instrucción, más astucia, más maña que don Librado, é iba á ejercer su habilidad en tiempos mejores.

En los tiempos de Flores no era tan fácil como ahora enriquecerse en negocios con el Gobierno, aquel Erario siempre exhausto, aquellas revoluciones siempre amenazadoras, aquel cambiar de presidentes y de círculos políticos, aquellas asonadas y motines, en que la plebe lanzaba irritados mueras á los personajes impopulares.

Todavía se horrorizaba al recordar el peligro que corrió en el motín de 1855, cuando la última caída de Santa-Anna. En esa época era Flores muy mal visto, pasaba por hechura y favorito del ministro Bonilla; decían los habladores que éste había ocultado en casa de Flores grandes sumas y papeles de importancia. No era verdad, Flores entonces aun no cumplía treinta años, y, aunque Bonilla le favorecía, no le otorgaba su confianza hasta ese punto. Pero corrió esa voz, y vaya usted á contener y á desmentir una conseja absurda. El caso fué que, cuando la plebe, ebria de desorden y de rapiña, y guiada por criminales agitadores, dió rienda suelta á su furor, saqueando la casa del susodicho ministro, se dirigió á la de Flores para saquearla también, y colgar á éste de un balcón, según ahullaban los vociferadores.

La sangre fría de Flores lo salvó, oyó el estrépito de la canalla que se encaminaba á su casa, y, después de quitarse corbata, pantalón, levita y chaleco, se encasquetó el sombrero del portero, se envolvió en el zarape de éste,

y salió sin ser conocido, mezclándose con los amotinados y gritando más recio que nadie: — ¡Muera el cojo Santa-Anna! ¡Viva la libertad! ¡Muera el ladrón Flores! ¡Viva el plan de Ayutla! ¡Viva Comonfort!—El sustazo lo llevó la pobre de doña Guadalupe, que, para colmo de desventuras, estaba encinta y abortó.

Hoy no hay tales inconvenientes, y sí muchas ventajas; el Erario está repleto, las revoluciones han sido relegadas al olvido, los motines son ya desconocidos, y los hábiles pueden hacer su agosto, sin temer asonadas que turben su tranquilidad, sin que la canalla los insulte, ni los periódicos los difamen.

Doña Guadalupe no veía con malos ojos el posible enlace del Chango y Rosita. A ser ella joven, no elegiría por marido á aquel muchacho prosaico, ordinario y de baja estracción; mas, así y todo, era muy buen partido para la tosca y terrestre naturaleza de su hija. ¡Qué buena pareja harían! ¡qué bien habían de entenderse!

Todo se iba preparando para el logro de las pretensiones de Robles, ya sólo le faltaba la formalidad de declarar á Rosita su atrevido pensamiento; para hacerlo no esperaba más que una ocasión solemne, que no tardó en presentarse.

Construía don Librado una magnífica casa de recreo en la calzada de la Reforma, no fué ajeno el Chango á las cuestiones de ornato, decorado y mobiliario de la suntuosa finca; dió sobre muchas de ellas su opinión, que fué tenida por de buen gusto y obsequiada. Terminóse al fin la rica propiedad, y la familia determinó estrenarla

con un gran baile, destinado á celebrar el natalicio de la empingorotada esposa del millonario.

La casa quedó espléndida: en los altos estaban las habitaciones de la familia, la planta baja se destinó exclusivamente al solaz, al recreo y á los placeres de los afortunados propietarios.

La tal planta se componía de un hermoso y amplio jardín, un salón de boliche y otro de billar, de tres pintorescos cenadores, para refrescarse ó merendar con pocos é íntimos amigos, de un grandioso salón de baile y un gran comedor, destinados á las suntuosas fiestas, á las que había de concurrir lo más granado de la sociedad.

En la nueva y opulenta finca celebróse, pues, el natalicio de la no menos opulenta propietaria. Desde las siete de la mañana la señora comenzó á recibir muchas visitas, que iban á cumplimentarla y á ofrecerle ricos presentes. Entre las cuelgas sobresalía la del Chango, si no como la más rica, sí como la de mejor gusto. Para el mediodía se dispuso un suntuoso banquete, hubo pocos invitados, pues no se dispusieron más que cien cubiertos; lo mejor de la fiesta se dejó para el gran baile de la noche, se repartieron más de cuatrocientas invitaciones, que no todas cayeron en buenas manos.

Aquí cedemos la palabra al ex gacetillero de *La Bandera del Progreso,* la que, fiel á su título, había progresado mucho y duplicado sus dimensiones. Torres era á la sazón uno de los *revisteros* ó cronistas más afamados; pero como buen hijo, que no deja su casa por la ajena, seguía ornando y esmaltando *La Bandera,* con las flores y perlas de sus talentos periodísticos.

He aquí la altisonante y almibarada relación, que de la fiesta hizo en el citado periódico:

«Lectoras:

»¿Os habéis trasladado alguna vez, conducidas por esa maga que los simples mortales llamamos el ensueño, á fantásticas y deslumbradoras regiones, bañadas por la luz, encendidas y vivificadas por el calor, henchidas de perfumes exquisitos, y de gratos, arrulladores y melodiosos sones? ¿habéis visto por ventura, á través de los lentes de la fantasía, algún rincón de la tierra, que más pareciera rincón del cielo, por haber sido adornado con todas las galas, ataviado con todos los primores, y visitado por seres hermosos que irradian hechizos y esparcen gracias?

»Pues todo eso, y mucho más, tuvo su feliz cumplimiento durante las inolvidables y breves horas de la última noche, en la opulenta mansión de don Librado Flores y Flores, para solemnizar el estreno del magnífico palacio, y honrar debidamente el día onomástico de la distinguida dama doña Guadalupe Peña, digna esposa del egregio y eminente personaje. Dióse en la regia morada un baile, que fué la cúspide de la belleza, el colmo de la elegancia, las columnas de Hércules del esplendor y el *non plus ultra* del buen tono.

»Allí se dió cita lo más brillante, lo más florido, lo más selecto de nuestra buena sociedad. Todo lo que la banca, la política y las letras tienen más ilustre y conocido, formó la parte masculina de la aristocrática reunión; las letras, el comercio y el valor estuvieron dignamente

representados allí. Apolo, Marte y Mercurio, olvidando sus respectivas atribuciones, confraternizaron en medio de los encantos de aquella fiesta espléndida, que parecía la realización de un cuento de hadas.

»Allí vimos á los Ministros H., N. y R., distinguiéndose, como en todas partes, por sus maneras exquisitas y por su trato urbano y comedido; allí vimos también al Ministro plenipotenciario de..., luciendo sus muchas y vistosas condecoraciones, entre los esplendores de aquella fiesta soberana, que en nada ha de haber desmerecido de las muchas que Su Excelencia habrá honrado en las cortes europeas.

»El director de nuestro periódico, con sus bien conocidas prendas personales, que no nos toca á nosotros encarecer, contribuía á realzar el fausto y la distinción de aquel grupo escogidísimo. Muchos senadores, muchísimos diputados, muchos magistrados y munícipes, muchos banqueros y muy conocidos negociantes, cuya personal enumeración sería interminable, completaban aquel selecto grupo de varones graves, eximios y eminentes. Mas no fuera justo dejar de hacer mención personal del muy inteligente y aprovechado joven Juan Robles, mi compañero antes en labores periodísticas, y muy encumbrado ahora, aunque no tanto como lo mereciera por sus excelsas prendas, que hacen de él un astro, que, entre albores sonrosados y sobre horizontes espléndidos, se levanta para recorrer senderos de luz en el constelado cielo de nuestra política. ¡Ojalá le veamos pronto en el meridiano, y, repitiéndose, para él, el milagro bíblico, allí se estacione, eximiéndole los hados del triste ocaso!

»Después de haber cumplido el antiguo y caballeroso precepto de tributar á cada señor el homenaje debido, hablemos de la parte femenina de aquella reunión encantadora. Después de lo bueno, lo bello; después de lo grande y fuerte, lo delicado y tierno; después del fulgor deslumbrante del rayo, los tintes plácidos del iris; en pos del águila de Jove, venga el cinto de Venus, á curarnos de la abrumadora emoción con que nos agobia la grandeza.

»Pero ¡ah!... mi pluma se siente impotente, mi imaginación, deslumbrada por tanta luz, se turba y naufraga en un oceano de destellos, matices y colores. ¡Qué podrá decir mi lengua balbuciente de los seres bellísimos que formaron la parte embriagadora, delicada y tierna del escogidísimo grupo? Decir que damas y señoritas eran bellas, que eran elegantes, que vestían con supremo gusto, fuera repetir vulgaridades y llamar blanca á la nieve. Nos pareció que aquellos seres, sobre toda ponderación encantadores, no podían pertenecer á la mezquina, endeble y miserable prole de Adán. No, es imposible que el barro humano pueda adquirir la delicadeza de textura, la morbidez de contornos, la soberana riqueza de formas y la incomparable pureza de líneas, con que encantaban los ojos y deleitaban la imaginación aquellas criaturas pulquérrimas, aladas como las aves, perfumadas como las flores, impalpables y etéreas como los ángeles, que, con su presencia y encantos, convertían aquel recinto en el edén soñado por la exuberante fantasía de los orientales.

»La distinguida señora H., esposa del señor Ministro

de..., lucía su arrogante y majestuoso talle, y deslumbraba con su rostro blanquísimo, cuyas correctas y delicadas facciones parecían esculpidas en mármol de Carrara por el inmortal cincel de los artistas del Renacimiento; vestía riquísimo traje de surah azul pálido, con sobreveste de punto crema, adornado con encajes de Valenciennes, y salpicado de innumerables perlas; los brillantes, que lucían en su negra cabellera, remedaban las constelaciones que en las noches de invierno cintilan en el cielo.

»La elegantísima señora de la casa y reina de aquella fiesta, demostró esa noche que la belleza es inmortal; sus encantadores ojos tropicales destellaban en el espiritual rostro de la dama como ígneos carbunclos prendidos en aterciopelado y moreno estuche; vestía lujosísimo traje plomo de gran cola, con supremo gusto adornado; no cabe encarecer la gentileza de dama tan cumplida; espléndida peineta de diamantes remataba el artístico tocado de la señora, y remedaba la constelación de las pléyades, proyectando multicoloros cambiantes sobre una hermosa palma americana.

»El mágico pincel de Giotto, la celeste fantasía de fray Angélico, no habían podido crear figura más esbelta, más poética, más inmaterial, más soñada, más ideal, que la de Rosita, tierno capullo del hermoso rosal que es emblema de la señora su mamá. La bella señorita parecía el ensueño hecho carne, los rosados dedos de la aurora parecían haberla modelado con el mayor esmero, amasando suaves y delicados pétalos de rosa té; hay en su tez la suavidad y frescura del albérchigo; la pureza de sus líneas, lo afiligranado de sus facciones, lo gentil de

sus movimientos y la indefinible delicadeza que la circundaba como atmósfera de poesía, la asemejaban á esas figuras aéreas, que acuden obedeciendo á la mágica evocación de los poetas del Norte; parecíase á Ofelia deshojando flores y llenando el aire con las delicadas y armoniosas notas de sus cánticos. Vestía de crema y rosa, y los sutiles y finos encajes que rodeaban su cuello, formaban un nimbo celeste á su rostro de ángel.

»La señora N. era una hermosa camelia en aquel concierto de flores; la señora D. poseía los tibios ambientes, los arrobadores ensueños, las incomparables languideces de las noches de nuestra costa; la señorita M. y las dos hermanas R., eran las tres gracias entrevistas por el numen griego.

»En un sitio brillaba alguna belleza como astro de primera magnitud, en otro una niña deslumbraba con sus encantos, más allá una costeña, encantadora como su tierra privilegiada, nos atraía con el imán de su simpatía.

»¡Ay! El pobre cronista quisiera nombrar á todas, anhelara describir á todas; mas le ha turbado tanta belleza, le ha deslumbrado el fulgor de tantos ojos; las radiantes imágenes de tantas hermosuras bailan todavía en su imaginación, como los hijos de la fantasía de Bécquer danzaban en la mente del insigne poeta sevillano. Por lo demás, ¿quién podrá describir una á una las estrellas del cielo, las flores de la tierra ó los brillantes cocuyos de las tupidas selvas de nuestros trópicos?

»El local era digno de la deslumbradora reunión. Incandescentes focos eléctricos, farolillos y vasitos de colores

iluminaban profusamente el jardín. El gran salón, tapi zado de blanca lona, decorado á la pompeyana, adornad con grandes espejos y plantas exóticas é iluminado p luz eléctrica incandescente, remedaba un cielo de esple dores, una orgía de matices y destellos.

»Los sones arrobadores de una orquesta magnífica ac baban de embriagar el ánimo, ora arrullándole con cadencioso compás de la danza, ora arrastrándole con vertiginoso del vals, ora meciéndole con el ritmo de l mazurca.

»Entre tantos encantos, entre tantos perfumes, flores sones, luces y bellezas, pasaron, rápidas y leves, la horas de aquella noche feliz, que ha de haber dejad impresiones inolvidables en las almas todas. La aurora más que nunca importuna, puso fin con su espectral palidez al deslumbrador bullir de aquella fiesta incomparable.»

Hasta aquí el revistero; ahora nuestra prosa pedestr se permite agregar, que la fiesta fué de tan mal gust como la churrigueresca descripción del cronista Torres. Hubo, sí, mucha, muchísima gente, aquello fué un verdadero *maremagnum;* hubo mucha ostentación de traje y de joyas, mucha riqueza en fin. Mas allí, como en toda las reuniones semejantes, la verdadera elegancia estuv en minoría, y en cuanto á la poesía ¡pobrecita! enemiga como siempre de la luz artificial y de la música de baile, huyó veloz, se remontó al cielo y destelló toda la noche en el brillante disco de Júpiter, sin que la viera ni la celebrara revistero alguno.

Agregaremos también que en esa misma famosa noche y al arrullo de los melodiosos sones y del arrebatador compás de un vals de Waldteufeld, el Chango declaró su amor á Rosita; ella, después de los melindres que son del caso, le correspondió; bailaron mucho, se divirtieron en grande y cenaron espléndidamente en el *buffet.*

¡Ah! Se me olvidaba. Esa noche Amalia y Pacotillas se acostaron sin cenar.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

¡Pobre loco!

En la hermosa, céntrica y concurrida calle de Vergara, ue, como transversal arteria, cruza uno de los cuarteles ás poblados y aristocráticos de la ciudad, hay una casa e huéspedes regida por una respetable señora y muy onocida de los forasteros, á quienes negocios ó placeres aen á esta capital.

Amplio y decorado zaguán, grande y bien iluminado atio, cómoda escalera y extensos corredores, en que se bren las distintas habitaciones, en dos pisos altos distriuídas, componen la planta de la casa. Habitan en ella uy distintas personas; en un departamento vive algún iputado, en otro un senador, en otro algún comerciante, n el de más allá algún pobre enfermo, que, para aliviar us males, ha venido desde su tierra, en pos de celebriades médicas y de óptimas medicinas.

Unos huéspedes viven solos y otros con sus familias; muchos de ellos se reunen en el comedor en las horas fijadas por inmemorial costumbre para restaurar las fuerzas desfallecidas, dando pasto al estómago y sustento al cuerpo.

Visitemos uno de los departamentos situados en el entresuelo. Penetremos en una antesalita larga y angosta, tapizada por una alfombra de San Ildefonso, de toscas labores y color rojo oscuro, en la cual antesala había un ajuar de bejuco; lleguemos sin anunciarnos á una salita cuadrada, con vista á la calle y con mejor alfombra y muebles que la pieza anterior.

Es una fría mañana del mes de Febrero; por las vidrieras, abiertas de par en par, entran los consoladores rayos del sol é imprimen en la alfombra dorado paralelógramo. Recostado en un sillón de enfermo, puesto de modo que dé el sol en los pies, está un personaje del más raro aspecto. Viste bien, un *cache-nez* de color azul claro, cubre su cuello, tiene echada sobre los hombros una capa española que casi le envuelve el cuerpo; pero no es su traje ni su postura lo que llaman la atención, sino el aire de profunda melancolía y de absoluta indiferencia que se le advierte en el rostro.

Representa cuarenta y cinco años; su barba, de ocho días de rasurada, se compone de pequeñas y erizadas puas, unas blancas y otras negras; el bigote encanece visiblemente, la tez es pálida, las facciones toscas, tiene descubierta la cabeza y despeinada la cabellera, en la que hay muchas canas.

Hace más de una hora que está en aquella postura, sin

hablar palabra, sin fijarse en objeto alguno ni interesarse por nada. Tiene los ojos inclinados hacia abajo, como si se mirase las rodillas, y muy caídos los párpados de arriba; tiene la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, deja colgar pesadamente el brazo izquierdo y apoya la mano derecha en el muslo, moviendo maquinalmente el índice y el pulgar, como si cogiera pequeños objetos.

Le acompaña un hombre vestido de charro, alto, robusto, fornido y que revela tanta fiebre de acción como letal inmovilidad su compañero. Aquel charro, ya se sienta en el sofá, ya da vueltas por la salita, ya silba, ya canturrea, ya se asoma al balcón, ya saca del bolsillo del chaleco un gran reloj de plata y ve la hora, ya se fuma uno tras otro varios cigarros.

Después de muchas idas y venidas y otras demostraciones de impaciencia, se acercó á su compañero, clavó en él una mirada tierna y compasiva, le acarició, le arregló un poco la alborotada cabellera, y luego, rebulléndole suavemente, le dijo:

—Antonio, ¿qué tal te sientes?

El interpelado levantó pausadamente los párpados, como si le costara mucho trabajo hacerlo, dirigió á su acompañante la mirada sin expresión, gruñó palabras ininteligibles; á poco levantó con mucha lentitud la mano derecha, se la llevó á la sien, y, con el índice extendido y los demás dedos doblados, se la tocó, haciendo con la mano movimientos de tornillo.

—¿Qué tienes, hombre? Dí,—le dijo su compañero con más energía.

El enfermo, como si hiciera un esfuerzo enorme, arti-

culando las sílabas muy despacio, y en tono tan bajo y quedo que parecía un zumbido, dijo:

—¡Este agujero, este agujero, este agujero, este agujeee...!

Al hablar así se atornillaba lentamente con la punta del índice la sien derecha.

—¡Pobrecito!—exclamó el otro,—y ese joven que no viene.

Y se asomó al balcón, apoyándose en la barandilla; exploró la anchurosa calle como si buscase á alguien, en su fisonomía se pintaba la sorpresa y curiosidad que, en los forasteros recién llegados, produce la capital. El charro contempló el vasto panorama que tenía delante de sus ojos, y que, hasta perderse de vista, se extendía á la derecha y á la izquieda; la interminable hilera de hermosas, anchas y bien alineadas calles atraía su mirada como imán irresistible; el forastero se divertía con el paso de los transeuntes, que en sus movimientos vivos, distintas fisonomías y variados trajes, y en el rumor apacible de sus voces, eran un reflejo de aquella dorada mañana y una nota del concierto matinal.

El desconocido, desde el balcón en que se apoyaba, veía á la izquierda el ángulo truncado que sirve de fachada á la Cámara de diputados; del mismo lado y más cerca, distinguía la amplia entrada de la calle de Santa Clara, recorrida por denso hormiguero humano y por pesados vagones, que, produciendo sordo estrépito, penetraban en ella con majestuosa celeridad. A la derecha, la anchurosa calle del Cinco de Mayo abría sus altas y apartadas aceras; más allá, el cruzar de rápidos coches

ıe corrían en opuestas direcciones, y el mayor número ȝ transeuntes, indicaban las calles de San Francisco, y ás lejos, hasta perderse de vista y confundirse con los ıgos límites del horizonte, se extendían las calles del ɔliseo, de las Damas y las que siguen.

Los rieles tendían por el suelo sus metálicas y parale- ɜ cintas eclipsadas de vez en cuando por el acompasado dar del vagón que cruzaba de norte á sur, proyectando el suelo gris la convexa y blanca techumbre, y llenan- el aire con el grave rumor de su rodante masa mezcla- á las agudas notas de los cascabeles de las mulas.

Más de media hora llevaba el desconocido de admirar animado espectáculo de la calle, cuando se oyeron tres ılpes secos producidos por alguien que llamaba á las drieras.

El desconocido fué á abrir, é introdujo á Pacotillas; el ven estaba más flaco, más pálido, más melancólico y or vestido que antes. Al ver al que le introducía se le ımó el semblante, sus ojos brillaron y, abrazando al ıarro, le dijo:

—¡Señor Rodríguez! ¡Cuánto siento haberle hecho perar! Estuve malo anoche, ¿cómo va el enfermo?

—¡Ay, señor Téllez! Cada día peor el pobrecito, pase ıted.

Pacotillas entró á la sala y sintió gran pena por la in- licísima situación del licenciado Rodríguez, su antiguo tor, pues no era otro el taciturno personaje que en el llón yacía.

Pacotillas se acercó al enfermo, clavó en él una mirada ımpasiva, y las más tristes reflexiones acudieron á su

mente. El ser inmóvil y estúpido que contemplaba era aquel licenciado tan activo, tan inteligente, tan platicador, tan amable; mil recuerdos amargos cruzaron por la imaginación del joven, y volvió á ver mentalmente el risueño y ya desvanecido panorama de la vida feliz que disfrutó bajo el techo de aquel, que era un pobre loco ahora.

—¡Jesús, qué desgracia!—exclamó con la mayor pena, ¡quién lo creyera!

—¡Ya ve usted, señor Téllez, cosas de este mundo! Bien dicen que nada somos ni valemos; pero siéntese usted, para que le entere bien de esa desgracia y usted me aconseje.

Sentáronse, Pacotillas ocupó un extremo del sofá, Rodríguez se sentó en el sillón contiguo, ofreció al joven un cigarro y él tomó otro, encendieron, y, después de dar las primeras fumadas, dijo el interlocutor de Paco:

—Sabría usted que hace tres años falleció la esposa de mi pobre hermano. A poco comenzamos á advertir en él muchas rarezas, pero no hicimos caso, porque nos parecieron efectos naturales del pesar que le afligía. Se volvió muy encerrado, muy callado, se desentendió de los negocios y comenzó á hacer disparates; una vez dió un rancho por un caballo flaco, otra vez le regaló una casa á un embustero, que lo enterneció contándole no sé qué historia; hablaba solo, no hacía caso de sus hijos, y parecía haberles perdido el cariño. Pasó un año así, y en vez de consolarse y animarse se abatía más y se ponía más triste y cabizbajo y sin hablar palabra. Un día, á la hora de comer, estábamos todos sentados á la mesa, cuando

mi hermano rompió el silencio, y dijo con voz muy alterada:

—María, anda á ver qué quiere tu mamá, ¿no la oyes? está llamando.

—María, que, como usted sabe, es la mayor de las niñas, se quedó confusa con aquella salida, y clavó en mi hermano aquellos ojos tan lindos que tiene la muchacha. Es imposible pintar á usted la furia que se apoderó de mi hermano; se puso en pie, y, dirigiéndose á María, le dijo lleno de cólera:

—¡Inobediente! ¡Malcriada! ¡En vez de obedecerme, me estás insultando!

—María estaba aterrada, yo sin chistar y todos aturdidos; mi hermano, saliéndosele los ojos, y como fuera de sí, gritó:

—¡Lengua de víbora, voy á ahorcarte!

—Y con horrible furor se arrojó sobre la niña, entonces todos nos levantamos y fuímos á quitársela. Se puso más furioso, tuvimos que forcejear con él, nos llenaba de injurias; otras veces decía, como si hablase con su mujer:

—Ya te oí, mi hijita, pero no me dejan ir éstos..., y nos decía mil picardías.

—Comprendimos que estaba fuera de sí, le llevamos por fuerza á la cama; vino el facultativo, dijo que era un ataque al cerebro, lo sangró, mandó que lo raparan, y le pusieran vejigas con hielo en la cabeza. En fin, para no cansar á usted, estuvo tres días con un delirio horrible, gritaba, aullaba, se quería golpear, quería matar á todos, rechinaba los dientes; fué necesario atarle, con los trabajos y el pesar que usted considerará; en ratos cantaba,



en ratos hablaba con su mujer, en ratos injuriaba á gentes que no estaban allí, pero él porfiaba que sí estaban y que le dirigían insultos y amenazas. En fin, á los tres días se calmó; pero no quedó bueno, estaba muy abatido, muy distraído, veía visiones, no quería hablar ni comer, decía que le querían envenenar, y hacía y decía muchísimos disparates.

Sus hijas procuraban consolarlo y distraerlo, pero nada lograban; se irritaba con ellas sin motivo; varias ocasiones le volvió á acometer el frenesí que conté á usted, y entonces vuelta á amarrarlo, vuelta á llamar al médico, vuelta á sangrarlo y á ponerle hielo en la cabeza.

El doctor nos dijo, por fin, que todo aquello era muy malo, y que mi hermano se estaba volviendo loco. Después de los arrebatos de furor se quedaba muy abatido, muy callado y sin pedir de comer. No hacía caso ninguno de su persona, y tenía muchas ideas muy raras; decía que le echaban porquerías ó veneno en los alimentos, después se le metió en la cabeza que le había nacido una víbora en las tripas, y por último, le dió porque le habían hecho un agujero en la sien, y esto fué tener todo el día la mano en la cabeza para que no se le salieran los sesos.

En fin, para no cansar á usted, los médicos declararon que estaba loco de remate, que debíamos traerlo acá, á ver si acaso se aliviaba, aunque sin dar muchas esperanzas. Yo me puse al frente de todos sus intereses, sus dos hijas y sus tres niños están con mi mujer, y yo, ya usted me ve, me lo traje á ver qué hacemos. No nos hemos de parar en gastos: lo de mi hermano, mal contado, pasa de cincuenta mil pesos; yo tengo más que él, y aunque él

ıviera de qué echar mano, como es mi hermano ma-
r me sirvió de padre, yo gastaría de lo mío y diera
lo que tengo porque el pobrecito recobrara el juicio.
cotillas oyó conmovido la relación, hizo algunas
ıntas más, se acercó al enfermo, lo examinó escru-
ıamente, volvió á sentarse y dijo que estaba muy
ıesto á servir al señor Rodríguez en aquella calami-
que sentía en el alma tan grande infortunio, pues
ién á él le había servido de padre el señor Rodrí-
; que se podían hacer dos cosas: poner al pobre loco
ın Hipólito, ó tomar una casa en alquiler en los alre-
:es de México, para instalar en ella al enfermo al
ıdo de un buen médico, y con un practicante y dos
meros para que vigilaran y cuidaran al señor Rodrí-

é aprobado el último arbitrio: le parecía duro á Ro-
ıez colocar á su hermano en un establecimiento
co; creía que en el hospital la terrible enfermedad
de estar más condensada y ser más despótica, pues
ablecimiento especial le parecía, en cierto modo, la
de la sinrazón.
nvínose, pues, en que al día siguiente irían á con-
r á un médico de fama, y se atendrían á su dicta-
para poner en ejecución el proyecto, ya aprobado en
neral.
n Joaquín Rodríguez se llamaba el compasivo, ge-
o y buen hermano del pobre loco. Era ocho años
ır que él, se había dedicado á las labores del campo,
tras el licenciado cultivara la jurisprudencia; y,
ue este último supo sacar el más copioso jugo de la

ciencia de los Papiniano, y cosechar mucho en el campo de la cizaña de los demás, fué todavía más feliz el labrador, si hemos de medir la felicidad por el dinero que los hombres alcanzan.

Era dueño de tres haciendas de las mejores del Bajío, se había encargado de la familia é intereses de su hermano, como lo refirió á Pacotillas. La esposa de don Joaquín, tan buena como él, aprobó sus disposiciones, y los hijos del licenciado encontraron en ella quien, si no en su corazón y en sus recuerdos, reemplazase, á lo menos con atenciones y cuidados, á la madre que habían perdido.

El pobre loco pertenecía á la clase de los mansos é inofensivos, los furibundos accesos con que le empezó la vesania habían desaparecido. Era dócil como un niño, se dejaba guiar y conducir por su hermano, á quien profesaba la adhesión que al amo tiene el perro. Su locura era melancólica, con predominio de ideas hipocondríacas, y se manifestaba por la inmovilidad y el silencio.

Cuando Pacotillas se despidió, el cuerdo se acercó al loco, lo movió, diciéndole con voz imperiosa: —Levántate, vamos á dar una vuelta.

El otro alzó la cabeza con lentitud, abrió mucho los ojos, vió á su hermano con sorpresa; éste repitió la orden, el enfermo rebulló el cuerpo, como si hubiera despertado y se puso en pie; su hermano le embozó la capa, le puso el sombrero de copa, le dió el brazo y salieron.

Salvo la lentitud con que se movía, el loco andaba bien; parecía un sonámbulo, que ni ve, ni oye, ni se fija en nada; á veces llevaba maquinalmente la mano á la

ien, gruñía palabras ininteligibles, movía los labios omo si hablara en secreto, ó hacía con las manos adeıanes como si dialogara.

Detuviéronse un rato en la puerta del zaguán á esperar l tranvía, subieron á él. El sano sentó al enfermo en un incón, con los cuidados y atenciones que una madre lo ubiera hecho con su hijito. El wagón echó á andar, los os hermanos formaban el más raro contraste; el uno, on los sentidos abiertos á todas las impresiones, bebía on avidez la hermosa luz, y oía con deleite el conjunto e variados sonidos que henchía el aire; el otro, con l alma ausente, por decirlo así, ni distinguía la luz i oía nada.

El wagón seguía su curso, deteniéndose á veces, para ue entraran ó salieran pasajeros; aquel espectáculo ivertía mucho al forastero: ya le llamaba la atenión la señora devota, obesa, vestida de negro, que, con u libro de misa y su rosario, subía al wagón con prulentes movimientos, tomándolo al pasar por el Colegio le Niñas; ya le divertía la regocijada conversación de los jovencitas, rubias, vivarachas, que, sentadas enfrente le él, charlaban sin descanso; las miradas del forastero e clavaban, ora en la apretada cintura de las pollitas, ra en la cara cubierta del polvo de arroz, ó en los icitos de la frente, que se agitaban al compás de los ivos movimientos de las muchachas, y parecían saltar le gusto, al posarse en aquella urna de pensamientos etozones.

Otras veces se fijaba el payo en el viejo achacoso y reumático, que, con trémulas piernas, manos huesudas

y encorvado cuerpo, entraba con suma dificultad, después de haber detenido el wagón largos dos minutos; ó en la señora, que, de un salto, tiraba de la correa que hace sonar el timbre, y volvía á sentarse llena de temor, sin resolverse á salir hasta que se convencía de que el wagón estaba detenido de veras y la mula quieta.

No menos divertía á don Joaquín el pintoresco y animado aspecto de las calles, por donde el wagón iba pasando: las casas desfilaban delante de sus ojos, mostrando la amplia puerta de sus zaguanes y la hilera de balcones, sobre algunos de los cuales ondeaban cortinas de sol, las casas de comercio ostentaban enormes títulos y vistosos escaparates.

A medida que el tranvía adelantaba decaían las calles, como el hombre, que, al acercarse á la muerte, avanza por los fríos senderos de la vejez. Las casas se iban afeando, los zaguanes se estrechaban, y en lugar de conducir á patios amplios y enlosados, daban paso para otros, empedrados, de piso desigual y surcados por sucio caño. Las casas de comercio también iban decayendo, menudeaban los diminutos estanquillos, las policromas recauderías, y las carbonerías tétricas, oscuras y negras como la oquedad de un antro; en las esquinas enseñaban las pulquerías sus pinturas chillonas, sus rótulos altisonantes y su desarrapada y sucia clientela.

En varias puertas, mujeres desaseadas sazonaban diversos guisotes, cuyo picante olor hería el olfato, mientras que llegaba hasta los oídos el áspero chirrido de la manteca. Los transeuntes decaían como el pavimento, como las fachadas, como los zaguanes; ya no se veían

lagartijos almibarados, ni pollitas adornadas y melindrosas, ni acicaladas ancianas, ni extranjeras llenas de perifollos, ni señores graves, ni circulaban con rapidez lujosos coches, por hermosos caballos tirados. La plebe iba, poco á poco, tomando posesión de las calles; desvencijados coches de sitio, tirados por escuálidos rocinantes, ó pesados carros, cargados de barriles de pulque, eran los vehículos que circulaban por ahí.

Llegó el wagón á la calle de don Toribio, donde se pudo contemplar lo que de animado y confuso, lo que de pintoresco y desagradable encierra un barrio de México. Allí vió don Joaquín harapientas mujeres, embriagándose en las pulquerías, ó mancillando las aceras con su desvergonzada fealdad; vió limpios estanquillos y frescas recauderías, y en una rinconada vió un mercado raquítico, en el que se exhibían pálidas verduras y pobres frutas.

Pasó con su hermano al circuíto sur, y atravesó calles tristes y desoladas, circunscritas por casas de ruín fachada; vió el ruinoso y descolorido muro del que fué convento de San Jerónimo, los miserables cuartos, en que se hacina la gente pobre, y en los que, encorvadas, muelen el maíz las incansables indias; luego, como vasto lago de tierra floja, se desarrolló la triste plaza de San Pablo, limitada al sur por la fea fachada del hospital; en seguida el wagón, después de recorrer con rapidez una gran curva, penetró en una grande hilera de calles, que se extendían hasta perderse de vista. Los hermanos se trasladaron al circuíto oriente.

Se volvió á notar, pero ahora en sentido inverso, el

cambio de las fachadas que formaban las aceras: las casas crecían, su aspecto mejoraba, se ensanchan los zaguanes, y los transeuntes iban siendo de mejor traza. Como fantasmagórico cuadro, el gran mercado de la Merced mostró su vasto recinto, henchido de tupida y movediza muchedumbre; y un gran rumor de discordantes voces, procedente de aquel colmenar enorme, hirió los oídos. El wagón llegó á su término, frente á la oblicua fachada de la pesada iglesia de Loreto, después de atravesar la yerma plazuela del mismo nombre.

Nuevo cambiar de wagón, los hermanos pasaron al circuíto norte, que corrió por largas, tristes y poco transitadas calles. En rápido desfile se vió cruzar el alto y rojizo muro de San Ildefonso, luego la plazuela de Santo Domingo, y el tranvía acabó su periódica revolución, deteniéndose delante del pórtico de la Cámara de diputados.

Para el loco no hubo tal paseo; su cuerpo, llevado por el wagón, pasó por calles diversas y opuestos barrios; pero su alma, asediada por ideas melancólicas, y acosada por tétricas y crueles visiones, no se hizo cargo del vistoso panorama que su hermano contempló.

No por ver las calles olvidó éste cumplir con el infeliz sus paternales cuidados: ya le arreglaba el embozo de la capa, ya le componía el sombrero, ya le llamaba la atención, mostrándole algo; pero esto último era en vano, pues no llegaban al alma de aquel desgraciado los sucesos del mundo, y, si acaso la pobrecita desplegaba sus encogidas alas, haríalo en yo no sé qué tenebrosas profundidades.

Don Joaquín dió por terminada la excursión. Dando el brazo á su hermano recorrió la calle del Factor, llegó á la de Vergara, y penetró en su habitación, donde volvieron á su terrible reposo el cuerpo inerte y el alma enajenada del pobre loco.

CAPÍTULO II

El parecer de un médico de fama

Pacotillas salió muy conmovido de la casa de huéspedes, sentía una aflicción profunda, le acosaban las más tristes reflexiones, y le abrumaba una tensión de espíritu tan fatigosa, qüe, para divagarse y esparcirse, se dirigió, poco menos absorto que el pobre loco, por las calles de San Francisco, rumbo á la Alameda.

El, que era tan dado á cavilar, cuánto no discurriría sobre el fecundo tema que le proporcionaba el triste espectáculo que acababa de presenciar. Nada somos, pensaba, bien está; cabe resignarse al aniquilamiento final, á la disolución del ser como remate de la evolución, á la muerte, en fin; pero ¿cómo conformarse con ser menos que nada, con morir sin perecer, con conservar el calor y las palpitaciones de la vida, y tener aterida el alma por el frío y el reposo de la muerte; con que se bañe el cuerpo en la luz del día, mientras está sumergido el espíritu en una noche interminable?

Por desatinados que estos conceptos fueran, creíalos propios, tratándose de la locura. ¿Qué es la locura? seguía pensando, ¿qué es en sí misma, qué relaciones

tiene con la muerte? Todos coligen algo, pero ni los más sabios saben á ciencia cierta lo que hay; y aquí acudieron á su mente, como por misterioso conjuro evocadas, las opiniones que sobre tan singular estado de nuestro espíritu han aventurado los grandes poetas, han emitido los pensadores más insignes y han formulado los alienistas más estudiosos.

No le gustaban las secas fórmulas de los últimos, algo le placían los severos dictámenes de los pensadores; pero le agradaban más los floridos conceptos, que la poesía esparce sobre la locura, páramo del espíritu, noche de la inteligencia, desenfreno de la razón, ruina é irremediable deformidad del ser moral. La imagen radiante y luminosa que proyecta la poesía sobre el fantasma gris de la locura, será menos precisa, menos sabia, si se quiere, que la frase de hechura técnica, con que la ciencia marca la estúpida fisonomía del orate; pero es más hermosa, más henchida de significación, más repleta de ideas y mucho más fecunda.

Y cavilando el estudiante sobre este tema, y lanzándose á caza de imágenes poéticas, creyó ver al género humano caminando entre dos abismos insondables: la locura, abismo del espíritu en que se despeñan muchos; la muerte, abismo del ser en que se precipitan todos.

Acabaron por parecerle vacías, raquíticas y desmedradas aquellas imágenes, que antes le parecieron henchidas, exuberantes y lozanas; acabó por preferir la sencilla y candorosa frase, con que el vulgo califica á un loco, llamándole persona fuera de sí. ¡Qué definición tan significativa, qué frase tan sabia! pensaba Paco.

Cansóse de sondear aquel terreno estéril, mas antes de descender de las cimas de la abstracción, quiso, conforme á su primer programa, parangonar la muerte y la locura, y después de comparar al loco con un ser que llega al crepúsculo de la muerte, atravesando antes la noche de la sinrazón, y de discurrir otras cosas que no apuntamos porque fueron todavía más estrambóticas, bajó de lleno á la concreta realidad. Hizo bien; á seguir persiguiendo por más tiempo aquella sombra intangible, hubiérase vuelto loco él mismo ó por lo menos le hubiera dolido la cabeza y habría perdido miserablemente el tiempo.

Ya no pensó más en la locura en general, sino en el infeliz de quien acababa de separarse; y después de compadecerlo como era justo, las ideas del joven siguieron un rumbo muy singular. En la desesperada situación de aquel desventurado, vislumbró una esperanza para él mismo; la noche que pesaba sobre el espíritu del loco, fué un rayo de luz para la oscura senda por donde hacía tiempo caminaba Pacotillas.

Así lo quiere nuestra mezquina naturaleza y el círculo de hierro de las necesidades de la vida; la muerte de unos seres es condición de existencia para otros, las flores brotan sobre las sepulturas corrompidas, el heredero, afligido por la pérdida del padre, piensa sin querer en las riquezas de que va á ser dueño.

Pacotillas estaba meses hacía agobiado por la mayor necesidad, su miseria había llegado á ese grado de algidez insoportable, en que toma las formas del hambre, de la desnudez, de la oscuridad, del frío; á ese grado, en que

el látigo brutal de la necesidad física saca á la fiera de su antro y arma la diestra homicida del criminal. En esas condiciones, el alma más luminosa se vuelve sombría, y truécase en hosco el carácter más festivo; se maldice á la sociedad por injusta, por mala repartidora, pues mientras harta á unos, mata de hambre á otros, y la memoria repite con insistencia la terrible frase de Proudhon: «La propiedad es un robo.» En tan desesperada situación los malos matan y los buenos se matan.

Pacotillas se aproximaba ya á esa horrible situación de espíritu, todos los recursos se habían agotado, discretos y generosos amigos le habían prestado sumas que no podía devolverles, había empeñado cuanto poseía y vendido cuanto encontró compradores. ¿Qué más? Hasta sus libros de texto habían ido á parar de uno en uno en manos de los libreros de viejo, que los habían pagado á vil precio; justamente esa mañana había vendido en tres reales su último libro, anduvo de librero en librero y nada más pudo conseguir, por eso hizo esperar tanto á don Joaquín. ¡Quería llorar sangre al recordar tal sacrificio! El año pasado no se pudo examinar, ¿qué cabeza había de tener para estudiar con fruto, cuando la fría miseria le helaba hasta los huesos, distrayéndole con brutales exigencias, hiriéndole con rudos golpes y aterrándole con horribles perspectivas? ¡Qué meses los últimos! ¡Espantosos días y tenebrosas noches!

¿Y su infelicísima compañera? ¡Ah! Sentía rompérsele el alma al pensar en ella; ¡qué resignación! ¡Qué heroicidad! ¡Qué dulzura! Jamás exhalaba una queja; aquella muchacha era capaz de sonreir al perecer de miseria, como

sonreían las vírgenes cristianas cuando las destrozaban las fieras del circo.

Al pensar en esto Paco lloraba de veras, sentía que una garra, más cruel que las del tigre, se le hincaba en el corazón, haciéndoselo pedazos. Vagaba por las hermosas calzadas de la Alameda, henchidas de luz y de perfumes, recorridas por niños juguetones, por damas hermosas, por gentes alegres y satisfechas; y tanta placidez, tanta infancia, tanta alegría hacían mal al estudiante, pareciéndole las frescas arboledas más fúnebres que los llorones y cipreses de un panteón.

¿Cómo no había de pensar un poco en sí mismo? Había llegado al caso extremo del náufrago que se ase del cable que le arrojan. La miseria desalmada trocaba sus necesidades en ciegos instintos que huellan toda consideración. ¿El Dante en su inmortal poema no pasma nuestro ánimo con la siniestra figura de Ugolino el famélico, hundiendo los voraces dientes en la carne fresca de sus hijos?

El alma delicada y escrupulosa de Paco evocaba tan terrible imagen para justificar la esperanza que había brillado en su alma momentos hacía, y en la que por cierto nada había de sangriento ni de censurable, ni siquiera de egoísta. Reducíase la tal esperanza á ser el practicante del loco. ¿Quién le había de tratar mejor que Paco? ¿Con que cariño y eficacia pondría en práctica las prescripciones del médico?

Suponiendo que así llegase á suceder ¡qué inmensas ventajas le resultarían á Paco! ¡Cómo mejoraría la condición de la pobre Amalia! Vivirían en el campo, lejos de esta vil gente de la ciudad, fuera de sus inmundas calles

y de sus malsanas habitaciones; vivirían al aire libre, entre plantas, entre flores, entre aladas aves, á la sombra de copudos árboles. Mucha luz para sus ojos, mucho aire para sus pulmones, mucha felicidad para su corazón. ¡Qué hermoso había de parecer á los que se habían amado en el horror de un tugurio húmedo y sombrío, amarse en un jardín lleno de luz, de pájaros, de aire puro y de hermosas flores!

¡Qué idilios forjó con este motivo la fantasía de Paco! ¡Qué escenas tan deliciosas se prometió, y cuántos goces exquisitos saboreó anticipadamente! Por las mañanas paseos en el jardín, cogida Amalia del brazo del joven, conversando los dos alegremente y riendo como unos chiquillos; por la tarde lecturas en algún sitio boscoso y fresco, á orillas de una corriente de agua.

La calma renacería en su espíritu, volvería á comprarse libros, volvería á estudiar; ya no le turbarían el fresco recuerdo del hambre de ayer, el punzante aguijón del hambre de hoy y la horrenda amenaza del hambre de mañana. Sí, volvería á estudiar y con ahinco, acabaría en dos años, se recibiría, se casaría con Amalia y serían muy dichosos. Habían sufrido tanto los dos, que no era temerario esperar aquella compensación y aquel premio de dolores tantos y con tanta resignación sufridos.

Á impulso de tan lisonjero ensueño disipóse poco á poco la tristeza del estudiante y se trocó en bulliciosa alegría. Se dirigió á toda prisa á su casa á comunicar á su compañera sus proyectos, á infundirle el grato calor de la esperanza; por el camino siguió pensando en zenzontles que cantan, en palomas que arrullan, en alondras

que se remontan, en flores que se abren, en fuentes que charlan y en amantes que se adoran.

Como lo concertaron, Pacotillas y don Joaquín viéronse á las tres de la tarde del siguiente día para ir á la consulta del renombrado facultativo, cuyo luminoso dictamen había de decidir si el desgraciado loco tendría remedio ó no. Dirigiéronse, pues, á la casa de la celebridad médica. Don Joaquín daba el brazo y la acera á su hermano, Pacotillas iba al otro lado de don Joaquín.

El acreditado y muy conocido doctor vivía en lujosa casa situada en calle céntrica. Pavimento de mosaico, marmórea escalera de nikelados pasamanos, elegante corredor con macetas de porcelanas, conteniendo plantas exóticas, imprimían un aspecto sano y agradable á aquella casa, adonde acudían tantos enfermos. En el ala izquierda del piso bajo estaban el gabinete de estudio del facultativo, la sala de consultas y la antesala de espera.

En la puerta de la calle había varios coches que habían conducido á algunos de los enfermos que fueron á la consulta de ese día. Al llegar nuestros conocidos se les acercó una especie de conserje con correcto traje negro, el cual les dijo con mucha urbanidad:

—Sírvanse ustedes tomar su número.

Y les presentó una ficha redonda de hueso, marcada con el número veinticinco, advirtiéndoles que valía dos duros. Pagólos don Joaquín y el conserje les dijo que pasaran á la antesala, cuya puerta les mostró.

—¡Caramba! —pensó don Joaquín,—acaban de dar las tres y ya se ha embolsado este doctor cincuenta duros,

una providencia ha de ser si devuelve tanta salud como monedas recibe.

Bien amueblada y llena de luz era la antesala; sentadas en ella había hasta diez y seis personas esperando su turno. Iban en busca de salud, ese tesoro que derrochamos alegremente cuando lo poseemos, y que, cuando lo hemos perdido, diéramos, de buena gana á tenerlas, las fabulosas riquezas de Creso por recobrarlo.

No todos los que esperaban eran enfermos, como la mitad eran acompañantes de los enfermos. Entre estos últimos llamaban la atención publicando su falta de salud y sobra de dolencias: una señorita muy pálida, ojerosa, demacrada, que tosía que daba compasión; la acompañaba una señora, que, por la solicitud con que la atendía y la ternura con que la miraba, se colegía que había de ser su mamá. Un chiquillo de muletas, muy flaco, muy triste, pálido como un muerto, también acompañado de su mamá, y una señora que, al parecer, sufría punzadas, pues tenía en la mano un pañuelo que se aplicaba en diversos puntos de la cabeza, haciendo visajes y lanzando gemidos sofocados, cuando le apretaba el dolor. También estaba en la antesala un viejecito de anteojos oscuros, enfermo de la vista.

Triste era en verdad aquel grupo de personas que, afligidas por distintos padecimientos, se reunían allí en busca de alivio. Eran indiferentes entre sí, con el egoísmo propio de los que sufren, cada uno sólo pensaba en sus males, desdeñando los ajenos y teniendo á los demás enfermos por importunos que retardaban el ansiado momento de la consulta.

Nuestros conocidos llevarían cinco minutos de espera, cuando se abrieron las vidrieras del fondo de la antesala, que hacían comunicar ésta con el gabinete de consulta. Salió, atravesando la pieza con raros y desordenados pasos, un hombre como de cincuenta años que parecía atáxico; al mismo tiempo se oyó una voz robusta que decía desde la pieza contigua:

—Pase el número 18.

Al oir tal voz se puso en pie la enferma del pecho, siguióla su mamá, entraron al consultorio, cerrándose las vidrieras. Los que esperaban su turno hacían distintas señales de impaciencia; unos se agitaban en sus asientos, otros cuchicheaban con sus acompañantes, alguno daba vueltas por el saloncito, y algún otro contemplaba de pie, ya los bustos de las consolas, ya los cuadros que decoraban las paredes.

A los cinco minutos las vidrieras se volvieron á abrir, se oyó la voz de la mamá que pedía más explicaciones, mientras la joven con ansiosa respiración atravesaba la antesala para salir; en seguida la misma voz de antes exclamó:

—Puede pasar el número 19.

El llamado fué el señor de las gafas. Sin duda el facultativo le conocía muy bien, y no necesitó más que echarle un vistazo, pues el enfermo de la vista salió á los dos minutos, y fué llamado el número 20.

Era éste el chiquitín de las muletas, que, seguido de su mamá, entró al *sancta sanctorum;* la consulta fué más larga esta vez, y exigió algunas manipulaciones dolorosas, pues se oyeron lastimeros y repetidos ayes del infeliz lisiado.

En esto el cónclave de enfermos se aumentó con un• más, y era tan conmovedor su aspecto, que, no obstant• la indiferencia con que aquellos seres se veían, se intere saron por la persona que llegaba, como si hubieran comprendido que sus dolores debían acallarse en presencia d• un dolor mayor. La que había entrado era una señora como de cuarenta y ocho años, con la cara hinchada, lo: labios gruesos y amoratados, abotagados los párpados y abultado el vientre. Andaba con mucha dificultad y respiraba con tal ansia y ruido, que parecía ahogarse á cad: paso que daba. Se apoyaba en el brazo de un joven, que según las apariencias, había de ser su hijo.

Sentóse ó, por mejor decir, se dejó caer pesadament en un sillón; apoyó la cabeza en el respaldo, levantó lo: ojos y mostró tan patética expresión de sufrimiento, qu el poseedor del turno inmediato, que era el personaj impaciente que se divertía viendo los adornos, se enterneció, y, dirigiéndose al joven, le dijo:

—Caballero, esa señora no puede esperar mucho tiempo ¿quiere usted aceptar mi turno?

—Con mucho gusto, señor, y mil gracias,—dijo e joven.

—¡Dios se lo pague!—dijo la enferma con ronca voz sofocándose y haciéndose aire con el pañuelo.

Y siguieron repitiéndose en aquel lugar monótonos y tristes incidentes, semejantes á los que van contados Las vidrieras siguieron abriéndose para dar salida al enfer mo que se retiraba; siguió oyéndose la voz que llamaba : otro enfermo, llegaron tres más con sus respectivos acom pañantes; por fin, llegó el momento en que la voz dijera

—Pase el número 25.

Pacotillas y los hermanos Rodríguez se levantaron y entraron al consultorio. Este se hallaba decorado con los severos emblemas del estudio, y con los imponentes y, á veces, tétricos símbolos de la profesión médica. Grandes estantes de nogal, llenos de libros, cubrían las paredes; un blanco esqueleto se destacaba en un ángulo, y, haciéndole juego, se veía en otro una negra momia; colgaban por aquí y por allí láminas de Anatomía, representando las abiertas cavidades con las correspondientes vísceras, las rojas arterias, las azules venas, ó la blanca y enmarañada red de los nervios.

Brillaba sobre una gran mesa el metálico tubo de un microscopio, y bajo sendos capelos de vidrio mostraba un cerebro de pasta los simétricos hemisferios y las sinuosas circunvoluciones, y una pieza anatómica representaba los muchos ramos de la maxilar interna. Había en la misma mesa frascos de ancha boca, lacrados y llenos de alcohol, en el cual flotaban distintos fetos.

El profesor esperaba de pie, á un lado de la mesa, que entrasen los que iban en busca de su renombrado saber. Era un hombre alto, robusto, de encendidos pómulos; vestía con esmero, sus maneras eran despejadas y agradables, hablaba con locuacidad y trataba con mucha amabilidad á sus enfermos.

—¡Usted por acá, señor Téllez!—dijo, reconociendo al estudiante; tendió la mano á don Joaquín, haciéndole una cortesía correctísima, y luego, acariciando con mucha gracia las espaldas del pobre licenciado, dijo:

—¡Ah! éste es mi enfermito, viene publicando su

enfermedad; basta fijarse en esa *facies* característica pa hacer la *diagnosis*. ¡Oh! sí,—dijo, clavando en el loco l mirada inteligente, y sonriendo, como si se burlara de l enfermedad, en *un cierto* aire de depresión, en *una ciert* atonía de la mirada, en un *un cierto cachet*, como dice los franceses, se adivina que se trata de una lipemaní ó delirio melancólico, muy probablemente complicad con ciertas ideas delirantes de carácter monomaníac se observa en la *inmensa mayoría* de los casos.—¿Verdad señor Téllez?—dijo riéndose, y dirigiéndose á Pacotilla que se inclinó en señal de asentimiento. —¡Oh! ¡oh Mucho conozco yo estos casos, pero siéntense ustede amigos míos; usted acá, señor Téllez, usted acá, caba llero, y mi enfermito por acá.

Mostraba aquel hombre una amabilidad tan exquisit trataba á sus enfermos con tan cariñosa familiarida hablaba de las enfermedades con tal aplomo, riéndose co tanta gracia de ellas, y manifestando tal seguridad vencerlas, que inspiraba gran confianza á sus enfermo Sin duda en esa confianza entraba por mucho, algo qu á falta de mejor calificativo, llamaremos influencia mag nética, y que dependía de la fisonomía inteligente, de mirada viva y chispeante del profesor, de su tono un es ó no es enfático, y de la soltura y desenfado de s movimientos todos.

—Vamos á ver, amiguito,—dijo el cariñoso docto palmeando al licenciado, después que hubo acomodado todos, y que se arrellanó él mismo en un sillón jun al paciente,—¿qué tenemos? ¿de qué estamos ma litos? ¿eh?

Pronunció estas palabras con tan insinuante tono que pareció deshacerse el hielo de la estúpida indiferencia del enfermo, el cual, alzando la cabeza, clavó sus desmayados ojos en los animados y vivos de su doctor. Este le vió con tal fijeza que parecía lanzar por los ojos rayos esclarecedores de las tinieblas de aquella mente enferma, volvió á acariciar con la mano derecha la espalda del loco, y con voz más insinuante que antes le dijo:

—¡Eh! amiguito, ¿qué sucede? ¿de qué estamos malitos? ¡vamos, amiguito, hable!

Y el paciente, haciendo su ademán habitual, dijo al fin muy despacio:

—Este agujero, este agujero, este agujero, este agujeee...

—¡Ah! ¡vaya! —exclamó el doctor, riendo, —¿con que tenemos la cabeza agujerada? ya me lo figuraba, no hay cuidado, ya veremos el modo de tapar ese agujerito, ya prepararemos un trapo para echarle un remiendo á esa cabeza rota.

El doctor, al decir todo esto, reía festivamente, viendo, ya al enfermo, ya á don Joaquín, ya á Pacotillas. Después comenzó el verdadero interrogatorio, inquirió con minuciosidad todos los antecedentes: estado mental de los padres, de los abuelos y bisabuelos, hasta donde alcanzó la memoria de don Joaquín; el carácter, las costumbres y el género de vida del licenciado, las enfermedades que había padecido antes, los acontecimientos que hubieran podido conmoverle ó preocuparle, el modo de aparición de la dolencia y los síntomas que hasta ese momento se habían observado.

En seguida procedió á examinar al enfermo. El doctor dejaba traslucir sus impresiones; ya fruncía el entrecejo, ya sonreía, ya lanzaba sonidos guturales como si gruñera ó tarareara, ya dejaba escapar exclamaciones como ¡ah! ¡ah! ¡eh! ¡eh! ¡oh! ¡oh! y como hombre acostumbrado á practicar la ciencia y á enseñarla, daba de vez en cuando á Pacotillas lecciones sobre aquel caso, diciendo:

—Note usted esas pupilas; ¿ve usted ese *otematoma?* el color terroso de los tegumentos, ¿eh? la palidez de las mucosas accesibles, ¿eh? este aplanamiento del occipucio, ¿eh?

Por último, después de haber examinado á todo su sabor al paciente, después de haber preguntado y vuelto á preguntar, después de haber intercalado sapientísimos comentarios, destinados á ilustrar á Pacotillas, llegó el momento solemne en que el doctor dijera su opinión. Se acomodó bien en su asiento, ofreció cigarros, encendió el suyo en la llama que Pacotillas le presentó, sonrió con infinita gracia, tosió para limpiarse el pecho, y con voz sonora y entonación entre enfática y melosa, habló así:

—Nuestro pobre amigo está bien malo, *bajo diversos puntos de vista* me parece su estado inmensamente alarmante. No es precisamente ésta la oportunidad de discutir si se trata simplemente de una frenopatía, sin lesiones concomitantes en el encéfalo, ó si existen, como yo lo creo, alteraciones ateromatosas en los vasos, y *degenerecencias* en las celdillas encefálicas de nuestro pobre señor licenciado. El señor Téllez sabe bien la mucha importancia de esta cuestión, que no me es lícito más que

plantear en este momento, indicando de paso mi parecer.

Mientras por tan sabio modo se explicaba el doctor, don Joaquín le oía absorto y casi aturdido, abriendo tamaños ojos; hasta allí no había entendido una sola palabra, y esperaba con ansia que la lumbrera científica se dignara bajar de aquellas altas regiones y hablase la lengua de los simples mortales.

—En suma,—siguió diciendo el doctor,—aquí se trata de una enajenación mental de carácter lipemaníaco, teniendo las ideas delirantes *una bien marcada* determinación hipocondríaca. Aunque lamentable, esta desgracia se explica bien, por la vida sedentaria, por el trabajo cerebral excesivo del señor. ¿Qué quieren ustedes, amigos míos? (aquí intercaló en su discurso una sonrisa muy agradable), á eso estamos expuestos los que pasamos la vida estudiando y pensando en el bien de los demás (aquí exhaló un suspiro, y le dió tres fumadas seguidas al cigarro). Ahora se me preguntará la suerte que le está reservada á ese buen hombre, y yo diré que de cien probabilidades ha perdido las noventa y nueve, (dijo esto con acento muy triste, pero se sonrió en el acto y lleno de confianza siguió hablando); mas agregaré que la única probabilidad que queda en favor de este infeliz, no es de despreciarse, y secundada por la ciencia puede dar mucho de sí, ya se han dado casos, algunos he visto yo, que no cuento por no importunar á ustedes, ¿no es verdad, señor Téllez?

Después de lo cual el profesor dijo á don Joaquín lo que, con menos tecnicismo y la propia sustancia, había

opinado Pacotillas la víspera; es decir: que había que optar entre poner al enfermo en San Hipólito, ó en una casa de campo, rodeándole de personas competentes y de medios adecuados. Don Joaquín dijo que se decidía por lo último, y sobre este nuevo y definido tema, el profesor disertó así:

—Nada más fácil de lograr, habiendo, como hay en usted, buena voluntad y recursos sobrados. Se busca una casa por Tacubaya ó San Angel, que tenga las condiciones de exposición, de ventilación y demás que reclama la higiene. Puesto que usted lo desea me encargo de buena voluntad de dirigir la curación, haré una visita semanaria, yo quisiera ir más á menudo, pero el público me favorece tanto (aquí sonrió, fumó varias veces el cigarro, y demostró la misma mortificación que una señorita cuando confiesa que la enamoran), que no me queda materialmente tiempo ni para comer. ¡Ay! amigos míos, esto es una vida de perros. Pues, como iba diciendo, haré una visita semanaria. Por fortuna no se necesita más, porque instalaremos en la casa un practicante inteligente, como el señor Téllez ú otro cualquiera, el cual se encargará de observar al enfermo, y poner en práctica mis prescripciones. En cuanto á honorarios, ¡pst! no nos hemos de parar en eso; para mí es lo de menos, para usted igualmente, pues es de los favoritos de la fortuna. Con que así es, amigo mío, y no voy á decirlo por fijar precio, sino para que tenga usted una base en sus cálculos, que yo cobraré cien duros cada mes, el practicante creo que se conformará con cincuenta; ¿usted se conformaría, señor Téllez?

—Sí, señor, —contestó éste.

—Pues ya ve usted qué fácil es el arreglo, señor Rodríguez. Las ventajas son incalculables: ese caballero infeliz, sometido á un plan tónico, reparador, reconstituyente, regenerador, fortificante; respirando un aire rico en oxígeno, y exento de impurezas, gérmenes y microbios y de toda emanación palustre; y *tentando,* además, atender debidamente las indicaciones sintomáticas, viendo de calmar el insomnio con sustancias hipnóticas, administradas por la vía hipodérmica, de combatir la tendencia á las congestiones con revulsivos y otros medios adecuados, que me propongo instituir, no olvidando la conveniente administración de los compuestos fosforados, pues, como lo sabe muy bien el señor Téllez: *pas de phosfore, pas du pensée,* lograremos volver á su funcionamiento normal la máquina desarreglada de ese cerebro y tapar ese agujero que tanto molesta al señor.

Y el galeno se puso en pie, dando á entender que la consulta había terminado. Salieron los tres, el loco tan impasible como entró, su hermano lleno de esperanzas, y Pacotillas con la seguridad de que él sería el practicante que pusiese en ejecución las sabias órdenes de aquel médico de moda.

CAPÍTULO III

De México á León

«Señora Doña Tecla Agüado de Rodríguez

México, Marzo 2 de 188...

»Muy señora mía y querida esposa:

»Celebraré que, al ser ésta en tus manos, goces de la cabal salud que yo para mí deseo, y que Dios hasta ahora se ha servido concederme. ¡Ay! ¡gordita mía! gracias al Ser Supremo puedo ya respirar, y escribirte una carta larga, muy larga, lo menos de cinco pliegos, para decirte espacito las muchas cosas que me llenan la cabeza; no que, hasta ahora, apenas te he podido mandar algunos renglones, para que supieras que estaba sin novedad, y dándole recio al triste negocio que me trajo á ésta.

»¡Ay, gordita! es tanto lo que quiero contarte, que no sé qué te contaré primero. ¡Vaya! al revés de lo que se usa en las comidas, en que se deja el dulce para lo último, yo comenzaré por referirte las impresiones dulces que he experimentado, dejando las tristes para luego; pues opino, salvo el parecer de quien más sabe, que mientras más tarde se digan las cosas que apenan, mejor es.

»¡Ay, gordita mía! ¡qué lindo es México! pero no vayas á creer que me gustó *luego luego,* al principio estaba *engentado,* aturdido y como mareado con tanta

gente, que va y viene, con tantos coches, caballos y wagones. No vayas á creer, gordita, que no tenga México sus nulidades; sí las tiene, y muy grandes: figúrate no más, que en la merita plaza está el mercado del Volador, y la mucha gente, que por allí pasa, y las cáscaras de fruta que tiran, y los desperdicios de verdura que dejan, ponen todo aquello intransitable y asqueroso.

»Quita tú las calles de Plateros y San Francisco, las del Cinco de Mayo y algunas otras, que son limpias, están bien empedradas y tienen muy bonitas casas, y en las demás verás zaguanes inmundos y pestíferos, casas viejísimas, suelos llenos de hoyos, y otros *desfiguros* por el estilo. De los barrios no te diga, ya sabes que hasta por allá ha llegado la fama de las pipas nocturnas; al meterse el sol es cosa de echar las tripas, ver á las gentes pobres apiñarse en derredor del apestoso carro para echar en él aquella cosa repugnante.

»De las gentes ¿qué te he de decir? que unas se visten muy bien y otras andan muy sucias y harapientas. Las señoras se componen mucho, hasta las viejecitas, ¿si vieras? es para morirse de risa ver á muchas abuelas muy compuestas y emperejiladas, ¡vaya, juraría que hasta se dan su manita de gato! Si las viejas se componen tanto, figúrate cómo se compondrán las muchachas, se aprietan la cintura que da miedo; á mí, al verlas, me parecía que se iban á tronchar, se ponen por detrás, debajo de la enagua, un bulto que llaman *polisón,* y que les sube mucho; no te miento, á veces el bulto les llega casi hasta el peinado.

»¡El peinado! ¡Ay, gordita! Cuando yo empecé á ver

tanta montaña de pelo, tanto rizo y tanta zarandaja, m quedé aturdido, y dije para mi sombrero ancho: ¡Bendil sea Dios! ¡Qué buen pelo tienen estas guapas chicas pero ahí tienes tú que luego se me cayó el gozo en pozo, pues supe que la mayor parte de aquellos adorn eran postizos y que una buena cabellera es aquí tan ra como el ave fénix. ¿Y el calzado de las pollitas? ¡Ay, qu apreturas! Yo no sé cómo lo pueden aguantar; pare que andan en zancos, figúrate no más que usan unos ta cones muy altos, que se angostan mucho á la mitad, van á rematar cerca de la punta del pie.

»Esto que te cuento no te ha de admirar mucho, po que ya la moda también nos va llegando por allá; pe en todo y por todo es aquí mucho más exagerada. Y n te creas, hijita, que nada más las mujeres se compone mucho; también ¿qué han de hacer las pobres? si n tienen más fin que estar adornase y adornase para gusta les á los hombres. ¿Sabes tú lo que sí me chocó much simo? que los hombres también se componen; la verda gordita, hasta coraje me dió.

»Los jóvenes de buena edad y hasta muchos que y son pollos roncos, se aprietan la cintura, usan unos bot nes muy ajustados, muy puntiagudos, se peinan con ra en medio, con onditas, ¡vaya, que ni una muchacha! se pasan toda la santa mañana *parados* en la calle Plateros, viendo pasar á las muchachas y molestándol con majaderías que les dicen, ó haciendo señas á las m jeres malas, que, te diré de paso, andan aquí muy el gantes, paseándose en coche revueltas con la gente buena vida.

»¡Ay! ¡Tecla de mi vida! Ahora te voy á hablar de lo que más me ha disgustado en esta gran ciudad que tanto llama la atención y pica la curiosidad de nosotros los payos, como nos dicen por acá. Mira, hijita, lo que te voy á decir no es por santificarme ni por santificar á nuestro rancho; ya sé que en todas partes se cuecen habas y que los vicios cunden como la mala yerba. Con todo, aquí los vicios se desarrollan en una escala tan grande que ya es escalera y más larga que la esperanza de un pobre.

»Deja tú que las calles estén sucias, deja tú que las viejas sean relamidas, que las muchachas se afeen á fuerza de emperejilarse, que los hombres se compongan como si fueran mujeres. Todo esto podía pasar; pero lo que se me atora son las innumerables cantinas que hay aquí. Las hay de todo tamaño, de todo pelo, de todo color. Si vas por las calles de Plateros, no das diez pasos sin tropezarte con algún elegante expendio de licores donde la gente se emborracha á lo fino; por los barrios no das otros diez sin dar con pulquerías ó tabernas donde los *pelados* se emborrachan á lo ordinario; y no vayas á creer que sólo la gente perdida y dejada de la mano de Dios frecuente esos parajes; no, concurre á ellos todo el mundo; ¡vaya! hasta creo que son mal vistos los que no echan copas.

»En los portales, en las calles de Plateros y San Francisco, desde las once de la mañana hasta las dos de la tarde, es un continuo entrar y salir de toda clase de caballeros por las puertas de las cantinas. Allí los personajes más graves se revuelven con los pollos más insigni-

ficantes, allí las barbas y cabelleras blancas se mezclaban con rostros lampiños y cabezas rizadas de muchachos. ¡Ay, hija! No es mentira, y es cosa que parte el alma ver á pollitos, recién salidos del cascarón, beberse como agua copas de ron ó de coñac, como si ya tuvieran el gaznate curtido.

»¿Sabes que otra cosa me desagradó mucho? La multitud de gente que pide limosna, no creas tú que no más piden los desarrapados, los ciegos, los baldados, los decrépitos. No, hombres de buena edad, bastante fuertes, que bien pueden trabajar, piden igualmente. Señores de levita, señoras de tápalo se le acercan á uno cuando menos lo piensa, y, con tono compungido que llega al alma, piden la limosnita; y no todos son necesitados, si así fuera, menos malo. No, muchos son unos *sinvergüenzas*, que piden para fomentar sus vicios.

»Ahora verás lo que me pasó. Iba yo una tarde por la calle de Plateros, cuando se me acercó un caballero decentemente vestido que gastaba sombrero de copa, levita cruzada y de un aspecto bastante respetable. Se descubrió con mucha cortesía y me dijo, con tono muy patético y al mismo tiempo muy amable:

»—Señor, perdone usted mi grande grosería, pues sin tener el honor de conocerle, me tomo la libertad de cortarle el paso y de distraer su importante atención.

»—No tenga usted cuidado, señor, ¿en qué puedo servir á usted?

»—¡Ay, señor! — me contestó con acongojadísimo tono, puso unos ojos muy tiernos, y hasta me pareció que se le rodaban las lágrimas;—me aflige una gran desgra-

ia, y usted tiene un aire tan bueno y revela un corazón ın noble, que me anima, venciendo mi mortificación, á ›municarle mi horrible desventura.

»¿Creerás, hijita, que me enternecí?

»—Hable usted sin temor, le dije, tendré mucho gusto ı servir á usted en lo que pueda.

»—¡Ay, señor! ¡Qué generoso es usted!—me dijo con oz muy afligida,—á leguas se conoce que no es usted ɜ aquí, porque esta gente no tiene corazón, ni caridad, i le importan nada los sufrimientos del prójimo. Yo soy npleado, gano cien pesos mensuales, pero ya sabe usted , horrorosa suspensión de pagos que ha habido, nos han uedado á deber quince quincenas; en esto mi mujer se ıe puso mala, primero le dió peritonitis, luego le vino n dolor de costado, y luego una complicación de enfer- ıedades; pues bien, señor, para tan larga cura, para agarle á este médico y al otro, se empeñó cuanto había n casa, hice cuantos sacrificios comprenderá usted en su oble corazón, y todo fué inútil, señor.

»Y se puso á hacer pucheros, y se puso á llorar á ıgrima viva, y entre sollozo y sollozo, enjugándose las ıgrimas y sonándose de vez en cuando, siguió diciendo:

»—Sí, señor, todo fué inútil, porque mi buena y ado- able Elvira, la compañera de mi vida, la luz de mis ojos, ı madre de mis hijitos y mi encanto, señor, falleció esta ıañana; y aquí me tiene usted en la situación más des- sperada: yo sin un centavo, mi pobre mujer tendida, ıis ocho hijitos llorando de hambre y de pesar.

»Y se puso á llorar á raudales; yo estaba muy conmo- ido, y lleno de buena voluntad para socorrer aquella gran

desventura, y empecé á echar mis cuentas. Este pobre señor, decía para mí, necesitará lo menos veinte pesos; y calcula mi apuro: no llevaba yo dinero suelto, cargaba un billete de á cien pesos y monedas insignificantes, creo que una peseta, un real y varios centavos.

»En fin, para salir del apuro, me pareció oportuno decirle á aquel señor:

»—¡Ay, caballero! Me coge usted desprevenido, de buena gana socorrería á usted, pero no sé cómo hacerlo; y me turbé, temiendo que aquel desventurado viese en mi excusa una negativa; mas por fortuna él me sacó del atolladero, diciéndome con tono enfático y solemne:

»—Señor, deme usted aunque sea una miserable peseta y remediará á poca costa una gran desgracia.

»—Con mil amores, caballero.

»Y le dí la peseta, él me dió las gracias y se retiró.

»Yo me hacía cruces: era imposible que aquella peseta roñosa le sirviese de algo, siendo su apuro tan grande; no podía creer que por tan ínfima cantidad un hombre decente sufriera el bochorno de pedir; se me metió, pues, en la cabeza la sospecha de que aquel hombre me había contado un embuste.

»Como no me gusta quedarme con dudas, seguí á mi hombre pasito á paso; dió la vuelta por la calle del Coliseo, y yo tras de él. Poco antes de llegar al teatro Principal se metió á un expendio de tequila que hay allí. Me quedé confuso, mas deseando disculpar á aquel hombre á todo trance, eché aquello á la buena parte. Tal vez había entrado á buscar á alguno, pensé, y me quedé en la puerta atisbándole.

»Pues nada, hijita, empezó á beber copas de tequila, unas que pagaba y otras que le daban, y yo, renegando de mi credulidad, le pedía á Dios que no me tomara en cuenta la borrachera, que, sin querer, había fomentado. Hora y media después salió mi hombre, cayéndose de borracho, ya había anochecido, pasó junto á mí y no me conoció, ni qué se iba á acordar el muy *sinvergüenza*. Entonces yo, para acabar de ponerle en evidencia, me le acerqué y le dije:

»—¿Qué sucede, señor? ¿á qué horas piensa usted que se entierre el cadáver de su esposa?

»¡Ay, Tecla de mi vida! aquel borracho infame, me vió muy sorprendido, y me dijo con mucho cinismo:

»—¿Qué está usted hablando, hombre? nunca he tenido esposa. No soy tan... para eso están ahí las de los demás.

»Y se rió á carcajadas, y se marchó tambaleando y diciendo desvergüenzas.

»Me dieron ganas de acogotar á aquel borracho, pero me causó asco y lo dejé ir por su camino.

»No te vayas á enojar porque fuí á un baile de máscaras, pero ¡qué baile, hija! borrachera y desenfreno, todas las mujeres eran de mala vida; en fin, un escándalo sin nombre.

»En fin, basta de miserias y porquerías. Lo que hay de bueno lo verás y juzgarás por tí misma, pues me propongo traerte, dentro de tres ó cuatro meses que vuelva yo. Ahora te voy á hablar de una cosa santa, que me llegó al alma.

»Como me lo recomendaste y mi devoción me lo dictó,

una de las primeras cosas que hice fué visitar el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. El camino es muy triste y la villa lo mismo, pero de todo queda uno recompensado con penetrar en aquel rico templo y prosternarse ante la milagrosa imagen.

»¡Qué riqueza, hija! figúrate un magnífico barandal de plata maciza, y unos resplandores de oro, que rodean á la Virgen y que quitan la vista.

»¡Cuándo he de poder decirte lo que sentí, al arrodillarme á los pies de la Madre de los pecadores, y al encomendarme á ella, y al encomendarte también á tí y á nuestros hijitos! sentía que el cuerpo se me *enchinaba*, que me jalaban de los cabellos, que mi corazón, primero comprimido y angustiado, se iba ensanchando y llenándose de un consuelo inefable.

»¿Cómo no había de estar angustiado? me acompañaba mi hermano, ¡pobrecito! que era tan devoto de Nuestra Señora de Guadalupe; pues ni cargo se hizo de que estaba ante su divina imagen, tuve que quitarle el sombrero, que arrodillarlo y persignarlo yo mismo.

»¡Vaya! ya es tiempo de que hablemos de él, da muy pocas esperanzas, el médico dice que no responde de que se alivie; por supuesto yo no me conformé con ver á un solo médico, consulté con varios de los *mejorcitos*, y todos fueron de la misma opinión.

»En fin, se ha hecho todo lo posible, y, aunque con pocas esperanzas, lo hemos instalado en una casa de campo muy bonita, con un jardín primoroso, situada por Chapultepec. Le asiste un médico muy afamado, que cobra cien pesos mensuales, otro tanto se paga por renta

› la casa, viven con mi hermano, para cuidarle, un ·acticante y dos enfermeros, el primero cobra cincuenta ›sos al mes y veinticinco cada enfermero; hay que ıgar, además, cien pesos mensuales por alimentos y ›más gastos de asistencia.

»Me ha servido mucho en todo el hijo de don Francisco ·llez, ¿te acuerdas? aquel comerciante á quien entregaba › semillas. Es un joven muy aprovechado, muy simpá-ɔo, muy servicial, se compadeció mucho de la desgracia › mi hermano, me dijo que lo veía como á su segundo ıdre, y que, después de don Francisco, mi hermano era persona á quien más veneraba y por quien más gra-tud sentía.

»Yo tenía la mejor voluntad de que él hubiera sido el ıcargado de asistir á mi hermano como practicante, y eo que le hubiera venido muy bien, pues pasa muchos abajos, aunque él nada me manifestó, pues es muy servado, muy caballero y un hombre hecho y derecho.

»Pero ahí tienes tú que, con todo y mi buena volun-d para ese joven, no me resolví á encargarle el cuidado ı mi hermano, por los malos informes que me dieron. e dijeron que el hijo de don Pancho se ha vuelto muy vagado, que ya no estudia, que el año pasado no pre-ntó examen, que se ha dado á la bebida, que está enre-do con una muchacha muy bonita que le tiene vuelto ɔo, y se pasa la vida cosido á las faldas de la chica, sin .cer caso de nada.

»Primero creí que todo esto no eran sino hablillas y urmuraciones, pues á mí me pareció el muchacho un ›mbre de provecho á carta cabal y muy entendido. Yo

no sé cómo dicen que no estudia, porque lo que es saber, sí sabe; apenas vió á mi hermano le conoció la enfermedad, y me dijo lo mismo que dijeron después los médicos de más fama.

»Pues, como te iba diciendo, al principio yo no quería creer los malos informes que me daban de Panchito; pero tanto lo repitieron y lo aseguraron, que empecé á vacilar. Y mira tú, los que más me hablaban en ese sentido eran el hijo del señor Méndez y el de la viuda González, que también estudian medicina y conocen á Pancho como á sus manos. Sin embargo, yo no quería creerlos, pues para hablar mal de uno no hay como los paisanos, y sospechaba además que ponían en mal á Pancho, para quedarse ellos con el cargo.

»Como no me gusta obrar de ligero en cosas graves, les dije que sin mayores pruebas no podía creer sus informes; ellos me ofrecieron dármelas, convine en ello, y un día, á la hora en que Téllez no estaba en su casa, el hijo de Méndez y yo fuimos á ella á preguntar por él. Así me convencí de dos cosas, de que Pancho está en la mayor miseria, y de que hace vida común con una muchacha muy linda.

»Sin embargo, todavía persistía yo en mi primera idea, pues me hacía este cargo: Que Pancho esté en la miseria, es más bien motivo para darle esta comisión, que para negársela. Que viva con esa muchacha, tampoco es motivo para desecharlo; más vale que viva tranquilo con una joven honesta como esa, y no que anduviera en dares y tomares con mujeres de mal vivir, como lo hacen tantos jóvenes.

»Seguí, pues, resuelto á utilizar los servicios de Téllez; ero á la hora de hablar con el doctor que ha de dirigir ı curación, me fué saliendo con que me recomendaba á n joven de toda su confianza, llamado Antonio López; íjele entonces que estimaba mucho su recomendación, ero que yo había pensado en un joven paisano mío amado Francisco Téllez.

»—¿Está usted loco?—exclamó con la mayor sorpresa, ıterrumpiéndome,—ese muchacho está echado á perder, a no sirve para nada. Es verdad que al principio daba ıuchas esperanzas, que estudiaba mucho y con grande provechamiento; yo fuí su profesor, y se lo puedo ase-urar á usted, me tenía encantado con su inteligencia lara, con su aplicación fenomenal, con la maravillosa ıcilidad con que comprendía los puntos más oscuros de a ciencia; pero eso era antes, amigo mío; bien dijo ın sabio, que los tiempos cambian y que nosotros cam-iamos con ellos. ¡Oh! ahora es muy distinto: figúrese ısted, que este muchacho tonto contrajo ciertas relacio-ıes, que no hay para qué detallar, pero que lo han per-udicado horriblemente; se echó encima compromisos nuy superiores á su edad y á sus recursos, y allí lo tiene ısted hecho una lástima. Este muchacho para afrontar la ituación difícil que se creó imprudentemente, ha hecho nuchas tonterías; se hizo periodista, se metió á la polí-ica, y esto era andar en tívolis y en banquetes, ya con ste ministro, ya con aquel diputado, ya con tal ó cual eneral.

»Después de hacer la tontera de meterse á periodista, ometió la imprudencia de reñir con el director del perió-

dico, que es persona de muchísimo valimiento, y hasta aseguran que Téllez desafió á este personaje, el cual tuvo la moderación de despreciar las bravatas del muchacho. Hasta aquí todo hubiera podido componerse, pero este joven, que parece tocado de la cabeza, ha tenido el poco tino de cancelar una tontera con otra más grande. Era practicante de un hospital y empezó á disgustar á su médico; el cual, muy á pesar suyo, y obligado por el descuido y la pereza de Téllez, tuvo que ponerlo de patitas en la calle. Ha quedado, pues, este muchacho en la situación desesperada que usted puede calcular; pero todo por culpa suya. El caso es que no tiene remedio, dicen que se embriaga, que duerme de día y vaga de noche, llevando la vida más desarreglada posible, pero eso no me consta.

»Cuando el doctor hizo un retrato tan desventajoso del hijo de don Francisco, quise sacar la cara por el muchacho. Recordé al doctor lo deferente y bondadoso que se mostró con Pancho, el día que le llevamos á mi hermano; á lo cual me contestó que aquello lo había hecho por mera cortesía, que no había razón ninguna para tratarle con despego, ni para mortificarle delante de la gente, sacando al sol sus trapitos sucios; pero que, hablando en lo íntimo conmigo, el caso era otro; que no se trataba de averiguar si Téllez era más ó menos divagado, sino de procurar que mi hermano estuviera asistido por una persona, que se dedicara en cuerpo y alma á cuidar al enfermo, y que no anduviera preocupado con amoríos, enredos y otras tonteras y quebraderos de cabeza.

»La verdad, hijita, esas razones me hicieron mella;

mucho quiero á Pancho, mucho quise á su padre, pero más quiero á mi hermano; no obstante, quise quemar por Téllez mi último cartucho, y dije al doctor que me causaba admiración lo que decía, que Téllez era muy entendido, que, aunque yo no era voto, creía que el muchacho sabía mucho, pues conoció luego la enfermedad de mi hermano.

»Díjome el doctor que él no negaba aquellas cualidades, que, precisamente porque las reconocía, lamentaba tanto que se hubiera extraviado aquella hermosa inteligencia. Que me fijara yo bien que él no quería mal á Téllez, ni podía tener el menor empeño en causarle daño, que su único propósito era la buena asistencia de mi hermano; que el practicante que hacía falta, no sólo había de tener conocimientos más ó menos extensos, sino que era indispensable que ofreciese garantías de eficacia y de esmero en la asistencia de tan precioso enfermo; y que mal podía ofrecer esas garantías, quien, como Téllez, vivía desarregladamente y preocupado con amoríos y otras cosas.

»Todavía agregó que Téllez no era práctico, ni lo había sido nunca, ni lo sería jamás; que sus conocimientos eran puramente teóricos, y concluyó diciéndome que él no tenía empeño ninguno, que hiciera yo lo que me pareciera, que por su parte él había cumplido con el deber de darme informes amplios.

»¿Qué había de hacer? sacrificar en beneficio de mi hermano el interés que me inspiraba Téllez, y admitir los servicios de aquel *dichoso* señor López, de quien me han contado, que sus compañeros le dicen por mal

nombre el cojo Santa-Anna, apodo que me cayó muy en gracia.

»Ofrecí á Téllez cien duros, como gratificación por las molestias que se tomó, y es tan noble el muchacho, que no quería recibirlos; para que los admitiera fué necesario que se lo pidiera yo como un favor y le rogara mucho. Cuando le dije quien era el practicante nombrado, me contestó que le parecía muy bien, que López era muy estudioso, muy dedicado, que no se podía haber elegido mejor, y, en fin, me habló tan bien de los demás, como éstos me hablaron mal de él. ¡Pobre muchacho! yo no le tengo por un perdido, si acaso se habrá extraviado un poco, porque hay en la vida situaciones muy difíciles y pasiones muy fuertes.

»Y después de haberte hablado de tantas cosas, concluyo esta interminable carta, rogándole á Dios te dé cuanta felicidad desees y te convenga, aunque me la quite á mí de la parte que me reserva, y poniendo á tus plantas el corazón de tu esposo que te quiere

.»JOAQUÍN RODRÍGUEZ.

»P. D. — Muchos besitos á mis hijitos y sobrinos.»

CAPÍTULO IV

As you like it

—Decídase usted, señor Téllez, salga de esa tristeza que le abruma, de ese abatimiento que le mata; no sea

ed tonto, hombre, haga usted lo que yo, trate á lati-
os á esta sociedad miserable; impóngase usted por el
ιor que cause, por las amenazas que lance. Conque
mo y resuélvase á escribir en mi periódico.

—Lo pensaré.

—Nada tiene usted que pensar, está usted en la mise-
sin camino que seguir; la condenada suerte le ha
ido á usted en una ratonera; los estudios, demasiado
ndonados los tiene usted, se necesita que, á todo
ace, haga un esfuerzo y se levante de sus propias
nas. Para persuadirle á obrar así no *haré argumentos*
sensibilidad, no es mi fuerte ni mi gusto; tengo sobre
mundo y la sociedad mis opiniones invariables, si me
ereso por usted, no es porque me importe un comino
usted perezca ó se salve, sino porque me puede ser
l. Usted tiene talento, estilo vigoroso y vivo, y como
recibido usted muchos golpes, ha de escribir de un
do que arda, que duela, que levante ampollas, que
ue sangre. Usted ha de levantar mi periódico, yo he
lo ya muchos palos y se me ha cansado el brazo. Usted
ıdrá de refuerzo. ¡Mozo!—repite;—coñac al señor y
ιebra para mí.

—Mucho siento que no podamos estar conformes, yo
go altísima idea de la misión del escritor, las ideas
ı de guiar su pluma, en ellas se ha de inspirar hacien-
abstracción de las personas.

Este diálogo tenía lugar en un gabinetito del café de
Bella Unión. Los que hablaban eran Pacotillas y un
sonaje flaco, moreno, de pequeña estatura, de larga y
ada nariz, de facciones llenas de malicia y sarcasmo.

Usaba lentes y se los quitaba á ratos para limpiarlos cubríale el labio superior un bigote ralo, de largas y acicaladas puntas; una piocha esmeradamente peinada colgaba de su barba y oscilaba cadenciosamente cuando el personaje hablaba. Serían las nueve de la noche, los dos amigos apoyaban los codos en una mesa redonda que había en el centro del pequeño gabinete, estaban sentados en divanes forrados de terciopelo oscuro, la llama del gas proyectaba sobre sus cabezas vivos destellos.

Oíanse las ruidosas carcajadas que lanzaban dos gachupines y cuatro mujeres de mal vivir que cenaban alegremente en el gabinete contiguo; á la par que las carcajadas oíase el retintín particular de platos y cubiertos, la sorda detonación de botellas que se destapan, una que otra palabra soez y el chasquido de besos cínicos.

El mozo trajo las copas que el interlocutor de Pacotillas había pedido, las colocó delante de ellos y se retiró, cerrando al salir la puerta del gabinetito. Gregorio Hernández, que así se llamaba el que obsequiaba á Pacotillas, tomó un trago de ginebra, encendió un cigarro, y, después de reir á carcajadas, dijo así:

—Me encanta el candor de usted; ¿con que las ideas, inspirarse en ellas, respetar á las personas? ¿Con que la misión del escritor? ¡Hombre, de veras merece usted morirse de hambre! ¿Y quién ha de tener el mal gusto de leer las luminosas lucubraciones de usted y sus polémicas desinteresadas y sus trascendentales disertaciones? ¿Y en México, hombre? No sea usted niño, aquí las gentes gustan del escándalo, de la calumnia, de la diatriba. Anuncie usted un periódico prometiendo no dejar títere con

cabeza, desnudar al mundo entero y azotarlo en pleno zócalo; hable usted de las rapiñas de A., de la inmunda glotonería de B., de la asquerosa lujuria de C., y verá usted cómo tiene lectores de sobra, y verá usted cómo le pagan á peso de oro lo que escriba y hasta lo que no escriba, ¡vaya! pues cualquiera que tenga sus trapicheos, procurará pagar á cualquier precio el silencio de usted; desengáñese, amiguito, las gentes nacieron para el mal y cuando no tienen el placer de hacerlo, quieren tener, por lo menos, el gusto de pensar en él ó de oir hablar de él.

No crea usted que exagero. Fíjese, y en todo encontrará comprobadas mis opiniones. ¿Se trata de conversación? Pues póngase usted á platicar de las virtudes de fulano y nadie lo creerá y todos se aburrirán; pero cuente usted que la señorita H. cometió un desliz, ó seis ó diez; que la señora R. engaña á su marido; que fulano roba, que el otro estafa, y verá usted con qué curiosidad le oyen, con qué placer le escuchan, con qué avidez beben sus palabras y cómo demuestran en todo la satisfacción que les causa la maledicencia.

Y aquí el cínico detractor de la sociedad suspendió su animada charla, para tomar otro trago del inflamado líquido que henchía su copa. Paco bebió silenciosamente; se sentía mal, aquella conversación le hacía daño, y, sin embargo, picaba su curiosidad, causando en su noble espíritu una impresión parecida á la que sentiría una virgen que de súbito viera inesperadas desnudeces. La tenacidad con que le había perseguido la mala suerte, las malas partidas que las gentes le habían jugado, la escan-

dalosa prosperidad del Chango, por tan viles medios alcanzada, engendraban en su espíritu un pesimismo siniestro, que le inclinaba á las negaciones y á las dudas. Malas debían de ser las gentes, puesto que el mal era visto con tanto interés.

Los cien duros con que la longanimidad de don Joaquín recompensó las atenciones y buenos oficios de Pacotillas, le vinieron á éste como de molde; pero no fueron más que una tregua de la miseria, que después se presentaría más iracunda que antes. Habían pasado tres meses de aquel inesperado auxilio. Afortunadamente, don Joaquín no había quedado satisfecho con darle aquel dinero, y, á título de regalo, acababa de mandarle un reloj de oro con su correspondiente leontina y un billete de banco de veinte pesos, que, la noche de que hablamos, llevaba Pacotillas en la faltriquera.

—Pues sí, joven amigo mío,—dijo Hernández, después de vaciar la copa y conceder á su bulliciosa y envenenada lengua un momento de descanso.—Límpiese usted la leche de los labios, deseche infantiles candores, y óigame, que le voy á contar mi historia; pero antes acabe su copa y que se la vuelvan á llenar.

Golpeó con el canto de un duro el cristalino y sonoro costado de una copa grande, el mozo se presentó apresuradamente, y recibió orden de repetir la dosis. La palabra de Hernández se hacía balbuciente, se acentuaba más la mordacidad de su frase, y la malicia de sus facciones tomaba proporciones verdaderamente diabólicas.

—Vine á México el año de 1874, era un muchacho de diez y seis años con la cabeza llena de tonterías; creía en

todo, no había conseja natural ó sobrenatural que no me cupiese en el magín; creía en los duendes, creía en los ángeles, creía en cuanto hay; en las novias, en los amigos, en el amor, en el desinterés, en el sacrificio y en mil majaderías semejantes; ¡vaya! mi credulidad llegaba hasta admitir que las flores tienen alma, que sus perfumes son apasionados suspiros, sus colores púdicos sonrojos; creía que las estrellas eran los ojitos de los bienaventurados, que desde el cielo nos dirigen miradas paternales; creía en el diablo y le tenía un miedo atroz; pero como también creía en el ángel custodio, me tranquilizaba, pensando que mi guardián no me perdería de vista, ni dejaría que el enemigo malo hiciera conmigo una de las suyas.

Entré á la Preparatoria á hacer carrera, gozando de una beca; ingresé á la cátedra de matemáticas. Yo siempre he sido muy poco matemático, los números sólo me gustan cuando se cifran en pesos duros; más que los guarismos de la aritmética, las literales del álgebra y las figuras de la geometría, me gustaban las muchachas, la música, la charla de los amigos, sobre todo cuando la anima uno que otro sorbo (y aquí tomó uno de su nueva copa); resueltamente, la geometría no me entraba; en materia de líneas curvas, me gustaban mucho más que las pintadas en mi libro, las animadas, vivas, simétricas, é incomparables, que forman dos cejas en el guapo rostro de una chica de quince años.

Con tales gustos, amiguito, que no fueron del gusto de mis sinodales, salí reprobado por unanimidad ó por una nimiedad, como dije yo para mi coleto, cuando me

comunicaron la infausta nueva. Perdí la beca, mi padre se atufó mucho, y me escribió, diciéndome que era yo un perdido, que no me le presentara delante y que viera cómo salía yo del paso.

Desde entonces era yo murmurador y maligno, me gustaba escribir biografías burlescas de mis profesores, las cuales hacían morir de risa á mis compañeros y de rabia á los aludidos; mas esto no hace al caso. Cuando me ví despojado de la beca, fuí á ver á don Gabino, era un alma de cántaro el pobrecito, le lloré, le ofrecí enmendarme y me prometió dejarme la beca. Pero ahí tiene usted, mi amigo, que un día se nos ocurrió á varios perdidos hacerle una travesura á un compañero; travesura muy inocente, se lo aseguro á usted; sólo se trataba de darle un susto, escondiéndole un reloj que cuidaba como un ojo de la cara; mas se asustó tanto aquel mandria, que fué á pedir *la de arriba,* quejándose de que lo habían robado, y no sé cómo diablos sucedió que el reloj se encontró en mi poder; el loco se puso furioso, pues era inexorable en estos casos, y me echó á la calle; le pedí perdón, le lloré; no revocó la sentencia, pero se conmovió mucho y me dió un puñado de pesos. ¡Oh! tenía muy buen corazón ese don Gabino.

El que hablaba se interrumpió para tomar un trago de ginebra, le vino un acceso de tos, cuando le pasó siguió charlando. Paco bebió también.

—Conseguí entrar al Colegio Militar, y aquí me tiene usted con mi kepi, mis botones dorados, charolado cinturón y reluciente sable; estaba yo monísimo, parecía un Miramón de diez y ocho años. ¡Pero aquellas matemáti-

as, amigo, y aquellas muchachas, fueron siempre mi erdición! Las primeras porque no me entraban, y las tras porque no me salían. Se acabó el año, llegaron los xámenes, y, cataplum, fuí reprobado, perdí mi plaza, , *adiós ensueños de futura gloria,* adiós esperanzas de ir un gran capitán, muy bueno para hacer cuentas, y 3 llegar á filo de sable hasta la presidencia de la repú-ica; y adiós mi bonito kepi, mis botones dorados, cha-lado cinto y relumbroso sable.

Tuve todavía maña para conseguir entrar á la Es-iela de Agricultura; pero ¡ay! amigo, ya sabe usted, quellas matemáticas, siempre tan feas, y aquellas mu-iachas siempre tan bonitas; salí de Agricultura como de idas partes. Pero no crea usted que hubiera perdido el empo, había aprendido muchas cosas, había adquirido iucha experiencia y ya no creía en zarandajas. Había ído muchas novelas que me enseñaron lo mucho que sé e historia, y aunque mi erudición era de pacotilla... erdone usted,—dijo cambiando de tono,—no lo dije por plicarle el mote.

—No tenga usted cuidado,—dijo Paco.

—Pues sí, por las novelas supe que Enrique IV fué un ey muy popular, muy valiente, muy enamorado, que rimero fué hugonote; que Luis XIII fué una nulidad y ına poderosa impotencia; que Luis XIV, á quien llama-on el gran rey, fué muy ostentoso, muy enamorado y se asaba en Versalles una vida, que ya...; que Luis XV ué un disoluto, Luis XVI un mandria á quien cortaron a cabeza como si fuera un borrego. Ya ve usted, casi oda la historia de Francia; pues igualmente sabía la de

España, la de Inglaterra y demás nacioncillas civilizadas.

Mi experiencia de la vida era inmensa. Sabía que las mujeres empiezan por decir que no y acaban por decir que sí, y hacerlo; que los hombres no obran más que por interés ó por miedo; que los viejos son egoístas, maliciosos y disolutos; y que los jóvenes, mientras más talento tienen, más tontos son. Me encontraba, pues, á los diez y nueve años sin oficio ni beneficio; mi padre se había ido al otro barrio, sin dejarme un hediondo centavo; mis propiedades se reducían á un estómago que reclamaba su lastre dos veces al día, por lo menos; á un cuerpo, que, justamente porque es muy feo, tengo que cubrirlo; á una imaginación soñadora, pero que, para apacentarse, pide algo más que ensueños y visiones de poeta flaco. Ya se hará usted cargo de la escasa renta que mis propiedades me producirían.

¡Qué diablos! dije yo entonces, pues me meto á escritor; y ahí tiene usted que me puse á componer un libro de aventuras escandalosas, de cuentos del más subido color, en que figuraban personajes hijos de mi propio cacumen; pero á la gente se le antojó que mis héroes eran de carne y hueso, y no puede usted figurarse lo que tal creencia estimuló el apetito de los compradores; hice un tiro de cinco mil ejemplares, la edición voló, y, aunque el ladrón del editor se cogió mucho, todavía pude recibir dos mil duros contantes y sonantes.

Aquello me pareció un sueño; ya tengo carrera, me dije, y muy cómoda, muy agradable, muy fácil de hacer, como que la he hecho sin sentir. Si hubiese sido médico, Dios sabe cuánto hubiera tardado en ganar dos mil pesos, tal

vez en toda mi vida los hubiera visto juntos. No le diré á usted que mi profesión careciera de inconvenientes. No, algunos idiotas se atufaron, poniéndose el saco; recibí tres tarjetas de desafío, de las que me reí; cinco palizas en promesa, de las que me reí más; dos palizas en efectivo, de las que no me reí, y que me levantaron algunos chichones. Balance general, amigo mio, dos palizas y dos mil duros, sale á mil pesos cada una; conque, si así me las pagan que me las peguen.

En fin, que me gustó el oficio, publiqué otro libro licencioso: ganancia, tres mil duros; pérdida, tres palizas; en fin, para no cansar á usted, he seguido esa carrera, y, á pesar de los argumentos contundentes, cuyo peso suelo sentir, no me quejo, porque recojo dinero en abundancia; si una que otra vez hay cardenales en mi pellejo, en cambio hay siempre plata en mi bolsillo, y no es cosa de milagro ni de alquimia que también haya oro.

Y no crea usted que sólo coseche el vil metal, como le laman los que no lo tienen, gozo también de influencia y hago mis negocios. ¡Oh! si viera usted qué miedo me tienen los ministros, diputados, senadores y demás gentecilla archiordinaria. Cuando estoy apurado voy á ver al ministro R., y apenas me atisba, dice: ¡Ah! Gregorito, qué le trae por acá? cuidado con darme un idem. Bueno, le digo yo, ¿qué quiere? ruido ó silencio, que hable ó que calle. No, hombre, contesta, cállese por Dios, dice usted muchas indecencias; y entonces replico: Pues acuérdese del proverbio chino, me lo apropio, y digo: Si mi palabra vale plata, mi silencio vale oro; y en el acto se me brinda la dorada mosca, ¡ja! ¡ja! ¡qué estúpida es la gente! ¡qué

bueno es el mundo! ¡y cuánto pescan en él, y cuánto jugo le sacan las gentes listas!

Aquella charla ligera, fácil, voluble, en que, á través del agradable desenfado de un discurso humorístico, se descubría el más desconsolador escepticismo, y la más espantosa sequedad del alma, causaba en Pacotillas un efecto extraño; no se convencía, pero escuchaba con gusto aquellas negaciones; él había luchado mucho en la vida por sus queridos ideales, y, aunque se sentía maltrecho, magullado, herido, y presentía las mortales congojas del vencimiento, no por eso renegaba de aquellas ideas nobles, que le parecían el perfume de su vida, la esencia delicada de su corazón y el alma de su alma. En el aturdimiento que le causaban sus continuos infortunios, sentía como si su corazón hubiera muerto ya; pero sentía también que la víscera muerta y rígida, guardaba, con más fuerza que antes, las inclinaciones nobles y los afectos desinteresados, así como la fría mano del soldado muerto, suele todavía empuñar el arma con que tan fieramente luchó.

Era imposible que Pacotillas consintiera en hacer de la difamación, de la diatriba y del escándalo, medios de subsistencia; y aún cuando fuera capaz de semejante debilidad, bastaba el recuerdo de su amable compañera, para vedarle ceder á tan ruín flaqueza. Se creería indigno de Amalia, si se presentara ante ella como un ladrón de honras, como un mancillador de reputaciones, como un rufián de la pluma, como un miserable, á quien le dan un palo cuando habla y un duro cuando se calla.

Sentía en esos momentos el aturdimiento producido por las copas que había tomado, y como ese aturdimiento le

hacía insensible por un rato á las inquietudes y desazones que le amargaban la vida, le gustaba prolongarlo y acentuarlo. Se prestó de buen grado á que le sirvieran una copa más.

Habló sin saber á punto fijo qué, su cabeza ardía, sus sienes latían con violencia, sus ideas se atropellaban y confundían, y su imaginación, desplegando las encogidas alas, volaba por regiones singulares. Le divertían, y hasta parecían magnetizarle, las vivas gesticulaciones de su interlocutor; le entretenían las carcajadas grotescas de los que se solazaban en el gabinete inmediato, y se apoderaba de él el más raro olvido; parecía fascinarle aquel sitio, la luz que del mechero caía sobre él, parecía aprisionarle, atándole á su asiento con innumerables é invisibles hilos.

Al entrar allí, habíalo hecho de mala gana, y sólo por ceder á las tenaces instancias de Hernández; estaba muy pendiente de la hora, cada rato sacaba el brillante reloj de oro, lo veía con deleite, como si le sorprendiera poseer tan rica alhaja, y no se hartaba de gozarla. Tenía el firme propósito de irse á las nueve, ¡vivía tan lejos y su Amalia estaba tan sola!

Cuando dieron las nueve, ya no se hizo muy bien cargo del tiempo transcurrido, sin embargo quiso despedirse; pero el deseo fué fugaz, y venció la inercia. A las diez ya se sentía bien en aquel lugar, creía estar soñando, tenía la sensación de ligaduras que se rompen, dejando los miembros libres; le parecía que dejaba en el suelo el fardo que le abrumaba, sintiéndose por un momento libre de él, y deseaba prolongar aquel rato de descanso, pues de todos

modos la maldita carga volvería á doblegarle demasiado pronto.

Se sentía fuerte, se sentía libre; la miseria quedaba lejos, estaba conjurada, había veinte duros en su bolsillo, poseía una cadena espléndida, un reloj deslumbrador; se le presentaban mil caminos, la ciencia le llamaba, la ciencia, esa maga poderosa, que perfora montañas, surca mares, ciega abismos, esclarece misterios y hiende triunfadora los aires, le ofrecía su patrocinio.

Expresó con entusiasmo sus ideas optimistas, y bebió con ansia y de un sorbo la nueva copa. Su interlocutor seguía, charla que charla, zahiriendo los ideales humanos, burlándose de los que creen, riéndose con todas sus ganas de los que sueñan. Paco le oía, mas no le entendía ya; las palabras y cuantos ruidos llegaban á él le hacían el efecto de un sacudimiento acariciador, que conmovía agradablemente su sistema nervioso. Como tupidas bandadas cruzaban por su imaginación las ideas más varias, mas sin emocionarle; asistía al fantástico panorama como espectador indiferente, que se distrae, viendo animado y pintoresco espectáculo.

Eran más de las once cuando su compañero, tambaleándose, se puso en pie, y con voz balbuciente le dijo:

—¡Ea! levantemos la sesión, ¿con que usted casado con sus remilgos? ya se arrepentirá y solicitará el divorcio, conozco á la gente.

Salieron, despidiéronse en la puerta del café; el interlocutor de Paco se encaminó hacia la plaza, Paco siguió la dirección opuesta, hacia el portal del Águila de Oro. Había llovido mucho, mas ya se había serenado el tiempo;

la luna, en su cuarto creciente, brillaba con fulgores melancólicos, hiriendo su luz el rostro de Pacotillas; desgarradas nubes de blanquísimos contornos cubrían el cielo, por aquí y por allí, semejantes á cenicientas islas, que se destacaban sobre un mar sereno de un color gris perla.

Paco echó á andar, sin hacerse cargo del rumbo que llevaba, sin saber por qué, ni cómo andaba por allí, sin tener idea de la hora que sería, le parecía como si el curso del tiempo se hubiese detenido; andaba maquinalmente, porque tenía necesidad de moverse; el viento fresco y húmedo, que le acariciaba la frente, calmaba su ardor, le adormecía el ruido desigual de sus pasos; sus miradas vagaban, ya las fijaba en el medio disco de la luna, ya en el suelo negruzco, en que los charcos esparcidos brillaban como fragmentos de un espejo roto. Se cruzó con varios grupos de ebrios que cantaban con ronca voz, veía pasar siluetas informes de mujeres perdidas.

Así anduvo, anduvo, hasta llegar á la esquina de la Independencia y San Juan de Letrán. En ese lugar hirió sus oídos estrépito alborotador de fuertes y ruidosas voces, que le hicieron volver el rostro; intensa luz amarilla hirió sus retinas, contrastando con el suavísimo fulgor de la luna que le bañaba el rostro. Pacotillas, sin darse cuenta de lo que hacía, penetró al sitio iluminado, como la mariposa atraída por la llama.

Era una cantina; una gran lámpara de petróleo, colgada del techo, esparcía el amarillo resplandor que había deslumbrado al joven; la atmósfera estaba cargada de

humo de cigarro, los objetos se veían como á través de sucias, aunque tenues, gasas; tres ebrios disputaban acaloradamente; á cierta distancia de ellos, un hombre de sombrero ancho y envuelto en un capote azul, apoyaba los codos sobre el mostrador. Paco entró con pasos vacilantes, parecía sonámbulo, la cadena de oro lanzaba deslumbradores reflejos sobre su viejo y deslustrado chaleco. El hombre del capote lo vió de pies á cabeza, y, saliéndole al encuentro, le dijo:

—Las copas saben mejor tomándolas en compañía. ¿Me hace usted la honra de tomar una conmigo?

—Con mucho gusto, —contestó Paco, con voz ronca, balbuciente y apenas perceptible.

Las sensaciones del joven, aunque intensas, eran confusas; el aturdimiento de su espíritu le impedía clasificarlas y ponderarlas, había gran desacuerdo entre lo que forjaba su fantasía y lo que ejecutaba su cuerpo; diríase que su alma estaba divorciada del organismo corporal. La lámpara antojábasele á Paco la incandescente masa de un astro siniestro; el olor acre del recinto, el ruido de las conversaciones, lo rudo de las fisonomías, la brillante y convexa superficie de las alineadas botellas, le producían un conjunto de sensaciones ásperas y fuertes. Fuera de la cantina, el silencio de la calle, el tenue brillo de la luna, que caía sobre el mojado suelo como leve caricia, los altos, copudos y sombríos árboles del jardín de enfrente, producían en Pacotillas el efecto de un panorama fantástico, visto á gran distancia.

La cantina, con su luz amarilla, sus fuertes olores, sus ásperos ruidos, sus toscas y acentuadas figuras, le

parecía el emblema de la vida, con sus choques, con sus asperezas, con su movimiento, con su agitación. La calle con su tranquilidad, con su silencio, con sus confusas sombras, sus inciertos bultos, sus fulgores melancólicos y su viento helado, le parecía el tranquilo recinto del sueño, ó la mansión fría de la muerte.

El desconocido ofreció á Paco una copa de ron, éste la apuró de un sorbo, sin darse cuenta de lo que hacía, notando apenas que había pasado por su garganta aquel inflamado é infernal brebaje.

En seguida dió muestras de querer pagar, mas el desconocido se le adelantó; el joven dió las gracias con un movimiento de cabeza, y, tambaleándose, se dispuso á salir.

—Voy á acompañarle, si me lo permite, porque está usted muy malo, —dijo el del capote azul, y, ofreciendo el brazo á Pacotillas, salieron de aquel lugar.

¡Pobre joven! había perdido toda voluntad, todo discernimiento; su cuerpo ya no lo sostenía, y se apoyaba en el desconocido, en fuerza de ese instinto que nos hace buscar sostén en cuantos objetos se nos presentan. Al salir levantó la vista, la luz de la luna le bañó el rostro, y le pareció que una gasa blanquísima, leve y vaporosa, le envolvía el cuerpo. Grandes masas de nubes, negras en el centro y de plateados bordes, cercaban el nocturno luminar. Paco pensó confusamente que la luna era Amalia, y los nubarrones la pobreza y la desventura.

El desconocido tomó hacia la izquierda, dirigiéndose con Paco á los portales; un reloj daba en esos momentos

las doce; atravesaron el portal de la fruta, como á la mitad de él abría sus anchas puertas otra cantina, más concurrida, y con la atmósfera más cargada que la que acababan de dejar.

A la derecha de la entrada había, entre el mostrador y la pared, un pequeño tabique de madera con una puertecita de vidrios apagados; entrando por ella, penetraron en un corto recinto, en que se veían cuatro mesas, tres ocupadas por bebedores y jugadores de dominó y una vacía, junto á la cual se sentaron Pacotillas y el desconocido.

El joven tuvo un momento de lucidez, reconoció que andaba con un extraño que le había pagado una copa, echó de ver que era muy tarde, sacó el reloj y vió con asombro que ya habían dado las doce, quiso retirarse, pero el desconocido le dijo:

—Descanse usted un poco.

—Gracias,—dijo el joven con ronca y dificultosa voz, —usted me ofreció una copa, ahora yo le voy á ofrecer otra.

—Con mucho gusto,—contestó el otro, y pidió dos copas de ron.

Al apurar el primer trago, sintió Pacotillas que un vapor denso le subía á la cabeza y le ofuscaba; el ruido que producían las copas al ponerlas en el mostrador, el de las monedas que el cantinero echaba en la caja, el seco *chis chas* de las fichas del dominó, volvieron á aturdirle; sentía que una llamarada súbita se alzaba en su cabeza, abrasándole y tiñendo su fantasía con rojos matices.

Con ronca voz pronunció frases, apenas inteligibles y en armonía con su delirio; vertió, en confuso amalgama, quejas, conceptos amorosos, arrebatos de tierna sensibilidad y acentos de indignación; mas, á través de la desordenada fraseología y de la pronunciación torpe, se advertía lo selecto de la inteligencia, lo vasto y sólido del saber, lo delicado de los afectos y lo firme de la voluntad.

Su acompañante lo examinaba con grande atención, parecía tenerle en acecho, esperando algún síntoma determinado. Le hizo beber cuatro copas más de ron, á la hora de pagar, el joven, con gran torpeza de movimientos, metió la mano en la faltriquera del *jaquet*, sacó el billete y lo puso en la mesa; el desconocido vió la cifra y dió al mozo el billete, á poco volvió éste con el cambio, lo contó el desconocido y lo dió á Paco, que, con mucha torpeza, se lo guardó en el bolsillo.

Había pasado la una cuando salieron de allí; el tiempo había cambiado completamente, el cielo estaba cubierto de nubes amenazadoras y soplaba un viento helado; el hombre del capote, llevando á Paco del brazo, se dirigió otra vez á la calle de la Independencia. El estudiante había perdido completamente el conocimiento, parecía dormido, llevaba la cabeza ladeada y arrastraba los pies; el desconocido se detenía á veces, examinaba á Pacotillas, le hablaba; el joven contestaba con un gruñido y seguían andando.

Atravesaron la calle de San Juan de Letrán, después el Puente de San Francisco, después entraron á la calzada diagonal de la Alameda. El gran paseo estaba solitario,

y sus calles de árboles tan sombrías y oscuras como el fondo de un bosque; cruzaron la glorieta central, siguieron la prolongación de la calzada diagonal, como si se encaminaran al Portillo de San Diego. Cuando llegaron al sitio, que al desconocido pareció más solitario y tenebroso, se detuvo y contempló al joven, que seguía profundamente dormido; entonces, con la mayor calma, aquel hombre le quitó el reloj, la cadena, todo el dinero que el joven llevaba, y después de registrarle los bolsillos, y convencerse que nada más había, le dió un brutal empellón, diciendo:

—¡Duerme la mona!

Pacotillas cayó pesadamente á un lado de la calzada, el ladrón se fué, y cinco minutos después caía un aguacero torrencial.

CAPÍTULO V

Tenebrosa nox

El día, cuya noche había sido tan fatal para Paco, fué para Amalia placentero y luminoso; retozaba la alegría en su alma infantil, y los pensamientos gratos acudían en tropel á su mente, pareciéndole á ella mensajeros de días felices.

Hacía tres meses que se habían disipado las heladas nieblas de la miseria, y que reinaba una comodidad relativa en el pobre hogar de aquellos amantes. La improvisada cama, de bancos de madera y tablas, había sido

desechada, y sustituída con un modesto catre de fierro; un tocador sencillo, mostraba la ovalada luna, que parecía irradiar cuando reproducía la faz de Amalia, al hacerse ésta el sencillo tocado matutino.

Un incidente inesperado llevó á su colmo el buen humor con que se había levantado la muchacha. Concluían ella y Francisco el frugal desayuno, cuando llamaron á la puerta. Salió Amalia á ver, era un empleado del Expréss, que había preguntado por don Francisco Téllez, y, presentándose éste, le dió un paquetito, que contenía el reloj, la cadena y el billete de veinte duros de que hemos hablado, y una carta de remisión de don Joaquín Rodriguez, en la que suplicaba á Francisco recibiera aquello como un presente, y le recomendaba que no perdiera de vista al pobre loco.

Grande fué el gusto de Amalia al ver las hermosas alhajas; no se cansaba de tocarlas, de pulsarlas, de examinarlas, ya de un lado, ya de otro; temerosa de descomponer el reloj, hizo que el estudiante abriera las tapas y le enseñara la maquinaria.

—¡Ay! hijo, si está *chulísimo*, déjame ponértelo yo misma.

Y haciendo como lo decía, prendió la cadena á uno de los ojales del chaleco, y acomodó el reloj en el correspondiente bolsillo.

—¡Qué bien te sienta!—dijo, viéndole con complacencia,—¡lástima que el chaleco no corresponda! ¡ahora sí pareces un doctor! ya verás como este reloj nos trae la buena suerte y va á señalar horas felices para nosotros.

—¡Pareces chiquita, Amalia! —le dijo el estudiante en tono de cariñosa reconvención.

—¡Pues cómo no me ha de dar gusto que te vaya bien! ya verás cómo tu suerte cambia, y se acaban tus malos humores, y vamos á vivir muy contentos, muy *contentitos*.

Y batía las palmas con regocijo, y bendecía al señor Rodríguez, y hacía cariños á Pacotillas, y volvía á encarecer la hermosura de la cadena, sin dejar de deplorar, de paso, lo maltratado del chaleco. Encargó á su amante que buscara un guante de cabritilla viejo y unos polvos de madreperla, pues todos los días había de limpiar y poner más relucientes que el sol, aquellas alhajas, que, como dones de un corazón agradecido, no podían menos que ser présagos de ventura.

Largo rato celebraron el feliz suceso, después de lo cual se fué el estudiante y la niña quedó sola, entregada al gozoso bullir de sus pensamientos. Encargó el mandado, y cuando se lo hubieron traído, se dispuso á preparar la comida de los dos, sin que lo tosco y pesado de la faena la disgustase, ni empañase el brillante colorido de sus ilusiones lisonjeras. Al contrario, los menores accidentes de su tarea le parecían nuncios de faustos sucesos.

Cuando su mano delicada, agitando el aventador, inflamaba los negros carbones, que chisporroteaban, proyectando regueros de brillantes chispas, la niña contemplaba con regocijo los incandescentes puntos, que le parecían diminutos geniecillos, que también saltaban de júbilo.

A eso de la una regresó el estudiante, la hermosa y hábil cocinera había terminado ya su labor, y aderezado la humilde mesa. Su buen humor no se había disipado, antes parecía aumentar, estimulado por el aguijón de un excelente apetito, que iba á satisfacer pronto, en unión del que era todo para ella.

—¡A que se te olvidó mi encargo!—le dijo al entrar.

— Completamente, — contestóle el joven.

—¡Jesús, qué cabeza de hombre! pase por esta vez; si la noche no me lo traes, reñimos. ¿Y qué tal anda tu reloj? A ver: ¿qué horas son?

Y se apoyó con mimo en el hombro de Paco, mientras éste sacaba el reloj, diciéndole:

—La una y cinco.

—Pues á comer, que en mi estómago son las dos.

Y comieron alegremente, todavía el reloj y la cadena hicieron el principal gasto de su animada conversación. Hablaron de sus proyectos de porvenir, hicieron cuentas, todo iba bien; los veinte pesos, cuidándolos, les podían durar un mes, á Amalia le quedaban todavía dos relucientes duros, que mostró gozosa al estudiante; era el último resto de los famosos cien pesos del señor Rodríguez.

Dijo Pacotillas á Amalia que no se entusiasmara con lo que iba á contarle, ni sobre ello fabricara castillos en el aire, no les sucediese lo que cuando soñaron con realizar idilios amorosos en una casita de campo, próxima á Chapultepec. Que esa tarde, al oscurecer, iba á conferenciar con un periodista, llamado don Gregorio Hernández, con quien le había presentado Patillitas; que de la

conferencia podía resultar que, el que hablaba, escribiese en un periódico, de que era propietario aquel señor, lo cual podía producir algo, según aseguraba Patillitas.

—Pues la verdad te diré, —dijo Amalia, —que en vez de entusiasmarme lo que me estás contando, lo desapruebo; ya ves qué mal te fué la otra vez.

—Pues á mí tampoco me seduce el proyecto, porque, si es cierto que el periódico se vende mucho, está muy desacreditado, por lo mordaz y difamatorio de sus artículos.

Sin incidente, que merezca referirse, terminaron su comida con el mismo placer que la habían empezado; se levantaron de la mesa, el estudiante tomó su café, mientras lo apuraba, cogió un libro de medicina, pues aquellos benditos cien pesos le permitieron proveerse de libros de texto. Amalia se sentó junto á él y tomó una costura; á ratos apartaba de la labor los hermosos ojos, y los clavaba con deleite en su amante, contemplando, ya las correctas facciones del joven, ya su negra cabellera, ya su hermosa frente, ya el ligero fruncimiento de cejas que hacía, cuando concentraba la atención en algún punto arduo del estudio.

Cerca de las cuatro, Pacotillas, después de consultar el reloj, cerró el libro, se puso en pie y dijo á su amada:

—Me voy, alma mía, tengo que ir á clase, y que hablar después con ese caballero.

—No te tardes, —le dijo Amalia con tono mimoso, abrazándolo y presentándole la frente, en la cual depositó su amante un beso prolongado y ruidoso, diciendo después:

—No me tardaré, hijita, cuando mucho, á las nueve estaré aquí.

Salió, Amalia le siguió hasta la puerta, viéndole partir. Habría andado Pacotillas algunos pasos, cuando regresó á toda prisa, penetró al cuarto, y dijo á Amalia que le seguía:

—No sé por qué he sentido vivos impulsos de abrazarte, me pareció que nos íbamos á separar por mucho tiempo.

—¡Qué locura! —exclamó Amalia, dejándose abrazar por el estudiante, —si sólo es por algunas horas; sin embargo, tienes razón, eso ya es mucho tiempo, sobre todo para mí que las voy á pasar solita.

Después de muchos mimos recíprocos y muchos requiebros, Pacotillas se fué al fin, Amalia le gritó desde la puerta:

—No se te olviden el guante y los polvos.

—No, — contestó el otro.

Amalia entró á su cuarto, exhaló un gran suspiro, volvió á tomar la interrumpida labor; pasados algunos momentos sintió una congoja extraña, le acometieron vivos impulsos de llorar, sintió como un presentimiento de soledad y desamparo. Mas la angustiosa emoción fué pasajera, rápida, se disipó por sí misma como había venido, semejante á esas nubes, que en los días serenos nublan por momentos el sol.

Pasada la nube, volvió á brillar en su espíritu el dorado haz de los pensamientos risueños. Siguió con la imaginación á su amante, como antes le siguiera con la mirada; creía verlo recorrer las calles con paso rápido, aire preocupado, con el libro debajo del brazo, lanzando sobre cosas y personas miradas indiferentes.

Divertíase en trazar mentalmente el itinerario de su querido Paco. Ya irá por la calle de San Lorenzo, habrá encendido un cigarro, ¡cuándo no! se ha de haber impacientado porque no lo encendía pronto (y aquí se sonrió creyendo ver al estudiante refugiarse en el hueco de alguna puerta, para poner la llama del cerillo al abrigo del viento). Ya irá por la cerca de Santo Domingo, ya habrá llegado; seguramente, porque él no se detiene á hablar con nadie, se contenta con saludar á sus conocidos, y eso cuando está de humor: ¡es tan malcriado mi Paco!

Y luego se imaginaba ver á Pacotillas en clase, rodeado de sus numerosos compañeros; y que el profesor, viéndole á través de los lentes, le pedía la clase. Y sentía mucha complacencia, mucha satisfacción y mucho orgullo al pensar que Paco estaría haciéndolo muy bien; no podía ser de otro modo: él era de mucho talento, y esa tarde había estudiado con tesón ¡vaya si había estudiado! á ella le constaba, más de hora y media estuvo Paco con los ojos clavados en el libro, estudiando con muchísima atención, como que no le dijo ninguna terneza, ni siquiera la vió; ella sí que le atisbó bien; y volvió á sonreirse satisfecha de su malicia. No cabe duda, siguió pensando, se ha de estar luciendo, y creía ver al catedrático mover la cabeza en señal de aprobación tácita y á los condiscípulos absortos y complacidos, sin moverse ni despegar los labios. De seguro ni una mosca se atrevería á volar en aquel recinto, henchido completamente de la querida voz de su amante.

Y se pasó la tarde la pobre niña, fingiendo ver con la

naginación lo que el joven hacía; era su ocupación más rata, así jamás se creía sola; pues cuando no le veía, eía verle, y cuando no le oía, fingía oirle.

Poco antes de oscurecer guardó la costura y se asomó la puerta de la vivienda, ésta daba al Sur, y, levanndo Amalia los ojos, los clavó en la luna, que en su larto creciente ese día, se hallaba muy cerca del meriano y comenzaba á lanzar destellos pálidos. Un poco al oniente, como perla sumergida en lago azul, empezaba cintilar tímidamente la hermosa estrella llamada espiga e la Virgen.

Cambiáronse misteriosos efluvios entre las pupilas de . niña y los serenos y distantes astros. El alma de Amaa se sumergió en las etéreas ondas del éxtasis á que redispone la contemplación del cielo, vió de hito en hito ; media luna, contempló el cintilante punto de la estrea, que le pareció una mirada amiga que el cielo le diriía. A poco, sin darse cuenta del motivo, creyó que se iturbiaba la plácida onda que la bañaba y se esparcía ı su alma una sombra tenue que, si no era la tristeza, trecía su crepúsculo.

Trató de disipar sus propensiones melancólicas, dejando e sondear las infinitas profundidades; volvió al limitado ecinto de su cuarto, se entretuvo en cosas triviales, y uando entró la mujer que le hacía el mandado, ya no ensó más que en preparar la cena de los dos.

Al desempeñar su ruda tarea, sentía Amalia un vacío n su espíritu, su imaginación se había quedado á oscuas, por decirlo así, habíase roto el hilo que en la tarde ı unía á su amante y le permitía verlo, si no con la del

cuerpo, al menos con la mirada del alma. Ahora carecía de todo dato concreto de espacio y tiempo que la hiciese asistir mentalmente á la entrevista de su amante. Desde las seis, hora en que debió terminar la clase, Paco se había perdido en la imaginación de la niña; contrariábale esta impotencia de su fantasía, y procuraba compensarla representándose el regreso del joven, y calculando lo que diría y haría al entrar.

Había pasado muchísimo tiempo; por más que Amalia hizo durar sus tareas lo más que pudo, terminaron éstas sin que su soledad acabase; por más que aguzaba el oído, no escuchaba más que los ruidos propios de una gran vecindad: un muchacho que lloraba, gentes que cantaban, el ladrido de algún perro, los pasos de los extraños; mas no los de la persona que ella esperaba con tanta ansiedad.

Comenzaba ya á sentir congoja, de repente se estremeció, había resonado en los aires, llenándolos con su grave y majestuoso són, el estallido de un trueno lejano, que, multiplicado por el eco, retumbó varios segundos. A ella la tempestad le causaba un verdadero pavor, que en vano se esforzaba en dominar; de cuán profundo terror no la llenaría aquel trueno, ahora que estaba sola y sin saber dónde andaría su amante. ¡Dios mío! murmuró, y, pudiendo en ella más la inquietud que el miedo, corrió á la puerta, la abrió y alzó la visla al cielo.

La luna, bastante inclinada ya al poniente, lanzaba placentera luz en un trecho de cielo limpio, cercado por oscuras nubes de plateados bordes. La tempestad venía del Norte, las nubes que Amalia veía poníanse de repente blancas, simulando nevadas cordilleras y destacando con-

da claridad sus contornos, cuando las bañaba el súbito illo del relámpago que fulminaba en las nubes tempesosas.

En ese momento cruzaba una vecina por el solitario tio. Amalia, llena de angustia le preguntó qué hora era.

—Ya dieron las nueve,—contestó la mujer.

Amalia entró á su cuarto, sentía una ansiedad horrible, acertaba á explicarse la tardanza de su amante, su ırmada imaginación le hacía fingir escenas peligrosas, ompañadas de fragores de tormenta ó iluminadas por ámpagos de siniestro fulgor.

Y la tempestad se aproximaba, menudeaban los truees; lejanos y sordos los unos, próximos, sonoros y rembantes los otros, mas todos amenazadores como la ·ada voz de los elementos conjurados.

Amalia, arrastrada por su inquietud, volvió á asomarse a puerta, el nublado había hecho progresos, ya invadía claro en que minutos antes brillaba la luna apacibleente; nubecillas blancas ó cenicientas, avanzadas, ó ones de la tempestad, pasaban delante del astro sin ıltarlo del todo; la luna parecía huir como cervatilla ›sada por crueles cazadores.

Presa Amalia de la mayor inquietud volvió á entrar, rando la puerta; no sabía qué hacer, ni qué postura nar: ya cruzaba las manos, ya se oprimía el pecho, ya arrodillaba susurrando plegarias, mientras la imponte voz de la tempestad atronaba el espacio con su fordable estruendo.

Pasaría un cuarto de hora y Amalia, desafiando la temstad y empujada por su cuidado, volvió á asomarse: el

cielo estaba ya completamente negro, la cervatilla celeste había sucumbido. El pavoroso nublado se enrojecía á veces, iluminado por instantánea explosión interior; otras ocasiones, culebreaba en su negrura el deslumbrante zigzag del relámpago, semejante á un látigo de luz, que fustigara las negras espaldas de la sombra para domar al titán rebelado.

La pobre niña, deslumbrada por los relámpagos, ensordecida por los truenos, abrumada por la soledad, devorada por la inquietud y torturada por una pena desconocida, volvió á cerrar la puerta; cruzó el cuarto con pasos y ademanes de loca y se arrodilló ante una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que tenía en la cabecera de la cama; levantó los ojos en actitud patética, sus labios, como dos claveles que se besan, formulaban plegarias silenciosas, sus manos, enclavijadas y dirigidas á la Virgen, parecían lirios entrelazados; cuando la ola del dolor subía hasta ahogarla, decía Amalia con dulce y apagada voz: «¡Madre mía! ¡Madre mía!»

Y la tempestad desataba entretanto el espantable haz de sus furores y prodigaba el asordador estrépito de sus ruidos. Oíase el prolongado y monótono rumor del aguacero que desgranaba en suelos, techos y paredes, los gruesos y tupidos goterones.

El espíritu de Amalia, abrumado por la ansiedad y congoja interiores, y por el espantoso estruendo exterior, sosegóse un poco á influjo de la oración. Parecióle que la Virgen le dirigía tiernas miradas y que, por la graciosa y morena faz de la imagen, vagaba una sonrisa consoladora; sentía que, por la mágica influencia de la conso-

ladora de los afligidos, se disipaban en su alma las tormentosas sombras de la inquietud.

—¡Bendita seas, madre mía!—exclamó, poniéndose en pie y besando la santa imagen, y trató de cimentar en juiciosas reflexiones la naciente tranquilidad de su alma. Pensó que no había motivo para alarmarse tanto, que un retardo de algunos minutos se explica de cualquier modo; que sus terrores no fueron más que el efecto de la soledad que la entristecía y de la tempestad que la espantaba; que Paco se habría guarecido en alguna parte mientras el aguacero pasaba.

La tempestad se desvanecía á la par que los terrores de la niña, los truenos eran cada vez más raros, más sordos, más distantes y el áspero y recio estrépito del aguacero, se había convertido en el apacible rumor de mansa lluvia.

Sin embargo, aunque el alma de Amalia no era ya presa de la pena, agitábala una inquietud sorda; ya debían ser las nueve y media y Francisco no parecía, ¿qué podía haberle sucedido? En todo el tiempo que llevaban de vivir juntos, era la primera vez que se tardaba tanto; por lo general llegaba al oscurecer, pocas veces regresaba á las ocho, y por mucho que se demorara se recogía á las nueve, pero esto último era rarísima vez.

Pasó todavía un cuarto de hora, y la adormecida serpiente de la pena volvió á retorcerse en el seno de la muchacha, torturándola con sus crueles culebreos; Amalia no pudo contenerse y se asomó á la puerta.

La tempestad había cesado completamente, las nubes, hechas jirones, flotaban por aquí y por allí en grandes masas, dejando entre ellas extensos trozos de cielo de un

color azul pálido con suavísimos matices de perla; hacia el Sureste alzábase, como tétrico muro, el postrer vestigio de la pasada tempestad; en uno de los claros del cielo irradiaba la luna, como sonrisa de la noche, demostrando que, en lo físico como en lo moral, el desorden y el mal sólo transitoriamente prevalecen, y que á poco la paz y el bien recobran su perdurable imperio.

Sólo algunos momentos contempló Amalia aquel tranquilo espectáculo, tan poco en armonía con las negras congojas que iban alzándose y condensándose en su alma como se alzaban y condensaban antes las nubes, ennegreciendo la plácida faz de los cielos.

Divagaba por su cuarto sin poder estar quieta en ningún sitio, cuando oyó un estruendo que resonó dolorosamente en su alma, causándole más terror que si un rayo hubiera caído á poca distancia de ella; la puerta del zaguán había sido cerrada de un golpe, luego oyó el chasquido metálico de la cerradura, el ruido de la cadena que echaban y el de la tranca con que aseguraban la puerta.

Aquel conjunto de ruidos le produjo el más horrible efecto: su amante se quedaba en la calle, separado de ella por quién sabe qué ignorados y terribles acontecimientos; la puerta del zaguán le pareció en ese instante tan fatídica como la losa del sepulcro; jamás, desde que vivían juntos, se había cerrado una puerta entre los dos, jamás la noche había tendido entre ellos el pavoroso velo de sombras, de terrores, de asechanzas.

Volvióse á desatar, en el alma de la niña, la tempestad de dolores conjurada un momento, y ahora más amenazante, más terrible, más fundada. Ya no eran simples

inquietudes como antes; ahora era la realidad con todas sus asperezas, con todas sus amarguras, con todos sus crueles dardos; era la soledad con todos sus escalofríos, con todos sus terrores, con todos sus espantos, con todas sus pavorosas y espectrales imágenes; era la puerta de la calle que había cerrado sus insensibles hojas, dejando á Paco en la traidora soledad de las calles, dejándola á ella en la horrible soledad de aquel cuarto, que, por primera vez, dejaba de ser nido de amores para convertirse en negro calabozo.

Amalia, presa de la angustia más cruel, aconjogada por los más siniestros presentimientos, acosada y perseguida por las ideas más negras, se echó en su cama, llorando á lágrima viva; después se puso otra vez en pie, vagó por el cuarto como fuera se sí, clavó sus inquietas miradas en la Virgen de Guadalupe y se arrodilló pesadamente delante de ella.

No acertaba á formular un pensamiento claro, las palabras de la oración parecían haber huído de sus labios, espantadas por su grande infortunio. Sentía su pecho henchido de dolor, de un dolor inmenso, de un dolor Proteo que tomaba para atormentarla todas las formas posibles de la tortura, ya era una mano ruda y áspera que le oprimía el corazón, ya una garra acerada que se lo destrozaba, ya una zarpa que se lo despedazaba, ya una montaña que se lo comprimía, ya un chorro de líquido hirviente y acre que se lo corroía; de vez en cuando, como se destaca el relámpago en el seno del nublado, se destacaba un dolor fulgurante en el insondable fondo de su pena.

Arrodillada Amalia ante la imagen, con la cabeza inclinada y ocultando entre las manos el blanquísimo rostro, parecía una azucena doblegada por el huracán. Su pecho exhalaba hondos suspiros, sus labios murmuraban: ¡Madre mía! ¡Madre mía! Ardía su frente, latían sus sienes, le zumbaban los oídos y subían á su cabeza abrasadores bochornos.

La vela, que ardía desde las siete, se acabó, dejando la pieza sumergida en la más tenebrosa oscuridad. Amalia lanzó un grito de angustia, se puso en pie, y, palpando, buscó debajo de la almohada una cajita de cerillos; hallóla, y, encendiendo uno, buscó por todas partes por si encontraba algún olvidado cabo de vela. Inútil tarea, en vano consumió todos los cerillos, tenía que pasar sumergida en las tinieblas aquella noche horrible.

Echóse en la cama llena de desesperación, llena de miedo, llena de profundos temores; cerró los ojos, pareciéndole así menos pavorosa la oscuridad, comprimía el pecho con ambas manos, y exhalaba sin cesar los más desgarradores lamentos.

Cada instante de aquella tenebrosa noche tenía para ella el peso de un siglo, nunca había sufrido tanto; cuando perdió á su padre estaba junto á ella su madre cariñosa, y las dos, confundiendo su dolor, y mezclando sus lágrimas, mitigaban su pena; cuando murió su madre estaba con ella su bueno, amante y cariñoso Paco, llenándola de consuelos; ahora sufría sola, Paco estaba lejos, quién sabe dónde, quién sabe cómo, muerto tal vez, muerto sin duda, porque sólo así podía haberla dejado en aquel horrible abandono.

Y sus desgarradores ayes llenaban el tenebroso silencio de aquella pieza. Sus desordenadas reflexiones la condujeron á ideas que nunca había tenido y que la atormentaron más aún. Hasta ese momento sus relaciones con Paco le habían parecido lo más natural, lo más puro, lo más irreprochable; ellos no hacían mal á nadie, mutuamente se endulzaban la vida, habían nacido para unirse y se habían unido; más tarde, el día menos pensado, legitimarían su unión.

Mas la torva soledad de aquella noche desvió sus ideas de este su ordinario y pacífico cauce, y juzgó impuras sus relaciones, las consideró como una gran falta, en que se había deleitado años enteros, olvidando por ellas los respetos sociales, la memoria de sus padres, las leyes humanas y hasta al mismo Dios; y alarmado su infantil candor, creyó que había llegado la hora de expiar su impureza y de sufrir el castigo de su gran falta.

A influjo de tales ideas levantóse como impulsada por un resorte, y se arrodilló á ciegas delante de la Virgen; ya sabía qué pedirle: el perdón de sus faltas que confesaba, y por las cuales se humillaba avergonzada; iba á acogerse á la Madre tierna del Justo, y á la Madre indulgente de los pecadores, á ofrecerse en holocausto, á rogarle que suspendiera el tremendo golpe de la justicia divina y conjurara las celestes iras.

—¡Pequé, Madre mía!—decía la pobrecita, con voz entrecortada por los sollozos,—perdóname tú, que eres el refugio de los pecadores y el consuelo de los afligidos; y si no quieres perdonarme, Madre mía, castígame á mí sola y no permitas que le pase nada á mi pobre Paco.

Largo tiempo permaneció arrodillada; hasta que rendida, descoyuntada, exánime, desfallecida, apoyó los brazos y reclinó la cabeza en la orilla de la cama. Durante un intervalo en que dió tregua á sus sollozos y gemidos, oyó un ruido que la horrorizó, que erizó su cabello, horripiló su piel y bañó su cuerpo en sudor frío; oyó agudos y tenues chillidos, menudas carreras y aun creyó sentir que había pasado, resbalando rápidamente por su mano, un cuerpo blando, aterciopelado y suave. Eran las ratas que se entregaban á sus nocturnas correrías; aterrada Amalia se sentó en el mismo suelo, encogió su cuerpo lo más que pudo, se hizo verdaderamente un ovillo, su corazón latía con precipitación tal que parecía saltársele del pecho; sentía mortales desfallecimientos, le dolía horriblemente la cabeza y le daban crueles punzadas en diversas partes del cuerpo; le parecía haber caído en el fondo de un pozo hondísimo, donde la atormentaban las sombras con todos sus espectros, la inquietud con todos sus dardos y el dolor con todas sus torturas.

Tapóse los oídos para no oir los chillidos espeluznantes de aquellos espantosos animales. Fatigada de la postura y muerta de congoja, hizo un esfuerzo supremo, se puso en pie, se dirigió á tientas á la puerta, la abrió y se asomó. El cielo estaba encapotado otra vez y el patio solitario y tristísimo.

Nuevos sollozos de Amalia, clavó la vista en aquel cielo enlutado y tenebroso, y un relámpago que rasgó el seno de las nubes, seguido inmediatamente de un trueno formidable, la cegó y la ensordeció. Penetró aturdida al cuarto, mas sin cerrar la puerta, se echó en la cama, y

ninutos después el áspero rumor del aguacero volvió á astimarle los oídos y á desgarrarle el alma. Su dolor y u miedo llegaron hasta el frenesí, inspirándole las más spantosas visiones: unas veces se veía asaltada por norme multitud de grandes y asquerosas ratas, que se aseaban por su cuerpo, clavaban en ella los ojitos reluientes, le hincaban en las carnes las afiladas garras, y e las roían con los grandes dientes; otras veces veía Paco muerto, ya cosido á puñaladas, ya herido por el ayo, ya arrastrado por caudaloso torrente, ya devorado or bestias feroces.

No sollozaba ya, no lloraba, ahora ahullaba; su voz se abía enronquecido, su cabeza torturada por terrible olor le parecía hueca, ya no se daba cuenta de lo que ucedía, su razón turbia, enmarañada y confusa, estaba dos líneas de la locura. Un rayo de luz pálida comenzó, oco á poco, á disipar las hondas tinieblas que la envolían, luego oyó el rumor de extraños pasos, luego una ersona, con el traje cubierto de lodo y en el mayor desrden, con pasos vacilantes y movimientos temblorosos, on la cara marchita y pálida como la de un cadáver ue se pusiera á andar, atravesó lentamente el cuarto. malia clavó en él los extraviados ojos, lanzó un grito gudo, se precipitó á su encuentro como una loca, le chó los brazos al cuello, y le dijo con voz consternaísima:

—Paco de mi vida, ¿qué tienes?

CAPÍTULO VI

Salus infirmorum

Un sentimiento mixto, compuesto á la vez de intenso regocijo y de profunda pena, agitó el abatido corazón de Amalia cuando, envuelto en las blanquecinas claridades del alba, vió regresar á su querido Paco. De regocijo, porque contemplaba vivo al que había creído muerto; de pena, por la triste y descompuesta figura en que el estudiante se le presentaba.

Con el traje empapado y cubierto á trechos de grandes manchas de lodo, con el sombrero de copa erizado, apabullado y enlodado también, con las facciones afiladas y de una palidez mortal, con los ojos irritados y llorosos, hinchados los párpados, los labios cubiertos de una gruesa costra, y con el paso tardo y vacilante, entró Pacotillas al cuarto en que Amalia había pasado la noche más horrenda y tenebrosa de su vida.

Cuando la joven, colgándose á su cuello, y estrechándole con fuerza entre sus brazos, le preguntó lo que le había pasado, él contestó, con balbuciente voz, apagado tono y dificultosa pronunciación:

—¡Una gran desgracia, alma mía!

—¿Pero qué ha sido? — dijo Amalia con ansiedad, y contemplando las trazas lastimeras de su amante, comenzó á sollozar y luego á llorar.

—Dame agua, — le dijo Paco.

Amalia se desprendió de los brazos del joven, mientras éste se dirigió con gran dificultad á la cama, sentándose á la orilla y respirando con gran fatiga. Amalia le presentó el agua, él bebió con ansia, la joven se sentó á su lado, y palpando por diversas partes la ropa de Francisco, le dijo:

—¡Dios mío! ¡estás empapado! ¿qué tienes?

—Me muero de frío.

—Quítate esa ropa, métete en la cama, á ver, te ayudaré.

Se puso la joven á desvestir á Pacotillas, los sollozos la ahogaban, dió al joven ropa seca, lo acostó y lo abrigó con esmero. Cuando le quitó el chaleco, notó que faltaban el reloj y la cadena, no se atrevió á preguntarle por ellos, hasta que hubo pasado un rato le dijo con inquietud:

—Me parece que no traes la cadena.

—¡Ay! hija, ya no existe; te dije que me había pasado una gran desgracia, acércate, que estoy muy fatigado y no puedo levantar la voz.

Pacotillas se acercó á la pared para hacer lugar á la joven, ésta se recostó á su lado, le pasó un brazo por detrás del cuello y acercó su rostro al del joven. Al notar el repugnante olor del aliento de éste, no pudo reprimir un movimiento de disgusto, y retiró el rostro.

—Tienes razón para alejarte de mí, lo que me ha pasado es vergonzoso; soy un miserable, indigno de tí.

—No digas eso, bien mío,—le contestó Amalia, queriendo consolarle.

—Sí, he cometido una gran falta, y recibido un castigo cruel, aunque merecido.

—No seas *tontito,* qué falta has de haber cometido, todo ha de haber sido una desgracia.

—¡He cometido una gran falta! te he olvidado durante muchas horas; la roja llama de la embriaguez caldeó mi cerebro y borró tu blanca imagen, ya ves cuán caro me ha costado... ¡ay! ¡ay!

No pudo continuar, se llevó las manos á las sienes y se las apretó con fuerza, su palidez aumentó, le bañó la frente un sudor frío; hizo á Amalia señas de que se apartara; mas ésta, asombrada y llena de angustia, le preguntaba con insistencia:

—¿Qué tienes, hijito? ¿qué tienes?

—Basca,—contestó éste con voz apenas inteligible,—retírate, no me veas.

Amalia se retiró en efecto, mas fué para presentar á Paco una vasija, en que vertiera el repugnante resultado de aquella operación. Venciendo la joven su asco, subió al lecho, estrechó con uno de sus brazos el cuello de Paco, sosteniendo con la otra mano la vasija; el infeliz sufría la mayor angustia, la náusea le producía una congoja horrible, le lloraban los ojos, se le hinchaban las venas de la frente y sienes y lanzaba ayes lastimeros.

La mayor consternación se pintaba en el hermoso rostro de Amalia, ya veía á Paco con inmensa ternura, ya levantaba los angustiados ojos, de los cuales resbalaban lágrimas cristalinas, que caían como rocío celeste sobre la marchita frente del joven. Pasó la penosa crisis,

otillas respiró con fuerza, Amalia le limpiaba cariamente los labios; Paco clavó en ella los ojos lacrisos, y le dijo:

—¡Qué buena eres! me pareces aquel ángel custodio que me hablaba mi padre; con razón fuí tan desgralo anoche, sí, en hora funesta te apartaste por vez nera de mi memoria. Ya me repuse un poco; siéntate í, muy cerca de mí, ¡ay! consuélame, me siento muy graciado, muy avergonzado, muy humillado, muy radado, me ha pasado lo que jamás imaginé que liera pasarme. ¡Ay! Amalia, me mata la vergüenza, réciame, aléjate, no soy digno de tí.

—No digas tonteras, hijito; yo no puedo despreciarte, que conozco tu corazón y es muy noble; porque te ero con toda mi alma; no eres desgraciado, pero aun fueras el más infeliz de los hombres, me tendrías npre á tu lado.

—¡Cuánto me consuelan tus palabras! ahora óyeme, á contarte, punto por punto, mi desgracia, como tú llamas en tu bondad, ó mi gran falta como debe nársela.

Y haciendo largas pausas y con frases entrecortadas, rió que la conversación que tuvo con Hernández, tipo los más antipáticos, le había hecho mucho daño; que al le convidó á tomar una copa en el café de la Bella ión, lo cual aceptó por cortesía, que la copa fué repe varias veces, y, poco á poco, se le fué turbando la eza, y se le fueron trastornando las ideas; que salieron allí, ya bastante tarde, que no se acuerda exactamente iora que sería; que su acompañante se despidió, y él

echó á andar á la ventura; que lo que pasó después apenas lo recuerda, pues se le presenta más confuso, que si hubiera sido un sueño. Sólo se le grabaron profundamente algunos detalles: una noche húmeda y fría, una luna melancólica y triste, un cielo cargado de negras nubes; que él sentía una ansiedad que rayaba en desesperación, y un verdadero frenesí dé beber y de beber los licores más fuertes.

Que después de andar varias calles, recuerda confusamente haber entrado á una cantina, donde un desconocido le ofreció una copa, brindándose á acompañarle; que le llevó á otra cantina, de la que también recuerda vagamente ciertas particularidades: que había mucha gente desconocida, bebedores de mala facha, jugadores de dominó; que él y su compañero tomaron varias copas, que recuerda haber sacado el billete para pagarlas, y que el desconocido contó lo vuelto y se lo entregó, saliendo luego los dos.

Que todo fué salir y perder completamente la conciencia de sí mismo; que se hizo en su vida un vacío tenebroso que, por más que esfuerza su memoria, no lo puede llenar; que lo sacó de aquel horrible y total eclipse de sus sentidos una sensación de frío penetrante, que le calaba hasta los huesos; que con la mayor confusión y asombro advirtió que estaba tirado en el suelo, en un lugar solitario, sombrío, oscurísimo, que, por lo pronto, le pareció un bosque; estaba en un charco de agua, sin sombrero y enteramente mojado.

Creyó soñar, creyó haberse vuelto loco, se palpó, para reconocerse y convercerse que era él mismo; se incorporó

·on mucho trabajo, buscó á tientas el sombrero, lo levantó lel suelo y se lo puso. Se puso en pie, para orientarse y .veriguar dónde estaba; distinguió la luz del alumbrado ıúblico, se hizo cargo de que estaba en la Alameda, pues ıudo reconocer la Torre de San Diego y la de la Santa Tera Cruz. Durante sus cavilaciones, oyó dar las cuatro le la mañana, tiritaba de frío, le dolía mucho el cuerpo r más todavía la cabeza; con todo, hacía esfuerzos para ıxplicarse lo sucedido; de súbito se acordó de su reloj, ;adena y dinero, y notó, con gran pesar, que nada llevaba ;onsigo.

Que aquella pérdida le aclaró el misterio: el descono- ;ido había sido un ladrón, que de intento lo embriagó ıasta reducirlo á cuerpo inerte, y en tal estado, lo llevó ı la Alameda, lo despojó de sus prendas y lo dejó aban- lonado.

Que ya que se hizo el cargo bien de la situación, trató le encaminarse á su casa, y que lo hizo en el más lamentable estado; que corría por las calles como un loco, que se moría de frío, de vergüenza y confusión, que le atormentaban insufribles náuseas, y, como todavía no recobraba del todo el conocimiento, extraviaba á menudo el camino; que ya estaba aclarando cuando llegó á la puerta del zaguán, que todavía estaba cerrada, y tuvo que esperar hasta que abrió la casera.

Amalia oía consternada aquella relación penosa, de vez en cuando se enjugaba las lágrimas, pues no podía menos que llorar al imaginarse la miserable situación en que su amante pasó la noche, oprimiéndosele el corazón bajo el peso de aquella visión espantosa.

La discreta niña procuró distraerlo y consolarlo, nada le dijo de sus espantosos terrores, de sus horribles congojas, hubiera sido afligirlo más. Bastante confuso y avergonzado estaba el pobre, le contó que tuvo mucha inquietud y algún miedo; pero que, por fortuna, se apoderó de ella un sueño irresistible y se quedó dormida como una piedra.

De repente una palidez lívida cubrió el semblante de Amalia, se le nubló la vista, le zumbaron los oídos, sintió que se desmayaba y, por más que se esforzó en disimularlo, tuvo que asirse de Paco.

Alarmado éste, la enderezó, le hizo aire con el pañuelo, logró volverla en sí y le preguntó con suma ansiedad qué tenía.

—Ha de ser debilidad,—dijo Amalia,—anoche no tuve gana de cenar; tú tampoco has de haber cenado, ¿verdad? ¿Qué quieres que te disponga?

—La sed es la que me atormenta. Dame un vaso de leche.

La pobre muchacha, luchando con la debilidad y el cansancio, salió al patio en busca de la mujer que le hacía los mandados, volvió á poco y encontró á Francisco en más mísero estado que antes. Le había invadido un calosfrío atroz, estaba acurrucado en la cama, arropado hasta la cabeza, tiritaba, su respiración era acelerada y difícil.

—¡Dios mío! ¡Francisco! ¿Qué tienes?—le dijo, acercándose y examinándole con vivo interés.

—Nada, hijita, me he de haber resfriado, y se me ha clavado un dolor en una costilla,—dijo el estudiante,

procurando mostrarse tranquilo; una sacudida de tos le cortó la palabra, tomó á toda prisa el pañuelo para escupir, y Amalia se estremeció al notar que había escupido un líquido rojo como polvo de ladrillo; pensó con angustia en la pulmonía, la cruel enfermedad que había enlutado su corazón, arrebatándole á sus padres.

—Tú estás muy malo, hijito, dime, ¿qué te hago?

—No mucho, no te apures, no es cosa, dame una friega de aguardiente, pónme un sinapismo en el costado derecho, hazme una infusión de violetas; no te aflijas, no será más que un resfrío, dame papel y lápiz para llamar á Patillitas, á ver qué le parece lo que tengo.

Pacotillas estaba bastante alarmado, el fuerte calosfrío que le asaltó, la sofocación que le ahogaba, la tos frecuente que le acometía, el rojizo esputo que arrojaba, así como el dolor del costado que, á modo de estaca, le atravesaba el pecho, le indicaban claramente que estaba enfermo de pulmonía.

Dominando Amalia su aflicción, se apresuró á cumplir las órdenes del enfermo; con mucho desgano, y sólo para no sentirse tan débil, tomó un ligero desayuno. Patillitas llegó á las diez, reconoció esmeradamente á su amigo; el caso le pareció serio, y propuso ir en busca de Santa-Anna para combinar entre los dos lo que más conviniera hacer.

Amalia estaba llena de congoja, Paco estaba ardiendo en calentura, el termómetro de Patillitas señaló más de cuarenta grados, la frente y sienes del enfermo ardían, se oía su ruidosa y difícil respiración, su tos fatigosa, seguida de aquel horrible líquido color de ladrillo.

Como á las doce regresó Patillitas en compañía de Santa-Anna. Reconocieron al enfermo, Pacotillas, sentado en la cama, con la cabeza inclinada hacia adelante y los brazos colgando á lo largo del cuerpo, presentaba sus espaldas á las manos expertas y á los finos oídos de su compañero Santa-Anna; Patillitas murmuraba de vez en cuando algunas palabras al oído de Santa-Anna, y señalaba con la extremidad del índice ciertos puntos de la espalda del paciente, sobre los cuales se apresuraba Santa-Anna á aplicar el oído; el novel doctor cerraba los ojos y fruncía el entrecejo, para concentrar su atención en el fenómeno.

A algunos pasos de distancia estaba en pie la desconsolada Amalia, viendo con inquietud á los futuros médicos y con mucha ternura al enfermo.

Terminado que fué el examen, Pacotillas clavó en Santa-Anna los angustiados ojos y le dijo:

—Es pulmonía, ¿verdad?

—Sí,—contestóle Santa-Anna,—pero no te acobardes, está bastante limitada; sólo se oyen estertores en muy corta extensión, la inflamación es franca, tú tienes buena constitución; creo que esto acabará bien.

Amalia, que no podía acallar su inquietud, preguntó á Santa-Anna:

—¿Qué, de veras no está muy malo?

—No, no se alarme usted, lo que importa ahora es calmarle el dolor y restaurar sus fuerzas.

Prescribió lo que tuvo por conveniente, y después de explicar á Amalia el modo de administrarlo, recomendándole la eficaz aplicación de las medicinas, se fueron él y

ıtillitas. Este último quedó encargado de la curación, lvo el consultar á su aventajado compañero cuando el so se pusiese dificultoso.

Quedó Amalia sola con su enfermo, aquel joven que ısta allí le debió horas de ventura, esperaba de su eficaa la vida y la salud; esta reflexión infundía en Amalia erzas desconocidas, comprendía cuán útil era durante uella dura crisis al infortunado enfermo, cuya vida taba pendiente de sus cuidados.

Luego que se despidieron los intonsos galenos, se acercó malia al enfermo, le hizo mil caricias, le dijo palabras nsoladoras y tiernas; y después de haber curado así el ma del ser confiado á su amor, pensó en proporcionar cuerpo del joven las medicinas que tan urgentemente clamaba.

Estaba de malas la cariñosa enfermera, la mujer que hacía el mandado no parecía; Amalia vaciló un poco, ues le repugnaba salir á la calle, y además temía dejar enfermo solo; mas no hubo remedio, y procurando que acotillas no lo advirtiese, tomó camino de la botica para mprar las medicinas recetadas. Estuvo á punto de morse de desesperación, se necesitaba algún tiempo para ue la receta fuese despachada, y hasta pasados tres uartos de hora, que á ella le parecieron otros tantos glos, no pudo volver á su casa.

Regresó sofocada y jadeante, y se acercó al lecho del nfermo, el cual, con la cara vuelta hacia la pared, se abía quedado dormido; se oía su respiración ruidosa y ntrecortada, intercalada con lastimeros ayes. Amalia lo ontempló con ansiedad, le puso una mano en la frente y

se horrorizó al sentírsela tan abrasadora, se enjugó las lágrimas, y rebullendo suavemente al dormido enfermo le dijo:

—Hijito, toma tu medicina.

El enfermo se incorporó con dificultad, y tomó la primera dosis.

—¿Sufres mucho? — le preguntó Amalia.

—No, — contestó Paco, procurando sonreir; mas lo [illegible] ansioso de su respiración y la contracción de sus facciones desmentían sus tranquilizadoras palabras.

—Y tú, ¿ya comiste? — le preguntó Paco.

—No te apures por mí, ya voy á comer.

Eran cerca de las dos de la tarde, y en todo pensaba Amalia, menos en comer; aquella pregunta le recordó que debía restaurar sus fuerzas; encendió con presteza la lumbre, asó una costilla, entibió dos huevos y se dió por satisfecha. El régimen alimenticio del enfermo fué muy sencillo, se redujo á un pozuelo de leche cada tres horas; la enfermera se devanaba los sesos para poder calcular el tiempo. Patillitas volvió en la noche, reconoció al enfermo, no lo encontró peor y ordenó que se insistiera en el mismo régimen.

Despedido que se hubo el amigo de su amante, Amalia acercó una silla á la cabecera del lecho y se sentó, el enfermo había vuelto á dormirse; la joven escuchaba con dolor la respiración fatigosa, los dolientes ayes y la incómoda tos de su compañero.

Le admiraba sentirse tan fuerte, después de una noche de espantoso insomnio, en que la agitaron tan horrorosas impresiones y la atormentaron tan crueles inquietudes;

lespués de un día de tantas agitaciones y de tantas fati-
gas, no se desfallecía, no caía exánime y rendida, comprendía que debía sacar fuerzas de flaqueza, que su puesto le honor estaba junto á aquel lecho, en que gemía el ínico ser á quien ella amaba. En ratos recordaba la horible noche anterior, y sentía gran consuelo al ver que su amante estaba cerca de ella, sometido á sus cuidados; otras veces se afligía por verlo en tan lastimoso estado.

Cuando Pacotillas tosía, cuando respiraba con más lificultad, cuando se quejaba, Amalia no podía contener as lágrimas. En ratos despertaba el enfermo, y veía á su compañera con ojos muy tristes; ésta le sonreía cariñosamente, le preguntaba cómo se sentía, le acariciaba, le laba medicinas ó alimentos, según el caso; y las pesadas horas de aquella noche se aligeraban para ella, cumpliendo deberes tan gratos.

Muy tarde debía ser cuando rendida por el sueño y la atiga, se durmió un rato sentada en la silla, y reclinándose en la misma almohada en que reposaba Pacotillas la lolorida cabeza; la respiración apacible y regular de Amalia producía extrañas discordancias, asociándose á la ruidosa y acelerada del enfermo.

El día siguiente una pena de otra índole oprimió el corazón de Amalia: los recursos se habían agotado; cuando Patillitas llegó, recetó nuevas medicinas, y Amalia pensó en ir al empeño; Patillitas observaba la indecisión de Amalia, sospechando la causa, y para cerciorarse de la verdad prolongó bastante su visita con distintos pretextos. Amalia iba y venía por la pieza, demostrando su impaciencia; resolvióse al fin, y recatándose lo más que

pudo, hizo un lío con uno de sus vestidos y salió con el pretexto de ir á ver á la portera, suplicando á Patillitas que la esperase.

Este acechó á la joven con mucha maña, observó que Amalia salió á la calle, la siguió con disimulo, la vió entrar al empeño de la esquina, y regresó muy conmovido al lado de su amigo; á poco volvió la hermosa muchacha y Patillitas se despidió enternecido por lo que había presenciado.

—¡Infelices! —iba pensando por el camino,—¿qué va á ser de ellos los días que dure la enfermedad de Pacotillas? ¡Qué diablo! ¿Cómo haré para auxiliarlos? Ofrecerle dinero á Pacotillas es afligirlo, tiene mucha calentura y no se hace cargo de la situación; ofrecerlo á esa pobre muchacha es mortificarla, es muy poquita cosa y de todo se avergüenza.

Después de pensarlo mucho, discurrió un medio que le pareció tan delicado como sagaz, causándole tal placer el descubrimiento, que por poco salta de gusto, poniéndose á gritar ¡eureka! como de cierto sabio de la antigüedad se refiere.

Volvió á mediodía, dormía Pacotillas y Patillitas dijo á Amalia que aquél le había prestado diez pesos en otra ocasión; que á él le acababan de pagar una cuenta, y que, antes que se le acabase el dinero, quería saldar la que con Pacotillas tenía.

Estas explicaciones las hacía aquel buen amigo turbado y sin atreverse á ver á Amalia de frente, temeroso de que ésta, con la sagacidad propia de su sexo, sospechara el noble ardid. Por fortuna la chica no estaba para hacer

bservaciones, creyó el cuento de Patillitas, y vió el cielo bierto en aquel recurso inesperado; sólo por cumpli- iiento se rehusó un poco, diciendo al joven que no orría prisa, que ellos no tenían urgencia, y otras menti- ijillas por el estilo.

Se quedó sola con el enfermo, la angustiaba una in- uietud mayor que la de la víspera. Entonces el gusto de .aber vuelto á ver á Paco, la fatiga que le abrumaba uerpo y espíritu, la habían aturdido, no dejándole ver on claridad la situación. Mas ahora, que había descan- ado un poco, veía de frente la cruel enfermedad que ıostraba á su amante, que le abrasaba las sienes, que le ıprimía el pecho, que le ahogaba, y Amalia sentía las nás punzantes inquietudes.

Cuando el enfermo era acometido por la tos, cuando se ıuejaba mucho, cuando la espectoración tomaba peor as- ›ecto, Amalia sufría en el alma, tanto ó más que Pacoti- las en el cuerpo y la espantosa imagen de la muerte del ıer querido se dibujaba en su espíritu con aterradora pre- :isión.

En esos momentos de angustia se desahogaba, acari- :iando al enfermo, consolándole, mimándole, rodeándole le los mayores cuidados, informándose de su estado con ıu voz más dulce y dándole las medicinas.

Por la noche llegó Patillitas, y, aunque nada dijo, le ›areció á Amalia más preocupado que de costumbre; :uando se fué aquél, se apresuró ella á ver el papel ›n que anotaba la temperatura del enfermo; vió con ıorror que la de esa tarde había sido de cuarenta y un grados, observó con desesperación que Francisco estaba

más postrado, que respiraba con más dificultad, que la tos había arreciado, que la piel estaba más caliente, las facciones del joven estaban marchitas y afilada la nariz, su tez tomaba un tinte amarillento, é iluminada por la vela fingía la palidez de un cadáver.

El enfermo hablaba muy poco, le fatigaban en extremo las palabras que articulaba, estaba recostado ó acostado de lado con la cara vuelta á la pared y mostraba cansancio é indiferencia.

Mucho padeció Amalia esta segunda noche, deseaba con ansia que amaneciera, para agobiar á preguntas á Patillitas á fin de saber la verdad. ¡Ah! la verdad, ¿cuál sería? no osaba pensar en ello, no le cabía en la imaginación que Francisco pudiera morir.

Se alarmó mucho al siguiente día, porque Patillitas no llegó solo, sino acompañado de Santa-Anna; no le había engañado su generoso instinto, su amante se había puesto peor.

—¿Cómo te sientes, Paco?—dijo Santa-Anna, acercándose al enfermo.

—El dolor ha calmado, pero la opresión es mayor; me siento muy débil.

—Siéntate, te voy á auscultar,—le dijo Santa-Anna.

Y procedió á reconocer el pecho de su compañero, después se retiró con Patillitas á un rincón, conferenciaron en voz baja, y, dirigiéndose á Amalia, le dijo Santa-Anna:

—Nos ha parecido oportuno aplicar un vejigatorio, Álvarez se quedará aquí á ponerlo y á la noche vendrá á levantarlo;—dirigiéndose á Pacotillas, le dijo:

—No te asustes, no estás muy malo; pero hay alguna ongestión colateral, y para evitar que la flegmasia se xtienda, te vamos á poner un vejigatorio.

Pacotillas hizo á Santa-Anna señas de que acercara el ído para hablarle en secreto, y le dijo:

—Por mí no me importa morir, sino por ese ángel, ue es tan buena como desgraciada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, y luego dijo en voz lta, como si se hubiera resignado á todo:

—En fin, tal vez eso sería lo mejor.

—No pienses en eso, — le dijo sonriéndose Santa-nna;—no seas cobarde,—agregó acariciándole la frente, luego le dijo en secreto:

—¡Mira! la estás afligiendo.

En efecto, Amalia, como si hubiera escuchado las alabras de Pacotillas, se había apartado y lloraba silen-iosamente.

—No se acongoje usted, — le dijo Santa-Anna, — no emos ordenado el vejigatorio porque esté más malo, sino ara evitar una complicación.

Y se despidió. Ese día quiso Dios que hubiera quien rajera las medicinas; mientras venían, Patillitas procuró ranquilizar á Amalia, explicándole la situación del enfer-no; casi casi, le dió una lección de clínica, de la que nuy poco aprovechó la afligida muchacha.

Puso Patillitas el vejigatorio y se despidió á su vez, olvió por la noche, y procedió á levantar el revulsivo, o cual causó nuevas torturas al corazón de Amalia.

Cuando quedó sola con el enfermo recurrió á sus des-hogos habituales: llorar á excusas de Paco, acariciarle,

arrodillarse ante su Virgencita y pedirle el alivio del enfermo. Así pasó por tercera vez las interminables horas de la noche, en que se agravan los sufrimientos de los enfermos y las congojas de los afligidos.

Tantas vigilias, tantas ansias, tantas fatigas, no fueron estériles. A los ocho días de enfermedad, Paco entró en convalecencia, y, acariciando á Amalia, le dijo:

—Antes te debía la dicha del alma, hoy debo á tus cuidados la salud. ¡Dios te lo pague!

CAPÍTULO VII

«El Independiente»

Don Marcos Sepúlveda y Ayestarán era, aunque persona muy estimable, un monomaníaco muy singular. Su exaltado liberalismo, su intenso amor á la democracia y su fe ciega en el progreso de los pueblos, le habían desequilibrado, secándole un poco el celebro, y convirtiéndole en un personaje excéntrico y raro, en una especie de loco manso, que si en los prosaicos tiempos que alcanzamos no conseguía más que singularizarse, en otros, más bravos y revueltos, hubiera podido adquirir las proporciones de un héroe.

Era hombre de extensa, aunque poco variada, lectura, pues no le interesaban más que las obras en consonancia con su radicalismo exaltado. Los escritores franceses del siglo pasado, principalmente Montesquieu, Rousseau y Voltaire, echaron los cimientos del edificio de su instruc-

ción, frases bombásticas de Emilio Castelar, paradojales conceptos de Víctor Hugo, vagas especulaciones de Pelletán, floridas sentencias de Lamartine y otros materiales análogos, unidos con la poco coherente argamasa que daba de sí el estéril cacumen de don Marcos, habían dado cima á la poco sólida, aunque churrigueresca fábrica de sus ideas.

Era clerófobo exaltado y enemigo acre de todas las religiones positivas, que en su concepto no eran más que groseros embustes, inventados por los sacerdotes para explotar á las multitudes, manteniéndolas sumergidas en las tinieblas de la ignorancia. La aversión de don Marcos á los sacerdotes sólo podía compararse con la que le inspiraban los reyes, los verdugos de los pueblos, los parásitos coronados de la humanidad, los bebedores de la sangre y zumos de las naciones, como él les decía.

Un rey era para don Marcos el enemigo nato del género humano, y los más crueles atentados, que se han consumado en testas coronadas, no le parecían más que justas, aunque por desgracia, muy raras represalias. Jacobo Clement, Ravaillac, asesinando respectivamente á Enrique III y á Enrique IV, no habían hecho, según don Marcos, más que vengar á la humanidad. Este señor, parodiando á los convencionales más rabiosos, hubiera sido capaz de sostener: que asesinar á un rey, no era cometer homicidio, porque los reyes no son hombres, sino devoradores de hombres.

Con parecido criterio juzgaba los sucesos de nuestro país, tanto los pasados como los presentes; la conquista fué un horrendo atentado al derecho natural, una viola-

ción inicua de los derechos imprescriptibles de los pueblos; cuando hablaba del período colonial, nunca dejaba de llamarle la triple centuria de opresión, oscuridad y horror. Los innumerables *pronunciamientos* que, por tantos años, hicieron entre nosotros de la paz un mito y de la ley un juguete, y que perturbaron tanto nuestra normal evolución, eran considerados por don Marcos como las nobles tentativas de un pueblo vejado que reivindica sus derechos y abofetea el fiero rostro de sus opresores.

Corrió la juventud de nuestro personaje á través de aquellos años turbulentos, en que triunfó el plan de Ayutla, se proclamó la Constitución, en que la guerra de tres años desplegó sus sangrientos horrores, y, con trágico desenlace, fracasó la infelicísima tentativa del segundo imperio. Durante esos azarosos años nuestro hombre se hartó de lecturas revolucionarias, y apacentó su imaginación, y enardeció su radicalismo, con el relato de los extraordinarios acontecimientos que cerraron en Francia el último siglo.

Era don Marcos un liberal manso, honradote y de buena fe. Lo primero, porque sus ferocidades sí llegaron al dicho ó á lo escrito, nunca al hecho. Por vocación, por temperamento, ó por lo que se quiera, no tomó las armas en defensa de sus opiniones; se conformó con batirse con la pluma, sentando plaza de periodista.

Era honradote y de buena fe, porque no se aprovechó de aquella ganga llamada la nacionalización de los bienes eclesiásticos, no se adjudicó una sola choza ni denunció un palmo de terreno; entró pobre á las

las liberales, y en ellas permaneció tan pobre como ntrara.

Era liberal por gusto, por irresistible é innata pro-ensión, y no por codicia, como lo han sido tantos otros. no le costó pocos desabrimientos y amarguras satisfacer sa vocación, que en esta época, sin pasiones ni colorido, o expone á nadie al menor peligro: Santa-Anna lo encar-eló una vez, y lo desterró otra, don Félix Zuloaga volvió encarcelarlo, y el irascible Miramón estuvo á punto de iandarlo fusilar.

Con un amor menos puro á sus ideales don Marcos se ubiera hecho millonario, con más arrojo y valentía abría llegado á ser, cuando menos, general; mas con el emperamento moral, con que á la madre naturaleza lugo dotarle, don Marcos redújose á ser un periodista ıfatigable, y no pasó en toda su vida de... un pobre ombre.

Tenía verdadera pasión por el periodismo, tanto que e no existir hubiera sido capaz de inventarlo; mas el eriodismo que exclusivamente le placía, era el de oposi-ión. Si hubiera llegado á ser Presidente de la República, e habría hecho la oposición á sí mismo. En su sentir odo gobernante era un tirano, todo soldado un instru-iento de la tiranía, y todo sacerdote un enemigo de las ıces.

También cultivaba la oratoria patriótica: era de ver el egocijo que le causaba ser nombrado orador en alguna estividad cívica, aunque fuera para vociferar en alguno e los municipios más humildes del Distrito; tomaba muy or lo serio su misión, equiparando la tribuna á una

especie de Sinaí, desde el cual iba á fulminar él, nada menos, que el Decálogo de la democracia y de la libertad.

Una vez estuvo á punto de volverse loco de júbilo porque fué nombrado para pronunciar en esta capital el discurso del 15 de Setiembre. Cómo fustigó el cerebro, cómo exprimió el meollo, cómo apuró el caletre para exornar su patriótica alocución con altísimos conceptos, jamás oídos símiles y selectísimas metáforas; se le había metido entre ceja y ceja aquella valiente frase de Mirabeau, en que decía el gran tribuno que Mario había nacido del puñado de polvo que, al morir, arrojó al cielo el último de los Gracos. Nuestro orador patriótico quiso aplicar á la historia de México aquel tropo magnífico, y tuvo la infelicísima ocurrencia de poner en su discurso este período, tan malo como es bueno el original: «Cuando pesó sobre el seno virginal de nuestra patria la ruda planta del conquistador, lanzó nuestra patria infeliz hondos lamentos, y de aquellos lastimeros ayes nació el alma de nuestros héroes.»

Desde el 54, en que, contando don Marcos escasos veinte años, fundó su primer periódico, había editado siempre alguno de título más ó menos altisonante, y de rojo y subidísimo color. El que dirigía en la época de nuestro relato llamábase *El Independiente*, lo había fundado hacía diez años, durante la presidencia del señor Lerdo, cuya administración combatió con energía, censurando acremente la política de entonces; cuando apareció el plan de Tuxtepec, lo puso sobre los cuernos de la luna, no hartándose de llamarle regenerador.

Todo fué que este plan triunfara, y, fiel don Marcos á

su táctica periodística, le hizo inmediatamente la guerra; todo lo que antes le pareciera excelso, teníalo ahora por ínfimo; todo lo que antes no se cansaba de elogiar, no se paba ahora punto de reposo en combatir.

Cuando nuestra narración, siguiendo su accidentado curso, tropieza con *El Independiente,* reconoce en este diario un periódico de oposición, sí, como todos los que don Marcos dirigía; pero no de aquel tono áspero, vehemente y regañón que usara en más agitados y turbulentos días; sino mesurado y reflexivo ó como, don Marcos decía, su periódico hacía la oposición razonada y juiciosa y no la apasionada y virulenta.

No le costaba poco trabajo al director conservar íntegro el cuerpo de redacción: se sabía que escribir en ese periódico traía la mala suerte, pues si el escritor tenía empleo se exponía á perderlo, y si no lo tenía se exponía á no conseguirlo jamás. No sólo el artículo séptimo de la Constitución, reformado hacía poco, colocaba en cierto modo á la redacción de *El Independiente* en el camino de Belem, haciendo de los salones de aquélla otras tantas antesalas de la cárcel.

Hacía dos meses que *El Independiente* se había quedado sin boletinista, pues el tal se había pasado con armas y bagajes al enemigo, dejándose sobornar por un empleo que le dieron en el ramo de Hacienda; dimitió el cargo que tenía en el periódico y fué sustituído por otra persona, que renunció de miedo á los pocos días, pues fué procesado.

Con todo, á pesar de las dificultades con que luchaba don Marcos para cubrir las vacantes, no cedía á cual-

quiera las plazas de su periódico. Al contrario, era muy exigente; buscaba en los candidatos, primero que nada firmeza de principios, luego conducta política intachable, luego mucho temple de alma para no temer á la cárcel ni dejarse seducir por la promesa de un empleo. Mas cuando se encontraba candidato que reuniera, ó á quien atribuyese don Marcos tales preeminencias morales, no sólo lo aceptaba, sino que hubiera sido capaz de rogarle que admitiera la plaza vacante.

Y á la verdad, *El Independiente* era una publicación lucrativa, era de las contadas que se sostienen con suscriciones y no necesitan subvención. Producía lo bastante para asegurar al propietario una renta modesta y á los redactores un sueldo regular y muy seguro.

Don Marcos vivía consagrado por entero á su publicación, la cual era su haber, su caudal, su patrimonio; la quería como quiere el padre á su hijo, como quiere todo hombre la obra de su vida, que le ha costado años de trabajo, días de preocupación, horas de inquietud y no pocos momentos de angustia; pero que también le ha proporcionado goces supremos y frecuentes y vivas satisfacciones. Sin exageración podía decirse que don Marcos vivía en su periódico, por su periódico y para su periódico; era todo para su diario como éste era todo para él, y si le hubieran puesto en la cruel alternativa de sacarle los ojos ó de suprimir *El Independiente,* no nos parece temerario afirmar que hubiera optado por lo primero.

Llevaba, pues, *El Independiente* algunas semanas de estar sin boletinista, el mismo don Marcos había echado sobre sus hombros la tarea de llenar aquella sección del

›riódico, lo cual le pesaba, en verdad, pues estaba viejo; sentía cansado y creía que ajaba su dignidad; pues él fraba su orgullo en ser el numen de la publicación, en spirarlo y dirigirlo todo, en someter á su alto criterio é apelable fallo los escritos de los redactores. Escribía de ›z en cuando, pero por gusto y no por obligación; llo-anle solicitudes para la plaza vacante, pero los aspiran-s no medían la talla; lo hacían por hambre, escribirían ı *El Independiente* mientras no tuvieran otra cosa que acer, y se largarían con viento fresco no bien consi-uieran empleo. No, don Marcos no podía pasar por esto, o consentiría que su periódico fuese asilo de cesantes, i que las plazas de la publicación se solicitasen por quello de peor es nada.

Se daba, pues, á todos los diablos, cuando la vocin-lera fama llevó á sus oídos el nombre de un joven de uien se contaban prodigios en punto á talento, á ins-rucción, á estilo y, sobre todo, á independencia de ca-ácter. Ya se sabe cómo son las gentes: así como desfigu-an algunos de nuestros actos, deturpándonos injustamente or ellos, suelen, por una especie de extraña compensa-ión, ensalzar otros que en realidad no valen la pena, y lorificarnos por ellos mucho más de lo que merecemos; sto le pasó al joven de quien hablamos y que era nuestro onocido Pacotillas.

Aquella historia de *La Bandera del Progreso,* y la con-ucta que el muchacho observó cuando colaboró en ese eriódico, relatáronse á don Marcos en términos tan enco-iiásticos para el joven, que el viejo quedó asombrado y oseído de admiración.

Le refirieron que en un banquete, con que la redacción del periódico obsequiaba á un Ministro y á un Gobernador, tuvo aquel joven admirables rasgos de entereza; que mientras sus compañeros ensalzaban á los próceres, colmándolos de bajas adulaciones y rastreras lisonjas, Pacotillas se había puesto en pie y había protestado contra tanta falsedad; y luego se puso á hacer una censura cruel de los actos del gobierno, renunciando allí mismo su puesto de redactor.

Que su alocución fué tan valiente, tan enérgica, tan elegante, que recordaba los mejores días de la elocuencia mexicana, y traía á la memoria á Altamirano, impugnando la ley de amnistía. Que aquel osado joven pagó caro su arrojo; que el encono de los poderosos le siguió á todas partes y le obstruyó todos los caminos; que le despojaron villanamente del empleo de practicante de hospital, que había ganado por oposición; que intrigaron para que no se le concediera examen; que trataron de expulsarlo de la Escuela de Medicina, para dejarlo sin carrera ni porvenir; que le habían reducido á la mayor miseria, sin consideración á que estaba casado con una joven angelical que compartía con él penas y desgracias.

Que no contentos con tanta avilantez, y queriendo acabar con aquel noble muchacho, ordenaron á un agente de la reservada que lo embriagara y lo matara, si era posible; pero que el joven tuvo la prudencia de no dar motivo para que el polizonte le armara camorra, aceptando, para evitar mayores males, las copas que aquel villano personaje le ofrecía; que irritado éste porque el joven no daba motivo para que se le aprehendiese ó golpease, lo

levó á un paraje apartado y solitario, abandonándolo allí espués de robarle cuanto traía; que por tan inaudito tentado el pobre muchacho se enfermó de gravedad, ufriendo él y su buena esposa los mayores tormentos; odo por la rectitud de carácter, por la firmeza de principios y por la elevación de miras de aquel guapo chico, ue si el país estuviera regido como se debe, obtendría os honores del triunfo y sería llamado á desempeñar los puestos más elevados.

—¡Pero hombre! ¿Qué me cuenta usted?—solía exclamar don Marcos cuando le referían hazañas tales. ¿Es positivo lo que usted me refiere ó me entretiene contándome un cuento? Mire que soy perro viejo, conozco el mundo y tengo muy duro el colmillo.

—Pues le he contado á usted la verdad,—replicaba el interlocutor, ó á lo menos lo que dan por verdad las gentes que tratan á ese joven.

—Es extraordinario,—exclamaba don Marcos, después de unos momentos de reflexión.—Mire usted, eso me reanima y me reconcilia con la generación nueva; yo la tenía por raquítica, por exangüe, por cobarde y sin ánimo, y ya supondrá usted lo que me decorazonaría tal opinión. Yo tuve la honra de pertenecer á una generación viril, esforzada, heroica, que ha dado á la patria muchos días de gloria, que ha contribuído tanto á nuestro progreso, que redactó el Código más liberal de la tierra, y, para sostenerlo, regó con su sangre generosa la inmensa extensión de nuestro territorio. Sí, amigo mío, qué hombres aquellos, qué talento, qué saber, qué elocuencia, qué entereza, qué valor; cuando yo veo á la

generación de enanos que nos rodea, suspiro al acordarme de aquellos titanes, y no me conformo con decir: «los dioses se van,» como decían los paganos, cuando se derrumbaba el Olimpo y los oráculos enmudecían; sino que exclamo: «los dioses se fueron.» ¿Quién podrá olvidar á Zarco, á Arriaga, á Ramírez, á Florencio María del Castillo, y á tantos otros, que formaban en el cielo de la libertad y de la patria una constelación espléndida de genios de primera magnitud? ¡Ay! ¿en dónde están ahora? la muerte segó la mayor parte de aquellas cabezas nobles, los que sobreviven están viejos, están abatidos, están olvidados, y repiten con supremo desaliento aquellos sublimes versos de Zenea, el heroico mártir de la libertad de Cuba:

Mis tiempos son los de la antigua Roma,
Y mis hermanos con la Grecia han muerto.

Y lanzaban vivos destellos los ojitos del viejo, y se encendía su tez. Don Marcos parecía rejuvenecer, al recordar los grandes hechos de que fué testigo en su mocedad. Creía estar en el estrecho salón de la Cámara de diputados, en el viejo, en el que nunca fué teatro, en el que ya no existe, en el que fué devorado por las llamas, como si de súbito hubieran hecho explosión las ideas abrasadoras que bulleron allí; creía estar en aquel recinto, durante las agitadas sesiones del Congreso constituyente; le parecía escuchar la sentenciosa, correcta é irónica palabra de Ramírez, la arrebatadora de Zarco, que entusiasmaba á las galerías, proyectaba rayos de luz en las más oscuras cuestiones, y esparcía á los cuatro

vientos las semillas de la gran revolución, que había de ilustrar una década.

Don Marcos, después de guardar silencio un rato, mientras se absorbía en tan augusta contemplación mental, volvió al punto de que partió, diciendo:

—Diga usted si no me ha de entusiasmar, saber que anda por ahí, desconocido de las gentes, un joven que parece un retoño del viejo árbol de nuestras libertades. ¡Ah! sí, con razón me entusiasmo y mis esperanzas renacen, pues veo que, si la estúpida indiferencia de la mayoría deja hollar principios, que tanta sangre costaron, y perecer libertades, á costa de tantos sacrificios conquistadas, existen en la soledad almas nobles y generosas, que aspiran al engrandecimiento de la patria y á la restauración de nuestras progresistas instituciones.

No una, más de diez veces se expresó don Marcos, respecto de aquel joven desconocido, en estos ó parecidos términos. Habló con distintas gentes, y todos convinieron en lo esencial: á saber, que aquel muchacho era muy inteligente, muy instruído, de mucha independencia de carácter, y que, en fin, poseía los requisitos que buscaba don Marcos en los redactores de su periódico.

A fuerza de tanto pensar en el susodicho joven, tal pensamiento grabóse en la cabeza del viejo periodista con la tenacidad de una obsesión. No había amigo ó conocido á quien, después de preguntarle por la salud, por la señora y niños, no le asestara invariablemente esta pregunta:

—Dígame usted, ¿no conoce por casualidad, á un joven llamado Francisco Téllez?

Un día iba don Marcos á Tacubaya, cuando subió al wagón aquel don Gregorio Hernández, que tan dañoso influjo ejerció en Pacotillas. Luego que el cínico personaje conoció á Sepúlveda, vino á sentarse junto á él, y, con aire sarcástico y entonación burlona, le dijo:

—¿Qué hay, mi liberal fósil? Va usted perdiendo los dientes, pero no las viejas quimeras; vamos, con franqueza, ¿cuándo será usted menos visionario, menos soñador y menos poético?

—Así que usted sea menos prosaico y menos material, —le contestó don Marcos de mal humor, pues le cargaba aquel tipo.

—¡Hombre, qué gracioso! Esa réplica se la ha de haber aprendido usted al Nigromante.

—No se haga usted tanto favor, fuera profanar las palabras de Ramírez aplicarlas á usted, al Nigromante le hubiera bastado con reirse de usted.

—Cepos quedos, —le contestó Hernández riéndose, —si usted quiere encolerizarme pierde el tiempo, soy de buena pasta.

—Bien lo sé, —le contestó don Marcos, —la cólera de usted tiene tan buen sueño, que ni á palos despierta; pero ¡vaya! hablemos de otra cosa, ¿conoce usted por casualidad?... —y encajó su pregunta.

—¡Hombre! cómo no lo he de conocer, muchísimo; lo que me admira es que usted no le conozca, pues parece su hijo, y quién sabe si lo sea, ¡qué diablo! porque usted fué medio calaverón allá en sus mocedades.

—¡Déjese de bromas y al grano!

—¡Pues hombre! he aquí el grano: ese muchacho es

tan Quijote como usted, tan soñador como usted, tan inocente y candoroso como usted; no se le caen de la boca los principios, los ideales, las libertades, y qué sé yo que más estúpidas zarandajas; por supuesto que así le va, muerto de hambre, viviendo en la mayor miseria; ya se ve, con tan elevadas ideas, ¿qué otra cosa ha de cosechar? contempla las estrellas, papa las moscas, y se rompe el hocico en los postes. ¡Qué lindo! ¡ja! ¡ja! ¡ja! vida de ángeles: en cueros, sin casa y sin pan; pero eso sí, muy digno, muy independiente, muy levantado, muy ideal. ¡Vaya! para que se haga usted cargo de lo bruto que es ese chico, y de lo mucho que se parece á usted le voy á contar un episodio. Hará cosa de un mes me fué presentado, y la verdad, me simpatizó; me pareció de talento claro, de grande instrucción, de frase atrevida, fácil, briosa, espontánea, original y llena de colorido; ha sido muy aporreado por la suerte, y está lleno de ese despecho con que la realidad brutal castiga á los soñadores delicados y melindrosos; por todo eso me pareció muy útil para mi periódico.

Le hice proposiciones ventajosísimas, cosa que nunca hago, pues nada, que no aceptó; le argüí, le volví á argüir, le animé, ofreciéndole varias copas, me burlé de sus quimeras, vaya, hasta le conté mi historia, para ver si se animaba; pues no señor, firme como un palo, tieso como un huso, inmóvil é insensible como una roca; que la conciencia por aquí, que la convicción por allá, que el ideal por acullá, que preferiría la miseria honrada á la opulencia vil y otras lindezas parecidas. En fin, póngase usted á discurrir sobre el tema, discurra usted

tres veces mejor de lo que puede, y hable alguna vez con elegancia, y tendrá una idea pálida de lo que ese pedazo de bárbaro discurrió y me dijo á ese propósito. ¡Ah! con que le anda usted buscando, ¿va usted á adoptarlo por hijo? pues, hombre, que lo halle pronto, que se una usted con él con vínculo indisoluble, para que se confirme una vez más lo de Dios los cría y ellos se juntan.

—Déjese usted de bromas, y dígame si es cierto y formal lo que me ha contado.

—¡Vaya un don Marcos éste! No señor, no es verdad, es un cuento con que yo entretengo á los bobos. ¡Vaya, hombre! tranquilícese, es muy cierto, ¿por qué no lo había de ser? ¿es acaso imposible que haya otro más bárbaro que usted?

—¡Ay, don Gregorio! es que en boca de usted, hasta la verdad es sospechosa.

—Saludo á mi ilustre compatriota Alarcón y paso,—dijo Hernández con burlesco énfasis.

—¡Hombre, salude á quien quiera! no fué mi intento plagiar, repetí la frase del gran poeta de Tasco, porque me place su sencillez y su profundidad.

—¡Pica! ¡pica! ¡no se pique, y si se pica, despíquese!

Con tal informe el entusiasmo de don Marcos no tuvo ya límite, aquel joven realizaba su ideal. Poseía una entereza de carácter á toda prueba, amaba ardientemente la idea pura, el principio abstracto, no obraba por móviles bastardos, ni se dejaba subyugar por intereses mezquinos. Aquel joven no difamaba, no injuriaba, respetaba á las

ersonas y luchaba en nombre de la idea luminosa, de la dea celeste, de la idea eterna; no escribía por hambre, i por ambición, ni por vanidad, ni por encono, ni por lespecho, ni por envidia; sino por expresar convicciones irmes y arraigadas, por propagar doctrinas que se creen tiles á la patria y al género humano.

Tal era, según don Marcos, la misión del escritor, y quel joven la comprendía así, y así la ponía en práctica. El desconocido adquiría en la mente de don Marcos maices poéticos, iluminado por el amor puro, noble y gene-oso, que le unía á una compañera casta y buena. Este letalle era, para don Marcos, la prueba decisiva de la ntereza y rectitud de Paco. Un hombre, pensaba, puede in grande esfuerzo, siendo solo, soportar el hambre, la lesnudez, la miseria; pero hacer partícipe de tales calanidades á una mujer hermosa, á una mujer adorada que os ama, cuando, teniendo ciertas condescendencias, fuera an fácil rodearla de comodidades: eso sí es duro, y viene á ser la piedra de toque de los caracteres bien tem-plados.

Quedó, pues, don Marcos firmemente resuelto á averiguar el domicilio de aquel extraordinario muchacho, y á r en persona á proponerle el cargo de boletinista de *El Independiente*. No creía rebajarse en nada; aquel fénix de los caracteres era acreedor á toda clase de homenajes, y place á las almas nobles honrar á quien lo merece.

CAPÍTULO VIII

Una visita inesperada

Serían las diez y media de una tibia y luminosa mañana del mes de Julio, la luz, como si se resistiera á penetrar hasta los feos rincones de la mezquina pieza, los dejaba envueltos en una especie de penumbra. Era el cuarto de Amalia y Pacotillas, el estudiante, flaco y pálido todavía, estaba sentado en una de las sillas de tule, delante de la mesa de madera blanca en que apoyaba los codos, y, mientras posaba las sienes en las palmas de las manos, perdíanse los afilados dedos entre la negra y abundante cabellera.

Tenía los ojos clavados en un gran libro que estaba abierto sobre la mesa, y parecía completamente absorto en el estudio. Amalia divagaba por el cuartucho, arreglando la pobre ropa de la cama, alineando en la pared las pocas y desvencijadas sillas, abriendo y cerrando la comodita, ó vigilando el brasero, sobre cuyas incandescentes ascuas hervía, con monótono y grave rumor, el líquido contenido en un grande y ahumado jarro.

El libro, en cuya atenta lectura se engolfaba Pacotillas, era el tratado de Anatomía topográfica de Tillaux y que estaba abierto por la parte en que se describe la región de la axila. Haría media hora que Pacotillas había comenzado su silenciosa tarea, y como la mitad de ese tiempo que su espíritu se había alejado de ella y discurría por otros sitios.

Había quedado muy débil, no podía fijar mucho tiempo atención; esa mañana quiso hacer un gran esfuerzo de luntad, se propuso vencer su languidez, y meterse en cabeza aquel complicado rincón de nuestra fábrica rporal.

Logrólo al principio, íbanse dibujando claramente en espíritu las sobrepuestas capas de órganos y tejidos, e, con tanta minuciosidad, describen en ese sitio los atómicos, y procuran los cirujanos grabar en la me-)ria. Ya iban desenredando la complexa maraña que 'man los cordones nerviosos, que se unen, se vuelven separar, y estrechan con amoroso abrazo á la gruesa teria que cruza por ahí, para llevar el rutilante líquido .sta los últimos confines del miembro superior.

De súbito comenzó á empañarse la lúcida imaginación l joven, los órganos que estaba estudiando comenzaron perder sus contornos, y á barajársele y á revolvérsele, .reciéndole mucho más complicados que lo que ya son; :túvose como paralizada la fantasía del estudiante, y se iso á contemplar, sin interés ni deseo de desenredarla, madeja en que, como en una red, parecía haber caído ı inteligencia.

La mente del joven vagaba en una región incolora, ›r decirlo así, poblada por meros bultos, sin forma pre- sa ni bien marcadas líneas. El ánimo de Paco se hallaba ı un estado semejante al de los estáticos ó al de los ıdios cuando caen en el singular desfallecimiento del *irvana*.

Sacóle de su contemplación el contacto de una mano ıavísima que le acariciaba la parte posterior de la cabe-

za, oyó una voz fresca que resbaló por sus oídos como cascada de perlas, y pobló de vibrantes sones los ámbitos silenciosos del alma del joven.

—¿Qué quiere comer hoy, mi *estudiosito?* — decía aquella voz, que no era más que la de Amalia.

—Lo que me des,—contestó el estudiante, clavándolo en ella melancólicas miradas, y enlazando con el brazo izquierdo la flexible y delicada cintura de la joven.

—¿Qué tienes hoy, Paco?—le dijo Amalia, contemplándole con inquietud;—tú no has quedado bueno, te veo siempre tan triste, tan preocupado, tan absorto; ya tengo ganas de que te rías, te has vuelto muy taciturno, estudias muchísimo y debes aprender prodigiosamente, según el afán con que te clavas en el libro.

—No lo creas, hijita, tengo la cabeza muy débil; cuando me hablaste ya no estudiaba, ni pensaba en nada absolutamente. Es muy raro lo que me pasa: al abrir el libro siento en mi inteligencia la frescura y la vivacidad de mis mejores tiempos; todo lo comprendo, todo lo veo claro y distinto como si estuviera de bulto; pero pasa un rato y mis facultades parecen suspenderse y ya no puedo comprender ni discernir nada. Yo creo que ha de ser debilidad.

—Sí, eso ha de ser; tú no haces por reponerte, deja el libro, ¿por qué no vas á dar una vuelta? Siempre estás metido aquí, siempre con el libro en los ojos, no ves á nadie, no hablas con nadie; ni conmigo,—añadió en tono de dulce reproche,—ya ves qué trabajo me cuesta sacarte las palabras; pues qué, ¿ya no me *quele?*

Y cogió con ambas manos la cabeza de Francisco, sa-

sacudiéndola ligeramente, y aproximó al rostro del estudiante el suyo, fresco, infantil, radiante, encantador. Paco besó las sonrosadas mejillas de la niña, sonrió y le dijo con ternura:

—¿Cómo no te he de querer? cuando tu cariño es lo único que me sostiene en la vida; si no te viera cerca de mí, si no vagaras en torno mío, si no oyera el ruido de tus pasos, el rumor de tu vestido, ó tu voz que tantas sonoridades tiene para mí, creo que, hundiéndome poco á poco en el negro abismo de la melancolía, me extinguiría como la llama que se apaga por falta de pábilo. ¡Qué ocurrencias tienes, hijita! ¡Cómo no te he de querer si me das la vida, si eres mi aire, mi luz, mi todo!

Y al decir esto estrechó con más fuerza la cintura de la muchacha, y su rostro se animó, como si en su ser se hubiera encendido una llama interior.

—Pues entonces ¿por qué estás tan triste?—le dijo Amalia,—cuando te veo tan cabizbajo, tan melancólico, se me figura que te aburres en mi compañía, que te has fastidiado de mí, que anhelas algo que yo no soy ni puedo darte; y esa idea me oprime el corazón y me hace sentir unas cosas que sólo tú, con tu mucho talento y tu piquito de oro serás capaz de explicar.

—No seas tontita, desecha esas ideas; lo que me entristece y preocupa es nuestra situación angustiosa. No me aflige lo que yo sufro, sino lo que sufres tú; yo encontraría deleite en los tormentos más espantosos si fueran sólo para mí; pero tú lo compartes todo conmigo; ¿cómo no me ha de entristecer ver que trabajas todo el día, que con tus manecitas delicadas y tu cuerpo fino y débil, te

entregas á tareas que rendirían á la india más tosca? Cuando pienso todo esto, siento contra mí una cólera ciega, me humillan y avergüenzan mi poco valer y mi estéril esfuerzo. Esas reflexiones son la única causa de mi abatimiento, se me figura que no te merezco, y hasta creo que hubiera valido más que no te hubieras encontrado conmigo, ni te hubieras asociado á mi negro destino. ¡Ojalá! Que ya que la suerte me es tan contraria, acabara de una vez conmigo, quizá así vivirías tranquila y tendrías probabilidades de ser feliz alguna vez.

—¡Ay, Paco! ¡Qué cruel eres! Parece que no me conoces. Tú sí que eres tontito y malo conmigo; déjate de tonteras y vamos á pensar en cosas gratas: ¿quieres que te cuente el sueño que tuve anoche? Pues soñé que te habías recibido, que eras muy estimado de las gentes, muy caritativo con los pobres; que estabas muy contento y te sentías muy feliz, porque eras muy bueno y me querías muchísimo, como nunca.

Y la niña, al terminar su frase, clavó en Paco los grandes, serenos y expresivos ojos, humedecidos á influjo de la ternura que rebosaba en su corazón; el joven contento ya y disipada completamente su melancolía, jugó con la dorada y sedosa cabellera de Amalia, le oprimió el talle, le besó la hermosa carita y exclamó:

—¡Qué buena eres! Ya ves que bien curas mis tristezas; volviendo á tu sueño, te diré que su última parte es muy cierta, porque te quiero como nunca; la primera, aunque no es cierta aún, puede llegar á serlo alguna vez, pues almas como la tuya quizá vislumbren el porvenir. Tienes razón, soy un tonto, no debo afligirme;

mira, hijita, ya llevamos más de tres años de conocernos y á mí me parece que nos conocimos ayer, y ¿á tí?

—Pues á mí se me figura que nos conocimos hace un ratito, y por otra parte, se me figura que nos hemos conocido toda la vida.

—¡Bien dicho! ¡Vaya una respuesta! Y te empeñas en sostener que eres tonta y que yo tengo talento; pues en esta vez yo hablé como un necio, y tú como una doctora: ¡ni Santa Teresa!

—¡Burlón, burlón, burlón!—exclamó Amalia tratando de hacer callar á su amante, y tapándole la boca con la mano.

Estaban muy contentos: la tristeza del joven se había convertido en festivo entusiasmo, estaban muy juntitos, acariciándose, bromeando, charlando, riéndose y jugando. De repente se estremecieron y turbaron como chiquillos sorprendidos en vedado juego; habían llamado á la puerta y estaba de pie en el dintel, un caballero alto, delgado, grave, vestido de negro, de bigote cano; que, con el sombrero de copa en la mano y haciendo una cortesía, preguntaba:

—¿Vive aquí el señor don Francisco Téllez?

Paco se incorporó, visiblemente turbado. Amalia llena de rubor corrió á un rincón del cuarto, como si tratara de ocultarse.

—Mándeme usted,—dijo Paco, saliendo al encuentro del desconocido.

—Deseo, si usted me lo permite, tener la honra de hablar con usted un rato, para tratar un asunto de importancia.

—La honra será para mí, caballero; sírvase usted pasar y tomar posesión de su pobre casa.

El desconocido se adelantó llevando el sombrero alto en la mano. Amalia estaba muy mortificada, Paco la presentó como su esposa, la joven inclinó la cabeza llena de turbación; Paco buscó entre las pocas sillas la menos maltratada y ofreció asiento al caballero, después de quitarle de la mano la chistera y de ponerla en otra silla.

—Sentiría mucho haber molestado,—dijo el caballero, que parecía sorprendido, y que, disimulando lo más que podía, se fijaba con asombro, ya en lo pobre del cuarto, ya en la bella figura de Amalia.

—Está usted en su casa,—dijo el joven contestando al cumplimiento de aquel personaje,—y siento en el alma que, por su pobreza, no sea digna de recibir á usted; toma asiento, hija mía,—agregó dirigiéndose á Amalia, la cual tomó otra silla y se sentó junto á Paco.

—Pues señor, contando con que usted me perdonará el atrevimiento de haberle venido á sorprender en su retiro, comienzo por ofrecerme á las órdenes de usted como su humilde servidor, Marcos Sepúlveda y Ayestarán, director y propietario del periódico llamado *El Independiente*.

Pacotillas no pudo reprimir un movimento de sorpresa, conocía mucho de nombre á aquel caballero, y había leído muchas veces el periódico de que se le hablaba, que siempre le había parecido publicación muy sensata y recomendable.

—Mucho gusto tengo, señor, en conocer á tan distinguida persona,—contestó haciendo una cortesía; —y su-

plico á usted se digne darme sus órdenes para que yo me apresure á cumplirlas con el mayor gusto.

Amalia estaba confundida, no quitaba la vista de aquel caballero tan bien vestido, de modales tan pulcros y urbanos, que dirigía á Pacotillas miradas de admiración y le trataba con la misma deferencia que si Paco fuera un personaje empingorotado y poderoso. También la divertía mucho la gravedad de Pacotillas y su refinada cortesía; la verdad, no lo creía tan bien criado.

—Mi objeto al venir á importunár á usted,—dijo don Marcos,—es suplicarle tenga á bien honrar mi periódico aceptando el cargo de boletinista.

Si hubieran presentado al joven un saco, repleto de diamantes de Golconda y perlas de Ceilán, hubiera quedado menos absorto que con aquella proposición inesperada.

—¡Señor!—contestó, disimulando mal su turbación,—es mucho honor el que usted me hace, lo agradezco en el alma; pero carezco de méritos para poderlo aceptar en conciencia.

—Me place esa respuesta, joven, me demuestra que la humildad y la modestia de usted dan mayor realce, si cabe, á las selectas prendas que le adornan.

—Señor, usted me confunde.

—No hay motivo, al dirigirme á usted sé con quién hablo, he recogido muchos y muy diversos informes sobre su persona y todos le han sido favorables. Llevo cerca de un mes de oir hablar de usted, los primeros rumores llegaron á mí sin que yo los buscara, conversando de asuntos indiferentes y me llamaron mucho la

atención; volví á oir hablar de usted, y mi curiosidad fué despertándose poco á poco, hasta que llegué á ser yo el que preguntaba por usted, tomándome esa libertad; y me dieron tantas y tan ventajosas noticias, que formé el propósito de venir en persona á sorprenderle en su modesto retiro y á hacerle el ofrecimiento que le he hecho, y que de nuevo reitero, esperando de su bondad se digne aceptar.

Amalia estaba encantada, oía con deleite aquellas frases tan lisonjeras que halagaban su enamorado corazón. ¡Con que al fin hacían justicia á su Paco, con que al fin reconocían su mérito, con que aquel caballero tan distinguido, venía á llamar humildemente á las puertas de la choza, en que se albergaba el mérito desconocido y desdeñado! Cuanto le simpatizaba aquel anciano, al oir sus frases corteses, que ella tomaba á la letra, sentía ímpetus de acariciarle la encanecida cabeza y besar su frente con gratitud filial.

—Señor, — contestó Paco muy mortificado, — me halaga mucho estar tan bien conceptuado, no lo esperaba en verdad; mas no creyendo en conciencia poseer los méritos que se me atribuyen, temo que los buenos informes, que usted recibió de mí, se deban sencillamente á la benevolencia de las personas que los dieron; y que, al aceptar el honroso ofrecimiento que usted me hace, demostrara yo mi nulidad, y me expusiera á perder la alta opinión en que usted me tiene y que en extremo me lisonjea.

—No lo tema usted, joven. Me han referido que usted ha luchado y lucha á brazo partido con el destino, que

es usted jefe de familia, que está usted unido á una joven muy hermosa y de las más singulares dotes, que agobiado por la miseria, la sufre usted con dignidad, sin desviarse, para evitarla, del camino recto; que es usted muy firme en sus opiniones, que fué usted solicitado para escribir en un periódico difamador y rechazó la proposición; que escribió usted en la *Bandera del Progreso*, viendo con disgusto la marcha política de ese periódico y separándose al fin de su cuerpo de redacción. Tales son los informes que tengo de usted. ¿Son falsos?

—Debo confesar que no, pero en nada de eso hay mérito, ni mucho menos mérito extraordinario; si estoy en la miseria no es por mi gusto, sería rico de buena gana; si no quise escribir en el periódico de que usted hablaba, es porque me repugna la diatriba; con que ya ve usted que no hay nada notable en todo eso, para obrar como he obrado no he tenido que consumar heroicidad ni hazaña alguna, sino proceder con la mayor sencillez y facilidad.

—*Per me laboras*. Precisamente las almas bien nacidas hacen el bien sin esfuerzo, sin creer que contraen mérito y casi sin advertirlo. Ya veo que no me engañaron, ahora repito mi pregunta: ¿acepta usted mi proposición? Mi periódico es liberal, hace una oposición razonada y sensata, moderada en el lenguaje, que respeta á las personas y sólo ataca los abusos. No me vaya usted á decir que no está versado en el estilo periodístico, que no se ha dedicado á la política militante, en fin, que no tiene práctica; lo sé y así me acomoda, nadie nace enseñado; además, mi periódico no tergiversa las cuestiones; al contrario,

las trata con la mayor sencillez, mientras más claro mejor. Ahora me tomo la libertad de volver á preguntarle si se digna aceptar mi proposición.

—Fuera necedad de mi parte rehusar tanto honor. Ya que usted se sirve admitirme con todas mis imperfecciones, con todas mis nulidades, no me queda otra cosa que hacer, que esperar sus respetables órdenes.

—Las de usted aguardo, ameritado y condescendiente joven, —dijo don Marcos, con un acento en que rebosaban adunadas la gratitud, la cortesía pulcra y la acariciadora amabilidad, para saber hasta cuándo durará la viudez de mi publicación.

—No tiene usted más que despegar los labios.

—Pues en tal caso, si usted no lo juzga exigencia, le estimaría mucho que desde mañana comenzara á desempeñar sus funciones, para lo cual, le ruego, tenga la bondad de pasar á la redacción á las nueve de la mañana; en cuanto á honorarios cobrará usted sesenta pesos mensuales, sueldo, que dentro de tres meses, subirá á ochenta, ¿le conviene á usted?

—Eso es para mí lo de menos, señor, —contestó Paco con mortificación.

—Aunque estamos á 6, deseo, para simplificar las operaciones de la caja, que le corra á usted su sueldo desde el día primero, y me tomo la libertad de poner en sus manos la primera mensualidad.

Apenas tuvo tiempo Pacotillas de murmurar: ¡señor...! pues ya don Marcos se había puesto en pie, y, echando mano á la faltriquera de la negra y cepillada levita, sacó una cartera, y, abriéndola, tomó de ella tres billetes de

banco de á veinte duros que, haciendo una cortés inclinación, presentó al muchacho. Los ojos de Amalia se abrían desmesuradamente, encantábale cada vez más aquel caballero tan atento, tan urbano, tan liberal; divertíale la cortedad de su compañero, que ya se había puesto en pie, y tomando los billetes con mucha mortificación, balbucía:

—No corre prisa, señor.

Cambiáronse todavía algunos cumplidos, en seguida, el caballero aquel, pretextando quehaceres urgentes, y manifestando temores de turbar con su presencia las solitarias meditaciones del joven, y las faenas domésticas de Amalia, se despidió, muy prendado á la verdad de su nuevo boletinista.

Apenas quedaron solos, Amalia se puso á reir, á brincar y á bailar como una loca; echó los brazos al cuello de Pacotillas, le besuqueó mejillas, ojos y frente, y, vertiendo su infantil y regocijada charla, ya en el uno, ya en el otro oído de su amante, le dijo:

—Ya lo ves, aburridito mío, ¿no te lo decía yo? ya ves cómo la buena suerte viene á buscarte. ¡Qué señor tan respetable, tan simpático! y ha de ser muy honrado, muy bueno, ¡vaya! eso se conoce luego; qué diferencia va de él al horrorosísimo del General López, con aquella cicatriz, con aquellos ojos bizcos; ¡Jesús, qué feo, así ha de ser el diablo!

Y la joven se echó á reir, llenando la estrecha pieza con las sonoras notas de una fresca y jovial carcajada.

—Pero anímate, hombre,—agregó contrariada porque Paco no participaba de sus transportes,—¡qué frío te has vuelto! ¿que no estás contento? ¿que no me quieres ya?

—Estoy muy contento y te quiero mucho, pero mi genio es menos vivo que el tuyo; además, los continuados sufrimientos y las estériles y prolongadas luchas me han adormecido, haciéndome emplear mis energías *en pura pérdida,* como dice un profesor mío, que habla un chapurrado de francés y español. Dices bien,—agregó animándose repentinamente, — empieza para nosotros una nueva era, gracias á Dios que nos sale el sol, y, á propósito, — añadió asomándose á la puerta, — mira qué día tan hermoso, qué luz tan deslumbradora, qué cielo tan puro. Vamos á tomar parte en la gran alegría de la naturaleza, vamos á solemnizar el fausto suceso, dejando este cuartucho feo en que hemos sufrido tanto; hoy somos ricos, concedámonos un día de campo, vámonos á Tacubaya á hartarnos de luz, de aire, de panoramas campestres; anda, hijita, en marcha;—y terminó, mostrando en su entonación, miradas y ademanes, una exaltación extraordinaria.

—Tú estás loco, — le dijo Amalia riendo con el mejor humor, — ¿no ves en qué facha estoy? ¿qué diría don Marcos, si se encontrara á su boletinista dando el brazo á esta cocinera, harapienta.

—Es verdad, — dijo Pacotillas, — pero el dinero todo lo allana; por fortuna tusb otines están regulares. Saca de entre tus trebejos el rollo de billetes negativos, y busca el de alguno de tus vestidos, que más en armoníae sté con la estación; por ejemplo, aquel de muselina floreada, para que parezcas un florido mayo; y yo, con más rapidez que el pensamiento, iré á rescatar esa cara prenda, librándola de las inflexibles garras de sus crueles detentadores.

—Pero ¿cómo has de ir tú, hombre?—dijo Amalia, volviendo á reirse.

—Lo mismo que fuí á empeñarla, digo mal, iré con más gusto; pues voy á sacar esa prenda tuya de la mazmorra en que gime, lo cual es tanto como sacar una ánima del purgatorio.

—Vaya, pues si te empeñas..., ve al empeño. ¡Todo un señor boletinista, futuro médico y de tanto talento, venir por ahí con un bulto debajo del brazo, qué facha vendrás haciendo!

Con el mejor humor del mundo sacó Amalia de su comodita un abultado rollo de boletos de empeño, y, después de sentarse, deshizo en las faldas el grueso lío. Paco, de pie junto á ella, la contemplaba cariñosamente; Amalia pasó revista á aquellos antipáticos documentos, no sin hacer sobre cada uno comentarios como éstos:

—¡Ay! Paquito, mira los aretes que me regalaste aquel día de mi santo; ¡ay! ya se van á perder. Mira, hijito, el anillo con fecha que me diste en un aniversario, también se va á perder ya; ¡pícaros gachupines! no prestar más que cuatro reales por una prenda, que, para mí, vale más que un tesoro.

Por fin pareció la papeleta buscada. Pacotillas la tomó, y en un santiamén estuvo de vuelta. Ya Amalia se había arreglado, como que su tocado era muy sencillo: bañar en agua fresca la carita de rosa, alisar los rubios y finos cabellos; no le faltaba más que cubrir el hermoso cuerpo con el recién rescatado traje, lo cual estuvo hecho en un periquete.

Con aquel traje sencillo, Amalia estaba encantadora, y

hubiera dado envidia á más de cuatro empingorotadas damas, que, después de tres horas de tocador, salen con la cara *atestada* de menjurjes, la cabellera frita en aceites y el traje recargado de adornos y perifollos.

Menos tiempo aún necesitó Paco para arreglarse; él siempre estaba listo: el sombrero alto, erizado y cubierto de polvo, el traje también empolvado y puesto del peor modo, eran, para él, la última moda. Amalia no pudo menos que decirle:

—¡Jesús! estás *revolcadísimo,* déjame darte una cepillada. Ahora sí que voy á sacudirte el polvo,—añadió riendo.

Y luchando con la impaciencia de su compañero, remedió, lo mejor que pudo ella y él consintió, las más visibles imperfecciones del vestido de Pacotillas.

Por fin salieron. Era cerca del mediodía, el cielo, de una limpieza extraordinaria y de un azul deslumbrador, se desarrollaba sobre la superficie de la tierra como inmensa cúpula de turquesas; el sol, muy próximo al cenit, semejaba la clave de oro de la inmensa bóveda y derramaba deslumbrantes y abrasadores rayos; las aceras no daban sombra en el suelo, caldeado por el incandescente resplandor, reverberaban los rayos solares; la atmósfera estaba enteramente tranquila, la erguida chimenea de una fábrica proyectaba á grande altura vertical y densa columna de humo; por las calles discurría la multitud indiferente y alborotadora.

Los amantes, con el alma henchida de júbilo y bañados por las doradas ondas de la luz, se acomodaron en un wagón de los que, al tirar de dos robustas y bien azota-

das mulas, hacen la caminata de Tacubaya; quejáronse del calor, manifestaron temores de que por la tarde, nuestro cielo, variable como el humor de una mujer hermosa y adorada, les aguase la fiesta con uno de esos chaparrones de padre y señor mío. Vieron pasar en rápido desfile los arcos del acueducto, que parecían correr como alineados gigantes de piedra, la maciza construcción de la ciudadela mostró sus costados grises, y las casas que á toda prisa se construyen, por el lado del paseo, ostentaban sus caprichosas líneas; después, saludado por laudatoria exclamación de Amalia, se dejó ver asentado en su sitial de piedra el castillo de Chapultepec; media hora después, los amantes restauraban sus fuerzas, saciando su buen apetito en una fonda de la ciudad de los Mártires.

El tiempo, por raro capricho, estuvo sereno; cuando el sol se iba á poner, la feliz pareja contemplaba desde el castillo de Chapultepec el hermoso panorama de nuestro valle encantador; sus miradas se clavaban con deleite en las cordilleras pintorescas que, formando extenso anfiteatro, le cierran por todas partes; en los volcanes, envueltos en su capuchón de nieve; en el lago, desarrollándose como azulada y ancha cinta; en la gran ciudad, que, como irregular manchón gris, se destaca en el centro del panorama; en los caseríos pintorescos, en las verdes praderas, en las calzadas rectilíneas, y en el cielo, que desarrolla sobre tantos prodigios, el sin par de su tersa y azul concavidad.

El sol se puso, siguió el breve crepúsculo, estrellas diminutas comenzaron á cintilar tímidamente, rasgando

los finísimos *tules* del cielo. Los amantes, llenos de felicidad como el panorama de belleza, se resolvieron á bajar del privilegiado cerro, para tomar el camino de sus desdeñados penates; al llegar al pie de la pintoresca escalinata, hallándose enteramente solos, se dieron un abrazo estrecho, y, con los trinos de las gárrulas aves que charlaban entre los viejos ahuehuetes, fué á mezclarse, como la nota saliente de aquel concierto vespertino, el ruido de un beso, que había estallado entre dos bocas enamoradas.

CAPÍTULO IX

El nuevo boletinista

Aquel lugar convidaba á la meditación: las grandes dimensiones de la pieza, su mueblaje severo y un poco anticuado, los gruesos y oscuros cortinajes que atenuaban la matutina luz, el silencio solemne, interrumpido sólo por el acompasado y monótono tic tac de una gran péndola, eran otras tantas condiciones propicias al numen austero que inspira las reflexiones y dicta las frases sentenciosas.

Tal sitio era la pieza que, en la redacción de *El Independiente,* estaba destinada al editor y director del periódico, el grave y severo don Marcos, y al boletinista, el taciturno y melancólico Pacotillas.

La gente menuda de la redacción, los gacetilleros, el cronista, los correctores, los *repórteres*, ocupaban otra



pieza más iluminada, más bulliciosa, menos severamente decorada, que una especie de pasillo separaba de la anterior.

A la pieza de la gente menuda se entraba sin miramientos, en ella se charlaba, se chacoteaba y se reía; era accesible al público, y á su recinto penetraban los ruidos de la calle, sin que pesadas colgaduras les estorbaran el paso, ni los amortiguaran las gruesas alfombras.

La pieza de don Marcos era la mansión de las ideas levantadas, que aman la media luz; era, por decirlo así, el cráneo de la redacción, y en su retirada y discreta cavidad encontraban el más tranquilo albergue don Marcos y Pacotillas, que, siguiendo nuestra metáfora, venían á ser el cerebro de la redacción.

Adornaban las paredes de aquella sala grandes cuadros, que, circunscritos por ancho y dorado marco, y suspendidos por gruesos cordones de seda, llamaban la atención de los que en la sala penetraban, y acentuaban más el sello de gravedad propio de aquel recinto. Algunos de estos cuadros eran retratos de personajes que han merecido bien de la patria ó de la libertad de los pueblos, otros representaban culminantes sucesos de la historia de las naciones modernas.

Entre los retratos se destacaba, ocupando el puesto de honor, el indispensable de Juárez; era un busto al óleo de bastante mérito, que retrataba al vivo las típicas y acentuadas facciones de nuestro célebre repúblico. A la derecha mostraba el Nigromante su tez bronceada, su despejada frente de pensador, su mirada viva y los rasgos finamente irónicos de su fisonomía. A la izquierda de

Juárez, Castelar, el tribuno español, hacía escandaloso alarde de sus grandes bigotes y abultada frente.

Los cuadros que representaban sucesos eran cuatro y ocupaban las paredes laterales; eran grabados, y el mejor de ellos representaba una sesión borrascosa de la Convención. Robespierre mostraba sus delicadas facciones, su traje atildado y su sonrisa hipócrita. Dantón ocupaba la tribuna, los montañeses, con la ira pintada en el rostro, mostraban los puños, destacándose entre sus airadas fisonomías, la repugnante cabeza de Marat.

Serían las ocho y media de la mañana, no estaba en la solitaria pieza más que don Marcos, que, cómodamente sentado en un sillón de vaqueta, leía con deleite una larga correspondencia de Castelar, impresa en un número del *Diario de la Marina* de la Habana. Castelar era, para don Marcos, el *non plus ultra* de los escritores, el fénix de los repúblicos y el más elocuente de los tribunos; parecíanle de perlas aquellos sus largos y altisonantes períodos, salpicados de metáforas, constelados de imágenes radiantes y embellecidos por audaces transposiciones. Pasmaba al buen don Marcos la sorprendente erudición histórica del hombre de Estado ibero, encantábale la sagacidad con que, en pocas líneas, define el abundoso escritor la situación de las potencias europeas, y desenreda la complicada maraña de la política internacional. ¡Con qué energía denuncia el gran publicista la insaciable codicia y los arteros manejos del gabinete de Saint-James! ¡Qué bien pone de manifiesto la monstruosa ambición del nuevo imperio germánico, encarnado en su Canciller de hierro, el inflexible Bismark! ¡qué elocuen-

cia despliega el florido escritor cuando ensalza las cualidades de la raza latina, escogida por la Providencia para misionera de la civilización moderna y para revelar al mundo atónito el Verbo del progreso!

Mientras se engolfaba en lectura que le era tan grata, hacía de vez en cuando movimientos de cabeza, que indicaban su completa conformidad con lo que leía. Quién sabe hasta qué horas hubiera durado su éxtasis político-democrático, si no le saca de él Pacotillas, entrando al recinto grato á las meditaciones del director de *El Independiente*.

—Buenos días, señor,—le dijo el joven, dejando en la mesa un rollo de papeles que en la mano llevaba.

—¡Ah! ¿es usted?—dijo el viejo, suspendiendo su lectura y saliendo de su ensimismamiento,—qué tal va ¿eh? ¿la señora buena? Siéntese usted un momento y escuche este párrafo magnífico, admirable, elocuentísimo como todos los que traza la infatigable pluma del Demóstenes español.

Resignóse Paco, tomó asiento sin chistar, puso la mayor atención, y don Marcos se puso á leer, con declamatorio y enfático acento, dos ó tres párrafos, tan grandes como la fama del ilustre don Emilio.

—¡Qué dice usted!—exclamó cuando hubo acabado la lectura,—¡qué escritor tan acabado, tan insigne! ¡esto se llama escribir, qué ideas tan levantadas, qué propósitos tan nobles, qué empeño tan decidido de mantener vivo en las naciones modernas el fanal de la democracia y de la libertad!

—En efecto, señor,—contestó Paco con frialdad,—

escribe bien; hasta pudiera agregarse que demasiado bien; me gustaría más con menos adornos, como me gusta más una mujer, mientras menos perifollos se echa encima.

—¡Hombre! ¡qué puritano es usted! ¡y á su edad! ¿qué deja para cuando tenga la mía? pero dejemos eso en que no podemos estar de acuerdo y hablemos de aquello en que sí lo estamos; supongo que trae usted el boletín de mañana, ¿me permite que le eche la vista encima?

Decía bien don Marcos, salvo el poco entusiasmo que, en el austero carácter de Pacotillas, despertaban los exuberantes tropos del retórico hispano, en todo lo demás estaban en completo acuerdo; se podía decir, imitando al malicioso Hernández, que parecían padre é hijo, si no fuera porque hay en el mundo tantos hijos, que así se parecen á sus padres como la tierra al cielo; y no sólo estaban unidos don Marcos y Pacotillas, por perfecta armonía de ideas, sino por viva simpatía, robustecida por el diario trato y la mutua estimación.

El estudiante estaba en aquella redacción como el pez en el agua, llevaba tres meses de trabajar con don Marcos; la miseria había huído con sus ásperas congojas, y, gozando de una modesta medianía, el joven sentía que despertaban sus desmayadas energías, y que volvía su antigua actividad. Vivía entre el dulce afecto de su Amalia y las labores de la inteligencia, estaban satisfechos su corazón y su pensamiento, nunca había sido tan feliz.

Por las mañanas, venciendo su natural pereza, se levantaba á buena hora; iba al hospital á recibir su

lección de Clínica, de diez á once se estaba en la redacción para escribir el boletín del día siguiente; salvo el caso en que el asunto fuere delicado y requiriese reflexiones ó estudios, porque entonces prefería escribirlo en casa, consagrando á la tarea parte de la noche de la víspera.

De la redacción se retiraba á su casa, que lo era ahora una viviendita aseada y céntrica, se ponía á estudiar hasta el momento de sentarse á la mesa, lo cual hacía entre una y dos de la tarde; de dos á cuatro volvía á estudiar, encaminándose después á la Escuela de Medicina para ir á clase.

Con esa vida arreglada había aprovechado tan bien los últimos tres meses, que ya estaba listo para presentarse á examen. Por fin iba á salir de aquel aburridísimo tercer año, en que la barca de sus estudios parecía haber encallado; ya iba á dejar aquella Anatomía topográfica y aquellas patologías, que se le habían pegado como la lapa á la roca.

Amalia estaba muy contenta; su amante era feliz y con eso lo era ella. Bastaba ver al joven para advertir el cambio favorable de sus negocios; es verdad que su descuido en el vestir era el mismo, pero su traje era nuevo, y á su sombrero no se le podía señalar más defecto que ser muy aficionado al polvo.

Don Marcos leyó con mucha atención el boletín de Pacotillas, y dijo:

—Bien, amigo mío, progresa usted visiblemente; cada vez más firme en el principio, más claro en la exposición, más brioso y contundente en la argumentación.

—Y usted, señor, cada vez más benévolo conmigo.

—No es benevolencia, créalo usted, es justicia seca; yo no peco de indulgente, su antecesor decía que era yo un viejo agrio, regañón, impertinente, á quien era imposible dar gusto, y me auguraba que jamás encontraría boletinista que me satisficiera. Volviendo al boletín de usted, le diré que me gusta mucho; pero temo que vaya usted á comprometerse, los tiempos son ahora muy difíciles para los periodistas independientes.

—No tema usted, señor, no hay nada personal en el boletín; no se hace más que seguir analizando ese contrato escandaloso, que tan nocivo es para los intereses públicos.

En este momento penetró al aposento el secretario de la redacción, diciendo que don Manuel Chávez deseaba saludar al señor Director.

—Que pase, — dijo éste.

Pacotillas se quiso despedir, mas su jefe le detuvo, diciendo que deseaba presentarle con el que venía, el cual era antiguo amigo suyo, aunque tenía el defecto de ser muy acomodaticio, por lo cual estaba muy bien con el gobierno.

Entró el personaje, tendría la edad de don Marcos, era grueso y bajo de cuerpo, vestía bien y usaba lentes.

—¿Cómo te va, Marcos?— dijo, tendiendo cariñosamente la mano á su viejo amigo.—Buenos días,—agregó, dirigiéndose á Pacotillas.

—Bien, Manuel, — contestó don Marcos, y, señalando á Pacotillas, que se había puesto en pie, dijo: — te presento á don Francisco Téllez, mi nuevo boletinista.

El aludido hizo una profunda cortesía, pronunciando la frase sacramental: ¡Servidor de usted!

—Cuanto celebro conocer á tan estimable joven,— dijo el recién llegado con melifluo tono,—¡oh! es un periodista muy inteligente, te felicito por la adquisición, Marcos; cabalmente venía á hablarte de los magníficos editoriales que firma tu nuevo boletinista; así es que, si no les quito el tiempo, charlaremos un rato.

Don Marcos contestó, como era natural, que de ningún modo les quitaba el tiempo el visitante. Se sentaron los tres, Chávez ofreció un cigarro á Pacotillas, pues don Marcos no fumaba; el joven lo aceptó, y, en correspondencia de la fineza, presentó á Chávez un cerillo, en cuya vívida llama encendieron los dos, después de haberse hecho todas las corteses demostraciones que son del caso; en seguida Chávez reanudó la conversación así:

—Pues sí, querido Marcos, pasaba yo muy tranquilo por la puerta de la redacción, cuando me dije: voy á darle un mal rato á mi viejo amigo, robándole los minutos de que es tan avaro.

—Avaro no,—dijo don Marcos,—simplemente económico, y como nada hacíamos cuando llegaste no nos has causado ningún mal rato.

—Lo cual me congratula, y ¿qué tal, Marcos? tú siempre tan intransigente, ¿te acuerdas cuando estuvimos en el quinto congreso? entonces estabas afiliado en la oposición.

—Lo mismo que tú siempre del lado del gobierno; bien me acuerdo del quinto congreso, tú pertenecías á la mayoría y yo á la minoría.

—Buena guerra nos daba la tal minoría. Zamacona, Martínez de la Torre, Joaquín Alcalde y hasta tú, que no dejabas de meter tu cuchara, nos tenían en continuo jaque. Mucho tenía que trabajar el viejo Prieto, que era nuestro mejor paladín; lloraba, evocaba las imágenes más tiernas, hablaba de pueblos arrasados, de cabañas incendiadas, de sementeras destruídas; ¿te acuerdas de la tarde en que interpelaste á tío Nacho? ¡Aquellos sí que eran congresos!

—¡Cómo no me he de acordar! dices bien, aquellos sí eran congresos; había por lo menos lucha, había conflicto de ideas; pero todo eso pasó ya.

—¿Y usted, señor Téllez, lleva mucho tiempo de consagrarse al periodismo? aunque pregunto un disparate, pues es usted muy joven, añadió, fijando en Paco una mirada escudriñadora.

—Es la primera vez que soy boletinista de planta; sigo la carrera de medicina, y en este mes presentaré examen de tercer año.

—¡Bien! ¡bien! siguiendo tan buen camino será usted otro don Valentín Gómez Farias, médico ilustre, político distinguido, liberal eximio, y si tiene usted para la medicina las aptitudes que para el periodismo, le pronostico desde ahora un porvenir espléndido.

—Usted me favorece mucho.

—Pues sí, Marcos, mereces mis plácemes por tu boletinista. *El Independiente* es más leído ahora, has de haber tenido un aumento considerable de suscritores.

—Es verdad que el señor Téllez ha dado mucho lustre á mi periódico, pero no ha habido aumento de suscriciones;

son muy estrechos los horizontes del periodismo en México; aquí los lectores son contados, hablo de los que pagan, y aunque el mismo Castelar escribiera los boletines, no por eso habría un solo suscritor más.

—Pues lo siento de veras. Ahora permíteme que te hable con franqueza, hago á este joven toda la justicia que merece, sus editoriales parecen escritas por un Zarco ó por un Vigil; pero he notado que se ha ocupado ocho días seguidos en analizar el contrato de terrenos, celebrado últimamente por el gobierno, lo cual me ha llamado la atención: ¿tienen ustedes encargo especial de tratar ese asunto? ¿los mueve á ello algún empeño particular?

—Ninguno, señor, — contestó Paco.

—Así es, Manuel,—dijo don Marcos,—me extraña que me hayas hecho esa pregunta, conociendo mi carácter; en mi periódico no se escribe por encargo de nadie, lo que tratamos, y la manera de tratarlo, nos lo sugiere únicamente el interés público.

—Nunca he creído otra cosa, por lo mismo me admira que habiendo tan distintos asuntos de interés, se hayan ustedes empeñado en hablar sólo de ese contrato. Allí están, por ejemplo, la cuestión del desagüe del Valle, la del saneamiento de la ciudad; allí están la conversión de la deuda pública, la mortalidad que nos diezma, el aumento de la criminalidad, y tantas y tantas otras, que darían material abundante para muchos y variados editoriales. Como habiendo tanto de que tratar, ustedes se han empeñado en hablar sólo de ese contrato, creí que había en ello un interés especial.

—El señor Téllez te contestará, pues á él le toca.

—Es verdad, señor,—dijo Pacotillas,—que los temas que usted indica son muy interesantes; pero además de que ya se han tratado, la porfía con que hemos impugnado ese contrato, proviene de que lo juzgamos muy oneroso para el país; por ese contrato se beneficía mucho á algunos particulares, con enorme lesión de los intereses públicos; por todo lo cual aún seguiremos impugnándolo algunos días más, pues juzgamos nuestro deber ilustrar bien sobre este asunto á la opinión pública.

—Ya oyes,—dijo don Marcos,—ahora te pregunto yo, si al interrogarnos sobre ese particular, lo has hecho por encargo de alguien.

—No, hombre, he venido de *motu propio,* impulsado por mera curiosidad, y, te lo diré en confianza, por la amistad estrecha que me liga con el señor Ministro, responsable de ese contrato; supuse que el alto funcionario había de estar molesto por los rudos ataques que ustedes le dirigen, y dije para mí: ¡qué diablo! voy á hablar con Marcos, y si no tiene empeño especial en atacar al Ministro, le rogaré en nombre de nuestra antigua y buena amistad, que no siga tratando tan enojoso asunto.

—Mucho siento no darte gusto, nosotros no tratamos de atacar al Ministro, sino de ilustrar al país. Si el funcionario se lastima por eso, ¿qué le vamos á hacer?

—Eres incorregible, ya sé que contigo pierdo el tiempo, pero mi deber de viejo amigo tuyo me obliga á manifestarte que, siguiendo por ese camino, te comprometes mucho y te vas á atraer iras y persecuciones. Pon en práctica, siquiera una vez, aquella máxima latina que

nuestro maestro, el viejo jesuita, repetía con tanta complacencia: *Cum potentioribus nec contendas.*

—Pues yo te contestaré con un refrán castellano: «natural y figura hasta la sepultura;» estoy hecho á disputar con los poderosos y á censurarlos, no temo sus iras ni sus persecuciones, estoy habituado á ellas, me han encarcelado varias veces, he estado á punto de ser fusilado y me he sostenido sin temor; cambiar ahora de conducta, sería tanto como quebrantar el ayuno á los tres cuartos para las doce, como decía mi tía la monja.

Chávez se perdía de vista, era capaz de intentar lo imposible por proporcionar una sorpresa grata á cualquier personaje encumbrado. Tributaba á los ministros un culto tan acendrado como el de una vieja rezadora al santo de su devoción; prestar á un Ministro algún servicio pequeño, como quitarle el polvo, ofrecerle asiento ó conquistarle un periodista, era para don Manuel la empresa más digna de acometerse, y señalaba con piedra blanca los días en que tenía la buena suerte de hacer alguna hazaña de estas.

Desde que comenzó á leer los duros editoriales de Pacotillas, comprendió que el serenísimo Secretario de Estado, cuyo contrato traía á tan mal traer el nuevo boletinista, quedaría muy lisonjeado si se lograba con habilidad que el machucho, avinagrado é incorregible Marcos, echase tierra á aquel asunto, más espinoso que un cardo y más agrio que un limón.

No contaba con ello, ¡qué había de contar! si este Marcos tenía por cabeza una testuz vizcaína, blindada probablemente; pero, en fin, nada se perdía con intentarlo.

Lo intentó, y, como se ha visto, con pésimo resultado; entonces, para que no se creyera que sólo había ido á sondear las opiniones de su ex colega y amigo, siguió hablando de varios asuntos; y, pretextando después tener negocios pendientes en las palaciegas regiones, se despidió, y hételo en la calle.

A poco andar hallóse en la animada, concurrida y lujosa hilera de calles de Plateros y San Francisco, que forman nuestro único *boulevard*, como decía un chispeante escritor y malogrado amigo mío.

El día estaba espléndido, sereno y limpio el cielo; don Manuel, con gravedad é intachable compostura, siguió la línea meridional de aceras, deteniéndose delante de los vistosos escaparates, contemplando las engalanadas damas, viendo pasar los elegantes coches de gallardos corceles, apartando con mal humor, ya la descarnada mano del mendigo, ya la mugrienta del importuno vendedor de billetes de lotería.

La cabeza y la chistera de Chávez parecían la imagen del movimiento continuo, por las frecuentes inclinaciones que la cortesía le obligaba á hacer; su mano repartía saludos á derecha é izquierda, á menudo cedía la acera ó recibía parecido homenaje, sus labios no se cansaban de decir: «Adiós, señor diputado; adiós, señor General; adiós, señor Gobernador;» y la categoría del personaje saludado por Chávez, podía infaliblemente medirse por lo profundo del saludo, la amplitud del movimiento del sombrero, lo fino de la cortesía y lo afectuoso del tono.

El sol daba en las aceras del norte, produciendo vivos reflejos en las tersas vidrieras y en los bruñidos baranda-

les; los grandiosos edificios de la acera meridional proyectaban su sombra hasta más allá de la mitad de la calle; los *cajones* estaban llenos de gentes, los dependientes no bastaban para tanta demanda de diversos géneros.

Pasaba don Manuel por enfrente de la cantina de Moesser y dirigía miradas indagadoras al compacto grupo de consumidores que había en aquella casa; no sucediera que dejara sin saludo á algún amigo, falta cuya gravedad conocía él como hombre de mundo que era.

Mas quiso la mala ó buena suerte que en esos momentos, y antes de que se hubiera cerciorado de si había amigos en la cantina, distinguiera con el rabo del ojo, como suele decirse, que por la acera en que él venía y ya á muy pocos pasos, caminaba en opuesta dirección á la de Chávez, nada menos que un señor Gobernador.

Atisbarle Chávez, olvidar la cantina, apartarse á toda prisa y ceder la acera, doblar el cuerpo, quitarse el sombrero y decir con el más melifluo tono: «A la orden de usted, señor Gobernador,» fué todo uno.

El señor Gobernador apenas contestó con los ojos y siguió andando. En este momento oyó Chávez que le llamaban por su nombre, volvió los ojos y vió en la puerta de la cantina á nuestro antiguo conocido Robles, acudió al momento al llamado, con cuanta ligereza le permitió su obesidad.

Se saludaron con la afabilidad propia de compinches, socios y colaboradores; buscaron un sitio apartado, pidieron grandes vasos de cerveza americana y se pusieron á charlar.

El Chango estaba furioso: ya le tenían harto los edito-

riales de Pacotillas; para su mayor desconsuelo le contó Chávez lo inútil de su oficiosa gestión, le comunicó que el bruto de don Marcos y el estúpido de Pacotillas estaban firmes en sus trece, y resueltos á no cejar, sino á seguir erre que erre.

—Ya se los haya,—dijo el Chango bebiendo el último trago de cerveza;—ha llegado el momento de recurrir á medios más enérgicos, ¡ya les pondremos un bozal á esos perros!

—Ya sabe usted que estoy dispuesto á todo, y que tanto usted como el señor Ministro me tienen á sus órdenes.

CAPÍTULO X

La antesala de un Ministro

Muy dichoso debía ser el dueño de aquella casa si como en ella la riqueza y el lujo, la paz y el contento reinaran en el alma del propietario. Desde la puerta de la calle hasta los últimos rincones, una multitud de suntuosos objetos llamaban la atención de las incontables personas que entraban á la rica morada ó salían de ella. Desde las seis de la mañana el zaguán abría de par en par las enormes y lujosas hojas de su puerta, permitiendo ver un amplio y elegante patio; dos gendarmes de uniforme nuevo se paseaban delante de la puerta del zaguán, empuñando el negro garrote y sirviendo de guardia de honor al poderoso personaje que allí vivía.

Ya le conocemos, es el Ministro; le vimos en la Cámara

de Diputados, recibiendo los saludos y cumplimientos de los representantes del pueblo; le vimos en el Tívoli hartarse de diversas viandas y de homenajes aduladores. Vamos á sorprenderle en su casa para ver cómo desempeña su elevado cargo.

Casi desde las seis de la mañana en que se abre la gran puerta del zaguán hasta las diez de la noche, hora en que, en los días comunes, se cierra, es aquello un continuo ir y venir, un continuo entrar y salir de personas de toda edad, de todo sexo y de toda condición social.

Delante de la puerta hay casi siempre dos ó tres coches en que han sido llevados algunos de los que, ansiosos de conferenciar con el prócer, atravesaron las puertas de su rica mansión.

Es curioso ver cómo, á eso de las diez de la mañana, entran por aquel zaguán, ya el opulento negociante, ya el personaje de categoría; los cuales, como si fueran de la casa, entran de rondón al departamento de la secretaría particular; sin que el conserje, que ya sabe que gozan de la confianza del amo, oponga á su paso el menor obstáculo, antes bien les sonríe con el mayor cariño, haciéndoles una gran reverencia.

Haciendo lastimero contraste con los encopetados, se ven los pretendientes humildes; los denuncia inmediatamente su encogimiento, sus pasos tímidos, sus movimientos cohibidos; parece que van á cometer un crimen y que temen ser cogidos infraganti; parece que les acosa el temor de romper ó ensuciar algo, según la cautela con que se mueven.

Más que un perro bravo los intimida aquel conserje,

vestido de charro rico, que es manso con los de arriba, y hosco, fiero y gruñón con los de abajo. ¡Y el olfato de aquel condenado y lo bien que conoce la condición del que pretende ver al gran señor!

Los pretendientes humildes se dirigen, con la mayor amabilidad que pueden, al cancerbero de aquella casa, que para ellos es un jardín de las Hespérides. El grosero personaje apenas si los mira, y con más altivez que si fuera, no digo el Ministro, sino el Czar de Rusia, les contesta con un gruñido: El señor Ministro no recibe hoy.

Los tímidos se marchan cariacontecidos con esta repulsa, los porfiados insisten, diciendo con la mayor amabilidad:

—¿No tuviera usted la bondad de decirme, á qué horas podré volver?

—No lo sé, —contesta el portero, volviendo bruscamente la espalda al preguntón.

La familia de su Excelencia habitaba los altos de la casa, en el piso bajo estaba la secretaría particular.

Al día siguiente de los sucesos que en el capítulo anterior quedan contados, hallábase, á eso de las diez de la mañana, una multitud de pretendientes dentro de la secretaría particular. La tal secretaría estaba formada por una primera pieza, bastante grande, amueblada con ajuar americano, en la cual esperaban su turno las personas á quienes el portero dejó pasar, y de otras dos piezas más; en la que comunicaba con la sala trabajaba el secretario particular, y en la última, el señor Ministro se dignaba recibir á las personas, que por tal ó cual motivo, alcanzaban tanta distinción.

La pieza de Robles, llena de estantes, de colecciones de periódicos, de montones de cuadernos, de mapas colgados de las paredes, contenía tres bufetes, en que tres silenciosos y activos escribientes trabajaban sin descanso.

Robles se multiplicaba, parecía tener el don de ubicuidad, corría de un bufete á otro, le daba á un escribiente una minuta para que la sacara en limpio, le daba al otro un folleto para que copiara ciertos párrafos señalados con lápiz, al otro le dictaba; otras veces revisaba periódicos, otras hacía y deshacía montones de papel; de repente sonaba un repique agudo, producido por el teléfono, que ostentaba en una de las paredes su oscura y alargada masa. Con la presteza de movimientos que le era propia, arrojaba el Chango el papel que tenía en la mano, ó suspendía su dictado y corría hacia el aparato; empuñaba y aplicaba al oído el cilindro conductor, acercaba los gruesos labios al receptor del aparato, como si fuera á depositar un ósculo en aquella negra y enorme boca; luego, acentuando mucho el acento interrogativo, formulaba la pregunta sacramental: ¿Con quién hablo?

Repetíase entonces la frecuente y cómica escena, representada por todos los que hablan en el teléfono; como los circunstantes no oyen más que las respuestas, sin hacerse cargo de las preguntas, ó al contrario, creerían, al no conocer el aparato, estar viendo á un loco hablando con seres imaginarios.

El Changuito con su vivacidad, con su mímica expresiva, acentuaba todavía más lo cómico de la escena, diciendo:

—No han llegado. Ya se dió la orden. Ya está acordado. Favor de repetir. Bueno. No tenga usted cuidado. Hasta luego. Gracias, — y, colocando en su sitio el conductor, reanudaba su interrumpida tarea.

Otras veces se interrumpía ésta por un timbre que sonaba en la pieza inmediata, ó por una voz muy conocida para el Chango, la cual decía: ¡Robles! Le llamaba el Ministro, corría con la agilidad de un mono, y al cabo de algunos minutos hétele de vuelta, tomando otra vez el hilo de la labor interrumpida.

En otros casos la interrupción provenía de la antesala, ya eran los nudillos de una mano discreta que llamaba respetuosamente á la puerta, ya ésta se entreabría, empujada por una persona de confianza, apareciendo, entre las poco abiertas hojas, una cabeza que decía: ¿Se puede?

La respuesta y conducta ulterior del Changuito variaban según la persona, cuya era la cabeza. Si era hombre de pro, Robles suspendía incontinenti su *secretaril* faena, corría á acabar de abrir, y, tomando al personaje de la mano, lo introducía, cerrando la puerta otra vez y diciendo:

—¡Usted por aquí, señor H.! pase usted, voy á avisar al jefe; favor de esperar un momento; — penetraba á la pieza del Ministro, volviendo á poco para conducir al hombre de polendas.

Si el que llamaba no era de mucha importancia, aunque no dejase de tener alguna, el secretario, sin suspender su quehacer, decíale secamente: «¡Pase usted!» lo dejaba acercarse hasta él, y, pasados los saludos y cum-

plimientos de estilo, en que el joven se mostraba muy parco, decía:

—Estamos ocupadísimos. El jefe se dispone á salir, y yo tengo que dictar más de veinte cartas; ó bien: El jefe está conferenciando con una comisión del Senado y espera otra de la Cámara de Comercio; sírvase usted volver á la tarde.

Sucedía también que el osado que asomaba la cabeza, lo hacía, prevaliéndose de la amistad que tenía con Robles, y de la familiaridad con que se trataban. En tal caso el secretario mostraba enojo, y decía al importuno: «¡Entra!» y así que lo tenía á tiro, proseguía:

—¡Hombre, qué pesado eres! ¡cómo abusas de nuestra amistad! todavía faltan algunos días para que tu negocio se despache, ten un poco de paciencia; anda, vete, no me quites el tiempo; á la una espérame en casa de Moesser, tomaremos la copa y te explicaré.

También acontecía que el que se había asomado, no pretendiera hablar con Dios sino con el santo, es decir, con Robles y no con el poderoso y casi invisible personaje, que se ocultaba en el inviolable recinto de la pieza en que recibía. Mas el Chango, siempre distribuidor hábil de sonrisas y cumplimientos, ó de sequedades y tapabocas, trataba á cada uno, si no según sus obras, sí según su valimiento.

La antesala, es decir, la pieza á que acudia la gente que lograba pasar del zaguán, ofrecía diariamente el aspecto original de esos lugares, en que, gentes que en su mayor parte no se conocen, se reunen en espera de algo. Unos se paseaban mostrando impaciencia, otros

se sentaban, esperando con la mayor calma, otros leían periódicos, y todos atisbaban el momento en que saliera Robles, ya para desempeñar algún menester, ya para ver cómo estaba la antesala. Salía dándose mucha importancia, los pretendientes acudían á hablarle, él les pedía sus nombres cuando no los conocía, y les decía que esperasen un rato, ó bien los desahuciaba.

Volvamos á nuestro cuento. El día á que nos hemos referido la antesala estaba muy concurrida, y el secretario, como en pocos ocupado; habló por el teléfono tres ó cuatro veces, regañó á varios importunos y á no pocos quitó toda esperanza. Se le notaba gran preocupación y mal humor, mostraba esa inquietud de los que esperan algo que tarda; salía á menudo, atravesaba la antesala llena de gente, sin hacer caso de los que se dirigían á él, llegaba hasta el zaguán, decía al conserje: «¿No ha llegado eso?» «No, señor,» contestaba éste.

—¡Qué raro! —agregaba Robles, —luego que llegue, entras á dármelo.

Eso llegó al fin; en los momentos en que el secretario dictaba una carta, el conserje entró con el sombrero en la mano y entregó al joven un periódico. El Chango, con la misma prontitud con que el animal de ese nombre parte una nuez, para apoderarse del contenido, desdobló el diario y buscó con avidez el boletín.

Era un número de *El Independiente;* á medida que Robles leía aquel boletín, se le notaba el creciente mal humor y la ira que su lectura le iba causando; había momentos en que estrujaba el periódico, fruncía el entrecejo y lanzaba una especie de gruñido.

Por último, acabó de leer y se encaminó á la pieza del Ministro; entreabriendo ligeramente la puerta; vió hacia adentro, después de lo cual, volvió de mala gana á seguir dictando.

El Ministro no llevaba trazas de quedar solo, platicaba con él un gobernador, personaje de la mayor influencia, amigo íntimo de su Excelencia y conversador interminable. Hacía una hora larga que había sido introducido; al principio, habló del asunto que llevaba, que en pocos minutos quedó zanjado; pero el diálogo prosiguió, animándose poco á poco, y tomando el carácter regocijado de festiva y familiar charla. Los eminentes personajes charlaban como los camaradas más ociosos, comían prójimo de lo lindo, hacían la caricatura de algún general, de algún senador, de algún otro ministro, ó de algún otro gobernador; contábanse chascarrillos graciosos y cuentos verdes de lo más picante, menudeaban las ingeniosas ocurrencias y de vez en cuando se reían á carcajadas.

Entretanto, las gentes de la antesala se aburrían; mas se resignaban, creyendo de buena fe que los altísimos personajes debatían las más graves cuestiones de Estado.

Robles se daba á todos los diablos. — Ríete, charla, goza, — decía para sí, pensando en el Ministro, mientras dictaba de mala gana; — ya rabiarás después, este papel maldito te hará el efecto de una hoja de Rigollot.

El platicador salió al fin, todavía charlaron alegremente algunos minutos el Ministro y él en la puerta que comunicaba las dos piezas. Robles, disimulando con perfección su contrariedad, acompañó al Gobernador hasta el zaguán, colmándole de genuflexiones, saludos y cumplidos.

Volvió cerca de su amo, y cerrando la puerta, le dijo sin preámbulo:

—Mire usted, señor, cómo lo ponen en el inmundo periódico de don Marcos.

—A ver, hijo,—dijo el Ministro, sentándose con calma; y tomando el periódico leyó el boletín; cuando hubo terminado agregó:—En efecto, está fuerte.

—¡Ya lo creo! ¿Qué le parece á usted conveniente hacer?

—Ni que preguntarlo tiene, hijo; ya sabe usted la táctica, mande una persona que entre en arreglos con el editor.

—Mas el caso es, señor, que se trata de don Marcos Sepúlveda, hombre testarudo, fanfarrón y Quijote en estas materias. Ya Chávez estuvo á verlo de *motu propio,* y le hizo insinuaciones, que fueron todas rechazadas con aspereza.

—No hay que apurarse por eso, hijo; dirigirse al boletinista, ¿quién es?—y fijando la vista en el periódico, —Francisco Téllez,—agregó; repitió este nombre tres veces como si quisiera recordar;—pues no,—prosiguió diciendo,—no le conozco. ¡Bah! pero conozco el género y usted también; ha de ser algún muchacho que quiere hacerse notable, que quiere meternos miedo, para que le hagamos ofertas; pues hágaselas usted, hijo; envíele algún agente hábil que lo sondee, que le ofrezca esto ó lo otro, en fin, que le diga que no sea malo, que coloque la espada en la vaina, que todo se puede arreglar; le daremos cualquier empleíto. ¡Está usted fresco, hijo! con alarmarse tanto por tan poco, ¡cuántas veces hemos

dejado á don Marcos sin boletinista! Le repetiremos la jugada.

—Siento en el alma decir á usted que en esta vez falla su admirable sagacidad y su profundo conocimiento del corazón humano,—dijo el Chango, que estaba de pie, apoyándose familiarmente en el respaldo del sillón en que estaba sentado el ilustre personaje.—Usted conoce á Téllez,—agregó después de breve pausa,—¿no se acuerda usted de aquel banquete que dió López (ya le hablaba de igual á igual) con motivo de la inauguración de *La Bandera del Progreso*? ¿De aquel banquete en que tuve la incomparable fortuna de que usted se dignara fijarse en mí y sacarme de la oscuridad en que tan tristemente vegetaba yo, llevando usted su bondad hasta llegar á asociarme á sus altas labores?

—Sí me acuerdo, hijo, ¿pero qué tiene que ver?...

—Mucho, señor; allí estaba Téllez; acuérdese usted de aquel muchacho tan serio, tan *fachoso,* que no se dignó despegar los labios más que para lanzar pullas, que le hacía el feo á todo, y que daba á entender que estaba contra su gusto y que nos profesaba el mayor desprecio.

—¡Ah! ya caigo, ¿conque ese es Téllez? Sí, me acuerdo muy bien; me pareció la nota discordante de la fiesta, hasta le dije á López que extrañaba mucho que le hubiera admitido en la redacción, y creo que López me dijo que aprovecharía la primera ocasión para separarlo. Pero no me volví á acordar, ni sé qué suerte habrá corrido.

—Pues que siguió con sus humos insolentes, dándose importancia y haciendo alardes de independencia; llevó su osadía hasta ponerse de acuerdo con un tronera, con-

discípulo mío como él, para hacerle una burla pesada al pobre de López.

—¿Sí?—dijo el Ministro con gran curiosidad,—¡cuénteme usted cómo estuvo eso!

—Muy sencillo, señor. El General tenía su quebradero de cabeza, una mujer muy bonita por cierto, ya usted conoce á López.

—Sí, como él es tan feo, se cumple aquella sentencia: «que los extremos se tocan.»

—López cuidaba á esa mujer como á un ojo de la cara, tenía espías que la cuidaran, tenía comprada á la criada, en fin, tomaba cuantas precauciones discurre un celoso rematado; pues á pesar de todo, esos malditos se burlaron del General, y casi en sus bigotes probó Alvarez la golosina, ayudado por Téllez.

El Ministro se rió con todas sus ganas, y en seguida preguntó:

—¿Y qué hizo López? Debe haber tomado un desquite famoso.

—Hizo dar á Alvarez una paliza que por poco lo mata, y despachó á Pacotillas con cajas destempladas.

—¡Pacotillas! ¿quién es ese?

—Téllez, señor, ese mote le dábamos en el colegio.

—¡Ah, vaya! Pues de veras estuvo chusco el lance. Volviendo al asunto principal, diré á usted que no conviene que sigan publicándose esos boletines malévolos é insolentes, en que se desvirtúa y se hace aparecer como oneroso, horrendo, antipatriótico y que sé yo qué disparates más, á uno de los contratos más sencillos que he celebrado, desde que tengo á mi cargo una Secretaría de

Estado; y lo peor es que se me presenta ante el público como hombre que se enriquece á expensas de la nación, dando á entender que me han sobornado para que haga traición á intereses confiados á mi custodia. ¡Vaya, vaya! y lo más grave del caso es que ese papelucho goza de cierto crédito entre algunos imbéciles, tiene muchos suscritores, que le dan vida propia, y el testarudo de don Marcos jamás ha querido entrar en tratos con nosotros. Con todo, no le veo á este negocio la gravedad que usted le ve; por lo que usted me cuenta, infiero que ese joven es un estudiantillo *destripado,* un calaverón, una persona sin respetabilidad, un perdido, en fin. Tiene talento, escribe con energía; pues tratemos de conquistarlo. Veo claro el asunto: ese muchacho se vió en la calle, muerto de hambre y dijo: Démonos importancia, ataquemos á los que valen, que no tardarán en hacernos proposiciones; pues hacerlas, hijo mío, y demos esto por terminado.

El Chango dejó á su Excelencia espetar su difusa arenga; sabía que el Ministro era amigo de mostrar mucha sagacidad, mucho conocimiento del corazón humano, y mucha confianza en el poder de la corrupción. Robles se había sentado ya, y cuando su superior acabó de hablar, dijo sonriendo:

—Siento con el alma no participar, como siempre, de la muy ilustrada opinión de usted. Hay que hacer justicia á Téllez; á pesar de su genio arisco, de su soberbia, de su quijotismo, su independencia es sincera y no fingida ni interesada, no lleva segunda intención; haga usted de cuenta que es el mismo don Marcos, con talento y con saber se entiende. En fin, señor, es hombre de mérito,

yo lo conozco mucho: no crea usted que se deje corromper, es muy celoso de lo que llama su dignidad, sabe sufrir la miseria con un estoicismo que maravilla, ha pasado temporadas horribles y bastante largas, no sé cómo no se ha muerto de hambre. Así es que, salvo la muy respetable opinión de usted, me parece que es perder el tiempo tratar de sobornarle.

—Usted me maravilla,—dijo el Ministro pensativo;—no creí que hubiera gente así, estoy tan acostumbrado á domesticar independencias salvajes; ¡cuántos jovencitos me han atacado echando fieros, y haciéndose los incorruptibles y los intratables; y apenas les he ofrecido el menor destino lo han admitido, con tal prisa que me arañaron la mano! Ahora salimos con que este joven no es de esa laya, bien está; usted lo dice, y usted no se mama el dedo, y es como yo, escéptico y muy desconfiado en estas materias; doy, pues, por hecho que ese Téllez es como usted le pinta, y contra hechos no hay argumentos. Pero, venga usted acá, amigo mío: ese Téllez ha de tener su lado vulnerable, por fuerza ha de haber algo que le guste, y con lo cual se le pueda seducir: ¿no le gustan las mujeres? ¿el vino? ¿las distinciones?

—El vino sí le gusta, y bien; pero no podemos sacar partido de esa afición, porque en su bebida como en todo es muy raro; supongo que las mujeres también, pues está perdidamente enamorado.

—Pues ya le tenemos cogido, interrumpió el Ministro con aire de triunfo, si está enamorado deseará casarse, y para eso necesitará dinero; posición...

—No, señor, no es ese el caso, hace ya vida marital

con la muchacha de quien está enamorado; ella le quiere entrañablemente, sufriendo por él con gusto trabajos y miserias, y lo ha demostrado muchas veces; es de la misma condición que él, muchos ideales, mucho romanticismo, mucha abnegación, ¡qué sé yo!

—Positivamente usted me desconcierta, ¡ah!—dijo después de cavilar un rato,—ya encontré el medio; esos tipos soñadores que desdeñan lo positivo, suelen prendarse de una sombra. ¿Usted es ó ha sido, por lo menos, muy amigo de él, verdad?

—Sí, señor, lo fuí; nos ligaba el cariño de condiscípulos; mas nuestra diferencia de carácter nos fué alejando poco á poco hasta que acabamos por perdernos de vista.

—Bueno; pero á lo menos nunca han tenido ustedes un disgusto formal.

—No, señor.

—Pues entonces escríbale usted una carta ó véalo personalmente, halague su amor propio, lisonjéele la vanidad, evoque usted los recuerdos de colegio, tráigale á la memoria los ratos que gozaron juntos; finja usted que nada le importan los ataques que está dirigiendo, hágale usted creer que se interesa por su porvenir, que desea usted abrirle caminos honrosos, contribuir á que brille su inteligencia, y que, deponiendo usted todos sus resentimientos y dando un ejemplo de generosidad, paga sus insultos prometiéndole distinciones, honor y tal vez gloria.

—Señor, con franqueza, no me prometo mucho de ese paso; pero como nada se pierde con darlo, lo daré.

—Bien, delo usted; si resiste y nos sigue hostilizando, como ya hemos agotado todos los medios de conciliación,

y la defensa es permitida, tendremos que recurrir á las medidas de rigor; si él opta por la guerra, peor para él, no seremos los vencidos, la ley está de nuestra parte. Le ofrecemos el pan, si prefiere el palo demostrará que tiene mal gusto. Hablando de otra cosa, amigo mío, ¿hay mucha gente en la antesala?

—Más de veinte personas, señor.

—Pues le ruego á usted que las despida, voy á comer con el Gobernador, y ya es muy tarde; que vayan disponiendo el coche.

El Chango cumplió aquella orden; con la mayor solemnidad del mundo dijo á las gentes que se aburrían en la antesala:

—El señor Ministro da por terminada la audiencia de hoy, ruega á ustedes que lo dispensen, pues un asunto de la mayor urgencia reclama su presencia en Palacio.

Y la aburrida gente de la antesala se retiró, sin imaginarse que el único asunto que su Excelencia despachó esa mañana, fué el plan de campaña que había de rendir la entereza de un inteligente y honrado muchacho.

CAPÍTULO XI

Horas inquietas

Pesimista ha de haber sido aquel observador anónimo que echó de ver que en esta vida un mal viene generalmente acompañado ó seguido de otros males; de aquí aquella conocidísima exclamación, en que se da al mal la

bienvenida cuando, al visitarnos, prescinde de su habitual cortejo. Valga como compensación el hecho menos predicado, aunque exacto también, que los sucesos faustos suelen acompañarse de otros tan faustos ó casi.

Hásenos antojado hacer esta reflexión, por considerar la bonancible situación que en esta temporada hacía á Pacotillas las más halagüeñas muecas. No sólo había cambiado su situación pecuniaria, sino que también había variado y no poco la situación de su ánimo; había renacido en él ese bienestar moral, esa confianza en sí mismo, esa disposición á verlo todo color de rosa, sin lo cual sobran los mismos tesoros de Creso.

El joven se iba á examinar al día siguiente. Estudió recio y de firme hasta las diez de la noche, tomando ya un texto, ya otro; procurando llenar los *corrales,* y dar las últimas puntadas al complicado traje de conocimientos con que debía presentarse ante el jurado. A la hora dicha cerró el libro y dijo á Amalia:

—Es inútil cansarme más, ya no es posible aprender, ni entiendo lo que leo; si en este momento me examinara no contestaría palabra, todo se me embrolla y confunde; esconde esos libros y quiera mi buena suerte que no tenga ya que volverlos á abrir.

Al día siguiente se levantó muy temprano, y, para dar laxitud á sus tirantes nervios, tomó un baño de vapor, luego fué á disfrutar el fresco de la mañana paseando un rato por la Alameda. A toda costa quería borrar de su ánimo toda idea de estudio; mas estas ideas renacían con tenacidad, por más que el joven procuraba distraerse. A veces se estremecía de horror pensando que le iban á

preguntar tal punto, y creyendo que se le había olvidado del todo.

Volvió á su casa, desayunóse, charló con Amalia de asuntos indiferentes, se bromeó, jugó con ella y procuró en todo mostrarse festivo, locuaz y chancero.

Poniéndose después el sombrero, dijo que ese día lo destinaba á *echar cabeza,* que daría una vuelta por la redacción; que después se reuniría con Patillitas, que lo había convidado á comer, y á las cuatro cerraría agradablemente el programa volviendo al lado de Amalia, que ya le había de tener preparado un café digno de Voltaire; y después de confortarse con su compañía, iría á someterse á la grande y decisiva prueba del examen.

Dando largas zancadas se dirigió á la redacción. Don Marcos no quiso que hiciera nada, le aconsejó que no se calentase la cabeza, que se distrajera con amigos de buen humor, y le despidió, deseándole el feliz éxito que don Marcos esperaba y el joven merecía.

Serían las diez de la mañana cuando el joven se dirigió á la plaza recorriendo las calles de Plateros, pobladas, como de costumbre, por tupido enjambre de transeuntes; detúvose delante de los escaparates, examinando con curiosidad los lujosos relojes, las brillantes leontinas, los multicoloros diamantes y los artísticos bronces.

No sabiendo qué hacer, se resolvió ir hasta el hospital Juárez en busca de Patillitas, á quien encontró allí.

—¿Ya estás *echando cabeza?* — le dijo éste, — conque esta tarde *estás en el palo.* ¡Vaya que eres feliz! yo siempre no me presento; ya me había hecho el ánimo, pero me han entrado *corvas* y me *sumo.*

—¡Calaverón que eres! Mientras no te corrijas de la manía de las novias serás hombre al agua.

—¡Qué quieres! Así lo comprendo, y mira no más mi mala suerte: ya estaba yo resuelto á ser otro, siquiera por unos meses, pero me encontré con ese diablillo de Pachita y nos volvimos á arreglar; y como es tan celosa y tan mona, he perdido mucho tiempo. Resueltamente, me quedo hasta Diciembre, tengo muchos *corrales*, saqué tiempo indefinido, y le tengo mucho miedo á Chacón, ¡con que ya ves, no tengo salida!

Los dos amigos charlaron largamente, mientras discurrían por las calles sin objeto ni rumbo fijo, pues no trataban más que de vagar hasta la hora de comer. Cuando se encontraban con una chica guapa, el incorregible Patillitas no dejaba de decirle galanterías más ó menos sosas, pero que él creía de mucho efecto.

El repertorio de esas galanterías era muy escaso y de poca variedad. La mayor parte de éstas consistía en alguna exclamación de este jaez: «¡Ay, qué linda! ¡Qué primor!» De vez en cuando se aventuraba Patillitas en el escabroso campo de las comparaciones y alusiones, y decía á su compañero, pero demostrando en sus miradas y movimientos que se dirigía á la joven:

—Y luego dicen que no hay ángeles en la tierra; mira tú, ¡qué raro! una estrella al mediodía.—Prodigaba hasta la saciedad un dicho que le había aprendido á un alumno del Colegio Militar:—¡Ay! ¡Si así fueran los diablos que me llevaran!

Pacotillas unas veces se impacientaba, y otras se divertía con los piropos que su camarada dirigía á las

chicas, pues trataba á toda costa de estar de buen humor.

Después de errar por muchas calles, halláronse los dos amigos, á eso de las doce y media, en pleno portal de Mercaderes, concurridísimo á esa hora. Bullía en él un compacto hormiguero humano de lo más abigarrado y pintoresco; chiquillos, caprichosamente vestidos, se estacionaban frente á los puestos de juguetes, devorándolos con los ojos; mientras el complaciente papá ó la inquieta y cuidadosa mamá, elegían para los *bebés*, ya el wagón de hoja de lata, ya el globo de goma, ya la pelota de coloridos gajos. Los mercilleros dificultaban el tránsito metiendo por los ojos del transeunte, ora el haz de bastones, ora la cadena de similor, ora la joya falsa; oíase el incesante y chillón vocear de los muchachos que venden periódicos, que, como retozón y bullicioso enjambre, corrían de aquí para allá ó acudían á la alacena de su general Martínez, que, tratando á todos de niños, ostentaba su grueso busto tras de enormes trincheras de periódicos.

Los dos amigos pasaron delante de una cantina á la que entraban y salían diversas personas en apenas interrumpidas hileras; penetraron ellos también y, ocupando una mesa, pidió Patillitas un aperitivo, y Pacotillas, que no quería calentarse la cabeza, pidió un vermouth champaña.

En torno de las mesas del recinto formaban los concurrentes animados grupos; alrededor de una había cuatro alemanes, fornidos, serios, rubicundos, de rubia y muy abundante barba, que, fumando enormes pipas, vaciaban silenciosamente descomunales vasos de cerveza opalina y espumosa; bebían en otra mesa cinco caballeros de edad

provecta, de tez más que morena, y charlaban del modo más ruidoso sobre asuntos bélicos; en otra, tres rancheros hablaban de caballos, coleaderos y jaripeo. Además de los bebedores sentados, había siempre grupos de bebedores de pie, que, como aves de paso, se acercaban al mostrador, mordían el sandwich y apuraban la copa.

Los dependientes de la cantina desplegaban toda su actividad para satisfacer los pedidos de los numerosos sedientos. Uno de ellos, rubio, mocetón, con chapas de colores en las mejillas y un gorro colorado en la cabeza, francés al parecer, corría con celeridad de un extremo á otro del mostrador, sirviendo las copas, preparando los cokctails ó los aperitivos, echando una ojeada rápida sobre el billete ó moneda que le presentaban, y poniendo el *cambio* en el mostrador, después de cerrar de golpe el cajón.

Los estudiantes apuraban poco á poco sus bebidas. A pesar de ser mediodía, había poca luz en aquel sitio, cuya atmósfera estaba como manchada por el humo que los muchos fumadores vertían en ella sin cesar. Las miradas de Pacotillas vagaban de un lugar á otro, yendo con cierta pereza de unos á otros grupos. A través de la angosta puerta de entrada, cerrada por medias hojas de alambre, que instantáneamente se separaban para dar paso á los concurrentes, se veía como en término muy lejano una faja de la gran plaza bañada en viva luz; por los alambrados de las hojas se veían pasar, como movibles bultos, las muchas personas que en un sentido ó en otro pasaban por el portal.

Monótona y poco animada fué la conversación de los

dos amigos, la interrumpían largos intervalos de silencio, en los cuales su ánimo se distraía contemplando á lso que entraban ó salían, y oyendo los variados ruidos y rumores que henchían aquel recinto. Frases sueltas, exclamaciones estrepitosas, carcajadas sonoras, taconeo de gruesos calzados, el golpe incesante de las hojas de la puerta, el metálico son de las monedas lanzadas de plano sobre el mostrador, sacudían con oleadas de vibraciones la atmósfera de aquel local.

Pacotillas estaba en la situación particular del que espera algo, que se desea y se teme al mismo tiempo. Unas veces le parecía que el tiempo volaba, otras que se detenía ó caminaba con enervante lentitud; en algunos momentos creía que había llegado ya el que esperaba con tanta impaciencia, y que él se presentaba ante sus jueces, tan vacío de conocimientos como lleno de turbación; á veces le perseguían con la tenacidad de una obsesión los puntos más difíciles del curso, ciertas enfermedades le aterraban como si las fuera á padecer, algunas regiones del cuerpo parecían burlarse de su memoria, pintándose en ella con enmarañados y groseros contornos, con abultadas proporciones y límites confusos. Oía la charla de su amigo con la indiferencia con que se oye una lluvia monótona y las voces de los demás le hacían el efecto que el rumor de un colmenar.

En los ratos que estaba libre de aquella especie de obsesión, se entregaba á importunas y melancólicas reflexiones sobre las cosas y personas que veía. Aquellos hombres, unos enteramente ebrios, medio ebrios otros, le hacían pensar con tristeza en la estupidez que hay en el

fondo de lo que el hombre llama sus placeres; le confundía que mostraran tanto regocijo. Después, por una serie de ideas confusas y mal eslabonadas que por tortuosos rumbos tendían sus hilos, volvía inesperadamente á la idea fija de su examen en perspectiva.

De repente un ¿qué te parece? pronunciado enérgicamente por Patillitas, destrozó la sutil y aérea fábrica de las cavilaciones de Pacotillas. Su amigo le había estado refiriendo, con todos sus pelos y señales, uno de los episodios tan frecuentes en su vida de enamorado perpetuo; Pacotillas, que maldito el caso que había hecho de la relación, no pudo menos que decirle:

—No te oí, me distraje.

—¡Ah, sí! Estabas en babia; pero tienes razón, ¿quieres que ya nos vayamos á comer?

—Cuando quieras.

Patillitas, sacando un duro de la faltriquera, golpeó con el canto una de las cristalinas copas.

—¡Voy, señor!—contestó el mozo, que en ese momento pasaba corriendo hacia otra mesa, con una charola que sostenía ocho copas; sirviólas, volvió al lado de los estudiantes, tomó el duro, lanzólo al aire, imprimiéndole con el pulgar violento impulso, que produjo limpio y argentino son; dió lo *vuelto,* diciendo ¡gracias! cuando el galante Patillitas le dió la acostumbrada propina.

Sería la una cuando nuestros amigos, saliendo de la cantina, tomaron á la derecha y, deslizándose entre los numerosos grupos que embarazaban el paso, llegaron á la esquina de los dos portales.

La gran plaza ofrecía en aquellos momentos el aspecto

más animado. El día era tibio, hermoso y sereno, como son, por lo común, los del mes de Octubre; el sol bañaba con oblicuos rayos las aceras, reverberaba en él pavimento y producía reflejos metálicos en los rieles; sobre las altas paredes se distinguían anchas fajas de cielo, doble hilera de wagones resbalaba lentamente por las amplias curvas de los rieles, una se dirigía hacia la calle del Refugio, y la otra, que venía de la Monterilla, desembocaba en el gran recinto de la plaza. Los transeuntes, formando innumerables grupos, transitaban por aquel paraje; los empleados, con la alegría de los que han terminado pesadas labores, caminaban de bracero, charlando alegremente; las señoras, concluídas sus compras, salían de los cajones; algún caballero corría gritando y palmoteando para detener el wagón.

Los estudiantes, codeándose con el humano enjambre, tomaron la acera occidental de la calle de la Monterilla, donde llegaron al colmo la animación y el contento de Patillitas, para quien el aperitivo de la cantina lo había sido, más que del apetito, del buen humor y de la propensión á galantear.

En la acera que recorrían, protegida por ancha franja de sombra, abrían sus grandes puertas, y lucían sus lujosos escaparates, los muchos y bien surtidos cajones de ropa que abundan en esa calle; detrás de los largos mostradores afanábanse los dependientes para satisfacer la numerosa clientela femenina, jovencitas graciosas y engalanadas damas, ya de pie y apoyadas en el mostrador, ya ocupando sillas, examinaban las telas, comunicándose mútuamente sus impresiones.

En los aparadores, las telas dispuestas en vistosos tenlidos, exhibían sus varios colores, sus labores distintas y ıu diversa calidad; negras cifras, trazadas en cuadrados le cartón, añadían á tanto incentivo el estímulo de la ɔaratura. Nuevos grupos de pollas y señoras de edad se ormaban delante de los aparadores, comentando los pre;ios, encareciendo la clase, celebrando el color, y extenliendo el blanco y delgado índice, para señalar ya un ɔbjeto, ya otro.

Cada grupo era para Patillitas la ocasión de un alto nevitable, mezclábase con las personas del corrillo, y, fingiendo ver los objetos del escaparate, atisbaba los hermosos ojos de una muchacha, la bonita boca de otra, əl gallardo cuerpo de la de más acá, ó la tez sonrosada le la de más allá, dando apenas punto de reposo al fuego graneado de sus galanterías.

A pesar de los muchos altos, causados por el buen humor de Patillitas, los estudiantes recorrieron las dos calles de la Monterilla, y, torciendo á la derecha, halláronse en la triste y larga calle de San Agustín; tomaron la acera del sur, y, después de dar algunos pasos, penetraron al restaurant; atravesaron una puerta angosta de verdes persianas, que les dió paso á un gran salón con muchas mesas, le atravesaron oblicuamente y pasaron á una pieza más chica, ocupando una de las mesas que allí había.

Los comensales acababan sin duda de abandonarla, pues sobre el no muy limpio mantel se veían cortezas y migajas de pan y dos botellas con restos de pulque. No bien se habían sentado, cuando un mozo, fingiendo

extraordinaria diligencia, quitó las botellas, limpió el mantel, y puso sobre la ya despejada mesa un convoy, una concha de porcelana con rabanitos y rizados fragmentos de mantequilla y dos piezas de pan; después de lo cual dirigió á los dos nuevos parroquianos, aquella sacramental pregunta sobre el modo de servir los huevos.

Patillitas comió con mucho apetito; Pacotillas, que no se distinguía por su buen diente, y que, además, estaba preocupado, por su próximo examen, comió mal. No estuvo ocioso aquél durante la comida, pues no le faltó ocasión de ceder á sus impulsos de tenorio; en una mesa próxima comía una familia de payos, compuesta del papá, con modales y traje de ranchero, de la mamá, muy gorda y emperejilada, y de dos muchachas que, aunque vestidas con telas chillonas y de mal gusto, lucían caras bastante bonitas, muy frescas y de muy buen color. Patillitas no las dejó comer en paz, las tuvo en continuo jaque, disparándoles sin cesar las mortíferas ametralladoras que tenía por ojos.

Pacotillas no quiso tomar el sucio, insípido é inodoro líquido, que con harto descaro llaman allí el café; él sabía en dónde lo iba á tomar muy bueno. Salió, pues, con su amigo, vagaron por diversas calles, separándose al fin para volverse á ver á la hora del temido trance, no sin que Pacotillas le diera antes las gracias por la bondad con que lo había acompañado, por la longanimidad con que lo obsequió y por el empeño con que procuró distraerlo.

Tomó legítimo y agradable café en la más agradable compañía de Amalia, de la cual se separó media hora

antes de las cinco, despidiéndose de ella con un abrazo estrecho; y, con mesurados pasos, aire de preocupación y grave continente, se dirigió á la Escuela de Medicina. Caminaba lleno de inquietud, le parecía imposible que fuera á examinarse ya, y á salir de aquel horrible tercer año, que parecía haber sido la rémora de su carrera y porvenir.

Poco antes de las cinco llegó á la Escuela de Medicina; en el truncado ángulo de la fachada la gran puerta abría de par en par sus pesadas y gruesas hojas, adornadas con molduras complicadas y grandes clavos; cuatro coches, alineados delante de ella, esperaban á sus dueños; la reja de hierro, abierta de par en par también, daba paso al amplio, cuadrado y hermoso patio del edificio, circunscrito por vastos corredores; en el patio hervían animados é inquietos grupos de colegiales, que, formando ruidosos corrillos, comentaban el solemne acontecimiento que no tardaría en verificarse. Fácil era distinguir á los candidatos de ese día, por lo cepillado del traje, lo afeitado de la faz, lo peinado de la cabellera y lo preocupado y grave de su continente; fingían una serenidad y un desenfado que estaban lejos de sentir, estaban rodeados por una turba de amigos, que les hacían preguntas, les daban ánimo, ó les dirigían bromas, muy punzantes á veces.

A través del bullicio y animación de los grupos se notaba la solemnidad de aquel momento; los jóvenes sentían esa tensión de ánimo que produce la espera de un suceso importante; el austero edificio, de grandes corredores y amplia escalera, realzaba la solemnidad de

la situación. En el costado del oriente, dorado por los rayos del sol, el anfiteatro anatómico, como gigante doblegado, sostenía la pesada masa del observatorio, que levantaba muy por encima de la azotea su mole octagonal.

De repente se oyeron cinco golpes metálicos dados con lentitud. Era el reloj de Santo Domingo que daba las cinco, hora en que los exámenes debían comenzar. Momentos después oyóse, uno tras otro, el ruido de varios coches que se detenían, el golpe estrepitoso de las portezuelas violentamente cerradas, y se vieron entrar algunos personajes, que cruzaban los corredores con la grave aceleración propia de los médicos. Eran los examinadores, que se dirigían al cuarto del conserje á esperar que cada grupo se integrara; cuando así sucedía, los tres miembros de cada jurado se dirigían lentamente, seguidos de una parte de la turba estudiantil, al salón en que había de verificarse el examen correspondiente.

Media hora después el gran patio, tan concurrido, tan animado al dar las cinco, se hallaba casi desierto, cruzado apenas por uno que otro estudiante rezagado. La multitud se había repartido en los locales en que se celebraban los exámenes.

Dirijámonos al del tercer año. En una vasta gradería estaban sentados los estudiantes, que formaban el público espectador; en frente de la gradería, detrás de una gran mesa, instalábase el jurado, sobre la mesa se veían las terribles ánforas y la solemne campanilla; los tres candidatos se colocaban entre el público y los jueces.

Presidía el jurado de Pacotillas un anciano, notable

por su ciencia, su gran bondad y muy querido de los jóvenes, examinaba de Patología interna; á su derecha un profesor de edad madura, muy temido de los muchachos, examinaba de Anatomía topográfica; á la izquierda del anciano, tomaba asiento el sinodal de Patología externa, joven aún, y más bien amado que temido por los estudiantes.

El comenzó la réplica, y aunque versó sobre varios y difíciles puntos, Pacotillas contestó con serenidad, demostrando conocer bien el extenso y difícil ramo; algo menos afortunado estuvo con el sinodal de topográfica, el pobre muchacho se confundió un tantito al describir la región lateral del cuello; muy feliz estuvo con el venerable anciano que presidía, el cual le interrogó sobre ciertas enfermedades, comunes en los niños, como las fiebres eruptivas, el croup y el falso croup. Pacotillas se lució de veras, y aquella réplica trajo á su memoria el plácido albor de sus amores, cuando consumó su primer hazaña médica, atendiendo con tanta oportunidad como eficacia, á la malograda hermanita de Amalia.

Cuando el sabio anciano juzgó suficiente la réplica, sonó la campanilla con mano trémula, para indicar que el acto había terminado, y que el público debía retirarse mientras el jurado deliberaba.

La turba estudiantil salió del local, con el estrépito y bullicio que caracterizan todas sus acciones. Pasados algunos minutos volvió á sonar la campanilla, los candidatos entraròn solos; Pacotillas recogió la boleta que el secretario le alargaba, y en la que constaba el resultado, salió, y, oprimido por sus curiosos compañeros, que se

apiñaban en torno de él, alargando la cabeza para ver la boleta, se enteró de que había sido aprobado por unanimidad en las tres materias, alcanzando la calificación de tres muy bien en Anatomía topográfica, de dos perfectamente bien en Patología externa y de tres en interna. Sus compañeros acogieron con gritos de júbilo la noticia, le felicitaron con ruidosas manifestaciones, le dieron estrechos abrazos, oyéronse algunos gritos de ¡viva Pacotillas! y, casi en peso, le bajaron de la escalera.

Patillitas estaba radiante de júbilo, el triunfo de su amigo íntimo le llenaba de satisfacción y de orgullo como si fuera triunfo propio, le abrazó tres veces, levantándole en peso, no se cansaba de decirle:

—¡Caramba! ¡Qué *planchado* eres! te tengo envidia, quién se lo hubiera esperado, después de tantos contratiempos que has tenido, de las miserias que has pasado, de aquella pulmonía que por poco te lleva. Les has dado un bofetón sin mano á los envidiosos y habladores, que decían que eras un perdido y que ya no servías para nada. ¡Vaya, que tengo un gusto!...

Pasearon juntos un rato, comentando el fausto suceso; Pacotillas se despidió de él y se apresuró á llevar la buena nueva á su querida Amalia.. Esta había encendido un cabo de cera delante de su Virgencita de Guadalupe, le bastó oir los pasos de Paco para inferir el resultado feliz, salió á su encuentro, le recibió con los brazos abiertos, y las almas de aquellas interesantes criaturas gustaron el rato más dulce de todo aquel año de penalidades.

CAPÍTULO XII

¡Qué gusto me da volverte á ver!

En la mañana del siguiente día duraba aún, en el ánimo de Pacotillas, el estado lisonjero, producido por el feliz resultado del examen. Sentíase ligero como si tuviera alas, y tan satisfecho como si hubiera alcanzado un triunfo espléndido; la luz le parecía más radiante, las calles más concurridas, las gentes más alegres y animadas. Tenía delante de sí, como perspectiva deliciosa, tres meses de descanso, ó lo que es lo mismo de ventura, pues se iba á consagrar en cuerpo y alma al cariño de Amalia, sin penurias que le amargasen las horas, y sin estudios áridos y aburridos que abrumasen su ánimo.

Su única tarea obligatoria era el boletín diario de *El Independiente;* pero esa tarea no le parecía pesada y le placía mucho, pues le ponía en el caso de discutir los asuntos públicos y de contribuir, según creía él, á la felicidad de la patria sosteniendo nobles y progresistas ideales.

Su situación pecuniaria era buena. Don Marcos, fiel á su promesa, le abonaba con toda puntualidad veinte pesos semanarios, que, para personas de tan sencillos gustos, tan sobrias costumbres y tan arreglada vida como Amalia y él, bastaban y aun sobraban. Forjaba, pues, el feliz estudiante, mientras se encaminaba á la redacción, un programa halagüeño de inocentes diversiones y encanta-

dores paseos, en que Amalia y él emplearan las horas de ocio de aquellos tres meses de vacaciones.

Si la perspectiva próxima era halagüeña, la remota era casi deslumbradora; el año siguiente cursaría cuarto año, el otro quinto; terminaría sus estudios y obtendría aquel título tan deseado, que tantas veces llegó á creer inaccesible y cuya posesión anhelaba, con tanto más ahinco cuanto más había luchado por no perderlo de vista. Ahora caminaba en terreno firme, ya no había obstáculos en el camino, y para llegar al fin bastaría recorrer con perseverancia la parte que faltaba.

El porvenir no se le presentaba sombrío ni dificultoso; sino claro, plácido y fácil. Se recibiría, y nadie podría decir á qué altura llegara; tenía elementos de sobra para vencer en la lucha por la vida. Acariciado por tan risueñas ideas, llegó á la redacción; don Marcos le felicitó cordialmente, le dió buenos consejos, y robusteció con reflexiones sensatas el hermoso optimismo en que el estudiante se mecía. A trabajar, se dijo Pacotillas, y reanudó el hilo de aquellos boletines acres, en que censuraba el contrato celebrado por el Ministro.

Su pluma corría rápida sobre el papel, y su especial chasquido parecía un himno triunfal; alineábanse los renglones, llenábanse las cuartillas, la mano del estudiante se movía con agitación febril, y, en su fruncido entrecejo, se revelaba el profundo ensimismamiento de su espíritu. El acompasado sonido del péndulo, y hasta las toses sonoras de don Marcos, parecían excitar el activo cerebro del feliz boletinista.

A los tres cuartos de hora estaba acabado el boletín.

Don Marcos, dejando la correspondencia de Castelar, que le había entretenido mientras su boletinista escribía, examinó con mucha atención el nuevo editorial, ensalzándole hasta las nubes.

Pacotillas, terminada la tarea, conversó un rato con su jefe y se retiró. Le sobraba tiempo, nada tenía que hacer, y comenzó á experimentar esa especial sensación de vacío, que agobia á los espíritus activos, si falta repentinamente objeto á su acción. ¡Cosa rara! le hacía falta la constante preocupación, que la proximidad del examen producía en él los días anteriores, llenando su espíritu; no sabía qué hacer mientras llegaba la hora de comer, y su laxitud y sensación de vacío distaban muy poco del fastidio; las sonrosadas ideas de la mañana habían desaparecido, como bandada de aves asustadas por el mal tiempo.

Recorría casi triste la primera calle de Plateros, cuando sintió que una mano cariñosa le palmeaba repetidas veces el hombro, y que una voz muy conocida le decía con afectuosa entonación:

—¡Hola, queridísimo Paco!

Volvió la cabeza el interpelado, y vió la elegante figura, el atildado traje y la fea cara del Chango.

—¿Cómo te va, Chango?—le contestó con frialdad.

—¡Ingrato! ¿cómo puedes olvidar á tus antiguos condiscípulos? yo me acuerdo mucho de tí, y en prueba de ello, ya sé que te examinaste ayer, que sacaste muy buena calificación, por lo cual te felicito.

Y al expresarse así, hacía Robles ademanes elocuentes; Pacotillas le contestó con aquel aire distraído, que le hacía tan original.

—Mucho te agradezco lo pendiente que estás de mí.

—¡Qué genio, hombre! cada día más agreste, más insociable.

—Y tú cada vez más sociable y más urbano, — le contestó Paco con ironía.

—Ahora corres de mi cuenta, quieras que no, me perteneces, te cojo de leva, te plagio.

—No puedo, estoy ocupadísimo.

—¡Mentiroso! ¡qué ocupado has de estar! si estás en vacaciones; lo que hay es que no me quieres. No te admito la excusa; por lo pronto, vamos á casa de Moesser, para humedecer las fauces. Anda, vamos á echar una cana al aire, vamos á salar, como lo hacíamos en el colegio; dígolo por mí que sí tengo mucho que hacer, pero es tal el gusto que me da verte, que vuelvo á sentirme colegial.

Pacotillas nada contestó, y se dejó conducir pasivamente; le sorprendía el afecto que tan extemporaneamente le demostraba el Chango, el cual, desde que se había elevado á la categoría de gran señor, maldito el caso que hacía de los que habían sido sus condiscípulos; lejos de buscarlos, los esquivaba, como si temiera que le lanzaran crueles puyas, y le dijeran verdades amargas.

Aquí ha de haber gato encerrado, pensaba Pacotillas, sospechando que las zalamerías de Robles habían de relacionarse con los boletines del *Independiente*. Me quiere conquistar este cortesano, seguía pensando Pacotillas, dejémosle hacer, mostrémonos condescendientes, á ver de qué color sale ese gato.

Llegaron á la concurrida cantina, que ya comenzaba á verse muy favorecida por sus numerosos parroquianos;

sentáronse ante una mesita, algo apartada de la casi incesante corriente de los que entraban y salían, lo cual no era obstáculo para que la mayor parte de los consumidores saludasen cortés y afectuosamente á Robles.

Sentados ya, y, teniendo delante sendas copas de coñac, el Chango volvió á palmear la espalda de Téllez, y dirigiéndole una mirada cariñosa le dijo:

—Pues sí, queridísimo Pacotillas, si vieras cómo me aburre y fastidia la vida que llevo, y que, en malditísima hora escogí: siempre asediado por los pretendientes, recibiendo á todas horas recomendaciones, hablando con este y con el otro, y teniendo que ponerles buena cara, aunque me estén llevando los diablos; siempre observando al jefe y adivinándole el humor, ¡te digo que es un fastidio!...

—Bien te lo creo, dijo Pacotillas, y ya que tan arrepentido te muestras, supongo que renunciarás á esa vida y te reconciliarás con los libros.

—No, hombre, no tanto; ¡qué extremoso eres! Que yo reconozca los inconvenientes de mi condición, no quiere decir que la vaya á abandonar por otra; bastante filósofo eres para saber que el hombre se aburre en todas partes, y se queja de todo.

En este momento entraron cuatro personajes de sombrero de copa en la cabeza, cadena de oro en el chaleco, y puño del mismo precioso metal en el bastón. Se conocía á leguas que uno de ellos era de más *polendas* que los demás, pues taconeaba más recio, hablaba más alto, le cedían el paso sus compañeros, y hacía menos cumplidos que los que recibía.

Acercáronse los cuatro al mostrador, y el que parecía jefe del grupo, y que también era el más corpulento, apoyó el codo izquierdo en la lámina de zinc, que al dicho mostrador forra, y dijo, con recia voz y arrogantes ademanes:

—¡Muchacho! ¡nuestra cerveza! ¡pronto!

Momentos después el amarillento líquido, coronado por gruesa capa de espuma, estaba servido en grandes, altos y angostos vasos, que casi cubos de noria parecían. Cada consumidor tomó el suyo, lo chocó con el del jefe, y la cerveza pasó rápidamente del cristalino vaso al grueso abdomen de los bebedores.

El jefé tiró al mostrador un sobado billete, y mientras le daban lo *vuelto*, paseó sus miradas por el recinto, y de repente su fisonomía se animó, y dijo á sus compañeros:

—¡Diablo! ¡miren quien está ahí! ¡el queridísimo Robles, vamos á *cáerle!*

Entretanto le habían cambiado el billete, y así que se hubo guardado el dinero, se dirigió, seguido de sus amigos, hacia donde departían Robles y Téllez.

—¡Muy bien! señor secretario; ¡uno haciendo antesala, y su señoría muy quitado de la pena, haciendo las once!

—¡Oh, señor Gobernador! dijo Robles, poniéndose rápidamente en pie, saludó á todos, presentó á Pacotillas, invitó á los recién llegados á que se sentaran, arrimando él mismo banquillos próximos, después de lo cual les dijo:

—Ahora me hará usted el honor, lo mismo que los señores, de tomar una copa con nosotros.

—¿Por qué no, muchacho?— dijo el Gobernador, tirando á Robles cariñosamente de una oreja, — esa copa será la

multa que le *impóngamos* por la antesala que nos ha dado, y lo inútil que fué. ¡Qué diablo de Robles este! —añadió volviendo á tirarle de la oreja.

—¿De qué la toma, señor Gobernador?— le dijo Robles, ¿y los señores, qué desean?— agregó dirigiéndose á los interpelados.

—Tomamos cerveza, —dijo el Gobernador contestando por todos.

—¿Repetimos, Paco?— dijo á éste el Chango.

—Repetiremos, —contestó Paco friamente.

El señor Gobernador había acomodado ya su gruesa persona en el angosto banquillo; parecía un elefante sentado en un banco de piano, se limpió con un gran pañuelo el sudoroso rostro, y dijo á Robles en tono de cariñoso reproche:

—¡Roblitos! ¡Roblitos! no sea usted malo, despácheme ese negocio, ya me quiero volver á mi ínsula, figúrese no más que mis diputados me están discutiendo el presupuesto, y si no me voy me pueden hacer una *zacualtipana;* figúrese no más que hay en el congreso dos licenciaditos que me tienen frito, no me vayan á alborotar la gallera, no sea que me pierdan el miedo por andar yo por acá, y se me *insurjenten.*

—Pero señor, si no depende de mí, que si dependiera ya estaría despachado, el jefe lo tiene en estudio, y no acuerda todavía.

—Esa es música celestial, Roblitos; usted se disculpa con el jefe, el jefe le echa la culpa al Presidente, el Presidente al jefe, el jefe á usted, y sale un *batiboleo* de todos los diablos, y luego, *échele un pial á esa pulga.*

—De veras, señor, ya el asunto no está en mis manos, está en las del jefe.

—¡Qué jefe ni qué ojo de bala, Roblitos! si anoche hablé con él, y me dijo que estaba el asunto pendiente del acuerdo presidencial; anoche hablé también con el señor Presidente, y me dijo que no más se paraba por el Ministro, conque á ver qué charro me laza esa pulga.

El Gobernador calló un ratito, y mientras callaba se fijaba atentamente en Pacotillas. Después, como si cayera en la cuenta de algo que no había advertido, exclamó:

—¡Ah, vaya! entonces el señor ha de ser el que escribe en *El Independiente;* mucho gusto en conocerlo, pero la verdad no me gusta su periódico, ni me cuadran sus artículos.

—Lo siento, pero no tiene remedio,—contestó casi con grosería Pacotillas.

La cerveza había sido apurada entretanto, y el Gobernador, seguido de sus acólitos, se despidió, volviendo á recomendar á Robles el despacho de aquel negocio.

—¡Ya ves!—dijo el Chango, con tono entre desenfadado y lastimero, cuando volvió á quedar solo con su amigo;—esta es mi vida, no tengo un momento libre, los importunos me asedian, me acosan; ¡yo, que me proponía entregarme contigo á un rato de expansión y olvido, hablar de otra cosa que no fueran negocios, trámites, proyectos, Ministros, secciones, y demás jerga burocrática, que Dios confunda!...

Como para justificar los lamentos del Chango, dichas apenas estas palabras entró otro grupo de bebedores, que lo llenaron de cortesías, y luego otro, y luego otro más;

todos eran personajes del mundo político, quienes diputados, quienes concejales, no faltaban senadores y más bien abundaban que escaseaban los generales. Todos tenían ó podían tener más tarde asuntos en el ministerio en que el Chango era *factotum,* y les convenía tener grato á aquel muchacho que era, valga el mote, la *antepersona* del ministro.

Unos se contentaban con saludar al joven desde el lugar en que estaban sentados, hasta el asiento de Robles llegaban otros; quienes le ofrecían copas, quienes le hacían diversas preguntas ó bromeaban con él; por último, fué tal el aguacero de amigos y conocidos que cayó sobre Robles y tal la granizada de palmadas que resistieron sus espaldas, que, aburrido al fin, dijo á su amigo:

—Es imposible que esta gente nos deje hablar en paz, y yo que lo deseo tanto; quiero esplayarme contigo un rato, quiero hablar con un amigo antiguo, que no tiene negocios, que nada solicita, que nada me pide, y demostrarle que no me olvido de él, y que pienso en su porvenir más tal vez de lo que él se imagina. ¿Serías tan bueno que me acompañaras á casa? Comerás conmigo, conocerás á mi mujer; después de comer charlaremos largo y con toda libertad; te ofrezco un café delicioso, sazonado con un coñac exquisito.

—Mucho agradezco tu fineza,—le contestó Téllez, esforzándose en endulzar su acento, pues ya le empalagaba tanta miel como su antiguo compañero le echaba encima; —pero no puedo aceptar, porque me lo impiden varias atenciones.

—¡Desdeñoso y malo que eres conmigo!—dijo Robles;

—¡qué atenciones! ¡Ah! sí, acompañar á tu Amalia. ¿Y cómo está? Dispensa que no te haya preguntado antes por ella; pues mira, le enviamos un recado, avisándole que comes conmigo y *pax cristi*. ¡Vaya, hombre, te lo rogaré por nuestra antigua amistad!

Pacotillas cedió mal de su grado á tan urgentes súplicas, pues le había picado la curiosidad el empeño de su amigo, y quería saber adónde iría á parar Robles después de tanto mimo. Además, por muy filósofo y despreocupado que fuera, tenemos que decir, encargando mucha reserva, que quería ver de cerca el hogar y la familia de aquel singular tipo, pues sobre ello corrían en el público rumores picantes, capaces de dar curiosidad á una estatua.

Alcanzada la venia, sacó el Chango del bolsillo del chaleco una magnífica repetición, cuyo brillo deslumbrador atrajo involuntariamente las miradas de Pacotillas, que, para saber la hora, tenía por oráculo un pobre relojito de plata.

—Son las doce,—dijo Robles,—escribe el recado; yo me encargo de mandarlo con el primer conserje, mozo de oficios ó agente de la reservada con que tropiece; te aseguro que no andamos diez pasos sin encontrar un mercurio que lleve con rapidez la misiva.

Pusiéronse en pie tardando mucho en salir, tantos fueron los saludos que tuvo el Chango que hacer, y las recomendaciones y encargos que tuvo que escuchar.

Al llegar los dos amigos á la puerta de la calle, se detenía en frente de ella un coche de sitio con dos mujeres perdidas de nacionalidad española; una de ellas, aso-

mando medio cuerpo por la portezuela, dijo, dirigiéndose á Robles:

—Adió, moreno; ¿cuándo vaz á veme? ¡veraz con que sandunga te recibo! ¿eh, retrechero?

El Chango se pasó de largo sin hacer caso de las palabras de la mujer. Con todo y no ser grande el trecho, tardaron bastante en llegar á la plaza, pues en todo el camino tuvo Robles que irse deteniendo para recibir las salutaciones, las indicaciones, los cuchicheos, las palmaditas de tanto personaje con quien se encontró. ¡Válgame Dios! ¡y cuánto sonrió, y cuánto gesticuló, y cuánto prometió aquel lisonjeado Changuito! A esa hora las calles de Plateros estaban henchidas de damas paseadoras, de lagartijos ociosos y de políticos no menos desocupados.

Robles vivía en Santa María, tuvieron que esperar el wagón; no tardó en llegar, ni ellos tardaron mucho en tomar asiento en él. También allí tuvo el Chango que hacer y recibir saludos, que repartir sonrisas y ser objeto de las más finas atenciones; aunque le hubiesen cobrado veinte veces el pasaje nada habría gastado, pues hubieran surgido cuarenta personas dispuestas con la mejor voluntad del mundo á pagar por él.

A Pacotillas le tocaban de rechazo, por decirlo así y como por carambola, muchas de aquellas cortesías, pues como los transeuntes de la calle y los pasajeros del wagón notaban la intimidad con que Robles le hablaba, se imaginaban que Téllez había de ser un personaje de muchas *polendas*, aunque extrañaban no conocerle; de todos modos, allá va la genuflexión, pues más vale desperdiciar un saludo arrojándolo á un quidam, que incurrir en la

imperdonable distracción de no saludar á un magnate.

En los ratos que las atenciones y caravanas de sus muchos y amartelados amigos permitían al Changuito dirigir la palabra á Pacotillas, le decía:

—Conocerás mi casa, á ver si te agrada; siempre te he tenido por hombre de gusto delicadísimo; si le encuentras defectos, no la censures con demasiada acritud, pues es obra enteramente mía; la fabriqué desde los cimientos; ¡qué guerra me dieron esas plagas que se llaman ingenieros, arquitectos, maestros de obras, albañiles, sobrestantes, peones y traficantes en materiales de construcción! Que los planos, que los presupuestos, que lo de acá, que lo de allá, hasta que me aburrí y tomé yo mismo la superintendencia de la obra. En cuatro meses escasos puse la última piedra. En los bajos están las habitaciones, en la azotea tengo mi estudio; verás mi biblioteca, tengo una colección completa y magnífica de oradores ingleses y otra de economistas; te ofrezco la obra que más te guste, en el patio tengo un jardín, á mi entender bastante bueno, no tanto quizá como los que el clásico Delille se dignó celebrar en su poema. En fin, ya verás...

Un estrépito atronador y una trepidación espantosa cortaron la palabra al Chango; la gente apiñada en el wagón se agitó, como las ramas de un arbusto cuyo tronco sacudiera una mano vigorosa, las señoras lanzaron diversas exclamaciones de miedo, dos caballeros que iban de pie, asidos de las correas que del techo penden, perdieron el equilibrio con aquel sacudimiento inesperado, y amenazaron caer sobre dos señoras obesas, que lanzaron un ¡Jesús! ahogado.

El coche se había descarrilado con gran violencia; unos muchachos traviesos habían puesto sobre un riel un puñado de cerillos y una piedra sobre el otro. Las mulas que tiraban del tren eran briosas, y estaban ganosas de correr, pues las acababan de uncir; se espantaron con la detonación, echándose fuera de la vía con tal violencia que llevaron consigo al coche, siendo vanos cuantos esfuerzos hacía el cochero para dar garrote y para refrenar á los espantados animales.

Como Robles creía representar allí á la autoridad, una vez pasado el alboroto, fué á interpelar al cochero sobre el motivo del accidente; riñóle por su descuido, censuró la incuria de los gendarmes que no vigilan suficientemente á los granujas, y dió otras muestras de autoridad.

Fué preciso que bajaran todos los pasajeros, pues el coche por nada quería ponerse en la vía. Aun después de aligerar el vehículo, costó trabajo acomodarlo, y se perdieron en la operación más de diez minutos. Detrás del wagón descarrilado se habían ido deteniendo uno á uno hasta doce wagones, cuyos cocheros y empleados venían á prestar sus servicios para remediar el desperfecto.

Corregido éste, colocados de nuevo los pasajeros, siguió el coche su camino con mucha mayor rapidez, pues había que recobrar el tiempo perdido; entró al fin triunfalmente por las hermosas calles de Santa María, formadas por casas nuevas y pintorescas; al pasar por delante de una de ellas, el Chango se puso en pie, se asió con mano nerviosa de la correa de la campanilla, haciéndola repicar violentamente; escuchóse el agudo chirrido del garrote y

el estrépito del coche que se detenía, bajaron los antiguos condiscípulos, y Robles dijo:

—Estás á las puertas de tu casa.

Una hermosa reja de hierro daba entrada á la elegante mansión del Changuito., una *J.* y una *R.*, doradas y enlazadas caprichosamente, formaban el monograma del dueño de la casa. Pasada la reja se entraba á un zaguán con pavimento de mosaico, paredes decoradas con frescos pompeyanos, cielo raso, en cuyo centro estaba pintada una figura de mujer cuya mano derecha parecía asir y sostener el metálico tubo que se terminaba en la llave de gas, donde se posaba por las noches la lumínea mariposa que vertía sobre el zaguán su dorado esplendor.

El patio era, en efecto, un jardín, lástima que sus dimensiones fueran pequeñas, por lo demás era bastante bello; una calzada enarenada conducía á una glorieta central, en cuyo centro había una fuente con peces de color, y en la circunferencia cuatro bancos rústicos sombreados por frondosos y gentiles troenos; calzadas laterales y oblicuas, cuidadosamente enarenadas, dividían el suelo del patio en verdes y floridos islotes.

En la pared del fondo veíase, bajo elegante hornacina, una estatua de Minerva de blanquísimo yeso. A lo largo de las paredes laterales había dos amplios corredores que se elevaban cosa de un metro sobre el suelo del jardín, y á los cuales se subía por escalinatas laterales de mármol negro; sobre el barandal de aquéllos, en grandes y hermosos tiestos de porcelana azul y blanca, habia frondosas hortensias y raras y exquisitas begonias.

Robles hizo subir á su amigo por la escalinata de la

derecha. — Avisa á la señora, — dijo á un criado que, sombrero en mano, había salido á su encuentro; luego hizo penetrar á Pacotillas en un salón amplio y lujoso, diciéndole:

—Estás en tu choza, toma asiento, mientras llega el instante de que partamos el pan y la sal.

Pacotillas trató de sentarse en un sillón lujoso que estaba junto al sofá, mas Robles no lo permitió y le dijo:

—Déjate de cortedades, ya te dije que estás en tu casa, ahora eres el dueño.

Y le sentó en el sofá, colocándose él á su lado.

—No tarda mi costilla, ¿qué te pareció mi aborto de jardín, y qué te parece este conato de salón?

—Bastante hermoso el primero, y bastante lujoso el segundo, — dijo Pacotillas.

—Tú siempre sentencioso, — dijo Robles, golpeando el muslo de Pacotillas con la palma de la mano izquierda; — cúrate de esa manía, siquiera en las horas de charla.

En estos momentos abrió sus lujosas hojas de grandes y gruesos cristales, una puerta lateral, para dar paso á una dama esmirriada, desmejorada, trigueña, de aspecto enfermizo, que, cubierta con rica bata de seda, y con pasos graves y cara muy seria, se dirigió hacia los dos amigos.

Estos se habían puesto en pie. Robles tendió cariñosamente la mano á su consorte, pues no era otra la que había entrado y exclamó:

—¿Cómo te va, mi Rosita? Tengo el gusto de presentarte al señor don Francisco Téllez, aprovechado estudiante de Medicina, escritor público muy notable, joven de

gran talento é inmenso porvenir, y sobre todo muy buen amigo mío, y uno de mis condiscípulos más queridos.

—Servidor de usted, señora,—contestó Paco con serenidad, inclinándose cortésmente.

La dama, con aire soñoliento y ademanes desganados, hizo con la cabeza un leve saludo.

—Siéntate entre nosotros, mi Rosa pálida,—dijo Robles cariñosamente, alejándose al otro extremo del sofá;—te ruego que consideres á Paco como de la casa, dale conversación, pues él no peca de platicador.

La señora de Robles se sentó entre los dos amigos, notándose en todos sus movimientos una dejadez, y una indiferencia que la hacían parecer sonámbula.

—Está muy enferma, la pobrecita,—dijo Robles,—está como luego dicen pagando el noviciado; llevamos seis meses de casados, y ella cuatro de padecer; ¡pobre Rosita mía!—añadió con su voz más dulce.

—Así es la verdad, señor,—dijo la dama pronunciando muy lentamente las palabras;—por lo cual ruego á usted que me dispense.

—¡Cuánto lo siento, señora!—respondió gravemente Pacotillas;—mas supongo, y así lo deseo cordialmente, que no será cosa de gravedad.

—En efecto,—contestó Robles,—se trata simplemente de una anemia tenaz y de los accidentes nerviosos que, como sabes tú, la acompañan; hemos consultado á los facultativos de más nota, y todos están de acuerdo en este diagnóstico; mas esto no obsta para que mi muy querida y delicada prenda sufra de la manera más horrible.

—Juan dice la verdad, señor, —dijo ella con tanta languidez como si fuera á morirse; —si viera usted qué desvanecimientos tengo, qué descoyuntamiento siento en todo el cuerpo; no soy dueña de hacer el menor movimiento, porque se me nubla la vista, me zumban los oídos y siento que me enfrío; á todas horas se me va la cabeza, siento que me hundo y el corazón me palpita de un modo horroroso; y luego las punzadas: ya parece que me clavan un dardo en la cabeza, ya se me figura que me atraviesan el pecho de parte á parte, ya que me dan latigazos. En fin, señor, lo que yo padezco es indescriptible.

—Con toda mi alma compadezco á usted, señora, —contestó Pacotillas, —me imagino sin esfuerzo lo que usted debe sufrir; mas la ha de consolar que esos padecimientos tendrán término; pues con un plan tónico, alimentos sustanciosos y aire libre y puro, como el que usted respira en su deliciosa casa, no tardará usted en restablecerse, y yo así lo deseo.

—¡Ay, señor! ya estoy desesperada, no puede usted figurarse la gran cantidad de píldoras de fierro que he tomado, y los vinos medicinales y los amargos; y nada de aliviarme; el apetito perdido, el sueño otro tanto, y las fuerzas perdiéndose más cada vez.

—¡Pobrecita! ¡pobrecita! —dijo Robles; —ahora, Paquito, con permiso de mi muy querida consorte, te voy á ofrecer un trago de coñac para celebrar nuestro encuentro. Como te agradezco que hayas venido, —agregó poniéndose en pie, —¡qué gusto me da volverte á ver!

CAPÍTULO XIII

Comida, halagos y amenazas

Inmediata al lujoso sofá, donde se habían sentado el matrimonio Robles y su misántropo visitante, se alzaba, sobre metálico, reluciente y dorado pie, una mesita de fino mármol, en la que se posaban caprichosos objetos de lujo y fantasía. Era el principal de ellos una licorera de fino cristal dorado, en forma de locomotora; rodeábanla una docena de primorosas copitas, en la caldera de la locomotora, llenándola como hasta la mitad, brillaba con opalinos reflejos el coñac prometido.

Llenó el Chango una copa que puso en manos de su amigo, sirvióse otra él mismo, haciendo á su esposa una señal que significaba demanda respetuosa de permiso. Pacotillas, de pie, con la diminuta copa en la mano derecha, se inclinó gravemente ante la desmedrada dama, y al chocar su copa con la de su amigo, dijo, con el tono sentencioso que le era habitual y dirigiéndose á la señora:

—Porque usted recobre su interesante salud.

La dama inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, los amigos bebieron y se volvieron á sentar á uno y otro lado de la achacosa dueña de la casa.

El Chango estaba alegre y decidor, sus ojos brillaban de júbilo, rebosaba en toda su persona esa satisfacción que embriaga á los que se encumbran, y que llega al más alto grado cuando están en presencia de los que

fueron testigos de sus penurias. No se cansaba de hablar, con modestia aparente, pero reventando de vanidad, de los ricos objetos que llenaban su salón, so pretexto de enseñarlos, encarecía la suprema calidad de los unos, el exquisito gusto de los otros y el subido precio á que había adquirido casi todos.

No podía estar quieto, á cada momento dejaba su sitio, hacía á la esposa alguna caricia, sacudía reciamente el hombro de su compañero, le conducía á distintos puntos del salón para que contemplase de cerca los objetos más preciosos, hacíale tocar los tapices de Gobelinos, hacíale admirar las curiosas incrustaciones de un álbum, deteníale ante un grupo de bronce ó ante la singular carátula de un reloj.

El desarrapado estudiante de hacía dos años, el que no siempre comía á sus horas, el que casi nunca comía bien, el que dormía en desvencijados catres y habitaba en pobre cuarto, habíase trocado como por ensalmo en gran señor, en propietario, en personaje, en hombre de influjo; era el dueño de aquella hermosa casa, de aquellos lujosos muebles y de las innumerables chucherías que brillaban deslumbradoras sobre mesas y consolas.

El salón, aunque algo churrigueresco y recargado, ofrecía un aspecto majestuoso; el matiz oscuro de colgaduras y tapices amortiguaba los deslumbradores rayos de luz que inundaban el local. Con tanto lujo, hacían mezquino contraste el empolvado traje de Pacotillas y el aire marchito de la señora, la cual, entre tanto objeto brillante, producía el efecto de un insecto gris torpemente posado en rica flor.

—¡Cuánto siento que mi Rosita no esté bien! te tocaríamos una pieza á cuatro manos, para que conocieras la habilidad de mi prenda y las buenas voces de ese piano; para que siquiera juzgues de lo último, voy á permitirme darte una cencerrada.

Y diciendo y haciendo sentóse delante del piano, buscó en diversos papeles de música como si estuviera indeciso acerca de lo que ejecutaría; y, por último, se resolvió á tocar unas variaciones sobre temas de Marina, arregladas por el maestro Ituarte.

Resonó agradablemente el amplio recinto del salón, henchido de las sonoras notas que, del armonioso instrumento, sacaba con cierta habilidad el afortunado joven, que no quiso perder aquella oportunidad de que su amigo viese cuán dignamente poseía el lujoso piano, y cuán pronto había adquirido las habilidades que se estiman entre gentes de buen tono.

—Te felicito,—le dijo Pacotillas,—no sabía que fueras pianista, te guardaba el secreto.

—Sólo soy aprendiz, — contestó el Chango, fingiendo modestia; — como debes comprender, sólo he dedicado á este ejercicio los ratos que me sobran; mi mujer sí que es maestra, Chopín, Gottschalk, Schubert, Mendelssohn, son juguetes para ella.

En este momento un criado anunció que la mesa estaba puesta. Pacotillas se apresuró á ofrecer galantemente, el brazo á la dueña de la casa, que lo tomó con lánguidos movimientos; atravesaron el hermoso corredor, á cuyo extremo abría el comedor las grandes hojas de su elegante puerta.

Por más que Pacotillas se resistió, era tal el empeño de Robles en distinguirlo y honrarlo, que tuvo que consentir en ocupar el puesto de honor; la señora se sentó á su derecha y el dueño de la casa tomó asiento á la izquierda del bohemio. Dos criados servían la mesa, uno distribuía los manjares y el otro escanciaba los vinos.

Rosita estaba, por decirlo así, de cuerpo presente, pues no comía, ni bebía y apenas conversaba; los manjares que le estaban destinados eran sencillos y desabridos, como lo requería su delicado estado de salud, se redujeron á una sopa aguada, á una costilla de ternera y á dos huevos tibios; Pacotillas, sobrio como siempre, comía poco más que la señora; en cambio Robles comía por tres, é hizo honor á su buen apetito, enguyendo la sopa de tortuga, la de ostiones, chupando los espárragos, devorando el pescado, la langosta, la carne de ave y de res, que, en diversos y bien condimentados platillos, fué servida. Asimismo apuró con manifiesto deleite el sabroso Jerez, el delgado Sauterne y el exquisito Burdeos, que en su oportunidad fueron escanciados.

—Muy distante estarías de comer hoy conmigo,—dijo á Pacotillas, cuando engullía la sopa de tortuga.

—Es verdad; ayer comí con Patillitas.

—¿Y qué dice ese buen muchacho? Yo no sé qué les pasa á mis condiscípulos, sin duda me creen orgulloso y ensoberbecido con mi posición. ¡Cuánto se engañan! yo me acuerdo mucho de todos, y en medio de las comodidades que me rodean recuerdo con deleite nuestra vida de colegial; ¿por qué razón había de enorgullecerme? no es á la verdad mi mérito lo que me ha conducido

á esta situación, sino ciertas circunstancias favorables.

—Es natural que nos hayamos retirado de tí,—dijo Pacotillas,—tienes muchas ocupaciones; á nosotros no nos faltan, aunque de un carácter mucho más humilde.

Sobre este tema hablaron un rato más, mientras sirvieron los primeros platillos, mostrándose Robles, afectuoso y expansivo, y Pacotillas, serio, circunspecto y grave, aunque se esforzaba en manifestarse amable. Serían contadas las palabras que Rosita se dignó pronunciar, unas eran variantes sobre el tema de sus achaques, otras eran para preguntar algo á su marido, y otras eran la repetición del vocablo ¡gracias! para responder á las atenciones que Pacotillas le demostraba.

Una de las veces que más habló, fué para decir que le disgustaba el comedor, que le dolía la cabeza y le lastimaba la vista la luz roja que dominaba en él; pero éste, agregó, señalando con la vista á su marido, se empeñó en cubrir esos claros con cristales rojos; al principio también á mí me gustó la idea, y como no estaba yo tan mala, entonces pasó; pero ahora es uno de mis tormentos.

—Tienes mucha razón, prenda mía,—le contestó Robles con tono meloso;—la luz roja fatiga tu retina, y, excitando tu pobrecito cerebro, te causa la cefalalgia de que te quejas; pero todo lo vamos á remediar, voy á cerrar esos claros y los abriremos en la otra pared, que no recibe el sol de tarde.

A medida que los platillos iban siendo gustados y que se apuraban los vinos, la conversación de los dos amigos se hacía más ruidosa, haciendo Robles el principal gasto,

pues su convidado se limitaba á contestarle. Preguntó el anfitrión por muchos de sus condiscípulos, habló de los profesores, evocó diversos recuerdos de la vida escolar, y luego volvió á hablar de sí mismo, lamentando no haber seguido sus estudios; desenvolvió este tema un poco más de lo justo, hasta el grado que la displicente y puntillosa Rosita se dió por aludida, y haciendo un esfuerzo sobrehumano dijo:

—¡Cómo me puede ver que no estás contento con tu suerte! ¡me da sentimiento pensar que por mí cortaste tu carrera!

Al oir el Chango tan inesperado reproche se deshizo en excusas, en satisfacciones y en halagos; entró en explicaciones, hizo aclaraciones, habló de la voluble naturaleza humana que nos hace recordar con gusto lo pasado, aunque no haya valido la pena, y para cerrar con llave de oro su discurso recitó los conocidos versos de Jorge Manrique.

La señora quedó satisfecha, las frases de su marido, henchidas de lisonjas y piropos, curaron la leve herida de su quisquilloso amor propio. Pacotillas no se sentía bien, el anfitrión le era poco simpático, el lujo de la casa le hartaba, le fastidiaban los melindres de la señora y los halagos de Robles le empalagaban. ¿En qué parará toda esta farsa? se decía á menudo.

Oyóse de pronto una detonación sofocada, el criado había destapado una botella de Champaña y vertía el contenido en la ancha copa de Pacotillas, sirviendo después al amo de la casa. Los dos amigos chocaron las copas y bebieron.

Platicaron todavía un rato, después de lo cual, la achacosa Rosita pidió permiso para retirarse; le era imposible soportar por más tiempo aquella luz, que inundaba cada vez más el comedor; sólo en su recámara se sentía bien. Despidióse, pues, de Pacotillas con las frases que en tales casos dicta la cortesía, luego se despidió de su amable esposo, que le dijo mil ternezas, haciéndole discretas caricias.

Cuando quedaron solos los dos amigos, invitó Robles á Pacotillas á que pasaran al estudio á tomar el café, para que éste viera sus libros, admirara el panorama que desde allí se descubría, y ocuparan la tarde charlando de muchas cosas; pues aunque tengo mucho que hacer, agregaba, te quiero consagrar este día. ¡Que el jefe se fastidie!

Pacotillas accedió á todo, pues no podía hacer otra cosa; salieron de nuevo al corredor, y una elegante escalera los trasladó á la azotea, sobre la que se abría lo que llamaba Robles su estudio.

El panorama que se descubría desde allí era en efecto muy hermoso, y, de todo lo que había visto Pacotillas en la casa de su amigo, fué lo único que verdaderamente le deleitó: la gran ciudad se extendía hacia el oriente, lanzando al aire sus numerosas torres, ostentando por aquí y por allí espesuras de follaje; mas allá se distinguía la faja azul del lago, y en último término el gigante muro de la cordillera, coronado por la cima nevada de los volcanes.

El estudio del Chango se componía de dos piezas, primero había un saloncito profusamente adornado, pues la

vista del Chango no se hartaba de objetos hermosos, y los hacinaba en torno suyo. De allí se pasaba á la biblioteca, vasto salón cuyas paredes estaban cubiertas de rica estantería, hallándose los estantes repletos de tupidas hileras de libros soberbiamente empastados.

—Estamos en mi isla de Patmos,—dijo el Chango al entrar,—estas dos piezas son mi retiro, hasta aquí no llegan los ruidos del mundo, aquí vivo esa vida sin formas de la idea de que habla Becquer; si tú fueras más amable, consentirías en venir algunas tardes, no te faltarían libros; este estante contiene las obras maestras de la literatura moderna, aquí tienes una magnífica edición de Shakespeare, las obras completas de Byron, las de Milton, en fin, toda la poesía inglesa.

Conforme hablaba, el engreído poseedor de tantas y tan buenas cosas se acercaba con su amigo á los estantes, y ponía en manos de Pacotillas algún volumen, para que admirara el lujo de las pastas, lo esmerado de la impresión, y lo artístico de las ilustraciones.

—Aquí tienes la *Mesiada* de Klopstock, aquí las obras de Schiller, aquí las de Goethe; pero lo más completo y mejor que tengo es mi colección de autores franceses; mira, qué hermosa edición, consta de cuatrocientos volúmenes, y comprende desde Rabelais y Marot, hasta Gautier, Musset y Víctor Hugo; en ella te encuentras todo, ó á lo menos lo principal: Racine, Corneille, Molière, Boileau, Voiture, Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Lamartine.

Siguió el Changuito enseñando las obras más notables de su, en verdad, rica y selecta biblioteca. Pacotillas,

encantado con la vista de tantos y tan buenos libros, gozó por primera vez en todo el día, olvidó en casa de quien estaba, y dejó de pensar en los medios poco nobles que habían servido para acopiar aquel rico tesoro, que de todo lo que poseía su amigo era lo único de que él sentía carecer. ¡Qué grato le hubiera sido ser dueño de aquella biblioteca, cómo se engolfaría en la lectura, cómo se abismaría en el estudio, y cuánto enriquecería su espíritu con el diario comercio de aquellas obras escogidas!

Más de una hora duró la revista de aquellos libros. Pacotillas, dejándose llevar de su entusiasmo, se apartó por primera vez de la conducta que había observado todo el día; había acogido con frialdad cuantos primores le había enseñado su amigo, tratando de deslumbrarle, y cuando era preguntado sobre el mérito de los objetos, los elogiaba por mera cortesía. En esta vez tomó él la iniciativa, y no se contuvo en expresar el vivo entusiasmo que la biblioteca produjo en él.

—Contiene cinco mil volúmenes,—le dijo Robles contentísimo,—en números redondos, me costó diez mil pesos, fué una adquisición brillante que pude hacer, gracias á mi posición especial; me fueron remitidos directamente de París á precio de catálogo por un amigo que desempeñaba una comisión del ministerio.

—El café está servido,—dijo desde la puerta el criado que en la mesa escanció los vinos.

Los amigos pasaron al saloncito á tomarlo, y si Pacotillas hubiera estado dispuesto á admirar la fastuosa elegancia de su amigo, se hubiera extasiado sin duda ante

el magnífico juego de porcelana de Sevres, en que iban á tomar la oriental y aromática bebida.

Arrellanados en cómodas butacas, aspirando con deleite el humo de sus cigarros, tomaron los primeros sorbos. Robles, como lo había hecho en todo el día, fué el que rompió el silencio; pues su amigo, una vez fuera de la biblioteca, volvió á caer en su indiferencia; lanzando, pues, una gruesa bocanada de humo, dijo Robles:

—Ya podemos hablar con libertad, querido Paco; gocemos, si te parece bien, uno de aquellos ratos de expansión á que nos entregábamos tan á menudo, antes que las circunstancias de la vida nos separasen. Supondrás al verme tan confortablemente instalado, y al considerar que todos mis negocios me han salido á pedir de boca, que soy completamente feliz, que he llegado al colmo de la ventura humana y realizado el *summum bonum* de los moralistas antiguos.

En cierto modo sí, pues en poco más de un año he adquirido lo poco que poseo, y me parece que voy por buen camino. Mas ¡ay, amigo mío! ¿en qué cielo, por hermoso que sea, no hay nubes? No me quejo; quiero simplemente darte una prueba de amistad y de confianza diciéndote lo que me molesta, ya que te consta lo que me halaga. Mi esposa es muy buena, como lo habrás notado; pero sus continuas enfermedades, su frialdad, su carácter desdeñoso, y francamente, chico, hasta su figura no hacen agradable su compañía. Yo soy muy artista, mis sentidos son muy exigentes, quiero estar rodeado de objetos hermosos; con que ya te harás cargo.

Viene luego el capítulo de mis suegros: Don Librado,

aunque de apariencia bonachona, es insufrible para quien tiene que tratarle bajo el pie que yo. Cuando me casé se portó con verdadero esplendor, figúrate que como regalo de boda dió á mi mujer sesenta mil duros en efectivo; con esa suma fabriqué esta casa, y la amueblé del modo que has visto. Ya sé que los habladores se hacen cruces, por lo que llaman mi repentino enriquecimiento, y juzgan que lo que tengo lo he adquirido robando á la nación; ya te dije cuál fué el origen de mi fortuna, el más legítimo como ves.

Volviendo ahora á don Librado, el muy marrullero ha tratado de reembolsarse sus sesenta mil duros, utilizando mi influjo en el ministerio, y queriendo hacer por mi mediación fabulosos negocios; no me deja vivir, diariamente me acosa con pretensiones nuevas, algunas de las cuales rayan en lo absurdo.

Viene ahora mi suegra, y esto es lo más negro; la muy indecente vieja es finchadísima, presuntuosa hasta lo inverosímil; afirma en su vanidad que soy un ente, un ser salido de la nada, un gusano de la tierra; que sin Rosita nada valdría, y tiene la desvergüenza de hacérmelo entender así. Una vez me dijo:—Robles, cuide usted mucho á Rosita, es su mascota, le trajo á usted la buena suerte; el día que ella le falte, quien sabe si vuelva usted á las andadas.

Como yo soy tan guasón eché aquello á risa, pero me hirió en la dignidad. Para esa vieja condenada es un artículo de fe que su hijita es una prenda delicada y frágil, y que yo la he estropeado con mis brutales instintos de animal. Una vez, entre chanzas y veras, me dijo:—Oiga

usted, Robles: Rosita, aunque de contextura débil, había sido siempre de buena salud; me extraña que desde que se casó no haya podido tener día bueno; modérese usted, hombre... Tuve que moderarme en efecto, porque mis manos sintieron comezón de tratar á aquella vieja con la violencia y brutalidad que me atribuía.

Este largo discurso no lo dijo el Chango de un tirón, se interrumpía para tomar tragos de café, ó para hacer á Pacotillas preguntas incidentales, que éste contestaba con su laconismo habitual. Todavía se extendió algo más sobre sus cuitas caseras, y los defectos de sus suegros; y después, cambiando de tono, dijo:

—Ya te habré fastidiado hablándote de mí y de mis asuntos; ahora debes corresponder como buen amigo hablándome de tu situación.

—En muy pocas palabras te la puedo pintar: prosigo lentamente mi carrera, y con más ó menos dificultades y trabajo me gano el pan.

—¡Espartano! haces mal en no tenerme confianza, ¿cómo voy á creer que no apetezcas algo, que no quieras mejorar tu condición?

—No digo eso, apetezco muchas cosas, quisiera salir de pobre; pero me conformo con mi situación.

—¡Tonto que eres! yo puedo hacer mucho por tí, porque te quiero bien, y de buena gana te proporcionaría más de un medio para que tu condición mejore.

—Te agradezco mucho la buena voluntad, pero no encuentro modo de utilizarla.

—Mira, Paco, hablemos con franqueza; por más que te empeñes en asegurar que estás contento con tu situa-

ción, no lo puedo creer; lo que sucede es que eres muy orgulloso, que no quieres pedir nada á nadie, eso está muy bueno con los extraños; pero cuando yo, tu condiscípulo y amigo, me anticipo á tus deseos, y te hago ofrecimientos...

—Te los agradezco, y te ruego que respetes mi libertad de acción.

—¡Qué testarudo eres! Vaya, consiente por lo menos en esto, sepárate del *Independiente;* yo te ofrezco proporcionarte recursos para que fundes un periódico propio, que te produzca lo menos el doble de lo que don Marcos pueda darte; además te conseguiré una pensión para fomento de tus estudios, y si más quisieres, más se te puede conseguir.

—Pero si nada quiero; á don Marcos le debo consideraciones y no puedo ser inconsecuente con él, — dijo Paco, —al mismo tiempo que para sí decía:—ya pareció aquello.

—Eres atrozmente intransigente,—le dijo el Chango; —en fin, eres muy dueño de tu suerte, y no insisto mas; pero ahora te voy á pedir un favor, rogándote encarecidamente, en nombre de nuestra antigua amistad, que convengas en ello: no sigas tratando en los boletines la enojosa cuestión sobre que has estado escribiendo.

—Siento en el alma no complacerte, pues me he formado el propósito firme de estudiar ese asunto bajo todos sus aspectos.

—Eres más porfiado que un vizcaíno: ¿no comprendes que con eso me haces un perjuicio personal, y me expones á la maledicencia pública?

—No sé por qué, no he pronunciado tu nombre ni lo

pronunciaré jamás, ni eres tú el responsable de ese contrato.

—Pero no seas niño; aunque no me nombres, aunque legalmente no se trate de mí, sobre mí recae lo odioso del negocio.

—Odioso ó no el papel que hagas, no tengo yo la culpa; tú lo has elegido libremente. Tú obras y yo juzgo; los dos estamos en nuestro derecho.

—En resumen, Paco, si sigues escribiendo como hasta aquí me haces un perjuicio, me atacas.

—No es esa mi intención, ni creo que sea tal el resultado de mi proceder.

—Pues ya que me atacas me concederás el derecho de defenderme.

—Concedido,—le contestó Paco con frialdad.

—¿Y sabes que tengo muchos medios de hacerlo?

—Lo sé, y me tienen sin cuidado.

—Paco, tú me desprecias,—dijo el Chango con enojo.

—No, simplemente te contesto,—repuso Paco con frialdad.

—Por última vez, voy á hacer el resumen de la situación. Si consientes en separarte del *Independiente,* tendrás cuantas ventajas quieras y pueda yo proporcionarte; otro tanto sucederá si accedes, por lo menos, á no hablar más del contrato. ¿Admites?

—Ya dije que no,—contestó Pacotillas con dignidad.

—Bien, á mí se me hacía muy duro proceder contra un condiscípulo, á quien siempre he estimado por sus talentos y grandes esperanzas; por eso quise hablarte antes y darte pruebas de estimación, mas ya que te obs-

tinas, te anuncio que voy á perseguirte criminalmente.

—Gracias por el aviso.

—¿Ya reflexionaste que serás procesado, que irás á la cárcel, que saldrás sentenciado?

—Sí, de todo me hago cargo, y á todo estoy resuelto; ahora permíteme que te diga que agradezco la bondad y galantería con que me has tratado; pero como, según parece, te proponías inducirme á guardar silencio y á separarme del *Independiente;* y como yo jamás consentiré en nada de eso, juzgo inútil mi presencia aquí y, con tu permiso, me retiro.

Y el joven se puso en pie inmediatamente y salió; el Chango le siguió sin decir palabra, bajaron la escalera, atravesaron el corredor, Pacotillas recogió de la sala su sombrero, y al decir adiós á Robles, éste, conmovido involuntariamente con la dignidad de Pacotillas, le dijo:

—Reflexiona aún, Paco.

—No tengo que reflexionar; de lo que creo mi deber no me apartan ni las promesas ni las amenazas.

CAPÍTULO XIV

El golpe

El Chango se quedó furioso, había perdido el tiempo, habían sido en vano sus halagos, sus ofertas; todo lo había rechazado aquel necio orgulloso, que no poca importancia se iría dando en esos momentos. ¡Qué niño había sido él! ¡cómo si no conociera demasiado á aquel soberbio! en fin, valía más, obraría con más

tranquilidad; por él no había quedado, antes había agotado todos los medios de conciliación y se había excedido á sí mismo en bondad. Le había llevado á su casa, le había sentado á su mesa, le había mostrado todas sus grandezas, le había hecho confidencias íntimas: ¿qué más podía hacer por aquel fatuo? No trataba así á todo el mundo, sabía darse su lugar, quizá ni al mismo Ministro habría cumplimentado tanto como á aquel engreído; y todo ¿para qué? ¡válgame Dios!...

Tal era el tumulto de pensamientos que, al retirarse Pacotillas, hervía en la cabeza del Chango. Para distraerse fué á buscar á Rosita, y penetró al abrigadísimo recinto de la alcoba, en que, entre mil colgaduras y cortinajes, aquella delicada dama se ponía á cubierto del ruido, del aire y de la luz.

Estos tres emblemas de la vida estaban proscritos de aquella alcoba, gruesos tapices amortiguaban los pasos, cortinajes no menos gruesos se extendían delante de las puertas, oponiendo impenetrables muros al paso de la luz. Un gemido desgarrador acogió al Chango cuando penetró en aquel asilo inviolable, y oyó una voz lastimosa que decía:

—¡Por Dios, Juan! no andes tan recio, cierra bien esa vidriera, hazme favor de soltar aquella cortina. ¡Tengo unas punzadas horribles!

Rosita, que nunca había merecido menos ese nombre, estaba rebujada en un lecho suntuoso, hacía visajes y se apretaba la cabeza con las manos. Su esposo, cumpliendo las órdenes recibidas, y, andando de puntillas, se acercó á su cara mitad, diciéndole con melífluo tono:

—¿Con que estás muy mala, vida mía?

—¡Lo que á tí te importa! ¡me has dejado sola toda la tarde, por estar con ese antipático que trajiste á comer! ¡Qué hombre tan pesado! ¡qué importancia se da! ¿en dónde fuiste á coger semejante ente? vaya, te felicito por tus antiguas relaciones.

—¿Qué quieres, hijita? compromisos de la política; el jefe se empeñó en que lo atrajese yo por la buena á nuestro bando.

—Pues qué ¿es un príncipe disfrazado? pues se disfraza muy bien; pocas gentes he visto más pesadas, su compañía me acabó de quitar el apetito y me despertó esta punzada. Mira, Juan, hazme favor de no mezclarme en tus combinaciones políticas, ¿qué necesidad tenías de presentarme con él, ni de imponerme su insoportable compañía? si lo querías obsequiar, ¿por qué no te lo llevaste á una fonda, á un tívoli, ó á donde se te hubiera antojado? y no que lo trajiste aquí á que le hiciera el feo á todo; qué bien se conoce que ha vivido entre harapos y se ha hartado de mendrugos de pan. Ya viste, nada le parecía bueno, apenas se fijaba en las cosas; ¡ya se ve! ¡qué ha de saber de cosas buenas ese don petate! ¡Jesús, qué hombre tan chocante y tan ordinario! ¡qué melindres en la mesa y qué facha! ¡ya me moría de asco, Jesús, qué pies, qué corbata, qué cuello de la camisa, qué puños, asomando la camiseta sucia! tenía yo un coraje que apenas lo podía disimular, y luego, tú empeñado en que yo le platicara, no faltó sino que te *armaras* en que yo le tocara á ese don basura. Ya iba yo... no soy como tú, no les echo perlas á los cochinos. Qué bien decía

mamá... Con que mira, Juan, que sea ésta la primera y la última vez que traes á casa tipos así; si no te lo advierto eres capaz, mañana ó pasado, de venir con un limosnero, so pretexto de tus combinaciones políticas.

Aquel recio desahogo pareció influir favorablemente sobre las dolencias de la remilgosa dama; á medida que tronaba contra el ausente Paco su rostro se iba componiendo, dejaba de llevarse las manos á la cabeza y visiblemente mejoraba. El Chango, que le conocía bien el genio, procuró echar á risa aquella andanada y mimar á la quejosa; acercó una silla al lecho, y mientras ella hablaba, él la acariciaba.

—Tú no comprendes, primor mío, lo que es la política; era fuerza obrar así, te aseguro que yo tenía la misma repugnancia que tú; pero ya te dije que el Ministro así lo quiso.

—Pues de veras no comprendo, ¿es millonario ese mugriento, ó qué es, ¡vamos á ver!

—No, es pobrísimo; pero tiene mucho talento.

—¡Talento! ¡Qué barbaridad has dicho! —dijo Rosita, riéndose á carcajadas.—¡Vaya que me has puesto de buen humor! ¿qué talento va á tener ese, si apenas habla? juraría que no dijo dos cosas buenas. ¡Talento! si eso se conoce á leguas. Tú me quieres embobar, ¡cómo si no estuviera yo acostumbrada á tratar con personas de talento! allí está don Guillermo Prieto, que es muy amigo de papá, y ¡qué diferencia! cuando platica don Guillermo, las gentes están que ni en el teatro, conmueve, enternece, hace llorar: eso es tener talento; allí está Altamirano, que también es amigo de papá, ¡qué

modales tan distinguidos, qué conversación tan deliciosa! y tantos, y tantos otros más.

—Hay muchas clases de talento, reina mía; mi ex-condiscípulo no tiene el de la conversación, eso es todo; pero es muy instruído, tiene mucha penetración, muy buen criterio, juicio muy sólido y escribe bien. ¡Vaya! ¿con que te hizo muy mal efecto Pacotillas?

—¡Pacotillas! ¿Qué es eso?—preguntó Rosita con extremada curiosidad.

—El apodo de Téllez.

—¡Qué gracioso! ¡Pacotillas! ¡vaya un apodo bien puesto! Sí, Pacotillas y muy Pacotillas;—y se puso á reir, y se rió con tantas ganas que hasta las lágrimas se le salieron, agregando luego con gran burla:—¿Y qué merced le ibas tú á pedir á su *sacarreal,* el rey don Pacotillas?

—Que no nos siga molestando con su periódico.

—¿Y se dignó don Pacotillas I acceder á tu humilde petición?

—No.

—Pues me alegro, me alegro; tratar, como tú has tratado á ese, á las gentes insignificantes, es para que adquieran más humos; sigue trayendo á casa pelafustanes, pelagatos y desarrapados; yo no sé cómo dice papá que eres tan vivo, tan listo y que tratas á cada uno como merece. Te has lucido, hijo; anda, esta noche que venga papá le cuento la majadería que has hecho, para que te jale las orejas y se ría de tí quince días seguidos, como me voy á reir yo, ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! Y ahora ¿qué piensas hacer, para que don Pacotillas te perdone la vida y no te

vaya á matar con su talento? supongo que no pretenderás que vaya yo descalza y con la soga al cuello, á arrodillarme ante don mugre, para que revoque la fatal sentencia.

—No, Rosita, al contrario, se acabaron las contemplaciones; ahora duro con él, caro ha de pagar el mal rato que te dió y el desaire que me hizo; le voy á dar un susto como no lo habrá llevado en su perra vida.

—Harás muy bien; las gentes ordinarias é insignificantes necesitan esas lecciones, porque si no se nos suben á la cabeza; ¿adónde iríamos á parar con que un muerto de hambre cualquiera tuviera el derecho de atacar con artículos cochinos, como él, la reputación de las personas que valen? Aprende á papá, él no se andaba con contemplaciones ni con paños calientes y trataba á palos á la canalla.

Un rato más siguieron los ofendidos cónyuges haciendo cuartos al desgraciado Pacotillas y celebrando el susto que le iban á dar. El Chango ordenó que pusieran el coche, y subió á su estudio á preparar el golpe; llevóle el portero *El Independiente* del siguiente día, pues se repartia desde la víspera por la tarde; en el número que el Chango recibió, estaba el boletín que Pacotillas había escrito en la misma mañana. Leyó aquél con ansia el boletín, y cuando hubo terminado murmuró: — ¡Oh, oh! Ya le tengo cogido,—y señaló con lápiz tres pasajes del artículo.

A poco le avisaron que el coche estaba listo, dobló el periódico objeto de su saña, guardóle en la faltriquera, calóse el sombrero alto y salió con el aire de majestad y

garbo que á un potentado convenía. Subió al coche ordenando que le llevaran á una casa de la calle de Montealegre.

Por el camino maduraba el plan de ataque, nada más sencillo: entablaría contra Pacotillas acción criminal, acusándole de los delitos de difamación, de injuria y de calumnia, con la circunstancia agravante de haberse valido de la prensa el acusado. El último boletín le venía como de molde, pues había en él pasajes muy claros que de sobra fundaban la querella.

Cuando el coche pasaba por la Alameda, fué Robles afectuosamente saludado por un caballero; en el acto hizo detener el coche, haciendo señas al caballero aquel para que se acercase, éste se apresuró á obedecer y Robles dijo:

—¡Qué placer encontrarle, queridisímo licenciado! ¿No va de prisa?

—No,—contestó el preguntado,—paseaba simplemente; mas aunque fuera muy deprisa, tendría mucho placer en servir á usted.

—Entonces suba, acompáñeme á casa de Chávez, que traigo entre manos un asunto urgente.

El personaje que, al lado del dueño del lujoso coche, tomó asiento, era un licenciadito de negro y cepillado traje, de escasa, aunque bien peinada cabellera, de modales dulzarrones, de aire servicial, de frase melosa, de sonrisa perpetua, y de diáfanos lentes que le pellizcaban el nacimiento de la nariz. Apenas rayaba en los veinticinco años y ya ejercía el grave y espinoso cargo de agente del Ministerio público. Cuento parecía que aquel *personajito* delicado y fino, que por su contextura más

parecía hembra que varón, desempeñase el austero ministerio de representante de la ley, de guardián de la sociedad y el severo papel de acusador público; mas había que creerlo, pues lo era aunque no lo pareciera.

Es verdad que el licenciadito conocía al dedillo lo mismo el código penal que la complicada maraña de procedimientos en el ramo del mismo nombre; mas creemos que su cortesanía y lisonjeros modales contribuyeron tanto ó más que su ciencia, á que se le invistiese de un cargo tan grave; y que él desempeñaba tan á gusto de los jueces, como á disgusto de los procesados que tenían la desgracia de caer en sus manos.

Se pintaba solo para formular una acusación, para multiplicar los cargos, para torturar, torcer y exprimir las declaraciones de la causa, hasta sacarles, por muy secas que fueran, el zumo de una prueba en contra.

Ya comprenderá el lector el negocio que el Chango quería consultarle. El licenciadito iba á ser el hábil y ligero sabueso que el Chango, á fuer de buen cazador, destinaba á hacer presa en la culpabilidad del indefenso Pacotillas. ¡Pobre muchacho! No necesitaba, en verdad, de tanto aparato legal, ni de subterfugio tanto para ser sacrificado; mas á Robles le gustaban los golpes seguros y era más amigo de que sobraran palos que de que faltaran.

Ellos charla que charla, y el coche rueda que rueda, se encaminaban á la calle de Montealegre. El agente se mostraba muy satisfecho por la honra y aumento de reputación que le resultarían de ir en compañía de un personaje tan eximio y opulento como lo era Robles; como había aún bastante luz, se esforzaba el licenciadito en que

las gentes vieran cómo y con quién iba, como si, pensando en un refrán muy conocido, quisiese decir á los que lo saludaban: Para que sepan quien son, miren con quien voy.

También le venía como de molde, para elevarse y mejorar su condición, aquel asunto, casi confidencial, que el Chango le hacía la distinción de encomendarle. Iba á prestar un servicio al Ministro, iba á reducir al silencio y á castigar á un insolente, iba á ser el guardián de la sociedad, poniendo á cubierto de malignos ataques á los que administran sus intereses.

Algo había de valerle el mérito que iba á contraer, y aun algos: estaban próximas las elecciones para jueces, y el licenciadito, que ya había echado sus planes y tendido sus redes para presentarse como candidato, contaba con que el proceso que iba á abrirse le haría popular, consiguiendo así que su nombre saliera triunfante en los comicios próximos.

Llegaron, pues, á la opulenta casa de Montealegre, en que vivía Chávez, el diputado influyente, amigo y contemporáneo de don Marcos y abogado de mucha y buena clientela; entraron á las piezas en que éste despachaba, situadas en el piso bajo de la casa; la antesala se hallaba llena de gente que esperaba el momento de hablar con el famoso abogado; pero como Robles era de los que dan y no de los que reciben antesalas, atravesó sin ceremonia la pieza de espera y penetró en el despacho.

El licenciado, que en esos momentos conferenciaba con dos clientes, salió cariñosamente al encuentro de Robles, encareciendo lo grato de la sorpresa que recibía; saludó

al diminuto agente, tratándolo de compañerito, hízolos sentar, pidióles permiso para acabar brevemente el asunto que tenía entre manos, volvió con sus clientes; á quienes en pocos minutos despachó, sonó un timbre y ordenó al escribiente que acudió al llamado, que despidiese á los que en la antesala hubiera, pues ya no podía recibir á nadie; hecho todo lo cual, volvió al lado de Robles y su adlátere, y, ofreciéndoles cigarros, dijo:

—Estoy á sus órdenes, señor Robles; supongo que será muy grave el asunto que le trae, pues así lo indica la presencia del compañerito.

—Grave precisamente, nò; pero sí urgente, delicado y enojoso: se trata de acusar al boletinista del *Independiente*.

—¡Ah! ¡vaya! en eso había de parar ese asunto, no tenía otro remedio.

—El señor agente,—dijo Robles,—puede arreglar que se dé entrada inmediatamente al escrito, y que se abra luego el proceso; pero hemos querido consultar á usted sobre la forma que más convenga dar á este negocio.

Chávez había tomado una silla y acercádose á los otros; el agente con su melíflua y aflautada voz, dijo, después de dar una chupada al cigarrito:

—Como el señor compañero lo sabe perfectamente, se puede proceder de dos maneras: á petición de parte, ó de oficio; para lo primero es preciso que el señor Ministro, ó el señor Robles, su digno secretario, ó ambos á la vez, se constituyan acusadores; mas este camino me parece impropio, pues sobre las molestias que ocasionaría á personas de tanta importancia, sería muy enojoso, y daría

margen á que se creyera que los ilustres ofendidos obraban por odio ó deseo de venganza, de lo cual, en su altura y bien conocida nobleza de sentimientos, son incapaces; por otra parte, este proceder daría mucha importancia á ese desgraciado escritorzuelo. Procediendo de oficio no hay ninguno de estos inconvenientes: en este caso la misma ley es la que acusa, desaparecen las personalidades ofendidas, y es la sociedad misma, la que, por la voz y el órgano de su representante, reclama la averiguación de los hechos, y el condigno castigo del culpable, si lo hubiere.

—*A prima facies* me parece muy sensato el parecer del compañerito,—dijo Chávez,—¿traen ustedes consigo algún ejemplar del periódico?

—Aquí traigo el de mañana,—dijo Robles,—he señalado con lápiz los pasajes culminantes.

—¡Magnífico!—exclamó Chávez,—ya tenemos el cuerpo del delito, vamos á ver.

Hizo sonar el timbre para que trajeran luz, lo cual hizo el escribiente, el licenciado leyó con atención el documento periodístico, que tal tormenta iba á atraer sobre su autor. Fruncía el ceño al leerle, por momentos se detenía para meditar, ó movía cadenciosamente la cabeza, ó lanzaba guturales sonidos. Cuando se impuso bien de aquel boletín funesto, volvió á sentarse junto á sus amigos, y habló así:

—Tenía sobrada razón el compañerito; el delito que va á denunciarse, y cuyo cuerpo, ó *pieza de convicción*, como dicen los criminalistas franceses, es este boletín, puede considerarse bajo dos aspectos, que traen consigo

no poca diferencia en el procedimiento. En este artículo se zahiere, se difama, se calumnia é injuria á ciertas personas, que, aunque no se expresan en el boletín, es lo mismo que si se expresaran, pues se trata de un asunto del dominio público, de un contrato publicado en el *Diario Oficial*, comentado, analizado y discutido por la prensa, con esa libertad que nuestro Código fundamental garantiza, y de que ha abusado el escritor público á que nos referimos.

Hay, pues, delito que perseguir, pues se menoscaba la reputación de personas honorables y esto constituye la difamación; se les dirigen frases ofensivas, que las lastiman cruelmente y esto caracteriza la injuria; se les imputan delitos graves, que han estado lejos de cometer, como el de cohecho, peculado, traición á la patria, y otros, y esto constituye la calumnia.

Repito que no vale, ni puede valer, ni siquiera puede invocarse, la excepción de no nombrar personas, pues, como ya dije, no se trata de un hecho de carácter privado, ejecutado por particulares; sino de un acto público y solemne, conocido por todos hasta en sus menores detalles, y consumado por personas tan conocidas, visibles y notorias como el sol de mediodía. El delito es, pues, evidente, y para su comprobación basta y sobra con que el autor reconozca el escrito por suyo.

Esto por lo que toca á la sustancia del asunto, en cuanto á la forma, ó manera de proceder, me bastará con desarrollar un poco las sensatas opiniones del compañerito, á las que me adhiero completamente.

Hay, como ya expresé, los delitos de difamación, in-

juria y calumnia; hay ofensor y hay personas ofendidas; más estas personas á cuya reputación, garantizada por las leyes se ha atentado, infringiendo la ley penal, y cometiendo, por ende, delito, pueden ser consideradas de dos maneras distintas, y esto da lugar á las dos maneras de incoar el procedimiento á que el compañerito se refería.

Los ofendidos pueden considerarse como simples particulares, y, en tal concepto, á ellos y sólo á ellos toca acudir á los tribunales, en demanda de la reparación que les es debida; ellos tienen que constituirse parte, ellos tienen que entablar querella, y pedir el castigo del atentado de que fueron víctimas en su reputación y buen nombre.

Pero este procedimiento, perfectamente legítimo y de irreprochable legalidad, tiene los inconvenientes que con perfecta lucidez indicó el compañerito. Por fortuna queda otro camino más llano, más expedito, y hasta más adecuado al caso.

El señor Ministro no ha sido injuriado, difamado y calumniado en calidad de simple particular, sino como funcionario público; ha sido ofendido durante el ejercicio de sus funciones y con motivo de ellas: esto constituye un delito especial, previsto y castigado por el Código en artículo separado. Por tanto, cabe perfectamente la acusación de oficio; la voz fiscal debe elevarse impersonal, serena y desapasionada, para pedir la averiguación de los hechos, y el castigo del que infringió leyes expresas. Tal es mi parecer.

El abogado acabó su pesada disertación, causando gran

placer al Chango, cuyos ojitos brillaban, y llenando de complacencia al agente, que había visto aprobada su opinión, y que escuchó atentamente la prolongada arenga de Chávez, guardando en la memoria algunos puntos para cuando formulase la requisitoria. Habló en seguida para manifestar su buena disposición, y como el Chango encareciera la urgencia de proceder inmediatamente, se ofreció á presentar el escrito el siguiente día, á primera hora, á fin de que Pacotillas fuese citado en el mismo día, quedando reducido á prisión, tan luego como en la presencia judicial se declarase autor del artículo.

El Chango quiso que en el acto se redactara el escrito de acusación, pues no quería irse sino cuando todo quedara preparado. El agente se mostró conforme con ese deseo, pues, agregó, que haciéndose así, contaría con las luces de su respetable compañero.

Esto no era más que modestia suya, pues para lanzar una acusación no necesitaba las luces de nadie, ni eran muchas las que Chávez pudiera darle, pues no se dedicaba al ramo penal, sino al civil. Si se hubiera tratado de testamentos, sucesiones, contratos ú otros asuntos por el estilo, sí habría encontrado en Chávez un pozo de ciencia.

Lo que procedía, después de hablado lo que dicho queda, era entresacar las frases más malignas y envenenadas, para que sirvieran de base al proceso.

De seguro no pensó el mísero autor de aquel malhadado boletín, cuando tan contento lo escribió por la mañana, que sus frases, trazadas al correr de la pluma, iban á ser sometidas á tan malévola inquisición.

En el primer párrafo no se leyó cosa digna de mencionarse, era simplemente de enlace, que sólo servía para ligar este boletín con los anteriores.

El segundo párrafo comenzaba así: «Saltan á la vista, por lo que hemos analizado, la ignorancia y mala fe de los que han intervenido en este odioso contrato.»

—¡Ya pareció aquello!—exclamó el agente, frotándose las manos con regocijo;—en esa frase están la difamación y la injuria; eso sí salta á la vista. Me parece que se difama á un funcionario público, cuando se le llama torpe, y se le injuria, diciéndole hombre de mala fe; y no me digan que esto es traducir ó expresar un estado puramente psicológico mío, sino que es la interpretación recta de los hechos del acusado. No se burlarán, pues, de esta acusación, llamándola *psicología*, como lo acaban de hacer con el pedimento de un compañero mío muy respetable. Esto no es psicología, señores periodistas, es lógica. Pero vamos adelante, que aún ha de haber otras preciosidades.

Y con ojo avizor escudriñó el párrafo siguiente, en el cual, para desgracia de su autor, sorprendió este pasaje: «¿No es esto comprometer los intereses públicos? ¿no es sacrificar á nuestra querida y desventurada patria, y entregarla inerme á codiciosos y despiadados extranjeros?»

—¡Alto! ¡alto!—exclamó el diminuto agente, frotándose las manos con mayor gusto aún;—esto es más gordo que el premio de cincuenta mil pesos; no se puede calumniar con más claridad, no se puede imputar más formalmente un delito; me parece, ó mi criterio no vale una

cáscara de cacahuate, que entregar la patria á los extranjeros es traicionarla. Por tanto, el autor del artículo calumnia al señor Ministro, imputándole el grave delito de traición á la patria, y como el señor Ministro no hace más que autorizar un acuerdo presidencial, la misma imputación calumniosa se dirige al Presidente de la República. Me parece que si la voz fiscal no pide el castigo de tan atroz insulto, el Ministerio Público es una institución completamente inútil.

Largo rato más siguieron aquellas gentes cebándose en el editorial de Pacotillas, hallando en él monstruosas injurias, horrendas imputaciones, y difamaciones espantosas; siguieron dislocando las frases, exprimiéndoles el sentido, y viéndolas á través del dañado lente de su malévola intención; y con tan envenenados elementos forjaron, de pies á cabeza, un delito, cuyo cuerpo era el manoseado y disecado boletín.

El agente, listo como una ardilla y rápido como una locomotora, procedió, apenas se hubieron fijado los puntos, á redactar el escrito de acusación. Salió como todos los suyos, con más claridad que la luz meridiana, como decía un famoso orador mexicano, se veía la culpabilidad de Pacotillas iluminada por aquel escrito. En esos momentos el pobre boletinista, lleno de inquietudes y disgusto, merendaba en compañía de Amalia.

CAPÍTULO XV

El acusado

Fué por fin asestado con firmeza el bien preparado golpe: nuestro iluso boletinista, el quijotesco y sencillo escritor, hijo de honradísimo padre, y no menos honrado él mismo, fué procesado y encarcelado, y compareció ante prevenidos jueces para responder por los delitos de difamación, de injuria y de calumnia.

Con la sencilla entereza que le era habitual dió sus declaraciones, contestó sin arrogancia á las preguntas del juez instructor, reconoció por suyos los boletines que le traían tan á mal traer; agregando, no por disculparse, sino porque así era la verdad, que no había sido su ánimo injuriar á nadie, que se había limitado á ejercer el derecho de opinar sobre asuntos de interés público, que la ley concede á todos los ciudadanos.

Su inflexible acusador opuso á la excepción, invocada por el procesado, las razones que se dijeron en casa de Chávez. Estaba muy satisfecho, había encontrado el medio seguro de probar hasta la evidencia la culpabilidad de Pacotillas, poniendo de manifiesto las pérfidas y malévolas intenciones de éste. No había otro como él para descubrir recursos ingeniosos y pruebas tan notables.

El medio que, en esta vez, tuvo por infalible, fué pedir que citasen al insigne Robles, para que declarara sobre los puntos siguientes: primero, que con el procesado le había unido mucho tiempo la estrecha amistad que

nace en los colegios; segundo, que Robles había colmado al susodicho procesado de halagos, de atenciones, de consideraciones; tercero, que en el seno de la amistad, Robles había manifestado al acusado que aquellos boletines le ofendían; en consecuencia, decía el agente, el acusado no puede disculparse, diciendo que no tuvo intención de ofender, pues á sabiendas ofendía.

Accediendo el juez á lo pedido por el Ministerio Público, citó á Robles, el cual contestó por la afirmativa á las anteriores preguntas; se hizo comparecer al procesado para que declarase sobre las mismas, el cual, sin el menor embaje, confesó ser cierto todo lo que se había asegurado, agregando para ampliar su declaración que tuvo por interesadas las tales atenciones, por lo cual no les dió ninguna importancia; tanto más, cuanto que el señor Robles, después de halagarle, le amenazó, precisamente con lo que le estaba sucediendo; que no creyó digno de un escritor público ceder á halagos ó amenazas, ni creyó tampoco que el señor Robles se ofendiera, supuesto que lo dicho en el boletín no hablaba con el señor Robles, pues éste no desempeñaba más que un cargo confidencial y privado.

Mal iban, pues, los negocios de Pacotillas; el pobre muchacho, á modo de inofensiva mosca, se iba enredando, poco á poco, en la tupida telaraña de la ley. Ya había sido declarado formalmente preso, y era palpable la atmósfera de malevolencia que le rodeaba; llovían sobre su juez los recaditos, las recomendaciones, las instancias, para que aquel asunto caminara al desenlace que se quería.

El pobre juez, mal de su grado, eso sí, porque era muy recto, se veía obligado á ceder ante la fuerza de las circunstancias. Las elecciones se acercaban, él tenía mucha familia, su mujer era muy exigente y él la quería mucho. ¡Cómo exponerse, pues, á desagradar á los poderosos, á no ser reelecto, á privar á su mujer de joyas, á sus hijas de piano y á los *calaveroncitos* de sus hijos del dinero, que tanta falta hace á los mozos para enseñarse á hombres!

Por lo demás, el asunto no valía la pena; poniéndose en lo peor sería cuestión para el acusado de algunos meses de arresto, lo cual no es una gran desgracia; y en el caso de Pacotillas más bien se le haría un servicio condenándole, se le moderaría el carácter y se le proporcionaría una oportunidad de sufrir por sus ideas.

Tan fuertes razones movían al juez á complacer á los acusadores de Pacotillas; multiplicaba las comparecencias, prodigaba las diligencias fútiles; como que se trataba de instruir á toda costa un proceso voluminoso, para cerrarlo, como con llave de oro, con luminosa sentencia, que realzara la entereza del juez, su rectitud, su ferviente amor al orden y su celo por el buen nombre de las autoridades.

No cabe describir la ira de don Marcos cuando supo la infausta suerte de su querido boletinista. ¡Válgame Dios! ¡cómo le excitó, le exaltó y enloqueció la ingrata nueva! Si hubiera sabido que Castelar estaba mudo y paralítico, que don Carlos de Borbón se había coronado rey de México, que se había restablecido la Inquisición, que se habían erigido en México cien conventos de ambos sexos

y de todas las órdenes, y que tupidos enjambres de frailes henchían las calles, se habría irritado menos que al saber el atentado de que fué víctima su laborioso boletinista.

Apretó los puños, frunció el sombrío entrecejo, mesó la cabellera cana, clavó en su secretario miradas ígneas y penetrantes, invocó los manes de los mártires de la libertad, y fijó la mirada angustiada en los cuadros que decoraban el salón, como si demandara consejo á los héroes del progreso allí representados; repitió con balbuciente voz aquella pregunta, sacramental en tales casos: «¿Es posible, es posible?» después lanzó aquellas exclamaciones, que también son de rigor: «¡Qué abuso, qué escándalo, qué atropello!» moviendo la cabeza de un lado á otro, y desahogando de mil modos la ira que ardía en su pecho.

Se dejó caer á plomo sobre el sillón que frontero á la mesa había, tomó un plieguito de papel y con nerviosa mano escribió á su querido Paco un billete, en que le exhortaba á no dejarse abatir, y le ofrecía ir á verlo y ayudarlo en todo, haciendo por él lo que haría por un hijo, en caso de tenerlo; aclaración que don Marcos nunca excusaba.

Terminada la afectuosa misiva ordenó que la llevaran á su destino, se puso en pie nerviosamente, calóse el sombrero y salió, después de dar breves órdenes á sus empleados, para cumplir la triste comisión, que, por medio de tercera persona, le encargaba el prisionero: participar á la pobre Amalia aquella desgracia y darle los consuelos que fueran del caso.

Serían las cinco y media de la tarde; en un cielo despejado y puro brillaba, próximo á su ocaso, el amarillento sol de otoño, que tendía el denso haz de sus horizontales y tibios rayos, rozando oblicuamente las fachadas que ven al sur, y acariciándolas, más que hiriéndolas con su luz. Elegantes y rápidos coches, en que iban hermosas damas, recorrían, rumbo al paseo, las calles de San Francisco y Plateros, extraordinariamente animadas por el paso de innumerables transeuntes. Don Marcos, aturdido por sus propias ideas, recorría presuroso aquellas largas y animadas calles, sin ver nada y sin oir nada; más de cuatro veces dejó de saludar antiguos conocidos, más de diez renegó en su interior de los transeuntes que le estorbaban el paso, ó del coche ó tranvía que le obligaban á detenerse.

Al ver tanta, tan desocupada y satisfecha gente, pensaba para sí:—¡Oh, sociedad ociosa é indolente! ¡oh, tupido enjambre de almibarados paseadores, para quienes la vida es una fiesta y una diversión continua!

—¿Cómo pueden estos idiotas,—se preguntaba,—respirar tan á sus anchas y pavonearse tan alegremente, cuando no hay garantías individuales, cuando cualquiera, por la suspicacia de un poderoso, puede ser arrancado á su hogar y á sus afectos, despojado de su libertad y confinado en sombría cárcel, como lo ha sido ese muchacho infeliz?

La importuna oferta de un billete de la lotería, que, metiéndoselo por los ojos, le presentó la flaca y mugrienta mano de una vieja, interrumpió bruscamente el anterior monólogo, que iba tomando ya el gallardo corte de un

período ciceroniano.—¡Quita allá!—contestó don Marcos secamente, apartando con la suya pulcra, la sucia mano de la vieja; la cual no se dió por vencida y siguió por un rato á don Marcos, diciendo que el número era muy bonito, que el billete que le ofrecía era el último y exhortándole á no despreciar la buena suerte.

Las ideas de don Marcos, habituadas al molde de Castelar, le dictaban mentales frases y silenciosos, aunque muy elocuentes apóstrofes. ¿En dónde está el pueblo? se preguntaba: ¿no le emancipó la sangre de nuestros héroes, no le ilustró la inteligencia de nuestros pensadores, ni le animó ni le galvanizó la voz de nuestros tribunos? ¿En dónde está el pueblo parisiense de 93? ¿En dónde está siquiera el pueblo mexicano de 61?

Y el buen anciano, á influjo de su despecho, sentía renacer en su fatigado espíritu la llama democrática que ardió en él en sus verdes años y que habían apagado los fríos inviernos, y los desengaños más fríos aún. Alucinado por aquel repentino renacer de ideas muertas y de imágenes desvanecidas, figurósele que la descuidada, la fría é imbécil multitud que se codeaba con él, era la muchedumbre ardiente y apasionada que invade sitios reales, que huella lujosos pavimentos, que derriba tronos, quebranta cetros y decapita reyes. Figurósele que él con sus progresistas ideas, con su ardiente amor á la democracia, con su fogoso y tribunicio acento, caldeaba los ánimos populares y que, seguido por el pueblo indómito y omnipotente, iba á derribar la tiranía.

En este punto de su democrática ilusión penetró á la gran plaza. Las torres de Catedral, doradas por el sol

poniente, erguían sus morenas é imponentes masas; la cruz que las remata parecióle á don Marcos el emblema de los siglos medioevales en que el pueblo gemía avasallado, y no hallando venturas en la tierra levantaba la vista á la inmensidad; la maciza piedra que las forma antojósele emblema del régimen feudal, y pensó en las fuertes torres de la Bastilla, arrolladas, como si fueran de alfeñique, por el irresistible empuje del pueblo.

La gran plaza, en cuyo enorme recinto parecían condensarse, como en un foco, los fulgores de una tarde apacible, y en la que se amontonaban y repercutían los varios rumores de la gran ciudad, hirió con tal viveza los sentidos del viejo, que le volvió, mal de su grado, al sentimiento de la realidad; movió pausadamente la cabeza de un lado á otro, como lo hacen todos los que se desencantan, y dijo para sí: «Todo fué un sueño, estamos en México y no en París; no acaba el siglo XVIII entre colosal estruendo y deslumbrante gloria, sino que, entre lánguidos bostezos y lleno de cansancio y desilusión, se acerca á su fin el siglo XIX. No tenemos reyes, pero sí tiranía; la Bastilla cayó, pero siguen de pie las cárceles amenazando al pensamiento.»

Y al compás de sus tristes ideas moderó el paso, y cansado, como el decrépito siglo XIX, atravesó lentamente el jardín; luego penetró en la anchurosa y sucia calle de Meleros, recorrió después la de la Acequia, y consternado y lleno de tristeza, llegó á la calle de Jesús María, en una de cuyas casas y en aseada vivienda, Amalia y Pacotillas, á modo de enamoradas tórtolas, habían hecho su nido en los últimos meses.

La pobre muchacha presentía ya la desgracia que iba á herirla. El día anterior su amante había salido por la mañana muy contento y feliz, no fué á comer, mandó avisar que pasaba el día con un condiscípulo y antiguo amigo; al caer la tarde volvió muy preocupado y abatido, aunque procuró disimularlo; le contó que había comido con Robles, el cual se mostró muy amable con él, que vivía con mucho lujo, tratándose como un príncipe, que poseía una biblioteca magnífica, que la mujer de Robles le había parecido muy buena, aunque mal humorada y orgullosa.

Amalia, con la sagacidad de las mujeres que nos aman, notó, que á pesar de todo, sucedía algo muy grave y que amenazaba á Paco alguna gran calamidad; le interrogó repetidas veces, pero en vano; Pacotillas contestaba invariablemente que nada le había sucedido, como no fuera el haberse fastidiado mucho, pues le repugnaba la ostentación, y le habían cargado las ínfulas de su amigo y empalagado no poco sus excesivas y extemporáneas atenciones.

Ya no salió Pacotillas, Amalia le observaba incesantemente tratando de definir algo vago y alarmante que creía notar en él. Vióle tomar un libro, mas echó de ver que no leía, pues pasó más de un cuarto de hora sin que volteara la página. No cabía duda, algún pensamiento siniestro, alguna imagen negra pesaba en el ánimo de Paco; había tomado el libro para disimular su inquietud, y para no verse obligado á hablar.

Amalia no pudo contenerse ya, arrojó la labor que tenía en las manos, se abrazó al cuello de su amante, y, acari-

ciándole y besándole la frente, le dijo con tierna y suplicante voz:

—¿Qué tienes, vida mía? dímelo.

El joven clavó en ella sus grandes y oscuros ojos de melancólica mirada, y sonriendo y con tono completamente sereno le contestó:

—¡Vaya un empeño, alma mía! No tengo nada, absolutamente nada; —y devolviéndole las caricias, cerró de golpe el libro y se sentó muy pegadito á Amalia, y charló con ella largo rato.

Cenó sin apetito, mas lo atribuyó á que no le sentaron bien los muchos y muy condimentados manjares que le sirvió el Chango. La inquietud de Amalia se distrajo sin calmarse del todo, y renació al advertir que Paco no pudo dormir en toda la noche.

En la mañana del siguiente día le dijo Paco que probablemente no vendría á comer, que sólo lo esperara hasta la una, pues él tal vez comería con Santa-Anna.

—Te estás echando á perder,—le dijo Amalia,—ni ayer ni antier has comido conmigo.

—Te aseguro que si no vengo hoy, será porque me es enteramente imposible.

Amalia creyó notar cierta entonación extraña y cierto misterioso sentido en las palabras de su amante; le pareció que al despedirse de ella había en sus efusiones cariñosas la honda tristeza del que parte para un viaje largo, del que va á arrostrar un peligro, del que se aleja y no sabe cuándo volverá, si es que vuelve.

La joven quedó agobiada por el peso de tan tristes ideas. Al cabo de un rato se esforzó en disiparlas, se empeñó en

convencerse que todo era visión suya, invocando toda su reflexión para arraigar en ella tan consoladora creencia.

—¡Qué visionaria soy!—pensaba,—¿qué le puede pasar si es tan bueno, á nadie ofende, con nadie se mete, todos le quieren bien? la prueba es que hasta ese fastidioso Robles lo ha buscado, lo ha llevado á su casa, haciéndole muchos halagos y tratándole con mucha consideración.

Comió sin ganas, triste y aburrida, pasó como pudo la interminable tarde; ya empezaba á impacientarse y á alarmarse, cuando oyó que una mano discreta llamaba á la puerta. Fué á abrir, y estuvo á punto de desmayarse de susto cuando se le presentó la correcta, la cortés, la solemne figura de don Marcos.

Todos sus temores renacieron de un golpe; don Marcos nunca la visitaba, era claro que al presentarse en lugar de su amante le traía las más infaustas nuevas. Y en verdad el aspecto del buen señor no podía ser de peor agüero; su traje negro, su gran seriedad, su voz pausada y grave, sus solemnes ademanes le daban todo el aire de mensajero de calamidades.

El incorregible liberal estaba muy turbado, era poco á propósito para misivas cortesanas, para melosos tiquis miquis y para preámbulos rebuscados; se oponían á ello su carácter franco, su lenguaje rudo, su temperamento nervioso, su índole batalladora y hasta su pomposa elocuencia. Estaba, además, muy consternado, y, por más que lo hubiera querido evitar, mostraba el rostro compungido. Le enternecía la idea de hacer sufrir á Amalia con tan terrible nueva, que tal vez la heriría como el

rayo: ¿cómo se compondría para desempeñar airoso su comisión? ¿en qué términos anunciaría tan cruel noticia? le flaqueaban las piernas y se sentía incapaz de articular una sola palabra; si se tratara de interpelar á un ministro ó de acosar á un tirano con apóstrofes é invectivas, fluiría su palabra como un torrente; pero ¿quién sería capaz de atormentar á aquella palomita blanca? ¡Jesús! ¡qué compromiso!

—Buenas tardes, señor, —dijo Amalia contestando al saludo de don Marcos, —pase usted á su casa, ¿qué milagro es éste?

Don Marcos con visible turbación se sentó en un silloncito, Amalia en un confidente. Clavaba el viejo miradas de angustia en la muchacha, se sonaba, tosía, se agitaba en su asiento, denotando en todos sus movientos la indecisión del que no sabe cómo empezar, algo muy grave que tiene que decir. Por último se resolvió.

—¡Hija mía! conozco que voy á afligir á usted, pero es inevitable; no sé qué deplore más, si el lamentable suceso que le voy á comunicar, ó el dolor que, al saberlo, sufrirá usted. En fin, dejando preámbulos, ármese usted de todo su valor, para saber que nuestro querido Paco ha sido reducido á prisión esta mañana.

La pobre muchacha se inmutaba á medida que don Marcos iba hablando, cuando oyó la fatal nueva su blancura adquirió el tinte pálido de la azucena, alzó los ojos al cielo, y cruzando las manos en actitud patética, limitóse á exclamar:

—¡Ay, señor! ¡qué desgracia!

—Consuélese usted, hija mía, no será esto cosa de im-

portancia; á lo que alcanzo sólo tratan de intimidar á nuestro Paco y doblegarlo por el terror, ya que nada han conseguido por otros medios. Con su firmeza de carácter, con sus justas censuras, con sus muy fundadas razones, molestaba á esos magnates ensoberbecidos, que no contentos con sacrificar á su insaciable codicia los intereses de la nación, no dejan decir á nadie oste ni moste, y persiguen encarnizadamente al escritor valeroso que da á conocer los abusos y los condena como merecen.

Por más que Amalia procuraba dominar su pena, fué más fuerte que ella; dos lágrimas cristalinas rodaron por sus blancas mejillas, los sollozos la ahogaban, y con voz entrecortada por el llanto exclamó:

—Pero ¿cómo es posible, señor? ¿cómo él no me dijo nada?

—Por no afligir á usted, hija mía, pero el golpe se venía preparando desde hace algunos días; yo advertí varias veces á Téllez que tuviera mucho cuidado, que no fuera á comprometerse; pero él no quiso hacer caso de mis prudentes advertencias.

—Pero, señor, —dijo Amalia reprimiendo el llanto,— si ayer mismo comió con el señor Robles, que fué su compañero, le hizo muchos ofrecimientos y lo trató con mucho cariño.

—Pues precisamente de allí viene el golpe, hija mía; esos ofrecimientos tenían por objeto doblegar la entereza de mi joven amigo, para que abandonara mi periódico; pero como él rechazó enérgicamente las indignas propuestas que se le hacían, el pérfido Robles, herido en su orgullo, tomó la inicua resolución de vengarse del pobre muchacho.

Amalia no pudo contenerse ya, rompió á llorar amargamente; don Marcos estaba de lo más afligido.

—Vamos, hija mía, cálmese usted, consuélese, no llore usted por Dios, no tratan más que de dar un susto á nuestro excelente Paco; aunque quisieran, no le pueden hacer gran cosa, viéndolo bien le hacen un servicio, pues realzan su justa fama y enaltecen su noble carácter. Vamos, niña, no llore usted, ya me va á hacer usted llorar á mí también, y un viejo llorando es muy ridículo. Vamos, niña, serénese usted, vea usted las cosas con calma, esto no puede pasar de algunos días, son gajes del oficio; si viera usted cuánto me han perseguido á mí, y en aquellos tiempos sí era grave la cosa; los tiranos de entonces eran unos tigres, muy capaces de fusilar á un periodista; hoy no, niñita, hoy todo es mezquino y ridículo, ya le digo á usted, esto no puede pasar de algunos días. Vamos, hija, consuélese usted, yo tengo muchos y muy buenos amigos, gracias á Dios no me falta dinero; de aquí me voy á buscar un buen abogado que se encargue de la defensa de Téllez, y que se ocupe desde luego en arreglar la libertad bajo fianza; yo depositaré la cantidad que pidan, y verá usted como antes de cuatro días ya le tenemos de vuelta, pero no llore usted más, ¡por Dios!

Y sonóse don Marcos estrepitosamente, tanto por disimular la pena que empezaba á dominarle, como porque sus párpados, humedeciéndose más de lo justo, vertían algún líquido en las cavidades nasales del buen viejo. Mas Amalia no se daba á partido, sino que sorda á las exhortaciones de su consolador, seguía llora que llora y gime que gime.

Aliviada al fin un poco con aquel llanto, dió las gracias á su interlocutor por sus bondades y consuelos, le exhortó á que no desamparase al pobre de Paco, agregando que ella quería verlo y consolarlo.

—Mañana mismo quedará cumplido tan justo deseo, por fortuna no lo incomunicaron; yo también anhelo ver á ese buen amigo, á ese intrépido muchacho, y si usted me lo permite tendré á mucha honra acompañarla.

Amalia aceptó gustosa la invitación, y después que hablaron un rato más sobre aquel triste y fecundo tema de lamentaciones y proyectos, marchóse don Marcos, y para desahogar su indignación profunda y su honda pena, buscó á varios amigos de su temple y de su tiempo, para charlar con ellos sobre aquel execrable abuso.

Volvió á maldecir estos mezquinos tiempos y á ensalzar los grandiosos y heroicos en que floreció su juventud lozana; volvió á deplorar la falta de garantías, volvió á lamentar que los ideales democráticos que el pueblo conquistara, prodigando su sangre generosa, desmostrando indomable brío y desplegando irresistible empuje, se viesen hoy postergados, pisoteados, befados y escarnecidos. «La libertad sucumbe, decía á menudo, y la sociedad con criminal indiferencia lo tolera.»

La nerviosa actividad de don Marcos no se conformó con charlar y decir jeremíacas lamentaciones; obró también, vió á dos abogados peritísimos, que se encargaron de buen grado de la defensa de Pacotillas, aunque declararon con franqueza que le veían mal cariz al negocio.

—No se canse usted, don Marcos, aquí no se trata de aclarar delito ninguno, pues no lo hay ni puede haberlo

en el recto é irreprochable proceder de ese buen muchacho, que antes que castigo merece premio; aquí de lo que se trata es de fastidiarlo y vejarle de cuantos modos sea posible, y desgraciadamente abundan los medios. Va usted á ver cómo nos niegan la libertad bajo fianza; como saben que usted estará dispuesto á depositar el dinero que como garantía se señale, no fijarán ninguna cantidad. En fin, nuestra obligación es hacer todo lo conducente por ese pobre muchacho.

Cerca de las nueve de la noche recogióse don Marcos, cenó de mala gana, y fué tanta su preocupación, que se le olvidó leer á Castelar; su sueño fué inquieto y agitado, soñó con fortalezas sombrías, con cárceles siniestras, con los plomos de Venecia, con las prisiones inquisitoriales. La imagen del prisionero de Chillón tomó en una de sus pesadillas la cara de su boletinista, se le figuró ver á Pacotillas confinado en un calabozo tallado en la roca y atado por gruesa cadena á un gran poste. En la siguiente pesadilla, más horrible aún, contempló al gacetero de Holanda, después creyó que este infeliz era él mismo, y despertó dando un grito pavoroso porque sintió que tres ratas enormes le roían los pies. Lanzó un suspiro de satisfacción al comprender que todo había sido un sueño, y, cambiando de postura en su cómodo y mullido lecho, trató de volverse á dormir.

CAPÍTULO XVI

Reyertas conyugales

Los vengativos planes del Chango se ponían en ejecución á las mil maravillas; en vano los abogados, encargados de la defensa de Pacotillas, pusieron en práctica cuantos medios les sugirió su buen deseo; nada pudieron conseguir; el juez, considerando que el procesado era un muchacho sin arraigo ni hogar constituído legítimamente, y sin profesión conocida, un vago y mal entretenido, no admitió garantía alguna, y negó terminantemente la libertad bajo fianza.

Robles se encontraba, pues, satisfecho en este respecto. Una tarde en que, después de saborear la suculenta comida diaria, había subido á su estudio á divagar un rato y tomar un café delicioso, y hojeaba diversos libros, fué interrumpido en sus cavilaciones por la inesperada visita de Torres.

Era éste aquel famoso gacetillero y cronista de *La Bandera del Progreso,* que á la sombra benéfica de Robles seguía la carrera periodística, haciendo no pocos negocitos que ya le iban creando una posición. Trataba al Chango con intimidad, le ayudaba en cuanto era preciso, y el opulento secretario del Ministro no tenía secretos para él. En el grave asunto de Pacotillas, Torres había sido encargado de diversas misiones de confianza, llevaba recaditos al agente y al juez, y era el intermedio entre Robles y los instrumentos de su venganza.

—Traigo grandes noticias, Juan,—dijo entrando de rondón en la pieza en que Robles gratamente divagaba.

—Ve desembuchándolas, — dijo Robles sin dejar el libro.

— Pero antes dame café y un trago de coñac.

— Puedes tomar ambas cosas, al alcance de tu mano están.

Torres sirvióse, ofreció cigarro al Chango, sentóse junto á él y dijo:

—De esta hecha quedas libre de Pacotillas, el asunto se va á arreglar por sí solo, tienes una suerte colosal.

—No te entiendo: ¿va el juez á sentenciar ya?

—¡Qué juez ni qué ocho cuartos! ¿No te digo que el asunto se va á arreglar por sí solo? ¿A qué no adivinas?

—No estoy de humor de descifrar charadas, he pasado un día muy desagradable; esta mañana me aburrieron horriblemente en el ministerio, no pude venir á comer hasta las dos. Aquí me encontré á Rosa con su perpetuo malhumor, su sempiterna jaqueca y sus reproches de costumbre; estuvo fastidiosa como nunca, tuve que hacer muchos esfuerzos para conservar mi sangre fría; conque anda, suelta tus noticias: veamos si son tales que maten la rata que me está royendo las entrañas.

—Pacotillas, como ya lo sabes, lleva días de estar enfermo; se creía que fuera una indisposición sin importancia, causada por su temperamento nervioso y por las molestias de la prisión; pero esta mañana la situación se ha aclarado, y ya se sabe de qué se trata.

—Dímelo, y no me cargues la paciencia, que estoy como agua para chocolate.

—Pues tiene tifo.

—¡No me lo digas!—exclamó el Chango, saltando en la butaca, arrojando el libro que tenía en la mano y descargando en la mesita un puñetazo tal que por poco vuelca la botella de coñac y hace trizas las tacitas de porcelana.

—Pues así es.

—¡Sólo esto me faltaba!—exclamó el Chango, poniéndose en pie y mesándose los cabellos con impaciencia; —siempre he creído que este maldito era mi mala sombra; desde el día que lo traje á comer mi mujer está inaguantable, el negocio de su prisión me ha causado indecibles disgustos; sólo me faltaba lo que acabas de decir para darme á todos los diablos.

—Ignor por qué te hace tan mal efecto la noticia, yo en tu lugar lo celebraría.

—No seas bruto, hombre,—dijo el Chango sentándose de nuevo, apurando con mano febril una copa de coñac, y haciendo violentos ademanes:—¿no ves que la grave é inesperada enfermedad, que le ha dado á ese infeliz, nos hace representar un papel muy odioso? Nos hemos resistido absolutamente á ponerle en libertad bajo fianza, no hemos hecho caso de la indisposición que le dió; ahora está de gravedad, y si muere, las gentes van á decir que nos hemos ensañado con un infelíz, que hemos procurado su muerte, y ¡qué sé yo cuántas cosas más!...

—Te pones en el peor caso: ¿por qué se ha de morir? Que está enfermo, pues mandarle al hospital, recomendando que se le cure con eficacia, y se le trate con mucha consideración; cuando se alivie, volverá á la cárcel,

y quedamos conformes y en el mismo estado que ayer.

—¿Y si se muere?

—¡Pst! lo entierran, ni modo que digan que lo envenenaste. La cárcel está en muy malas condiciones higiénicas, comienza la epidemia de todos los años. ¿Qué culpa tienes tú de eso, ni de que se haya contagiado, ni de que no pueda resistir la enfermedad?

El Chango se había quedado pensativo: le apenaba la enfermedad de Pacotillas, á quien sinceramente estimaba; al reducirle á prisión no se había propuesto más que intimidarle, para que no siguiera escribiendo; pero por nada del mundo hubiera querido que su antiguo condiscípulo sufriese algún mal de trascendencia. Después de un rato de silencio, dijo:

—No te puedes figurar lo que me contraría esta enfermedad de Pacotillas; pero después de todo tienes razón, no hay que apurarse más de lo justo, ni ponerse en el peor caso. De buena gana quisiera encontrar un medio honroso de terminar este asunto; en fin, lo pensaremos, ahora estoy de mal humor. Vamos á dar una paseada, hazme favor de decir que pongan el coche.

Salió Torres á cumplir el encargo de su amigo, volviendo al poco rato; le charló, le contó anécdotas picantes, procurando quitarle el aburrimiento. A poco el criado avisó que el coche estaba listo, Robles dijo á su amigo que bajara á esperarle, que él iba á ver en qué estado se encontraba su mujer.

Rosita estaba inaguantable; según decía, la punzada la había atormentado sin concederle descanso; recibió á su marido del peor modo, desdeñó sus mimos y caricias,

le llamó hipócrita y falso, que sólo iba á verla por cubrir las apariencias, y acabó por mandarlo á paseo.

— A paseo voy,—dijo el Chango para sí, mientras que con Rosita se fingía cariñoso y se quejaba de lo mal que había sido recibido.

—¿Cómo te he de recibir bien, cuando vienes por mera fórmula? ya vino ese Torres á sacarte de tus casillas, ¡vaya con tus amigos! y éste ¿tiene también mucho talento como el otro?

—Búrlate, búrlate, al cabo tu maridito todo lo recibe bien de tí; ya vuelvo, vida mía.

—¡Hipócrita! ¡falso! ¡meloso! gritó Rosita, dirigiéndose á su marido que salía.

Torres se había instalado ya en el coche, Robles ordenó al cochero que los llevase á Chapultepec, y se sentó junto á su amigo. Serían las cinco de la tarde, el tiempo estaba delicioso.

—¿Hubo pelotera?—dijo Torres.

—Como siempre, pero yo tengo mucha cachaza, firme como roca aguardo la embestida de mi mujer; mientras más áspera, yo más dulce; ¡ah, qué vida!—y rió forzadamente.

— Pues es claro, hombre, cachaza y más cachaza.

— Por cachaza no queda, lo malo es que Rosa me va conociendo el juego, mi situación es muy difícil.

— Pero tienes mucha habilidad.

—Esta tarde estás bruto como nunca. Bien sabes cuál es el caso: la pobre me quiere bastante, pero yo no la quiero, y apenas puedo soportarla; ella comienza á comprenderlo, porque las mujeres tienen para eso una sagaci-

dad endiablada, y mi desvío la hiere profundamente en su orgullo, que es colosal. A mí lo que me contraría más es el poco tiempo que llevamos de casados, y aunque el marrullero de don Librado ha triplicado, valiéndose de mi influjo, la suma que entregó á Rosa al casarse, no me parece oportuno ni decente romper tan pronto.

—Es verdad, pero dentro de dos ó tres meses podrás hacer lo que te parezca. ¿Por fin ganaste mucho en el arreglo de ese contrato que tiene en la cárcel á Pacotillas?

—No tanto como esperaba; sin embargo, he recogido unos cuarenta mil pesos.

—Pues entonces estás en buen caballo, al diablo los disgustillos, yo daría de barato el fastidio de cargar con una mujer peor que la tuya, por la mitad de tus ventajas. Ea, fuera el mal humor, yo me encargo de divertirte, te tengo preparada una sorpresa.

—Con tal que no sea como la del otro día, yo que esperaba una cosa buena, y tú que fuiste saliendo con aquel tipo; ¡vaya, hombre! ganas me dieron de apalearte.

—No, ahora sí es cosa buena; no te digo más para que tu sorpresa sea mayor.

—Corre las persianas, vamos á llegar al paseo y no estoy de humor de saludar á nadie.

Callaron un rato los dos amigos; el Chango estaba agitado por mil encontrados pensamientos, sentía una especie de hartazgo moral que le hacía verlo todo con indiferencia, y aun con disgusto; en el año escaso que llevaba de vivir como gran señor, se había lanzado como potro desbocado en pos de todos los deleites; estaba cansado, y sin embargo su inquieta naturaleza, su temperamento

especial, y su concupiscencia excesiva, le hincaban, como aguijón terrible, el deseo de sensaciones nuevas é intensas, de latigazos de placer que le sacudiesen.

El suave movimiento del coche le causó una especie de somnolencia, en cuyo fondo gris se destacaban dos siluetas: una torva y triste, la pálida figura de Pacotillas, su excelente condiscípulo á quien de veras quería; y otra sonrosada y halagüeña, la de una mujer desconocida, jamás vista, aunque siempre soñada por la sensual fantasía del Chango.

Torres era el encargado de organizar las escapatorias de aquel gran soñador joven, de procurar vivas impresiones á su sensualidad siempre exigente, de satisfacer los instintos plásticos de aquel artista de la carne. No siempre el servil amigo salía airoso de la difícil empresa, mas cuando conseguía aturdir gratamente al descontentadizo señor, ya podía contar con pingüe y valiosa recompensa.

— Si después de todo tendrá razón Pacotillas,—pensaba el Chango,—si él habrá sido el listo en la vida y yo el tonto. El ha sabido ser feliz en la miseria, y yo, nadando en la abundancia, siento una sed, un anhelo y una inquietud que nada calma; ¿quién sabe si Pacotillas en el calabozo, sufra menos que yo en mi palacio cursi? ¡Ea! ¡basta de tonteras! ¡que cada cual siga el impulso de su naturaleza! — y, sintiendo un calor sofocante y mucha gana de fumar, dijo á Torres:

— Abre las persianas.

Torres obedeció. Pasaban frente á Chapultepec, que se destacaba majestuoso sobre su pedestal de piedra, y ceñido por la áurea corona de los postreros rayos del sol.

Fumaron un cigarro, charlaron de varias cosas, mientras que el coche, que había entrado en el bosque, daba vueltas entre las hileras de corpulentos ahuehuetes. La tibia ola del buen humor inundó al Chango, sintió impulsos de bromear y dijo:

—¡Vaya que te luciste con tu Virginia! una muchacha flaca, trigueña, amanerada y mustia; con decirte que no se me podía quitar de la cabeza la idea de que era Rosa, á cada momento se me figuraba oirla gritar: ¡ay! ¡mi punzada! y verla hacer un visaje;—y el Chango se rió á carcajadas, pensando en la triste figura de su mujer, y en lo que se ponía en ridículo en ciertas circunstancias muy delicadas de la intimidad.

Torres se disculpó de aquel fracaso: él no tenía la culpa, le hicieron una pintura exagerada de aquella costeña, él no pudo comprobar la exactitud del retrato. No sucedería lo mismo con la amiga que iba á presentar á Robles esa noche, esa sí era de regalo, realizaba el ideal de un poeta, no romántico, por supuesto, sino poeta griego. ¡Vaya! podía servir de modelo á un artista del Renacimiento.

Entretanto, empezaba á oscurecer, una luz pálida parecía envolver el panorama en tenues gasas, soplaba un vientecillo fresco y movía cadenciosamente el heno de los ahuehuetes, la luna llena se levantaba sobre el horizonte, y parecía un gran escudo de cobre.

—Cuando quieras que vayamos á nuestra visita puedes mandarlo,—dijo Torres.

Robles dijo que luego; el coche regresó con rapidez rodando por la hermosa calzada de la Reforma; ya había oscurecido enteramente cuando llegaron á la Alameda.

Robles mandó detener el coche, bajaron él y su amigo, el amo ordenó al cochero que se volviese á la casa.

La luna proyectaba rayos oblicuos sobre el suelo y paredes, bañándolos en tintes fantásticos; hacia el norte se veía la Alameda como enorme y grueso cortinaje, por el oriente distinguíanse, hasta perderse de vista, las luces de San Francisco y Plateros.

Los amigos, después de dar algunos pasos para dar tiempo á que el cochero se alejase, tomaron un coche de sitio que los llevó á casa de la damisela, que los recibió con amabilidad. El Chango mandó traer botellas de champaña, y encargó al Hotel de Itúrbide el número competente de cenas.

La velada fué alegre, animada y ruidosa, la dueña de la casa hacía los honores con un desenfado encantador. Robles estaba muy contento, la damisela era suave como una caricia, blanca como la nieve, de cabellera rubia, fresca como un fruto maduro, de un buen humor inagotable, incitante, bulliciosa y embriagadora como el champaña que el Chango hacía servir con profusión.

A eso de las diez estaban cenando; la rubia alegre y decidora, Torres complaciente y el Chango ebrio, y no de regocijo; sentía una sed devoradora, y bebía y bebía; la damisela juzgó del caso no dejarle tomar ya, no bastó su blando influjo, y fué preciso que Torres interviniese. Pero Robles, poseído por el demonio irascible de la bebida, mandó á Torres á todos los diablos y siguió bebiendo.

La damisela meneaba la cabeza, demostrando pena é inquietud; el Chango estaba abotagado, más feo que de costumbre, con la ropa desarreglada, y se iba poniendo

muy necio; le obcecaban dos imágenes: una sombría, la de Pacotillas enfermo, moribundo quizá; la otra desagradable y cómica, la de su mujer, fea, flaca, huesuda, narigona y malhumorada. Para conjurar esta última y poco grata visión, tentaba las frescas carnes de la damisela, suaves como un algodón, y clavaba la vista en los grandes ojos, en la hermosa nariz, en la tez blanca, y en la provocativa boca de la alegre mujer, dándole hambrientos besos.

—Oye tú, me has de comprar unas dormilonas de brillantes, —le decía la Venus mercenaria.

—Te compraré hasta la custodia de Catedral.

—Oye, Robles, no se te olvide que quiero ser diputado, no dirás que no he hecho méritos.

—Sí, vendrás á la Cámara, pero ¿y si se muere Pacotillas?—exclamó Robles con voz balbuciente, y cara y ademanes de borracho.

La idea de Pacotillas le perseguía, le obcecaba, se apoderaba de su espíritu proyectando una imagen negra, que parecía la sombra de su regocijo.

—Si se muere lo entierras, —dijo Torres riéndose.

—No, si se muere te mato.

Y apoderándose del borracho terrible furia, descargó un puñetazo tremendo sobre su amigo.

—Juan, ya te empiezas á poner pesado, —dijo Torres.

Robles le descargó un nuevo puñetazo, la hermosa bacante intervino entonces, diciendo:

—Oye tú, no le pegues á ese, no es tambora, ¿qué es tu pariente ese Zoquillas?

—Es mi hermano, — contestó Robles, y se enterneció y se puso á llorar.

—No te pongas baboso, — dijo la mujer, — porque me voy.

—Tú no te vas, eres mi mujercita; si quieres nos casaremos luego, éste hará de padre.

Y se precipitó sobre ella comiéndosela á caricias, jugando con su cabello, y queriendo desabrocharle el vestido; ella se reía á carcajadas y se defendía.

Robles seguía bebiendo, su embriaguez se acentuaba cada vez más, se iba poniendo verdaderamente insoportable: ya mostraba una alegría estrepitosa, y canturreaba y se reía á carcajadas, ya parecía caer en profunda melancolía, ya le acometían furiosos ímpetus, en los cuales descargaba puñetazos, y decía palabras soeces. Como monótono estribillo, decía á Torres á cada momento:

—Oye tú, ¿y si se muere Pacotillas?

Otras veces se acordaba de su mujer y se burlaba de ella, poniéndose muy alegre por no tenerla delante, y por haberla sustituído con aquella Venus. Pacotillas, Rosita, la damisela y extrañas figuras licenciosas y lúbricas, se mezclaban confusamente en su cabeza, bailando una especie de danza macabra. De repente le acometió una especie de furor, descargó terrible puñetazo en la mesa, empuñó con furia un vaso, lanzándolo contra un espejo, que se hizo mil pedazos, esparciéndose como tupida granizada cristalinos fragmentos de todos tamaños.

—¡Ay!—gritó la rubia con su voz chillona,—éste está loco; te voy á amarrar.

—Aquí tengo dinero para pagarte ese vidrio; si se me

da la gana romperte esos espejitos que tienes en la cara, también tengo para pagártelos.

Y sacó, con mano trémula y torpe, una cartera con billetes de banco, presentándola á la rubia, y diciéndole:

—Toma, cóbrate el espejo.

—No seas *cargado,* guarda tu dinero.

—¡No quiero! ¡cogételo!

—¡Qué pesado! mira, si sigues haciendo tonterías, me caso con el señor Torres.

—No, porque lo mato,—dijo Robles tirando á su amigo otro bofetón, que éste eludió con agilidad.

Y siguió el Chango en su necia embriaguez, haciendo impertinencias de varios géneros, rompiendo los objetos que se le ocurría, quemando billetes de banco, dando á Torres bofetones, y haciendo á la rubia las propuestas más insensatas, como instalarla en la casa de Santa María y hacer que Rosita la sirviese de rodillas, quitándole los botines y besándole los pies.

La orgía se prolongó gran parte de la noche; á las siete de la mañana Torres y Robles salían de aquella casa.

El Chango había dormido pesadamente algunas horas, se sentía aturdido, muerto de cansancio y disgustado de sí mismo; estaba pálido, tenía los ojos inyectados, la boca seca y amarga, el estómago asqueado y las manos temblorosas.

—¡Vaya una noche estúpida!—le dijo á Torres,—soy un imbécil; esa noche de cerdo me cuesta seiscientos pesos, por el espejo cobraron trescientos.

—Te obstinaste en beber demasiado, yo no lo pasé tan mal; y ¿cómo sabes cuánto gastaste?

— Porque la suma que dije, la puse en la cartera ayer y no queda un solo billete; lo del espejo lo estoy debiendo.

—En la vela quemaste como seis billetes.

—¡Ah! pues quemé la mayor parte del dinero, porque estaba en billetes de cien y de cincuenta. La que se armará en mi casa ahora, aquélla estará hecha una fiera; es la primera vez que no voy á dormir.

—Yo hubiera querido llevarte, pero estabas incapaz; te hubieran visto en ese estado la señora, el portero y los criados; me pareció preferible que durmieras un rato y te refrescaras.

—Hiciste bien, y ahora ¿qué hacemos?

—Vamos á tomar un baño ruso, para que te compongas; después nos desayunaremos, y forjarás cualquier embuste para conformar á tu mujer.

—Por embustes no quedará, lo malo es que no me dará crédito. En fin, no tiene remedio, hagamos lo que dices.

El Chango estaba en extremo aburrido, le doblegaba el cansancio, le ardían los ojos y le flaqueaban las piernas; nunca la orgía le había parecido más repugnante ni más degradante el vicio; no conservaba más que un recuerdo confuso de los sucesos de la noche, y más que reales, le parecían soñados.

La idea de Pacotillas le perseguía sin cesar, involuntariamente se comparaba con él y se reconocía inferior, teniéndose por positivamente infortunado. Pacotillas tenía un hogar verdadero; él tenía un hogar de farsa, de aparato y de relumbrón. Pacotillas tenía una compañera que le llenaba el alma, y le apartaba de las degradaciones y

malos pasos; él tenía una mujer de apariencia, y por añadidura fea. ¡Si á lo menos fuese bella! Sentía la vergüenza del muchacho escapado, que regresa á la casa paterna encogido, y temiendo castigos y reprimendas. Su elevación había sido tan rápida que no tenía plena conciencia de ella, el estudiante desarrapado y desposeído sobrevivía en él y eclipsaba al propietario. Su grandeza le parecía un cuento, su opulenta casa más le parecía de su mujer que de él mismo; pensaba, pues, sobresaltado y confuso, en el mal recibimiento que la señora le haría.

El baño templó sus nervios, fortificó su cuerpo y calmó su ánimo. Daban las nueve cuando los dos amigos se desayunaban en la Concordia.

—No se me olvida Pacotillas,—dijo Robles;—si muere lo sentiré mucho; siempre le he querido, aunque me disgustaban sus alardes de independencia; su conducta le apartaba de mí, quizá porque era un reproche viviente de la mía. Mas á pesar de todo nunca desconocí sus grandes cualidades, ni sus méritos sólidos y positivos.

—No pienses en eso.

—Luego que nos separemos, me haces favor de ir á informarte minuciosamente del estado de Pacotillas; habla con el juez, con el agente, y sin darles á entender lo que me interesa Pacotillas, insinúales como creencia tuya, que la seria é inesperada complicación que se ha presentado puede disponerme á cejar. Hazlo con el mayor empeño, no me canso de recomendártelo.

—No tengas cuidado, y tú no olvides que me ofreciste ayudarme á salir diputado.

Al entrar Robles al zaguán de su casa vió con sorpresa

que, acompañado de una rubia encantadora, hablaba con el portero su antiguo condiscípulo Patillitas. El Chango se aproximó á ellos, saludó cortésmente á la joven á quien no conocía, contemplando con deleite la blancura de su tez, lo correcto de sus facciones, su esbelta cintura y su hermosa cabellera rubia; ella, sencillamente vestida mostraba timidez y encogimiento, y revelaba una tristeza profunda.

—¡Álvarez, qué milagro! ¿tú por tu casa?—dijo Robles, saludando afectuosamente á Patillitas y palmeándole el hombro.

El joven estaba turbado, la opulenta mansión del Chango le había inspirado una especie de respeto, temía ser mal recibido, despedido quizá. Animado por el cordial saludo y las cariñosas demostraciones de su antiguo compañero, se encorvó con gracia, sonrió con amabilidad y dijo con timidez:

—Temo que hayamos venido á molestarte. La señora es Amalia, la mujer de Téllez.

La joven inclinó la cabeza con mortificación, el Chango lanzó una exclamación de sorpresa. No conocía á Amalia; sabía, sí, la interesante y tierna historia de los amantes; había oído encarecer la belleza de la joven, encontrándola muy superior á los elogios; no se hartaba de verla, le encantaba su aspecto virginal, su aire modesto, su sencillez é ingenuidad. Se inclinó profundamente ante ella, diciendo:

—De ningún modo pueden ustedes molestarme, sírvanse pasar al salón.

Ordenó que abriesen éste, ofreció á Amalia el brazo, y

seguidos de Patillitas subieron la escalinata, que á la puerta de la sala conducía.

Patillitas estaba deslumbrado, y Amalia confusa, por el lujo del salón. Después que Robles sentó á Amalia en el extremo del sofá, diciendo á Álvarez que tomara asiento junto á la joven, y que él ocupó el sillón próximo á Amalia, dijo con la mayor amabilidad:

—Espero, señora, sus gratas órdenes.

En este momento se oyó en las vidrieras, que separaban la sala de la alcoba, el ruido causado por una persona que las agitara con enojo, pudiéndose distinguir también algunos gemidos sofocados. Robles se estremeció pensando en su mujer; cuando vió á Amalia quedó deslumbrado por la belleza de ésta, y se llenó de confusión adivinando el asunto á qué iba; se olvidó pues de su mujer, y no advirtió que ésta sospecharía, que llegaba de la calle dando el brazo á una desconocida.

Amalia quiso hablar, pero los sollozos no la dejaban articular palabra, las lágrimas corrieron por sus mejillas, y se cubrió el rostro con el pañuelo. Patillitas, aunque no poco turbado, se apresuró á acudir en su auxilio, diciendo:

—Está llena de dolor la pobre, anoche yo mismo le fuí á llevar una horrible noticia, que Pacotillas tiene tifo; ha querido venir á verte, pero tal ha sido su dolor, que no sé cómo ha podido llegar.

—Sí, hay razón para ello, —dijo Robles, —yo también tuve esa triste noticia ayer tarde, y me ha afectado mucho; ni un momento he dejado de pensar en el modo de que sea más llevadera esta calamidad para nuestro

pobre amigo. Supongo que á tan triste causa debo la honra que ustedes me hacen, tomando posesión de su casa.

—Sí, señor,—dijo Amalia entre sollozos.

—No se aflija usted, señora; nada es más fácil de arreglar; que Alvarez inmediatamente que deje á usted en su casa, vaya á ver al defensor de Téllez, para que en el acto vuelva á solicitar la libertad bajo fianza. Que vea también al juez instructor, con una tarjeta mía en que le suplicaré que conceda la libertad luego que sea pedida. Tranquilícese usted, señora, puedo ofrecerle que hoy mismo quedará Téllez en libertad.

—¡Ay, señor! ¡Qué bueno es usted!

—Ruego á usted, señora, que de ningún modo crea que en este desgraciado negocio haya procedido yo por odio á Francisco; lejos de odiarle, ó siquiera de tenerle mala voluntad, le quiero como á un condiscípulo, y lo estimo como lo merecen sus grandes prendas, que soy el primero en reconocer. Pero ¡qué quiere usted! la política es inexorable, arma al hermano contra el hermano y al padre contra el hijo; yo le empeño á usted mi palabra de honor, que muy á pesar mío procedí contra tan querido amigo, y que antes de dar tan duro paso le rogué que no me atacara.

En este momento las vidrieras de la recámara volvieron á ser violentamente agitadas, y á escucharse sofocados gemidos. Amalia demostraba profunda aflicción, y á menudo se enjugaba los ojos. Patillitas se sobaba las ralas barbas y contemplaba embobado los varios objetos del salón. Robles sacó una lujosa cartera de piel de víbora

y con febril mano trazó algunas líneas en una tarjeta, que entregó luego á Álvarez, diciendo:

—Toma la tarjeta para el juez.

—¿Y crees?...

—Sí, no tengan ustedes cuidado, hoy mismo estará Paco en su casa. Crea usted, señora, que participo de su pesar y que tendré mucho gusto de servirla en esta desgracia.

—Gracias, señor,—dijo Amalia enjugándose las lágrimas.

Siguió un momento de embarazoso silencio. Amalia dirigió á Patillitas una mirada tímida como si le dijera: ¿nos vamos? Este se puso en pie y dijo, tendiendo la mano á Robles:

—Sentiríamos haberte molestado; gracias por todo, nos vamos ya.

Amalia y Patillitas se despidieron, el Chango los acompañó hasta la puerta del zaguán, y al volver á la sala, vió en medio de ella, en postura de estatua y con el gesto de reina ultrajada, á Rosita, que con el brazo y el índice extendidos señalando la puerta, le dijo llena de cólera:

—¡Largo de aquí, canalla, miserable!

—¡Pero Rosita mía! ¿qué es eso?—exclamó el Chango, aproximándose cariñosamente á ella.

—¡Largo de aquí, repito!—dijo con más energía aún la encolerizada mujer, señalando siempre la puerta.

—Pero ¿qué tienes? ¿Qué te he hecho?

—Es usted un infame indigno; no le ha bastado pasar la noche en yo no sé qué inmundas orgías, sino que tiene el descaro de traer á mi propia casa, á mi salón, á la

indigna mujer que ha recogido en las basuras de las calles.

—Cálmate, mujer, si no sabes quién es; si es la mujer de Pacotillas.

—¡Ah! esa indecente, manceba, ¡linda disculpa! entonces, infame, por eso trajiste á comer á ese piojoso, y luego lo pusiste en la cárcel para estar á tus anchas con su concubina; con esa arrastrada pasarías la noche, y para coronar tu cochina obra la traes á mi casa del brazo. Esto no se puede aguantar. ¡Dios mío! ¡qué desgraciada soy!

Y se puso á sollozar y á gimotear, se dejó caer en una silla, llorando á moco y baba. Robles se sentó junto á ella, tratando de calmarla y darle explicaciones.

—No, mujercita mía, si no venía con ella; ya estaban en el zaguán al llegar yo.

—Retírate, mentiroso, descarado; retírate, te digo; aumentas mi rabia con tus mentiras y falsedades.

Y rechazaba á Robles con aspereza, le daba mogicones, apretaba y rechinaba los dientes, murmurando: ¡arrastrado, arrastrado! y trataba de arañarle la cara, que el pobre Chango defendía con toda su agilidad.

—No me dejas hablar; Pacotillas está con tifo.

—¡Mejor para tí! ¡Ojalá que se muera para que heredes su ramera!

—¡Si no es ramera!...

—¡Ah! ¡la defiendes! ¡maldito, arrastrado, maldito!

Y le acometió un nuevo acceso de furor, y volvió á querer arañar la cara de su marido.

—¡Oye, mi hijita!

—Yo no soy tu hijita, ni nada tuyo; si no me quieres, si no te gusto; basta que no sea yo de tu condición, basta que no sea bribona como esa ramera desvergonzada; bien me decía mamá, que eres un ordinario y un pervertido. ¡Jesús! ¡qué desgraciada soy!

Y volvió á llorar, y él á tratar de calmarla, con lo que sólo consiguió provocar en ella furibundo acceso de cólera. Esta vez, por más que el infeliz Chango escondió la cara, claváronse en ella las uñas de su mujer, abriéndole en las mejillas sangrientos surcos. El Chango, pálido, perdida la paciencia, tuvo que sujetarle las manos; ella se retorcía como un energúmeno, lo quería morder, lanzaba lastimeros ayes y gritaba:

—¡Suéltame! ¡maldito! ¡bandido!

—No te suelto, estás dando escándalo, te estás portando como gente ordinaria.

—Miren ¡quién me lo dice! el remediado sinvergüenza, y le tiró una mordida, forcejeando para desasirse.

—¡Cállate, mujer!

—Decirme á mí ordinaria; un piojoso desgraciado, que si no se hubiera casado conmigo no arrastraría coche, el muy arrastrado, y viviría en una pocilga como merece;— y volvía á forcejear, para soltarse, y volvía á tirar mordidas. — ¡Suéltame, que me matas ; vete con esa pálida, con esa cara de pan crudo, cara de dolorosa de pueblo, mosquita muerta, maldita!...

Y al pensar en Amalia, y en que era muy bonita, su cólera llegaba al paroxismo, tiraba con más fuerza, con furia, con desesperación, hasta que en un movimiento convulsivo logró zafar una mano, con la que dió al Chan-

go una bofetada que le hizo ver las estrellas, y luego le arañó sin piedad, diciendo :

—¡Te he de matar! ¡te he de sacar los ojos! ¡ordinario! ¡feo! ¡negro! ¡chango!

El ofendido tuvo que ponerse en pie para sujetar á aquella furia. La cólera prestaba á aquella mujer desmedrada la fuerza de un Hércules; ella se puso también en pie, y con gran destreza metió zancadilla al Chango, haciéndole caer y que la arrastrara en su caída. Los cuerpos de los dos cayeron cuan largos eran sobre la rica alfombra.

Ella gritaba como si la estuvieran matando, y pedía socorro.

—Me mata este asesino, villano, meco, indecente.

Y le tiraba mordiscos, pellizcos y araños.

Los criados, que andaban al olor de la disputa, entraron de tropel; la doncella y la costurera gimiendo y llorando, el cochero y el portero graves y silenciosos, contemplaban el innoble espectáculo de sus amos, rodando por el suelo, y forcejeando como ganapanes.

La presencia y la intervención de los criados lograron separarlos, se pusieron en pie, con la ropa descompuesta y la cabellera desgreñada. El Chango había llevado la peor parte; estaba sin corbata, con la pechera de la camisa desabrochada y rota, y mostraba en la cara, cuello y pecho mil líneas negruzcas, como huellas de los iracundos araños.

El Chango estaba silencioso y sombrío. Rosita ponía por testigos á los criados de haber sido golpeada, maltratada y estropeada; se descubría los brazos para enseñar

los moretones que le hicieran los brutales dedos de su marido, afirmaba tener un chipote en la cabeza, causado por la bárbara caída que le hizo dar el Chango, amenazaba á éste con la cólera de don Librado, con divorciarse y con quitarlo de decente.

No fué posible calmarla; el marido, reprimiendo su ira y su humillación, lo intentó, pero en vano; mandó que pusieran el coche, entró á su recámara, arregló traje y peinado, se echó polvo en la cara, y temblando todavía de cólera, subió al coche, ordenando que la condujeran á casa de su padre.

CAPÍTULO XVII

Consummatum est

En gabinete reservado de una fonda cenaban de prisa Santa-Anna, Patillitas y otro estudiante de medicina, que esa noche debían velar á Pacotillas.

Estaban silenciosos, tristes y preocupados; irían á la mitad de la cena, cuando, abriéndose las puertas del gabinete, entró en él, cerrando detrás de sí, la grave y correcta figura de don Marcos; saludó afectuosamente á los jóvenes, sentándose cerca de ellos, y después de haber callado un rato, dijo:

—¿Cómo sigue nuestro interesante enfermo?

—Del peor modo posible,—contestó Santa-Anna.

—Pero qué: ¿no hay esperanza ninguna?—preguntó don Marcos, lentamente y con la mayor inquietud.

—Ninguna,—contestó Santa-Anna;—ha sido un tifo feroz, el delirio y las convulsiones del principio fueron como pocas veces he visto; la erupción es muy tupida y de muy mal aspecto, la postración y el estupor en que ha caído desde ayer son del peor agüero y anuncian que la terminación fatal no se hará esperar, son como los heraldos de la muerte.

—¡Qué le vamos á hacer!—contestó don Marcos con sombría resignación, calló un rato y luego agregó:—¡Pobre muchacho! ¡Era joven de porvenir! ¡Qué pérdida para la patria, para la ciencia, para las letras, para el periodismo y para la libertad!

Todos quedaron por un rato silenciosos y pensativos, Patillitas era el más triste, de vez en cuando se enjugaba furtivamente las lágrimas; don Marcos rompió el silencio, diciendo:

—Yo le quiero como si fuera mi hijo; ¡horrible enfermedad! yo no la conocía y le tengo un miedo atroz, pero no me puedo quitar de allí, precisamente de allá vengo; sabiendo que ustedes cenaban aquí, he venido á sorprenderles, para que hablemos libremente sobre el estado de ese buen muchacho, porque en la casa es imposible por el gran pesar de la pobre Amalia. ¿Con que ustedes creen desesperado el caso?

—Por desgracia.

—En fin, quizá sea mejor para él; esta sociedad mezquina no era digna de poseerle; hoy sólo las medianías encuentran horizontes y sitio amplio; los caracteres extraordinarios, los genios sublimes, están condenados á sucumbir asfixiados por la densa atmósfera de vulgari-

dad que les rodea. ¡Entre los pigmeos los gigantes están de más!

—El señor Sepúlveda renegando siempre de estos tiempos.

—¡Cómo no, hijo mío!—le contestó don Marcos,—tal vez ceda yo á la propensión, que á la triste ancianidad hace ensalzar lo pasado; pero no lo creo así, sobran hechos que prueban lo caídos y rebajados que están los tiempos. A este pobre joven, sin ir más lejos, en mi época se le habrían brindado amplios y luminosos senderos, en la prensa hubiera sido un Zarco, en la tribuna un Altamirano; sus conciudadanos se hubieran fijado en él, y sacándolo de la oscuridad le habrían encumbrado á elevados puestos, en que sus dotes hicieran el bien del país, llenándole á él de gloria. Pero le tocó vivir en esta triste y menguada época, y ¿qué alcanzó? una existencia de penalidades, malevolencias y miserias, y por remate, una prisión sombría y una muerte oscura. Joven de porvenir, vivió un presente amargo y azaroso; al ensayar los primeros pasos, cayó en las pérfidas redes que tendieron las mezquinas pasiones de los demás.

—Aunque por motivos muy distintos, creo, como usted, —dijo el tercer estudiante,—que la muerte es el mejor desenlace del drama de Pacotillas. No estaba armado para la lucha por la vida, y, conforme á la selección natural, estaba fatalmente condenado á desaparecer; así sucede, no sólo en la sociedad, sino en todo el reino orgánico; los seres que no se adaptan al medio, sucumben. Francisco, considerado así, era un ser inferior; en la fábrica de sus nervios había muchas imperfecciones, llevaba en la san-

gre, en la organización tendencias hereditarias, predisposiciones debidas al atavismo, que hubieran acabado por desequilibrar su cerebro, llevándole al manicomio. Su mamá murió, á lo que parece, de eclampsia; él tuvo convulsiones en la primera infancia, en el cráneo lleva algunos estigmas de degeneración, y tal juicio está plenamente comprobado por sus rarezas de carácter, su misantropía, su insomnio habitual, su afición al café, el pronto y raro efecto que le producían las bebidas alcohólicas. En una palabra, Pacotillas era, como dicen los autores, un candidato á la locura.

— Este con sus ideas de siempre.

— Es usted muy material, amigo mío, — exclamó don Marcos; — ¡me pasma usted! ¿con que Téllez es un ser inferior? pues mire usted que yo le tengo por hombre superior, casi por un genio; ya se ve, yo no mido á los hombres por sus dientes, ni por sus mandíbulas, ni por sus garras, sino por sus facultades, por sus dotes. Usted mide con un cartabón muy estrecho; conforme á su criterio, los grandes bienhechores de la humanidad, los poetas inspirados, los sabios que arrancan á la naturaleza sus secretos, los padres de los pueblos, los libertadores de las naciones, no son más que unos pobres peleles, unos seres raquíticos, inferiores y degenerados, destinados á desaparecer y á ser hollados en la lucha; puede que tenga usted razón: Jesús hubiera sido vencido por Milón de Crotona; Francisco de Asís por el jabalí de las Ardenas; Rabelais por Gargantúa, y el cura Hidalgo por el gigante Salmerón. ¡Cuánto me complace no ser de la opinión de usted!

—No soy yo quien lo afirma, sino la ciencia.

—¡Ay, mi amigo! aquí viene bien decir, parodiando á madama Roland: ¡Oh ciencia, cuántas extravagancias se afirman en tu nombre!

—Te aplastó,—dijo Santa-Anna.

—No puede usted negar, señor Sepúlveda,—replicó el estudiante exaltándose,—las grandes leyes, formuladas por Darwin, en que yo fundo mi parecer; el reino animal está allí para demostrar que la organización domina á la función, y que la organización superior avasalla á la inferior.

—No me parece malo el sistema para animales.

Santa-Anna y Patillitas celebraron la salida de don Marcos, el otro estudiante muy picado en su amor propio, contestó con desdén:

—Con ustedes, los metafísicos, no puede discutirse, son los hombres de lo absoluto, de la abstracción, de los juicios *á priori,* desconocen la naturaleza, y niegan la organización.

—Nada de eso, mi amigo, admitimos la materia; pero estimamos más al espíritu que la vence y la rige, ya lo dijeron los antiguos: *Mens agitat molem;* entre el bruto y el hombre reconocemos la superioridad del último; y al hombre que come, preferimos el hombre que piensa. ¡Usted dispense el mal gusto!

Entretanto la cena había terminado, y, acompañados de don Marcos, se encaminaron presurosamente los jóvenes á la casa en que agonizaba Pacotillas.

Don Marcos se había portado con éste como un padre cariñoso, por estar al cuidado del enfermo había desen-

tendido el periódico y todos los negocios; en la casa de Pacotillas se pasaba todo el día, quedándose á velar algunas noches. El buen anciano acompañaba á Amalia, la consolaba, le daba ánimo algunas veces, pero otras le dominaba la pena y se ponía á llorar al par de la muchacha.

En los primeros días de la prisión de Pacotillas, había acompañado á Amalia á visitar al preso; pero una vez un amigo de don Marcos tuvo la indiscreción de hacer á éste algunas reflexiones maliciosas, sobre la belleza de la joven, y lo raro que parecía verle cosido á ella; en fin, el maligno dió á entender que las gracias de la desolada joven podían haber derretido las nieves perpetuas del corazón de don Marcos, émulo de Castelar en frialdad para las buenas mozas.

Las bromas y maliciosas reticencias del amigo lastimaron al buen viejo, y alarmaron su circunspección; se abstuvo de salir con Amalia, por lo cual la joven tuvo que aceptar la compañía de Patillitas, cuando llegó el duro caso de ir á pedir gracia al Chango.

Los estudiantes y el viejo y buen amigo llegaron á la casa del enfermo. Amalia estaba sentada á la cabecera del lecho en que, como tronco inerte, estaba Pacotillas tendido boca arriba, respirando ruidosamente, y sumergido en el más profundo estupor. La vela lanzaba pálidos fulgores en aquella triste pieza, como estatua yacente se destacaba el bulto del enfermo, su cabeza oprimía la almohada con peso de piedra, su rostro demacrado tenía la siniestra palidez del cadáver, la afilada nariz parecía más larga, las sienes hundidas daban mayor realce á la

frente abovedada, y los secos y negros labios, parecían los bordes de fea abertura hecha en máscara de cera.

—No se ha movido,—dijo Amalia,—acabo de cambiarle ropa.

Santa-Anna, preocupado y triste, se acercó pausadamente al lecho, aplicó la palma de la mano á la frente de Pacotillas, la puso después en el lugar del corazón, le palpó las orejas y la punta de la nariz, le tomó el pulso y le puso un termómetro en el sobaco. Amalia seguía con los lacrimosos ojos los movimientos de Santa-Anna, á algunos pasos de distancia don Marcos y los otros dos estudiantes formaban un grupo silencioso.

—¿Cómo sigue, señor?—preguntó Amalia.

—Lo mismo, no es tiempo de que se opere ningún cambio favorable y decisivo; apenas estamos en el undécimo día; sería bueno que durmiera usted un rato, aprovechando la tranquilidad del enfermo.

—¡Ay señor! si no me puedo separar de aquí, no tengo nada de sueño, además he dormitado en ratos.

Santa-Anna quitó el termómetro, volvió á examinar el pulso; con la palma de la mano derecha puesta sobre la boca del estómago del enfermo, los ojos clavados en el reloj que tenía abierto en la mano izquierda, contó las respiraciones; descubrió el enflaquecido cuerpo del febricitante, cuyos huesos podían contarse; encendió un cerillo y lo acercó á la seca y ardiente piel, cubierta de redondas, tupidas y negruzcas manchas, que el médico en ciernes comprimía con el dedo índice; después acercó la luz á los ojos fijos y sin mirada de su desgraciado compañero.

Terminada la prolija exploración, después de decir á Amalia que se acostara, á lo cual ella se opuso; de exhortarla á que cenara, á lo que ella contestó que ya lo había hecho; se dirigió al lugar en que estaban los demás, que le recibieron con inquietas é interrogadoras miradas, y les dijo en voz baja:

—Está gravísimo. Esta noche se va; ¿cómo hiciéramos para que esa infeliz no presenciara el fin?

—Yo me quedo á acompañar á ustedes, — dijo don Marcos.

Sobre el silencio de las personas reunidas allí reinaba, como rumor tétrico que doblegaba el ánimo y llenaba la pieza, el ruido de la acelerada respiración de Pacotillas; un fuerte olor de ácido fénico impregnaba la atmósfera, una luz blanca y tenue bañaba los objetos; Patillitas y el otro estudiante se acercaron á la mesita blanca, en que estaba la vela, y se pusieron á hacer café. Entretanto Santa-Anna cargaba una jeringuilla con una disolución de estricnina, para poner una inyección al enfermo. Don Marcos se paseaba con aire preocupado y grave, Amalia seguía clavada en la cabecera del lecho. Santa-Anna descubrió el enjuto antebrazo del moribundo é hincó en la piel la acerada y fina aguja. Amalia lanzó un grito, Pacotillas no dió muestras de haber sentido; su respiración era cada vez más acelerada y ruidosa, y la única señal de vida que daba. Santa-Anna se puso á enjugar cuidadosamente su jeringa, y, entre tanto, hablaba á Amalia en secreto, exhortándola á que se retirara.

—Si se está muriendo, señor, yo no me muevo de aquí, — dijo Amalia á gritos, y se puso á llorar amarga-

mente. Santa-Anna se alejó del lecho, se encaminó á la mesita, incorporándose al silencioso y solemne grupo, que formaban los otros tres. El hervor del líquido en la cafetera, el ruido de fuelle de la respiración de Paco, y los entrecortados sollozos de Amalia, formaban un concierto desapacible, dominado de vez en cuando por la sonora tos de don Marcos.

Santa-Anna sacó el reloj y vió la hora, eran las diez; llenó una copa de coñac y fué á dársela á Amalia, volvió y le sirvió otra á don Marcos, después se sirvió otra él. Sus compañeros llenaron cada uno una copa y la apuraron.

Todos callaban, el imponente silencio de la alcoba sólo era turbado por el monótono hervir del líquido y por la respiración del enfermo, que solía lanzar muy de vez en cuando extraños ayes. Amalia había dejado de sollozar, estaba inmóvil como una estatua, tenía los codos apoyados en la cabecera del lecho, el rostro oculto entre las manos, daba la espalda á los demás, y presentaba de lleno á la luz de la vela las finas hebras de su rubia cabellera.

Los hombres se habían sentado, el café estaba listo, Patillitas lo sirvió; cada uno, con la taza en la mano y la cabeza inclinada, dirigía de vez en cuando al lecho miradas tristes. Hablaban en voz baja.

—¡Pobre muchacho! —dijo Santa-Anna.

—¡Quién lo pensara!—agregó Patillitas;—hace veinte días acompañé á Pacotillas *á echar cabeza;* comimos en San Agustín, se examinó. ¡Qué bien lo hizo el malvado! ¿tú estuviste, verdad, Santa-Anna?

—Sí.

—Fué el segundo lugar del curso,—agregó Patillitas.

—¡Era joven de porvenir!—dijo sentenciosamente don Marcos.

—Era bueno para todo,—dijo Santa-Anna.

—Y muy desgraciado en todo,—dijo el otro estudiante.

Vivos sollozos de Amalia hicieron callar á los que hablaban; don Marcos se aproximó al lecho, habló quedo con ella procurando calmarla, exhortándola á que se retirara á descansar; mas ella contestaba:

—Se está muriendo, señor, bien lo conozco, ¡cómo lo he de dejar solo!

Don Marcos, moviendo la cabeza y enjugándose los ojos, volvió á reunirse á los demás. Los jóvenes habían encendido un cigarro y acabado el café.

—¡Pobre Pacotillas!—dijo Patillitas,—tan fumador que era.

—Otra prueba,—agregó el otro estudiante.

—¡Déjate de pruebas!—contestó con fastidio Santa-Anna.

Callaron largo rato, Santa-Anna vió el reloj, eran las once. Amalia no quitaba la vista del enfermo, Santa-Anna se acercó lentamente al lecho, examinó al moribundo, y volvió más triste y preocupado aún.

—Estamos al principio del fin,—dijo en voz baja á los demás,—empieza á enfriarse; esto no se puede prolongar mucho.

—¿Por qué no le pones una inyección de éter?—dijo Patillitas.

—Es inútil. ¡Oh, medicina impotente!

Don Marcos tuvo un acceso de tos que resonó ásperamente en aquella triste recámara, después se oyeron, formando fúnebre duo, los sollozos de Amalia y la respiración estertorosa del agonizante.

Amalia se había arrodillado, con el rostro oculto entre las manos formulaba silenciosas plegarias, entrecortadas con vivos sollozos y regadas con el más amargo de los llantos; los hombres se sentían abrumados por una tensión nerviosa insoportable, hacían movimientos maquinales, suspiraban y guardaban silencio durante largos ratos. Se sirvió otra taza de café.

—¡Me desgarra el corazón esa niña! No la he de abandonar en su desamparo, la veré como una hija,—dijo don Marcos al apurar el primer sorbo, dirigiendo la vista á Amalia, que se había sentado, y posaba el brazo derecho en la almohada de Paco. Dieron las doce de la noche.

—¡Horrible coincidencia!—dijo Patillitas:—empieza el cumpleaños de Amalia, ¡qué hermosos proyectos acariciaba Paco para hoy! todos los años pasábamos el día fuera; el año pasado estábamos pobrísimos, nos fuímos á Tacubaya en segunda, no comimos más que fruta, pero estuvimos muy contentos. Este año pensaba Paco que nos fuéramos á Veracruz. ¡Pobrecito!

—¡Así son nuestros proyectos!—dijo don Marcos, lanzando un suspiro tan fuerte como la respiración de Pacotillas.—¡Castillos en el aire! ¡plantas sin raíz!

Amalia había vuelto á arrodillarse; nadie decía una palabra, reinaba en la pieza un silencio solemne y ate-

rrador, que fué interrumpido repentinamente por un grito espantoso de la joven.

Todos acudieron con precipitación al lecho: Amalia lloraba, retorciéndose con desesperación y gritando como una loca:

—¡Se muere! ¡se muere!

Santa-Anna, pálido, tembloroso y preocupado, examinó á Pacotillas, y exclamó con voz solemne, ronca y llorosa:

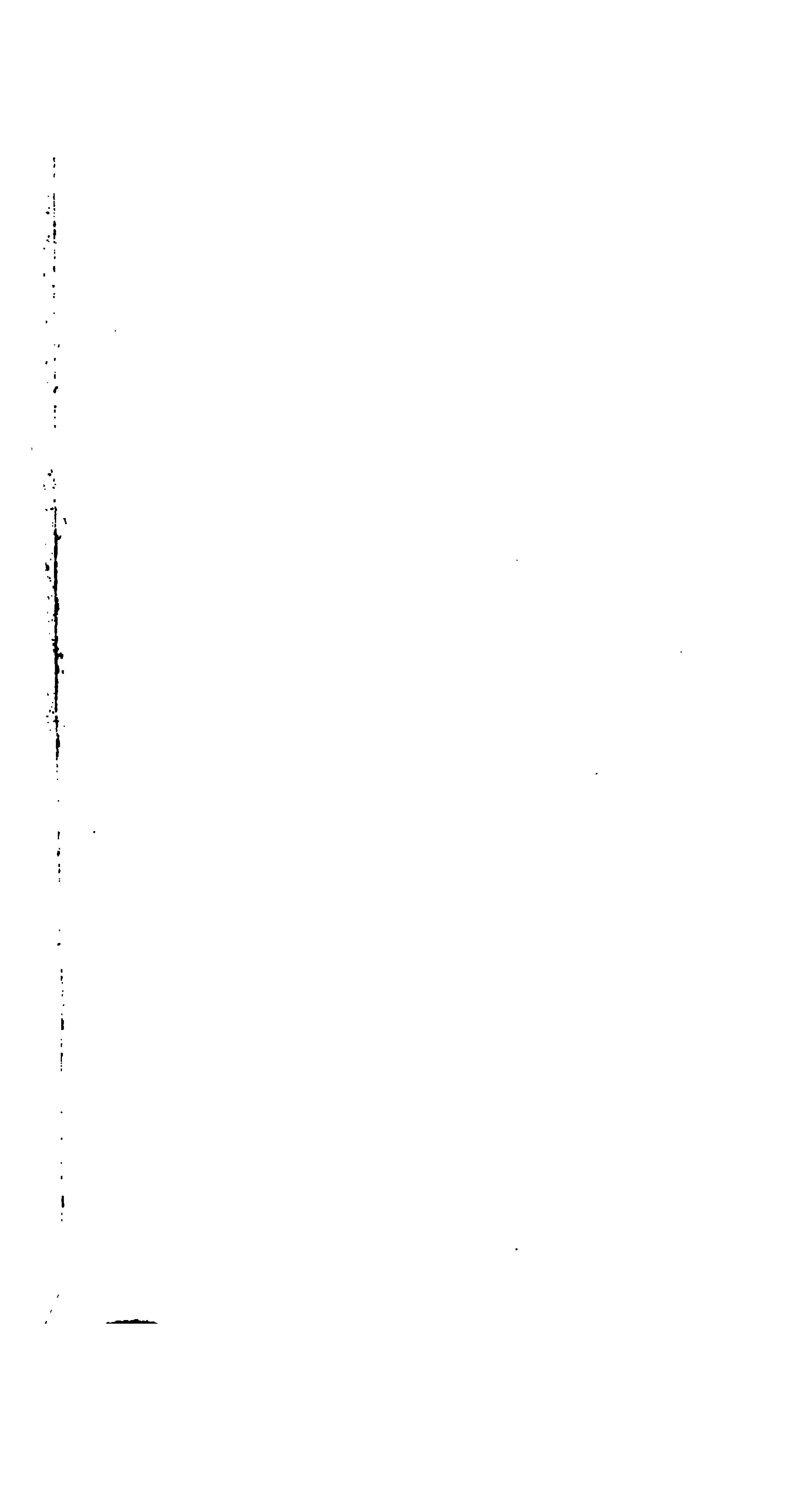
—¡Ha muerto!

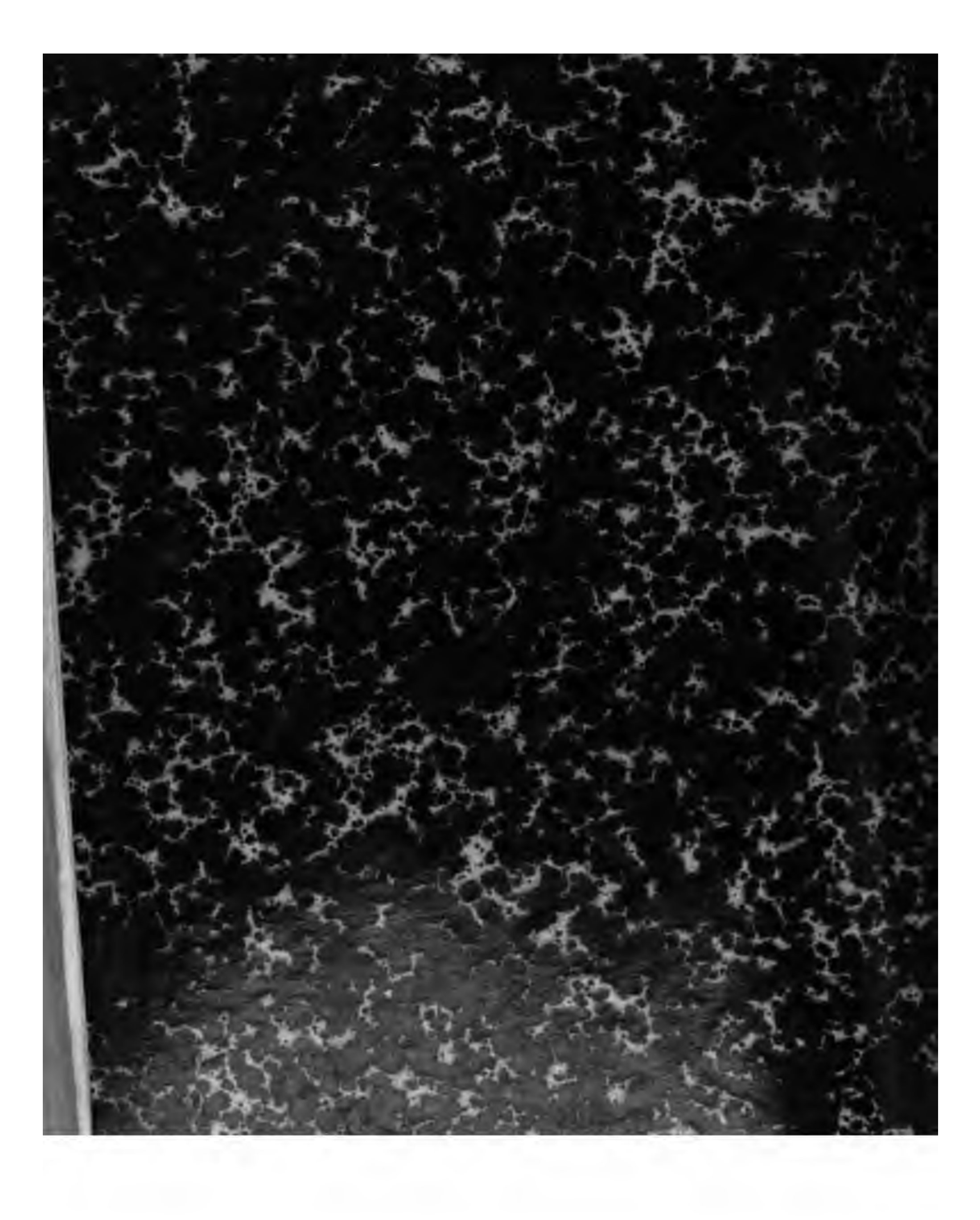
—*Consummatum est!*—agregó don Marcos llorando.

FIN

ÍNDICE

LIBRO SEGUNDO






ord University Libraries
5 020 310 848

